

ANTONIO
y
CLEOPATRA
ADRIAN GOLDSWORTHY



Lectulandia

El apasionado romance de Marco Antonio y Cleopatra es una de las grandes historias de amor de todos los tiempos. Él fue el hombre más poderoso del mundo romano durante un tiempo, hasta su derrota por el joven frío y calculador Augusto, que después se proclamaría primer emperador de Roma. Ella fue la inteligente, ambiciosa y bella reina del reino egipcio. Juntos vivieron un lujoso esplendor, lucharon por un imperio que perdieron y acabaron quitándose la vida. Dos mil años de imaginación romántica han sepultado una verdad aún más interesante. Antonio no era sólo un soldado, y de hecho tenía poca experiencia y dotes militares; su subida al poder tuvo más que ver con sus aptitudes políticas y con el azar. Cleopatra no era una egipcia cualquiera, sino la última reina de una dinastía creada por uno de los generales de Alejandro Magno. Sólo gracias al apoyo romano, y concretamente gracias César y Antonio, sus amantes, pudo mantenerse en el poder en una corte en la que el mayor peligro eran los rivales de su propia familia y el asesinato era cosa habitual. La historia de Antonio y Cleopatra es la del choque de dos culturas, una historia de ambición y crueldad y también de pasión humana. Adrian Goldsworthy nos descubre los verdaderos hechos de esta famosa pareja. Quizá no sea la crónica que esperábamos pero sin duda es tan fascinante como el mito.

Lectulandia

Adrian Goldsworthy

Antonio y Cleopatra

ePub r1.0

Titivillus 19-12-2016

Título original: *Antony and Cleopatra*

Adrian Goldsworthy, 2010

Traducción: Paloma Gil Quindós

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LISTA DE MAPAS Y PLANOS

1. El mundo helenístico en el año 185 a. C.
2. El Imperio romano en el siglo I a. C.
3. El Egipto ptolemaico.
4. El centro de Roma.
5. Judea.
6. Alejandría.
7. La campaña italiana del año 49 a. C.
8. La batalla de Farsalia, primera fase.
9. La batalla de Farsalia, segunda fase.
10. Italia.
11. La batalla de Foro Gallorum.
12. Grecia y Macedonia.
13. Las batallas de Filipos.
14. La expedición de Antonio contra los partos.
15. Las Donaciones de Alejandría.
16. La batalla de Accio.

AGRADECIMIENTOS

Como todos mis libros, éste es mucho mejor gracias a la generosidad de mis amigos y de mi familia, que han dedicado su tiempo a leer los borradores del manuscrito y a escuchar mis ideas según iban surgiendo. Todos han contribuido a mejorarlo mucho y me han hecho más grato escribirlo. Son demasiados para nombrar a todos, pero debo una mención especial a Ian Hughes y a Philip Matyszak, que quitaron tiempo a su propio trabajo para comentar mis capítulos de Antonio y Cleopatra. Kevin Powell también leyó el texto entero, y sus comentarios y críticas fueron muchos y muy valiosos. De los que tuvieron la paciencia de hablar largo rato de las diversas ideas, he de distinguir a Dorothy King con especial agradecimiento: sus conocimientos y sus ánimos siempre han sido de gran ayuda para mí y, además, ¡me dio perlas para los experimentos en los que, con toda modestia, intenté replicar la famosa apuesta que Cleopatra ganó a Antonio!

Además, vuelvo a dar las gracias a mi editor Keith Lowe y a todo el personal de Orion, así como a Ilene Smith y al equipo de Yale University Press, por llevar el libro a buen puerto hasta la fase de producción y por hacerlo tan bien. Por último, doy las gracias a mi agente, Georgina Capel, por organizarlo todo una vez más para que yo haya dispuesto del tiempo y la ocasión de hacer justicia al tema de este libro.

INTRODUCCIÓN

Antonio y Cleopatra son famosos: sus nombres, junto a sólo unos pocos como César, Alejandro Magno, Nerón, Platón y Aristóteles, siguen siendo conocidos por todos más de dos mil años después de sus espectaculares suicidios. Cleopatra es la única mujer de la lista, lo que por sí solo ya encierra interés y da fe de su perdurable fascinación; pero a Antonio y Cleopatra casi siempre se los recuerda como una pareja de amantes, quizá la más famosa de la historia. La obra de Shakespeare contribuyó a convertirlos además en personajes de ficción, y así fue como su historia vino a sumarse a la de otros romances apasionados y condenados al fracaso, tan trágica como el último acto de Romeo y Julieta. No es de extrañar que haya sido recreada una y otra vez, tanto en letra impresa como en los escenarios y, más recientemente, en la gran pantalla; dada la acusada veta teatral de ambos, esta fama imperecedera sin duda les habría gustado, pero como ninguno de los dos tendía a la modestia, probablemente no les extrañaría o les parecería menor de la que por méritos les corresponde.

La historia es intensa y dramática, y yo no recuerdo ninguna época en que no haya oído hablar de Antonio y Cleopatra. De niño, descubrí con mi hermano una cajita llena de monedas que nuestro abuelo, fallecido mucho antes de que naciéramos, había coleccionado. Un amigo de la familia distinguió entre ellas una moneda romana, y resultó ser un denario de plata de los que Marco Antonio acuñó para pagar el servicio de sus soldados en una campaña del año 31 a. C. financiada en parte por Cleopatra. A mí ya me atraía el mundo antiguo, y aquel descubrimiento redobló mi interés por todo lo romano. Me pareció una vinculación no sólo con mi abuelo, sino también con Marco Antonio el triunviro, cuyo nombre rodea la imagen del barco de guerra en el anverso de la moneda. No sabemos dónde consiguió nuestro abuelo esta moneda ni las demás: una mezcla muy variopinta, con varias de la Edad Media. Puede que las encontrara en Egipto, donde luchó con la Artillería Real en la primera guerra mundial; a nosotros, cómo no, nos gusta pensar que fue así.

Así pues, en cierto modo Antonio y Cleopatra siempre han ocupado un lugar especial en mi interés por la historia antigua, aunque el deseo de escribir sobre ellos es bastante reciente. Tanto se ha escrito, sobre todo de la reina, que no parecía probable que quedara mucho que valiera la pena añadir. Más adelante, hace unos años, cumplí una antigua ambición al escribir César. La biografía definitiva, que supuso entre otras cosas ahondar mucho más en la aventura amorosa que tuvo con Cleopatra y en su nexo político con Antonio. Parte de lo que descubrí me sorprendió y además me topé con grandes diferencias respecto a la idea más extendida de su

historia aunque esto era más previsible. —Me sirvió de mucho contemplar la trayectoria de César con una cronología clara y precisa y subrayando el elemento humano en su proceder y en el de sus aliados y adversarios, y enseguida vi con claridad que ese mismo planteamiento podría aplicarse a esclarecer casi todos los demás aspectos de aquel periodo.

A pesar de su inmensa fama, Antonio y Cleopatra han recibido poca atención en los estudios históricos sobre el siglo 1 a. C.: enzarzados en una lucha de poder de la que salieron derrotados, en realidad tuvieron poca repercusión en los acontecimientos posteriores. Hace ya mucho que la historia académica es muy remisa a centrarse en figuras individuales, por carismáticas que sean, para en cambio buscar las tendencias subyacentes «más profundas» que explican los hechos. De estudiante asistí a cursos sobre la caída de la República de Roma y la creación del Principado, y más tarde, siendo ya profesor, yo mismo preparé e impartí cursos parecidos. Cuando se trata de enseñar y estudiar, las horas dedicadas siempre son pocas, y al final lo lógico es que César y su dictadura acaparen la atención y que, después, dando un salto en el tiempo, se analice la figura de Octavio Augusto y la creación del régimen imperial; por eso el periodo comprendido entre los años 44 y 31 a. C., cuando el poder de Antonio creció hasta llegar a su punto culminante, casi nunca recibe tanta atención. Por otro lado, el Egipto ptolemaico suele ser un campo de estudio especializado; pero incluso cuando se incluye en un curso, el gobierno de su última reina —poco documentado, y para colmo acaecido en los días postreros de un largo declive— prácticamente nunca se aborda con detenimiento. La fama de Cleopatra atrae a los alumnos, pero los cursos se estructuran, con toda la razón y casi de manera inconsciente, destacando asuntos más «serios» y rehuyendo las personalidades.

Antonio y Cleopatra no cambiaron el mundo profundamente, al contrario que César y, todavía más, Augusto. Según un escritor de la Antigüedad, las campañas de César llevaron a un millón de personas a la muerte y a otras tantas a la esclavitud. Fuera cual fuera el detonante, César tomó Roma por la fuerza con su ejército, llegó al poder supremo mediante una guerra civil y suplantó a los dirigentes de la República, elegidos democráticamente. En su descargo, hay que decir que su clemencia fue notoria. Además, a lo largo de toda su trayectoria defendió la reforma social, y no sólo ayudó a los sectores desfavorecidos de Roma, sino que también quiso proteger los derechos de los pueblos de las provincias. Aunque se proclamó dictador, su gobierno fue por lo general benevolente y sus medidas abordaron con sensatez problemas largo tiempo relegados. El camino al poder de su hijo adoptivo Augusto fue considerablemente más cruento: la clemencia fue sustituida por la venganza. Augusto llegó al poder tras una guerra civil, y lo mantuvo por la fuerza; pero, no obstante, también él gobernó bien. La independencia política del Senado prácticamente se extinguió y las elecciones populares perdieron su relevancia, pero al mismo tiempo Augusto dio a Roma la paz que no había conocido durante casi un siglo de violencia política y creó un régimen del que salió beneficiado un sector de la

sociedad mucho más amplio que en la precedente República.^[1]

Antonio y Cleopatra mostraron igual disposición para la brutalidad y la saña, pero los perdedores de una guerra civil no tienen ocasión de intervenir para moldear el futuro. Aparte de esto, no hay el menor asomo de que Antonio defendiera ninguna creencia o causa por mucho tiempo, ni indicios de que luchara por destacarse con otro fin que no fuera su propia gloria y beneficio. Hay quienes quieren ver en Cleopatra una reina muy comprometida con la prosperidad y el bienestar de sus súbditos, pero esto es en gran medida ilusorio: no hay pruebas fehacientes que insinúen más inquietudes que el asegurarse que un flujo constante de impuestos llegara directamente a sus manos para afianzarse en el poder. Sólo estuvo segura del trono durante un breve periodo de su reinado, al frente de un reino que dependía totalmente de la voluntad de Roma; no parece muy razonable pensar que nunca hubiera hecho más de lo que hizo.

Julio César alcanzó la gloria. También mostró gran talento en terrenos muy diversos, y es fácil que incluso quienes rechazan su persona y sus actos admiren sus aptitudes. Más difícil aún es simpatizar con la figura de Augusto, sobre todo de joven, pero nadie dejará de reconocer sus dotes políticas, ciertamente notables: tanto César como su hijo adoptivo fueron muy perspicaces, aunque de caracteres distintos. Marco Antonio no poseía ni rastro de su sutileza, y tampoco demostró gran inteligencia; cae simpático en proporción directa a la repulsa que se sienta hacia Octavio Augusto, pero en él hay poco que admirar. Sin embargo, los retratos de ficción han reforzado la propaganda de la década de los años treinta a. C., confrontando a Antonio, el fanfarrón, apasionado y simplón soldado, con Octavio, el político de sangre fría, cobarde e intrigante; ninguno de estos retratos es fiel a la verdad, pero todos siguen moldeando las explicaciones de nuestro tiempo, incluso las académicas.

Cleopatra era culta y despierta. Sin embargo, a diferencia de César y Augusto, su inteligencia sigue siendo inasible, y es muy difícil saber cómo pensaba o evaluar ecuánimemente su intelecto. Es propio de la biografía que el autor acabe adoptando una actitud muy emocional hacia su objeto de estudio tras varios años dedicado a él: casi todos los autores modernos que abordan la figura de Cleopatra quieren admirarla, y muchos quieren que les guste; en parte es una sana reacción a la feroz hostilidad de las fuentes adeptas a Augusto, y su sexo también influye mucho, puesto que, como observamos al principio, es raro poder estudiar en profundidad a una mujer del mundo grecorromano. Lo novedoso despierta simpatía por sí mismo, y en muchos casos se ve reforzada por el rechazo hacia Augusto, que a su vez suscita aprecio por Antonio; esta simpatía no tiene por qué ser un problema, salvo que lleve a distorsionar las pruebas e idealizar a la reina. Sencillamente, hay muchas cosas que no sabemos de Antonio y de Cleopatra —y ya que estamos, de casi todas las demás figuras de su época—; pero los huecos no deben llenarse con afirmaciones basadas en la idea que el estudioso se haya hecho de cómo debió de ser Cleopatra.

Al acabar César, noté que necesitaba descansar un poco del siglo 1 a. C. para

contemplar el declive y la caída del Imperio romano de Occidente; entre otras cosas, porque a mi entender ningún libro sobre ese periodo explicaba los acontecimientos de forma satisfactoria. Esa misma impresión de que no había nada verdaderamente fiel a la historia de Antonio y Cleopatra me convenció también de que este libro habría de ser el siguiente.

Para tener auténtico valor, el estudio de la historia ha de buscar la verdad, aunque hayamos de admitir que la verdad plena es inaprensible incluso cuando se trata de acontecimientos relativamente recientes. En el estudio del pasado antiguo topamos inevitablemente con muchas más lagunas en las fuentes disponibles, aparte de lo difícil que es comprender las acciones de gente de culturas muy distintas a la nuestra; pero que el logro absoluto sea imposible no resta mérito al intento de alcanzarlo, y aunque no cabe esperar que ningún historiador sea totalmente objetivo, esa aspiración sigue siendo fundamental. Si perseguimos siempre la verdad en la historia, se ajuste o no a nuestras preconcepciones o a lo que nos gustaría creer, estaremos mucho mejor situados para hallar la verdad también en nuestros días y en nuestra época.

Este ensayo es un intento de contar de la forma más objetiva y desapasionada que pueda la historia de Antonio y Cleopatra: una historia que ya contiene suficiente pasión sin necesidad de que el autor añada más de su propia cosecha. Otro de mis objetivos es revelar en la medida de lo posible los hechos ciertos, dejando claro lo que se desconoce y haciendo que la pareja y sus contemporáneos cobren vida como seres humanos de carne y hueso. Llegar a los hechos no es ni de lejos tan fácil como pueda parecer, pues hasta los historiadores más serios muchas veces creen ver más cosas, otras cosas, al contemplar estas dos vidas tan extraordinarias.^[2]

EL PROBLEMA

El problema comienza ya con la pregunta de qué era Cleopatra: Cleopatra era reina de Egipto, y el antiguo Egipto fascina al mundo moderno desde hace siglos. Al principio este interés se basaba sobre todo en el deseo de conocer mejor el Antiguo Testamento, pero enseguida se amplió para abarcar mucho más. Egipto se considera la civilización más antigua. Sus monumentos figuran entre los más espectaculares: algunos, como las pirámides, la esfinge y los grandes templos, son sobrecogedores por sus colosales dimensiones; otros son más intimistas, como los cuerpos embalsamados de animales y personas y los objetos cotidianos de los muertos depositados en sus tumbas. Todo el mundo conoce la fastuosa máscara mortuoria de Tutankamón, evocadora de imágenes de misterio antiguo y riquezas inconmensurables; todo el mundo reconoce también los jeroglíficos egipcios, la mezcla de símbolos e imágenes y la extraña pose plana en el andar de las figuras

humanas representadas en las pinturas y los relieves murales: son conmovedoras y enigmáticas al mismo tiempo.

Esas imágenes han sido a todas luces irresistibles para el cine, que ha retratado a Cleopatra repetidas veces. Su palacio, su corte y hasta su ropa, siempre se inspiran más en una estilización del Reino Nuevo de Egipto que en la realidad del siglo I a. C. Aunque equivalga a presentar a Isabel 1 como la reina Boudica de los icenos, tiene no obstante la virtud dramática de lograr un fuerte contraste entre Egipto y Roma y entre Cleopatra y los romanos que tanto peso tuvieron en su historia, y también de hacerlos visualmente distinguibles. La Cleopatra ficticia ha de ser exótica, de ahí el gran efecto de las imágenes de un Egipto que era antiguo hasta para ella.

A lo exótico se agrega casi siempre un intenso erotismo. Cleopatra se ha erigido en una de las femmes fatales por antonomasia, la mujer que sedujo a los dos hombres más poderosos de su época: bella, sensual, casi irresistible y sin escrúpulos, distrajo a julio César y quizá le llenó la cabeza de sueños de una soberanía oriental; después subyugó a Antonio y lo condujo al fracaso. En esa Cleopatra puede verse una amenaza —la última gran amenaza— a la pax romana que Augusto llevó más tarde al mundo romano. Las modas cambian: los imperios han dejado de ser admirables y el régimen de Augusto se contempla con más desapego; hoy muchos cuentan la historia de otro modo, y la aviesa seductora de ayer es ahora una mujer fuerte e independiente que intentó favorecer a su país lo mejor que pudo.

Por más que hablar de Antonio y Cleopatra suene natural gracias al título de la obra de Shakespeare, la gracia y la elegancia asociada a la reina fácilmente eclipsa a su amante. Ella ya había tenido amoríos con César: la escena en que se presenta ante él escondida en una alfombra enrollada es una de sus imágenes más conocidas, aunque no concuerde del todo con la fuente histórica. César fue el primero, y la historia ha relegado a Marco Antonio a un segundo plano y al papel de lugarteniente de César: «un buen segundo comandante» o «seguidor más que líder» son veredictos recibidos muchas veces por Antonio en lo político y también en lo militar. Su imagen es además la de quien tenía que ganar pero perdió, y esto de nuevo abona la idea de un carácter fallido, de talento sin genio: hay quien culpa a Cleopatra de desarmar al duro soldado romano, tradición cimentada por su biógrafo de la Antigüedad, Plutarco; para otros, Antonio sencillamente no supo estar a la altura de las ambiciones de la reina. Se ha llegado a decir que Cleopatra fue una personalidad con un carisma de primer orden, líder nata y una reina de ambición vertiginosa que mereció algo mejor que suicidarse con ese ignominioso asno romano, poco serio y dado al exceso, con su cuello de toro, sus hercúleas vulgaridades y sus obtusos arrebatos de Cleopatra suele desatar reacciones emocionales. Además, el mito y el romance rodean a Antonio y a Cleopatra haciendo esquiva la verdad. En vida se afanaron por labrarse una imagen pública: enérgicos dirigentes, casi dioses, vitalistas y amantes del lujo. Al mismo tiempo, sus adversarios políticos intentaban denostarlos: el orador Cicerón dirigió contra Antonio sus Filípicas, que más o menos

son el asesinato de una reputación más efectivo de todos los tiempos. Octavio, hijo adoptivo de César —que llegó a ser el primer emperador de Roma y tomó el nombre de Augusto— derrotó a Antonio y a Cleopatra con mucha más rotundidad. Ellos murieron y él sobrevivió para ejercer el poder supremo durante más de cuarenta años, por lo que tuvo tiempo de sobra para dar forma al registro histórico y acomodarlo bien a su nuevo régimen; su gran animadversión hacia Antonio y hacia Cleopatra influyó en las fuentes más completas que tenemos sobre sus vidas, todas escritas bajo el gobierno del triunfador Augusto.

Cleopatra sigue atrayendo a muchos biógrafos, y algunas de sus biografías también se detienen en la vida de Antonio; pero siguen siendo raras las biografías dedicadas exclusivamente a él, que ahora suele verse como un apéndice en la vida de su amante. Quien estudie la época enseguida distinguirá los problemas que causa la propaganda de Augusto; a menudo es difícil saber si un incidente sucedió realmente, y tentador desechar toda anécdota negativa, pero para su desgracia, hay incidentes bien atestiguados en los que tanto Antonio como Cleopatra actuaron de una forma que parece irracional o, en el mejor de los casos, políticamente insensata.^[3]

Es difícil que el joven Octavio guste a alguien: carente de escrúpulos, podía ser cruel y, en ocasiones, un cobarde. El Principado, sistema por el que los emperadores gobernaron Roma durante los dos siglos y medio siguientes, fue creación suya, y la opinión sobre este sistema suele ser determinante en la visión que se tiene de Antonio y Cleopatra: los que admiran el régimen de Augusto perdonarán la brutalidad de su camino al poder y considerarán que estos enemigos retrasaron —e incluso pusieron en peligro— el gran legado de Roma al mundo; los detractores de Octavio los elogiarán por oponerse a un tirano en extremo repulsivo, y algunos dirán que la pareja ofrecía una alternativa mucho mejor, aunque casi nunca puedan concretar demasiado cuál era o en qué consistía.^[4]

Cleopatra fue una mujer fuerte e independiente en un mundo, el antiguo, dominado por hombres. Como reina, ostentó el poder por derecho propio, a diferencia de las mujeres romanas, cuya máxima posibilidad de influir provenía de su condición de esposas o madres de los grandes hombres; esta diferencia resulta muy atractiva para la mayoría de los autores modernos y propicia un tratamiento generoso. Aunque las crónicas serias de la vida de Cleopatra no se dejan llevar por esto hasta el elogio, la simpatía hacia la reina se mezcla con gran facilidad con la fascinación de sus retratos en la ficción y distorsiona nuestra visión de su época. Hay dos verdades muy básicas sobre ella, y chocan tanto con la leyenda que hace falta un empeño consciente y tenaz para mantenerlas.

La primera suele al menos advertirse: todos los biógrafos recientes empiezan por señalar que Cleopatra era griega, y no egipcia; el griego fue su primer idioma, y se formó en la literatura y la cultura griegas. Aunque representada en los templos egipcios y en alguna escultura con el tocado y los ropajes tradicionales de las esposas de los faraones, es improbable que realmente los usara alguna vez, salvo quizá con

ocasión de ciertos ritos: ella usaba los ropajes y el tocado de la monarquía griega. Cleopatra se proclamó la «Nueva Isis», pero su adoración a la diosa delataba una versión muy helenizada del culto: tanto por cultura como desde el punto de vista étnico, Cleopatra era tan egipcia como apaches son hoy la mayoría de los habitantes de Arizona.

Señalar que Cleopatra fue ante todo griega es una cosa; mucho más difícil es resistirse al reclamo del Egipto verdaderamente antiguo, ya sea el de la imaginación popular o el real. Egipto es exótico, y para los occidentales, es también claramente oriental. En el pasado, la sensual Cleopatra egipcia podía ser una amenaza seductora, casi irresistible, a la severa virtud romana y al avance del imperio y la civilización de Roma. Aun siendo griega, representaba la cultura helénica, que se había degradado al contacto con la decadencia oriental. Estas visiones pasaron de moda hace mucho, y el péndulo ha oscilado mucho hacia el otro extremo: ahora los imperios se consideran perniciosos, brutalmente expansionistas y explotadores por definición, y la propia cultura europea es mirada hoy con malos ojos por muchos occidentales. Así, es frecuente que se resalte la barbarie del ascenso de Roma hasta el imperio y se admire la oposición de Cleopatra a tal embestida. Con todo, a veces se reconoce que era griega; pero como el atractivo de Oriente tira mucho, es más frecuente que acabe por convertirse en su representante una vez más.

A esto contribuye la tradición de separar el periodo que siguió a la subida al poder de Filipo II y su hijo Alejandro Magno de la historia griega precedente. En el siglo XIX, a este periodo se le puso el nombre de helenístico: no griego ni helénico, sino «al estilo griego». Las ciudades estado habían dominado la Grecia clásica; las más grandes, Atenas y Esparta. El arte, la literatura y la filosofía que produjo Atenas han ejercido una profunda influencia en el mundo hasta nuestros días: Esparta alcanzó la fama por la formidable destreza de sus soldados, a costa de crear una sociedad particularmente repulsiva; Atenas, que llevó la idea de la democracia más lejos que ningún otro estado de la Antigüedad, fue excepcionalmente belicosa y cruenta en su política exterior.^[5]

Al final la promesa de esta democracia se desvaneció, lo mismo que el poder de Atenas. Volvieron a aparecer reyes y también tiranos, mientras las ciudades que conservaban vestigios de democracia restringieron el electorado a sectores aún más reducidos de la sociedad. En el siglo 111 a. C., los reyes de Macedonia dominaban toda Grecia, y en ese clima político que era ya otro, la chispa de la cultura pareció apagarse. A ojos modernos —e incluso para muchos de la época—, el teatro y la literatura ya no volvieron a igualar las cotas alcanzadas en el pasado.

La actitud de los historiadores ha cambiado, y hoy muchos pondrían en duda la supuesta inferioridad del periodo helenístico, al menos en lo tocante a la política y la sociedad; pero se sigue empleando el término, aunque sólo sea por comodidad. También pervive la tradición de fechar el final de este periodo con la muerte de Cleopatra, que la convierte en el colofón de una era iniciada con Alejandro y sus

conquistas: esta ligazón está presente en las mejores biografías modernas, pero a menudo convive con la visión romántica de un pasado egipcio mucho más antiguo. La condición de egiptólogos de algunos de sus biógrafos sólo ha conseguido ponerles más difícil ver en Cleopatra una mujer esencialmente griega; pero nos guste o no, ésa fue la realidad. Aunque su mundo ya no era el del siglo v a. C. ni el del auge del logro ateniense, pese a todo no dejaba de ser griega por los cuatro costados. Así pues, la gran pugna acaecida en vida de Cleopatra, si la hubo, no fue entre Oriente y Occidente, sino entre lo griego y lo romano.^[6]

El segundo inconveniente en el estudio de Cleopatra lo pasan por alto todos sus biógrafos modernos que, sin excepción, lamentan que nuestras fuentes se centren casi exclusivamente en los amoríos de Cleopatra con César y Antonio: el resto de su vida, incluidos los años que pasó gobernando Egipto sola, apenas se menciona. Por desgracia, los papiros que nos dicen algo de los decretos oficiales y el funcionamiento de la administración, así como de los negocios y asuntos particulares, son muy raros para el siglo I a. C. en general, y para el reinado de Cleopatra en particular; son textos que se remontan en su inmensa mayoría a cuando su linaje gobernó Egipto en épocas muy anteriores. Hace relativamente poco se ha descubierto un papiro con un decreto de la reina, que termina con una sola palabra griega, probablemente escrita de su puño y letra: es muy interesante, pero apenas llega a ser un atisbo muy superficial de cómo funcionaba su gobierno; significativamente, es además una prebenda a un romano prominente.^[7]

Todas las fuentes literarias fueron escritas por romanos o griegos que vivieron bajo el Imperio romano como poco un siglo después de la muerte de Cleopatra: buena parte de la información y las anécdotas personales proceden de Plutarco y su Vida de Marco Antonio, única biografía sobre él escrita en el mundo antiguo que se conserva; de Cleopatra no nos ha llegado ninguna biografía antigua. Una queja se repite: no sólo es que sean los ganadores quienes cuentan la historia, sino que siempre se cuenta desde el punto de vista romano; a veces el hecho de que ese punto de vista romano sea masculino se enfatiza más aún.^[8]

Hay una razón para que sea así: nos guste o no, en realidad Cleopatra no fue tan importante. Su mundo estaba totalmente sometido a Roma: su reino tuvo, como mucho, una independencia precaria. Fue reina y gobernó Egipto, rico y densamente poblado para los cánones de la Antigüedad; pero era un reino cliente de Roma y nunca llegó a ser totalmente independiente. Egipto era el mayor, y en muchos aspectos el más importante, de los aliados y subordinados de Roma, pero nunca dejó de estar supeditado a la República romana, y su poder ante ella era muy limitado. Cleopatra sólo llegó a reina porque un ejército romano restauró en el poder a su padre; e incluso después, habría sido asesinada o exiliada antes de rebasar apenas los veinte años de no haber sido por la intervención de César.

Si Cleopatra tuvo importancia más allá de las fronteras de Egipto fue sólo por sus amantes romanos. Los documentales televisivos y los libros de divulgación suelen

repetir que los romanos únicamente temieron a dos personas: a Aníbal y a Cleopatra, pero también pasan por alto que esta generalización nació en la década de 1930; no descansa en ninguna prueba de la Antigüedad, y en realidad no se sostiene. Por más que la propaganda de Augusto demonizara a la reina, nadie se hubiera creído que tuvo tanto poder como para derribar a Roma; sólo que a Octavio le convenía más odiar a un enemigo foráneo y mujer que aceptar abiertamente que su gran guerra, y su posterior triunfo, fueron contra un distinguido romano. Cleopatra podía ser fascinante, pero el poder y la importancia de Antonio superaron con creces los suyos.
[9]

Nada de esto resta un ápice de atractivo a Cleopatra. Hay que conocer la realidad del siglo 1 a. C. para llegar a comprenderla a ella; por muchas razones, ese conocimiento resalta aún más lo fulgurante que fue, por insospechada, su trayectoria. Sus logros fueron notables: no sólo sobrevivió y conservó el poder durante casi dos décadas, sino que además consiguió expandir su reino, que durante unos años fue casi tan extenso como en tiempos de sus más gloriosos antepasados. El hecho de que lo hiciera utilizando el poder romano en su propio beneficio no deslució la magnitud de lo que consiguió: dejar atrás el mito y la quimera es un paso fundamental para hallar la realidad de Cleopatra y su lugar en el mundo.

Igual de importante es conocer al senador romano Antonio, y no relegarlo sin más al papel secundario de lugarteniente de César y amante de Cleopatra. Vistas de cerca, muchas de las apreciaciones más repetidas sobre él no cuadran: Plutarco y otros lo pintaron ante todo como un militar, un soldado fanfarrón y burdo que cayó a causa de una mujer, pero es discutible hasta qué punto Antonio dejó nunca que Cleopatra decidiera su política. Por otro lado, está claro que, medido por el rasero romano, en realidad sirvió muy poco en el ejército, y la mayor parte de su experiencia militar fue en guerras civiles: no destacó como general, aunque a veces sí fue un jefe popular. Antonio tenía mucho de tradicional, lo que explica en gran medida su importancia y sus ambiciones. Por supuesto, su derrota ante Octavio no era inevitable; si la subida al poder de éste fue espectacular para alguien tan joven, la trayectoria del propio Antonio también debió mucho a la buena suerte y a las insólitas oportunidades que le brindó una República romana desgarrada por guerras civiles.

Para conocer a Antonio y a Cleopatra hay que situarlos en el contexto de su cultura y su época; pero este libro no puede cubrir su convulsa era en detalle, aunque siempre versa acerca de ellos, de dónde estaban y qué hacían. Los acontecimientos de otros lugares se tratan sucintamente, y sólo si es necesario para entender su historia. Por eso la trayectoria de César se aborda muy someramente, y sólo se profundiza en ella cuando afecta a Antonio y a Cleopatra. También la subida de Octavio al poder es extraordinaria y fascinante, pero no podemos ahondar en ella. Otras figuras notables, en especial Cicerón, Pompeyo y su hijo Sexto, se tocan aún con más brevedad; esto no refleja su importancia, sino que es una cuestión de encuadre.

La política ocupará un primer plano en esta historia porque Antonio y Cleopatra

fueron ante todo animales políticos. También lo fue César, primer amante de la reina y padre de su primer hijo; y ninguno de ellos actuó nunca sin al menos cierto grado de cálculo político. Pese a diversas acusaciones de promiscuidad poco convincentes, las pruebas más sólidas indican que Cleopatra sólo tuvo dos amantes, y que ambos fueron los hombres más importantes de la República romana, cada uno en su momento. Nada de esto tiene por qué significar que no se produjera también una atracción mutua, fuerte y sincera en ambos casos; de hecho, es difícil comprender esta historia de ninguna otra forma. Al estudiar cualquier periodo histórico, es esencial recordar que sus protagonistas fueron seres humanos de carne y hueso, muy semejantes a nosotros, por distintas que pudieran ser su época y su cultura. El romance tiene que estar presente porque fue real: una de las razones del perdurable hechizo de la relación de Antonio y Cleopatra es que todos sabemos de la fuerza de la pasión por nuestras propias vidas.

La historia de Antonio y Cleopatra es una historia de amor, pero también de política, guerra y ambición. Lo realmente acontecido fue intenso y dramático: de ahí su interés para novelistas, dramaturgos y guionistas de cine. Contemplar lo acaecido tal como lo conocemos, o como los hechos reales que probablemente fueron, no hace sino acentuar el dramatismo; igual que reconocer lo que ignoramos, pues muchos enigmas siguen siendo fascinantes. Acercarnos más a la verdad nos revela un episodio de la historia humana más extraordinario que cualquier ficción: puede que no sea la historia que esperábamos, o ni siquiera la que nos gustaría creer, pero es la historia de unas vidas vividas con intensidad en una época en la que el mundo experimentaba una profunda transformación.

LAS DOS TIERRAS

Egipto ya era antiguo mucho antes del nacimiento de Cleopatra en el año 69 a. C., casi cuatro siglos antes de que Heródoto —que escribió la primera historia en prosa en un idioma occidental— dijera a sus compatriotas griegos que había mucho que aprender de los egipcios sobre la religión y el saber propios. Como gran parte de su obra, la historia de Egipto debida a él es una peculiar y farragosa mezcla de fantasía y mito, salpicada aquí y allá de hechos reales. Los griegos tendían a idealizar Egipto como foco de la sabiduría antigua, a la vez que despreciaban a su pueblo por adorar animales sagrados y practicar la circuncisión; también les sobrecogían las increíbles dimensiones de las pirámides de Giza, que incluyeron entre sus «Siete Maravillas del Mundo».

Reparar en que la vida de Cleopatra transcurrió más próxima a nuestros días que a la época en que las grandes pirámides fueron construidas da mucho que pensar. La mayor pirámide de todas se erigió para el faraón Kufu, muerto en el 2528 a. C., unos veinticinco siglos antes de que la reina se quitara la vida: la misma distancia temporal que hoy nos separa del propio Heródoto, de las invasiones persas de Grecia y de los primeros días de la República de Roma.

Kufu no fue el primer faraón, sino que perteneció a lo que se conoce como IV Dinastía. La organización de los gobernantes por dinastías fue obra de un sacerdote erudito al servicio del linaje de Cleopatra, cuyo sistema sigue aplicándose hoy en día casi tal y como él lo concibió. Hubo nada menos que treinta dinastías antes de que el linaje de Cleopatra llegara al poder a finales del siglo IV a. C. El primer faraón gobernó más o menos desde el 2920 a. C.: es difícil precisar tratándose de un periodo tan temprano. Su reinado no fue el principio de la civilización en Egipto; ya mucho antes había colectividades organizadas que cultivaban la tierra a orillas del Nilo, y con el tiempo, de ellas surgieron dos reinos de gran envergadura que acabaron uniéndose. Los faraones eran los señores de las «dos tierras», el Alto y el Bajo Egipto, y la corona con que adornaban su cabeza simbolizaba esta unión. El Alto Egipto se extendía hacia el sur y tenía su capital en Tebas. El Bajo Egipto, al norte, llegaba hasta el litoral mediterráneo y su centro era Menfis (si esta disposición de alto y bajo nos extraña, es sólo porque estamos acostumbrados a los mapas y globos terrestres que representan el norte en la parte superior).^[1]

El Nilo hizo posible todo. Cada verano sus márgenes se inundaban y luego el

agua volvía a retroceder, ciclo natural que no dejó de repetirse hasta la segunda mitad del siglo xx, cuando se construyó la presa de Asuán. La crecida anual dejaba un rico depósito de oscuro limo aluvial, cuya humedad fertilizaba prodigiosamente la tierra. Todas las primeras civilizaciones se basaban en la producción de excedentes agrícolas, y si pudieron desarrollarse fue gracias a que los colectivos tienen más capacidad que los individuos para implantar sistemas de irrigación a gran escala. En Egipto, los problemas que planteaba comercializar y explotar la sobreabundancia que brindaba la crecida eran mayores, y eso fomentó la creación de una autoridad cada vez más centralizada.

La gente sólo vivía donde había agua. La población de Egipto era muy grande en relación a los baremos de la Antigüedad, pero la inmensa mayoría se concentraba en dos únicas zonas: al norte estaba el Delta, donde el río se dividía en multitud de canales antes de desembocar en el Mediterráneo, irrigando a su paso un ancho tramo de tierra; al sur del Delta estaba el Valle del Nilo, que se extendía hasta la primera catarata. La crecida, que nunca sobrepasaba cierta extensión, dio lugar a una franja de tierra densamente poblada de unos ochocientos kilómetros de longitud y a lo sumo una veintena de kilómetros de anchura: más allá, todo eran tierras desiertas; unos pocos pobladores subsistían en torno a los escasos oasis, pero prácticamente no había nada.^[2]

El pueblo egipcio se consideraba el centro del mundo y de la verdadera civilización: más allá de sus fronteras, sólo había caos y pueblos bárbaros hostiles. Incluso dentro, el orden podía verse amenazado, ya que la magnitud de la crecida del Nilo era imprevisible. Demasiada agua podía ser tan desastrosa como demasiado poca, y dar como resultado cosechas muy pobres: eran los años de abundancia y los años de hambre del sueño del faraón en el Génesis. Las amenazas sobrenaturales venían a sumarse a las naturales y a los enemigos humanos, pues la lucha entre el orden y el caos también se reflejaba en el mundo de las divinidades. Los faraones, situados entre los dioses y los hombres, se comunicaban con ambos; su papel era garantizar que el orden y la justicia —englobados en el término «Maat»— prevalecieran sobre el caos.^[3]

También eran los soberanos de una nación rica y poderosa; pero había otras potencias en el mundo, y los conflictos no eran algo inusitado. Cuando Egipto estaba fuerte, los faraones extendían sus dominios hacia el sur siguiendo el curso del Nilo a expensas del reino de Meroe, o hacia el este hasta Siria y Palestina; otras veces el equilibrio de poder favorecía a sus vecinos y los faraones perdían terreno: en el segundo milenio a. C., el pueblo exterior de los hicsos invadió gran parte de su territorio y gobernó durante casi un siglo, hasta que una vez expulsado, se creó el Nuevo Reino. Egipto tampoco estuvo libre de rebeliones internas y guerras civiles; hubo veces que los dos reinos se dividieron y dinastías rivales gobernaron al mismo tiempo.

La cultura egipcia nunca fue del todo estática ni ajena al cambio, pero sí fue

notablemente conservadora. Su núcleo estaba en el ciclo agrícola anual derivado de la crecida, y los métodos agrícolas apenas cambiaron nada en miles de años. Alrededor de este ciclo, y en todos los ámbitos de la vida, persistían los rituales y las creencias que aseguraban el orden de las estaciones, las buenas cosechas y la propia vida en todas sus facetas. En el exterior, el poder de los faraones aumentaba o disminuía según surgían o desaparecían otros imperios más o menos lejanos. En el último milenio a. C., asirios, babilonios y persas dominaron sucesivamente el Oriente Medio; Egipto también fue poderoso y controló considerables territorios de Asia en parte de ese periodo, pero luego su ímpetu declinó y durante más de un siglo, del año 525 al 404 a. C., los persas gobernaron el reino. Los egipcios acabaron rebelándose y los expulsaron, y los siguientes sesenta y un años los faraones volvieron a ser soberanos; pero el Imperio persa no había perdido su pujanza, y en el 343 a. C. conquistó de nuevo Egipto. Todo indica que esa ocupación fue especialmente brutal, y el resentimiento de los egipcios sin duda profundo.

Menos de una década después, el mundo sufrió un cambio drástico y repentino con la irrupción de Alejandro Magno: Persia cayó y todos sus territorios quedaron bajo el control del nuevo conquistador.

EL REY DE MACEDONIA

Sería difícil exagerar el impacto de Alejandro. Impacto es la palabra precisa, porque hubo algo intensamente físico en su trayectoria, y nunca debe perderse de vista la gran velocidad y la tremenda magnitud de lo que acometió. Alejandro no había cumplido treinta y tres años cuando murió en Babilonia el 10 de junio del 323 a. C., y llevaba siendo rey exactamente doce años y medio. Su padre, Filipo II, le había legado una Macedonia fuerte internamente, que contaba con un ejército soberbio y ya dominaba Grecia. Los preparativos para la expedición contra Persia también venían de antes; y aunque heredó la idea de su padre, fueron su propia energía infatigable y su insaciable sed de sobresalir las que impulsaron las guerras que siguieron.

Alejandro y sus soldados marcharon o cabalgaron más de treinta mil kilómetros; a los cinco años, el rey persa había muerto y la ciudad donde tenía su corte había quedado reducida a cenizas. Se convertía entonces en la cabeza visible del imperio más grande del mundo conocido, pero no vio motivos para detenerse. Siguió avanzando hacia el este y llegó a controlar todo el territorio que se extiende desde los Balcanes hasta el actual Pakistán. Se dice que julio César, a los treinta años, lloró frente a un busto de Alejandro, sintiendo que su propia vida era insignificante en comparación con la de él.^[4]

Alejandro salió de Macedonia en el año 334 a. C. para no volver, y lo mismo les

sucedió a muchos de los macedonios y griegos que le acompañaron; es imposible saber cuál era su aspiración última, cabe la posibilidad de que aún no hubiera decidido cómo quería que funcionara el nuevo imperio. Alejandro era artero, sutil, cruel, suspicaz, a veces espantosamente violento y otras benévolo y generoso. Su ejército era potente, pero demasiado pequeño para mantener unido el imperio por la fuerza. En numerosos lugares fundó ciudades que poblaron colonos —muchos de ellos soldados veteranos—, que siempre constituían una reducida minoría de la población total. Con sus conquistas, el idioma y la cultura griegos se extendieron mucho más; pero eso sí, fue una expansión superficial.

El imperio de Alejandro era demasiado extenso para ser gobernado como si se tratara sólo de un grupo de provincias de Macedonia: con el tiempo, fue sirviéndose progresivamente de más persas como gobernadores y administradores —si eran nobles—, y también como soldados. Como no había suficientes macedonios y griegos con las aptitudes lingüísticas y la experiencia que hacían falta para cubrir todos los puestos, era mucho más práctico incorporar a hombres del lugar, y esto además tenía la gran ventaja de que se hacía a los nuevos súbditos partícipes en el imperio. Las pautas tradicionales macedónicas de la ceremonia de la corte y el papel del rey fueron transformándose hacia una monarquía híbrida con rasgos persas y también innovaciones. Alejandro hizo suyos honores y símbolos que, como poco, eran semidivinos, y parece posible que quisiera ir aún más lejos y llegar a ser venerado como un dios viviente; pero de nuevo hay que recordar el factor tiempo: en poco más de una década, había ya muy pocas posibilidades de que el nuevo régimen pudiera asentarse en ninguno de sus aspectos.^[5]

Los diversos territorios estaban todos vinculados directamente a Alejandro y no tenían ninguna otra relación entre sí, lo que quizá no habría importado de haber existido un heredero claro y plausible a su muerte. Nombraron rey a su hermanastro Arrideo, pese a que había salvado la vida únicamente porque lo tenían por retrasado mental. Además, Roxana, última esposa de Alejandro e hija de un noble bactriano (oriunda, por tanto, del actual Afganistán), estaba encinta en aquel momento; meses después, en el año 322, dio a luz un niño, Alejandro IV, al que seguidamente también nombraron rey. El imperio pasó así a tener un gobierno conjunto de dos monarcas; uno era un recién nacido y el otro estaba incapacitado, por lo que el poder real lo ejercieron los mandos del ejército y los altos funcionarios, casi todos en Babilonia durante aquellos meses.

El general Pérdicas fue nombrado regente; al parecer, Alejandro le entregó su sello en su lecho de muerte. Se nos cuenta también que en sus últimos momentos el conquistador había expresado el deseo de que su imperio recayera en «el más fuerte» y que «sus amigos más insignes celebraran unos grandiosos juegos funerarios en su memoria». Si de verdad pronunció estas palabras, tal vez reflejen añoranza de la era heroica —Alejandro dormía con un ejemplar del poema épico de Homero La Ilíada bajo la almohada—, o quizá realismo respecto a lo inevitable; es bastante dudoso que

hubiera podido mantener unido su imperio ya entonces, ni siquiera aunque hubiera designado a un heredero adulto.^[6]

Al principio los demás cooperaron con Pérdicas, cada cual buscando sus propias bases de poder en medio del clima de creciente sospecha y temor que reinaba entre ellos. Los más importantes fueron nombrados sátrapas: gobernadores locales en teoría leales a los monarcas y al regente y bajo su mando. Ptolomeo, pariente lejano de Alejandro de poco más de cuarenta años, fue nombrado sátrapa de Egipto a petición propia. Pronto quedó claro que Pérdicas sólo podría controlar a los sátrapas por la fuerza; y estar con su ejército en todas partes a la vez era imposible. En el año 321 dirigió sus tropas contra Ptolomeo, pero la campaña acabó en desastre al no poder cruzar el Nilo: Pérdicas fue asesinado por sus oficiales, que ofrecieron el mando a Ptolomeo y, cuando él lo rechazó prudentemente, casi todo el ejército se retiró.

Aquel fue sólo un episodio de la larga e intrincada sucesión de guerras entre los generales de Alejandro, cuyas luchas por el poder personal desgajaron el imperio. Ptolomeo fue uno de los más cautos, no arriesgándose nunca a perder lo que ya controlaba. Los «juegos funerarios» se prolongaron durante casi cincuenta años, y casi todos sus protagonistas murieron violentamente: Arrideo fue asesinado en el 317 a. C., y Alejandro IV y su madre en el 311 a. C.; nadie los reemplazó, y en ningún momento ninguno de los generales tuvo ni la más mínima posibilidad de volver a unir todo el imperio bajo un control único. Cualquier ocasión que tuviera alguno de ellos de hacerse con la supremacía en solitario llevaba invariablemente a todos los demás a aparcarse sus diferencias y unir fuerzas en su contra; pero los sátrapas siguieron varios años declarándose gobernadores al servicio de monarcas que ya no existían: en Babilonia y Egipto llegaron a fecharse documentos oficiales en los años de un ficticio reinado de Alejandro IV, asesinado de niño.^[7]

Ptolomeo y los demás sátrapas no dejaron de fingir hasta el año 305 o 304 a. C., cuando se proclamaron reyes. El linaje de Cleopatra iba a gobernar durante nueve generaciones el imperio que su antepasado creó luchando contra los demás generales de Alejandro. Ptolomeo era macedonio y Cleopatra fue la primera de su familia en hablar egipcio: tan sólo uno de los nueve idiomas que dominaba, según se dice. Los Ptolomeos hablaban griego, y durante siglos en la corte fue un signo de distinción hablar su peculiar dialecto macedonio. Como veremos, estos reyes controlaron Egipto, pero no fueron reyes eminentemente egipcios. Sin embargo, Egipto siempre fue la más rica de sus posesiones y la última en caer.^[8]

LA CASA DE LAGOS

En Egipto ya había griegos mucho antes de Alejandro. Algunos habían llegado hasta

allí como mercaderes, muchos más como mercenarios. Durante los últimos siglos del Egipto independiente, los faraones recurrieron continuamente a soldados profesionales extranjeros, de quienes se servían para combatir a los enemigos externos e internos. Esos soldados, que profesaban otras religiones, no siempre fueron bien recibidos entre los egipcios. Alejandro llegó a Egipto a finales del año 332 a. C. Aunque había ganado dos batallas contra los persas y había tomado Tiro y Gaza, la lucha contra Darío, el rey persa, estaba aún lejos de haberse zanjado. Los persas no defendieron Egipto, y parece que los egipcios, que nunca les profesaron amor, dieron la bienvenida a Alejandro viéndolo como un libertador; de todos modos, no estaban en condiciones de oponerle resistencia, pero es posible que su calurosa acogida cuando fue nombrado faraón fuera auténtica. Alejandro pasó varios meses en Egipto: demasiados meses según algunos, dada la situación estratégica, pues Darío tuvo tiempo para reagruparse.

El misterio rodea su larga marcha al desierto occidental para visitar el oasis de Siwa, donde estaba el templo de Amón, dios al que los griegos equiparaban a Zeus. El santuario era famoso por su oráculo, y la creencia de que el sacerdote «que hablaba por boca del dios» recibió al conquistador llamándolo hijo de Amón se extendió mucho; según una de las tradiciones, el sacerdote se había equivocado. Hay más acuerdo respecto a que Alejandro encargó el trazado de Alejandría y su construcción: no fue la única ciudad que fundó y llevó su nombre, pero acabó siendo la más importante con diferencia. Cleómenes, uno de los griegos radicados allí, fue nombrado gobernador cuando Alejandro dejó Egipto en la primavera del 331 a. C. para no regresar ya nunca en vida.^[9]

El sátrapa Ptolomeo, poco después de llegar a Egipto, destituyó a Cleómenes y ordenó ejecutarlo en el año 323 a. C. Y en el 321 a. C., sus hombres detuvieron el cortejo fúnebre de Alejandro Magno, camino de Macedonia, para llevarse el cuerpo embalsamado a Egipto, donde acabó en una tumba construida expresamente para él en Alejandría. El propio Ptolomeo escribió una prolija historia de las campañas de Alejandro que contribuyó a dibujar el mito del conquistador como más convenía a sus propias ambiciones.

Ptolomeo empezó teniendo relativamente pocos soldados. Él y sus sucesores alentaron a los inmigrantes griegos y macedonios a asentarse en Egipto. Alejandría, con sus leyes inspiradas en Atenas, fue desde sus inicios una ciudad con vocación claramente griega. Los mercenarios luchaban sólo por la paga y no eran totalmente de fiar: era fácil que cambiaran de bando si la campaña se volvía en su contra. Por eso los Ptolomeos concedieron a sus soldados parcelas de tierra, llamadas cleruquías, a fin de integrarlos en el nuevo régimen; no era una idea nueva, pero se acometió con rapidez y generosidad. Los oficiales recibían más que los soldados rasos, la caballería más que la infantería. El producto de esas granjas se gravaba, pero la principal obligación de los colonos o clerucos era servir en el ejército del rey. Al menos una vez ocurrió que soldados de Ptolomeo apresados por un caudillo rival renunciaron a

desertar y pasarse al enemigo, prefiriendo seguir cautivos con tal de no perder la esperanza de poder regresar a Egipto: es un caso muy poco habitual.^[10]

En el siglo III la población de Egipto probablemente alcanzaba los 7 millones de habitantes, de los cuales aproximadamente medio millón vivían en Alejandría. Tal vez alguna otra ciudad, como Menfis, fuera diez veces menor, y la mayoría eran aún más pequeñas: los Ptolomeos no fueron tan proclives como otros sucesores de Alejandro Magno a fundar ciudades; la mayoría de la gente vivía en pueblos, más convenientes para alojar a mano de obra agrícola. El Delta y el Valle del Nilo no dejaron de estar densamente poblados. Al oeste, los Ptolomeos también crearon El Fayum, e instalaron sistemas de irrigación alrededor del lago Moeris y otros lugares, posibilitando así la agricultura. Allí se establecieron muchas cleruquías y también grandes fincas arrendadas a griegos prominentes y acaudalados. Esto trajo al país una tercera zona muy poblada, cuyo desarrollo tuvo la ventaja de aumentar la magnitud de la cosecha, gravada por los reyes, que era a la vez una forma de recompensar a sus soldados y seguidores sin tener que desahuciar de su tierra a una gran cantidad de egipcios.^[11]

La abrumadora mayoría de la población de Egipto siguió siendo rural bajo los Ptolomeos; también era mayoritariamente egipcia. Incluso en las cleruquías, casi todo el trabajo duro del campo lo hacían egipcios, pues había muy pocos esclavos fuera de Alejandría. Muchos clerucos arrendaban parte de su tierra, o toda, a otros agricultores. El servicio militar les obligaba a ausentarse de ella, y con el tiempo buena parte acabó viviendo de las rentas.

Los griegos nunca dejaron de ser una pequeña minoría durante todo el reinado ptolemaico. Aunque era claramente imposible que los dos colectivos vivieran separados por completo, apenas ninguna palabra egipcia pasó al griego, y llama la atención lo aisladas entre sí que permanecieron ambas culturas a lo largo de los siglos. Había dos códigos legales diferenciados, el griego y el egipcio, cada uno con sus magistrados y tribunales; si les beneficiaba más, los súbditos de un colectivo podían decidir que determinados aspectos de su vida se regularan por el otro código legal: la ley egipcia otorgaba bastantes más derechos a las mujeres, y muchas familias griegas se sirvieron de ella para que sus hijas heredaran propiedades. En un papiro de los albores del siglo II a. C. (por tanto, más de doscientos años posterior al momento en que Ptolomeo I se hizo con el control de Egipto) se conserva el testamento de un soldado egipcio al servicio de los Ptolomeos; escrito en demótico —la escritura alfabética, no jeroglífica, del idioma egipcio—, su formato y estilo son, no obstante, griegos en todos los aspectos. En la mayoría de los casos la legislación griega era la predominante, sin que hubiera ningún intento de fundir ambos sistemas legales.^[12]

Había muchos egipcios ricos e influyentes. Igual que Alejandro, los Ptolomeos asumieron la función religiosa de los faraones: nominalmente, y a veces incluso en persona, oficiaban los ritos religiosos necesarios para que el orden prevaleciera sobre el caos y el ciclo natural se perpetuara. La dinastía dedicó mucho dinero a los

templos: muchos de los templos más monumentales que hoy pueden verse en Egipto fueron totalmente restaurados o contruidos por los Ptolomeos. Además, cedieron grandes fincas a ciertos templos para el mantenimiento de los cultos. Los sacerdotes gozaban de una posición de gran relieve y actuaban como jueces en los asuntos concernientes a la legislación egipcia.

Otros egipcios trabajaban en la burocracia real: grande y compleja, su función principal era recaudar impuestos. Una parte de la cosecha tributaba y también había gravámenes en metálico; incluso el producto de las tierras adscritas a los cultos religiosos pasaba por las manos de la burocracia real. Nunca había suficientes griegos como para cubrir todos los puestos de escriba y funcionario que se requerían y, más concretamente, nunca había bastantes que hablaran el idioma nativo; de ahí la fuerte presencia egipcia en todos los peldaños de la administración y, al cabo del tiempo, también en el ejército. Aparte de su idioma, muchos egipcios sabían leer y escribir el griego, y a menudo adoptaban nombres griegos para ciertas facetas de su vida mientras mantenían el egipcio en otros ámbitos.

Un ejemplo es Menches o Asclepiades, que fue escriba de una aldea a finales del siglo u a. C. Un funcionario de ese peldaño de la administración tenía que hablar con fluidez ambos idiomas: en calidad de funcionario, siempre se le llama Menches, quizá porque casi todo el tiempo trataba con egipcios; pero en uno de los textos afirma con orgullo ser «un griego nacido en esta tierra». Desde el punto de vista étnico, parece ser que era predominantemente egipcio —quizá completamente—, pero saber griego le procuró un estatus especial, a él y a su familia; era en muchos aspectos tanto una cuestión de clase como de raza.^[13]

En el Egipto ptolemaico había algunos griegos pobres y bastante más egipcios acomodados, que en su mayor parte adoptaban aspectos de la cultura griega, y sin duda usaban el idioma, al menos en el desempeño de sus funciones públicas. Pero la mayoría de los egipcios no eran especialmente ricos y trabajaban el campo; algunos poseían tierras o las arrendaban, pero casi todos eran braceros que cobraban en especie, como había sido durante toda la historia de Egipto. No parece que los Ptolomeos fueran más brutales que regímenes anteriores explotando a la mano de obra; y es posible que en un principio fueran más eficientes, pues sin duda ampliaron considerablemente la superficie cultivada.

Había casos particulares de quienes se desenvolvían en ambas colectividades y, con el paso de los años, se dio algún matrimonio mixto. Pero aun así, se mantuvo la segregación entre las poblaciones griega y egipcia. Los griegos dominaban, pero no podrían haber gobernado Egipto ni haberse beneficiado de ello sin la conformidad y la ayuda de muchos egipcios que también obtenían ventajas del régimen. La religión egipcia requería un faraón para preservar la Maat. Los reyes persas habían adoptado nominalmente ese papel durante los años de ocupación, y los Ptolomeos los relevaron: mantenían los templos, cuyos sacerdotes celebraban todos los rituales precisos para contener a las fuerzas del caos. Pero los Ptolomeos fueron ante todo

reyes griegos y siempre albergaron ambiciones territoriales fuera de Egipto, en el antiguo imperio de Alejandro. Nada indica que se consideraran otra cosa que griegos y, concretamente, macedonios. Tres siglos gobernando Egipto no cambiaron esto.

«LA LOBA»: LA REPÚBLICA DE ROMA

En el año 273 a. C. el rey Ptolomeo II envió embajadores a Roma; era el primer contacto oficial entre los dos estados. Los romanos acababan de someter a la ciudad griega de Tarento, en la Italia meridional, y a la sazón controlaban toda Italia al sur del río Po. Tarento había recibido la ayuda de Pirro, el rey del Epiro y uno de los comandantes más duchos de los que habían surgido en las guerras de los sucesores de Alejandro Magno. Había derrotado a los romanos en sucesivas batallas, pero también sufrió tal cantidad de bajas que no pudo proseguir la lucha: de ahí la expresión «victoria pírrica». Pirro había sido protegido de Ptolomeo 1 en el pasado, pero las alianzas tendían a cambiar rápidamente durante los «juegos funerarios» de Alejandro: para el rey egipcio fue motivo de satisfacción ver vencido a un rival en potencia, y sobre todo a manos de un pueblo, el de los romanos, que le quedaba tan lejos.

La embajada fue bien recibida y se entablaron relaciones amistosas, lo que también fomentó el comercio; hasta la fecha, los romanos nunca habían intentado expandirse más allá de Italia. Desde la perspectiva del Mediterráneo oriental, Roma era una potencia distante y sin gran importancia, pero con la suficiente pujanza como para llamar la atención. Los Ptolomeos solían estar en buenas relaciones con Siracusa, la ciudad griega más poderosa de Sicilia, y también con Cartago, la opulenta potencia comercial cuyas flotas dominaban el Mediterráneo occidental.^[1]

La fundación de Roma data del siglo VIII a. C.: según el mito, la fundó Rómulo en el año 753 a. C., pero los romanos no empezaron a escribir historia hasta finales del siglo III a. C., y tenían poco conocimiento cierto del pasado distante; hasta que empezaron a abrirse paso gradualmente en la escena mundial, los historiadores griegos habían mostrado poco interés por ellos. En el 264 a. C. enviaron un ejército a Sicilia: era la primera vez que las legiones salían de la península itálica, y esta injerencia en una zona que consideraban plenamente dentro de su esfera de influencia soliviantó a los cartagineses. El resultado, la primera guerra púnica, duró más de dos décadas y tuvo un coste enorme para ambos bandos; pero los romanos, más agresivos y tenaces a lo largo de toda la contienda, acabaron obligando a rendirse a los cartagineses.

La arrogancia de Roma dejó un hondo resentimiento en muchos cartagineses, y en el año 218 a. C. estalló otra guerra. Esta vez Aníbal, dirigiendo un ejército desde España, cruzó los Alpes y se adentró en la misma Italia, donde infligió una

demoledora serie de derrotas a los romanos: en tres años Roma perdió casi la cuarta parte de sus varones adultos y más de un tercio de su aristocracia. Conquistar Persia le había costado a Alejandro tres grandes batallas y un par de asedios; y sin embargo, la República de Roma se negó a negociar con Aníbal, ni siquiera tras las sucesivas y apabullantes derrotas. Los romanos tenían enormes recursos y, con una tenacidad y una determinación verdaderamente notables, volvieron a demostrar su voluntad de dedicarlos a la guerra. Derrotaron a los cartagineses en Sicilia y en España, y finalmente invadieron el norte de África, lo que obligó a Aníbal a retirarse de Italia: con su derrota en Zama en el 202 a. C., Cartago, una vez más, capituló.

Las dos grandes guerras con Cartago pusieron a Roma en el camino hacia el imperio mundial: en la primera guerra púnica, los romanos crearon su marina y derrotaron a Cartago, de gran tradición marítima; en la segunda, se acostumbraron a las movilizaciones masivas enviando ejércitos simultáneamente a varios teatros de operaciones y manteniéndolos allí. Así fue como adquirieron sus primeras provincias en el exterior: Sicilia, Cerdeña y Córcega, España e Iliria. Y estas provincias habían de ser gobernadas y guarnecidas.

Los Ptolomeos observaron la lucha entre Roma y Cartago evitando en todo momento verse envueltos en ella. Durante la primera guerra púnica, los cartagineses les habían pedido un cuantioso crédito para sufragar su esfuerzo bélico, solicitud que les denegaron alegando su alianza con Roma. En cambio, en el año 210 a. C., en el momento más álgido de la segunda guerra púnica, los romanos enviaron a Alejandría una embajada para conseguir grano y Ptolomeo IV accedió a suministrarlo: aunque mantuvo la neutralidad, sí parece que mostró más inclinación por Roma, seguramente porque en Cartago veía una mayor amenaza en potencia.^[2]

El reino de Macedonia no tuvo el mismo acierto al juzgarla situación. Inquieto ante la creciente presencia romana en sus fronteras occidentales de Iliria, el rey Filipo V de Macedonia, que intuyó una oportunidad cuando Aníbal invadió Italia, se alió con los cartagineses y declaró la guerra a Roma. Indignados por lo que consideraron una puñalada por la espalda sin motivo, los romanos enviaron un ejército a Macedonia: al final, ya sin aliados en la zona y viéndose obligados a agotar todos sus recursos para hacer frente a Cartago, aceptaron una paz negociada con Macedonia que los Ptolomeos ayudaron a pactar; pero la indignación persistió, y muy poco después de ganar la segunda guerra púnica, Roma declaró la guerra a Filipo V. Macedonia fue derrotada en pocos años.^[3]

De las guerras entre los sucesores de Alejandro habían surgido dos grandes rivales para los Ptolomeos: Macedonia era uno, y el otro, el Imperio seléucida de Siria. Los seléucidas intervinieron en Grecia tras la derrota de Filipo V enviando una expedición, pero los romanos la repelieron con fiereza y, no contentos con esto, despacharon otro ejército a Asia Menor. Filipo V apoyó la campaña de los romanos como prueba de su lealtad y, al mismo tiempo, para debilitar a un rival. El ejército seléucida fue arrollado en Magnesia en el 189 a. C. Durante todos estos conflictos,

los Ptolomeos mantuvieron su estrecha alianza con Roma, pero limitándose a observar cómo sus dos rivales eran aplastados uno detrás de otro.

El hijo de Filipo V, Perseo, también luchó contra Roma sin obtener mejores resultados que su padre: fue capturado y su reino se disolvió, aunque una rebelión posterior disuadió finalmente a los romanos de convertir Macedonia en una provincia. Más o menos por esas fechas, los romanos libraban su tercera y última guerra con Cartago: en el año 146 a. C. la ciudad de Cartago, tomada por asalto y arrasada por las tropas romanas, dejó de existir como entidad política. Ese mismo año, Roma hizo patente su control sobre Grecia con el saqueo de la famosa ciudad de Corinto. El reino de Macedonia ya no existía y el Imperio seléucida había quedado muy debilitado, mientras que los Ptolomeos no habían entrado en conflicto con Roma; pero la potencia menor con la que se habían aliado allá por el 273 a. C. era ahora la fuerza arrolladora que dominaba el Mediterráneo.

LA REPÚBLICA

El surgimiento de Roma sorprendió a muchos griegos y llevó al historiador Polibio a escribir su *Historia Universal* precisamente para explicar cómo había podido suceder. Polibio llegó a Roma como rehén y acompañó al estado mayor del comandante romano que saqueó Cartago. En la introducción a esta obra se pregunta «quién es tan despreciable e indolente como para no interesarle qué medios y qué sistema de administración política han utilizado los romanos para someter a su solo gobierno casi todo el mundo habitado en menos de cincuenta y tres años».^[4]

Siguiendo una tradición muy arraigada en el pensamiento político griego, Polibio creía que el sistema político de Roma le daba una estabilidad y una fuerza de la que carecían otros estados. Roma había sido gobernada originalmente por reyes, pero cuando el último fue expulsado a finales del siglo VI a. C. —la fecha tradicional es el año 509 a. C.—, la ciudad se erigió en república. No tenía constitución formal: en su lugar, una combinación de derecho, convención y costumbre fue conformando su forma de gobierno a lo largo de los siglos. El principio más importante subyacente al sistema era impedir que ningún grupo o individuo ostentara el poder supremo permanentemente.

Había tres elementos inherentes al gobierno. El poder ejecutivo radicaba en los magistrados, todos ellos cargos electos. En casi todos los casos, el mandato sólo duraba un año y no podían volver a ser elegidos para el mismo puesto hasta diez años después. Siempre ejercían el cargo con uno o más colegas de igual poder. Los magistrados más importantes eran los dos cónsules. No había separación entre el poder civil y el militar en Roma: los cónsules mandaban los ejércitos romanos en las

campañas más importantes, y también redactaban las leyes y desempeñaban otras funciones cívicas en Roma.

Los magistrados tenían un poder considerable, pero no permanencia en el cargo. El Senado, consejo asesor formado por antiguos magistrados y otros hombres eminentes, daba continuidad al poder. Había unos trescientos senadores, y todos tenían que haber nacido libres y poseer considerable riqueza. El Senado no podía aprobar legislación, pero promulgaba decretos que solían observarse. Las leyes sólo se aprobaban por votación en las asambleas populares, que también elegían a los magistrados y aprobaban las declaraciones de guerra y paz. Las asambleas no podían introducir ni debatir una cuestión, y tampoco enmendar de ningún modo un proyecto de ley; sólo podían votar sí o no a una propuesta, y en las elecciones, elegir los candidatos de una lista.

Las ciudades estado griegas se mostraron exacerbadamente propensas a la revolución interna; Roma, en cambio, logró conjurarla durante siglos. Mientras que en el mundo helénico a partir del siglo IV predominaron los monarcas o los tiranos, no sucedió así en Roma. Las pocas democracias griegas que sobrevivieron redujeron el número de ciudadanos que podían votar, circunscribiéndolo a los ricos; en Roma, en cambio, la República exhibió singular destreza para expandirse y absorber a más gente. Las ciudades griegas siempre fueron muy celosas de la ciudadanía, en especial durante el auge de la democracia ateniense; por el contrario, en Roma, los esclavos liberados obtenían la ciudadanía con sólo alguna restricción de sus derechos —algo inimaginable en la mayoría de las colectividades griegas—, y sus hijos eran ciudadanos plenos a todos los efectos. Los pueblos enemigos vencidos a lo largo y ancho de la península itálica con el tiempo obtenían de forma general la ciudadanía para toda la población; en la época de Marco Antonio, los habitantes libres de la Italia al sur del Po ya eran todos romanos.

Los ciudadanos romanos se contaban por millones: a su lado hasta las cifras de ciudadanos de las mayores ciudades estado griegas en su apogeo parecían pequeñas. La abundante mano de obra de Roma había posibilitado las derrotas de Pirro y Aníbal: de entre todos esos ciudadanos, las legiones se nutrían de los que eran lo bastante solventes como para poder adquirir el equipo necesario. Por eso los ricos, que podían permitirse poseer caballos, servían como soldados de caballería; los que tenían menos ingresos —la inmensa mayoría, agricultores— se incorporaban a la infantería pesada, mientras que los pobres y los jóvenes sólo necesitaban el modesto equipo del soldado raso para unirse a la infantería ligera. Los romanos se identificaban mucho con la República: estaban dispuestos a responder al llamamiento del estado para el servicio militar, sometiéndose a la disciplina del ejército, severa e incluso brutal. Ningún otro estado podría haber asumido el espantoso número de bajas que les infligió Aníbal y seguir reclutando nuevos ejércitos.

Al finalizar el conflicto, se licenciaba a las legiones y los hombres volvían a sus casas: el servicio militar era un deber para con la República, no una profesión. En las

guerras púnicas, hubo soldados que acabaron sirviendo en el ejército durante una década o incluso más. A medida que Roma se expandía e incorporaba más provincias exteriores, fue haciéndose habitual que las temporadas de servicio militar se alargaran. Además, un destino en una guarnición de una provincia española o de la frontera macedonia prometía poca gloria y botín, pero muchas probabilidades de morir por enfermedad o en una anónima refriega; era un gran peso para las familias, y al licenciarse y regresar, muchos soldados se encontraban con que los suyos habían tenido que desprenderse de la granja. Durante el siglo II a. C., muchos romanos creían que la clase de los soldados agricultores, piedra angular de las legiones, había ido menguando por la presión de periodos de servicio demasiado prolongados. Inevitablemente, esa merma sólo agravaba el problema, pues el estado llamaba a filas cada vez con más frecuencia a unos hombres que eran cada vez menos, a la vez que la ruina afectaba a un número cada vez mayor de ellos. El servicio militar, deber antaño aceptado de buena gana —y a menudo con entusiasmo—, pasó a ser una asfixiante carga.^[5]

La expansión exterior trajo réditos masivos, pero los beneficios no se repartían equitativamente: los botines de guerra hacían fabulosamente ricos a los magistrados que mandaban un ejército vencedor, sobre todo si el enemigo era algún próspero estado del mundo griego. Aparte del botín, cientos de prisioneros eran vendidos como esclavos: los generales se llevaban la mayor parte de las ganancias, pero ese comercio también ofrecía sustanciales oportunidades de enriquecerse a las sociedades privadas que efectuaban las ventas. La República apenas tenía burocracia; los magistrados enviados a gobernar una provincia se llevaban una plantilla minúscula que completaba el servicio doméstico. La recaudación de impuestos se confiaba a sociedades privadas que pujaban por la adjudicación de este cometido: eran los publican (los publicanos de la Biblia), llamados así por encargarse de los contratos públicos. Su afán era hacer dinero, para lo cual recaudaban de los habitantes de las provincias más dinero del que luego habían de entregar a la República. Había otros negocios posibles en el imperio y, de entrada, sólo ser romano y tener buenos contactos en la nueva gran potencia era una inmensa ventaja.^[6]

La riqueza revertía en Italia en abundancia, y la distancia entre ricos y pobres se ensanchó. Los senadores no podían dedicarse a los negocios, salvo el de terrateniente, pero muchos se saltaban esta norma encubiertamente. Muchas de las fortunas hechas en el extranjero sirvieron para comprar grandes fincas rurales, explotadas por braceros que eran esclavos; el precio de esta mano de obra bajaba cuando los prisioneros de las numerosas guerras inundaban el mercado. También es importante el hecho de que los senadores no pudieran ser llamados a filas, a diferencia de los braceros o arrendatarios que fueran ciudadanos. De la agricultura podían sacarse buenos dividendos; a veces las circunstancias propiciaban oportunidades aún mayores, y los dueños de grandes fincas siempre tenían más fácil sacar partido de esas ocasiones. A finales del siglo II a. C. y durante el siglo I, la demanda de vino

italiano en los poblados de la Galia era casi insaciable: las ánforas de vino enviadas al norte cruzando los Alpes se cifran en unos cuarenta millones sólo para el siglo 1.^[7]

Eran buenos tiempos para los ricos y los grandes terratenientes, pero difíciles para el pequeño agricultor. El ambicioso senador Tiberio Sempronio Graco declaró en el año 133 a. C.:

Las alimañas de toda Italia tienen guaridas y madrigueras donde protegerse, pero los hombres que luchan y mueren por nuestro país tienen el aire y la luz, y nada más. (...) luchan y mueren defendiendo los lujos de otros. Los llaman los amos del mundo, pero no poseen ni un solo terrón de tierra verdaderamente suyo.^[8]

Graco exageraba: este discurso formaba parte de una campaña electoral que arrasó, y no ha debido de haber muchos aspirantes a cargos de gobierno que se hayan quedado cortos defendiendo sus candidaturas en ninguna época. Hubo agricultores que sobrevivieron, y a algunos hasta les fue bien en las nuevas circunstancias, pero un número considerable sucumbió. La cualificación mínima por propiedades exigida para ingresar en el ejército tuvo que rebajarse varias veces en el curso del siglo 11 a. C. a fin de poder disponer de suficientes reclutas. A la postre se extinguió la tradición de que los hombres con propiedades lucharan en el ejército: en el siglo 1, las legiones ya se reclutaban sobre todo entre los pobres, a quienes el servicio militar procuraba ingresos fijos, e incluso un oficio.

EL PRIMERO Y EL MEJOR

La vida pública de Roma era ferozmente competitiva: el número de magistraturas menores era mayor que el de altos cargos, simple aritmética de la que se deduce lo difícil que era llegar al consulado; muchos senadores nunca llegaban a ocupar una magistratura. Un pequeño núcleo de familias muy establecidas aportaba una cantidad desproporcionadamente alta de cónsules: eran familias ilustres —los votantes solían preferir nombres conocidos— que además contaban con medios para publicitarse.

Llegar al consulado era un gran logro que conllevaba la facultad de proponer legislación y podía aumentar el prestigio del titular del cargo y de su familia. Los antiguos cónsules gozaban de gran respetabilidad y sus opiniones solían solicitarse en todas las sesiones del Senado. Los descendientes de un cónsul pasaban a ser nobles (nobiles). El consulado también podía abrir la posibilidad de hacerse con el mando y control de un ejército provincial en una guerra importante, y una campaña militar

victoriosa podía ser muy rentable.

Pero incluso en tiempos de paz, gobernar una provincia brindaba muchas ocasiones de enriquecerse: los publicani y otros hombres de negocios romanos correspondían con generosidad a los gobernadores que los apoyaban; también la gente del lugar buscaba el favor del gobernador romano, favor que compraba con espléndidos regalos. El poeta Catulo, contemporáneo de Antonio, sirvió en el estado mayor del gobernador de una provincia y, cuando volvió, lo primero que le preguntó un amigo fue cuánto dinero había hecho. Algunos gobernadores eran encausados a su regreso por cargos de extorsión y otras irregularidades en las que habían incurrido durante su estancia en las provincias. Al parecer, un gobernador romano comentó que se necesitaban tres años en el puesto: el primer año, para robar el dinero con que pagar las deudas; el segundo, para hacerse rico; y el tercero, para reunir el dinero con que sobornar al juez y al jurado en el juicio que a uno le esperaba irremediablemente a su regreso.^[9]

Pero, en definitiva, nada igualaba la gloria de ganar una guerra. El ideal del comandante era culminar la victoria con el derecho, sometido a voto en el Senado, a celebrar un triunfo. El triunfo era la ceremonia en que se aclamaban los logros del general, y la única ocasión en la que se autorizaba a formaciones de soldados armados a recorrer el centro de la misma ciudad de Roma, atravesando la Vía Sacra y el Foro hasta la colina Capitolina. Junto a las tropas desfilaban columnas de prisioneros y vagones rebosantes del botín de guerra y de pinturas con escenas de la campaña. El general, subido a un carro, iba vestido como la estatua del dios más importante de Roma —«el Mejor» y «el Más Grande»: Júpiter óptimo Máximo— y se pintaba la cara del rojo de las estatuas de terracota más antiguas del dios. Ese día le rendían honores casi divinos. La tradición dictaba que un esclavo fuera tras él sosteniendo sobre su cabeza la corona de laurel del vencedor y recordándole en susurros que era un simple mortal.^[10]

En el porche de las casas de los triunfadores se tallaban las coronas triunfales que conmemoraban sus logros para siempre. Cada año había una nueva hornada de magistrados, y se libraban nuevas guerras. Las ansias de gloria y fortuna durante el breve mandato del cargo dieron gran impulso al imperialismo romano. El Senado introdujo la regla de que, para optar a un triunfo, el general había de dar muerte en batalla al menos a cinco mil enemigos; es dudoso que pudiera asegurarse la exactitud del recuento; pero muchos hombres obtenían triunfos, lo que significa que se competía por infligir una derrota mayor y más espectacular a enemigos afamados.

El prestigio contaba mucho: si un senador era considerado importante, la gente respetaba su opinión y acudía a él a pedirle favores. La reputación, las magistraturas, las victorias y otros logros, todo eso sumaba prestigio; la riqueza reportaba publicidad y por sí sola podía generar prestigio. Los hombres más importantes residían más cerca del centro de la ciudad, en las grandiosas y antiguas casas de las laderas de la Colina Capitolina, frente a la Vía Sacra. Otro signo de riqueza eran las grandes fincas

rurales que se explotaban mediante enormes cuadrillas de esclavos. El esplendor de las casas, las villas rurales y los jardines eran otras pruebas visibles de su importancia; tesoros del arte del mundo griego procedentes de botines de guerra, o comprados, decoraban los hogares de la élite de Roma.

Se podía llegar al consulado a los cuarenta y dos años, lo que implicaba que, una vez desempeñado ese cargo supremo, cabía esperar que la carrera en la vida pública se prolongara varias décadas. Unos pocos afortunados podían ser elegidos diez años después para un segundo consulado, y poquísimos alcanzaban todavía un tercero transcurrida una década más. De vez en cuando, alguien conseguía un segundo triunfo. La competitividad siempre estaba presente: se luchaba por el cargo contra otros candidatos que en muchos casos también tenían riqueza, prestigio, capacidad y una familia con buenos contactos. Quien lo lograba, luego intentaba llevarse los puestos y los mandos provinciales más importantes y codiciados. Y al regresar, competía por sacar el máximo provecho de la gloria y la riqueza acumuladas.

En Roma no había partidos políticos tal como hoy los entendemos. La política era una actividad individual: ni las magistraturas ni ningún honor podían compartirse. Los familiares cooperaban, y a veces también grupos de amigos, pero eran alianzas cambiantes y temporales. Los candidatos a un cargo casi nunca defendían una política en particular; en las elecciones, los votantes comparaban el carácter y la capacidad de quienes se presentaban más que sus ideales. Los comicios anuales implicaban un constante cambio en el equilibrio de poder. La importancia de los magistrados, y sobre todo de los cónsules, era inmensa durante su año de mandato: el año recibía oficialmente su nombre. Más tarde podían tener influencia, pero quienes ejercían realmente el poder eran los nuevos cónsules en activo; todo esto reforzaba el ideal constitucional de que el poder no estuviera permanentemente en manos de quien así pudiera dominar el estado.

La competencia siempre era reñida, pero hasta el 133 a. C. había sido también pacífica. Ese año Tiberio Graco perdió la vida en una trifulca política: le rompió la cabeza con la pata que arrancó de una silla otro senador que, para más señas, era su primo. Sus detractores acusaban a Tiberio de no querer apearse del poder, e incluso de querer ser rey. Justo diez años después, Cayo, el hermano menor de Tiberio, resultó muerto en otro sangriento altercado político, esta vez mucho más organizado y de mayor envergadura. En el 100 a. C., otro político y sus seguidores fueron masacrados en violentos y masivos disturbios en el Foro. Y aún quedaba lo peor: en el 88 a. C. un cónsul romano llegó al poder dirigiendo sus legiones contra la propia Roma y ejecutando a sus detractores. Marco Antonio nació cuando la guerra civil que siguió a ese acto aún estaba viva.

Por muchas razones, aquella visión de Polibio de un régimen político romano equilibrado y estable saltó en pedazos a finales del siglo u a. C., y más adelante nos detendremos en ellas. De momento, valga subrayar que Marco Antonio nació y vivió en una República ya fracturada por la agitación política, la discordia y la guerra civil:

nunca conoció una época en la que la República fuera estable como lo había sido hasta los días de Polibio. Entonces, nadie habría imaginado a senadores asesinándose o tomando el poder directamente por la fuerza de las armas, situaciones que para Marco Antonio y sus coetáneos fueron amenazas constantes: amenazas que muchas veces se cumplían.

LOS PTOLOMEOS

El reino de los Ptolomeos alcanzó su apogeo en el siglo 111 a. C., y la longevidad de los tres primeros monarcas contribuyó a ello. Ptolomeo 1 era casi nonagenario cuando murió en el 282 a. C. habiendo gobernado Egipto durante cuarenta y un años, primero como sátrapa y luego como rey; vivir tanto tiempo y morir apaciblemente no era un logro desdeñable para quien había sido, como él, uno de los principales protagonistas en los juegos funerarios de Alejandro Magno. Unos años antes había hecho corregente a uno de sus hijos, y la sucesión fue fluida, sin oposición: Ptolomeo II gobernó hasta el año 246 a. C., cuando también a él le sucedió su hijo, Ptolomeo III, que reinó hasta el 221 a. C.

Es más que una simple coincidencia —y no, sin duda, falta de imaginación— que todos los reyes del linaje de Ptolomeo llevaran su mismo nombre. Los generales de Alejandro habían labrado su imperio proclamándose reyes, pero la legitimidad de los nuevos reinos que crearon no era en absoluto patente ni caía por su propio peso. Egipto era un reino consolidado, pero los Ptolomeos no tenían especial derecho al trono. Además le sumaron la Cirenaica al oeste, y durante buena parte del siglo ni controlaron Palestina, grandes zonas de Asia Menor y Siria, y también Chipre y otras islas del Egeo. Nada salvo su gobierno unía a estas regiones, y había muchos rivales que podían cuestionarlo. Dejando aparte Macedonia, el imperio de Alejandro Magno eran «tierras ganadas por la lanza», trofeos de conquista, lo que también se aplica sin duda alguna a los nuevos reinos: en último término, los reyes sucesores de Alejandro gobernaron por derecho de conquista; pero la tierra ganada por las armas podía perderse por las armas con igual facilidad, y más aún cuando las guerras eran contra enemigos que hablaban el mismo idioma y provenían de la misma cultura. No había ningún vínculo obvio entre los pueblos del reino ptolemaico que los uniera a todos contra los reyes seléucidas o los macedonios.^[1]

Ptolomeo tenía parentesco lejano con la familia real macedonia, pero no lazos tan estrechos como para justificar su gobierno. Corría el rumor —tal vez propagado por él mismo— de que su madre había sido seducida por Filipo II, quien por lo tanto era su verdadero padre. Más énfasis se puso en la tradición de que su familia, como el linaje real macedónico, descendía de Hércules; pero nada de todo esto podía justificar en modo alguno que tuviera más derecho a heredar el reino que cualquier otro de los sucesores de Alejandro Magno. En resumidas cuentas, Ptolomeo y sus herederos

tuvieron que construirse una legitimidad.^[2]

Su reinado siempre tuvo dos caras bien diferenciadas. En Egipto él y sus sucesores eran faraones: para recalcar este extremo, Ptolomeo II se hizo coronar con gran pompa y ceremonia en la antigua capital de Menfis, y los Ptolomeos posteriores siguieron su ejemplo. Dieron generosas cantidades para mantener los cultos de los templos, y los ritos y rituales que supervisaron se trataban con respeto. Recuperaron el botín del saqueo de los templos que los persas perpetraron durante su ocupación y lo devolvieron piadosamente. Sin embargo, es muy difícil saber en qué medida los Ptolomeos realmente intervenían en los ritos propiamente religiosos, celebrados para preservar el orden y la justicia frente al caos: buena parte de ellos simplemente eran oficiados en su nombre y a sus expensas. Los egipcios necesitaban un faraón, y en ausencia de otra alternativa realista, los Ptolomeos representaron el papel, aunque residían con su corte en la ciudad de Alejandría, claramente griega.^[3]

Los Ptolomeos, griegos en una ciudad griega —hasta bien entrado el periodo romano, siempre se dijo «Alejandría junto a Egipto», y no «de Egipto»—, se ocuparon mucho más, ya desde sus primeros días, de ganarse el reconocimiento del mundo helenístico. Al igual que el resto de los sucesores, adoptaron los ideales filosóficos de la monarquía, según los cuales los reyes legislan y son magnánimos benefactores. Ptolomeo I también se inspiró en el ejemplo de Alejandro Magno, pero sin seguirlo ciegamente: como casi todos los generales de Alejandro, enseguida repudió a la mujer persa con quien se había unido en los esponsales multitudinarios organizados por el conquistador. El régimen creado por Ptolomeo era puramente helénico, no una fusión de culturas: promovió ciertas imágenes de Egipto para conferir grandeza y antigüedad al nuevo régimen, pero provenían de identificaciones griegas más que de la realidad de la cultura egipcia. A diferencia de Alejandro, Ptolomeo contó con la ventaja de varias décadas para cimentar su reino, que continuó desarrollándose en los reinados de su hijo y su nieto. Fundador de una dinastía, su excepcional virtud personal fue muy enaltecida: como a Alejandro, le rindieron honores cuando menos semidivinos que se orientaban hacia la divinidad plena. Adoptó el nombre de Sóter («Salvador») con el que los rodianos lo aclamaron por ayudarles en una guerra contra un rival que era otro de los sucesores de Alejandro.^[4]

La cultura tuvo mucha relevancia en la imagen pública de los Ptolomeos. La narrativa que Ptolomeo I escribió sobre Alejandro fue muy bien recibida como obra literaria. El Museo y la Biblioteca de Alejandría se crearon al objeto de situar a los Ptolomeos en el centro del mundo intelectual griego y, por extensión, del mapa político. El Museo, que literalmente significa «santuario o templo de las musas», alojó a los principales filósofos de todo el mundo griego y puso a su servicio espléndidas instalaciones. El objetivo de la Biblioteca era recoger toda la literatura griega para garantizar su preservación y pureza: el trabajo de los eruditos era fijar el texto más fiel de obras clásicas, como los poemas épicos de Homero. Ptolomeo II utilizó mañas de coleccionista especialmente agresivas: pagó una desorbitada fianza a

Atenas por el préstamo de manuscritos originales de los grandes dramaturgos — Esquilo, Eurípides y Sófocles— para después, renunciando al dinero, devolver copias y quedarse con los originales. Se dice que un Ptolomeo posterior ordenó confiscar los libros de todos los barcos que entraran en Alejandría; de los libros mandaba hacer copias que daba a los propietarios, dejando los originales en la Biblioteca.^[5]

Ptolomeo 1 creó un nuevo reino y enfatizó su poder, riqueza y benevolencia como pruebas de que era digno de dirigir el gobierno. Llamando Ptolomeo a su hijo y heredero acentuó las connotaciones regias del nombre. Ptolomeo II honró a su padre con la fundación de un festival basado en los juegos Olímpicos, el Ptolemaieia, que se celebraba en Alejandría. Según un decreto por el que Samos aceptaba participar, «los isleños y los demás griegos debemos a Ptolomeo Sóter muchas y grandes bendiciones, pues ha liberado ciudades, restaurado sus leyes, restablecido la ancestral constitución de todas y condonado sus impuestos», y su hijo «continúa mostrando la misma buena voluntad». El festival reafirmaba las alianzas, pero de modo más general, subrayaba la grandeza del nombre de Ptolomeo. No era el reino de Egipto — desde luego, no de una región determinada—, sino el reino de los Ptolomeos. En la práctica, el nombre llegó a ser un título. Ptolomeo II contribuyó mucho a crear el culto divino en torno a su familia.^[6]

Los reyes de Macedonia solían tener más de una esposa, fundamentalmente por razones políticas. En general no se divorciaban, pero podía ser que ellas y sus hijos perdieran favor y prominencia. El matrimonio de Filippo II con una mujer más joven —por casualidad, se llamaba Cleopatra— precipitó su asesinato y la subida al trono de Alejandro. Los Ptolomeos siguieron esa práctica, y Ptolomeo II, que no nació hasta el 308 a. C., no fue ni el primogénito ni fruto de su primer matrimonio. También él se casó dos veces, y ambas esposas se llamaban Arsínoe, lo que se presta a confusiones; pero lo que escandalizó a la opinión pública de la época es que su segunda esposa fuera además su hermana: era una unión incestuosa sin precedentes ni en la cultura macedónica ni en la griega. En aquel entonces, quizá se dio en creer que ya había habido casos anteriores entre los faraones de Egipto, pero no parece que eso fuera lo que inspiró la decisión de Ptolomeo II.

Arsínoe II destacó mucho en una era de ambiciones desmesuradas. Su primer esposo, Lisímaco, uno de los generales de Alejandro y contemporáneo de su padre, le sacaba unos cuarenta y cinco años. Se creía que ella le instó a que ejecutara a su primogénito de un matrimonio anterior; pero los planes de hacer llegar al trono a sus propios hijos se frustraron poco después, cuando su marido cayó en batalla. Arsínoe desposó entonces a su hermanastro Ptolomeo Cerauno («el Rayo»), quien, enemistado con su padre, había iniciado en Macedonia una trayectoria particularmente homicida. Parece ser que Cerauno vio en Arsínoe y en sus hijos a peligrosos rivales: nada más casarse, mató a dos de los hijos. Ella logró escapar, y un año después él murió en batalla luchando contra un ejército invasor galo.

Finalmente Arsínoe marchó a Egipto y, pocos años después, se casó con

Ptolomeo II, al que llevaba unos ocho años. Éste envió al exilio a su primera esposa, la otra Arsínoe, aunque sus hijos conservaron su favor: el futuro Ptolomeo III era uno de ellos. La propaganda aclamó la unión de los hermanos, que aparecieron juntos en monedas; así, Arsínoe, que recibió el nombre de Filadelfa («la que ama al hermano»), fue la primera mujer de la familia en ser representada en vida en una moneda. Se les comparaba con Zeus y su hermana y esposa Hera, y por mor de los egipcios, con los hermanos Isis y Osiris. Todo esto vino a añadirse al creciente carácter divino de los Ptolomeos: seres especiales, no estaban ceñidos a las reglas y restricciones del común de los mortales.

No hay duda de que Arsínoe era fascinante y ambiciosa y tenía experiencia política, ni de que ayudó a su hermano solícitamente y con pericia hasta que murió en el 270 a. C. Las imágenes de las monedas la pintan atractiva, quizá hasta bella. Es difícil pensar que la idea del matrimonio no fuera suya, y también que su hermano no sintiera verdadera pasión; puede incluso que la pasión fuera mutua. Hay que tener presente que apenas se habían visto antes de que ella llegara a Egipto, y la unión también traía ventajas políticas. Los Ptolomeos reforzaron el énfasis en su índole especial y su majestad alegando que sólo un consanguíneo era digno de convertirse en esposo o esposa; en la práctica, esto impedía que cualquier otra familia con ambiciones pudiera aspirar al trono.^[7]

Es poco probable que esta inquietud figurara entre las primeras en la mente de Ptolomeo II ni de Arsínoe II. Ptolomeo III se casó fuera de la familia, pero su hijo Ptolomeo IV desposó a su hermana Arsínoe III. A partir de entonces, casarse fuera de la familia real se convirtió en la excepción. Los hermanos se casaban con hermanas, los sobrinos con tías, y los tíos con sobrinas; por eso el árbol genealógico de los Ptolomeos es tan complicado. El escándalo inicial del matrimonio entre Ptolomeo II y Arsínoe II se disipó, y más tarde el culto real los proclamó «los Dioses hermanos». (Theoi Adelphoi). Ninguna de las demás principales dinastías helenísticas adoptó esta práctica en grado comparable, pero parece que todo el mundo acabó aceptando que era algo propio de los Ptolomeos. Y aunque el surtido de nombres de otras dinastías era reducido, tampoco ningún otro linaje ponía a todos sus reyes el mismo nombre.

INTRIGAS Y REBELIÓN

A Ptolomeo IV lo llamaron Filopátor («el que ama al padre»), pero es evidente que se produjo un cambio en su actitud hacia la familia: cuando su padre murió en el año 221 a. C., Ptolomeo IV hizo matar a uno de sus hermanos y a sus adeptos, para a continuación casarse con su hermana. Polibio acusa al joven rey de ebriedad y de ser más propenso al lujo que al buen gobierno del estado; las consecuencias fueron

derrotas en el exterior y conspiraciones internas. Esta estampa no es del todo justa, puesto que Ptolomeo IV también tuvo sus logros: el más notable, la derrota de los seléucidas en la batalla de Rafia, en el año 217 a. C. Pero una parte considerable de los territorios se perdió, mientras en Alejandría la corte pasaba a dominio de sus favoritos, y cuando en el 204 a. C. fue asesinado por algunos de los cortesanos más insignes dejó un reino más débil del que había recibido. Su hijo Ptolomeo V tenía seis años; sobrevino entonces una pugna extremadamente violenta por hacerse con el control del niño y con la regencia, siendo su madre, Arsínoe III, una de las muchas víctimas. Después, una sucesión de poderosos ministros que tomaron fugazmente el control murieron a manos de sus enemigos o de la airada turba de Alejandría.^[8]

Aunque no fue hasta el reinado de su hijo cuando empezaron a estallar revueltas mucho más graves, se sabe de una fugaz rebelión egipcia poco después de la subida al trono de Ptolomeo III. Para la campaña de Rafia se había realizado una leva masiva de egipcios, que combatieron en la falange de infantería —la sección más importante del ejército—, algo que antes nunca había ocurrido. Polibio afirma que esos hombres regresaron conscientes por primera vez de su propia fuerza. Los pormenores de las rebeliones que siguieron no están claros, pero al parecer tuvieron un componente nacionalista. Hubo una revuelta en la región del Delta, pero la que más prosperó con gran diferencia acaeció en el Alto Egipto, donde fueron proclamados dos faraones egipcios que se mantuvieron unos veinte años en el poder. Hasta el 186 a. C. no fueron finalmente derrotados por las tropas de Ptolomeo V^[9].

La famosa Piedra Rosetta, descubierta en 1799 y expuesta en la actualidad en el Museo Británico, lleva inscrito un decreto que dictó en Menfis en el año 196 a. C. una asamblea de sacerdotes egipcios. El mismo texto se repite en jeroglíficos, en demótico y en griego, y basándose en este último fue como Champollion y otros descifraron el demótico y avanzaron mucho en la comprensión de los jeroglíficos. En el decreto se menciona que Ptolomeo V castigó a quienes se habían levantado contra su padre, tildando a los rebeldes de «impíos» y anunciando el emplazamiento de una estatua del rey en cada templo. Aunque nunca volviera a haber más de un faraón egipcio, siguieron registrándose revueltas más o menos cada generación.^[10]

Los problemas en Egipto vinieron de una amalgama de amenazas exteriores, ya que macedonios, seléucidas y otras potencias menores no tardaron en aprovechar su debilidad. Su flota perdió la hegemonía en el Mediterráneo oriental, y el reino cedió Palestina junto con la mayor parte de Asia Menor y muchas de las islas. En algún momento, el rey macedonio y el seléucida cerraron un pacto secreto para repartirse el territorio de los Ptolomeos, pero las sospechas mutuas y el creciente poder de Roma impidieron llevarlo adelante. El seléucida Antíoco III amenazó a Egipto e impuso un tratado por el que Ptolomeo V se desposó con la hermana de su rival.^[11]

Se llamaba Cleopatra: la primera de la casa real de los Ptolomeos en llevar ese nombre, aunque bastantes mujeres macedonias se llamaban así. Además de la última esposa de Filipo II, Alejandro Magno también había tenido una hermana llamada

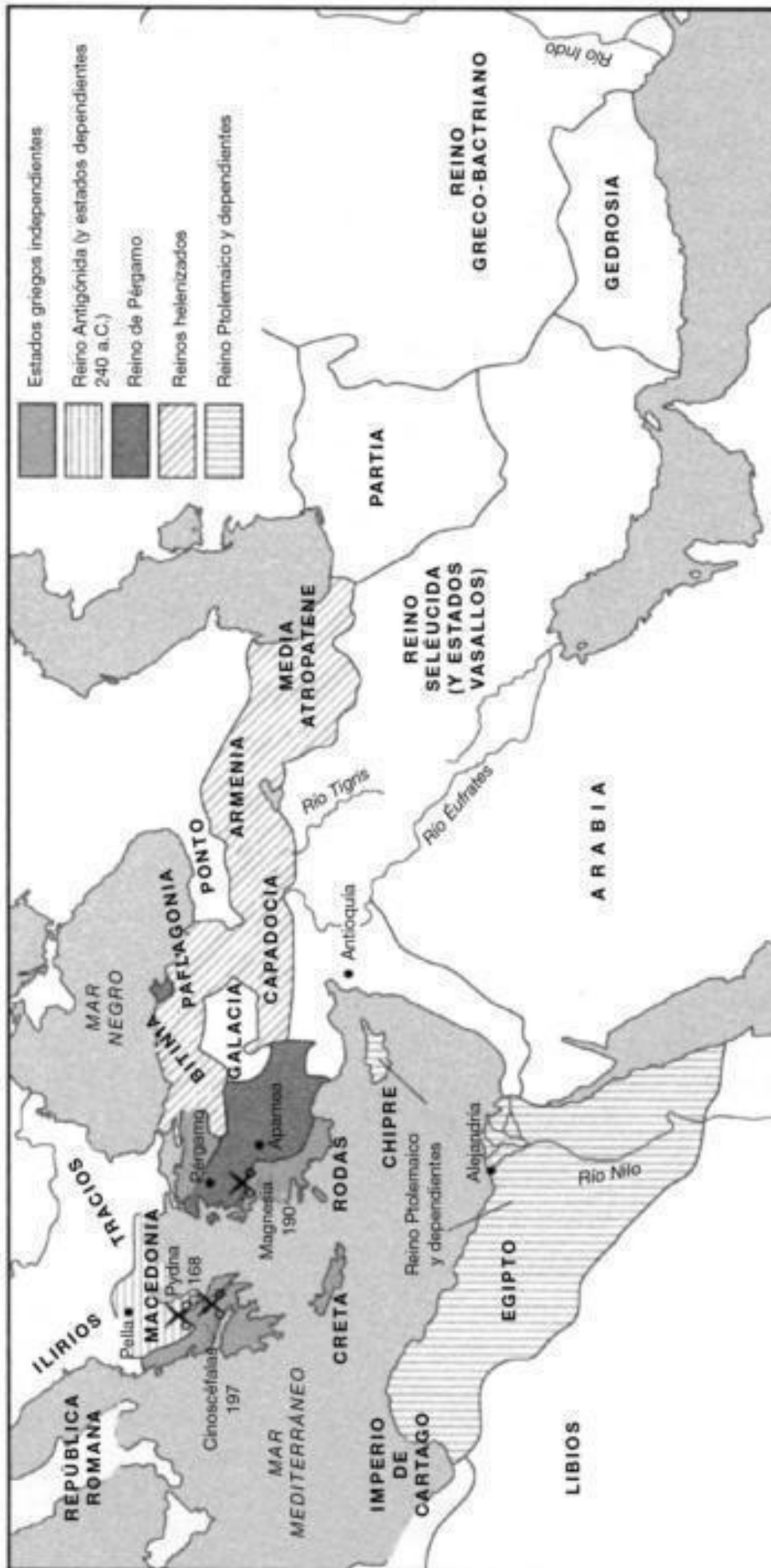
Cleopatra (pese al sonido y sus connotaciones exóticas, nunca hubo absolutamente nada egipcio en el nombre). Los romanos no supieron de ese tratado hasta después de haberse pactado la nueva alianza, que levantó considerables sospechas. Pero el pacto mantuvo la paz cierto tiempo, y Cleopatra 1 fue una reina competente, que gobernó con sólo veintiocho años conjuntamente con su hijo Ptolomeo VI, menor de edad, tras morir su esposo en el 180 a. C. entre rumores que hablaban de envenenamiento. El nuevo rey recibió el nombre de Filométor («el que ama a la madre»), y a la muerte de la madre en el 176 a. C., se casó con la hija, es decir, su propia hermana: Cleopatra II (para consultar el árbol genealógico detallado de los Ptolomeos de este periodo, véase página 436). Como el rey y la reina eran niños, el poder regio lo detentaban los cortesanos que conseguían hacerse con el control de los menores.

Una vez más, el reino de los Ptolomeos parecía vulnerable. El seléucida Antíoco IV invadió Egipto, claramente decidido a añadirlo a sus dominios. El ejército romano batallaba en la tercera guerra macedónica, lo que sin duda hizo más redonda la ocasión. Para desgracia de Antíoco, los romanos derrotaron a los macedonios y los embajadores de Roma, al enterarse, se crecieron. Cuando dieron alcance al ejército de Antíoco y fueron llevados ante él, el rey tendió la mano cortésmente al jefe de la delegación, Cayo Popilio Laenas. En vez de estrechársela, el romano le entregó bruscamente un rollo de pergamino que enumeraba las exigencias de Roma. El rey, conmocionado, dijo que las ponderaría con sus consejeros antes de dar respuesta. Con su bastón, Laenas dibujó un círculo en la tierra alrededor de Antíoco y le exigió una respuesta antes de dejarle salir del círculo. Antíoco claudicó, cediendo a todas las exigencias de Roma; se retiró y dejó a Ptolomeo VI con su reino.^[12]

La noticia del enfrentamiento entre Antíoco y Popilio Laenas corrió como la pólvora; sobre todo porque Laenas y su familia le dieron gran publicidad. El suceso también propició que los senadores se creyeran, como poco, a igual altura que cualquier rey, y reforzó la sensación de poderío de todos los romanos. Antíoco era un rey al frente de un poderoso ejército, y una embajada sin un solo soldado que la cubriera lo trataba como a un niño revoltoso. Evidentemente, fue la amenaza del poder militar de Roma —quizá lejano, pero ya no comprometido en la guerra con Macedonia— lo que forzó al rey seléucida a aceptar el proceder y las exigencias de los embajadores romanos. En el curso del siglo 11 a. C., el equilibrio de poder sufrió continuos cambios para acabar decantándose abrumadoramente en favor de Roma. Macedonia fue desmembrada y pasó a ser una provincia romana. Los seléucidas perdían cada vez más territorio, y su imperio se fragmentaba en los reinos más pequeños que iban surgiendo; eran también estados esencialmente griegos la mayoría, aunque en Judea los macabeos encabezaron una rebelión abiertamente nacionalista y religiosa contra la política helenizante de Antíoco. Tras una encarnizada lucha, los seléucidas fueron derrotados y se creó un reino judío independiente.

Aparte de Egipto, los Ptolomeos consiguieron conservar Chipre y la Cirenaica, pero casi todos los demás territorios se perdieron. Como no se enfrentaron con Roma

directamente, no sufrieron las consecuencias de la derrota. Pero el contraste con la estabilidad del siglo III a. C. no podía ser mayor. Ptolomeo IV se había mostrado débil y demasiado dispuesto a dejarse dominar por sus consejeros, y su hijo y su nieto llegaron ambos al trono de niños. La corte real fue durante décadas un nido de intrigas donde se conspiraba, manipulaba y mataba por el poder. Ptolomeo VI fue corregente durante un tiempo con su hermana y esposa, y su hermano menor (a quien se conoce como Ptolomeo VIII por razones que se explicarán más adelante). Detrás de cada uno de ellos había una facción de cortesanos que, por servir mejor a sus propios intereses, intentaban acaparar más poder —idealmente, el poder exclusivo— para el rey bajo su dominio. Esta feroz lucha intestina coincidió con la invasión de Egipto por Antíoco, a quien Popilio Laenas obligó a retirarse.



El mundo helenístico en el año 185 a.C.

En el 164 a. C. Ptolomeo VI huyó a Roma temiendo que su hermano lo matara. El Senado romano no hizo nada decisivo para reinstaurarlo, y por eso al poco tiempo marchó a Chipre y asentó su corte allí. Para entonces su hermano era impopular en Alejandría y también él fue a Roma a pedir ayuda. Siguió varios años de intrigas políticas y ocasionales brotes de violencia, buscando ambos el apoyo de Roma e intentando cada uno pactar en su propio favor la partición del reino. Al final Ptolomeo VI apresó a su hermano cuando intentaba invadir Chipre, pero lo perdonó y lo prometió a su hija, Cleopatra III, aunque el matrimonio no se celebró entonces. Los últimos años de su reinado fueron más seguros hasta que, llevado por el oportunismo, intervino con su ejército en una guerra civil seléucida y cayó en batalla.^[13]

El hijo de Ptolomeo VI, que tenía dieciséis años, fue rápidamente proclamado corregente junto a su madre con el nombre de Ptolomeo VII Neo Filopátor («el Nuevo, el que ama al padre»). Pero el hermano menor del padre, que acechaba en la Cirenaica, al oeste, envió a agentes a agitar a las muchedumbres de Alejandría para reclamar su regreso. Cuando llegó, desposó a Cleopatra II y durante los festejos de boda mandó matar a Ptolomeo VII: el nombre del muchacho desapareció de todos los documentos oficiales durante toda esa generación. El nuevo rey tomó el nombre de Evérgetes («el Bienhechor»), como Ptolomeo III, y por eso los historiadores suelen llamarlo Ptolomeo VIII Evérgetes II. La población de Alejandría, bastante menos formal, siempre había sido aficionada a poner apodos a sus gobernantes: para ellos era Fiscon («el Gordito»), o jugando con el lenguaje, Kakergétes, o sea, «el Malhechor». Ajustició a varios oponentes y exilió a muchos más; ni siquiera sus seguidores estuvieron a salvo, y los relatos de su reinado subrayan sus fechorías, de una violencia al parecer indiscriminada.

El matrimonio con su hermana, que era la viuda de su hermano, produjo un hijo. Pero no contento con esto, Fiscon tuvo una aventura con la hija de su esposa, su sobrina Cleopatra III; se casaron, y con ella tuvo varios hijos más. Las inscripciones, para distinguir a las dos Cleopatras, suelen aludir a la hija como «Cleopatra la Esposa» y a la madre como «Cleopatra la Hermana». Durante un tiempo gobernaron Egipto en trío; pero a raíz de los graves disturbios en Alejandría del año 131 o 130 a. C., cuando la multitud clamaba en favor de Cleopatra II, Fiscon y Cleopatra III huyeron a Chipre, quedando la mayor al mando de Egipto en una situación muy frágil. Proclamó corregente al hijo que había tenido con Fiscon; pero el niño, de tan sólo doce años, no estaba allí en ese momento; cayó en manos de su padre, que no sólo lo mató, sino que hizo trocear el cadáver y se lo envió a la madre.

La guerra civil estalló cuando Fiscon invadió Egipto y Cleopatra II, desesperada, recabó la ayuda del seléucida Demetrio II, casado con una de las hijas que había tenido con Ptolomeo VI. Demetrio enseguida se volvió a Siria, donde sus propios problemas lo reclamaban, y Cleopatra huyó para unirse a él. Pero el seléucida fue derrotado y después muerto por un pretendiente al trono cuyas aspiraciones espurias apoyaba Fiscon. Cleopatra II volvió a Alejandría en el año 124 al menos en público,

se reconcilió con su hermano y esposo y con su hija. Fison murió en el 116 a. C., sobreviviéndole sus dos mujeres. Acto seguido se inició otra ronda de intrigas y crímenes en la lucha de la familia por el poder.^[14]

MUNDOS CAMBIANTES

Fison había tratado con especial hostilidad a la élite griega y la población judía de Alejandría, los más inclinados a apoyar a Cleopatra II. El Museo acabó cerrándose y los filósofos partieron al extranjero, donde denigraron cuanto pudieron el nombre del faraón en círculos intelectuales. Por el contrario, grandes sectores del clero egipcio lo apoyaban. Griegos como Polibio pensaban que favorecía a los egipcios frente a los griegos; aunque exageraban, el número de egipcios al servicio de la burocracia real había ido aumentando con el tiempo. También muchos, después de servir en el ejército, se habían asentado en cleruquías, aunque hay que reseñar que, por lo general, recibían parcelas de tierra bastante más pequeñas que los soldados «griegos». Pero como ya hemos visto, la fusión cultural entre griegos y egipcios fue nimia. Los observadores griegos y romanos eran dados a comentar que tanto macedonios como griegos se mezclaban con los nativos, lo que para ellos era un signo de retroceso que explicaba el declive del reino de los Ptolomeos. Hay que tomar esos juicios con reservas. Los reyes Ptolomeos, tras la pérdida de sus posesiones exteriores, apenas tenían más dominios que Egipto, pero siguieron siendo completamente griegos por cultura, idioma y formación: Ptolomeo Fison llegó incluso a escribir un estudio sobre Homero.^[15]

El clero egipcio aceptaba a los Ptolomeos porque los veía necesarios, y los reyes no escatimaron gastos para sufragar los cultos de los templos. Algunos egipcios que hablaban griego entraron al servicio de la casa real y prosperaron; su número fue creciendo con el tiempo, y algunos —muy pocos— escalaron a puestos superiores. No parece que fueran nunca empleados en el gobierno de territorios fuera de Egipto: casi todos los altos cargos eran de ascendencia macedonia o griega. En cualquier caso, para la inmensa mayoría de los egipcios, la vida siguió consistiendo en una sucesión de duras jornadas labrando la tierra, como había sido para sus antepasados e iba a ser para sus hijos: trabajo duro a cambio de una módica retribución. La población griega continuó segregada; muy pocos egipcios mostraban interés por instituciones tan griegas como el gimnasio, y ninguno encontraba razones para no considerar la cultura griega inferior a su propia tradición: que aceptaran a la potencia ocupante no quería decir que sintieran afecto ni admiración por ella.

Había cierta oposición activa, y hasta el final del dominio ptolemaico siguieron produciéndose rebeliones periódicas. También sabemos de profecías —es irónico que

se hayan conservado en su versión griega— que vaticinaban la destrucción de los «impíos» griegos, y especialmente de su Alejandría, ciudad corrupta y plagada de vicios de la que «saldrán de Egipto como si fuera mi horno por los delitos que aquí han cometido». Un faraón egipcio retornaría y daría entrada a días mejores, a una era de prosperidad, salud y rectitud, «cuando las aguas del Nilo discurran por su debido cauce». Es más que probable que esas palabras —una de las profecías se conoce como el Oráculo del Alfarero— las escribieran miembros del clero. A la postre, el rencor se quedó en nada. Las revueltas siempre tuvieron poca fuerza: divididos por región y clase social, no había nada que uniera a los egipcios en una oposición concertada. A la minoría griega y a la mayoría egipcia no les quedaba más remedio que tolerarse; no llevaban vidas totalmente aparte, pero sus poblaciones nunca llegaron a mezclarse.^[16]

Los griegos siempre habían asociado Egipto con grandes riquezas, y también esperaban que sus reyes fueran ricos y generosos. Todos los sucesores de Alejandro Magno hicieron alarde de su prosperidad y su poderío: fue una era obsesionada con el tamaño y la espectacularidad. Las listas de las Siete Maravillas del Mundo estaban en boga en la época, y los monumentos eran siempre colosales. Las ciudades se diseñaban a lo grande, en un estilo monumental, con anchas avenidas trazadas en cuadrícula. Los barcos, sobre todo los de guerra, se construían gigantescos, a veces en detrimento de la funcionalidad. Las grandes proporciones causaban sensación.

Los Ptolomeos se entregaron a esta obsesión con tan poca medida como a las intrigas. Además de barcos de guerra, construían inmensas naves de recreo. El faro de la isla de Faro cumplía la función de guiar a las naves hasta el puerto de Alejandría, pero también fue concebido a una escala colosal. La abundancia era el motivo central de una fastuosa cabalgata de Ptolomeo II en Alejandría cuya descripción ha llegado hasta nosotros. El desfile rendía tributo a Dioniso, el dios del vino y de la prodigalidad, y la gente, luciendo coronas de oro, se entregaba desenfrenada a la fiesta, como buenos devotos del dios. Había animales exóticos, estatuas y oro a montones. Un inmenso odre de piel de leopardo con más de trescientos mil galones de vino iba dejando un reguero a su paso por todo el recorrido. Otras carrozas portaban fuentes con caños de vino y leche, y en otra había una enorme estatua mecánica; llama la atención que los filósofos del Museo dedicaran tanta inventiva a despliegues de ingenio como éste, o como la máquina de vapor, propulsada por su propia energía: pocas de las ideas se aplicaban a un uso práctico que haya trascendido. Había también objetos a grandísima escala, como una lanza de plata de unos treinta metros de longitud; aún más estrafalario, al menos a ojos de hoy, era el falo de oro de cincuenta y cinco metros de longitud y cerca de tres metros de grosor, pintado y decorado con más oro. Al acabar la cabalgata se dio un gran festín en un pabellón profusamente decorado que se había construido al efecto.^[17]

El esplendor que rodeaba a los reyes, por no decir el exceso, remachaba la idea de que eran seres especiales. Ellos, que promulgaban la ley y la justicia, eran hombres

fuera de lo común, cercanos a los dioses en vida y deificados a su muerte. El lujo se aclamaba como símbolo de un rey fuerte y un reino próspero. Los alejandrinos hacían burla de Ptolomeo VIII llamándolo «barrigón», pero él se enorgullecía de su colosal peso: exhibiéndolo como signo de abundancia, solía llevar ropa ligera y fina, casi transparente. Polibio acompañó a una embajada romana a la corte del rey alrededor del año 140 a. C. y sintió la misma repugnancia que los romanos cuando Fiscon salió a recibirlos al puerto: les pareció grotesco. Se decidió que los acompañara a pie desde el barco hasta el palacio, y después el jefe de la delegación dijo bromeando que los alejandrinos estaban en deuda con él porque «habían visto a su rey caminando». Mucho más les admiró la impresión general de riqueza y productividad de Egipto, y pensaron que podría ser muy próspero si alguna vez acertaba a encontrar buenos gobernantes.^[18]

El lujo desmedido, la debilidad en el exterior y la competencia por el poder regio caracterizaron la trayectoria de Ptolomeo VIII. El reino fundado por Ptolomeo 1 dos siglos antes ahora era mucho menos estable y productivo. Cierto es que no surgió ningún contendiente serio por el trono que no perteneciera al linaje ptolemaico, hasta tal punto la exaltación de la familia y sus numerosas uniones incestuosas habían hecho de la consanguineidad una condición para la monarquía. Pese al incesto y la elevada tasa de mortalidad infantil prevaleciente en todo el mundo antiguo, los Ptolomeos siguieron siendo muchos aunque su número disminuyera debido, más que a ninguna otra cosa, a la ambición homicida. Por más que se esforzaron, no consiguieron exterminar la familia, y las luchas por el poder continuaron.

La sombra de Roma crecía a medida que avanzaba el siglo II. Los romanos no querían que ninguna otra potencia se hiciera con la riqueza de Egipto, pero las disputas familiares de los Ptolomeos no despertaban su interés y, de momento, no tenían ningún deseo de convertir Egipto en una de sus provincias. Tanto Ptolomeo VI como Fiscon huyeron a Roma en varias ocasiones para recabar su apoyo. Recurrir a la ayuda extranjera era preferible a dejar que ganara un rival, como también Cleopatra II dejó claro al buscar el apoyo de los seléucidas. Los reinos helenísticos decayeron y se extinguieron por las luchas recíprocas o acabaron arrollados por la maquinaria militar romana. Los Ptolomeos sobrevivieron pese al encadenamiento de reyes débiles y a las encarnizadas luchas intestinas dentro de la familia.

Cleopatra nació en el seno de la casa gobernante de un reino en decadencia en un mundo dominado por Roma. Durante generaciones, los miembros de su familia se habían desposado y matado entre sí disputándose el poder. Nadie cuestionaba ahora el derecho exclusivo a gobernar de los Ptolomeos, o que el lujo y el exceso no fueran admirables en sí mismos. Pertenecer a su linaje conllevaba expectativas y peligros singulares: la ambición, la crueldad y un ilimitado egocentrismo se mezclaban con el miedo, siempre presente, a morir a manos de los cortesanos o de la propia familia.

IV

EL ORADOR, EL MANIRROTO Y LOS PIRATAS

El 1 de enero del año 83 a. C., los progenitores de Marco Antonio recibieron en su casa a parientes y amigos. La nobleza de Roma acostumbraba a tener testigos de la llegada de un nuevo miembro de la familia, y Julia, la madre de Marco Antonio, se había puesto de parto. Al nacimiento sólo asistían mujeres, salvo que pasara algo malo y tuvieran que llamar a un médico. Normalmente, una matrona atendía a la madre, acompañada de mujeres de la familia y esclavas. El padre y los invitados esperaban en otra estancia de la casa. La mortalidad infantil era muy alta en el mundo antiguo —no dejó de serlo hasta una época relativamente reciente—, y muchos niños nacían muertos, morían a las pocas horas de nacer, o duraban sólo días o unos meses: algunas lápidas romanas precisan mucho la edad de los pequeños que conmemoran. Era un momento de peligro también para la madre, pues muchas mujeres morían de parto o poco después. Como la aristocracia romana se servía del matrimonio para cimentar alianzas políticas, las mujeres solían ser muy jóvenes, como Julia, en su primer embarazo: quince o dieciséis años en muchos casos.

En este caso, parece que todo fue bien. Nació un varón, y cuando la matrona tendió al pequeño para explorarlo, no vio signos de deformidad ni de una debilidad fuera de lo normal. Julia tuvo dos hijos más bastante seguidos, y todos llegaron a la edad adulta con buena salud; ella misma gozó de una larga vida. Algunos niños eran rechazados por los padres, pero en las familias pudientes eso sólo ocurría si tenían graves taras o su extrema debilidad excluía toda esperanza de que fueran a sobrevivir. Aquí no se dieron esas dudas, y cuando presentaron al niño ante el padre, éste y Julia aceptaron al hijo de inmediato.^[1]

Los rituales estaban presentes en todos los ámbitos de la sociedad romana y marcaban todas las fases de la vida de la persona. Se encendía una llama en el altar familiar, que se hallaba en el interior de la casa; los testigos también hacían ofrendas al volver a sus hogares. La noche del 21 al 22 de enero, la familia celebró una vigilia y se practicaron los diversos rituales de la ceremonia de purificación (*lustratio*). A la mañana siguiente, los sacerdotes observaron el vuelo de las aves para predecir qué le deparaba el futuro al recién nacido. Además, el niño recibía un talismán o amuleto, la bulla, que solía ser de oro, y lo colgaban al cuello del pequeño dentro de una bolsita

de cuero, donde lo llevaba hasta que se hacía adulto.

El día de la purificación, el recién nacido recibió oficialmente el nombre de Marco Antonio y a continuación lo inscribieron en el registro público. «Antonio» era el apellido de su familia o clan: en latín, el nomen. Casi todos los nobles romanos tenían tres nombres, los tria nomina; el nomen iba seguido del cognomen propio de cada rama particular del clan. El padre de Julia se llamaba Lucio julio César. Los julios eran un grupo grande y muy antiguo; y el más específico «César», que apareció a finales del siglo III y principios del siglo 11 a. C., era para diferenciar las diversas ramas del linaje. Algunas familias, como los Antonios, no lo consideraban necesario, probablemente porque el linaje no tuviera muchas ramas.^[2]

«Marco» era el praenomen, el primer nombre (que hoy seguimos llamando «nombre de pila»). Aunque no era un sistema absolutamente fijo, las familias nobles solían usar los mismos nombres, y en el mismo orden, para cada sucesiva generación. El padre de Antonio también se llamaba Marco Antonio, como el abuelo. En su momento, los dos hermanos recibieron los nombres de Cayo y Lucio. Los documentos formales también aludían a todos como «hijo de Marco».

En la vida pública romana era importante identificar bien a los varones; esto no era así para las mujeres, que no podían votar ni presentarse a cargos públicos. Las niñas recibían todas un solo nombre, la versión femenina del nomen de su padre. Así, la madre de Antonio era Julia porque su padre era un julio; cualquier hija de un Antonio se llamaba Antonia, y si nacía más de una, a efectos oficiales simplemente se las numeraba, y en familia les ponían apodos para evitar confusiones.

Julia era patricia, pero la familia de su marido era plebeya y, por tanto, también lo eran sus hijos. Los patricios eran la aristocracia más antigua de Roma, y en los albores de la República sólo ellos podían ostentar el consulado. Con el tiempo, muchas familias plebeyas ricas se abrieron paso en la esfera política y pudieron reclamar mayores cuotas de poder. Al final quedó establecido que uno de los dos cónsules de cada año había de ser plebeyo, y en consecuencia, al final llegó a ser corriente que ninguno de los dos fuera patricio. La riqueza e influencia de algunos linajes patricios disminuyó, y otros se extinguieron por completo; para el siglo I a. C., la inmensa mayoría de los senadores eran plebeyos. Había varias familias plebeyas que podían jactarse de llevar siglos en el centro de la vida pública; ser patricio sin más no era garantía de éxito político.

Los Antonios no eran uno de los linajes plebeyos más importantes, pero habían llegado a consolidarse como miembros del Senado y en las últimas dos generaciones habían prosperado especialmente. El abuelo de Antonio, Marco Antonio, logró fama por ser uno de los mejores oradores que Roma dio nunca. Según Cicerón, junto con otro coetáneo, llevó la elocuencia del latín a un nivel comparable a la gloria de Grecia (...). Tenía una memoria perfecta, no parecía que hubiera ensayado; siempre daba la impresión de salir a hablar sin haberlo preparado (...). En cuanto a la elección de palabras (elegidas más por su peso que por su encanto), su orden y encadenamiento

en frases concisas, todo descansaba en la intención y en un arte muy dirigido (...). En todos estos aspectos sobresalía, y a ellos unía una pronunciación particularmente excelsa.^[3]

En el año 113 a. C. Marco Antonio fue elegido cuestor, una magistratura menor con competencias primordialmente económicas, y lo destinaron a la provincia de Asia (la actual Turquía occidental) como asistente del gobernador. Para presentarse a la cuestura había que tener al menos treinta años cumplidos. Camino de la provincia, Marco Antonio se vio envuelto en un escándalo cuando fue acusado de haber tenido una aventura con una virgen vestal. Las vestales, el único clero femenino de Roma, hacían voto de castidad durante treinta años y atendían el templo y la llama sagrada de la diosa Vesta. Seducir a una vestal era una atrocidad y una impureza que ponía en peligro la privilegiada relación de Roma con los dioses, y si un hombre era declarado culpable de ese cargo, su carrera política se truncaba y podía sufrir un castigo todavía mayor. La pena para las vestales era espantosa: las sepultaban vivas para enterrar la impureza.

Solía haber juicios a vestales y sus presuntos amantes justo después de una calamidad, cuando la crispación general exigía culpables. En el 114 a. C. tres vestales fueron acusadas de romper sus votos; y como sólo una fue condenada en el juicio, el caso se reabrió al año siguiente con una nueva ronda de vistas en un tribunal especial presidido por un eminente y riguroso antiguo cónsul.

Por ser magistrado de la función pública en activo, Marco Antonio gozaba de exención jurídica y no podían encausarlo; pero se ganó la admiración general cuando retornó voluntariamente a Roma para enfrentarse a la acusación. Eso no disminuyó ni un ápice la saña del juez y los fiscales, que querían una condena. Marco Antonio negó rotundamente los cargos, pero la fiscalía intuyó a fin de incriminarle que podía coaccionar al joven esclavo que de noche portaba el farol para su señor; el derecho romano sólo admitía el testimonio de un esclavo si era interrogado bajo tortura, pues se daba por sentado que, si no, siempre apoyaría a su amo. Según se nos dice, el chico aseguró a Marco Antonio, su señor, que por grande que fuera el dolor, nada le haría declarar contra él. «Azotado repetidas veces, se le sometió al potro de tortura y sufrió quemaduras con hierros al rojo vivo; pero anulando todo el peso de la acusación, salvó la vida al reo». Marco Antonio fue absuelto; no consta si recompensó al esclavo. Nuestra fuente culpa al destino de «confinar al cuerpo de un esclavo» tamaño espíritu. Dos vestales —no queda claro si alguna de ellas era con la que había tenido la presunta aventura— tuvieron menos suerte y fueron condenadas a muerte.^[4]

La oratoria era muy importante para la carrera política, pero el éxito de Marco Antonio indica que también tenía dotes militares y administrativas. En el año 102 a. C. fue a gobernar la cercana provincia de Cilicia siendo pretor. El Senado le prorrogó el mando por dos años, y Marco Antonio lanzó una aguerrida campaña contra los piratas que plagaban la zona, de la que salió victorioso. Celebró un triunfo, lo que sin duda le ayudó a ganar las elecciones al consulado del 99 a. C. Dos años después era

censor, uno de los dos magistrados encargados de supervisar el censo de ciudadanos romanos, que se elaboraba cada cinco años; sólo uno de cada cinco cónsules llegaba a la censura, que era un cargo de enorme prestigio.

EL ORADOR DICTADOR

Marco Antonio fue uno de los principales senadores de su tiempo, pero en el siglo I a. C., destacar entrañaba peligros. En el año 91 a. C., un político que presionaba para extender la ciudadanía romana a los aliados de Italia fue asesinado, lo que prendió la mecha de la rebelión en muchos pueblos italianos: sobrevino entonces la sangrienta Guerra Social —el nombre viene de la voz latina *socii*, que significa «aliados»—, que se cobró un alto coste en vidas. La victoria de Roma se explica tanto por haber prometido la ciudadanía a todos los que permanecieran leales y a los que capitularan enseguida, mucho más numerosos, como por su destreza militar. Fue un conflicto que acostumbró a muchos soldados a luchar contra enemigos muy semejantes a ellos mismos.

En el 88 a. C. la rebelión prácticamente ya había pasado y el cónsul Lucio Cornelio Sila recibió el mando en la guerra contra el rey Mitrídates VI del Ponto, que pretendía aprovecharse del desmoronamiento del Imperio seléucida y de la atención que Roma estaba poniendo en su expansión por la costa meridional del mar Negro desde su territorio central. Una campaña en el Oriente helenístico ofrecía al general romano tanta gloria y botín como pudiera desearse, y Sila salió de Roma para reclutar y entrenar un ejército. En su ausencia, un político radical hizo campaña para transferir el mando a Mario, el gran héroe militar de la última generación, pero ya casi septuagenario.^[5]

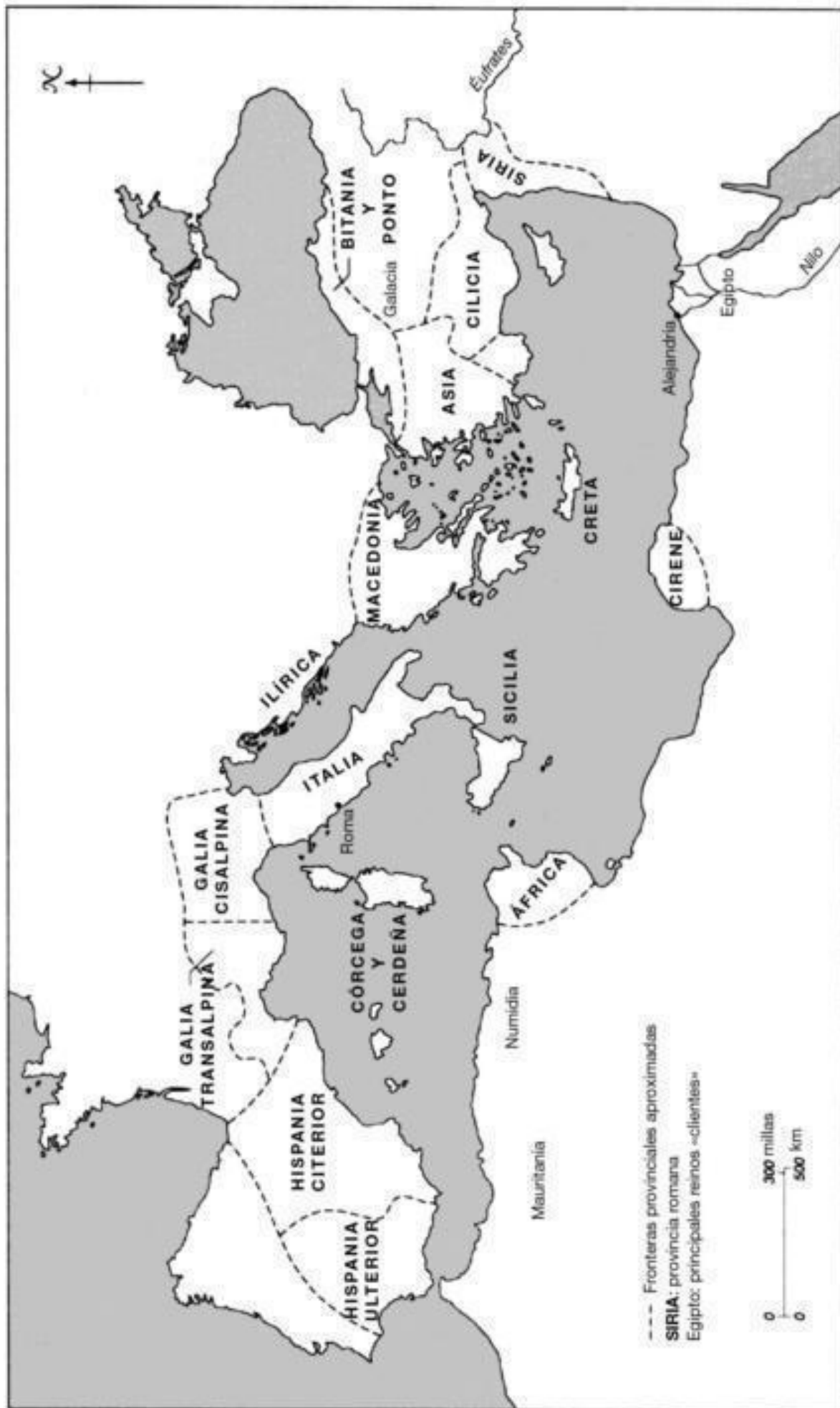
Cónsul por primera vez en el 107 a. C., Mario había salido victorioso en Numidia y luego fue elegido cónsul todos los años comprendidos entre el 104 y el 101 a. C., una secuencia sin precedentes y contraria a la jurisprudencia y a la ley, que dictaban un intervalo de diez años entre cada consulado. En aquellos momentos, la península itálica se veía amenazada por tribus nómadas del norte que habían masacrado a todos los ejércitos enviados contra ellas. El sentimiento de que la crisis exigía una solución extraordinaria podía mascarse en Roma. Mario se encargó de los bárbaros, a los que acabó aplastando en el año 101 a. C. en una batalla por la que celebró un triunfo, y Roma, agradecida, se lo recompensó votándole para un sexto consulado.

La trayectoria de Mario fue espectacular, sobre todo porque era el primero de su familia en embarcarse en la función pública e ingresar en el Senado. Era lo que los romanos llamaban un «hombre nuevo» (*novas homo*): tuvo que hacerse un nombre por sí solo, sin contar con la fama de su familia. Siempre ansioso de aclamación

popular, al parecer intentaba recuperarla viendo que decaía. Su papel en la Guerra Social fue modesto, y probablemente tuviera problemas de salud; sin embargo, y pese a su avanzada edad, decidió optar al mando en la guerra contra Mitrídates, y la Asamblea del Pueblo se mostró dispuesta a aprobar una ley para entregárselo. Aunque no fuera estrictamente ilegal, suponía una ruptura total con la tradición, pero Mario ya había roto antes con otras tradiciones y había salido triunfante.^[6]

Esta vez iba a ser distinto. Sila era patricio, aunque venía de una familia que llevaba tiempo relegada del centro de la vida pública. Ingresando en la política a edad tardía pero decidido a subir hasta la cima, había conseguido el codiciado mando contra Mitrídates; se negó a dejar que se lo arrebataran, y sus soldados tampoco parecían dispuestos a renunciar al opulento botín que prometía toda guerra oriental. Los altos mandos eran menos entusiastas: sólo un hombre de rango senatorial acompañó a Sila cuando entró en Roma con sus legiones. Mario y los demás oponentes, sin una fuerza preparada para recibirlos, no tenían ninguna posibilidad de defender la ciudad; hubo muchas muertes, pero Mario logró escapar. Sila se quedó, aunque poco después llevó a sus tropas a combatir contra Mitrídates y ya no volvió hasta pasados cinco años.

Mario regresó antes y tomó Roma con un ejército que él mismo levó en el 87 a. C. Esta vez el ataque fue más violento y seguido de más ejecuciones y más brutales. Marco Antonio fue una de las víctimas, aunque no se sabe a ciencia cierta si fue por rencillas pretéritas o por su oposición del momento. Primeramente el orador se escondió: uno de sus clientes, obligado a él por un favor pasado, lo acogió en su casa. Este protector no era especialmente rico, pero queriendo agasajar a su huésped como merecía tan distinguido senador, mandó a un esclavo a buscar un vino extraordinario. Al tabernero le extrañó esa compra excepcional y, hablando con el esclavo, se enteró de lo que pasaba; a continuación fue con la historia a Mario, que estaba cenando, y se mostró encantado. Según nuestras fuentes, sus amigos tuvieron que frenarlo para que no saliera a matar a Marco Antonio él mismo.



El Imperio romano en el siglo I a. C.

En su lugar envió a un tribuno militar, Anneo, con un grupo de soldados. Al parecer, el oficial no quería mancharse las manos y ordenó a sus hombres entrar en la casa y consumir la ejecución mientras él se quedaba fuera esperando; pero al ver que los soldados no salían, empezó a extrañarse y entró. Para su asombro, sus hombres estaban tan extasiados escuchando al gran orador que algunos no podían ni sostenerle la mirada, e incluso lloraban. Según una de las versiones de esta historia, los soldados se fueron sin hacer ningún daño al senador. Anneo no se extasiaba con tanta facilidad: apuñaló a Marco Antonio, lo decapitó, y le llevó la cabeza a Mario como trofeo.^[7]

La anécdota del famoso orador embelesando a quienes iban a asesinarlo se repite en todas nuestras fuentes principales; puede que fuera real, pero quizá sólo fuera una buena historia que a los romanos les gustaba creer. Real o no, la verdad pura y dura es que un distinguido senador fue brutalmente asesinado y decapitado por el capricho de otro que había tomado el control del estado por la fuerza: la cabeza de Marco Antonio se unió a las de otras víctimas de la purga de Mario y fue expuesta en el Foro. Antes, Mario se había regodeado con esa muerte y (...) durante un banquete, sostuvo alegremente entre las manos la cabeza cortada de Marco Antonio, mostrándose tan irrespetuoso en el ánimo y en las palabras que dejó contaminar la santidad de la mesa con la sangre de aquel ilustrísimo ciudadano y orador, e incluso llegó a abrazar a Publio Anneo, quien se la había llevado y que aún estaba manchado de sangre tras el acto.^[8]

Marco Antonio nació cuatro años después.^[9] No sabemos si su padre estaba en Roma cuando Mario tomó la ciudad; puede que estuviera en otro sitio o que, como era un joven de sólo veintitantos años, consideraran que no valía la pena matarlo. La mujer de Mario también era una Julia, aunque de una rama de la familia distinta que la madre de Antonio; es improbable que esto por sí solo hubiera bastado para protegerlo. Mario cayó enfermo y murió a las pocas semanas de tomar Roma por asalto y aceptar un séptimo consulado. Su muerte, más que ninguna otra cosa, puso fin a la violencia; sus seguidores siguieron dominando la República, pero ya se habían asentado y deseaban el retorno de algo que pudiera llamarse normalidad.

Por el cálculo de los romanos, Marco Antonio nació a los seiscientos setenta y un años «de la fundación de la ciudad» (ab urbe condita). Lucio Cornelio Escipión Asiático y Cayo Norbano era el nombre del año, pues así se llamaban los dos cónsules que entonces ocupaban el cargo; pero en aquellas fechas era Sila quien ocupaba el pensamiento de todos: tras la derrota del ejército de Mitrídates, al que había impuesto un tratado de paz, ya podía regresar con su ejército. Sila desembarcó con sus hombres en la Italia meridional a finales de primavera, cuando Antonio sólo tenía unos meses.

Los aliados de Mario habían tenido años para prepararse, y aquel combate fue colosal. En noviembre del año 82 a. C. Sila ganó una gran batalla en las afueras de Roma y tomó el control de la ciudad. La lucha duró algún tiempo: un comandante de Mario continuó la contienda en España durante una década más. Los dos cónsules del

82 a. C., uno de ellos hijo de Mario, fueron asesinados, pero Sila no los reemplazó. En su lugar, pasó a ser dictador apoyándose en una ley que aprobó la Asamblea del Pueblo.

La dictadura era una antigua medida de emergencia que daba a un solo hombre el poder ejecutivo supremo. Para salvaguardar el principio de que nadie ostentara el poder supremo permanentemente, el mandato duraba sólo seis meses y no podía renovarse. El dictador era nombrado, no elegido y, a diferencia del cónsul, no tenía un colega, sino un lugarteniente, el jefe de caballería (magíster equitum). Normalmente se nombraba a un dictador con el objeto de que supervisara las elecciones consulares cuando no había ningún cónsul. Consumados los comicios, el dictador dimitía de su cargo, muchas veces habiéndolo ocupado sólo unos días. En alguna ocasión —por ejemplo, en los momentos más críticos de las guerras púnicas— se había nombrado un dictador para que tomara el mando en el campo de batalla. La última vez había sido en el año 216 a. C.

Sila utilizó el título antiguo, pero añadiendo nuevos poderes que podía retener el tiempo que quisiera: de ahí que necesitara una ley específica. Fue dictator legibus scribundis et republicae constituendae: al objeto de legislar y restaurar la República. Al mismo tiempo presidía las ejecuciones masivas, más sangrientas y sistemáticas que la purga de Mario. Se exponían listas de nombres, y quienes aparecían en ellas perdían todos sus derechos legales: podían matarlos impunemente, y sus asesinatos recibían en recompensa parte de sus propiedades. La cifra de proscritos —fueron sólo varones— se desconoce. Perdieron la vida algunos senadores y un número mucho mayor de équites que habían luchado contra Sila o tenían algún vínculo con enemigos suyos. A otros los asesinaron para incautarse de su riqueza, y se pensaba que muchos de los oficiales de Sila habían añadido nombres a las listas en su propio beneficio; se cuenta que un acaudalado équite, al recibir la noticia de que estaba en una lista de proscritos, comentó mordaz que sus fincas de Alba Longa lo querían muerto.^[10]

Una vez más, los romanos daban muerte a otros romanos, en el Tíber flotaban cadáveres y de la tribuna de orador del Foro colgaban las cabezas que clavaban allí para exponerlas a la vista de todos. Las matanzas vinieron acompañadas de reformas. Sila quería legislar para que ningún gobernador provincial pudiera sacar de la provincia su ejército: en otras palabras, para que nadie siguiera su propio ejemplo. También introdujo severas restricciones en los poderes de los tribunos de la plebe, el cargo del que se valieron los Gracos y, en tiempos más recientes, los aliados de Mario para conseguirle el mando contra Mitrídates.

Las reformas de Sila trastocaron el equilibrio de poder en favor del Senado y de los altos magistrados; pero más importante que la legislación era el propio Senado, teóricamente el timón del estado. Las proscripciones habían destituido a parte de los senadores, y una parte aún mayor había muerto durante la guerra civil a manos de uno u otro bando. El dictador incorporó a muchos nuevos miembros, duplicando el tamaño del Senado hasta alcanzar unos seiscientos. Relegados sus enemigos y el

consejo abarrotado de simpatizantes, en el año 79 a. C. Sila dejó la dictadura y se retiró de la vida pública. Su salud era mala y, pese a un rápido matrimonio con una vivaz joven viuda, murió un año después. Según su epitafio, compuesto por él mismo, nadie había sido mejor amigo ni peor enemigo.^[11]

CRÉTICO

El padre de Antonio formó parte del Senado de Sila; no sabemos si desempeñó un papel activo en el bando del dictador durante la guerra civil, pero sin duda el asesinato de su padre hubo de indisponerlo con los partidarios de Mario. De familia con raigambre y padre muy distinguido, era un senador importante que sobresalía entre los cientos de recién incorporados: la guerra civil y las proscripciones también habían mermado drásticamente las filas de antiguos cónsules y otros prohombres. El Senado de Sila era más numeroso, pero mucho menos equilibrado que el antiguo, y brindaba a los ambiciosos con los contactos adecuados la oportunidad de ascender mucho antes de lo que había sido habitual. En el año 78 a. C. uno de los cónsules, Marco Emilio Lépido, dio un golpe de estado y fue derrotado por la fuerza de las armas; él y los demás cabecillas fueron ejecutados.

Marco Antonio volvió a salir ileso de otro brote de guerra civil. Nada indica que hubiera heredado el don de su padre para la oratoria, ni tampoco que tuviera ningún otro talento digno de mención. Según Plutarco, su probidad le valió respeto, pero otras fuentes son mucho menos lisonjeras, tanto sobre su capacidad como sobre su carácter. Hijo de su padre y miembro de los Antonios, no necesitaba dotes especiales para labrarse una carrera más o menos próspera: así, fue elegido uno de los ocho pretores del año 74 a. C. Para ocupar ese cargo había que tener al menos treinta y nueve años; era una cuestión de pundonor para los hombres de buena familia ocupar el cargo a la primera oportunidad: la expresión era «en su año» o «suo anno». Y lo más probable es que Antonio lo consiguiera.

En la esfera de la aristocracia romana, su familia no era especialmente rica, y hacer campaña para el cargo resultaba caro. Marco Antonio estaba muy endeudado, y su tendencia a vivir por encima de sus posibilidades empeoraba las cosas. Su generosidad era famosa: Plutarco cuenta la anécdota de que un amigo le pidió dinero prestado y, como no tenía nada que darle, pidió a un esclavo que le trajera agua en cierto cuenco de plata. Marco Antonio vació el agua y le dio el cuenco al amigo. Cuando Julia preguntó por el recipiente a los criados y los amenazó con torturarlos para sacarles la verdad, su marido confesó dócilmente. Según Salustio, historiador y senador que trató a Marco Antonio, quien le era muy antipático, había «nacido para derrochar el dinero, y nunca se preocupaba hasta que no quedaba más remedio».^[12]

Siendo pretor, recibió un mando militar especial para encargarse de la piratería en el Mediterráneo; era un problema grave, y la victoria de su padre había sido sólo provisional y circunscrita a una pequeña zona. En épocas anteriores, los Ptolomeos, los seléucidas y estados isleños como Rodas habían contribuido mucho a mantener el orden en el Mediterráneo oriental, pero ahora sus marinas apenas eran más que un recuerdo. La piratería floreció con el aliento adicional de Mitrídates, que de nuevo se enfrentaba a Roma: los ataques a barcos se hicieron frecuentes, obstaculizando el comercio y haciendo peligrosos los viajes. Durante esos años, el joven julio César fue hecho rehén y liberado tras el pago de un rescate.

Afrontar el problema era una labor de gran envergadura, que normalmente se le habría encomendado a un cónsul; pero la guerra con Mitrídates era una oportunidad más atractiva, y los dos cónsules habían conseguido destinos en provincias en las que tenían esperanzas de guerrear con el rey. Hubo muchas componendas en torno a sus nombramientos y al de Antonio; los tres recibieron responsabilidades mayores de lo habitual: Antonio tenía potestad para actuar por todo el Mediterráneo, y su autoridad, equiparable a la de los gobernadores de las provincias, se extendía sobre una franja de ochenta kilómetros tierra adentro. Casi todos los mandos provinciales duraban en principio doce meses, y transcurrido ese plazo el Senado podía conceder sucesivas prórrogas para otro año: a Antonio le concedieron tres años en su puesto desde el primer momento.

Una razón por la que quizá pudo hacerse con un mando tan notable fue su nombre. Los romanos estaban convencidos de que la familia transmitía el talento, y como su padre había vencido a los piratas, parecía razonable que el hijo también lo hiciera. Por sí solo, eso no habría bastado, pero a Antonio lo apoyaba Quinto Lutacio Catulo, antiguo cónsul que fue muy prominente en el Senado durante las décadas de los años 70 y 60 a. C. El padre de Catulo había preferido suicidarse a morir a manos de los hombres de Mario, y posteriormente el hijo fue un destacado partidario de Sila; es posible que el sentimiento de camaradería lo llevara a favorecer a Antonio y, lo que es más importante, Catulo solía favorecer a hombres de buena familia.

En el Senado ampliado de Sila había muchos hombres de los que casi nunca se solicitaba opinión en los debates, pero podían votar. Como para votar había que moverse para ponerse al lado de quien propusiera la medida en cuestión, los senadores de los bancos de atrás recibían el sobre nombre de «caminantes» (pedarii). Al haber cientos de hombres que llevaban menos de diez años en la Cámara, no era fácil predecir los votos y las lealtades: cualquiera capaz de manipular o persuadir a cierta cantidad de pedarü para que votaran en tal dirección, ganaba influencia. El más hábil durante esos años fue Publio Cornelio Cetego, que nunca ocupó ninguna de las altas magistraturas y se conformaba con actuar entre bastidores. Lúculo, uno de los cónsules del 74 a. C., se aseguró su mando oriental prodigando atenciones y regalos a la famosa cortesana Precia, amante de Cetego. No se sabe si Antonio hizo lo propio, pero a él le apoyó el colega ese año de Lúculo, el cónsul Cotta.^[13]

El mando contra los piratas era una responsabilidad enorme que dio a Antonio un poder considerable: una fuente posterior insinúa que tuvo más fácil conseguirlo porque nadie le veía capacitado como para plantear una amenaza al estado. Una victoria en la guerra contra los piratas le daría la gloria que todo senador romano ansiaba y tal vez las cuantiosas ganancias del botín y de la venta de cautivos; con algo de suerte, podía albergar la esperanza de saldar sus enormes deudas y hacerse verdaderamente rico.^[14]

Todo dependía de la victoria, que no iba a ser fácil. Es posible que el Senado no le dotara de recursos suficientes; por esas fechas los comandantes que luchaban en España se quejaban de que el estado no les abastecía bien. Por otro lado, puede que Antonio no tuviera dotes para operaciones de esa envergadura y, sin duda, carecía de experiencia en ellas.

Empezó centrándose en el Mediterráneo occidental, pero sin grandes resultados; sus detractores afirman que su celo en las requisas causó más estragos que los piratas. En Sicilia conmutó un impuesto en grano por otro en efectivo, pero fijó el precio del trigo muy por encima del vigente en aquel momento, pues era justo después de la cosecha y había excedentes en el mercado. Aunque evidentemente necesitaba dinero para pagar, equipar y abastecer a sus tropas y su personal, es difícil no llegar a la conclusión de que una de sus mayores preocupaciones era reponer su propia fortuna.

En el 72 a. C. volvió su atención al este y atacó a los piratas en Creta; ya fuera por incompetencia o por mala suerte, el enemigo infligió una aplastante derrota a la flota romana en una batalla naval. La campaña hacía aguas y Antonio acordó un tratado de paz muy favorable para los piratas que Roma impugnó de inmediato. Murió al poco tiempo, sin haber regresado a casa. Los romanos lo apodaron Crético con sarcasmo: los comandantes victoriosos solían recibir el nombre del pueblo al que habían derrotado o del lugar que habían conquistado para conmemorar su victoria.^[15]

Marco Antonio tenía ocho años cuando su padre se fue para asumir su mando, y once años cuando quedó huérfano, y al menos nominalmente, ya era el cabeza de familia; junto con esa responsabilidad, heredó las enormes deudas del padre: había una finca tan hipotecada que la familia decidió no reclamarla, lo que en Roma se consideraba un deshonor. Sobrevivió a su padre un hermano más joven, Cayo Antonio. Pasado un tiempo, Julia se casó con Publio Cornelio Léntulo Sura, y Antonio vivió el resto de su juventud en la casa de su padrastro. Léntulo tenía más o menos la misma edad que el padre de Antonio, y obtuvo el consulado en el año 71 a. C.; es probable que la familia de Julia lo considerara un buen partido. Lo más seguro es que ella no tuviera ni treinta años, y era raro que una viuda de la aristocracia no volviera a casarse, salvo que fuera bastante mayor.

Posteriormente Cicerón infamó a Antonio por haber «caído en la bancarrota ya de niño»; tal vez Léntulo fuera una figura paterna para el adolescente, pero haberse casado con Julia no implicaba que tuviera que saldar sus deudas, y éstas siguieron en pie. Marco Antonio era un Antonio, heredero de su padre, de su abuelo y del resto del

linaje, y había heredado la expectativa de desempeñar un papel destacado en la vida pública, algo que merecía sólo por ser de su familia. Roma era la mayor potencia del mundo, los senadores dirigían Roma y unas cuantas familias, entre ellas los Antonios, dirigían el Senado: arruinado o no, Antonio estaba imbuido de una suprema confianza en sí mismo que databa de sus días más tempranos.^[16]

EL OBOÍSTA

Cleopatra probablemente nació en el año 69 a. C., o quizá un poco antes, en el 70 (para consultar el árbol genealógico detallado de Cleopatra, véase pág. 437); el año no puede precisarse, y del mes y el día no se sabe nada. Tampoco se sabe dónde nació, pero lo más probable es que fuera en uno de los inmensos y grandiosos palacios reales de Alejandría. En el caso de Marco Antonio, por lo menos se tiene una idea bastante aproximada de los rituales y costumbres que rodeaban el nacimiento de un niño en las familias nobles de Roma, y es de suponer que se respetaron; pero no se sabe cómo hacían todo esto los Ptolomeos.

Los médicos de Alejandría gozaban de gran reputación por su competencia y sus conocimientos, fama que databa de mucho tiempo atrás y que, al parecer, se debió en parte a que los primeros Ptolomeos permitían la vivisección: es probable que la madre de Cleopatra dispusiera de la mejor asistencia médica existente en el mundo grecorromano. Generación tras generación, los Ptolomeos y sus esposas nunca dejaron de tener una prole numerosa que lograba superar los peligros del parto y la primera infancia: las perspectivas de supervivencia de los recién nacidos en el linaje real egipcio eran probablemente igual de buenas o mejores que las de cualquier otro niño del mundo antiguo, al menos en lo referido a riesgos naturales.^[1]

No poder determinar con precisión cuándo nació alguien del mundo antiguo, o en qué circunstancias, no es raro; bastante más frustrante es la gran cantidad de otros datos que se ignoran sobre ella. Cleopatra significa «de ascendencia distinguida», pero era un nombre ya común entre los Ptolomeos, y es improbable que la elección tuviera un significado especial en su caso; pero resulta irónica, dado lo difícil que es trazar su árbol genealógico. No se sabe quién fue su madre, ya que ninguna fuente la menciona; de nuevo, esto no es excepcional, ni siquiera para las figuras más destacadas de la época. Como tampoco se sabe quién fue la madre del padre de Cleopatra, hay dos huecos en blanco en su ascendencia inmediata. La paternidad de los miembros de la familia real, en general mucho más importante para los Ptolomeos, quedó reflejada en los documentos oficiales y en la literatura que se conserva sobre la familia. Por lo demás, la exigua variedad de nombres elegidos, que tanto se presta a confusión, y la abundancia de incestos y matrimonios sucesivos dificultan aún más la reconstrucción del árbol genealógico.

Sí se sabe que el padre de Cleopatra fue Ptolomeo XII, último varón adulto de la

familia que gobernó como rey de Egipto. Cuando subió al trono ya tenía una hija, puede que dos, y con el tiempo tendría otra, antes de engendrar por último dos hijos varones. De los cinco hijos que se le conocen con certeza, ninguno murió por causas naturales y cuatro lo hicieron como resultado de rivalidades en el seno la familia. Cleopatra los sobrevivió a todos, y ella misma se deshizo de tres. Sólo una sexta se libró de la muerte violenta: la posible hermana mayor, también llamada Cleopatra, si es que existió.

Los documentos y pruebas de estos datos sobre la familia, como tantos otros, son muy escasos y confusos, y es improbable que, de no ser por la fama que nuestra Cleopatra alcanzó a la postre, nunca hubieran llegado a tener interés fuera de lo erudito. Pero el aspecto físico de Cleopatra ha fascinado, incluso obsesionado, a muchos historiadores y a los lectores en general. Últimamente, esta polémica a veces ha llegado a adquirir un tinte racial, lo que caldea aún más el debate. Vale la pena recordar que esta cuestión nunca tuvo tal relevancia para la inmensa mayoría de las figuras del mundo antiguo, ni hombres ni mujeres; pero forma parte de la mística que rodea a Cleopatra.

Más adelante estudiaremos esas pruebas para ver si es posible llegar a alguna conclusión provisional. De momento nos detendremos en el padre, cuya trayectoria fue verdaderamente notable. Ptolomeo XII, muy vilipendiado y ridiculizado en vida, tanto por sus súbditos como por los romanos, fue sin embargo un superviviente que reinó a lo largo de tres décadas y logró la excepcional proeza de morir de viejo. Su gobierno nos dice mucho del reino que Cleopatra heredó.^[2]

HERMANO CONTRA HERMANO

Ptolomeo VIII Evérgetes II, o Ptolomeo «el Gordito», murió el 28 de junio del 116 a. C. por una vez se sabe la fecha precisa, gracias a la inscripción en un edificio, tras un reinado que se prolongó durante cincuenta y cuatro años, aunque con varias interrupciones; tenía cerca de setenta años, y le sobrevivieron Cleopatra II y Cleopatra III. La hija acabó desempeñando el papel dominante durante más de una década, pero al principio, uno de los hijos varones de Fiscon reinó conjuntamente con las dos Cleopatras hasta la muerte de la madre, sucedida a los pocos meses. Suele suponerse que el nuevo rey, Ptolomeo IX, también llamado Sóter «Salvador». II, fue hijo de Cleopatra III, aunque también se ha señalado que en realidad Cleopatra II debió de ser su madre.

El nuevo rey tenía un hermano —o quizá hermanastro, puesto que la madre de éste era sin duda Cleopatra III— que controlaba Chipre: Ptolomeo X Alejandro 1, que en el 107 a. C. logró suplantarlo y tomar el control de Alejandría. Las posiciones

se invirtieron, y Ptolomeo IX huyó a Chipre y acabó tomando la isla. En Egipto, Cleopatra III dominó al hermano —hijo suyo— en su reinado conjunto: es su nombre el que aparece siempre en primer lugar en los documentos oficiales. Llegó a ser suma sacerdotisa del culto de Alejandro, papel que ninguna mujer había ejercido antes, a la vez que ella misma era venerada como diosa.

La larga y notable trayectoria de Cleopatra III llegó a su fin con su muerte en el año 101 a. C.; corrió el rumor de que su hijo la había envenenado. Ptolomeo X subió al trono junto con su esposa, Cleopatra Berenice. Cuando en el año 88 a. C. unos disturbios internos provocaron la expulsión de Alejandría de los monarcas, Ptolomeo IX volvió a Egipto desde Chipre con su ejército y derrotó a su hermano, que acabó muerto. El orden se había quebrado en gran parte de Egipto, sobre todo en el sur, y le llevó cierto tiempo y duros combates restaurarlo. En estos años surgió el último egipcio en reclamar el título de faraón, pero como no contaba con un reconocimiento muy extendido, se quedó en un líder rebelde más entre muchos.^[3]

Ptolomeo IX murió a finales del año 81 o principios del 80 a. C., y tuvo dos hijos que en el 103 a. C., junto con un hijo de Ptolomeo X y un cuantioso tesoro, Cleopatra III había enviado a la isla de Cos; puede que los quisiera allí para tenerlos bajo su control como garantía contra su hijo, pero al final ocurrió que los muchachos y el tesoro cayeron en manos de Mitrídates del Ponto. Berenice, viuda de Ptolomeo X, gobernó sola desde Alejandría durante un breve lapso; pero un hijo que Ptolomeo X tuvo de un matrimonio anterior había conseguido huir a Roma, y el dictador Sila lo envió a Egipto en calidad de rey.

Ptolomeo XI llevaba más de veinte años sin pisar Alejandría ni Egipto y no podía profesar amor a su madrastra, a quien en realidad no conocía. En cuestión de días ordenó la muerte de Berenice; pero ella era muy popular en Alejandría y eso, seguramente combinado con otros errores, provocó que una turba asaltara el palacio semanas después. La multitud llevó a Ptolomeo XI hasta el gimnasio y, precisamente en ese escenario quintaesencia de lo helénico, lo despedazaron. Los registros oficiales se apresuraron a borrar el rastro de su breve reinado, y el gobierno de Ptolomeo XII quedó inscrito como si hubiera comenzado nada más morir su padre, Ptolomeo IX. El nuevo rey era uno de los dos muchachos que fueron enviados a Cos. Mitrídates los había comprometido con sendas hijas suyas, pero al poco de ser liberados, repudiaron ambos el enlace. Mientras el hermano mayor fue coronado rey en Alejandría, el menor se quedó con el gobierno de Chipre.

Ptolomeo XII se presentó como «el Nuevo Dioniso», y también «el que ama al padre» y «el que ama al hermano». Como de costumbre, los alejandrinos no fueron tan gentiles: algunos lo llamaban «Auletes», el flautista, o mejor dicho, el oboísta, por su afición a tocar este instrumento y su talento para ello, que no era propio de un rey. Pero otros lo llamaban simplemente Nothos, «bastardo»; y esto ha llevado a concluir que su madre era una concubina anónima, y no la esposa de su padre Ptolomeo IX. Éste, por su parte, se había casado con dos de sus hermanas, Cleopatra IV y Cleopatra

Selene. El primer matrimonio se celebró cuando los hermanos eran jóvenes, y al poco de ser coronado, los divorciaron: ningún otro Ptolomeo se había casado con una hermana de sangre antes de ser rey, y es posible que parte de la familia desaprobara ese primer matrimonio, especialmente la dominante Cleopatra III. Casarse con su hermana había sido en realidad reafirmar su condición de rey y su estatus divino; y, en consecuencia, equivalía a una rebelión.^[4]

Si el resto de la familia nunca consideró legal ni propio el primer matrimonio, tal vez eso hiciera bastardo a Auletes. De un fragmento de un discurso de Cicerón suele deducirse que Auletes todavía era un «muchacho», y por tanto que no tenía más de dieciséis años, cuando llegó al poder. De ser así, no pudo ser hijo de Cleopatra IV, ya que ella se había marchado y, tras su enlace con un seléucida, había sido asesinada en el 112 a. C. por orden de otra hermana casada con otro seléucida. También querría decir que no pudo ser uno de los príncipes enviados a Cos en el 103 a. C., puesto que aún no habría nacido. De ser así, tuvo que haber otros dos hijos de Ptolomeo IX —los que fueron enviados a la isla y luego capturó Mitrídates— que, además, no volvieran a aparecer en ningún registro posterior; pero es perfectamente posible que el muchacho al que menciona Cicerón no sea Auletes, y en tal caso, no se sabe qué edad tenía éste.^[5]

Puede que Auletes tuviera algo más de veinte años al llegar a rey en el año 81 a. C. y que su madre fuera Cleopatra N, pero que fuera visto como ilegítimo por ser fruto de un matrimonio considerado nulo. Por otro lado, puede que estén en lo cierto los estudiosos que piensan que fue engendrado por Ptolomeo IX con alguna amante, sin que se sepa cuándo. Si fue así, la identidad de ella es absolutamente desconocida. Lo que sí parece más que probable es que él y su hermano menor fueran dos de los príncipes enviados a Cos. En conjunto, la hipótesis de que Cleopatra IV fue su madre viene a encajar con las pruebas mejor que ninguna otra teoría; pero lo cierto es que no se sabe, y es importante tenerlo en cuenta.

Los romanos no participaron directamente en la coronación de Ptolomeo XII y de su hermano: no parece que Sila decidiera hacer nada en respuesta al asesinato de su candidato al trono, Ptolomeo XI. Roma casi nunca intervino materialmente en Egipto. Durante la guerra con Mitrídates, Sila había enviado a Alejandría a un oficial para pedir ayuda militar: concretamente, barcos de guerra. Ptolomeo IX se ocupó de que el emisario romano fuera agasajado con toda clase de lujos, pero lo envió de vuelta con las manos vacías, acaso por no estar seguro de si la ley refrendaba la autoridad de Sila, o porque sus hijos estaban en manos de Mitrídates como rehenes. No se sabe si porque no quisieron o porque no pudieron, pero los romanos no insistieron en reclamar apoyo al rey.^[6]

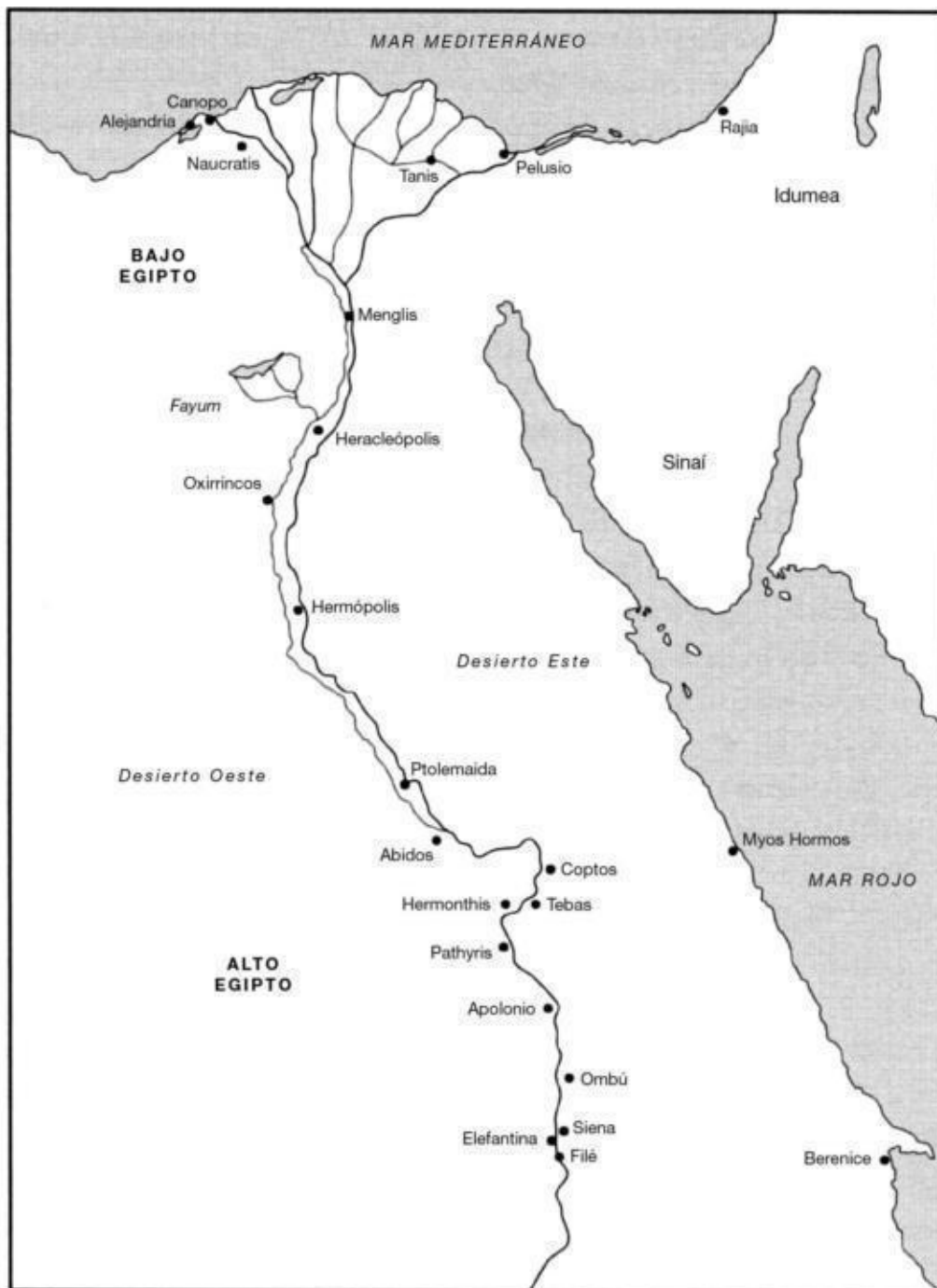
Los romanos empezaron a visitar Egipto con más frecuencia a finales del siglo 11 y en el siglo 1 a. C. Algunos iban por negocios, otros, en el ejercicio de funciones más institucionales. Se sabe de un suntuoso programa de esparcimiento que se ofrecía con bastante regularidad a los visitantes más distinguidos, como los senadores: los

invitaban a recorridos por el Nilo para que admiraran el paisaje, vieran cómo daban de comer a los cocodrilos sagrados del templo de Petesuchos y visitar el templo de la pirámide de Hawara. A los romanos les atraía Egipto, y ante todo su riqueza; pero durante mucho tiempo ese interés fue casi siempre contemplativo, mientras que los miembros de la familia real egipcia continuamente pedían apoyo a los romanos en sus disputas entre sí.^[7]

Una forma que tenían los reyes de reforzar su posición era legar su reino a la República de Roma. El objetivo era conseguir apoyo inmediato, sin que esté tan claro hasta qué punto les importaba lo que ocurriera después de su muerte. Así, en el 96 a. C., el Ptolomeo que gobernaba la isla de Cirene la legó a Roma; Ptolomeo Fiscon ya había dispuesto en su testamento algo muy similar si moría sin herederos, y Ptolomeo X fue más lejos, legando a la República todo el reino que decía suyo: Egipto y Chipre.^[8]

La respuesta de Roma a estas herencias era cauta. Los romanos aceptaron las fincas de la casa real de Cirene, pero proclamaron el autogobierno de los pueblos de la región; el Senado no decretó su anexión como provincia hasta el año 74 o 73 no hay registro de ninguna respuesta oficial al testamento de Ptolomeo X. Roma era una agresiva potencia imperial, pero eso no significa que aceptara sumarse cualquier territorio: la expansión se produjo a trompicones, y la resistencia a crear nuevas provincias todavía era grande, en parte por el temor a que el proceso de anexión fuera confiado a rivales de dentro del Senado que pudieran conseguir así demasiada riqueza y prestigio. Más importante era la negativa a comprometer recursos de la República al nuevo territorio, salvo que fuera indispensable: había oportunidades y compromisos de sobra en otros lugares. Lisa y llanamente, Roma tenía otras prioridades que no eran Egipto y los Ptolomeos, sobre todo porque no planteaban una amenaza.

Como siempre, fueron los Ptolomeos quienes buscaron la mediación del Senado romano en los asuntos de su reino: en el año 75 a. C. Regaron a Roma dos aspirantes al trono. Estos rivales eran hijos de Cleopatra Selene; pero no de Ptolomeo IX, sino del seléucida con quien ella se había casado posteriormente, y basaban su pretensión en su madre, que los apoyaba expresamente. El Senado no mostró interés y lo más probable es que tampoco viera con muy buenos ojos la posible unión de Egipto y Siria, así que no intervino. El insulto se añadió a la ofensa cuando, camino de casa, uno de los príncipes fue ultrajado por el gobernador de Roma en Sicilia.^[9]



El Egipto ptolemaico.

El desinterés de los romanos ante aquel llamamiento no implica que apoyaran activamente el gobierno de Ptolomeo XII Auletes, y seguía habiendo peligro de que el príncipe volviera a intentarlo o surgiera algún otro candidato al trono; por eso Auletes trabajó incansablemente por ganarse el reconocimiento formal de Roma, sin reparar en gastos a la hora de cultivar la amistad de senadores influyentes. Al mismo tiempo, invirtió mucho esfuerzo y dinero en hacerse popular entre sus súbditos, embarcándose en un grandioso programa de construcciones, y también fue especialmente espléndido con los cultos egipcios y sus templos: eran gastos sustanciales en un momento en que la crecida del Nilo producía cosechas muy

pobres, y a ello se sumaba el impacto de varias décadas de esporádicos episodios de guerra civil y tensiones internas a lo largo y ancho de los dos reinos. Los funcionarios reales exprimían más que nunca a la población para que los ingresos recaudados fueran suficientes, las últimas revueltas no habían contribuido a una burocracia más eficiente, fomentando a la vez la corrupción; y aunque la aristocracia del clero fuera por lo general leal, el atribulado campesinado siguió protagonizando brotes de desorden.^[10]

EL ALEJANDRO ROMANO

Pompeyo (su nombre completo era Cneo Pompeyo) fue un general de temperamento independiente que se hizo notar por primera vez cuando, reclutando un ejército a sus expensas, se unió a Sila en el 83 a. C. Tenía veintitrés años recién cumplidos y nunca había ocupado un cargo; por tanto, no tenía derecho al mando. La sola existencia de su leal ejército, formado principalmente por hombres que trabajaban las fincas de su familia, indica que ese detalle no se tuvo en cuenta en ese momento. Sila le aceptó, y Pompeyo fue el azote de los muchos generales romanos mayores con los que se midió en Italia, Sicilia y el norte de África; en plena juventud, veía en su persona al nuevo Alejandro y emulaba al macedonio en el corte de pelo y en sus peculiaridades. Sila le apodó Magno, «el Grande», aunque quizá en tono de chanza; otros le llamaban «el joven Carnicero» porque, según decían, las ejecuciones le apasionaban.^[11]

Cuando el dictador se retiró, el Senado instituido por él también decidió dar empleo militar a Pompeyo en lugar de intentar encarrilarlo en una trayectoria más convencional y sujeta a la ley, y fue despachado a España, donde libró una denodada guerra contra los partidarios de Mario que se negaban a rendirse. Por primera vez, Pompeyo recibió por votación oficial el poder de mando (*imperium*), aunque fue una dispensa especial, ya que no había ejercido aún ningún cargo electo y ni siquiera era senador. En el año 71 a. C. regresó de España victorioso y reclamó el derecho a iniciar una carrera política y presentarse como candidato a cónsul para el año siguiente: aunque era demasiado joven, su popularidad —y el hecho de que tuviera su ejército acampado no lejos de Roma, a la espera de celebrar su triunfo— le valió ese privilegio especial.

Pompeyo fue elegido cónsul en el 70 a. C. Su colega fue Marco Licinio Craso, que acababa de sofocar la rebelión de los esclavos acaudillada por el gladiador Espartaco y también tenía un ejército cerca de la ciudad. Ambos eran hombres de Sila y habían prosperado con las proscripciones; pero estos colegas consulares se tenían poca estima. Craso era unos diez años mayor, y le habían sentado mal los halagos y galardones que habían recaído en Pompeyo durante la guerra civil. La situación no

mejoró cuando el joven general aniquiló a una banda de esclavos que huían de Craso y quiso reclamar para sí la gloria de haber puesto fin a esa guerra.

Los cónsules, rivales, se odiaban a muerte. A partir de entonces y durante más de una década, fueron también los hombres más ricos e influyentes de la República. Craso fue muy activo en la política y también en los negocios, y amasó su fortuna a paso firme. Poseía fincas y mantenía a un nutrido grupo de esclavos que trabajaban de obreros en sus obras de reforma y construcción de edificios. Tenía otros que hacían de bomberos: en aquella época Roma carecía de servicio antüncendios. Craso compraba a precio de ganga fincas en las que se había propagado el fuego y luego enviaba a sus esclavos a controlar las llamas; casi siempre demolían edificios para abrir cortafuegos, y luego los reconstruían. Sagaz hombre de negocios, no sólo invertía su dinero en hacer más dinero: fue generoso con sus préstamos a otros senadores y también con su tiempo, prestándose muchas veces a actuar como abogado ante los tribunales en su defensa; por eso tantos senadores estaban en deuda con él. Evidentemente, a él todos le consideraban demasiado peligroso: nadie lo llevó nunca a juicio.^[12]

Pompeyo, que había pasado la mayor parte de su vida en campaña, no tenía ni por asomo la misma habilidad en el juego político: él se apoyó mucho más en la gloria de sus victorias, y cuando éstas empezaban a desvaírse en el recuerdo, pensó que necesitaba otras nuevas. En el 67 a. C. le concedieron un mando extraordinario para afrontar el problema de los piratas, que se había recrudecido desde el fracaso del padre de Marco Antonio. Pompeyo recibió muchísimos más recursos que Marco Antonio; también era mucho más competente, y tenía auténtico genio para la planificación: en sólo unos meses él y sus oficiales barrieron el Mediterráneo y lo dejaron libre de piratas. La solución a largo plazo iba a ser reasentar a muchos de los piratas en tierras donde pudieran mantenerse junto a sus familias sin necesidad de delinquir.^[13]

El éxito de Pompeyo fue espectacular, pero él ambicionaba mucho más. En el 66 a. C. le concedieron otro mando extraordinario para enfrentarse a Mitrídates del Ponto. De nuevo, más de uno insinuó que robaba la gloria a otros, pues la guerra ya casi la había ganado Lúculo, uno de los cónsules del año 74 a. C. Con el pretexto de esa guerra con Mitrídates y su aliado, el rey Tirídates de Armenia, Pompeyo promovió diversas expediciones orientales contra otros adversarios: expandió el territorio de Roma, reorganizando luego sistemáticamente las provincias orientales, y acabó de paso con lo que quedaba del Imperio seléucida; de los tres grandes reinos sucesores de Alejandro Magno, ya sólo sobrevivía el de los Ptolomeos.^[14]

Aunque Pompeyo no fue a Egipto, Auletes se cuidó de prestar ayuda a su ejército; así, le suministró todos los pertrechos necesarios para ocho mil soldados de caballería, enviando además espléndidos obsequios para el propio comandante, como una corona de oro. Entretanto Craso, que ocupó la censura en el 65 a. C., puso en marcha una campaña para declarar Egipto tierra pública de Roma y así poder

proceder a su reparto: evidentemente, deseaba que le confiaran el proceso, ya que sacaría pingües beneficios y, además, muchos ciudadanos quedarían en deuda con él. Julio César —aún joven, con sólo treinta y tantos años, pero extremadamente ambicioso— también se involucró, aunque no está claro si apoyaba a Craso o también él quería encargarse del reparto. Craso era muy influyente y extremadamente rico —tal vez sólo Pompeyo igualara su fortuna—, pero había más senadores ricos y con influencias, y si ambas cosas se unían para bloquear una medida, no había modo de aprobarla: todas las propuestas sobre Egipto que se presentaron entonces acabaron bloqueadas.^[15]

Fracasada la baza de la anexión de Egipto, tanto Craso como César pasaron a otros asuntos. No olvidemos que Egipto no ocupaba el centro de la vida pública romana; de vez en cuando saltaba a la palestra, normalmente por figurar entre las ambiciones personales de un senador eminente que luchaba, como todos, por llegar a la cima. A finales del año 64 a. C. se presentó un proyecto de ley para distribuir una importante extensión de tierra de propiedad pública entre los ciudadanos más pobres; Egipto iba a incluirse en esa ley íntegramente o en parte, pero una vez más, la medida fue rechazada y la vida pública siguió su curso.^[16]

Al volver a Roma en diciembre del 62 a. C., Pompeyo también descubrió que su poder efectivo tenía límites. Su prestigio era inmenso y su popularidad enorme, y el triunfo que celebró poco después fue más espectacular que ninguno antes visto; pero pese a todo, Pompeyo no consiguió del Senado la ratificación para el asentamiento de colonos en el Oriente ni la cesión de tierras a los veteranos de su ejército a punto de licenciarse. Una y otra vez, sus intentos de conseguir ambas metas se desbarataban: otros senadores, entre ellos Craso y el desposeído Lúculo, ansiaban bajarle los humos al gran general; ninguno quería ver la República dominada por Pompeyo, y además, frustrar sus planes implicaba aumentar su propia influencia y reputación. El fondo de las cuestiones era casi lo de menos: los asentamientos orientales de Pompeyo eran una medida sensata y bien pensada, el deseo de recompensar a sus soldados era razonable; pero eso en ningún momento impidió que los demás senadores los vetaran, y Pompeyo no era tan buen político como para idear otra forma de lograr sus fines.^[17]

Puede que fuera Julio César quien tuvo la idea de unir a Pompeyo y Craso en una alianza secreta a la que los historiadores (aunque no los de la época) han dado el nombre de «primer triunvirato». Ni Craso ni Pompeyo podían conseguir sus fines trabajando solos; los tres juntos, y con César como cónsul en el año 59 a. C., sus adversarios lo tenían mucho más difícil, aunque eso no impidió que senadores rivales —como Bíbulo, el colega consular de César— intentaran bloquearlos a cada paso. Los dos bandos se turnaron provocando escaladas del conflicto, y la intimidación y la violencia sólo se detuvieron al borde de un gran baño de sangre. El asentamiento de Pompeyo fue ratificado y sus veteranos recibieron tierras, mientras que Craso consiguió un contrato favorable para los publicanos, con muchos de los cuales tenía estrechos lazos. César logró imponer una ley de redistribución de tierras de propiedad

pública en Italia para los ciudadanos pobres y obtuvo un mando militar extraordinario de cinco años.^[18]

El rey Auletes, que llevaba tiempo cultivando la amistad de Pompeyo, intuyó una oportunidad, ahora que éste y sus aliados eran tan fuertes en Roma. Ptolomeo XII acabó consiguiendo el reconocimiento oficial: una ley aprobada por César en el año 59 a. C. lo calificó de rey y «amigo y aliado del pueblo romano». El precio fue muy alto: Auletes prometió pagar seis mil talentos, más de la mitad de los ingresos anuales de todo Egipto. El grueso fue a parar a Pompeyo y a César, aunque puede que Craso también se beneficiara. Los representantes de Ptolomeo firmaron enormes créditos con los banqueros romanos para abonar el primer pago.^[19]

El hermano menor de Auletes en Chipre no podía permitirse el reconocimiento a ese coste. En el 58 a. C. un ambicioso senador romano convenció a la Asamblea del Pueblo para aprobar una ley que otorgaba un subsidio de cereal a todos los ciudadanos de Roma; para afrontar el gasto, la ley autorizó que la República ocupara Chipre —o al menos las propiedades de la monarquía allí— conforme al testamento de Ptolomeo X. Al rey le ofrecieron un cómodo retiro, pero al ver que todas sus protestas caían en saco roto, escogió el suicidio.^[20]

Al parecer, el pueblo de Alejandría dio la bienvenida al reconocimiento oficial de Auletes por Roma, pero la anexión de Chipre provocó un hondo sentimiento de rencor y humillación: Auletes no había hecho nada por salvar a su hermano ni por resistirse a la ocupación de una de las partes más antiguas del imperio ptolemaico. Al mismo tiempo, como el rey necesitaba pagar su deuda con el triunvirato, la burocracia real empezó a ser especialmente agresiva recaudando ingresos. Todo ello acrecentó el rencor e hizo a los romanos impopulares: se sabe de un miembro de una delegación que fue linchado por matar accidentalmente a un gato; los gatos eran un animal sagrado en Egipto (una de las creencias autóctonas adoptadas por la población griega), pero probablemente el estallido fue más antiromano que otra cosa.^[21]

MADRES E HIJAS

Al propio rey lo veían débil por adular a los romanos y opresor del pueblo por sus esfuerzos para pagar su deuda; es muy posible que hubiera otros factores en juego y que los cortesanos más ambiciosos se olieran una ocasión de sacar provecho personal. A finales del año 58 a. C., Ptolomeo XII Auletes salió de Alejandría para viajar a Roma, donde declaró que lo habían expulsado. Con toda certeza, pasaron años antes de su regreso, y para ello hubo de mediar la fuerza. Su hija mayor, Berenice IV, fue proclamada reina en su ausencia y, claramente, en contra de su voluntad; no se sabe la edad de Berenice, ni si ella o sus principales asesores fueron los mayores instigadores

de este golpe de estado. La reina, que no estaba casada, tuvo de corregente a otra mujer de su linaje llamada Cleopatra.^[22]

Ésta, por supuesto, no era nuestra Cleopatra, que en aquel momento sólo tenía once años. Auletes había desposado a su hermana Cleopatra V Trifena al poco tiempo de hacerse rey: puede que fuera su hermanastra, sobre todo si la madre de él era en realidad Cleopatra IV; esto indicaría que la llevaba unos veinte años. En ese caso, la madre de nuestra Cleopatra podría haber sido una concubina desconocida: resolver un enigma en el árbol genealógico ptolemaico muchas veces sólo conduce a que se abran otros interrogantes.^[23]

Cleopatra Trifena fue indudablemente la madre de Berenice IV, pero a finales del 69 a. C. dejó de aparecer en los documentos oficiales: a partir de noviembre de ese año, sólo se menciona al propio Ptolomeo, por lo que suele darse por sentado que la reina murió. Hay indicios de que unos relieves del templo de Edfú que tenían su nombre grabado fueron tapados deliberadamente más o menos por esas fechas: esto sería raro si la reina hubiera muerto, y apunta a su retiro de la vida pública, bien porque hubiera caído en desgracia o por motivos de salud. Por la razón que fuera, Auletes no volvió a casarse. Si Cleopatra V Trifena seguía viva en el 58 a. C., puede que Berenice reinara junto a su madre.^[24]

El geógrafo Estrabón, que escribió a finales del siglo I a. C., menciona de pasada que Ptolomeo Auletes tuvo «tres hijas, y una de ellas, la mayor, era legítima». La mayor era Berenice, y según esto, fue la única hija que el rey tuvo con su esposa. Nuestra Cleopatra nació antes de la desaparición de Cleopatra Trifena y, por lo tanto, cronológicamente es posible que ésta fuera su madre, aunque luego hubiera muerto al poco tiempo. Cleopatra fue blanco de muchas calumnias e insultos a lo largo de su vida e incluso después de muerta, y es significativo que, muy al contrario que con su padre Auletes, ninguna otra fuente la declare ilegítima: que algo así no se hubiera esgrimido contra ella es muy difícil de creer.

Así pues, hay dos grandes posibilidades. Una es que el comentario casual de Estrabón fuera cierto, aunque no aparezca en ningún otro sitio; si fue así, Cleopatra, su hermana menor Arsínoe y sus dos hermanos serían fruto de amoríos de Auletes con una o varias concubinas. Si Cleopatra Trifena seguía viva ya acabado el año 69 a. C., o bien no podía tener más hijos o el rey no quiso tenerlos con ella. No hay pruebas fehacientes de que el rey tuviera una amante o varias, y como ni siquiera se sabe si esa mujer o esas mujeres existieron, es importante recalcar que se desconoce totalmente su identidad; a veces se ha sugerido que era una egipcia de una de las familias sacerdotales, pero es pura conjetura.

Por otra parte, si Cleopatra Trifena sobrevivió al año 69 a. C. pero cayó en desgracia, no es imposible que fuera la madre de alguno de los hijos de Auletes o de todos. Eso significaría que los padres de nuestra Cleopatra eran hermanos de sangre, y por tanto, que sólo tuvo un abuelo y una abuela; que Trifena ya no fuera oficialmente reina explicaría la afirmación de Estrabón de que sólo Berenice era

legítima. Pero simplemente no se sabe, y nadie debería decir otra cosa.^[25]

Una Cleopatra gobernó conjuntamente con Berenice IV; si no fue su madre, la única alternativa real es que entre Berenice y nuestra Cleopatra hubiera otra hermana, Cleopatra VI. En ese caso, Estrabón estaría en un error cuando dice que Auletes tuvo tres hijas. De nuevo, una vez más, simplemente no se sabe: a nuestra Cleopatra se la conoce como Cleopatra VII, pero hay división de opiniones sobre si en realidad hubo o no una Cleopatra VI. La corregente de Berenice IV, fuera su madre o su hermana, murió al cabo de aproximadamente un año.

El misterio rodea casi todos los aspectos de la familia y del nacimiento de Cleopatra. Nuestras fuentes también están en blanco sobre su vida temprana. Al menos hasta el año 58 a. C., es probable que se educara en Alejandría; los tutores de los Ptolomeos a menudo eran eruditos escogidos entre los que trabajaban en el Museo. Posteriormente en su vida adulta, Cleopatra hizo gala de un intelecto y una cultura formidables: en esa época las niñas de la familia real recibían una educación tan completa y esmerada como los varones. Su primera lengua era el griego, pero al decir de Plutarco, también hablaba las lenguas de los medos, partos, judíos, etíopes, trogloditas, árabes y sirios: pueblos todos relativamente cercanos a su reino. Es notable que el latín esté ausente de la lista, y es significativo que fuera la primera de la familia que habló egipcio.

No se sabe qué pasó con Cleopatra a los once años cuando Ptolomeo Auletes salió de Alejandría: puede que se quedara en la ciudad, pues su edad le imposibilitaba desempeñar ningún papel en el nuevo régimen. Una inscripción imprecisa y sin fecha hallada en Atenas se ha interpretado como una señal de que acompañó a su padre. No hay nada de por sí imposible en esto, y si Ptolomeo dudaba de la lealtad de algunos cortesanos prominentes y de su hija mayor, quizá prefiriera llevarse consigo a algunos de sus hijos, si no a todos; pero que algo sea posible no significa que ocurriera.^[26]

No obstante, hay algo que no acaba de encajar en la idea de que la pequeña acompañara a Ptolomeo, ya que ahora el rey se iba a Roma.

VI

ADOLESCENTE

Muy poco se sabe de la madre de Marco Antonio. En palabras de Plutarco, fue «tan noble y virtuosa como lo eran las mujeres de su época». En la aristocracia romana, ellas se casaban jóvenes, normalmente con hombres de más edad; y, si sobrevivían a los peligros de los partos, era probable que sobrevivieran al marido. Los políticos casi nunca llegaban a destacar en vida del padre; sin embargo, muchos todavía tenían madre a esa edad, y algunas ejercían una poderosa influencia sobre sus hijos: Julia todavía podía hacer cambiar de opinión a su hijo cuando Antonio rebasaba los cuarenta.^[1]

Los romanos ensalzaban a la madre que disciplinaba a sus hijos y los formaba en la virtud para que llegasen a situarse entre los mejores. La madre ideal era más severa que indulgente y benévola, aunque quizá sólo fuera porque lo último se daba por supuesto. Una de las madres más famosas fue Cornelia, cuyo esposo fue cónsul y censor dos veces; la carrera política de sus hijos, Tiberio y Cayo Graco, fue fulgurante, pero ambos hermanos acabaron muertos, uno detrás de otro, en los primeros actos de la violencia que imperó en el último siglo de la República. Para entonces hacía mucho que ella había enviudado, y se decía que rechazó la proposición matrimonial de Ptolomeo VIII. Aurelia, la madre de julio César, también gozó de muy alta estima.^[2]

Julia era prima lejana de julio César. La familia se había bifurcado en dos ramas varias generaciones atrás y ahora pertenecían a dos tribus distintas de votantes en la asamblea popular. Su hermano era Lucio julio César, distinguido miembro del Senado que fue cónsul en el 64 a. C. Su padre también había llegado al consulado, pero lo mataron junto con un hermano en la masacre perpetrada por los partidarios de Mario en el año 87 a. C. Su esposo Marco Antonio, pese a los fracasos de su campaña contra los piratas, muy probablemente hubiera llegado a cónsul de no haber muerto antes de regresar a Roma. El segundo marido de Julia fue cónsul en el 71 a. C.

Las mujeres no podían votar ni presentarse a cargos políticos, pero a las hijas de los senadores se las educaba en el orgullo familiar. Como no podían tener carrera propia, muchas hacían cuanto estaba en sus manos para favorecer la de su marido y sus hijos. Al casarse, Julia no adoptó el apellido del marido: siguió siendo Julia, hija de Lucio julio César, del linaje de los julios y patricia; a esto se añadía el hecho de que su propiedad seguía siendo sólo suya, gracias a lo cual no la engulleron las

deudas de su primer marido. Al morir su padre, Julia disfrutó de notable independencia, aunque volviera a casarse.

Las romanas de la nobleza rara vez daban el pecho a sus hijos, y el tiempo que cada cual decidía pasar con ellos en su primera infancia variaba mucho: como ocurre hoy en día, sobre todo para las más acomodadas. No se sabe nada en absoluto de qué sentía Julia por sus tres hijos ni cómo los trató, ni tampoco de sus sentimientos hacia sus dos maridos. La madre supervisaba la educación de sus hijos: su papel era importante, aunque a veces hubiera distancia y los cuidados cotidianos quedaran para las nodrizas, por lo general esclavas; también a ellas las escogía la madre. Sin embargo, al parecer muchos romanos creían que lo ideal era que la madre interviniera más directamente. El senador Tácito escribió a finales del siglo I d. C.:

En los buenos tiempos de antaño, ningún hijo nacido dentro del matrimonio se educaba en el cuarto de una nodriza de pago, sino en el regazo de la madre y a sus pies. Y esa madre no podía recibir mayor encomio que velar por la casa y darse a sus hijos (...). En presencia de una mujer así, ninguna palabra grosera podía pronunciarse sin grave ofensa, ninguna acción vergonzosa acometerse. Ineludiblemente y con la máxima diligencia, ella regulaba no sólo las tareas serias de los pequeños a su cuidado, sino también su recreo y sus juegos.^[3]

En las familias nobles, la educación se impartía en casa: sólo los no tan ricos, siempre que fueran pudientes, enviaban a sus hijos a una escuela elemental de pago. Los pobres apenas tenían acceso a la educación, si es que lo tenían, y probablemente muchos eran analfabetos. En contraste, la educación de la aristocracia era bilingüe, y los niños aprendían griego además de latín; el tutor que solía impartir los primeros conocimientos del griego (al niño o a la niña: en ese periodo, las hijas de los senadores ya recibían la misma educación que los varones) era un esclavo del Oriente helénico (paedagogus). Además de conocimientos matemáticos y lingüísticos elementales, los niños aprendían historia, y concretamente el papel que en ella había representado su familia. Como dijo Cicerón: «¿Qué es la vida de un hombre, si no se relaciona con la de los antepasados a través del recuerdo de las acciones pasadas?».^[4]

Julia sin duda procuró que Antonio y sus hermanos fueran conscientes de que eran herederos de los Antonios y los Julios. Se insistía en la virtud personal: si Roma había llegado a ser la mayor potencia mundial, era gracias a su especial respeto a los dioses y al valor, la constancia y la correcta conducta de los romanos, principalmente de la nobleza y, en particular, de todos los antepasados de los jóvenes. Desde sus primeros años, Antonio creció con la expectativa de que igualaría —o mejor aún, superaría— los logros de las generaciones anteriores. Roma era el mayor estado del mundo, y la aristocracia dirigente la había conducido a esa grandeza: nacer en una

familia senatorial distinguía a un niño, sobre todo si su familia era una de las pocas que ocupaban el centro de la vida pública. Roma no tenía monarca, y los senadores creían estar por encima de los reyes de otros países. Antonio siempre estuvo seguro de que por haber nacido de sus padres, sería uno de los hombres más prominentes de su generación: había nacido para la distinción y la gloria.

Más o menos a los siete años dio comienzo su preparación práctica para ambas cosas, acompañando al padre en sus asuntos diarios. Gran parte de la actividad de los senadores se desarrollaba en público; aparte de las reuniones del Senado, había una ronda diaria de saludos a clientes —personas ligadas a la familia, en general por favores pasados— y reuniones con otros senadores. Los chicos tenían que observar y adoptar la forma de proceder; no se les dejaba entrar en las sesiones del Senado, pero sí podían sentarse fuera con las puertas abiertas para oír todo lo que pudieran sobre el procedimiento y los debates: allí se apiñaban con los hijos de las demás familias de la aristocracia, por lo que desde muy pronto trababan estrecha relación con quienes iban a disputarse los cargos en el futuro.^[5]

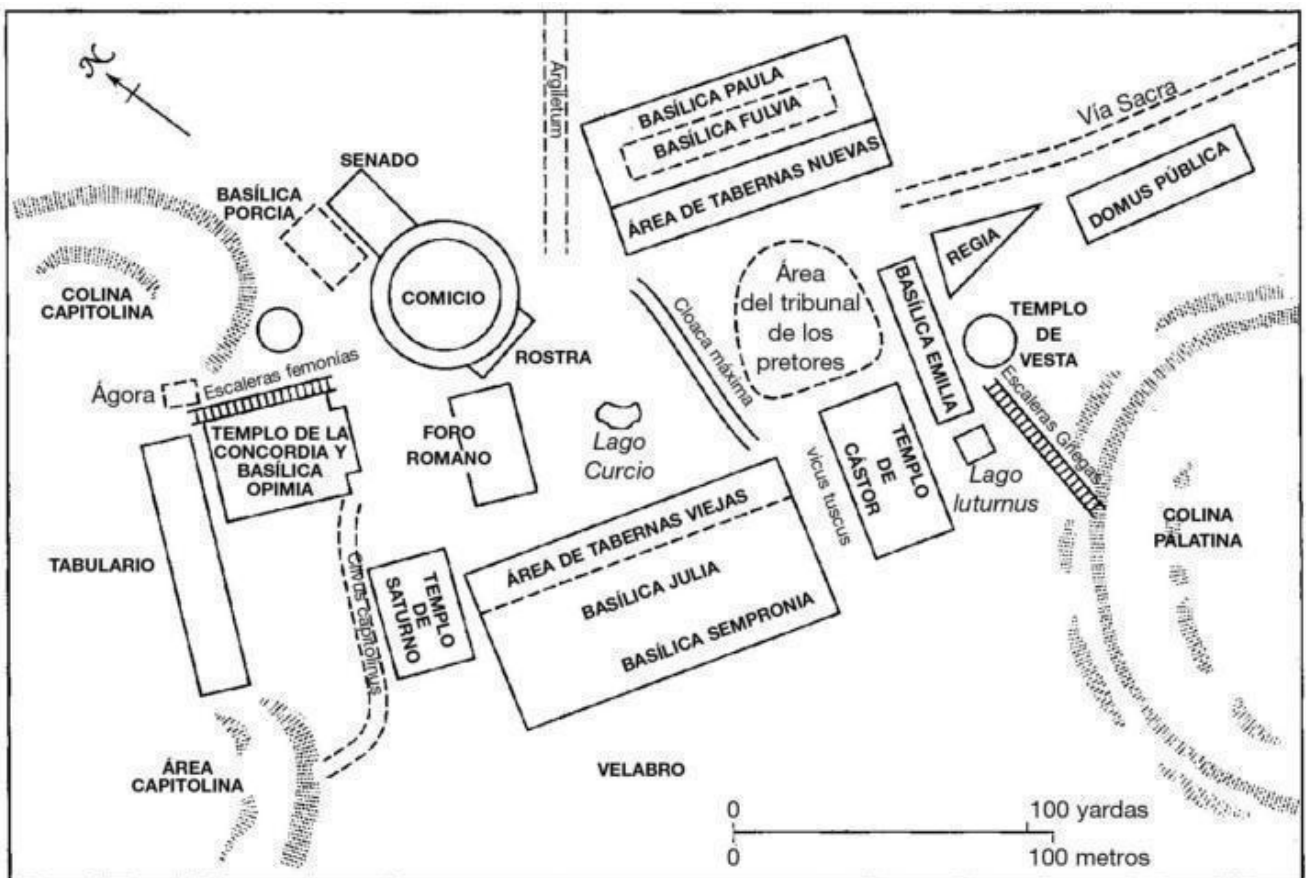
Antonio sólo pudo estar unos años siguiendo así a su padre, hasta que se fue a combatir a los piratas; tal vez después aprendiera de los mecanismos de la política acompañando a uno de sus tíos: el hermano de su padre, Cayo Antonio Híbrida, o el hermano de Julia, Lucio julio César. No se sabe cuánto tardó Julia en volver a casarse, aunque un año era el periodo mínimo de duelo más habitual, sobre todo para dejar sentada la paternidad de cualquier retoño. Después, puede que Antonio aprendiera con Léntulo; no se sabe.

La educación académica corría paralela a las horas dedicadas a observar la vida pública, y hacía hincapié en lo que los romanos llamaban la *grammatica*, que incluía el estudio a fondo de los clásicos de la literatura latina y griega y ejercicios escritos y orales de retórica: los alumnos tenían que memorizar largos fragmentos literarios y también aprenderse de memoria, por ejemplo, la Ley de las XII Tablas, el código de leyes más antiguo de Roma. El arte de hablar, y concretamente, de argumentar de una forma coherente y convincente, era vital para todo el que fuera a ingresar en la vida pública; aunque Marco Antonio nunca alcanzó la notoriedad de su abuelo por su buena oratoria, es seguro que fue un orador competente.

La costumbre dictaba que los hijos de los senadores aprendieran observando y practicando. La vida pública se desenvolvía muy de cara a la gente, y desde los Rostra, la tribuna del Foro, se dirigían discursos al gentío aglomerado allí antes de cada sesión de la asamblea o en cualquier ocasión importante. Los juicios penales también se celebraban al aire libre sobre unas tarimas instaladas en el Foro; en general, acudía un auditorio numeroso. Muchos famosos oradores publicaban sus discursos, aunque el abuelo de Antonio nunca quiso hacerlo, por no correr el riesgo de que algo que dijera en un caso, se utilizara contra él en otro; pese a todo, escribió un ensayo de oratoria. En el 92 a. C. el Senado había decretado el cierre de las escuelas que enseñaban retórica en latín: el motivo declarado era la superioridad de

esas enseñanzas en griego, aunque también es posible que quisiera restringirse la educación académica únicamente a los muy ricos.^[6]

Ya crecido, Marco Antonio se ocupaba mucho de su físico: en su formación, como en la de tantos otros jóvenes romanos, había un fuerte componente de ejercicio físico e instrucción especializada. El propósito era práctico, y junto al simple ejercicio de correr, nadar y levantar pesas, los jóvenes nobles aprendían a manejar la espada, a utilizar el escudo y a lanzar la jabalina; también aprendían a montar, probablemente tanto a pelo como con la silla de montar de cuatro cuernos que usaban los romanos en aquella época anterior al estribo. Lo ideal era que un pariente varón enseñara al chico esas cosas. Muchos senadores se vanagloriaban de su destreza con las armas, y el mejor general era el que sabía mandar su ejército con igual destreza que manejaba sus armas personales. De nuevo, gran parte de la educación de los muchachos transcurría a la vista de todos en el Campus Martius: el Campo de Marte, al oeste del Tíber, donde antaño formaban los ejércitos. Mientras atendían a la puerta del Senado durante las sesiones, los chicos se entrenaban compitiendo con sus iguales: era un preludio de su futura competición en la vida pública.^[7]



El centro de Roma.

Julia educó a Marco Antonio y sus hermanos para que llegaran a dirigentes de la República. Es muy posible que su cuñado Cayo Antonio y su segundo marido colaboraran desempeñando la función que normalmente cumplía el padre. En el 70 a.

C., cuando Antonio sólo tenía trece años, uno y otro vieron gravemente truncada su facultad para desempeñar ese papel. Los censores de ese año, mucho más rigurosos de lo habitual, expulsaron a nada menos que sesenta y cuatro senadores: más del diez por ciento de la cámara. Se los inhabilitaba principalmente por su moral y su carácter, tanto o más que por ningún delito concreto. Los nombres de Cayo Antonio y Léntulo fueron borrados de la función senatorial, y ambos tuvieron que volver a escalar puestos en la política partiendo casi desde cero.^[8]

LOCA JUVENTUD

De niño, Marco Antonio llevó la toga praetexta, que tenía un ribete morado y que, por lo demás, sólo usaban los magistrados en activo. Cuando su familia así lo decidiera, la dejaría a un lado en una ceremonia que marcaba su paso a la edad adulta. No había una edad fija para ello, y aunque en general era entre los catorce y los dieciséis años, algunos chicos se hacían hombres ya a los doce. La muerte del padre quizá animó a su familia a apresurar las cosas. No había una época del año fijada para la ceremonia, pero muchos la celebraban durante la fiesta de las Liberalia, el 17 de marzo. Conforme a la tradición, el joven debía cortarse más el pelo, como un adulto, y se afeitaba por primera vez, aunque en la mayoría de los casos el barbero no tuviera mucho trabajo; también se quitaba el amuleto, bulla, que nunca más volvía a ponerse. El día de la ceremonia, Antonio llevó por primera vez la toga virilis, sin ribete, y su familia lo llevó por el Foro hasta lo alto de la colina Capitolina, donde dedicó un sacrificio a Juventas, diosa de la juventud.^[9]

Aunque ya era formalmente un hombre y paterfamilias, el cabeza de familia con autoridad sobre sus hermanos menores, Antonio siguió viviendo con su madre y su padrastro. Los jóvenes de la aristocracia normalmente no salían del hogar paterno hasta dejar la adolescencia, cuando muchos alquilaban un apartamento, y no una casa. Todavía les quedaba mucho que aprender de la vida pública y de las obligaciones del senador, y tenían que seguir acompañando a sus parientes o amigos de la familia en los cometidos diarios, además de presenciar lo que sucedía en el Foro. Al mismo tiempo, en esa época se tenía cierta indulgencia general hacia los jóvenes: se les solía perdonar que disfrutaran un poco de los placeres que brindaba la mayor ciudad del mundo, siempre que no lo llevaran al exceso y que dejaran esa fase atrás al hacerse hombres hechos y derechos.^[10]

La mesura nunca fue un rasgo dominante en el carácter de Antonio, y su época era pródiga en tentaciones para un joven. El imperio generaba riqueza masivamente, y enseguida proliferó la gente que vendía toda clase de artículos de lujo a quien deseara comprarlos. Los senadores de más edad y los équitos invertían en magníficas

villas y fincas rurales: Cicerón no dejaba de quejarse de antiguos cónsules más atentos a los peces exóticos de sus estanques que a los asuntos de estado. Los jóvenes solían buscar emociones más inmediatas.

Un contemporáneo de Antonio que también tuvo que dejar la política acusado de corrupción, más tarde despotricaba contra el espíritu de su generación:

Nada más llegar la riqueza con todos sus honores, y a continuación la gloria, el dominio y el poder, la virtud empezó a perder lustre, la pobreza a considerarse una vergüenza, la inocencia a tildarse de malevolencia. Por eso (...) la riqueza, el lujo y la avaricia, insolentes en su unión, se apoderaron de nuestros jóvenes varones. Esquilaban, derrochaban; daban poco valor a su condición de persona, codiciaban los bienes de otros; descuidaban el decoro, la castidad, todo lo humano y lo divino; en resumen, estaban totalmente desprovistos de juicio y de prudencia.^[11]

Además de indulgencia y placer, también había rivalidades: por alocados que fueran, estos jóvenes no dejaban de ser nobles romanos. En su juventud, Julio César se distinguió por llevar una túnica de manga muy larga y con el cinturón tan suelto que le llegaba por debajo de las rodillas; fue un estilo pronto imitado por los hijos de otros senadores que también querían apartarse de las convenciones. Cicerón se mofaba de los jóvenes que podían verse «con el pelo repeinado y chorreando aceite, algunos imberbes como chicas, otros con barbas greñudas, la túnica por los tobillos y las muñecas, y sayo en lugar de toga». Antonio tenía su propia manera de distinguirse: al hacerse mayor, se dejó una barba más cuidada y más espesa, y en vez de dejar que la túnica le colgara mucho, le dio por ceñírsela muy arriba para mostrar sus musculosas piernas. Alentado por la historia de que los Antonios descendían de Hércules, a veces le añadía una tosca capa de pieles, llevaba espada y se recreaba haciendo alardes exagerados y hasta vulgares. Mitificaciones como ésta no eran tan raras: los Julios afirmaban que uno de sus antepasados era la diosa Venus.^[12]

Los jóvenes nobles tenían el afán de divertirse, pero hombres como Antonio nunca perdieron la absoluta confianza en que, a su debido momento, también les correspondería el derecho de dirigir la República. Pronto intimó con un joven de carácter parecido, Gayo Escibonio Curión, cuyo padre fue cónsul en el 76 a. C. Según Plutarco, en realidad fue Curión quien inició a Antonio en la bebida, los líos de faldas y la vida indecorosa; si fue así, las ansias de aprender fueron indudables en Antonio, que además siguió siendo devoto de todo eso para el resto de su vida.^[13]

El sexo podía conseguirse fácilmente en la sociedad esclavista de Roma. Los esclavos eran propiedades, y su dueño podía venderlos, castigarlos o matarlos si se le antojaba; habían de soportar el trato que quisieran darles, fuera cual fuera. También había muchos prostíbulos, desde los más baratos y sórdidos hasta los más caros y

lujosos. Más importantes para un joven de la nobleza eran las cortesanas de clase alta, cuyos favores no eran nada fácil conseguir. A ellas había que tratarlas con más tacto, agasajarlas con regalos y proporcionarles el dinero con que pagaban a sus esclavas y el apartamento donde vivían. Algunas se hicieron célebres: como Precia, la amante de Cétego, que le había ayudado a influir en los mandos que se concedieron el año 74 pasaba de un amante famoso al siguiente. De Pompeyo se cuenta que puso fin a sus devaneos con una cortesana para despejar el camino a un amigo y dejarlo en deuda con él.^[14]

Las cortesanas ofrecían mucho más que sexo a secas: casi todas eran cultas, ingeniosas y elegantes, y daban compañía y la emoción de una aventura. Aún más emocionante era perseguir a mujeres de la aristocracia: las hijas de los senadores eran demasiado valiosas a la hora de cimentar alianzas políticas como para dejarlas seguir solteras; en Roma casi no había jóvenes nobles solteras, pero muchas tenían maridos mayores cuya carrera política los enviaba lejos, a provincias, durante largos años. En una época en la que las chicas recibían la misma educación que sus hermanos, la mayoría de ellas hablaban griego además de latín, tenían vastos conocimientos de literatura de todo tipo, sobre todo de poesía, y tal vez también de filosofía y música.^[15]

Todos estos atributos podían considerarse virtudes, pero también podían hacer que a las mujeres les aburrieran las tareas de criar hijos y llevar la casa: como los hombres de su generación, muchas nobles se negaron a acatar las convenciones tradicionales para ir en pos de placeres más inmediatos. El historiador Salustio dejó una descripción completa, aunque llena de inquina, de Sempronia, a la que el segundo marido de Julia, Léntulo, conocía bien; era madre de Décimo junio Bruto, coetáneo de Antonio:

Esta mujer fue muy afortunada en familia y belleza física, y también en esposo e hijos; conocía a fondo la literatura griega y latina, tocaba la lira, bailaba mejor de lo que debía una mujer honesta y poseía muchas otras artes que auspiciaban una vida lujuriosa. Pero nunca hubo nada que valorara en tan poco como su honor y su castidad; era difícil decir qué malgastaba más, si su dinero o su virtud; tales eran sus apetitos que perseguía a más hombres de los que la solicitaban (...). Muchas veces había faltado a su palabra, había incumplido los pagos de sus deudas, había estado al tanto de crímenes; su falta de dinero y su adicción al lujo la llevaron por mal camino. Con todo, era una mujer notable; escribía poesía, sabía contar un chiste, conversar con modestia, ternura o descaro: en suma, tenía mucho talento y un gran encanto.^[16]

Las mujeres de la nobleza eran amantes cautivadoras y con iniciativa propia, y los chismes de la época sugieren que en esos años se producían muchas aventuras

extramaritales. Julio César fue famoso por seducir a esposas de otros: durmió con la mujer de Pompeyo y la de Craso, y mantuvo una larga aventura con Servilla, madre de Bruto —el que más adelante dirigió la conspiración contra él— y hermanastra de Marco Catón, su adversario más encarnizado. El poeta Catulo escribió de las alegrías del amor con Lesbia, mujer casada y de buena familia patricia, y de la amargura del posterior rechazo.^[17]

De las primeras aventuras amorosas de Antonio no se sabe nada más que el hecho de que las tuvo. Cicerón afirma que también dejaba que los hombres le hicieran la corte, tachándolo de poco menos que de prostituta hasta la llegada de Curión, que le ofreció «un matrimonio estable». Estas palabras forman parte de un discurso en el que Cicerón vilipendia a Antonio desde todos los ángulos, y hay que tomarlo con reservas. Los políticos romanos se lanzaban los insultos más injuriosos con total naturalidad: en otro lugar, Cicerón acusa a otro senador ilustre de haber cometido incesto con su hermana; es imposible saber la verdad, pero probablemente fueran sólo habladurías.^[18]

No obstante, Curión y Antonio eran sin duda amigos íntimos: siempre juntos, asistían a un sinfín de fiestas desenfundadas; no salía barato llevar ese ritmo de vida. Antonio heredó muchas deudas de su padre, pero pronto acumuló más por su cuenta. Si había mucha gente dispuesta a prestarle dinero era porque todavía tenía propiedades y también porque tenía todas las bazas para protagonizar una próspera carrera. Si le iba lo bastante bien, podría devolver el préstamo con intereses, y tal vez, en un futuro, hacerle algún favor al prestamista. Con todo, sus deudas alcanzaron cotas asombrosas.

Curión, fiel a su amigo, se hizo garante personal de la suma de seis millones de sestercios (un senador tenía que demostrar que el valor de sus propiedades ascendía al menos a un millón, mientras que el salario anual bruto de un soldado eran quinientos sestercios); aquello no gustó al padre de Curión, y prohibió a Antonio entrar en su casa. Cicerón afirma que, sin arredrarse, Antonio escalaba hasta el tejado y se colaba por un boquete entre las tejas. El orador también asegura que padre e hijo fueron a verlo, el hijo para implorarle que convenciera al padre de cubrir la deuda: éste así lo hizo, pero no permitió a su hijo aceptar más deudas de su amigo.^[19]

SALVADOR DE LA REPÚBLICA

Antonio no era el único que acumulaba grandes deudas: Julio César era sólo otro caso, pero había muchos más. Los acreedores estaban dispuestos a esperar, siempre que el deudor siguiera en la senda del éxito. Un grave fracaso político conllevaba el riesgo de tener que afrontar un pago inmediato porque así lo exigiera el acreedor, y

eso sólo podía acabar en la más absoluta ruina. Al volver al Senado y a la vida pública, Léntulo y Cayo Antonio tuvieron que gastar mucho dinero para conseguir cargos que ya habían ostentado en el pasado; progresaron a buen ritmo y fueron elegidos pretor y cónsul, respectivamente, para el año 63 a. C.

Marco Tulio Cicerón fue el colega de Cayo Antonio en el consulado. «Hombre nuevo» cuya fama descansaba en su gran talento como orador, decía haber aprendido mucho escuchando al abuelo de Antonio, y enseguida se labró un nombre al desafiar en un juicio a uno de los acólitos más brutales de Sila. Luego siguió actuando ante los tribunales y dio a conocer su valía en algunos de los casos más sonados de las décadas siguientes: pronto fue reconocido como el mejor orador de su generación — él mismo estuvo entre los que más expresaron tal reconocimiento—. Numerosos senadores le estaban muy agradecidos por defenderlos a ellos o a sus clientes en los tribunales; pero no por ello iban a apoyar siempre sus aspiraciones a cargos más altos. Cicerón siguió siendo el hombre nuevo: no podía alardear de los logros de su familia. No obstante, en las elecciones para el consulado de ese año, un número suficiente de votantes influyentes se decantaron por él antes que por Lucio Sergio Catilina, otro de los principales contendientes: eligieron al hombre nuevo y a Cayo Antonio. A éste lo apreciaban muy poco, pero lo consideraban demasiado holgazán para ser peligroso: volvía a repetirse la presunta razón por la que en el 74 a. C. habían dado el mando de la campaña contra los piratas a su hermano Marco Antonio.^[20]

Catilina intentó conseguir el consulado al año siguiente, pero volvió a fracasar. Era un patricio de antiguo linaje, y su familia llevaba mucho tiempo apartada del centro de la vida pública; en esto coincidía con Sila y también con Julio César, y tuvo el mismo impulso de reclamar el lugar al frente de la República al que creía tener derecho. Hasta sus enemigos admitían el talento de Catilina, pero su reputación era desastrosa: también en esto guarda gran parecido con Sila y César, incluso con Marco Antonio. Seguidor de Sila, durante las proscripciones había sido especialmente cruento; también había persistentes rumores de que había matado a su propio hijo por complacer a su nueva esposa, y se le achacaba una intentona de golpe que no fracasó hasta el último minuto.^[21]

Catilina se había beneficiado del triunfo de Sila, pero luego gastó tanto dinero que pronto se vio agobiado por las deudas. Era de los que buscaban emociones fuertes: se mezclaba con los jóvenes disolutos de ambos sexos y daba mucho que hablar con su conducta. Antonio tenía que saberlo, pues colaboraba estrechamente con el marido de Julia, Léntulo. Es más que probable que Catilina atrajera a muchos de los amigos de Antonio por su fama de orquestar aventuras amorosas y ser generoso con el dinero: gastaba mucho en atraerse a partidarios y atarlos a él. La política era también inmensamente cara para todos en una época en que los candidatos se veían obligados a invertir más que sus adversarios para hacerse publicidad y conseguir votos. Las tres campañas fallidas de Catilina para el consulado hicieron trizas el poco crédito que le quedaba.^[22]

En el año 63 a. C. perdió ante Cicerón, el hombre nuevo al que calificaba de mero «residente extranjero» en Roma. Los detalles de lo que sucedió a continuación sólo se conocen por fuentes que le eran hostiles. Cabe la posibilidad de que Cicerón hiciera todo lo posible por provocar una crisis y arrinconar a Catilina; pero no podía imaginar la rebelión que iba a desatarse. Después de aguantar el tipo con descaro durante un tiempo, Catilina huyó de Roma para incorporarse al ejército que estaban levando sus socios; acabaron al mando de dos legiones, y una de ellas portaba el águila de una legión que había luchado a las órdenes de Mario.^[23]

El padrastro de Marco Antonio, Léntulo, era el cabecilla de los hombres que Catilina había dejado en Roma y que luego fueron acusados de conspirar para matar a Cicerón y otros hombres ilustres y de provocar incendios para sembrar la confusión en la ciudad. Desde luego, no fue una conspiración organizada ni disciplinada: uno de los conspiradores alardeó ante su amante de que él y sus amigos iban a tomar el poder; la joven enseguida fue con la historia a Cicerón, a quien siguió informando. Poco después, Léntulo entró en contacto con los embajadores enviados a Roma por la tribu gala de los alóbroges para quejarse del maltrato al que los sucesivos gobernadores los estaban sometiendo. Léntulo intentó convencerlos de que apoyaran a las legiones de Catilina con su caballería. Los galos decidieron confiar en las autoridades vigentes y denunciaron lo que estaba pasando. Cicerón logró interceptarlos en una emboscada y los arrestó junto con uno de los conspiradores y varias cartas incriminatorias. Léntulo había llegado a enunciar ante los galos una profecía según la cual tres Cornelios gobernarían Roma: Sila y Cornelio Cinna, aliado de Mario, eran dos de ellos, y él, Cornelio Léntulo, estaba destinado a ser el tercero.

Tras decretar el Senado el estado de emergencia, Léntulo y los demás líderes de la conspiración fueron arrestados. Los senadores habían de decidir qué se hacía con ellos, y se abrió un caluroso debate: casi todos se inclinaban por la ejecución inmediata, aunque durante un tiempo pareció que julio César los había convencido de imponerles cadena perpetua. Catón, respaldado por Cicerón y otros, logró que la mayoría se decidiera por aplicar la pena de muerte sin juicio formal. En deferencia a su condición de pretor, Cicerón en persona llevó a Léntulo de la mano hasta la cercana prisión del Tuliano, que también servía de cadalso. Los conspiradores fueron estrangulados. Se dice que Cicerón se limitó a anunciar: «Han vivido», en latín, una sola palabra: *Vixerunt*.^[24]

No parece que Antonio participara de lleno en la conspiración; tal vez aún era demasiado joven como para que lo tomaran en serio: sólo tenía veinte años, y todavía no había dado ningún paso formal en su carrera política. Que se sepa, no actuó en juicios, como tampoco lo hizo en años posteriores. Los jóvenes solían encargarse de la acusación, en parte porque se percibía como una acción agresiva, ya que, con cierta habilidad, podía poner fin a la carrera política de otros; en la defensa solían intervenir oradores consolidados como Cicerón, pues se consideraba más honorable defender a amigos o socios, incluso si eran culpables.

Julia había vuelto a enviudar; rozando ya los cuarenta, decidió no volver a casarse. Plutarco desautoriza una historia que no obstante nos cuenta, según la cual Cicerón se negó a entregarle el cuerpo de su esposo Léntulo para que le diera un entierro digno. Su cuñado, Cayo Antonio, fue enviado a cargo de un ejército contra Catilina. Cicerón se había ganado la cooperación de su colega mediante un pacto privado: tras su año de cónsul tenía asignada la provincia de Macedonia, pero renunció a ese derecho para cedérselo a Cayo Antonio, quien veía en la frontera macedonia la perspectiva de una lucrativa guerra.^[25]

Cayo Antonio, alegando un ataque de gota, no estuvo en la batalla en la que el ejército rebelde acabó aniquilado y Catilina muerto: el mando pasó a un suboficial con experiencia. Era frecuente que los jóvenes de la nobleza acompañaran a sus parientes en campaña, viviendo en su cuartel general y observándoles para aprender a mandar un ejército. No hay pruebas de que Antonio acompañara a su tío ni contra Catilina ni cuando marchó a Macedonia; de hecho, apenas se sabe nada de sus actividades en los años de su veintena. Probablemente salió beneficiado si no lo acompañó, pues Cayo Antonio fue derrotado por tribus tracias y juzgado por corrupción a su regreso a Roma en el año 59 a. C. En el juicio Cicerón defendió lealmente a su colega consular, pero Cayo Antonio fue condenado y desterrado. Ahora que su padre y su padrastro estaban muertos —como hemos visto, el último ejecutado por rebelde— y su tío desacreditado en el exilio, Antonio se estaba quedando sin familiares que promovieran su carrera política.^[26]

Llegado el momento, al parecer se casó. Su esposa, Fadia, era hija del liberto Quinto Fadio Galo. Una unión así no conllevaba ventajas políticas; más bien era de esperar que una relación con la familia de cualquier antiguo esclavo suscitara la burla y el desprecio de la aristocracia. Seguramente Fadio era rico y ese matrimonio le proporcionaba respetabilidad; a cambio, quizá ayudara económicamente a Antonio. Tal vez el joven noble gastara parte del dinero de su esposa en mantener su ostentoso tren de vida; pero en el mejor de los casos, ninguna ayuda podía aliviar mucho las enormes deudas que lo atenazaban.^[27]

Antonio conoció a muchos de los principales senadores, y sobre todo a los de la generación más joven, que ahora se abrían paso en la política. Aunque sin duda conoció a Julio César, no hay indicios de cercanía. Al comienzo de su carrera política, César había perseguido a Cayo Antonio acusándolo de corrupción, y aunque no lo declararon culpable, se profesaban poco cariño. En el 59 a. C., Curión, el amigo de Antonio, fue uno de los mayores detractores de César, Pompeyo y Craso, y gozó de una efímera popularidad: la concurrencia lo jaleaba en sus apariciones públicas. La familia cercana de Julia era hostil a César en este punto de su carrera.^[28]

Durante un tiempo, Antonio fue acérrimo partidario de Publio Clodio Pulcro, que le llevaba unos diez años y estaba ganando fuerza política. Miembro de la antigua familia patricia de los Claudios, en el año 59 a. C. Clodio dispuso que lo adoptara un plebeyo. Ese cambio de condición implicaba que ahora iba a poder presentarse al

cargo de tribuno de la plebe, conservando a la vez el prestigio y los contactos de su verdadero linaje. El tribunado podía ser una poderosa plataforma para un político ambicioso y con buenos contactos: era el cargo que los hermanos Graco habían usado, y tribunos habían sido también los que traspasaron el mando de Sila a Mario en el 88 a. C. y concedieron a Pompeyo sus mandos extraordinarios en los años 67 y 66 a. C. Para Clodio fue fácil ser elegido uno de los diez tribunos del 58 a. C.: tenía mucho apoyo entre los habitantes más pobres de Roma, que se mostraron dispuestos a intimidar a sus adversarios, e incluso atacarlos.^[29]

El triunvirato ayudó a Clodio a ganarse su condición de plebeyo de esta forma tan poco ortodoxa, pero es un error pensar en él como aliado de los triunviros: pronto amenazó con impugnar las leyes que había aprobado César en su consulado, antes de volver su atención a Cicerón y acusarlo de ajusticiar ilegalmente a los conspiradores en el 63 a. C. El hombre nuevo era vulnerable, y, amargamente decepcionado por la falta de apoyo de otros senadores, sobre todo Pompeyo, partió a un exilio voluntario. Fue Clodio quien organizó la anexión de Chipre con el objetivo de que la isla sufragara las subvenciones de maíz que introdujo para los ciudadanos de Roma.

Clodio, otro miembro de la generación de los jóvenes disolutos, era un notorio mujeriego. Sus hermanas y su hermano compartían la misma fama: una hermana era la «Lesbia» primero adorada y luego aborrecida por el poeta Catulo. A Clodio lo habían sorprendido una vez colándose disfrazado de fémina en un festival religioso sólo para mujeres celebrado en casa de julio César. Casi todo el mundo pensaba que tenía una aventura con la mujer de julio César. César no quiso testificar contra él cuando fue acusado de sacrílego, pero se divorció de su esposa, y su famosa respuesta cuando le preguntaron por ello fue que «no basta que la mujer de César sea honesta; también tiene que parecerlo». Clodio estaba casado con Fulvia, también de muy buena familia, y corrían rumores de una aventura entre ella y Antonio; quizá no hubiera ni un ápice de verdad en ellos, aunque años después llegaran a casarse. Pero por la razón que fuera, Antonio rompió con Clodio.^[30]

Llegado el momento, Antonio salió de Italia para Grecia, donde permaneció una larga temporada; el motivo declarado era estudiar retórica. Muchos romanos, como Cicerón y César, habían viajado a Oriente con ese fin a una edad parecida; pero para entonces ambos también habían iniciado ya su carrera política. Antonio no: probablemente se lo impedían la carga de sus deudas y su afición al placer. Es muy posible que la presión de los acreedores le diera un poderoso motivo para dejar Roma.

VII

EL RETORNO DEL REY

Antonio ya había dejado Roma antes de la llegada de Ptolomeo Auletes a finales del 58 a. C., probablemente mucho antes. De todos modos, el rey egipcio no tenía ningún interés en el paradero de este joven de veinticuatro años; sí necesitaba, en cambio, ganarse a cuantos senadores influyentes pudiera para obtener el compromiso de Roma de restaurarlo en el trono. Primero se dirigió a Pompeyo, porque se conocían de tiempo atrás y por su palmaria importancia. El prestigio de un senador romano se veía reflejado en el estatus de sus clientes y de quienes buscaban su favor: a la reputación de Pompeyo le venía bien que un rey le pidiera ayuda, y acogió a Auletes en su villa de los montes Albanos, cerca de Roma.^[1]

Roma era más grande que la capital egipcia, Alejandría; más grande incluso que ninguna otra ciudad del mundo conocido, pero mucho menos imponente. El trazado y la construcción de Alejandría se habían hecho a escala monumental desde el primer momento. Roma fue desarrollándose más gradualmente a lo largo de los siglos y por aquel entonces estaban empezando a erigirse los grandiosos edificios que hoy asociamos con ella. Pompeyo había encargado ya su teatro, un complejo gigantesco, y aunque hoy apenas queda nada, en su momento fue lo más grandioso de la ciudad. Los senadores vivían en casas antiguas situadas en el centro, y su prominencia se medía por su proximidad a la Vía Sacra: el recorrido de los desfiles en las grandes ocasiones. La mayoría de los romanos se hacinaban en altos bloques de viviendas que ocupaban una manzana (insulac), donde pagaban alquileres muy elevados y corrían el riesgo de contraer enfermedades y sufrir incendios. Es posible que Ptolomeo en contrara Roma vulgar y muy sórdida, pero estaba allí porque sabía de su poder.

Además, en los últimos tiempos le había cogido gusto a la rudeza de algunos romanos. De camino, paró en Chipre y fue a pedir consejo a Marco Catón, a quien el tribuno Clodio, alegando que era vital enviar al hombre más honrado de Roma, había destinado allí para supervisar la anexión de la isla. Catón había aceptado el cumplido y el prestigioso mando; de paso Clodio, desde su punto de vista, sacaba de Roma a un elocuente adversario. Catón desempeñó su labor rigurosamente y sin la sombra de una sola irregularidad, y sólo eso ya lo convertía en un senador romano muy raro en su época. Era un ardiente seguidor del estoicismo, escuela filosófica que, en la vertiente más aceptada por los romanos, insistía en el estricto cumplimiento del deber y en la autodisciplina, y fue famoso por la sencillez de su estilo de vida y por negarse

a componendas; sobre todo porque esas mismas virtudes tradicionales le habían valido la fama a su antepasado más célebre, también un «hombre nuevo». Pero el carácter de Catón tenía además una veta de excentricidad: bebía mucho, y a veces iba descalzo y con la toga sin una túnica debajo, incluso en el desempeño de su cargo.

Ptolomeo invitó a Catón a visitarlo, pero la respuesta fue que si quería hablar, era él quien tendría que acudir al romano. El momento escogido por el rey para su visita resultó ser especialmente inoportuno, pues Catón estaba en tratamiento con un potente laxante —lo que tal vez explique que no se levantara al llegar el rey y le ofreciera asiento sin más ceremonia—. Su consejo también fue sorprendente: lo mejor que podía hacer el regio visitante era volver a Alejandría e intentar hacer las paces, porque si acudía a Roma en busca de ayuda, no bastaría ni toda la riqueza de su reino para saciar la avaricia de los senadores. Plutarco afirma que en un primer momento Catón convenció a Ptolomeo, pero luego sus cortesanos lo disuadieron de seguir su consejo; pero esto no parece muy probable. Cicerón había afirmado en tono de queja que Catón actuaba como si viviera en la República ideal de Platón y no en las «cloacas de Rómulo». Ptolomeo sabía por experiencia que Roma era, como había afirmado otro rey medio siglo antes, «una ciudad en subasta».^[2]

Sin embargo, Ptolomeo también sabía que la ayuda efectiva de Roma no le iba a salir barata. Cuando llegó a la ciudad, pidió más dinero prestado a los banqueros romanos y lo gastó a discreción para ganarse la simpatía de los hombres prominentes. Berenice IV y sus ministros no se quedaron de brazos cruzados, y enviaron una nutrida embajada de insignes alejandrinos a hablar en contra del rey. Auletes utilizó el dinero prestado para neutralizarlos: intimidó a algunos y sobornó a otros para que cambiaran de bando. Varios —no se sabe cuántos, pero entre ellos estaba el jefe de la embajada— murieron a manos de asesinos a sueldo. La violencia levantó un escándalo pasajero, con la intervención de Cicerón en la defensa de un joven senador al que acusaron de estar involucrado; pero no hubo ninguna condena. Quizá fue entonces cuando Auletes decidió apartarse yendo a Éfeso, en Asia Menor, donde se refugió en el famoso templo de Artemisa mientras seguía a la espera. Sus hombres se quedaron en Roma y siguieron gastando y pidiendo en su nombre.^[3]

Varios romanos querían adjudicarse la misión de restaurar a Ptolomeo en el trono, lo que dio lugar a competencia y a que surgieran las voces de muchos otros senadores con igual empeño en impedirlo, para que ningún rival pudiera llevarse el prestigio y la riqueza que reportaría la empresa. Durante un tiempo, estas luchas internas impidieron que en realidad pasara nada: el mismo Pompeyo quería encargarse, seguramente con un nuevo mando extraordinario, y una clara muestra de lo limitado que era el poder del triunvirato es el que no lo consiguiera. La influencia, el prestigio y el patrimonio de Pompeyo, Craso y César —ahora en la Galia ganándose la gloria en una sucesión de aventuras militares— eran inmensos, pero no tenían el control permanente de la vida pública.

Una nueva complicación vino a añadirse cuando se «descubrió» un oráculo

sibilino —perteneciente a la antigua y crítica recopilación de profecías de Roma—, cuya interpretación fue que Ptolomeo no debía ser restaurado en el trono por las armas. Finalmente, en el año 57 a. C. la labor se encomendó a Publio Léntulo Espínter, cónsul de ese año y asignado a Asia Menor como gobernador de Cilicia. Cicerón —otra vez radicado en Roma después de su exilio— escribió varias cartas a Léntulo a partir de enero del 56 a. C. debatiendo esta cuestión, candente en Roma durante el resto de ese año. Léntulo sin duda ansiaba el puesto, pero al final decidió no restaurar a Ptolomeo, temiendo el fracaso si actuaba sin su ejército y la persecución si recurría a él: cualquiera de los dos desenlaces suponía el riesgo de arruinar su carrera política.^[4]

Entretanto, Berenice IV y sus ministros intentaban consolidar la posición de la reina. Su corregente Cleopatra, fuera quien fuera, murió en el 57 a. C. El mayor de los dos hermanos de Berenice no llegaba ni a los trece años, y aunque estuviera en Egipto y bajo su control, era demasiado joven para subir al trono. Ninguna reina había gobernado en solitario salvo durante periodos muy breves y, por esa razón, ella y sus ministros buscaban un consorte adecuado. Localizaron a un nieto de Cleopatra Selene (ésta se había casado con un seléucida), pero enseguida murió muy inoportunamente antes de acordarse el enlace. Otro candidato de la misma dinastía vivía en la provincia romana de Siria, pero su gobernador no lo dejó marchar.

Por fin, llevaron a Alejandría a un hombre que tenía el prestigioso nombre de Seleuco y un derecho muy lejano a la realeza, y lo desposaron con la reina. Los alejandrinos, con su áspero sentido del humor, lo apodaron «el vendedor de pescado en salazón». Tampoco Berenice lo admiraba, y sólo pudo soportar la tosquedad de su marido unos días; luego mandó estrangularlo. Para reemplazarlo, sus ministros dieron a continuación con un tal Arquelao que se decía hijo ilegítimo del rey Mitrídates del Ponto, pero que en realidad era hijo de uno de sus generales. También él vivía en la provincia romana de Siria, pero logró salir y llegar a Egipto. Berenice aceptó al nuevo consorte.^[5]

COMANDANTE DE CABALLERÍA

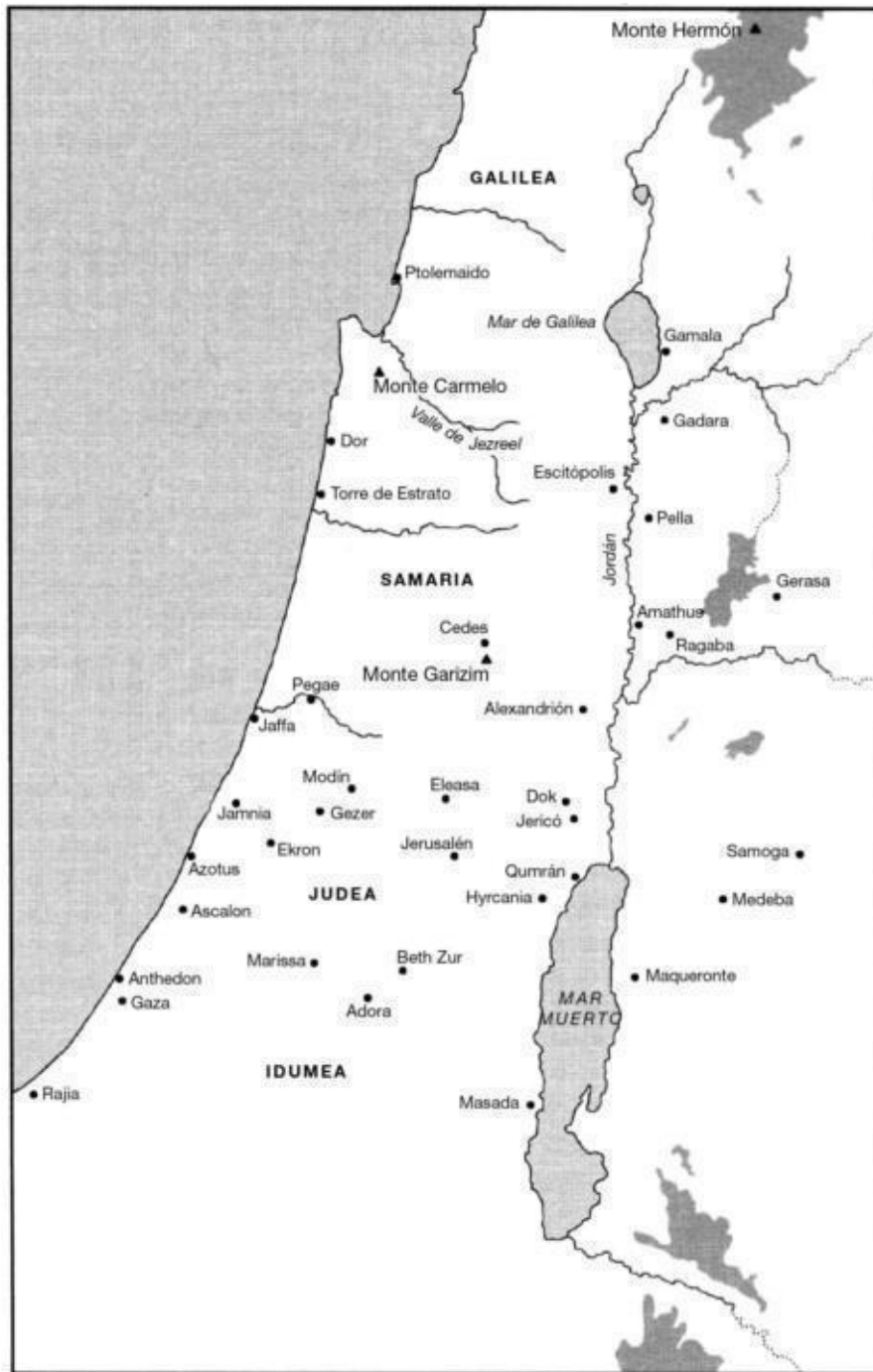
En el 57 a. C., Aulo Gabinio llegó a procónsul de la provincia de Siria: él fue quien había impedido la marcha de uno de los posibles maridos de Berenice. Siendo tribuno, Gabinio había aprobado la ley que concedió a Pompeyo el mando contra los piratas en el año 67 a. C. Seguía estando próximo a Pompeyo, y al parecer los triunviros habían ayudado a su triunfante campaña que le llevó a ser elegido cónsul en el 58 a. C. Su colega era el suegro de César: claramente, los triunviros querían altos magistrados que los apoyaran y salvaguardaran sus recientes reformas. En

realidad, ambos cónsules porfiaban, lo que de nuevo muestra las limitaciones del poder del triunvirato: no podían controlar del todo a los senadores ambiciosos y con ideas propias.^[6]

Parece ser que Gabinio pasó por Grecia camino de su provincia y allí reclutó a Antonio, que tenía veintiséis años, incorporándolo a su personal; por lo que se sabe, fue el primer nombramiento público oficial para Antonio, que no tenía experiencia de la vida militar ni de ningún cargo oficial. No obstante, era hijo de senador, nieto de cónsul y uno de los Antonios, y se negó a unirse a Gabinio en el puesto subalterno que le ofreció al principio. Exigió, en cambio, el mando de parte de la caballería del ejército de Gabinio, y lo obtuvo; los pormenores no están claros. Probablemente, su rango fuera el de comandante de caballería (*praefectus equitum*), lo que podía conllevar el mando de un solo regimiento (*ala*) —de cuatrocientos a quinientos jinetes— o de varios. Publio, el hijo mayor de Craso, estaba en aquel momento al servicio de julio César en un puesto similar.^[7]

Antes de acabar el año, Antonio dirigió a sus hombres en la campaña de Judea. Durante sus campañas orientales, Pompeyo había terciado en la guerra civil entre los hermanos de la casa real asmonea, la dinastía en el poder desde que la rebelión de los macabeos contra los seléucidas prosperó. El ejército romano había sitiado y tomado Jerusalén, y Pompeyo y sus oficiales habían entrado en el recinto más sagrado del templo; aunque no tocaron su tesoro, seguía siendo, no obstante, una profanación, ya que la sagrada tradición sólo permitía el paso al santuario interior a sacerdotes, y sólo para officiar ceremonias. Pompeyo se llevó preso al hermano derrotado, Aristóbulo, y lo retuvo en Roma en confortable cautividad.

El hijo de Aristóbulo, Alejandro, había escapado y seguía en Judea, y en aquel momento reclutaba un ejército de diez mil infantes y mil quinientos soldados de caballería; rebelándose contra su tío, Hircano, empezó incluso a reconstruir las fortificaciones de Jerusalén. Gabinio intervino contra él enviando por delante a Antonio y a otros oficiales. Nuestras fuentes dan a entender que Antonio estaba al mando de todos los demás, pero aunque esto es posible, no hay que olvidar que tal vez su fama posterior haya llevado a exagerar su importancia real en los años más tempranos de su carrera política. Tampoco queda claro si desde el principio tuvo con él la caballería que se suponía iba a mandar; buena parte de la fuerza consistía en tropas judías leales a Hircano. También había algunos romanos a los que habían armado apresuradamente: quizá fueran hombres de negocios en activo por la zona a los que convencieron de sumarse a sus filas.



Judea.

Al principio Alejandro retrocedió y salió muy maltrecho de la batalla que libró en Jerusalén; es probable que el grueso de su ejército tuviera aún menos experiencia que la fuerza romana, donde había efectivos del ejército real. Más de la mitad de los hombres de Alejandro cayeron o fueron capturados, y él se retiró hacia el noreste, a la fortaleza del Alexandreion, en el valle del Jordán. En ese momento Gabinio se unió a la avanzadilla y los rebeldes fueron derrotados de nuevo. Se dice que Antonio mató a varios hombres en el combate y que mostró gran valentía a lo largo de toda la campaña. La virtud —cuyo significado era mucho más amplio que el de la palabra «virtud», o incluso «valentía» en la actualidad— era uno de los valores más

importantes que se le suponían a un noble romano. Antonio carecía de experiencia, pero tenía muy buena forma física y era diestro en el manejo de las armas; en ningún momento de su carrera jamás nadie puso en duda su arrojo.

El Alexandreion se rindió en asedio cuando convencieron a Alejandro de aceptar un acuerdo. Puede que a Antonio le encomendaran el contingente que cubría la fortaleza mientras Gabinio guiaba al principal ejército campo a través. Más tarde, en el año 56 a. C. el padre de Alejandro, Aristóbulo, consiguió escapar de Roma y tomó el Alexandreion. Gabinio envió a Antonio y a otros dos oficiales —uno de ellos, su hijo— con una fuerza para enfrentarse a la nueva rebelión. La fuente más detallada no reseña que Antonio fuera el único al mando.

Aristóbulo abandonó el Alexandreion al ver que no podía defenderlo y se retiró cruzando el Jordán hacia la fortaleza de Macaero. Dejó en el camino a aquellos de sus seguidores que estaban incapacitados o sin equipo de combate, así que contaba con ocho mil, entre ellos los que habían desertado del ejército real y se pasaron a su bando, aproximadamente un millar. La victoria fue para los romanos, que dieron alcance a los rebeldes y mataron o dispersaron a la mayor parte de los soldados enemigos. Con unos mil hombres, Aristóbulo logró llegar a Macaero y se preparó para resistir el asedio. Los romanos, agresivos, atacaron durante dos días hasta que se rindió. Una vez más, el cabecilla judío fue llevado a Roma como prisionero.^[8]

Gabinio empezó a buscar nuevas empresas militares. Una guerra civil entre rivales de la familia real dividía Partia, el poderoso reino surgido del naufragio del Imperio seléucida. El general romano intuyó una ocasión de llevarse gloria y botín; y tal vez ya había empezado a cruzar el Éufrates cuando Ptolomeo Auletes le hizo una oferta mejor: le prometió diez mil talentos de plata si le restauraba en el trono con su ejército. Se dice que Antonio fue de los mayores partidarios de aceptar la oferta. Siendo un oficial de alta graduación, podía esperar parte del dinero, y esa perspectiva no podía por menos de ser muy deseable para alguien tan endeudado como él.

La ley de Sila prohibía que ningún gobernador provincial sacara un ejército de su provincia sin autorización explícita. Gabinio hizo caso omiso de la prohibición y también de la sanción oficial del oráculo según el cual Ptolomeo no podía ser devuelto al trono por la fuerza de un ejército. En el 55 a. C., sus legiones atravesaron Judea para dirigirse a Egipto, al suroeste. Iba con ellas un contingente de tropas judías del ejército de Hircano dirigido por Antípatro, su principal escolta: el agradecido monarca asmoneo también dio órdenes de dar comida y apoyo a los romanos. El colectivo judío era muy grande en Egipto, sobre todo en Alejandría y sus alrededores; los faraones, los persas y los Ptolomeos también habían recurrido muchas veces a mercenarios judíos, encomendándoles la vigilancia de los pasos fronterizos en Pelusio, a orillas del Delta del Nilo. Antípatro los persuadió para que cambiaran de bando y dejaran pasar a los romanos.

Plutarco adjudica a Antonio la toma de Pelusio, pero también es posible que no hubiera verdadero combate y fuera una victoria sin derramamiento de sangre. Esto

supuestamente irritó a Auletes, que quería anunciar su regreso con una ejecución en masa de los detractores más recalcitrantes de entre sus súbditos; se dice que Antonio lo contuvo. Sí hubo enfrentamientos más serios después, y el marido de Berenice IV, Arquelaos, dirigió a sus hombres con toda la determinación que pudo hasta que fue abatido en el frente. Su ejército no era gran cosa frente a las legiones; hacía mucho tiempo que el antiguo sistema de las cleruquías había decaído y la tierra pasaba a los herederos sin obligación de servir en el ejército. Los últimos Ptolomeos habían recurrido mucho a mercenarios, pero Berenice y su gobierno no tenían dinero para contratarlos en gran número; y desde que los romanos conquistaron el Mediterráneo oriental, también había disminuido la cantidad de soldados disponibles: Roma los alistaba como aliados de las legiones y, además, había pacificado la zona.^[9]

Tras una breve lucha, Ptolomeo Auletes fue restaurado en el trono. Uno de sus primeros actos fue ejecutar a su hija Berenice IV, cuyos principales adeptos sin duda sufrieron igual destino. Antonio se ganó la admiración de muchos alejandrinos con su insistencia en dar al cadáver de Arquelaos digna sepultura: lo conocía de cuando aquel había acudido a Gabinio buscando su favor, antes de que se le acercaran los agentes de Berenice. Según Apiano, que escribió a principios del siglo II d. C., durante esta campaña Antonio vio por primera vez a Cleopatra, que entonces tenía catorce años, y se enamoró de ella. Esto no es de por sí imposible: puede que estuviera con su padre y sus cortesanos, o en Alejandría o alguna otra parte de Egipto cuando el rey retornó. También es probable que ya fuera llamativa y carismática, y nada impedía que a Antonio le pareciera muy atractiva; pero es probable que sólo sea un mito romántico. Y Apiano no sugiere siquiera que pasara realmente nada entre ellos.^[10]

La campaña egipcia revalidó la fama de líder valiente y enérgico de Antonio. Al menos en una ocasión mostró cierta destreza táctica, cuando rebasó con sus jinetes una posición enemiga que retenía al contingente principal; pero, una vez más, hay que cuidarse de no agrandar estas tempranas hazañas: había muchos jóvenes romanos arrojados, impetuosos y queridos por sus soldados. Tanto en Judea como en Egipto, el ejército de Gabinio era mucho más grande y estaba mejor pertrechado que las fuerzas alistadas a toda prisa que tuvo enfrente. Por más coraje que éstas pusieran en la lucha, no podían competir con los romanos. Sucedió lo mismo cuando Gabinio dirigió casi todo su ejército de vuelta a su provincia y sofocó otro levantamiento en Judea, como también ocurrió en una campaña posterior contra los árabes nabateos.^[11]

VIII

CANDIDATO

En el año 54 a. C. entró en funciones un nuevo gobernador, el procónsul de Siria, y Gabinio regresó a Roma con su recién amasada fortuna. Ptolomeo, que se había vuelto a endeudar con los banqueros romanos para pagar la suma prometida a cambio de la ayuda, había saldado el grueso de esa deuda, puede que toda entera. Gabinio confiaba a su riqueza y a su relación con Pompeyo el no salir muy mal parado de la persecución que irremisiblemente le esperaba en casa. En los informes oficiales que había remitido al Senado siendo gobernador no había mencionado su expedición ilegal a Egipto, pero había corrido la voz y se sabía la verdad; tenía pocos amigos entre los publicanos de su provincia —seguramente porque su propio afán recaudatorio coartó sus actividades— y, además, había otras partes interesadas que habían escrito a sus amigos en el Senado. Pompeyo, que se tomó los ataques a Gabinio como un desafío a su propia posición, lo apoyó contra viento y marea; para asombro de todos, Gabinio fue absuelto del cargo de traición por haber sacado tropas de su provincia. Se había librado por poco, pero cuando se le citó y compareció por un segundo cargo —Cicerón lo defendió de muy mala gana, cediendo a la presión de Pompeyo—, fue condenado y tuvo que marchar al destierro.^[1]

El sucesor de Gabinio no fue otro que Marco Licinio Craso. En el 56 a. C., su alianza con Pompeyo y César ya era tensa, lo que había llevado a la renegociación del acuerdo: Pompeyo y Craso llegaron al consulado por segunda vez en el 55 a. C. y a César le ampliaron el mando en la Galia por otros cinco años. Pompeyo, que no quería librar otra guerra, recibió un mando especial sobre el conjunto de las provincias españolas que le iba a permitir gobernar a través de delegados; y se quedó a las afueras de Roma para estar al tanto de cómo se desarrollaban los acontecimientos. Craso ambicionaba la gloria militar y los dividendos de la conquista: después de combatir en el bando de Sila durante la guerra civil, fue él quien sojuzgó al ejército de esclavos de Espartaco en una campaña que fue muy dura, tras las sucesivas victorias del gladiador prófugo sobre todos los ejércitos que Roma enviara contra él; pero derrotar a esclavos procuraba poca gloria, y su victoria sólo le había valido el honor menor de una ovación, y no un triunfo pleno.

Craso escogió la provincia de Siria: desde el principio, su plan era invadir Partia. El Senado no había autorizado esa guerra, pero, como Gabinio, Craso intuyó una oportunidad; también se sabía mucho menos vulnerable ante los tribunales que su

antecesor. En Roma todo el mundo hablaba de los planes de guerra de Craso y un tribuno llegó a maldecirle oficialmente cuando salió hacia su provincia.^[2]

Marco Antonio no volvió a Roma con Gabinio, ahorrándose así convertirse en blanco de posibles acusaciones después del juicio a su comandante; es posible que tampoco tuviera ganas de ir a casa y afrontar la presión de sus muchos acreedores. No se sabe si Craso le ofreció un destino para servir a sus órdenes, o si él lo consideró. Los gobernadores recién nombrados se llevaban a muchos de sus fieles seguidores para cubrir puestos en el ejército y en su personal. El hijo de Craso, Publio, que ya se había distinguido en las campañas de César en la Galia, ahora estaba entre los oficiales de su padre; puede que no hubiera sitio para Antonio, o tal vez no lo deseara una o ninguna de las partes.

Por la razón que fuera, Antonio no se quedó en Siria ni participó en la invasión que se preparaba: tuvo esa suerte. Craso tenía más de sesenta años y llevaba las tres últimas décadas casi enteras sin entrar en servicio activo. Como jefe era apático y como estratega, torpe. Y lo que es más importante: los partos eran adversarios mucho más temibles que los ejércitos del Ponto y de Armenia a los que con tanta facilidad Sila, Lúculo y Pompeyo habían aplastado. En el año 53 a. C. las siete legiones de Craso fueron superadas estratégicamente por la caballería pártica en Carras. Los partos tendieron una trampa y arrollaron el destacamento romano; a Publio lo decapitaron, echando su cabeza a las filas romanas. Su padre al principio se obcecó en proseguir la lucha, pero aquella misma noche decidió retirarse. Los partos persiguieron a las legiones implacablemente, y Craso cayó cuando intentaba negociar. Los estandartes del águila de las legiones fueron capturados, y casi todos los legionarios se rindieron o perecieron; el cuestor de Craso consiguió agrupar a algunos y llevarlos de vuelta a Siria tras repeler un ataque que les había hecho retroceder hasta la gran ciudad de Antioquía.^[3]

Antonio se incorporó al ejército de César y no al de Craso, pero no se sabe la fecha exacta de su llegada a la Galia. El 19 de septiembre del 54 a. C. Gabinio ya estaba en Roma, y es improbable que Antonio llegara antes a la Galia: quizá no fuera hasta mucho más avanzado el año. No hay información de cómo se acordó ese destino; probablemente abordara a César, directamente o a través de un conocido común, para pedirle un puesto. Su parentesco lejano por sí solo no le aseguraba ser aceptado, y como hemos visto, no hay pruebas de que ya se conocieran de antes.^[4]

Antonio provenía de una familia destacada. Además, había dado muestras de valor y pericia en Judea y Egipto, pero no hay que olvidar que la idoneidad para el puesto casi nunca era lo más importante en los nombramientos romanos. Codearse con Antonio valía la pena por su familia y por la promesa de distinción que entrañaba: a los comandantes romanos en parte se los juzgaba por la procedencia social de sus oficiales, y César había intentado trabar relación con muchos miembros de familias prominentes. El antiguo cónsul Lucio julio César, tío de Antonio, había sido legado suyo en el 52 a. C., quizá incluso antes; pero no muchos oficiales de

César provenían de familias tan distinguidas.^[5]

Los atraía el carisma de César, pero principalmente la fama de su munificencia. También él tenía enormes deudas cuando salió para su provincia a principios del año 58 a. C., y se dice que en la década siguiente capturó y vendió como esclavos al menos a un millón de prisioneros y saqueó tesoros de los lugares sagrados de toda la Galia. César llegó a ser uno de los hombres más ricos del mundo, y también sus oficiales se enriquecieron. Muchos hombres agobiados por deudas inmensas querían servir con él en la Galia para reponer su fortuna; tal vez fuera el principal motivo de Antonio. Craso tenía fama de avaro, César era generoso y ya estaba teniendo éxito.^[6]

No se sabe qué rango y obligaciones asignó César a Marco Antonio. Se suele dar por supuesto que desde el principio fue uno de sus legados, los oficiales de rango más alto, que a menudo mandaban una legión o incluso fuerzas mayores. Casi todos los legados de César eran hombres de edad y muchos ya habían sido magistrados, pero había excepciones, y es posible que Antonio tuviera esa categoría desde el momento de su llegada a la Galia. También puede ser que desempeñara un puesto un poco por debajo y fuera uno de los seis tribunos que había en cada legión, o de nuevo comandante de caballería, como en las campañas orientales.^[7]

César redactó la crónica de todas sus campañas en la Galia cubriendo con bastante detalle las operaciones de cada año. Hasta el verano del 52 a. C. no aparece ninguna referencia a Antonio. Por diversas razones, no es sorprendente, ya que nunca era demasiado generoso a la hora de hablar de sus oficiales para ensalzarlos; pero que no lo mencione sí hace improbable que ostentara un mando independiente de relieve durante su primer periodo de servicio en la Galia. Del año 58 al 56 a. C., César se había adentrado en la Galia más allá de la provincia romana de la Galia Transalpina (poco más o menos, la actual Provenza), extendiendo la autoridad romana hasta las costas del Atlántico y del mar del Norte. En el 55 a. C. cruzó el Rin y capitaneó una breve expedición contra las tribus germanas, antes de cruzar el canal de la Mancha y llegar a Britania. Al año siguiente volvió al frente de una fuerza mucho mayor, pero no ocupó la isla de forma permanente y su expedición estuvo a punto de acabar en desastre por una tormenta en la que gran parte de su flota naufragó; aquello no trascendió, y la invasión fue un éxito propagandístico espectacular en Roma. El Senado aprobó por votación más de veinte días de agradecimiento público: nunca se le habían concedido tantos a ningún comandante victorioso, ni siquiera a Pompeyo por sus victorias orientales.^[8]

Marco Antonio no pudo llegar a la Galia a tiempo para participar en la expedición a Britania. El siguiente invierno estalló una grave rebelión entre las tribus del noreste, y una tribu relativamente pequeña aniquiló a un contingente de quince cohortes, que equivalía a una legión y media; otra legión fue sitiada en su campamento de invierno, que mandaba el hermano menor de Cicerón, Quinto, uno de los legados de César. El propio César dirigió una pequeña columna en una arriesgada marcha para romper el sitio y puso fin a la crisis; aunque sólo temporalmente, pues la rebelión fue perdiendo

fuelle, pero no se sofocó del todo. Gran parte del año 53 a. C. hubo de emplearse en un puñado de brutales expediciones de castigo con ataques relámpago contra cada tribu antes de que pudieran prepararse para oponer resistencia: las tropas romanas incendiaron pueblos y cosechas, capturaron el ganado, y a la gente la mataban y apresaban o la abandonaban a su suerte en parajes remotos.^[9]

Es muy posible que Antonio participara en alguna de estas operaciones. No hay certeza de ello, porque no todas las unidades del ejército de César intervinieron: algunas eran necesarias para mantener el control en otras partes de la Galia y no participaban en combates mientras cumplían ese papel disuasorio. Tampoco puede darse por supuesto que se le adjudicaran responsabilidades primordialmente militares: César necesitaba romanos cultos y de confianza para cubrir las funciones administrativas, financieras y diplomáticas. Antonio deseaba la gloria; pero también quería dinero, por lo que pudo ser que aceptara de buen grado ese tipo de ofertas.

Y en el año 53 a. C., al fin retornó a Roma. Es improbable que hubiera empezado el otoño, y probablemente fue mucho antes. Tenía ya treinta años, edad a la que se podía presentar a la cuestura, la magistratura de menor rango. Por un decreto de Sila, ser elegido cuestor implicaba la inscripción automática como senador. Había veinte cuestores, y sus competencias eran principalmente financieras; la mayoría eran enviados a las provincias, donde asumían las funciones de segundo del gobernador y supervisaban la recaudación y la gestión de los ingresos.

Las elecciones y la campaña electoral se desarrollaban respetando tradiciones consolidadas. Los políticos que se presentaban vestían una toga cuyo tejido recibía un tratamiento especial para que fuera de un blanco más puro —la toga candidus, de donde procede la palabra «candidato»— y se les pudiera distinguir cuando caminaban por el Foro. Los candidatos procuraban saludar siempre a los ciudadanos con los que se cruzaban, sobre todo a los senadores, équités —caballeros de la orden ecuestre— u otros cuya riqueza aumentara la importancia de su voto. Había una clase de esclavo, el nomendator, cuyo cometido específico era susurrar al oído de su señor el nombre de quienes se aproximaban. Los candidatos se hacían acompañar por el mayor número de seguidores posible, cuanto más distinguidos mejor; es probable que Lucio julio César apoyara de ese modo a su sobrino si estaba en Roma. El procónsul César envió cartas expresando su apoyo a Antonio y, además de ayudarlo económicamente, dio permiso a sus oficiales en la Galia para ir a Roma y votar en las elecciones. Con tanto apoyo, y perteneciendo al linaje de los Antonios, Marco Antonio era uno de los candidatos favoritos.^[10]

La costumbre romana era convocar primero las elecciones consulares, a poder ser a finales de julio, aunque no había una fecha establecida. Una vez elegidos los cónsules, la cuestura y demás magistraturas de menor rango se cubrían en elecciones celebradas en otra asamblea popular; pero en el año 53 a. C. hubo problemas. El pago de comisiones ilegales estaba tan extendido que ya no llamaba la atención: ahora la violencia organizada de los adeptos a los distintos candidatos era lo más inquietante.

Clodio se presentó a la pretura prometiendo, entre otras cosas, modificar la legislación para dar más peso al voto de los libertos en las asambleas; contaba con mucho apoyo de los sectores más desfavorecidos, que lo creían sinceramente comprometido con sus intereses: la ley que promulgó siendo tribuno para introducir el reparto de subvenciones de grano a los ciudadanos tuvo una calurosa acogida popular. También tenía un núcleo duro de secuaces dispuestos para intimidar a los oponentes: desde su tribunado en el año 58 a. C., la violencia política en Roma se había hecho más frecuente.

Como era inevitable, otros políticos habían seguido su ejemplo. El adversario más brutal de Clodio fue Tito Anio Milón, que en el 58 a. C. había organizado su propia banda de gladiadores y matones a sueldo. Ahora Milón se presentaba al consulado; muy endeudado, como tantos senadores ambiciosos, no podía permitirse una derrota. Las bandas de Clodio y Milón eran las más grandes, pero otros candidatos formaron las suyas. La intimidación y la violencia se hicieron norma, y se saldaron con muchas muertes. Antonio, que estaba en Roma, enseguida se implicó, aunque lo más probable es que no uniera la suya a ninguna otra banda. Su antigua enemistad con Clodio se reavivó, y en una ocasión le atacó espada en mano al frente de un grupo. Clodio se atrincheró en el interior de una librería y logró repeler el ataque; y probablemente Cicerón estaba en lo cierto al afirmar que sólo eso impidió su asesinato.^[11]

Pero por poco tiempo. El 18 de enero del año 52 a. C., Milón y su esposa, acompañados por varios gladiadores de su banda, se cruzaron en la Vía Apia con Clodio y algunos de sus partidarios en Bovillae, a unos dieciséis kilómetros de Roma; se produjo una reyerta en la que Clodio resultó herido. Poco después, los hombres de Milón entraron por la fuerza en la posada adonde había sido trasladado y lo remataron. Sus seguidores llevaron el cuerpo de vuelta a Roma, a la Cámara del Senado, y allí lo incineraron; con las mismas, también incendiaron el edificio. El corazón de la vida pública de Roma se sumía en el caos. Las elecciones consulares habían sido aplazadas una y otra vez por la violencia y la manipulación de las reglas: todas las sesiones de voto de la Asamblea del Pueblo se anularon; por ello no fue posible tampoco elegir a los magistrados de menor rango.^[12]

Al final, el Senado decidió dar a Pompeyo poderes excepcionales para reclutar tropas y restaurar el orden: muy probablemente, él había manejado la situación con tales miras. Sin celebrar comicios, lo nombraron cónsul en solitario sólo por no usar la palabra «dictador». Las tropas tomaron la ciudad para controlar la violencia y poder celebrar las elecciones y los juicios. Milón hubo de comparecer ante el tribunal rodeado de guardias: el ambiente estaba tan cargado que Cicerón estuvo muy torpe en su discurso de defensa, y Milón marchó al destierro. Muchos seguidores de Clodio también fueron condenados, entre ellos otro candidato consular como Milón. También se presentó al cargo Metelo Escipión, que sin duda era culpable de perpetrar sobornos, y quizá también actos de violencia; pero como la esposa de Pompeyo había muerto el año anterior y ahora quería casarse con su hija, los cargos de corrupción

que pesaban contra Escipión fueron retirados tras una reunión en la casa de Pompeyo, quien no mucho después le designó su colega consular.^[13]

Mientras sucedía todo esto, Marco Antonio fue elegido cuestor por los Comitia Tributa, la asamblea oficial de las treinta y cinco tribus de ciudadanos romanos que, para celebrar elecciones, solía reunirse en el Campo de Marte (Campus Martius), donde en el pasado la milicia armada de Roma formaba para la guerra. El espacio al aire libre era dividido en secciones con vallas provisionales, los «corrales» (saepta). Había cientos de miles de ciudadanos con derecho a voto, pero sólo se podía votar en persona y la mayoría de la gente no iba porque vivía demasiado lejos de Roma. Las tribus urbanas eran cuatro, y hasta sus miembros más pobres podían votar, pero igual que en las actuales democracias, muchos no ejercían su derecho: solían ser los ricos, o los que estaban en Roma por sus actividades, quienes acudían a votar. La voluntad de la tribu, y no del individuo, era la que contaba, y todas las tribus tenían el mismo peso. El orden en que se anunciaba la decisión de cada tribu se decidía por sorteo.

Seguramente se permitía a los candidatos pronunciar un discurso, y después el magistrado que presidía la asamblea daba la orden de «Retiraos, ciudadanos» —en latín, *Discedite, Quirites*— y cada tribu se iba al «corral» asignado. Una por una, recorrían la pasarela de madera que llamaban «puente» para dejar caer en una cesta la papeleta con su voto escrito en ella. Un funcionario supervisaba ese proceso y otros se encargaban del recuento de votos y de comunicar los totales al magistrado presidente. Cuando un candidato había recibido el voto de dieciocho de las treinta y cinco tribus, era elegido cuestor. Una vez cubiertos los veinte puestos, la votación cesaba.^[14]

Marco Antonio probablemente fue de los primeros cuestores en ser elegido ese año. Ya era senador y, por la vía tradicional, acababa de dar oficialmente el primer paso de su carrera pública. Rondando los treinta y un años, superaba la edad mínima necesaria, lo que significa que no había obtenido la cuestura en «su año»; pero en los inicios de una carrera política eso importaba mucho menos que más adelante.

Por otra parte, el proceso tradicional por el que fue elegido no debe cegarnos respecto al contexto: la violencia política llevaba meses vigente, y Antonio había tomado parte en ella. En realidad, lo único que posibilitó los comicios fue que Pompeyo recibiera poderes dictatoriales para afrontar una crisis provocada no por enemigos exteriores, sino por el desorden interno. Testigo del efecto que surtían la coacción y el soborno, Antonio había visto que sólo se refrenaban ejerciendo una fuerza mayor; también había observado cómo Pompeyo explotaba su primacía y manipulaba la ley en provecho propio.

A la generación de Antonio hubo de resultarle difícil madurar en el respeto al régimen tradicional de la República: ya habían pasado demasiadas cosas, y siguieron pasando ante sus ojos. La brutalidad prevalecía sobre la inanidad de las leyes, y los senadores más destacados acumulaban enormes deudas de las que sólo se resarcían medrando: unos se iban a la ruina, alguno que otro caía asesinado por un rival y otros

florejaban espectacularmente. No es probable que las primeras experiencias de Antonio en la vida pública de Roma le convencieran, ni mucho ni poco, de la bondad del sistema.

Julio César escogió a Antonio para que fuera su cuestor. Arreglos así eran frecuentes, y en general se consideraban positivos, ya que si había buena fe entre el gobernador y su segundo, era más fácil que ambos cumplieran mejor sus funciones. Marco Antonio volvió a la Galia para verse atrapado en una rebelión en bloque de unas tribus que, hasta ese momento, habían sido casi todas incondicionalmente leales a Roma. César, cuya intervención en la Galia tuvo lugar para proteger a pueblos aliados, había usado ese pretexto para extender sus operaciones a territorios cada vez más alejados de su provincia. Al cabo de cinco años, muchos galos comprendieron que los romanos eran ya invasores de hecho y no parecían dispuestos a irse. Muchas tribus y jefes habían salido beneficiados, pues gracias a la generosidad de César con los aliados leales, eran ahora ricos y poderosos; pero los menos favorecidos no veían perspectivas de subir al poder mientras los romanos permanecieran allí. También algunos de los que habían subido pensaban que podrían ganar aún más poder si los invasores se marchaban: una tribu tras otra, fueron rebelándose y uniéndose a las órdenes de Vercingétorix; al parecer, uno de los que se habían beneficiado del favor de César.^[15]

Antonio no salió de Roma hasta después del juicio de Milón en abril del 52 a. C., por lo que se perdió el comienzo de esta campaña extremadamente brutal, marcada desde el principio por la saña y la crueldad extremas de ambos bandos. Al estallar la revuelta, César quedó atrapado al sur de los Alpes y hubo de componer como pudo una fuerza de defensa para la Galia Transalpina antes de emprender su desesperada marcha para alcanzar al grueso del ejército. Ese mismo año, Lucio julio César, el tío de Antonio, tomó el relevo en la defensa de la Galia Transalpina. No se sabe cuándo ni cómo se reunió el cuestor con su comandante.^[16]

César menciona por primera vez a Marco Antonio en el culminante asedio de Alesia. En el transcurso del verano, los romanos habían sufrido un varapalo en el fallido y gravoso ataque a la ciudad de Gergovia. César retrocedió y fue hostigado por los galos. Luego de repeler un fuerte ataque a su columna y recuperar la iniciativa, contraatacó persiguiendo a Vercingétorix y a su ejército hasta la localidad de Alesia, que estaba situada en lo alto de un monte. Las legiones se emplearon duramente en la construcción de un anillo fortificado de veinte kilómetros en torno a la ciudad y el campamento galo. Vercingétorix había pedido ayuda a las tribus, que reunieron un enorme ejército de refuerzo. Nada más acabar los romanos su línea de fortificaciones, César ordenó construir otra, más larga aún, orientada hacia fuera; diversos fuertes y una maraña de obstáculos y trampas por el frente se añadieron a ambas líneas.

César no atacó Alesia: dejó al hambre la derrota de su enemigo. Vercingétorix

hizo salir de la ciudad a la población no combatiente para reservar sólo a los guerreros las provisiones de comida, pero César no permitió que esos civiles cruzaran sus líneas: la mayoría eran mujeres, niños y ancianos, y los dejó morir de hambre a la vista de ambos ejércitos. Las tropas de refuerzo de las tribus lanzaron a su llegada una serie de embestidas contra las distintas secciones del contingente de César que intentaban traspasar las puertas de la ciudad, al tiempo que Vercingétorix dirigía a sus hombres en múltiples tentativas de huida. Marco Antonio, junto con el legado Gayo Trebonio, estuvo al mando de uno de los destacamentos bajo una acometida de especial virulencia. César nos cuenta cómo, con la ayuda de soldados de refuerzo llegados de sectores menos amenazados, acabaron repeliendo al enemigo.^[17]

Todos los ataques galos fracasaron. Las tropas de refuerzo, desmoralizadas y sin comida, empezaban a dispersarse. Vercingétorix, enfrentado a morir de inanición, se rindió. Los romanos habían salvado el peligro de una derrota absoluta y la pérdida de las conquistas de César; no así de más hostilidades. Durante todo el año 51 a. C. hubo refriegas e incursiones hasta que se apagaron los últimos rescoldos de la revuelta. No todo fue cuestión de aplicar la fuerza, ya que César también invirtió mucho tiempo y esfuerzo en la diplomacia y se mostró indulgente con muchas tribus, sobre todo las de antiguos aliados. Antonio participó en algún combate, aunque hay referencia explícita a que en una operación desarrollada entre diciembre del 52 a. C. y enero del 51 a. C. se quedó atrás con las tropas protegiendo el bagaje y el cuartel general del ejército.^[18]

Después, César llevó a Antonio —con la Legión XII— a una expedición de castigo contra los eburones belgas, en el noroeste. Por muchas razones, eran operaciones que guardaban gran parecido con las campañas de Judea: gran parte de la confrontación eran escaramuzas, con pocos adversarios y mal pertrechados, y la acometividad y la velocidad de movimientos eran más decisivas para los romanos que una cuidada planificación. Cuando César se desvió al sur para ocuparse del asedio de una banda de rebeldes en Uxelloduno, dejó atrás a Antonio con una fuerza equivalente a una legión y media y la misión de disuadir de la rebelión a las tribus belgas: fue el primer mando independiente de Antonio en la Galia, y probablemente el más relevante de su carrera hasta el momento.^[19]

Los jefes carismáticos eran un objetivo importante, porque mantenían viva la resistencia. Uno de ellos era Comio, nombrado rey por César y fiel aliado hasta la rebelión de los años 53 y 52 a. C. Antonio envió al comandante de la caballería adjunta a sus tropas con la misión de acorralarlo. En una caótica refriega, el oficial y el caudillo rebelde resultaron heridos, pero Comio escapó. Después envió embajadas a Antonio para negociar la paz y solicitó no tener que volver a presentarse nunca más ante un romano: ese mismo año, unos enviados romanos habían intentado asesinarlo durante una negociación. Antonio aceptó la petición, to mando rehenes para asegurarse de que Comio...^[20]

Aparte de Alesia, nada indica que Antonio participara en batallas relevantes durante el tiempo que pasó en la Galia. Diga Shakespeare lo que diga, en el año 57 no

estaba con César «el día que venció a los nervios». Alesia fue la única operación importante de la guerra que presencié: esto hay que decirlo, aunque sólo sea para contrarrestar el énfasis de todas las fuentes, antiguas y modernas, en el Antonio soldado. En realidad, en este punto de su trayectoria política su historial era aceptable, pero no fuera de lo común: no tenía una experiencia excepcional, y casi siempre había actuado a las órdenes de otro. No faltaba mucho para que llegara su hora de volver a la política: en el año 50 a. C. dejó la Galia y fue a Roma para presentarse de nuevo como candidato.

IX

«LOS NUEVOS DIOS QUE AMAN A LOS HERMANOS»

Cuando Gabinio y Antonio dejaron Egipto, muchos romanos se quedaron. Gran parte de ellos pertenecían al ejército, pues el procónsul dejó al rey Ptolomeo una poderosa fuerza de «guarnición». Esos soldados, a los que se dio en llamar gabinianos, permanecieron allí seis años e inauguraron la presencia militar de Roma; presencia que se prolongó casi ininterrumpidamente hasta el siglo VII d. C. Muchos eran ciudadanos romanos, aunque entre ellos se contaban los extranjeros de las tropas auxiliares: se sabe que posteriormente hubo quinientos jinetes de caballería galos y germanos. Los totales no están claros, pero es muy probable que constituyeran una fuerza equivalente a una legión, dos incluso.^[1]

Ptolomeo Auletes había pagado para que el ejército romano lo restaurara en el trono, y la única garantía de que pudiera conservarlo era ese mismo ejército. Gabinio había invadido Egipto sin autorización del Senado, aunque más tarde alegara que lo hizo para derrotar a Arquelao, instigador de la piratería en el Mediterráneo oriental. Tampoco tenía potestad para establecer tropas romanas en Egipto con las que proteger a Auletes, y todo indica que el rey pagó y pertrechó a esos soldados desde el primer día; Gabinio también alegó que el único dinero que había aceptado jamás de Ptolomeo fue para costear sus tropas. Unos años después, otro procónsul de Siria claramente consideraba que los gabinianos seguían formando parte del ejército romano, y no parece que fuera el único de esta opinión.^[2]

Sin embargo, la índole de esas fuerzas era ambigua. No hay referencia a ningún comandante en jefe, aunque sí parece que los oficiales eran romanos. Muchas de las tropas de Gabinio habían guerreado en las campañas orientales de Pompeyo, pero presumiblemente su alistamiento no había expirado en el momento en que éste regresó a Roma. Nuestras fuentes aluden a un centurión que había servido bajo el mando de Pompeyo y que más tarde fue tribuno en Egipto, pero no está claro si era un gabiniano o de otra procedencia: Auletes alistaba a todos los mercenarios que podía, hasta a esclavos prófugos. Puede que también buscara oficiales romanos con experiencia militar y sin empleo: en los ejércitos de muchos reinos clientes de la época aparecen soldados con nombres itálicos. Esos hombres reforzaban a los gabinianos y, a efectos prácticos, todos ellos actuaban de hecho como el ejército del

rey.^[3]

Enseguida se requirió a los gabinianos para reprimir el estallido de un alboroto en el reino, y parece que lo hicieron desahogadamente; pero pasaban la mayor parte del tiempo en la guarnición de Alejandría. Era un destino cómodo, con todos los lujos de una de las mayores ciudades del mundo a su alcance. La paga de los legionarios no era elevada en ese periodo —por entonces julio César hubo de duplicar la de los suyos—, y seguro que Auletes era más generoso. César comentó más tarde que los gabinianos «se acostumbraron a la vida y las licencias de Alejandría y, olvidando el nombre y la disciplina del pueblo romano, se unieron a mujeres de allí y muchos tuvieron hijos con ellas».^[4]

El ejército romano, que había devuelto el trono a Ptolomeo Auletes, lo mantenía en el poder; otros romanos se quedaron para cobrar el precio de esa ayuda. El rey se había endeudado mucho para poder pagar a sus amigos de Roma, claramente reacios a ayudarlo sólo a cambio de promesas. Gran parte del dinero se lo debía a un consorcio de financieros romanos liderados por un tal Cayo Rabirio Póstumo. Tenía deudas impagadas desde el año 59 a. C., además del dinero que debía pagar a Gabinio; aunque no está claro que esta última cantidad no se hubiera abonado en su totalidad inmediatamente. Rabirio había marchado a Cilicia con el personal de Léntulo Espínter pensando que éste iba a restaurar al rey de allí; decepcionado al ver que Léntulo desechaba la idea, el banquero se unió a Gabinio, y o lo acompañó a la expedición a Egipto o llegó poco después.

Auletes nombró a Rabirio ministro supremo de finanzas (dioecetes) para que el romano supervisara la recaudación de los impuestos y otros ingresos reales y se cobrara directamente su deuda. Las sumas en cuestión eran apabullantes, y el rey además necesitaba costear su propia corte y continuar sus pródigos programas de gastos para obtener apoyos. Desde el principio, los Ptolomeos siempre trataron su territorio prácticamente como una finca privada. Tal vez haya estudiosos que cuestionen la eficacia de la burocracia en Egipto, pero ninguno cuestiona que su función primordial era recabar ingresos. Rabirio había entrado a formar parte de este sistema, y tanto él como sus ayudantes vestían las ropas helénicas de los funcionarios del rey, en vez de la túnica y la toga de los romanos.^[5]

Con la aquiescencia de Ptolomeo, comenzó a recaudar con gran diligencia, ocupándose no sólo del sistema tributario y la explotación de las tierras reales, sino también de los monopolios y aranceles comerciales de los faraones. Egipto estaba siendo exprimido al máximo, lo que coincidía con una racha de malas cosechas por las bajas crecidas del Nilo durante varios años seguidos: es probable que el sistema de irrigación se hubiera descuidado en los caóticos años de la expulsión del rey. Además, Auletes había llegado al poder tras muchas décadas de graves problemas internos y luchas de poder en el seno de su dinastía. Las instituciones y la autoridad central habían decaído; ahora eran mucho más corruptas y funcionaban mucho peor.

Muchos súbditos lo pasaban mal para pagar lo que se les exigía: la desesperación

fue la causa más probable del alboroto que los gabinianos tuvieron que sofocar. La despiadada fiscalidad para recabar ingresos no era suficiente por sí sola, y el contenido en plata de la moneda de los Ptolomeos, que había sido muy estable durante varios siglos, se redujo drásticamente en ese momento, pues el rey quería estirar sus ingresos. Tener un ministro de finanzas romano facilitaba desviar la culpa del propio Auletes: el pueblo odiaba a Rabirio.

Al final, cediendo a las exigencias de los alejandrinos, el rey mandó a prisión al banquero romano. Rabirio enseguida «logró evadirse» y volvió a Roma; habían estado saliendo montones de barcos mercantes cargados de productos, y corrió el rumor de que uno de ellos llevaba un cargamento mucho más valioso que el género corriente y moliente que llevaban los demás. Gabinio ya se encontraba en el exilio, y ahora los fiscales de Roma se volvían a Rabirio para juzgarlo con vistas a echar mano al dinero que el procónsul supuestamente había cobrado por ayudar a Auletes. Cicerón defendió al banquero, pero el juicio no llegó a término, probablemente por la excesiva acumulación de casos pendientes y el convulso clima político imperante en Roma. Rabirio siguió vivo, pero es imposible saber cuánto perdió en sus tratos con Ptolomeo XII Auletes. Julio César asumió gran parte de la deuda pendiente, aparte de lo que aún se le debía por su ayuda al rey en el año 59 a. C.^[6]

Auletes no sólo sobrevivió, sino que además, con el apoyo de los gabinianos, su control del poder se hizo más férreo que nunca. A pesar de la devaluación de la moneda y de las penalidades de muchos de sus súbditos, él era rico y salió impune de no saldar ni de lejos sus enormes deudas con los romanos que lo habían ayudado. En sus últimos años, su corte no perdió esplendor y destinó dinero a grandiosos proyectos de construcción.

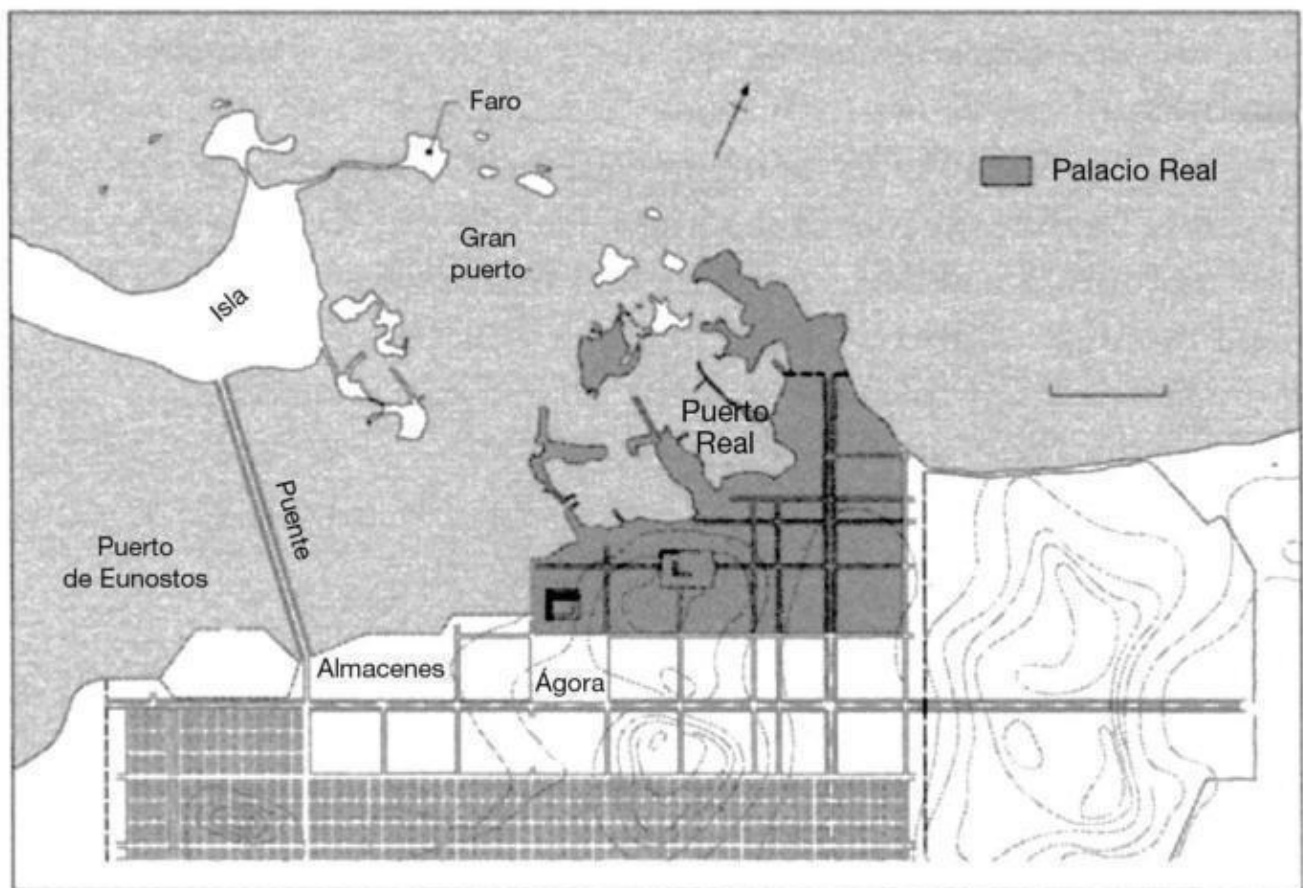
ALEJANDRÍA

Los restos de gran parte de la Alejandría de los días de Auletes y Cleopatra yacen bajo el mar, y los actuales arqueólogos apenas están empezando a desentrañar algunos de sus misterios; en cierto modo, parece lo más propio. Alejandro Magno eligió su localización por ser costera. Las antiguas capitales de Menfis y Tebas tenían fácil acceso al Nilo, pero estaban lejos del mar, lo que refleja las prioridades de los faraones. A Alejandro le interesó más asegurarse buenas comunicaciones con aquel territorio recién conquistado, aunque los Ptolomeos también quisieran centrar su poder en el Mediterráneo: en tiempos mejores, sus dominios se habían extendido mucho más allá del mar, y en lo cultural e ideológico, siempre habían tenido la vista puesta en Grecia y Macedonia. En lo económico, se enriquecieron con el comercio vendiendo fuera los copiosos excedentes de las cosechas de Egipto y distribuyendo

hacia Occidente los productos de lujo llegados de Arabia, la India y lugares más remotos. Además de ser un puerto, la ciudad de Alejandría, con el lago Mareotis al sur, estaba rodeada de agua casi por todas partes.

No fue casual que el mayor monumento de los Ptolomeos mirara al mar: en la isla de Faros, no lejos de la costa, se erguía el gran faro de piedra blanca y no menos de cien metros de altura, construido en tres niveles y con un resguardado fondeadero. Una colosal estatua de Zeus Sóter remataba la torre que Ptolomeo 1 Sóter encargó y fue terminada bajo el reinado de su hijo. Se veía a mucha distancia mar adentro, y una hoguera encendida de noche —según se dice, hasta instalaron espejos para que brillara más— garantizaba su función de punto de referencia. Con una altura menor que las grandes pirámides, seguía siendo la estructura más elevada que griegos y romanos habían construido nunca. La planta superior se desplomó a finales del siglo VIII, pero el resto sobrevivió casi íntegramente hasta el siglo XIV^[7].

Un rompeolas de casi un kilómetro y medio de longitud conectaba la orilla con la isla de Faros, separando los dos grandes puertos: el principal, al este, tenía varias secciones divididas en muelles más pequeños; y el «Buen Regreso» (Eunostos en griego), al oeste, de menor tamaño y con una sección interior, la «Caja» (Kitotos), se unía a un canal que iba a dar a un afluente del Nilo. El transporte marítimo, las bodegas de almacenaje y el comercio daban empleo a muchos más alejandrinos que la burocracia real. Las grandiosas casas de las muchas y muy acaudaladas familias de la ciudad ocupaban una calle tras otra en las proximidades del puerto.^[8]



Alejandro.

El recinto de los palacios reales estaba separado de las casas de los ricos por una tapia y el espacio interior probablemente estaba dividido en parcelas. Varios de los Ptolomeos se construyeron su propia mansión, aunque la afirmación de Estrabón de que cada rey erigía un nuevo palacio seguramente es exagerada. Puede que otros edificios asociados a algunos de ellos se usaran para officiar ceremonias: hay referencias a un teatro probablemente dedicado a Dioniso. Los palacios estaban comunicados entre sí por patios rodeados de columnas, y el conjunto, de grandiosas dimensiones, estaba construido con materiales de lujo. El complejo del Museo se hallaba en la misma zona, igual que el Soma, el gran panteón con los restos embalsamados de Alejandro y los cadáveres de los Ptolomeos. El de Alejandro Magno había sido alojado originalmente en un féretro de oro, tal vez a la manera de los famosos sarcófagos egipcios, aunque no se sabe con certeza porque Ptolomeo XI, en un momento de acuciante falta de fondos, lo hizo fundir, reemplazándose por otro de vidrio o cristal.^[9]

La populosa ciudad de Alejandría se sabía griega, pero su población siempre fue muy diversa; alojó el mayor colectivo judío fuera de Judea. También había un gran número de egipcios, pues, desde el principio, los colonos griegos nunca fueron suficientes para satisfacer por completo la demanda de mano de obra. La ciudad, de calles trazadas en cuadrícula, se dividía en cinco secciones que llevaban el nombre de

las cinco primeras letras del alfabeto, y parece que las distintas procedencias vivían separadas; los judíos, por ejemplo, ocupaban mayoritariamente la zona llamada Delta. Sin duda, en la vida diaria había mucha más interrelación; se sabe de fricciones periódicas entre los distintos grupos en épocas posteriores, sobre todo entre judíos y gentiles, pero testimonios de esta clase están menos claros bajo los Ptolomeos.^[10]

Estrabón nos cuenta que el ancho de todas las calzadas de Alejandría permitía «ir a caballo y conducir carros». Había dos avenidas principales en ángulo recto, las dos mucho más anchas y flanqueadas por columnatas; la más famosa era la Canópica. Las casas de los ricos y los palacios reales ocupaban entre la cuarta parte y la tercera parte de toda la ciudad. Había muchos otros grandes edificios, sobre todo templos. Una intrincada red de canales y conducciones subterráneas de agua abastecía a la vasta población de la ciudad.

En Alejandría abundaban el trabajo y la riqueza. Los mercaderes prósperos vivían en mansiones, igual que muchos terratenientes, quienes explotaban sus fincas arrendándolas a agricultores: para los ricos la vida era cómoda, colmada de lujos y distracciones al alcance de la mano. Es difícil saber cuánto interés, o cuán poco, tenían para ellos las actividades culturales e intelectuales del Museo y la Biblioteca. Para los muy pobres, lo más seguro es que la vida fuera difícil y sórdida, como sucedía en todos los demás lugares del mundo antiguo. La población de Alejandría era grande y muy dada a las protestas, y exigía un suministro constante de alimentos y agua. No se sabe con exactitud quiénes ni cuántos de sus habitantes participaban en las algaradas y disturbios que en ocasiones acabaron con la expulsión o la muerte de los soberanos del reino. En Alejandría, Ptolomeo Auletes no podía fiarlo todo a la fuerza: era fundamental que no fallara el suministro de comida. Otras partes de Egipto podían sufrir escaseces sin que eso pudiera nunca representar una amenaza tan seria.^[11]

Menfis era la segunda ciudad más grande de Egipto y siguió siendo el centro de diversos cultos cardinales de gran raigambre. A diferencia de Tebas, no se había levantado contra los Ptolomeos en ninguna ocasión, y por eso tampoco había sufrido las consecuencias. Allí fue coronado Auletes en el año 76 a. C. en una ceremonia tradicional oficiada por el sacerdote del culto de Ptah, un muchacho de catorce años. Los sacerdotes eran figuras de relieve, aunque su estatus reflejara el dominio de la monarquía; en la práctica, aunque la condición de sumo sacerdote era hereditaria, nombrarlo era prerrogativa del rey. Igualmente, cultos y sacerdotes vivían del producto de grandes haciendas; sin embargo, a pesar de ello no poseían la tierra: en vez de la propiedad, el rey les asignaba los ingresos de ciertas fincas, pero todo lo recaudado pasaba primeramente por las manos de la burocracia real. Los Ptolomeos se ganaban así la lealtad de importantes egipcios, y estos, a su vez, contribuían a mantener contenta a la población.^[12]

A pesar del auspicio faraónico de los cultos nativos, Ptolomeo XII, como sus predecesores, mostró mucho más fervor por las deidades helénicas. Se proclamó a sí

mismo «el Nuevo Dioniso»: sentía especial veneración por su tocayo. La música y la danza eran formas de adorar al dios, y esto, junto al placer y el orgullo de su destreza en ambas, explica los certámenes musicales que organizaba y sus propias actuaciones. El lujo, la bebida y los banquetes eran el meollo de su versión del culto. La suntuosa complacencia del rey y su corte mezclaba el fervor religioso con los símbolos de riqueza y abundancia presentes en todo el reino, con los que Ptolomeo también se procuraba diversión. Se conserva una inscripción en la que varios egipcios dicen ser catamitos (sirvientes sexuales) de Auletes. Cada uno se pone un sugerente pseudónimo, y aunque en realidad fueran bailarines eróticos, que no amantes del rey —la palabra griega podría significar cualquiera de las dos cosas—, no por ello dejan de marcar el tono del ambiente que reinaba en la corte de Ptolomeo XII. Nada indica que fuera un gobernante muy activo, salvo en lo tocante a recuperar el trono. Fue un superviviente; pero hay pocas trazas de brío en su reinado, y menos después de ser restaurado en el poder. Celebraba banquetes, actuaba y se entregaba a los placeres y la opulencia, y aunque todo tuviera su faceta de culto divino, seguía siendo simple complacencia.^[13]

HEREDEROS

Cleopatra pasó de niña a mujer en estos años. No se sabe nada de su vida por entonces ni de cuán estrechamente participaba en la vida cotidiana y los banquetes de la corte de su padre. Los griegos y macedonios, por regla general, no concedían iguales licencias a mujeres y a hombres. Tal vez todavía estuviera estudiando, pero es totalmente imposible saber si su experiencia de Alejandría en esos años tuvo más el sabor de la corte de su padre o el de la sobria educación del Museo y la Biblioteca, o por qué no, el de los placeres más inocentes de los niños ricos.

Llegado un momento, Auletes hizo testamento y envió una copia a Roma. Tal vez fuera durante los disturbios de los años 53 y 52 a. C., pues se nos dice que no fue remitido al Senado para su custodia, sino que quedó en posesión de Pompeyo. El rey pedía en él a los romanos que velaran por el cumplimiento de sus deseos «en nombre de todos los dioses y de los tratados que había suscrito en Roma». Sorprendentemente, no les dejaba el reino; en su lugar, Cleopatra, la mayor de las hijas que le quedaban, y Ptolomeo, el mayor de sus hijos varones, serían corregentes: el chico, unos siete u ocho años menor que ella, era demasiado joven para reinar solo; también necesitaría una consorte, y para los Ptolomeos, una hermana era siempre una elección probable.^[14]

Para Auletes no habría sido seguro relegar a la mayor de sus hijas, ya que eso habría propiciado complicaciones en la sucesión. No se sabe nada de la relación entre

Cleopatra y su padre, ni si él la consideraba o no prometedora. Tal vez hubo verdadero afecto, sobre todo si ella le acompañó en su exilio, pero no se sabe. Tampoco hay forma de saber si se invirtió en su preparación para la tarea de gobernar. Al parecer, Auletes promovió públicamente a todos sus hijos, y una inscripción del año 52 a. C. alude a ellos como «los Nuevos Dioses que aman a los hermanos»: la experiencia pasada nunca impidió a los Ptolomeos proclamar la armonía familiar.^[15]

Para entonces, tal vez la salud de Auletes estuviera decayendo. Un friso del templo de Dendera presenta a Cleopatra tras la figura de su padre, ambos haciendo ofrendas a los dioses egipcios: algunos estudiosos ven aquí un indicio de que ya la había hecho corregente con él. Si fue así, puede que Auletes necesitara asistencia en las tareas de gobierno, o tal vez lo hiciera para facilitar la sucesión a su muerte. Por otro lado, para entonces Cleopatra era la mujer de mayor rango en la familia real, y quizá aparezca ayudando al rey sólo por eso. En realidad, ninguna fuente afirma que gobernara conjuntamente con su padre, y aunque algunos documentos oficiales los nombran a ambos, puede que procedan de los primeros días del reinado de ella y que mantuvieran la ficción de que su padre aún vivía: algo no infrecuente en los inicios de un nuevo reinado.^[16]

En el año 51 a. C. Cleopatra tenía unos dieciocho años, pero como ya debería estar claro, en realidad se sabe muy poco de su vida hasta entonces y de ella misma: más allá de su amplia formación y evidente inteligencia, casi todo lo demás sobre su persona sigue siendo conjetura. Declarada diosa e hija de un hombre que se autoproclamó dios, su familia llevaba siglos siendo regia y divina; su aplomo, el de quien había nacido para gobernar, se mezclaba también con la incertidumbre y el miedo a su familia, en la que tenía rivales potencialmente mortíferos.

Hubiera o no salido de Egipto realmente y visitado Roma, la joven Cleopatra sabía del aplastante poder de la República romana; también puede que supiera algo de la imprevisibilidad de la nueva potencia mundial y de la primacía de individuos como Pompeyo. La trayectoria posterior de Cleopatra sugiere ambición y crueldad: no es fácil pensar que no supiera desde joven que siempre habría alguien presto a utilizarla para ganar poder. Fuera cuales fueran las circunstancias reales de su nacimiento, era la hija del rey, aceptada por él como legítima, y podía elegir entre ser controlada por otros o intentar tomar ella las riendas. En cualquiera de los casos, se enfrentaba a un riesgo considerable de sufrir una muerte repentina y violenta.^[17]

Apenas podemos hacer otra cosa que adivinar el carácter de Cleopatra en esa etapa de su vida, pero ¿y su aspecto físico? La pregunta se plantea inevitablemente, lo que no sucede con las figuras masculinas del mundo de la Antigüedad —ni tampoco con la mayoría de las mujeres—. Esto es así en parte porque hay muchas imágenes de los nombres propios más célebres, como Alejandro Magno y César; pero la actitud hacia Cleopatra siempre es diferente, pues va más allá de la simple curiosidad. Imaginada y vuelta a imaginar tan a menudo a lo largo de las distintas épocas, el

deseo de saber cómo era la verdadera Cleopatra es algo mucho más visceral. La pregunta cambia enseguida para no versar ya sobre su aspecto, sino sobre si era bella o no, decisión binaria que casi roza lo simplista, convirtiéndola en bella o en fea: un rasero que pocos estarían dispuestos a aplicarse a sí mismos.^[18] Las fuentes literarias no son de gran ayuda. Según Plutarco,

(...) su belleza no era de por sí tan extraordinaria como para que no se le pudiera comparar ninguna otra, ni dejaba extasiado a quien la contemplara; pero su presencia ejercía una fascinación inevitable, y sus encantos físicos, sumados al encanto persuasivo de su conversación y al aura que emanaba en compañía de otros, tenían sin duda la facultad de avivarlos.

Según Dión, que escribió más de un siglo después que Plutarco, Cleopatra «era una mujer de belleza considerable, y en la flor de su juventud, muy llamativa; también tenía una voz encantadora y sabía cómo hacerse agradable a todos».^[19]

Los pasajes no son tan distintos como suele decirse. Es importante observar que Plutarco no dice que Cleopatra no fuera bella, sino que no era la mujer más bella del mundo y que su aspecto era sólo una parte de su considerable atractivo. Dión no afirma que su belleza superara la de todas las demás mujeres, sino que era muy bella y también carismática.

Los ideales de belleza varían de una época a otra y de una cultura a otra, y además dependen del gusto personal. Las representaciones artísticas están sujetas a convenciones y varían en sus fines, por no hablar del talento del artista. Los relieves tallados en los templos egipcios formaban parte de una tradición verdaderamente antigua, y sólo se reconoce a quienes representan porque llevan una inscripción con su nombre. Una joven Cleopatra apareció en monedas acuñadas en Ascalón, un rostro no especialmente atractivo a ojos modernos; pero recordemos que las monedas no eran fotografías publicitarias ni equivalían a las portadas de las actuales revistas de moda. Eran afirmaciones de poder, y en el caso que nos ocupa, llevaban el mensaje de la legitimidad de una joven reina enfrentada a un grave desafío a su trono y a su vida: se trataba de irradiar poder y legitimidad, de recalcar que Cleopatra era la legítima heredera al trono ptolemaico. La cara de las monedas no había de ser rigurosamente fiel. Las monedas de Ascalón muestran una nariz prominente, un poco ganchuda y ojos grandes, rasgos muy asociados a los Ptolomeos.

Los bustos posteriores de una Cleopatra más madura plantean todavía más problemas. La identificación casi nunca es segura, y es fácil que algunos sean de otras mujeres de la familia, entre ellas alguna de sus hijas; incluso aunque representaran a la propia Cleopatra, es posible que fueran esculpidos mucho después de su muerte. La mayoría dibujan un rostro agradable, aunque no excepcionalmente llamativo. Muchas esculturas antiguas originalmente se pintaban; eso les imprimía

mucha más vida. Con todo, el medio tenía sus límites y era difícil transmitir vivacidad en una imagen así, aunque se aspirara a ello. Tanto Dión como Plutarco destacan la voz y el encanto de Cleopatra: no es fácil transmitir el carisma en mármol o bronce.

Está claro que Cleopatra tenía una nariz recia, algo ganchuda. Por la tendencia de su familia y su estilo de vida, también puede que fuera propensa a cierta gordura, sobre todo en sus años adolescentes. La delgadez extrema como ideal de belleza femenina es un fenómeno muy reciente, pese al fervor con que la promueven la industria de la moda y los medios de comunicación. No hay pruebas que apunten a que fuera obesa como algunos otros Ptolomeos. Sin duda era bonita, y probablemente, según casi cualquier canon, hermosa. Es fácil calificar de voluptuosa una figura llena, y una nariz ganchuda puede evocar la sagacidad de un halcón si se busca algo un poco más halagador. No era necesariamente más bella que otras mujeres, pero combinaba su belleza con ingenio, elegancia, encanto y una personalidad interesante. Todo esto lo reforzaba el simple hecho de ser princesa y, más tarde, reina. A Cleopatra le rodeaba una exuberancia que aumentaba la impresión de su belleza y personalidad reales; dada la obsesión de nuestra época con la fama, no debería resultarnos difícil comprenderlo.

El poeta Lucano es el único autor antiguo que hace referencia al color de la piel de la reina. En una escena donde subraya la ambición de la reina, el lujo decadente de su corte y la avasalladora ambición de julio César, el poeta describe a Cleopatra con un vestido de seda, un tejido originario de China que se trataba varias veces para hacerlo más liviano, casi translúcido; esa prenda tan fina nos recuerda a Ptolomeo Fiscon. En el caso de Cleopatra, según Lucano, casi dejaba ver sus «blancos senos» (candida pectora). Lucano escribió en Roma cuando la reina llevaba muerta unos noventa años, y es difícil saber si había visto imágenes fieles a su aspecto físico, por no hablar de la tonalidad de su piel o su pelo. Gran parte del poema es muy imaginativo. Además, candida suele denotar «blanco» o «claro» —y referido al pelo, «rubio»—, lo que plantea la pregunta de ¿blanco o claro, comparado con qué? En ese mismo pasaje algo más arriba, a propósito de los diversos esclavos que atendían a los invitados, contrapone a los rubios de piel sonrosada (o quizá pelirrojos) del norte de Europa con los esclavos de piel oscura y pelo ensortijado de África, acaso queriendo expresar que la propia Cleopatra no se parecía ni a unos ni a otros; pero esto seguramente sea llevar las cosas demasiado lejos. El pasaje entero constituye una base demasiado pobre para ninguna aseveración irrefutable sobre la apariencia de Cleopatra.^[20]

Aparte de esto, no hay ni rastro de pruebas de cómo era la tez de Cleopatra, ni el color de sus ojos o sus cabellos: hay que decirlo rotundamente, porque mucha gente sigue intentando deducir esos rasgos o dice haber descubierto pruebas. He visto dos documentales televisivos que han presentado sendas reconstrucciones que la retratan con la piel relativamente oscura, los ojos castaños y cabellos negros: todo es

conjetura; como hemos visto, no se sabe con seguridad quiénes fueron la madre y la abuela de Cleopatra (o tal vez las abuelas, si sus padres no fueron hermanos).^[21]

Los Ptolomeos eran macedonios con una veta griega y, por matrimonio con los seléucidas, un leve componente de sangre siria (ninguna prueba permite dudar de la paternidad de ningún miembro del linaje, ni indica que los hijos fueran fruto de una relación ilícita entre la reina y un hombre que no fuera su marido; esto sigue siendo posible, aunque no muy probable, pero es una base dudosa para cualquier argumento). Los macedonios no fueron un pueblo homogéneo y, al parecer, la variedad en cuanto a su aspecto físico y el color de su piel, ojos y cabello era considerable. Alejandro Magno era rubio, aunque siempre es difícil saber qué significa eso exactamente; en la copia romana de un mosaico anterior aparece con el cabello castaño claro. «Rubio» podría significar sólo que su pelo no era negro ni de un castaño muy oscuro. Por otro lado, varios de los primeros Ptolomeos fueron rubios, pues las comparaciones de su pelo con el oro sugieren que eran más que simplemente no morenos.

No hay referencias sobre el tono del pelo ni el color de los ojos de casi ningún Ptolomeo, incluido Auletes. No está claro si el pelo rubio abundaba o no en la familia (si la madre de Cleopatra fue una amante del faraón, es imposible saber nada de su físico ni de su procedencia étnica, aunque lo más probable sigue siendo que procediera de la aristocracia griega o macedonia). Un cuadro hallado en Herculano, en la bahía de Nápoles, representa a una mujer tocada con una diadema de reina helenística en la que algunos han querido ver a Cleopatra. Tiene el cabello oscuro, claramente rojo; sin que sea imposible, en realidad no hay ninguna razón de peso para pensar que es Cleopatra.^[22]

No se tiene absolutamente ninguna certeza. El cabello de Cleopatra pudo ser negro, castaño, rubio o incluso pelirrojo, y sus ojos quizá pardos, grises, verdes o azules: cabe la posibilidad de casi cualquier combinación de estas coloraciones. Igualmente, tal vez tuviera la tez muy clara o un cutis mediterráneo más oscuro. La piel clara es un poco más probable por su ascendencia. El arte griego tradicionalmente representa muy pálidas a las mujeres y a las diosas, y parece que la piel rubia formaba parte del ideal de belleza. La propaganda romana nunca indicó que Cleopatra fuera de piel oscura, aunque quizá eso signifique sólo que no era excepcionalmente morena, o simplemente que el color de su piel no era importante para quienes nos hablan de ella.

En ningún momento tendremos que ocuparnos tan detalladamente del físico de Antonio, lo que debería recordarnos que la obsesión por la apariencia de Cleopatra es insólita, y no del todo saludable. No sólo no existen pruebas válidas, sino que también hay algo inquietante en el deseo de basar nuestro conocimiento de ella antes que nada en su aspecto físico. Cleopatra no fue otra Helena de Troya, una figura mítica cuyo punto más importante fuera su belleza. No fue un mero objeto de deseo pasivo, sino que intervino muy activamente en la esfera política de su reino y más

allá de sus fronteras.

Cleopatra nació y se educó en el regio mundo de la corte ptolemaica del siglo I a. C., un mundo muy peligroso. Al morir su padre a principios del año 51 a. C., llegó a reina. Auletes tenía pensado que reinara conjuntamente con su hermano; Cleopatra tenía otras ideas.

TRIBUNO

Cuando Marco Antonio volvió a Roma en el año 50 a. C., su primer objetivo era ingresar en el sacerdocio haciéndose augur: no fue un brote súbito de fervor religioso, sólo un peldaño más en la escala política. El colegio de augures constaba de quince miembros que, junto a los pontífices, eran los sacerdotes de más prestigio de Roma. Siempre procedían de familias senatoriales y, una vez elegidos, detentaban el puesto de por vida; por eso casi nunca había vacantes, y eran muy disputadas cuando surgían.

En este caso, el nombramiento lo provocó la muerte de Quinto Hortensio Hórtalo, que había sido cónsul en el 69 a. C. y cuyas dotes para la oratoria rivalizaron con las de Cicerón, el mayor orador de la época. Los restantes catorce miembros del colegio proponían a dos candidatos. Era frecuente, aunque no obligatorio, que los elegidos provinieran de familias que ya antes habían detentado el sacerdocio. Haber sido elegido denotaba importancia y la capacidad de obtener favores políticos. Pompeyo fue augur y julio César pontífice máximo (pontifex maximus): título hoy preservado en la figura del papa. La elección entre los dos candidatos la realizaba a continuación una asamblea especial formada por diecisiete tribus elegidas a suertes de entre el total de treinta y cinco. Como en cualquier campaña electoral, para convencer a los votantes se recurría con toda desfachatez a cualquier medio, incluido el soborno. El mismo César decidió ir a la Galia Cisalpina para «hablar en las ciudades y colonias (...) y apoyar su candidatura para el sacerdocio. Pues le complacía usar su influencia en favor de alguien tan allegado (...) y, sobre todo, en contra de la facción pequeña pero poderosa que con la derrota de Marco Antonio esperaba (...), debilitar también el prestigio de César».^[1]

Los principales sacerdocios de Roma no estaban asociados a ninguna deidad concreta. Los augures tenían la función especial de interpretar los mensajes enviados por los dioses para expresar su actitud hacia determinada actuación prevista. Podían hacerlo examinando un animal sacrificado, y muchas veces simplemente observaban el cielo y leían el futuro en el vuelo de las aves. Cicerón era augur, y aunque escribió un libro en el que desdeñaba la adivinación en general, hizo una salvedad para su propio colegio. De todos modos, no hay absolutamente ningún indicio de que los candidatos fueran calificados por su conocimiento de estas cosas.^[2]

Antonio fue elegido candidato frente a un antepasado del emperador Nerón:

Lucio Domicio Ahenobarbo, mayor que él y con mucha más experiencia, ya que había sido cónsul en el año 54 a. C., cuando intentó en vano sustituir a César como gobernador de la Galia. Domicio era además cuñado de Catón: otro motivo de su antipatía hacia César y sus aliados. Con buenos contactos y procedente de una familia distinguida y prominente, tenía expectativas de ganar a su rival, mucho más joven. Al final, sin embargo, César prodigó su influencia y su dinero a través de intermediarios para dar la victoria a Antonio. La noticia de su victoria llegó antes a la región de la Galia Cisalpina que el procónsul para hacer campaña; así pues, César acabó recorriendo las localidades para agradecer el apoyo a su antiguo cuestor y animarles a respaldar a Antonio en las elecciones del otoño para el tribunado.^[3]

Los tribunos de la plebe eran diez cada año; era un cargo que Antonio, con su edad y experiencia, tenía razonables esperanzas de ganar en algún momento de su trayectoria. El tribunado no era obligatorio y sus obligaciones estaban circunscritas sólo a Roma, sin extenderse nunca al servicio en las provincias; pero sus poderes eran considerables. Por iniciativa propia, el tribuno podía convocar el concilium plebis y proponer un proyecto de ley que, con la aprobación de la asamblea, se convertiría en ley. El tribunado se creó para proteger a los ciudadanos del abuso de poder por parte de los altos magistrados, especialmente de los patricios. Tenía derecho de veto — literalmente, «yo prohíbo»— que le permitía impedir cualquier decisión o acción del Senado o de la asamblea. El veto no era colectivo: bastaba el de un solo tribuno para parar en seco una moción.^[4]

El dinero y el respaldo de César volvieron a funcionar, y Antonio salió elegido tribuno el año 49 a. C. holgadamente. Entre sus colegas había otros que también pertenecían a familias eminentes, pero no todos los candidatos respaldados por César fueron tan afortunados: uno de sus antiguos legados, Servio Sulpicio Galba, se presentó al consulado y fracasó^[5].

EL CAMINO AL RUBICÓN

César se aproximaba al final de su mandato en la Galia. Desde el 58 a. C. había expandido enormemente el territorio romano, derrotando a las tribus que los romanos habían considerado sus enemigos endémicos. Sus victorias fueron celebradas con una sucesión de ceremonias públicas de agradecimiento, y para conmemorarlas se había programado la reconstrucción a gran escala de la saepta, la zona de votaciones del Campo de Marte en Roma. A César le habían concedido por votación el mando inicial y la prórroga de cinco años a propuesta de los tribunos, que la Asamblea del Pueblo aprobó: el procedimiento era legal, pues la asamblea tenía competencias para legislar sobre cualquier cuestión. En el pasado, Pompeyo se había beneficiado del

mismo modo, pero en el caso de César se rompía con la tradición de asignar primero las provincias y que luego el Senado las prorrogara o reasignara.

La incógnita sobre qué haría Pompeyo a su regreso a Italia tras sus campañas orientales había generado inquietud y un temor generalizado a que el victorioso comandante tomara el control del estado por la fuerza. Al final, disolviendo su ejército, había entrado en la política como un ciudadano particular, tal y como debía hacerse, lo que permitió a otros senadores vetarlo hasta que, frustrado, se alió con Craso y César. El equilibrio de esa alianza se rompió en el año 53 a. C. con la muerte de Craso en Partia. Además, el año anterior había visto el fin de otro vínculo, muy personal, entre Pompeyo y César: en el 59 a. C. Pompeyo se había casado con Julia, hija y única descendiente legítima de César. El nuevo yerno de César era seis años mayor que él, pese a lo cual el matrimonio había sido afortunado de verdad: Pompeyo ansiaba la adoración, ya viniera de sus soldados, de la población en general o de su esposa; y al parecer Julia era tan encantadora como su padre.^[6]

Más adelante, en agosto del 54 a. C., Julia murió al dar a luz, y el recién nacido también moría a los pocos días. César había buscado otra mujer de su familia para renovar la alianza, pero Pompeyo emparentó con una consolidada familia senatorial al casarse con la hija de Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica. Este nombre tan largo era el resultado de sucesivas adopciones que habían sumado las fortunas de varios linajes célebres. Su hija se llamaba simplemente Cornelia, la forma femenina del nombre del padre antes de ser adoptado. Escipión nunca dio pruebas de haber heredado el talento de sus célebres antepasados, pero tenía muy buenos contactos, lo que animó a Pompeyo a desposar a su hija y hacer de Escipión su colega de consulado en el año 52 a. C., Cornelia también era una mujer notable, y una vez más, el matrimonio con una mujer a la que llevaba como poco treinta años fue muy dichoso.^[7]

Pompeyo ya no necesitaba a César tanto como en el año 59 a. C.: muerto Craso, no quedaba un solo senador que lo igualara en riqueza e importancia. A pesar de la gloria y la gran fortuna recién adquiridas por César en la conquista de la Galia, Pompeyo aún no lo consideraba su igual. Ya en el 52 a. C. como muy tarde, muchos senadores habían notado que ambos estaban distanciándose mucho. Ese año Pompeyo fue nombrado cónsul en solitario —dictador a todos los efectos, salvo en el nombre— y le renovaron el mando de las provincias españolas. Aunque nunca tuvo intención de ir a la península ibérica, las provincias daban a Pompeyo el control de un ejército y la inmunidad frente a los tribunales de todo magistrado en activo: cuando el mando de César expirara en la Galia, César no tendría ni una cosa ni la otra. Allá por el 59 a. C. se había impuesto a una fuerte oposición, logrando la aprobación de sus medidas. El sistema romano permitía impugnar actos del pasado aunque hubieran sido legales en el momento de aprobarse.

César hizo gala de un carisma que empleaba para atraer a otros políticos y seducir a otras tantas de sus esposas: todos los que creían haber vislumbrado el trasfondo de

su encanto tendían a aborrecerlo con un odio casi visceral. Catón fue uno de sus detractores más encarnizados, pero hubo otros senadores molestos al verse eclipsados por la gloria y los logros de César, y varios de ellos andaban cacareando que en cuanto volviera a Roma, César sería cercado por soldados ante un tribunal que lo juzgaría y condenaría.^[8]

Ser juzgado era, por sí solo, un duro golpe al prestigio de un senador, aunque no lo condenaran. A nadie se le había ocurrido nunca perseguir a Craso ni esgrimir ni siquiera un cargo contra Pompeyo: César no quería arriesgarse a semejante insulto a su auctoritas, ni tampoco quería confiar su defensa a la amistad de Pompeyo, porque eso equivaldría a admitir que aquel era el más importante de los dos y porque su historial en lo tocante a ayudar a amigos era muy irregular. Lo que César quería era pasar directamente de su mando a un segundo consulado en el año 48 a. C.: eso le daría inmunidad frente a los tribunales durante ese año y más tarde la opción de gobernar una provincia. Los diez tribunos del 52 a. C. finalmente aprobaron una ley que le permitía presentarse a las elecciones sin tener que dejar su provincia ni regresar a Roma.^[9]

La cuestión de cómo volvería César de la Galia embebió la vida pública durante más de dos años, aunque no hasta el punto de dejar fuera todo lo demás. Ciertos senadores persistían en sus propias ambiciones y metas, uniéndose cuando les convenía para luchar por ellas: los que se hacían llamar boni («los buenos»), e incluso optimates («los mejores»), eran casi todos hostiles a César y estaban empeñados en que volviera a Roma tan desarropado como un ciudadano cualquiera; todos eran de buena familia y reacios a que la fama, el honor y los beneficios derivados del servicio a la República fueran a parar a otros en mucha mayor medida que a ellos. Muchos, entre ellos Escipión, estaban muy endeudados y necesitaban desesperadamente un lucrativo mando provincial para reponer su fortuna. La mayoría habían sido hostiles a Pompeyo anteriormente, pero ahora calculaban que podrían utilizarlo contra César.

La primacía de unas pocas familias de alcurnia la ilustran bien los consulados consecutivos de tres políticos llamados todos Claudio Marcelo: dos hermanos y un primo. Los tres al completo atacaron la posición de César alentados por el cambio de actitud de Pompeyo, que había respaldado la ley de tribunos en el año 52 a. C., pero que, según pasaba el tiempo, se mostró primero ambiguo y después cada vez más indiferente a su antiguo yerno y aliado. Había habido una propuesta de reclamar el regreso de César, pues una vez sofocada la rebelión en ese mismo año, estaba claro que la guerra de la Galia había terminado. Pompeyo no la apoyó, prefiriendo que el mando galo acabara en cuanto prescribiera el mandato; pero había división en torno a cuándo prescribía exactamente, es de cir, si los cinco años que se le habían concedido en el 55 a. C. empezaban a contarse en aquel mismo momento o habían de sumarse al mandato ya iniciado de cinco años. A Pompeyo se lo preguntaron repetidas veces. En octubre del 51 a. C., Celio Rufo informó a Cicerón en su correspondencia del siguiente diálogo: «—¿Qué pasaría —le preguntó un tercero— si [César] quisiera ser

cónsul y además conservar su ejército? —A lo que Pompeyo respondió con suavidad: —¿Y si mi hijo quisiera atacarme con un palo?—. Estas palabras han levantado la sospecha de que Pompeyo está reñido con César». ^[10]

Legalmente, que César dejara su provincia implicaba entregar su mando, por lo que no podía hablar con Pompeyo ni exponer sus intereses personalmente; por eso tuvo que actuar a través de otros, y volvió a invertir pródigamente los beneficios de la conquista buscando aliados. Un colosal regalo a Lucio Emilio Lépido Paulo, uno de los cónsules del año 50 a. C., le valió su apoyo: éste estaba restaurando la basílica Emilia y Lépida, junto al Foro, y necesitaba dinero para pagar las obras de ese monumento a sus antepasados. Nunca había estado próximo a César, pero tenía un motivo de peso para oponerse a Pompeyo, que había ejecutado a su padre tras el fallido golpe del 78 a. C.; corrió el rumor de que recibió de César nueve millones de denarios.

Otro nuevo aliado al principio guardó en secreto su asociación: era Curión, amigo de Antonio desde la juventud y tribuno del año corriente. A su abierta crítica del triunvirato en el 59 a. C. habían seguido ataques periódicos, muchos de ellos con cierta repercusión popular. Todo el mundo esperaba que su tribunado fuera más hostil a los triunviros, en especial a César; pero esta vez, fuera de los autodenominados boni, no se percibía un gran entusiasmo por atacar a César, por lo que no parecía una forma de ganar popularidad. ^[11]

El padre de Curión había muerto unos diez años antes, lo que puso fin a un influjo que, aunque limitado, había refrenado a su hijo, quien señaló el acontecimiento con unos espectaculares juegos funerarios en los que había empleado dos teatros de madera semicirculares que rotaban para unirse formando un solo anfiteatro, donde lucharon gladiadores: en esa época este tipo de funciones, muy populares, sólo podían montarse para un funeral. El coste, enorme, vino a añadirse a las deudas de Curión, ya inmensas debido a su desbocado tren de vida. Su situación era frágil; su éxito futuro, como el de otros políticos igual de prometedores, era motivo de apuesta entre sus acreedores, y esto, como también les sucedía a los demás, tenía de desesperación su necesidad de llegar a lo más alto de la vida pública, pues de lo contrario se vería en la más absoluta ruina.

Según una fuente, César pagó a Curión dos millones y medio de denarios, y según otra, no menos de quince millones. El dinero era vital, pero no lo era todo: es evidente que Curión había concluido que aliarse con César le procuraría algo más que dinero, mientras que respaldar a sus oponentes no le iba a dar especial ventaja, pues era probable que los más recalcitrantes vetaran su legislación de todos modos. Curión se había casado con la viuda de Clodio, Fulvia, y por lo demás, estaba haciendo todo lo posible para granjearse la amistad de los antiguos seguidores del muerto. Al igual que Clodio, Curión era un senador independiente con metas propias, y no un mero títere de César. Apio Claudio Pulcro, hermano mayor de Clodio y emparentado por matrimonio con Catón, se había convertido, sin embargo, en uno de los mayores

detractores de César: no todos los miembros de una familia seguían necesariamente la misma línea política.

Curión hizo bien su trabajo durante todo el año 50 a. C., vetando todos los decretos senatoriales que amenazaban el derecho de César de saltar directamente al consulado desde su mando provincial. En abril, Celio refirió algo de esto a Cicerón:

En cuanto a la situación de la República, la única desavenencia se centra en una sola causa, a saber, las provincias. Ahora mismo, Pompeyo parece apoyar al Senado exigiendo a César dejar su provincia antes de los idus de noviembre [el día 13]. Curión está totalmente decidido a impedirlo: ha abandonado todos sus demás proyectos (...). Este es el panorama completo: Pompeyo, como si no estuviera atacando a César, sino favoreciéndole, culpa a Curión de ocasionar problemas; es totalmente contrario a que César llegue a cónsul sin antes entregar su provincia y su ejército, pero, a la vez, Curión se lo está haciendo pasar mal y todo su tercer consulado se ve sometido a críticas. Hazme caso: si se emplean a fondo para aplastar a Curión, César acudirá en su rescate; pero si tienen demasiado miedo como para arriesgarse, lo que parece más probable, César se quedará todo el tiempo que quiera.^[12]

En aquel momento Cicerón, remiso procónsul de Cilicia, estaba empeñado en no sobrepasar el plazo mínimo de un año en esa provincia. Celio observa en un pasaje anterior de esa misma carta que él y Curión habían ayudado a impedir que prorrogaran tal plazo. De nuevo, esto indica que muchas otras cuestiones chocaban con una fuerte oposición dentro de la lucha más general, o simplemente que la acompañaban. Cicerón no veía con buenos ojos el apoyo de Curión a César, pero cuando le ayudaba a él, no ponía reparos. Pompeyo seguía fuera de la ciudad, pues tampoco podía volver sin perder su mando provincial. El Senado, complaciente, se reunía fuera de la frontera oficial de Roma (el pomerium).^[13]

El día 1 de diciembre hubo un debate de gran trascendencia en el que el ingenioso Curión se apuntó un tanto frente a sus contrincantes. El Senado votó por abultada mayoría el regreso de César de la Galia, mientras que una moción parecida para poner fin al mandato de Pompeyo como procónsul de España se descartó por un margen igual de abultado. Ambos decretos fueron vetados por tribunos, y entonces Curión pidió al Senado que votara la propuesta de que ambos entregaran sus mandos simultáneamente: nada menos que trescientos setenta senadores lo respaldaron, y sólo veinte votaron en contra. Aunque pocos eran decantados partidarios de César y casi todos simpatizaban con Pompeyo, la abrumadora mayoría tenía pavor a una guerra civil que parecía muy probable si la disputa no se resolvía pacíficamente. El cónsul Marcelo hizo caso omiso del resultado y puso fin a la sesión, gritando: «Si es lo que queréis, ¡haceos esclavos de César!».^[14]

Curión había conseguido que a finales de ese año César siguiera en la Galia como procónsul, pero sus ataques directos a Pompeyo sólo habían echado más leña al fuego. En el 49 a. C. todas las cuestiones seguían pendientes, y se apresuró a conferenciar con César, regresando a primeros de enero con un mensaje suyo. Antonio ya era tribuno entonces, y había asumido el papel de defender la posición de César ayudado por uno de sus colegas, Quinto Casio Longino. Los dos cónsules se oponían vehementemente a César, quien decía que uno de ellos iba por ahí jactándose de que iba a ser un segundo Sila, pues era el único modo de sobrevivir a sus pasmosas deudas: en ambos bandos había políticos desesperados, y no pocos pensaban que una guerra civil los beneficiaría. También había sospechas mutuas, fomentadas por el hecho de que los principales protagonistas no podían reunirse cara a cara; y por encima de todo, flotaba la convicción de que el otro bando se echaría atrás.^[15]

Curión llevó una carta de César, y él y Antonio tuvieron que insistir para que se leyera en el Senado; en ella ratificaba su compromiso con el servicio a la República y se declaraba obligado a entregar su mando sólo si Pompeyo hacía lo propio. A Cicerón, que ya había vuelto de Cilicia y esperaba fuera de Roma a que se le concediera un triunfo, el tono de la carta le pareció «agresivo y amenazante». Se aprobó una moción para exigir a César la entrega inmediata del mando, que Antonio y Casio vetaron. Todavía hubo intentos de negociación privada: César escribió a muchos senadores importantes ofreciéndoles pactos; por ejemplo, entregar la Galia Transalpina e Iliria y quedarse únicamente con la Galia Cisalpina y una sola legión. Así quedaría a salvo de la persecución, pero demasiado débil como para afrontar el riesgo de librar una guerra civil. Algunos de sus oponentes vieron en esta oferta una debilidad que confirmaba su creencia de que se rendiría si se negaban a pactar.^[16]

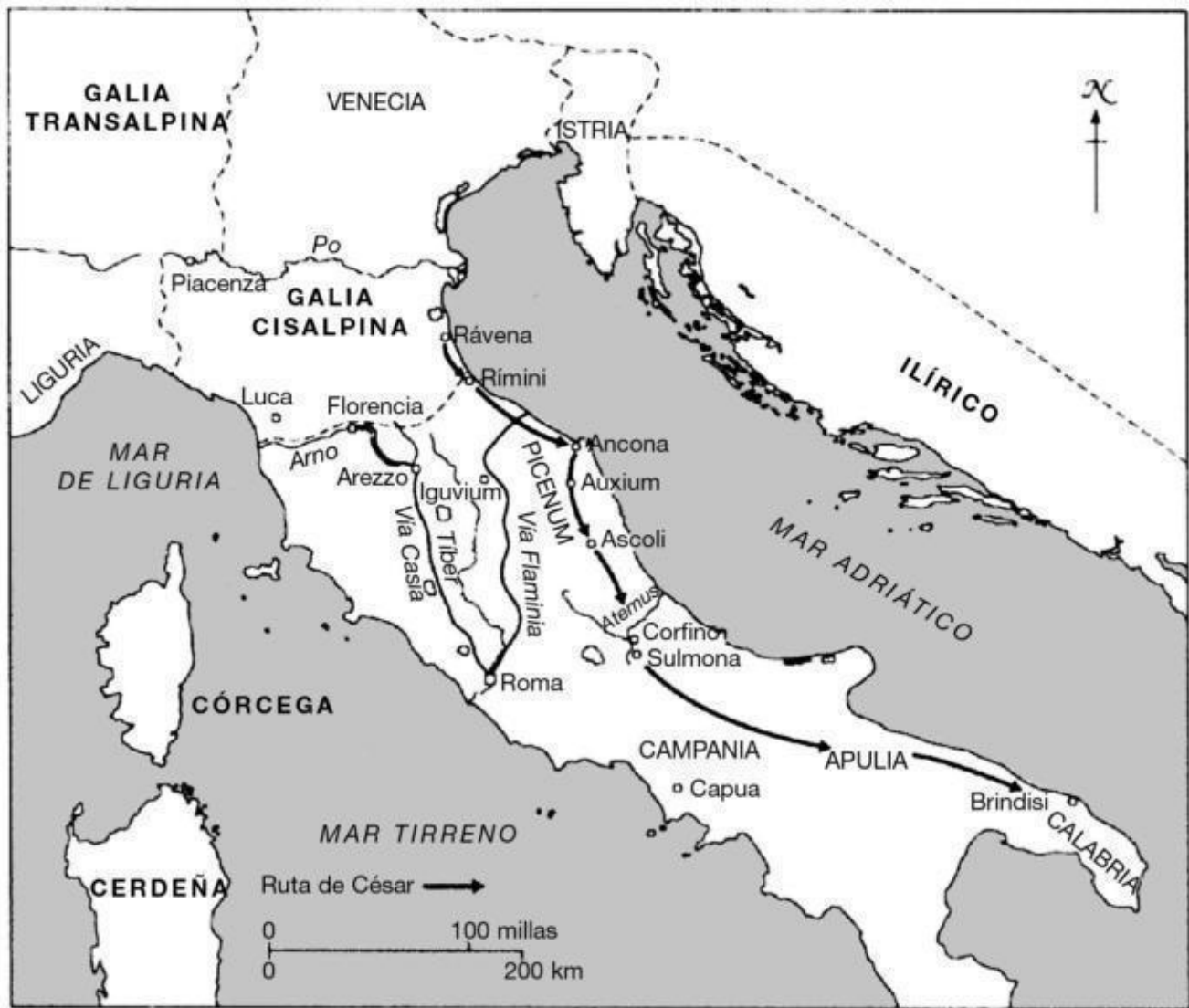
Antonio era ya un hombre corpulento, de torso ancho y musculoso y grueso cuello. Durante su estancia en Grecia había estudiado oratoria, adoptando el profuso estilo asiático. De fuerte carácter, empleó toda su energía en la defensa de César, pero la sutileza no era su fuerte. Además, tenía muy poca experiencia política, dado el poco tiempo que había pasado en Roma desde que llegó a senador. Años después, Cicerón aludió a que Antonio, al pronunciar uno de sus discursos, «vomité las palabras, como siempre». Como Curión, Antonio decidió atacar la trayectoria de Pompeyo, sobre todo su tercer consulado y su uso de la fuerza para restaurar el orden. El debate político en Roma a menudo era subido de tono, pero éste se consideró especialmente corrosivo e incluyó repetidas amenazas de guerra. En una sesión pública de finales de diciembre, el tribuno electo Antonio fue tan agresivo que Pompeyo había protestado: «¿Y cómo creéis que va a ser el propio César si toma el control de la República, cuando su débil y despreciable cuestor ya actúa así?». ^[17]

El día 7 de enero el Senado aprobó el decreto definitivo que suspendía la ley e invitó a acudir a «los cónsules, pretores y tribunos, y todos los procónsules cerca de la ciudad para garantizar que la República no salga perjudicada»: estaba claro que

«los procónsules» aludían ante todo a Pompeyo. Los intentos de Antonio y Quinto Casio de vetar ese decreto cayeron en saco roto, y uno de los cónsules les dijo que no podía garantizar su seguridad si permanecían en Roma; no parece que sufrieran ningún ataque real, pero un carro alquilado sacó de la ciudad a ambos tribunos disfrazados de esclavos.^[18]

César estaba en Rávena, en su provincia de la Galia Cisalpina, cerca de la frontera; con él tenía la Legión XIII, apoyada por unos trescientos soldados de caballería: era una fuerza pequeña, y además los ejércitos no solían entrar en campaña durante los meses de invierno. Pompeyo y los senadores más intransigentes en la oposición a César no creían que pudiera comenzar la guerra en ese momento; muy probablemente, todavía pensaban que cedería al ver esa prueba definitiva de su determinación.

Se equivocaban: la noche del 10 al 11 de enero del año 49 a. C. César llevó a sus hombres de Rávena a Arimino (la actual Rímini); al cruzar el Rubicón —un arroyo tan insignificante que hoy no se conoce con certeza su localización— salía de su provincia, donde podía mandar tropas legalmente, y entraba en Italia, donde no le estaba permitido. Se dice que al hacerlo pronunció una coletilla de jugador, la famosa sentencia de «la suerte está echada» (*alea jacta est*). Más tarde culpó de la guerra civil directamente a sus enemigos, alegando: «Ellos la quisieron; aun después de todas mis grandes proezas me habrían condenado, a mí, Cayo César, si no hubiera recurrido al apoyo de mi ejército». Dejando a un lado las justificaciones del conflicto, lo cierto es que cruzar el Rubicón los convertía, a él y a sus seguidores, en rebeldes.^[19]



La campaña italiana del año 49 a. C.

No está claro si Antonio, Casio y Curión se unieron a César en Arimino o ya antes en Rávena, pero lo primero parece más probable. En todo caso, el procónsul pasó revista a la Legión XIII y se dirigió a ella explicando que la encarnizada e ilícita hostilidad de sus enemigos, que habían embaucado a Pompeyo para separarlo de él, le obligaba a actuar. Los dos tribunos seguían disfrazados de esclavos al presentarse ante las tropas, para recalcar que sus adversarios habían pisoteado las leyes; la persona del tribuno del pueblo era sacrosanta, a pesar de lo cual estos representantes del pueblo habían sido amenazados con el uso de la violencia. Todo romano sentía un hondo lazo emocional con la idea del tribunado, y antes de acabar la revista, legionarios y oficiales ya manifestaban a gritos estar dispuestos a poner las cosas en su sitio. [20]

A Antonio le quedaban unos días para cumplir los treinta y cuatro. Años después Cicerón lo culpó de iniciar la guerra civil: era una inmensa exageración, pues es difícil percibir en ningún bando la confianza en el otro que hubiera posibilitado una solución pacífica. Lo cierto es que Antonio intervino directamente en los

acontecimientos concretos que desencadenaron la guerra y no se opuso a participar en la invasión de Italia.^[21]

TRIBUNO CON PODERES PROPRETORIANOS

Sin más dilación, César siguió adelante. Sus enemigos no se lo esperaban y no tenían efectivos preparados para hacer frente ni al más nimio ejército invasor: todas las ciudades, una tras otra, abrieron sus puertas a los hombres de César. Antonio fue enviado con una fuerza de cinco cohortes de la Legión XIII a ocupar Arretio (la actual Arezzo): no hubo lucha. Poco después, Curión encabezó otra columna hasta Iguvio. El comandante de Pompeyo huyó, sus soldados desertaron y la gente del lugar dio la bienvenida a las cohortes. Desde el principio, César mantuvo una disciplina muy estricta, prohibiendo el pillaje y los actos violentos indiscriminados: sus soldados sólo podían atacar a quien se les opusiera de hecho.^[22]

Absolutamente nadie se esperaba esta forma de actuar de César: incluso gente como Cicerón, que lo conocía personalmente y había albergado esperanzas de evitar la guerra, creía que avanzaría como Sila y Mario, saqueando y masacrando a todos sus oponentes; por el contrario, hizo alarde de su clemencia. Cuando rodeó en Corfinio a la gran fuerza al mando del incompetente Domicio Ahenobarbo, la ciudad se entregó tras un breve asedio. A Ahenobarbo —el rival de Antonio para el cuerpo de augures— y a todos los oficiales de alto rango se les permitió marchar libremente llevándose sus posesiones. Casi todos los soldados cambiaron de bando para unirse a César, que proclamó así «una nueva forma de conquista: la piedad y la generosidad nos hacen».^[23]

Pompeyo enseguida decidió que era imposible defender Roma: tenía muy pocos soldados formados en los que confiar; se hicieron levass, pero llevaría meses adiestrar a esas legiones inexpertas. Todo tendría que improvisarse, y por el momento él y sus seguidores eran una fuerza exigua. Algún exaltado, como Ahenobarbo, quiso obligarle a luchar negándose a obedecer las órdenes de retroceder para unírsele. Los intentos de negociación continuaron, y a veces participó el primo de Antonio, hijo y tocayo de Lucio julio César. Ambos bandos reiteraron su deseo de paz, lo que quizá se debiera en gran medida a que querían ganarse el apoyo de los indecisos. El grueso del Senado, por no hablar de la gente común, no sentía un compromiso mucho mayor para con ninguno de ambos bandos, e intentó permanecer al margen del conflicto.^[24]

Pompeyo se retiró a Bríndisi, en el sur, y empezó a transportar hombres por mar hasta Grecia, donde planeaba reunir un gran ejército y adiestrarlo, echando mano de los recursos de las provincias orientales que él mismo había organizado: cuando estuviera preparado, regresaría y aplastaría a César. En sus propias palabras: «Si Sila

lo hizo, ¿por qué no yo?». César lo persiguió e intentó impedirle la huida, pero no logró bloquear el puerto: Bríndisi cayó, pero sólo después de que Pompeyo y sus tropas hubieran escapado.^[25]

César había ganado la primera campaña, pero seguía siendo un rebelde con muchos y poderosos enemigos sueltos: carecía de los barcos necesarios para seguir a Pompeyo, por lo que en su lugar decidió marchar por tierra hacia España para derrotar allí a las legiones de su rival. Antes tenía que dejar organizado el gobierno de Italia, así que volvió a Roma; pero en un primer momento no entró en la ciudad. Antonio y Casio, tribunos, convocaron al Senado el 1 de abril en un lugar fuera del pomerium; pocos asistieron a esa reunión, y sólo dos eran antiguos cónsules. No obstante, César aprovechó la ocasión para hablar, y más tarde también se defendió ante una Asamblea del Pueblo romano. El Senado decretó que se enviara una embajada a Pompeyo y sus aliados con la esperanza de acordar alguna forma de paz; pero como nadie quiso formar parte de esa delegación, el plan se abandonó. César necesitaba fondos para pagar a sus soldados y tomó dinero del Tesoro de la República, pese a la oposición de otro de los tribunos: esto sucedía a los pocos meses de haberse proclamado dispuesto a luchar por los derechos del tribunado.^[26]

Luego partió a la campaña de España. El hermano de Antonio, Cayo Antonio, recibió el mando de dos legiones y fue enviado al Ilírico, el punto más cercano al enemigo que estaba agrupándose en Grecia. Curión se hizo cargo de las legiones que habían cambiado de bando en Corfinio y fue enviado a Sicilia con órdenes de seguir hasta el norte de África una vez tomada la isla. De camino, el joven noble visitó a Cicerón y, con su habitual franqueza, le dijo que la clemencia era una farsa y que César, dando a conocer su verdadera naturaleza, mucho más cruel, pronto se convertiría en otro Sila.^[27]

Además de generales, César necesitaba administradores. Roma quedó a cargo del hermano menor del cónsul del año 50 a. C., el pretor Marco Emilio Lépido, que más adelante desempeñó un papel importante en la vida de Antonio. El propio Antonio recibió un imperium especial propretoriano que sumó a su cargo de tribuno, y se le encomendó la supervisión del resto de Italia. Los dos fueron nombrados por ser ya magistrados que habían sido elegidos legalmente y por ser de buena familia; aun así, era una responsabilidad sin precedentes para un tribuno. Antonio se regodeó en el poder.^[28]

XI

REINA

Cleopatra tenía unos dieciocho años cuando su padre murió en el año 51 a. C. siendo ella la mayor de los cuatro hijos de Auletes que aún vivían; su hermana Arsínoe era al menos un año menor, y el mayor de sus dos hermanos era un niño de diez. Su padre quería que Ptolomeo XIII y Cleopatra gobernaran juntos. Suele darse por sentado que, conforme a la tradición familiar, se casaron enseguida, pero ninguna fuente lo afirma explícitamente y era poco habitual que un rey ptolemaico tomara una esposa que le llevara tantos años. Por otro lado, dado que la posible boda futura de Ptolomeo XIII con otra mujer podría dar lugar a fricciones entre ésta y la hermana y corregente, el matrimonio entre los monarcas hermanos propiciaba estabilidad en muchos aspectos; también es posible que el casamiento se planeara y no llegara a celebrarse.

No sabemos cómo murió Auletes, ni si su muerte fue repentina o hacía tiempo que se esperaba; esto significa que tampoco se sabe realmente en qué medida preparó el camino de la sucesión. Desde el principio hubo problemas, pues como Ptolomeo XIII era menor, no podía gobernar solo y se imponía una regencia de algún tipo. Entre los Ptolomeos existía la antigua tradición de conceder a los cortesanos importantes el tratamiento de «amigos», o incluso el título más honorable de «parientes», conforme a la costumbre macedonia por la que Alejandro y otros reyes se habían rodeado de un círculo de «compañeros»: varios hombres prominentes cercanos al chico formaron en torno a él una facción no organizada, cuyas figuras dominantes fueron su tutor Teodoto de Samos y el eunuco Potino. No parece que se nombrara oficialmente ni regente ni consejo de regencia: eran sólo un grupo destacado con influencia y control sobre el joven príncipe; cada uno servía a sus propias ambiciones, y lo único que los unía era el deseo de promover la figura de Ptolomeo XIII para así acaparar poder ellos mismos.^[1]

Cleopatra también tenía consejeros y aliados, aunque apenas sepamos nada de ellos porque al ser mayor que su hermano, poseía la suficiente seguridad como para reafirmarse y no dejar que nadie gobernara por ella. Desde el primer día, esto dio lugar a tensiones: sus favoritos sin duda conseguían prestigio y poder en la corte, pero inevitablemente constituían una minoría; los demás veían en ellos a rivales cada vez más poderosos, mientras que su propio predicamento declinaba o, en el mejor de los casos, seguía igual. La alternativa lógica para quienes no llegaban a congraciarse con

la joven reina era volverse hacia su hermano: aumentar su poder beneficiaría a quienes lo arroparan.

La reina adolescente enseguida dejó claras sus intenciones: desatendiendo el testamento de su padre, Cleopatra se proclamó única reina de Egipto. Los documentos oficiales del año 51 a. C. no hacen mención de Ptolomeo XIII, refiriéndose en cambio al «Año Treinta, que es también el Año Uno». La fórmula egipcia para fechar que heredaron los Ptolomeos se basaba en los años de reinado de cada monarca: el Año Treinta fue el último año del gobierno de Auletes..., pasando por alto con gran tacto el intervalo de su exilio; por lo tanto, ese año marcó el final de una era y el comienzo del nuevo gobierno de la reina en solitario. Se hizo llamar «la Diosa que ama al padre» (Thea Philopator), resaltando su conexión con Auletes al tiempo que prescindía del apelativo de «Los que aman a los hermanos» que aquel había dado a sus hijos.

Su gobierno en solitario también quedó reflejado en fuentes menos oficiales: al parecer, un sacerdote de una congregación dedicada al culto de la diosa Isis mandó hacer una estatua para dedicársela a Ptolomeo XII, y al morir el rey, el sacerdote alteró la inscripción aclamando en su lugar a la «Reina Cleopatra Tea Filopátor». Por falta de tiempo o de fondos, o por negligencia, la figura de la estatua, inequívocamente masculina, siguió luciendo el atuendo tradicional del faraón. En la inscripción no figura Ptolomeo XIII.^[2]

El 22 de marzo del año 51 a. C. se celebró una grandiosa ceremonia en Hermontis, en el Alto Egipto, para entronizar a un nuevo toro de Buchis, objeto central de uno de los principales cultos egipcios de un animal: cada vez que moría un toro de Buchis, los sacerdotes lo enterraban cuidadosamente momificado y buscaban un sustituto del tipo, tamaño y color adecuados; en teoría, el toro de Buchis cambiaba de color en el transcurso del día. Numerosos observadores griegos y romanos menospreciaron los cultos egipcios de animales, lo que jamás impidió que su gran popularidad se extendiera de la población indígena a muchos colonos foráneos. El más famoso era el del toro de Apis, con santuario en Menfis, pero había otros. Se creía que el toro de Buchis era una manifestación física del dios de la guerra Montu, y que otras deidades también lo adoraban. Hermontis estaba en la otra orilla del Nilo, en dirección a Tebas, capital del Reino del Alto Egipto, y gozaba de inmenso prestigio.

Esta inscripción de Hermontis registra el enterramiento de ese toro de Buchis más de veinte años después:

Llegó a Tebas, el lugar de su emplazamiento existente ya de antiguo, junto al ancestral Nun, su padre. Fue nombrado por el propio rey el 19 de Famenat del Año Uno [22 de marzo del 51 a. C.]. La Reina, la Dama de las Dos Tierras, la Diosa que Ama al Padre, lo llevó a remo en la barca de Amón junto con todas las barcas del rey, y lo acompañaron todos los habitantes y

sacerdotes de Tebas y Hermontis. Llegó a Hermontis, su morada [...].^[3]

Estas inscripciones eran puro formulismo, y hay que ser cauto antes de sacar conclusiones a partir de sus datos. «Fue nombrado por el propio rey» era la fórmula tradicional, y normalmente no quería decir que el rey hubiera estado realmente presente; de todos modos, no sabemos si se refería a Auletes o, menos probablemente, a Ptolomeo XIII, o si sólo aludía con vaguedad a la propia Cleopatra desempeñando el papel religioso que tradicionalmente correspondía al faraón.

Muchos historiadores han querido tomarse al pie de la letra la inscripción y creen que Cleopatra participó realmente en la ceremonia. Si sucedió así, llama la atención que la nueva reina, llevando tan poco tiempo en el trono, estuviera dispuesta a viajar a la parte meridional de su reino y permanecer alejada de Alejandría y de la corte durante, como poco, varias semanas. Ptolomeo Auletes era generoso con los cultos de los templos, y un viaje así puede verse como una prolongación de esa tutela, llevada un paso más allá por una joven reina que sabía hablar egipcio. Sí parece que el Alto Egipto permaneció siempre leal tanto al padre como a la hija, lo que podría indicar que esa atención era correspondida. Sin duda, Cleopatra siguió construyendo templos y concediendo fondos a los cultos. Otra inscripción registra que entregó dinero para los banquetes ceremoniales que acompañaron al nombramiento de un nuevo toro de Apis; pero en esta ocasión la suma se quedó en cuatrocientas veintiuna monedas de plata: una dádiva que siendo generosa, tampoco era fuera de lo normal.^[4]

Es ciertamente posible que Cleopatra, a los dieciocho años, llegara a descender por el Nilo para participar en los rituales del toro de Buchis. Se dice que le divertía la teatralidad; también puede que sintiera un compromiso real con el culto religioso, o que deseara aparecer en calidad de reina desempeñando un papel muy visible. El «remar» no tiene por qué ir necesariamente más allá de lo simbólico. Aun así, ver en ello un hondo compromiso con la religión y la cultura egipcias tradicionales es mucho suponer, como lo es afirmar que «fue sin lugar a dudas reina de Egipto» en contraste con los Ptolomeos que la precedieron: hemos de recordar que su participación pudo ser enteramente simbólica, limitándose al apoyo financiero y a unas palabras oficiales de aprobación desde la distante Alejandría. Obviamente, los sacerdotes del culto tenían interés en presentar la participación de los monarcas como directa y genuina, en un sentido figurado más que literal. De nuevo, simplemente no se sabe, por lo que esta prueba es una base muy poco sólida para generalizar en torno a la política y las actitudes de Cleopatra.^[5]

EXILIO

No había tradición de ninguna reina ptolemaica que hubiera gobernado sola durante ningún periodo, ni corto ni largo. Cleopatra era inteligente, ambiciosa y competente, pero también joven e inexperta. Tal vez le pareciera posible ser la excepción a esa norma, pero su posición fue siempre precaria; y era difícil contentar constantemente a un número suficiente de cortesanos y nobles. La actitud de Roma era casi igual de vital para ella, pero seguía siendo incierta. Aunque la noticia de la muerte de Auletes había llegado a Roma en el verano del año 51 a. C., el Senado no hizo nada, ni para reconocer a la nueva reina ni para hacer valer el testamento de su padre: muchas otras cuestiones ocupaban el pensamiento de los senadores, y la indiferencia hacia los asuntos de Egipto era general. No olvidemos que obtener el reconocimiento oficial de la República de Roma le había costado a Auletes más de una década orquestando presiones y sobornos.^[6]

A la desastrosa y gratuita invasión de Partia por Craso siguió una ráfaga de duros ataques partos en las provincias romanas. En el año 50 a. C., el procónsul romano que gobernaba Siria era Marco Calpurnio Bíbulo, yerno de Catón. Bíbulo tuvo la mala fortuna de coincidir en el cargo con Julio César: éste, mucho más carismático y competente, le hizo sombra en sucesivas magistraturas. En el 59 a. C. ambos fueron cónsules, y Bíbulo, después de varios intentos fallidos de vetar la legislación de César, se había retirado a su casa, desde donde lanzó una oleada de calumnias contra su colega, sin dejar nunca de proclamar nulos los asuntos públicos basándose en malos augurios. Se decía en chanza que aquel año fue el del consulado de julio y de César más que de César y de Bíbulo.^[7]

Como Cicerón, Bíbulo había dejado Roma de mala gana para salir a gobernar una provincia, pero todo indica que una vez allí había intentado hacer su trabajo lo mejor posible con su escaso talento. Como sólo tenía a su disposición lo que quedaba del ejército de Craso, envió a Alejandría a dos de sus hijos para que reunieran a las tropas gabinianas, lo que sugiere que aún se las consideraba parte del ejército romano aunque también puede ser que Bíbulo simplemente viera a los gabinianos como ciudadanos romanos y, por lo tanto, obligados a servir a la causa de la República. Fuera cual fuera la opinión de Bíbulo, los gabinianos y sus oficiales no reconocieron su autoridad: no sólo se negaron a abandonar Egipto, sino que además asesinaron a los hijos del procónsul en el acto.

Cleopatra mandó arrestar a los cabecillas y los envió a Bíbulo encadenados para que los castigara. Una fuente afirma: «No había mayor favor para quien lloraba una muerte; pero cuando se lo sirvieron, Bíbulo contuvo su dolor e inmediatamente devolvió ilesos a Cleopatra a los asesinos de la carne de su carne, alegando que la potestad de castigarlos correspondía al Senado y no a él».^[8]

La joven reina había demostrado su lealtad a Roma y afirmado cierto control sobre los gabinianos, que componían una parte importante del ejército real. No se sabe qué pasó con los prisioneros después de que Bíbulo los devolviera. Cleopatra los había arrestado, pero no consiguió que los gabinianos fueran a Siria, si es que ése

había sido su deseo. La buena disposición de la reina a la hora de entregar a esos oficiales para su ejecución seguramente no le granjearía las simpatías de sus colegas.

Gran parte de la impopularidad de Auletes en el 58 a. C. se había debido a su adulación del poder de Roma. Al parecer muchos alejandrinos, sobre todo entre los ricos e influyentes, tomaron a mal esa actitud, y es más que probable que la actuación de Cleopatra tras el asesinato de los hijos de Bíbulo suscitara una reacción parecida, pero hay que ser prudentes y no llevar esto demasiado lejos: no se trataba de una simple cuestión de facciones de la corte a favor y en contra de Roma, sino más bien de que la facción reunida en torno al hermano de la reina querría aprovechar cualquier paso dado por ella que pudiera percibirse como una debilidad o un error. El descontento entre los oficiales del ejército debilitó a Cleopatra y ayudó a hombres como Potino y Teodoto.

En algún momento del año 50 a. C., el gobierno en solitario de la reina llegó a su fin y la obligaron a reconocer a su hermano como corregente. Parece que durante un tiempo los dos cooperaron, al menos oficialmente: hay relativamente pocos documentos oficiales de este periodo, pero el nombre de Ptolomeo XIII figura el primero con más frecuencia que a la inversa, lo que tal vez sólo fuera porque en general se consideraba al rey el corregente que primaba, pero tal vez reflejara el equilibrio real de poder. El 27 de octubre se expidió un decreto firmado por el rey y la reina que prohibía a las localidades almacenar el excedente de la cosecha y ordenaba que se transportara todo a Alejandría; se impondría la pena de muerte a quien violara el decreto y «quien así lo desee podrá informar [...] de contravenciones a esta orden, entendiéndose que recibirá un tercio de la propiedad de la persona juzgada culpable, y, si fuera esclavo, será liberado además de recibir la sexta parte». La dureza de las penas por violar decretos reales no era poco habitual.^[9]

En esta ocasión, al parecer había habido malas cosechas durante varios años consecutivos de crecidas bajas, al tiempo que la burocracia real presionaba mucho para recaudar impuestos sobre la producción. Otros documentos del periodo apuntan a una escasez aguda y generalizada. Algunos campesinos tomaban la senda tradicional de protesta: abandonar las tierras que les correspondía trabajar.

Alejandría era grande y su población muy dada a los tumultos. La escasez de comida siempre había sido causa de disturbios capaces de desestabilizar rápidamente cualquier régimen y, por consiguiente, el decreto real quizá sólo se encaminara a asegurar que por grave que fuera la situación, los habitantes de la gran ciudad dispusieran de suficientes alimentos; pero quizá hubiera algo más: algunos estudiosos han sugerido que Cleopatra ya había dejado la ciudad para ir al Alto Egipto a recabar apoyo contra su hermano. De ser así, puede que la ley se encaminara a impedirle el acceso a las provisiones que iba a necesitar para alimentar al ejército que reuniera.^[10]

Es más probable que las relaciones entre hermano y hermana aún no hubieran estallado en un conflicto abierto, y que la medida estuviera pensada para mantener todos los recursos bajo la estrecha supervisión del círculo de Ptolomeo y disuadir así

a Cleopatra de recurrir a una resistencia declarada; es más que posible que durante un año o así imperara una agitada tregua, como había sucedido a veces entre Ptolomeo Fison y sus dos reinas.

A finales del 50 a. C. el sistema oficial de fechas ya hablaba del «Año Uno, que es también el Año Tres», aludiendo claramente el primero al reinado de Ptolomeo XIII. Es posible que Cleopatra siguiera en Alejandría cuando Pompeyo envió a Cneo Pompeyo, su hijo mayor, a la corte real en el 49 a. C. Ya fuera de Italia, Pompeyo y sus aliados organizaban el gran ejército cuyo objetivo era aplastar a César, bien en Macedonia o retornando a la propia Italia: de ahí los emisarios enviados para reunir hombres y recursos de todas las provincias y reinos aliados del Mediterráneo oriental; y es perfectamente posible que el antiguo lazo de Pompeyo con Auletes lo animara a enviar a su hijo a la corte ptolemaica, aunque muy probablemente también visitara otras regiones. Cneo obtuvo al menos parte de lo que solicitó: quinientos soldados de caballería galos y germánicos integrantes de las fuerzas gabinianas fueron a unirse al ejército de Pompeyo, cuyas legiones contaban con numerosos contingentes de tropas aliadas que las apoyaban. Cneo recibió además sesenta barcos de guerra a remos, al parecer totalmente equipados y con sus tripulaciones. Egipto también envió trigo para alimentar a los hombres de Pompeyo. [11]

Plutarco afirma que Cleopatra —que a la sazón rondaría los veinte años— sedujo a Cneo Pompeyo, pero ninguna otra fuente lo menciona y es muy improbable que Octavio y sus propagandistas fueran a dejar de esgrimir tal acusación contra la reina; puede que ella llegara a conocer al enviado romano, aunque no se sabe, pero sin duda éste salió de allí con la total certeza de que quienes mandaban en el reino eran los consejeros de Ptolomeo XIII. Los senadores que acompañaban al ejército de Pompeyo se consideraban el legítimo consejo que gobernaba la República, pese a hallarse lejos de Roma, y cuando Cneo Pompeyo regresó, se reunieron para proclamar el reconocimiento oficial del gobierno del joven Ptolomeo XIII, sin hacer absolutamente ninguna mención a su hermana. Tampoco hay ningún indicio de que la ayuda de Ptolomeo a los romanos fuera en modo alguno impopular entre sus súbditos, lo que señala el error de ver que aquí todo se resumía en una simple lucha entre facciones a favor y en contra de Roma. [12]

En algún momento de finales del 49 o principios del 48 a. C., Cleopatra dejó Alejandría para reunir un ejército, y Arsínoe la acompañó. Según una fuente muy posterior, primero fueron al Alto Egipto, buscando apoyo en la Tebaida. Quizá el número de quienes se unieron a la causa de la reina no fue suficiente, pero también puede ser que su hermano restringiera mucho el suministro de comida; por la razón que fuera, ambas hermanas huyeron a Siria: en sólo unos años, Cleopatra había pasado de ser reina a estar en el exilio. [13]

Su padre había sido el último de los Ptolomeos, que no el único, que tras ser expulsado de su reino posteriormente recuperó el poder. Cleopatra no se resignó a su

destino, sino que decidió reunir fuerzas suficientes para poder derrotar a su hermano y a sus consejeros, o al menos negociar con ellos. La ciudad de Ascalón, en la costa de Palestina, le dio una calurosa bienvenida. Originalmente una de las cinco principales ciudades filisteas de tiempos del Antiguo Testamento, ahora era un puerto muy activo. La alianza de esta ciudad con los Ptolomeos había posibilitado su independencia del reino de Judea; en señal de gratitud, se habían acuñado monedas con el símbolo del águila de los Ptolomeos en diversas ocasiones, y en esas fechas se emitió una serie con la cabeza de Cleopatra: éstas son las estampas que acentuaban los rasgos de la familia, los ojos grandes y la nariz ganchuda y prominente, que respaldaban la legitimidad de sus aspiraciones al poder.^[14]

No está claro por qué los dirigentes de Ascalón decidieron apoyar a Cleopatra contra su hermano; quizá también llegara ayuda procedente de otras instancias, y es posible que contratara o recibiera tropas del reino nabateo, con capital en la famosa ciudad de Petra: en el verano del año 48 a. C. Cleopatra había reunido un ejército y se disponía a volver.

Ptolomeo XIII y sus ministros estaban al tanto del inminente regreso de sus hermanas. El ejército real formó bajo el mando del general Aquilas, que entonces se unió a Potino y Teodoto en el círculo interno que controlaba al joven rey. Julio César afirma que:

Aquilas (...) tenía una fuerza de veinte mil efectivos formada por los antiguos soldados de Gabinio (...). A estos había sumado hombres reclutados entre los rufianes y bandidos de Siria y de la provincia de Cilicia y comarcas vecinas. Entre tanto, muchos criminales condenados y exiliados se les habían unido; nuestros esclavos huidos también tenían la seguridad de ser bien recibidos en Alejandría si se alistaban en el ejército. Si a alguno lo prendía su propietario, lo salvaba el apoyo general de los demás soldados.^[15]

Era una fuerza ingente, mejor adiestrada y con más experiencia que el ejército que Cleopatra había logrado formar. Dar muestras de suprema confianza siempre ha sido importante en una guerra civil, pues la prudencia enseguida se interpreta como debilidad, y eso podría llevar a la gente a preguntarse si cambiar de bando. Ptolomeo XIII era todavía un adolescente, pero vistió una espléndida armadura y el manto real para dirigir a sus soldados en persona. Es improbable que la facción que lo rodeaba quisiera alejar al chico de su vista y su estrecha supervisión; también es improbable que confiaran unos en otros.^[16]

Aquilas no se quedó en Pelusio esperando el enfrentamiento con los invasores, sino que llevó a su contingente unos cincuenta kilómetros más al este para esperarlos en el monte Casio. Era una apuesta arriesgada; y adelantarse, otra expresión de confianza. Cuando llegó el ejército de Cleopatra, se posicionó enfrente. Durante días

los dos ejércitos se limitaron a mirarse cara a cara. Esto era habitual en la guerra antigua; normalmente la batalla requería el consentimiento de ambos bandos. Si un ejército permanecía en una posición fuerte, era raro que el contrario quisiera atacar en tal desventaja. El ejército de Ptolomeo probablemente era muy superior al de su hermana: la invasión de Egipto por Cleopatra encalló antes de haberse iniciado realmente.

Luego Pompeyo Magno pisaba Egipto por primera vez en su larga trayectoria.

XII

GUERRA CIVIL

Pompeyo lo había tenido todo a su favor para ganar la guerra civil, pues disponía de muchos más recursos y de un apoyo político aparentemente mucho más amplio; había perdido Italia, pero eso había sido más que nada un golpe a su prestigio, y no redujo seriamente su capacidad para el combate. En el verano del año 49 a. C., César había superado estratégicamente a los ejércitos pompeyanos en España, obligándolos a rendirse. A los jefes los dejaron ir y, como era su deber, retornaron a Pompeyo; los oficiales de menor rango y los soldados cambiaron de bando o se desmovilizaron. Aunque las legiones pompeyanas de España eran las más curtidas a su mando, les cortaron la retirada en una trampa estratégica; pero para Pompeyo, aquella no era una batalla decisiva. Si César hubiera perdido, la guerra civil habría terminado, ya que el rebelde no podía permitirse ni una sola derrota; para Pompeyo sólo fue un descalabro, y lo importante de ese enfrentamiento era que le había dado el tiempo que necesitaba a fin de prepararse para la hora de la verdad. La organización siempre había sido el punto fuerte de Pompeyo, que ya tenía cincuenta y ocho años y rejuvenecía a ojos vistas reclutando y adiestrando a su ejército en Grecia.^[1]

Por otro lado, le llegaban noticias alentadoras de otros teatros de operaciones donde los oficiales de César no habían logrado emular sus éxitos. Cayo Antonio llevó una legión y media al Ilírico, donde sufrió una derrota y lo capturaron. A Curión le fue bien al principio frente a una débil resistencia y disfrutó de una incruenta victoria en Sicilia: un revés menor para la causa de Pompeyo. El comandante de Pompeyo en la isla era Catón, que ante la precariedad de sus tropas, decidió no dilapidar las vidas de los ciudadanos en una defensa vana y abandonó para irse a Grecia. Curión llevó entonces dos de sus cuatro legiones al norte de África. Como la escasez de barcos de transporte limitaba mucho a los cesarianos —ya había impedido al propio César cruzar el Adriático en pos de Pompeyo—, la invasión era un albur; en un principio los resultados compensaron el riesgo, y las legiones pompeyanas recién capturadas fueron notablemente leales a Curión, registrándose contadas deserciones. Aplastaron a un contingente enemigo al módico precio de una sola baja. Curión apenas tenía experiencia militar, pero era audaz y carismático; también luchaba contra un adversario que había reclutado sus tropas a toda prisa y sólo disponía de oficiales bisoños. En las primeras campañas de la guerra civil, una elevada proporción de los soldados de ambos bandos eran novatos sin preparación.

Luego las cosas empezaron a torcerse. El rey juba de Numidia era un aliado incondicional de Pompeyo; en gran medida, porque cuando había acudido a Roma en una embajada tanto César como Curión lo insultaron. Basándose en información falsa, Curión hizo avanzar a sus hombres a marchas forzadas para emboscar a la vanguardia del rey; consiguió una victoria menor, pero más tarde se dio cuenta de que todo el ejército númera estaba cercando su posición. Impulsivamente, decidió plantar cara, y cayó en una batalla de la que muy pocos de sus hombres lograron salir: el pánico se apoderó de los supervivientes convirtiéndolos en una horda de fugitivos que, al llegar al campamento base donde las tropas de César habían quedado emplazadas en la costa, desataron el caos y hundieron las naves que intentaban llevarlos. El historiador Asinio Polión fue de los pocos que logró cruzar el mar hasta Sicilia: Juba, pese a las protestas de sus aliados romanos, ejecutó a todos los que se entregaron.^[2]

A finales del año 49 a. C., uno de los hermanos de Antonio había caído preso del enemigo y pudo ver cómo presentaban triunfalmente al rey juba la cabeza cortada de su viejo amigo Curión; su primo Lucio Julio César, más joven que él, pereció en la guerra luchando con el bando de Pompeyo en África, y el padre del muchacho siguió siendo cesariano: la aristocracia romana era una piña donde todos tenían contactos en el bando opuesto.

La brecha en la clase senatorial no la dividía en partes iguales, y sus miembros más prominentes —casi la mitad de los antiguos cónsules, por ejemplo— apoyaron activamente a Pompeyo, confiriéndole una legitimidad y una fuerza política que César no podía igualar: había vencido en Italia y España, pero era un rebelde, de lo que se valieron los pompeyanos para alegar que actuaban en defensa de la República. Muy pocos antiguos cónsules apoyaron abiertamente a César, entre ellos tres políticos desacreditados a los que levantó el castigo del destierro. Uno fue Gabinio, y otro un tío de Antonio, Cayo Antonio; aunque más tarde el sobrino iba a ser acusado de no haber intercedido por él ante César. Cicerón despreciaba a los cesarianos, tildando de «populacho» a los que vio en compañía de su comandante en marzo del año 49 a. C.^[3]

Un buen número de cesarianos provenía de familias nobles, como Antonio y Curión; pero en general eran jóvenes con fama de calaveras y de radicales en política, características ambas que les habían llevado a dilapidar sus herencias. Los adeptos a César de más edad eran fracasados y desesperados, descendientes de los que habían respaldado a Mario y pagado el precio, supervivientes de la rebelión de Catilina y políticos metidos en problemas con la justicia. César tenía un historial de generosidad probado, y hasta a los bandidos prometía recompensarlos bien si se ponían lealmente a su servicio. Algunos sólo calcularon pragmáticamente quién tenía más probabilidades de salir vencedor en el conflicto, como Celio —el que mantenía correspondencia con Cicerón—, que a pesar de creer en la causa de Pompeyo, decidió alinearse con César porque su ejército le parecía el mejor.^[4]

Los pompeyanos tenían poco que ofrecer a hombres como Antonio, mientras que César no sólo prometía generosas recompensas tras la victoria, sino la oportunidad inmediata de asumir importantes mandos y competencias. Entre los simpatizantes de Pompeyo había numerosos antiguos cónsules o pretores, hombres que ya habían gobernado provincias y mandado ejércitos, y que esperaban desempeñar cometidos acordes con su condición: de haber sido pompeyano, era inconcebible que a Antonio, que tenía treinta y cuatro años, se le hubiera encomendado bajo ninguna circunstancia un cometido tan importante como la administración de Italia.

César tenía muchos menos hombres distinguidos a los que recurrir. Antonio era magistrado electo además de un Antonio, y ambas cosas lo cualificaban para ese cometido por encima de casi cualquier otro cesaria no. También está claro que César confiaba en su capacidad para asumir esa responsabilidad, aunque es reseñable que de momento decidiera no darle un papel más claramente militar; como hemos visto, la experiencia militar de Antonio era aún relativamente modesta, y es muy posible que hubiera sido administrador tanto tiempo como soldado, o más, durante los años que pasó en la Galia. César sí llevó consigo a su compañero tribuno Casio Longino a la campaña española, y allí lo dejó como gobernador provincial. Casio tenía un hermano y un primo luchando con Pompeyo; pero su nombramiento resultó errado por otras razones.

Antonio lo hizo mejor como tribuno con poder propretoriano en Italia. La paz se mantuvo sin nuevos brotes de violencia de la resistencia pompeyana; entre tanto, se avanzaba en la preparación del ejército y la flota para cruzar el mar hasta Macedonia. Es imposible saber si ambas cosas fueron o no, y en qué medida, fruto de la actuación personal de Antonio, pues tenemos muy poca información sobre estos meses. Plutarco nos dice que era enérgico organizando y adiestrando a las tropas, y popular entre los soldados por su generosidad; debió de mostrar menos brío, en cambio, cuando se trataba de atender peticiones procedentes de civiles. Al parecer, viajó mucho y visitó muchas de las ciudades de Italia; la gente se fijaba en Antonio porque exhibía su poder, lo que no siempre beneficiaba a la causa de César. Cicerón declara:

El tribuno de la plebe iba en un carro de guerra británico precedido de lictores que llevaban coronas de laurel [símbolo de la victoria], y en el centro iba una actriz de pantomima en una litera abierta; los hombres respetables de las ciudades se veían obligados a saludarla y a llamarla Volumnia, y no por su nombre artístico. Los seguían los impúdicos compañeros del tribuno —toda una panda de proxenetas—, y detrás iba su madre, acompañando a la amante del perverso hijo como si fuera su nuera.^[5]

Esta descripción procede de un discurso pronunciado años después, pero aunque quizá exagerara un poco, pruebas de la época atestiguan que el orador no se inventó toda la historia. En mayo del año 49 a. C. mencionaba en una carta que Antonio solía

llevar a su amante «por ahí en una litera abierta como si fuera una segunda esposa, y tenía otras siete literas para amigos y [...]».^[6]

En el transcurso de esos años Antonio se había casado por segunda vez; no se sabe qué ocurrió con su primera esposa, pero tal vez se divorciara de ella por ser su familia poco distinguida. Y se casó con una prima, la hija de Cayo Antonio, vínculo que hacía parecer aún más extraño lo poco que alentó a César a reclamar el regreso de Cayo Antonio, aunque no parece que fuera un matrimonio feliz: un año después se divorció de Antonia en medio de rumores de que ella tenía un amante. Las habladurías también cuentan que Antonio tuvo aventuras con varias mujeres casadas, pero la sociedad romana no daba igual licencia a la esposa que al marido.^[7]

Antonio reservaba la pasión para su amante, con quien mantuvo una relación que duró varios años. Esclava liberada, el nombre de Volumnia era la forma femenina del nombre de su antiguo dueño; su nombre artístico era Cíteris. Muchos nobles romanos tenían una amante. Las cortesanas, algunas de las cuales llegaron a hacerse famosas, formaban una clase aparte de mujeres; solían ser extranjeras, y a menudo esclavas liberadas, pero eran cultas e ingeniosas, tenían estilo y muchas sabían cantar, bailar y tocar instrumentos. Unas cuantas, como Cíteris, habían llegado a la fama subidas a las tablas de las pantomimas: historias contadas a través de la danza y la música en las que intervenían mujeres, a diferencia del drama, donde los papeles femeninos solían interpretarlos actores varones.^[8]

Una amante así no podía darse por segura: los pretendientes competían por los favores de estas mujeres ofreciéndoles regalos y, en último término, facilitándoles una casa o un apartamento para vivir; ambas partes sabían que la aventura no iba a durar siempre, y la amante podía finalizarla si encontraba un protector más atractivo. Las amantes caras, que podían halagar a los hombres y coquetear con ellos de una forma socialmente inaceptable para una esposa, ofrecían una compañía excitante y llena de sofisticación y atrevidos devaneos, pero sin compromiso a largo plazo. Cíteris ya había tenido una aventura con el hijo de Servilla, Bruto, cuyo carácter sobrio y dado a la filosofía era muy opuesto al de Antonio. Los hijos varones de los senadores gozaban de bastante libertad en la adolescencia, etapa que para los romanos duraba hasta bien entrada la treintena; pero lo propio era que mostraran al menos cierta discreción, y no parece que Antonio dominara nunca esa cualidad, ni la considerara necesaria siquiera. Circulaba la historia de que tenía un carro de guerra tirado por leones en lugar de caballos; fuera real o no ese experimento tan absurdo, poco práctico y peligroso, da una idea de lo que la gente podía llegar a creer de él.^[9]

Exhibía su poder con tanta impudicia como vulgaridad, y daba la impresión de dedicarse a la diversión, a la disipación y al lujo en vez de trabajar con diligencia. Para Cicerón, esto confirmaba sus peores temores de que César acabaría por quitarse la máscara de su clemencia para decretar un baño de sangre. El orador creía innecesaria la guerra y había abogado por un acuerdo negociado. La militancia de muchos de los principales senadores le escandalizó, y más tarde le apesadumbró el

abandono masivo de Roma primero y después de toda Italia; pero aún se sentía cercano a Pompeyo y más cómodo en su bando y el de sus aliados que en el de César y su «populacho», y se quedó en Italia durante un tiempo sin intervenir en las sesiones del Senado en Roma ni comprometerse en modo alguno con César. Su protegido Celio Rufo y varios amigos que apoyaron a César le animaron repetidas veces a dar el mismo paso, o al menos a mantenerse neutral; otro de quienes lo animaban era su yerno Dolabela, pero Cicerón lo despreciaba: el matrimonio de su hija lo había acordado su mujer estando él ausente en Cilicia y sin contar con su aprobación.^[10]

Antonio no quitaba el ojo de encima a Cicerón, pues era evidente que el famoso orador estaba tentado de dejar el país y unirse a los pompeyanos. A primeros de mayo, Cicerón afirmaba haber escrito al tribuno muchas veces asegurándole que no tenía previsto hacer nada precipitado pero expresando su deseo de ir al extranjero, tal vez a Malta, para evitar toda participación en la guerra. Antonio le había contestado:

Si no le tuviera tanto afecto —mucho más de lo que piensa—, no me habría inquietado el rumor que corre sobre usted, sobre todo porque no le doy crédito; pero como le tengo tanto aprecio, no voy a fingir que el informe, aun siendo falso, no me preocupe sobremedida. Que esté a punto de marchar al extranjero no lo puedo creer, dado su amor por Dolabela y su [hija] Tulia, la mejor de las mujeres, y dada la alta estima en que aquí todos le tenemos (...). Pero aun tratándose de chismorreos, me pareció impropio de un amigo no preocuparme, sobre todo porque nuestro desacuerdo me puso las cosas más difíciles, todo ello debido más a mi celo [Antonio usa la palabra griega] que a ninguna mala jugada por su parte; pues deseo asegurarle que, aparte de César, a nadie estimo tanto como a usted, y que estoy seguro de que César cuenta a Marco Cicerón entre sus mejores amigos. Y por ello, mi querido Cicerón, le suplico que no cometa un error (...), y no huya de alguien [César] que, aunque no pueda amarlo —pues eso ahora es imposible—, siempre querrá verle a usted a salvo y tenido en el más alto honor.^[11]

Una vez más, Cicerón comunicó a Antonio su determinación de mantenerse neutral y le pidió permiso para salir de Italia y marchar a algún lugar pacífico. Antonio no le ayudó:

Su plan es del todo correcto, pues quien desea permanecer neutral no tendría que dejar su patria, mientras que quien se va, se entiende que se ha decantado por un bando o el otro. Sin embargo, no me corresponde a mí determinar el derecho de nadie a irse. La tarea que César me ha encomendado es no permitir que nadie abandone Italia. En realidad, no importa lo que yo

piense de su plan, ya que no me está permitido dejarlo marchar. Creo que debería usted escribir a César y pedirle su consentimiento. No me cabe ninguna duda de que lo obtendrá, especialmente si le habla de nuestra amistad.^[12]

Tal vez en esto hubiera algo de pantalla de humo, pues Cicerón ya había dispuesto en secreto un barco que lo sacara del país; cuando al fin se marchó, fue para acudir directamente a Pompeyo.

MACEDONIA

César volvió de la campaña española en otoño del año 49 a. C. De camino tuvo que hacer frente al motín de la Legión IX, acampada en el norte de Italia. Los soldados protestaban porque aún no habían recibido las recompensas prometidas, pero se decía que la verdadera causa era la férrea disciplina que prohibía el pillaje. El hastío de una tregua en el combate propició el descontento. César arrestó a los cabecillas y ejecutó a unos cuantos, restaurando el orden con toda celeridad.^[13]

No había cónsul para presidir las elecciones consulares del año 48 a. C., y César sugirió que dejaran esa función al pretor Lépido, pero el colegio de augures se negó. Presumiblemente, Antonio votó a favor, y aunque tanto Pompeyo como Cicerón estaban en Macedonia, los demás miembros del sacerdocio seguramente bastaron para vetar la idea. Así pues, César se hizo declarar dictador por Lépido y él mismo celebró las elecciones. Era frecuente que se nombrara un dictador para supervisar las votaciones cuando no había cónsul, pero nunca antes lo había nombrado un pretor: la legalidad era dudosa, pero no había otra solución a primera vista. Los senadores del bando de Pompeyo no osaron celebrar elecciones propias, sino que se limitaron a renovar el mando de todos los magistrados electos de su bando.^[14]

César fue elegido para su segundo consulado junto con Publio Servilio Vatia Isaúrico como colega, y seguidamente renunció a la dictadura. Ansioso de proseguir la guerra, a los once días salió de Roma para unirse al ejército que se concentraba en Bríndisi. Antonio y los demás oficiales habían reunido un número considerable de barcos de transporte, pero todavía no los suficientes, ni mucho menos, para llevar a todo el ejército; y sólo una docena de naves de guerra como escolta. Reduciendo el bagaje a lo justo, César acopló a quince mil legionarios y quinientos soldados de caballería en estas naves disponibles. Y el 4 de enero del 48 a. C. zarpó, llegando al Epiro y desembarcando sin topar con el enemigo.

No parece que Antonio fuera elegido para ninguna magistratura ese año, pero

siguió ejerciendo su imperium, bien por la renovación del tribunado extraordinario, bien por ser ahora legado de César. No acompañó a la expedición que marchó a Grecia, sino que fue de los que se quedaron atrás con órdenes de reclutar más soldados lo más rápido posible; algo que acabó llevando más tiempo de lo esperado. César había logrado llegar por sorpresa cruzando el mar, pues los hombres de Pompeyo no pensaban que fuera a arriesgarse a la travesía ni a iniciar una campaña en invierno. Ahora esperaban con su flota de unos quinientos barcos de guerra bajo el mando global de Bíbulo.^[15]

Durante un tiempo fue imposible romper el bloqueo, y Bíbulo demostró ser un adversario especialmente cruento, incendiando las naves capturadas con las tripulaciones a bordo: su deliberada atrocidad tuvo algo de estrategia destinada a aterrorizar al enemigo; también estaban los largos años de envidia y odio a César, y seguramente el resentimiento de un padre por el asesinato de sus hijos. Los barcos llevaban dotaciones de remeros muy grandes en relación a su tamaño, y había poco espacio para comida y agua fresca; por eso la marina dependía mucho de las bases terrestres. César intentó romper el bloqueo tomando puertos y zonas del litoral accesibles al desembarco. Durante aquella dura campaña, Bíbulo, exhausto, cayó enfermo y murió.^[16]

El bloqueo continuaba, y César seguía sin poder recibir noticias, suministros ni hombres. Se dice que al cabo de varias semanas llegó a la conclusión de que el único modo de salir de aquel estancamiento era regresar él mismo a Italia; escabulléndose del campamento, zarpó en secreto en una pequeña barca acompañado de unos cuantos esclavos. Pese a su inmensa seguridad en sí mismo —cuando la tormenta arreciaba, le aseguró al capitán de la embarcación que todo iría bien porque «llevaba a bordo a César y la buena suerte de César»—, al final el temporal les obligó a dar la vuelta. Según otra versión, envió emisarios con instrucciones de convocar al resto del ejército. La orden tenía que llegar primero a Gabinio, y si éste no obedecía al instante, a continuación pasaría a Antonio, y por último, si Antonio no actuaba, a un tercer oficial.^[17]

Es probable que esta última versión fuera inventada, pues no hay pruebas fidedignas de que la lealtad de sus oficiales se pusiera nunca en tela de juicio; puede que César se inquietara, aunque como de costumbre, sus Comentarios presentan una estampa de total confianza en su éxito final. De hecho, parece que Antonio se empleó a fondo para cruzar el Adriático, puesto que las escuadras de Pompeyo no sólo patrullaban el mar, también habían atacado la propia Bríndisi para intentar así cerrar completamente el puerto. En una ocasión, Antonio planeó una emboscada atrayendo a los barcos enemigos a las proximidades del puerto y arrollándolos luego con un enjambre de pequeños botes remeros llenos hasta arriba de soldados. Ante ese éxito y ante su dificultad de desembarcar para conseguir agua sin caer presa de las patrullas de caballería de César, la escuadra de Pompeyo se replegó.^[18]

Antonio acabó rompiendo el bloqueo, y el 10 de abril dirigió a unos diez mil

legionarios y ochocientos soldados de caballería en el desembarco de Liso, en el norte de Grecia. Era el mayor mando independiente de su trayectoria hasta el momento, y lo desempeñó con competencia; pero no duró mucho. César supo de su llegada, y las dos mitades del ejército cesariano se unieron antes de que Pompeyo pudiera intervenir. El ejército pompeyano todavía tenía mucha ventaja numérica, sobre todo en la caballería, pero casi todos los legionarios cesarianos eran veteranos seguros de la victoria. César ofreció batalla y, cuando Pompeyo declinó arriesgarse al combate, decidió atacar el principal depósito de suministros de los pompeyanos en la costa de Dirraquio. Pompeyo enseguida se apercibió de lo que pasaba y logró llegar primero.

Fracasado su ataque por sorpresa, César recurrió al bloqueo intentando cercar a los pompeyanos contra el mar mediante la construcción de una línea de fortificaciones en posición de ventaja. Pompeyo respondió ordenando a sus hombres levantar también una línea fortificada rápidamente, antes que el enemigo, e impedir así que los rodeara por completo. Los hombres de César se entregaron al trabajo en cuerpo y alma, como habían hecho en Alesia. Antonio ahora mandaba la Legión IX, la formación de veteranos que se había amotinado el año anterior; los curtidos soldados —esta legión, creada antes de la llegada de César a la Galia en el año 58 a. C., llevaba en campaña constante desde entonces— descritos por su general como «veteranos de valor excepcional» trabajaron y lucharon denodadamente una vez más.

[19]

Hubo una serie de refriegas para controlar las posiciones de ventaja donde iban a erigirse las obras de defensa. La Novena enseguida tomó un collado y empezó a construir su fortín, pero pronto se vio bajo una lluvia de artillería lanzada por pelotones destacados enemigos; las bajas iban en aumento, y César ordenó la retirada, pero cuando retrocedían, el enemigo de nuevo los puso en aprietos. Acudieron más legionarios para cubrir la retirada, y como no quería que el enemigo pensara que había espantado a sus hombres, César dio órdenes a Antonio de contraatacar monte arriba; lo que hizo, y la Novena aplastó a sus perseguidores infligiéndoles serias pérdidas. Después pudieron retirarse con tranquilidad.

[20]

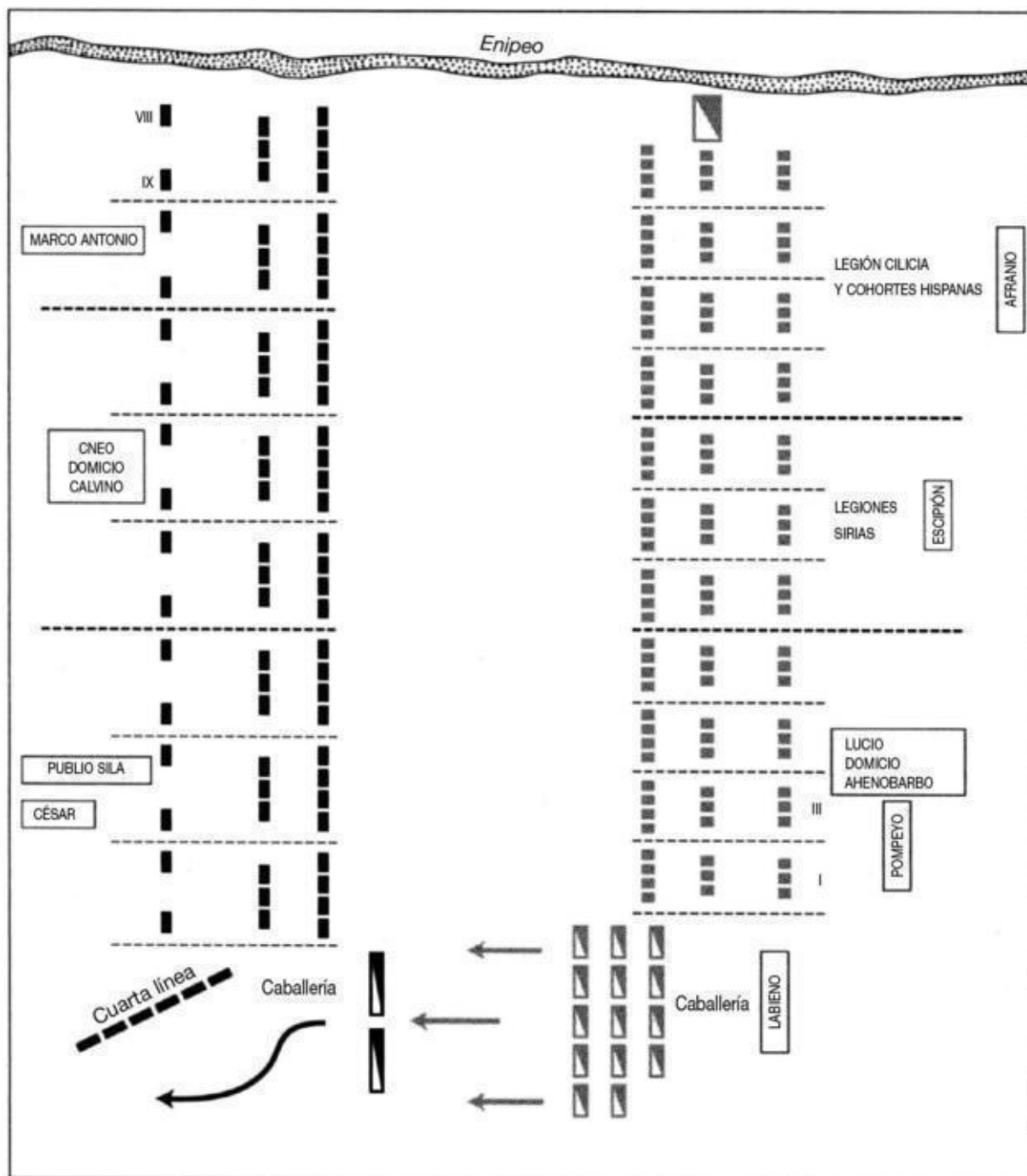
Pompeyo tenía una gran fuerza de caballería. En la pequeña llanura de las afueras de Dirraquio había poco forraje, y los caballos empezaban a sufrir; pero en términos generales, sus hombres tenían más comida que los soldados de César, que tenían que conformarse con raciones mínimas. Algunos recogían la raíz local llamada charax y la cocían haciendo una especie de pan. Pompeyo tenía muchos más efectivos, y al estar en el lado interior, la línea fortificada que tenían que construir no era tan larga: era una carrera imposible de ganar para los hombres de César, y pronto quedó claro que no llegarían a cerrar el cerco. Aun así, repelieron los sucesivos ataques de Pompeyo a lo largo de la línea: tres cohortes de la Novena lograron defender un fuerte un día entero, aunque casi todos los hombres resultaron heridos. Según César, recogieron treinta mil flechas enemigas en el interior del fuerte, y el escudo de un

centurión recibió el impacto de no menos de ciento veinte proyectiles; el centurión perdió un ojo en la contienda, pero siguió en pie y luchando. Antonio llevó hasta allí las reservas, que al final repelieron a los atacantes.^[21]

No obstante, la presión no cejó: tras un paréntesis para que sus hombres pudieran reforzar la línea, Pompeyo lanzó otra acometida que por fin abrió un boquete en un sector vulnerable de la línea de César, quien a su vez contraatacó asaltando lo que parecía ser un campamento enemigo aislado defendido sólo por una legión. La Novena formaba parte del contingente de treinta y tres cohortes que envió a destruir esa posición, pero tras la ventaja inicial, los atacantes se desorientaron y el asalto se frustró. El fracaso se tornó en pánico con la rápida llegada de los refuerzos enviados por el enemigo. Las tropas de César retrocedieron y sufrieron muchas bajas: novecientos sesenta soldados y treinta y dos tribunos y centuriones. Además, los pompeyanos tomaron treinta y dos estandartes, y prisioneros que más tarde ejecutaron.^[22]

Fue un grave revés que obligó a César a reconocer el fracaso en su objetivo; tenía poco sentido quedarse donde estaba y dejar que los soldados padecieran penalidades sin perspectivas de éxito. A cubierto de la oscuridad, hizo sacar de allí los pertrechos y a los heridos, con la protección de una sola legión. El grueso del ejército los siguió después, pero dejó una retaguardia para engañar al enemigo convenciéndolo de que no estaba pasando nada; poco después, también este grupo emprendió la marcha. Cuando Pompeyo al fin se percató de lo que sucedía, envió tras ellos a su caballería. La caballería de César era inferior en número, y es probable que sus monturas estuvieran tan maltrechas como las de la caballería enemiga; pero con el apoyo de una nutrida fuerza de legionarios ahuyentaron a los perseguidores.^[23]

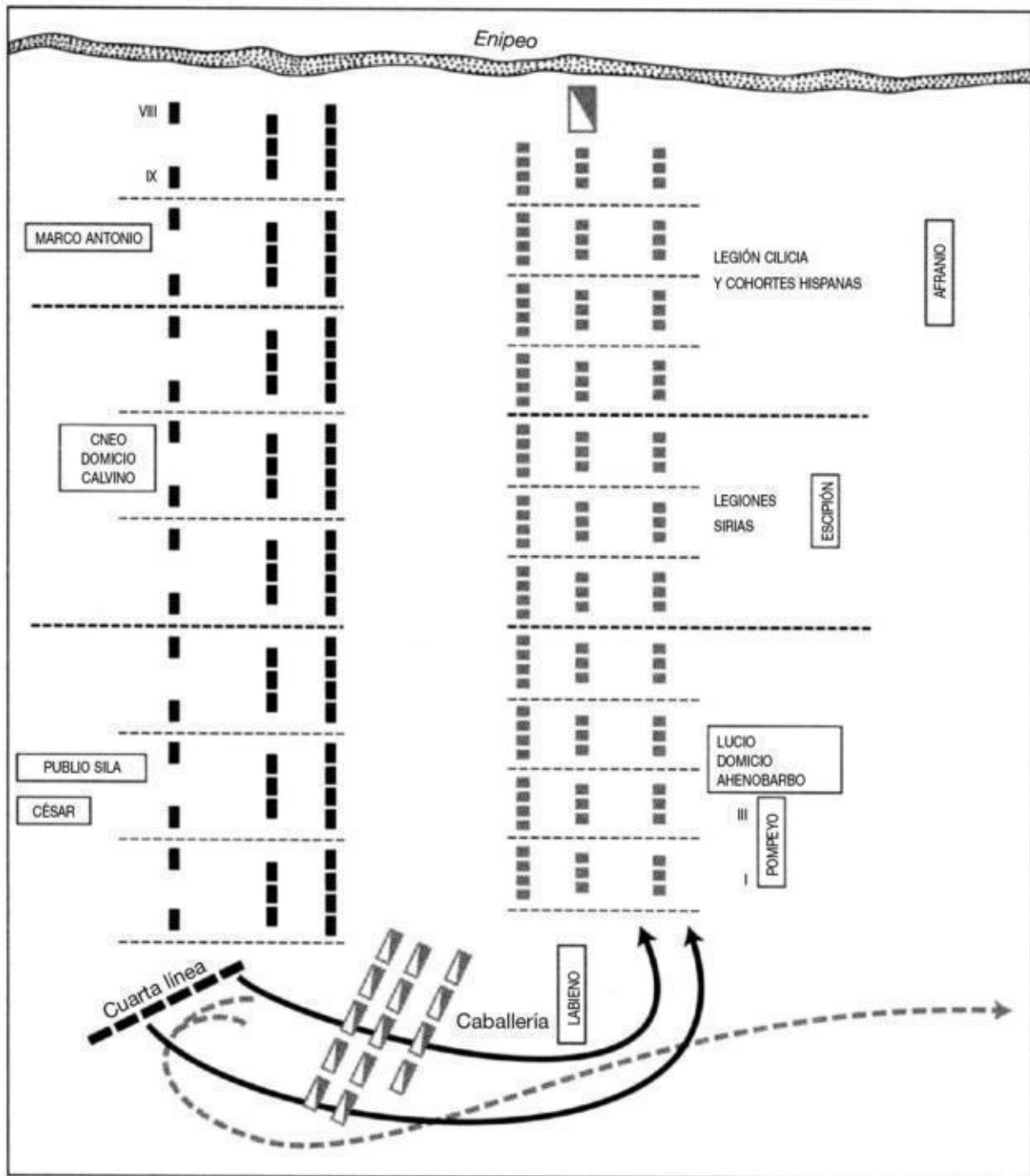
El ejército cesariano, atravesando ahora zonas no afectadas por la reciente batalla acaecida, tenía mucho más fácil abastecerse: cuando el pueblo de Gonfi les negó el paso, César lo asaltó y permitió a sus hombres saquearlo en una ética orgía de pillaje y destrucción a la que se achacó la mejora de su moral y de su salud; también fue una espantosa advertencia que indujo a las otras poblaciones por las que pasaron a recibir mejor a las tropas.^[24]



La batalla de Farsalia, primera fase.

Pompeyo los siguió. Dirraquio había sido una clara victoria, y veía validada su estrategia de evitar el combate y desgastar lentamente al ejército enemigo. César había dejado la costa para marchar al interior, y ahora estaba aislado de Italia y de todo convoy de refuerzos o suministros. Pompeyo tenía el doble de legionarios y mucha más caballería y soldados aliados. Varios de los senadores prominentes de su bando lo instaron a dar de lado a César y regresar a Italia, pero no quería dejar la campaña inconclusa ni dejar que escapara su enemigo; por ello el mayor dilema era si seguir hostigando al ejército de César, evitando el combate, y diezmarlo hasta que se viera obligado a rendirse o sucumbiera al hambre, o confiar en su ventaja numérica

para abatir al enemigo en batalla. La primera opción llevaría tiempo, pero al parecer era la preferida por Pompeyo.



La batalla de Farsalia, segunda fase.

La mayoría de los senadores prominentes se inclinaban por la segunda opción, y algunos murmuraban que Pompeyo sólo quería prolongar la campaña para solazarse en el ejercicio del mando supremo: seguros del éxito y deseosos del botín, no dejaron de presionar al comandante para que se arriesgara a la batalla. Era la gran desventaja de la ventaja política de tener tantos hombres distinguidos en su bando: si a Catón le habían asignado un puesto lejano, en gran medida era porque Pompeyo se hartó de sus comentarios mordaces. Cicerón resultaba igual de molesto, pues los principales

seguidores de Pompeyo le repugnaban tanto como anteriormente le habían repugnado los de César. A diferencia de su adversario, Pompeyo no tenía carta blanca; su carácter también era distinto, y ansiaba el aplauso. Por la razón que fuera, decidió ofrecer batalla, y César aceptó la oferta de buena gana.^[25]

El 9 de agosto del 48 a. C., cerca de la pequeña ciudad de Farsalia, Pompeyo formó a sus cuarenta y cinco mil legionarios en tres líneas de cohortes, cada una con diez filas de fondo. Su flanco derecho daba al río Enipeo, pero el izquierdo se abría a una llanura, y en él concentró a la mayor parte de sus siete mil soldados de caballería poniéndolos al mando de Labieno, antiguo legado de César en la Galia. César igualó la alineación de la infantería enemiga formando a sus veintidós mil legionarios en tres líneas de cohortes, con menos fondo cada una. Marco Antonio recibió el mando del ala izquierda, que daba al río. En el extremo izquierdo de la formación, su Legión IX estaba tan diezmada que se fundió con la Octava para formar una unidad operativa. César tenía unos mil jinetes para enfrentarse a la densa caballería enemiga; tomando seis cohortes de la tercera línea, las situó detrás de ellos. Con el polvo levantado por tantos pies y cascos en la marcha, y con la caballería al frente impidiéndoles la visión, todo indica que los hombres de Pompeyo no se percataron de este despliegue.

Pompeyo lo fió todo al gran ataque de su caballería que arrasaría a los jinetes de César para luego envolver el costado derecho de su ejército. No era un plan sutil, pero podría haber dado buen resultado. Sin embargo, su inexperta caballería se había fundido en una masa informe e incapaz de maniobrar después de hacer replegarse a la caballería de César. De repente, las cohortes situadas en la cuarta línea avanzaron entre nubes de polvo sembrando el pánico entre la caballería de Pompeyo, que salió huyendo en desbandada. En el centro, la infantería pompeyana no había cargado contra los legionarios de César; poco a poco, fue repelida al virar las cohortes de la cuarta línea hacia el flanco izquierdo, que había quedado desprotegido tras la estampida de la caballería, y todo el ejército de Pompeyo empezó a disgregarse.

Poco se sabe de lo que hizo Antonio en batalla, pero es indudable que lo hizo bien; y Plutarco afirma que su valor se hizo notar durante toda la campaña. No hubo de tomar grandes decisiones tácticas en su puesto, pues todos los movimientos clave se iniciaron en el costado derecho bajo la supervisión directa de César. Con todo, los flancos se consideraban posiciones de honor, y fue una señal de confianza que César le encomendara una responsabilidad tan importante; esto lo distinguió como uno de los principales oficiales de César. Posteriormente fue criticado por haberse ensañado en la persecución y matar a hombres que César quería hacer prisioneros, pero puede que estas críticas sólo fueran propaganda. Ahenobarbo fue uno de los pompeyanos más insignes que cayeron, y posteriormente Cicerón culpó a Antonio de su ejecución; pero la mayoría se entregaron o escaparon.^[26]

Pompeyo fue de los primeros en huir del campo de batalla. Cuando fracasó el gran ataque de su caballería, no parece que tuviera un plan alternativo. Si en un primer momento había sido reacio a iniciar el combate, ahora había perdido toda

esperanza. Se dirigió a la costa, recogió a su familia y una pequeña fuerza y zarpó. No tenía claro qué rumbo tomar, pero estaba decidido a reconstruir sus tropas y reanudar la lucha. Enseguida pensó en Egipto, recordando la ayuda que había prestado a Auletes y a su familia en el pasado, la presencia en Alejandría de los gabinianos —que podrían ser la base de un nuevo ejército— y la riqueza y los recursos del país.^[27]

Cuando Pompeyo Magno llegó a Egipto, no fue como vencedor, sino como fugitivo.

XIII

CÉSAR

La pequeña flotilla de Pompeyo arribó a la costa cerca del monte Casio el día 28 de septiembre del año 48 a. C., la víspera de que el general cumpliera cincuenta y nueve años. El rey niño Ptolomeo XIII, luciendo espléndidas galas de comandante, salió a su encuentro acompañado de su ejército; la facción que lo controlaba ya había decidido cómo recibir al visitante. La amistad de Pompeyo había dejado de tener el atractivo de antaño, pese a su prolongada relación con Auletes: llegaba a Egipto con la esperanza de regenerar su poder, lo que significaba que querría sacar provecho del reino y tendría poco que dar a cambio. Necesitaría dinero, grano y hombres; y algunos de los consejeros del rey temían que tal vez los gabinianos quisieran unirse a él. El gobierno de Ptolomeo XIII corría el riesgo de ser despojado de los recursos que aseguraban su poder. Y aun así, lo más probable era que Pompeyo sufriera una nueva derrota a manos de un vencedor que entonces no iba a estar muy bien predispuesto hacia ellos. La otra posibilidad era la ocasión de ganarse el favor de César.

Una pequeña nave salió a su encuentro con una comitiva de bienvenida compuesta por el comandante del ejército, Aquilas, y dos oficiales romanos gabinianos: uno de ellos era el tribuno Lucio Septimio, que había servido a las órdenes de Pompeyo allá por la década de los años 60 a. C. La pequeña delegación, a bordo de una embarcación corriente y sin apenas signos de distinción ni honores, alegó que la situación impedía emplear un barco más majestuoso ni que Pompeyo llevara el suyo a la orilla; en su lugar, le invitaron a abandonarlo y unirse a ellos para ser presentado ante el rey y que éste lo recibiera como correspondía.

Pompeyo aceptó: puede que él y los suyos sospecharan algo, pero mostrar temor a los representantes de un mero rey cliente habría acabado con el poco prestigio que le quedaba. Su esposa Cornelia y casi todos sus hombres contemplaron cómo Pompeyo bajaba a la nave y lo llevaban a remo hasta la orilla. Por el camino, algo le resultó familiar en Séptimo y, dirigiéndose a él como «compañero», le preguntó si no se conocían.

La respuesta del tribuno fue apuñalar a su antiguo comandante en la espalda. Aquilas se unió al ataque, como también seguramente el centurión: fue un asesinato brutal y torpe; acto seguido, cortaron la cabeza de Pompeyo y la llevaron al rey. A otro senador lo hicieron prisionero y lo ejecutaron más tarde. A continuación, los barcos de guerra de Ptolomeo lanzaron un ataque a la flotilla romana, y varias naves

fueron destruidas antes de que el resto pudiera huir (trece siglos después, Dante concedió al muchacho un lugar junto a Caín y Judas en el círculo del infierno reservado a los traidores).^[1]

César llegó a Alejandría a los pocos días. La corte de Ptolomeo debía de saber que estaba en camino, porque Teodoto, que lo estaba esperando, sacó triunfalmente la cabeza de Pompeyo y su sello. El gesto no provocó la reacción esperada: Pompeyo era enemigo de César, pero antes había sido su aliado y su yerno; también era un senador romano de una fama y un prestigio inmensos, y había muerto por el capricho de un rey extranjero y sus siniestros consejeros. Por otro lado, es dudoso que César hubiera hecho extensible la «clemencia» de la que hacía gala a su adversario más poderoso; y de todos modos, parece improbable que Pompeyo se hubiera rebajado a aceptarla.

César se negó a mirar la cabeza cortada y lloró al ver el anillo que tantas veces había visto; tal vez su horror y su repulsa fueran fingidos, tal vez no. Según los más cínicos, aquello le vino muy bien: su enemigo había muerto, pero no sería él quien cargara con la culpa del crimen. Es probable que sus emociones fueran ambivalentes, que el alivio porque su adversario ya no podía reanudar la lucha se mezclara con la tristeza de perder a un rival y antiguo amigo: habiendo muerto Craso y Pompeyo, en realidad ya no le quedaba ningún romano con quien valiera la pena rivalizar.^[2]

Si a los consejeros del rey niño les decepcionó la reacción de César, el paso que dio seguidamente los dejó consternados, pues los romanos desembarcaron y desfilaron en columna para tomar residencia en una parte del recinto de los palacios reales. César era cónsul y actuó con gran pompa: doce lictores llevaron las fasces caminando ante él, en un despliegue sin tapujos de la determinación y la autoridad de Roma, y no sugería la llegada de un aliado, sino de un invasor. Los alejandrinos, por su parte, valoraban mucho su independencia; algunos de los soldados del rey que se habían quedado para guarnecer la ciudad protestaron de inmediato, y pronto se formó una multitud que abucheaba a los romanos. Durante los días que siguieron, varios legionarios que deambulaban solos fueron atacados por turbas que les dieron muerte.

César no mandaba un gran ejército, y sólo tenía dos legiones con él. Una, la Legión VI, era una formación de veteranos, pero tras años de duro combate ya no llegaba a los mil soldados; la Vigésimo séptima, de unos dos mil doscientos hombres —lo que implica que contaba con menos de la mitad de sus efectivos teóricos— era una fuerza originalmente formada por hombres de Pompeyo mucho menos experimentados, cuyo tamaño había variado cuando fue capturada y los soldados pronunciaron su nuevo juramento de lealtad a César. Estas legiones tenían el apoyo de ochocientos soldados de caballería, seguramente la unidad de escolta de germanos que César solía llevar consigo; como era mucho más difícil transportar caballos que soldados, es muy posible que la mayoría de estos hombres se trasladaran sin sus monturas.^[3]

Es tentador criticar la falta de tacto de César por atravesar la ciudad desfilando y

ganarse la enemistad de los alejandrinos, máxime con tan pocos soldados y sin posibilidades de domeñar a una población de cientos de miles de habitantes: hay quien vería aquí el habitual desdén romano hacia los sentimientos de otras naciones y una arrogancia irreflexiva alimentada por sus victorias recientes; pero es más probable que fuera fruto del cálculo. César no tenía especial motivo para esperar hostilidad a su llegada a Egipto, pero sabía que realmente sólo contaba con una pequeña fuerza. El asesinato de Pompeyo se había perpetrado para complacerle, pero también podía interpretarse como una amenaza: si hubiera cruzado las calles de Alejandría sin hacer ruido, podría haber dado la impresión de tener miedo, y es poco probable que eso hubiera aplacado la hostilidad de una población con tan larga tradición de resistencia a la influencia romana; es fácil pensar que algo así la pudiera haber enardecido más.

César tenía diversos motivos para visitar Egipto. Aunque ansiaba perseguir a Pompeyo, se había detenido previamente en varios sitios para recaudar dinero, abordar problemas locales y también apaciguar y perdonar a quienes habían apoyado a las tropas de su rival: necesitaba que las provincias orientales aceptaran su supremacía y permanecieran estables, pues el desorden habría puesto más fácil el continuar la guerra civil a los enemigos que le restaban; y por encima de todo, César necesitaba fondos. Los dos años de conflicto habían trastocado gravemente la República, y necesitaba dinero para que todo siguiera funcionando. Uno de los principales gastos era pagar a su ejército, cuyo tamaño se había multiplicado al rendirse los soldados de Pompeyo. Desmovilizar a estos hombres habría sido insensato; no pagarlos ni atenderlos regularmente, aún más peligroso. El reino ptolemaico era rico, tenía grano para alimentar a los soldados y dinero para pagarlos: los mismos recursos que habían atraído a Pompeyo. César necesitaba tenerlos bajo su control y asegurarse de que no cayeran en manos de los recalcitrantes pompeyanos.

Decidió quedarse, y la decisión se reforzó enseguida al cambiar el tiempo, que impedía zarpar a sus naves. Al poco de desembarcar, había dado órdenes de que se le unieran más legiones, pero inevitablemente eso llevaría tiempo. En algún momento, el propio Ptolomeo XIII y gran parte de su corte, incluido Potino, también se presentaron en Alejandría. Aquilas y el ejército principal de veintidós mil hombres seguían de momento más al este, vigilando las fuerzas de Cleopatra.^[4]

El cónsul romano comunicó al rey y a su corte que él y su hermana tenían que disolver las tropas «y zanjar su disputa por la ley y no por las armas, con él como juez». También tenían pendiente un negocio particular: declarando que los herederos de Auletes seguían debiéndole diecisiete millones y medio de denarios por el acuerdo del año 59 a. C. y también los préstamos a Rabirio Póstumo suscritos por él, César exigió la liquidación inmediata de diez millones de la deuda, con los que sufragaría su ejército.^[5]

Potino era entonces el dioecetes del rey —cargo ocupado por Rabirio Póstumo hasta que huyó de Egipto—, por lo que las finanzas eran su responsabilidad directa. A

la sola presencia de César, no bien recibida, se sumaba su temible injerencia en una guerra civil que parecía prácticamente ganada; además, tenía demasiadas exigencias como para que fuera fácil satisfacerlas todas. Desde el punto de vista político, al régimen que controlaba al rey quizá también podía parecerle peligroso dar muestras de ceder a la presión romana. Potino sugirió a César que abandonara Egipto, ya que otros asuntos más apremiantes seguramente lo reclamarían en otros lugares. Una inquietante tregua se mantuvo un tiempo, quizá varias semanas. César, que había ocupado una parte del recinto de los palacios reales, sometió al rey y a su corte a su control para mostrar al pueblo que la violencia la ocasionaban «unos cuantos particulares y bandas criminales», y no el propio rey niño. Potino aceptó la exigencia de César de proveer de víveres a sus legionarios, pero les entregó el grano de peor calidad que encontró. Además, los banquetes en los palacios se servían en vajillas viejas, en claro contraste con la habitual opulencia de la corte ptolemaica: era un doble mensaje para transmitir a César que sus exigencias no podían satisfacerse rápidamente, e indicar al pueblo de Alejandría que los romanos estaban sangrando el reino.^[6]

LOS AMANTES

No se sabe exactamente cuándo llegó Cleopatra. César apenas la menciona en la breve crónica que él mismo escribió sobre su temporada en Alejandría, y el relato más completo redactado por uno de sus oficiales añade muy poca información sobre ella. Ninguno sugiere que desempeñara un papel importante en los acontecimientos, y ni siquiera se insinúa la intimidad entre el cónsul romano y la reina helenística; pero esto concuerda con el estilo casi siempre impersonal de los Comentarios de César. Tanto Plutarco como Dión afirman que César y Cleopatra llevaban tiempo en contacto por mensajero, aunque difieren sobre quién lo inició.^[7]

Si César iba a arbitrar en la disputa entre hermano y hermana, era lógico que quisiera hablar con ambos; e incluso si hubiera decidido respaldar a Ptolomeo XIII, tendría que tratar con Cleopatra, pues de lo contrario hubiera corrido el riesgo de que continuara la guerra civil entre ellos, dejando un Egipto inestable que sería una fuente potencial de futuros problemas. En realidad no parecía muy aconsejable respaldar plenamente al rey niño y a los hombres que lo controlaban: de momento, no le habían entregado todos los suministros y el dinero que necesitaba; y la actitud de Potino no era precisamente la de un aliado leal y convenientemente servil. Allá donde iba, César emitía las sentencias que le parecían oportunas, sin dejar de subrayar su clemencia pero aclarando siempre que era algo que, igual que daba, podía retirar: reconocer a Ptolomeo XIII casi equivaldría a dar a entender que cedía a la coerción, y

también lo habría ligado muy estrechamente a los asesinos de Pompeyo; como poco, tenía que asegurarse de que Ptolomeo y su corte se esforzaran por merecer su respaldo.

Hasta la llegada de César, el intento de Cleopatra de recuperar el poder estuvo estancado y todo apuntaba a que acabaría fracasando: era evidente que carecía del poder militar necesario para vencer al ejército de su hermano, y en esta etapa no hay indicios de deserciones políticas reseñables en favor de su causa. César tenía consigo relativamente pocos soldados, pero representaba el poder de la República romana con especial efectividad, al haber ganado la guerra civil de Roma. Su repulsa pública del asesinato de Pompeyo, su negativa a sancionar plenamente el régimen de su hermano y, sobre todo, su predisposición a hablar con ella, todo sugería que podría decantarse a su favor; con toda lógica, y como ya era tradición entre los Ptolomeos, Cleopatra quería valerse del poder romano para apoyar su propia ambición.

La reina exiliada de veintiún años dejó su ejército, del que no volvería a oírse nada, lo que sugiere que los soldados se dispersaron; puede que se le acabara el dinero para seguir pagándolos o que no fueran suficientes para aspirar a la victoria, o quizá decidiera que era mejor presentarse como la lastimera exiliada que prefiere depender de la justicia de Roma antes que de su fuerza. Tal vez César la convocara oficialmente en Alejandría, y parece muy probable que supiera que ella iba hacia allí; lo que no significaba que fuera a poder garantizarle la seguridad a su llegada. Los romanos sólo controlaban una pequeña parte de la ciudad, y fuera de esa zona había muchos soldados del ejército del rey. Era improbable que Potino, Teodoto y, por supuesto, el joven Ptolomeo, dieran la bienvenida a la hermana mayor, y dada la asiduidad con los Ptolomeos habían aniquilado a sus propios parientes en el pasado, el asesinato más o menos discreto de una hermana no sólo era posible, sino probable.

No hay razones de peso para no creer a quienes afirman que Cleopatra navegó clandestinamente hasta el puerto de Alejandría, esquivando la guardia de su hermano mediante el sigilo o el soborno. Plutarco es el único que cuenta la famosa historia de que cruzó el puerto en una barquita y que un solo cortesano leal, Apolodoro de Sicilia, la condujo a palacio. Esperaron a la caída de la noche para no ser vistos, y la joven reina se ocultó en una bolsa de las que se usaban para meter la colada; no en la alfombra oriental que tanto ha gustado al cine. Apolodoro introdujo la bolsa en el palacio y la llevó a los aposentos de César. Una vez allí, desanudando el lazo del borde superior de la bolsa, César dejaría caer la tela y la reina quedaría ante su vista, casi como una bailarina que sale de una tarta.

Hay quien rechaza la historia tachándola de invención romántica y señalando lo improbable de que César hubiera dejado entrar en su cuarto a un desconocido con tan misterioso fardo; pero parece probable que, por la correspondencia previa, supiera que la reina o un mensaje suyo estaban en camino, lo que derribaría esta objeción. En ese caso, la llegada de Apolodoro no habría sido tan inesperada. Otros modifican la historia sugiriendo que en vez de esconderse en una bolsa, la joven reina se envolvió

en una larga capa con una capucha que se retiró del rostro cuando la llevaron ante César: puede ser, pero no hay pruebas fehacientes. El hecho de que una historia sólo aparezca en una fuente no la convierte automáticamente en una invención, sobre todo dada la escasez de relatos sobre César y Cleopatra en Alejandría. Lo que más interesaba al rey y a sus consejeros era que la reina no llegara hasta César y que éste no pudiera garantizarle la seguridad hasta que estuviera en su presencia: es del todo natural que llegara sin ceremonia y con al menos cierto sigilo.^[8]

Cleopatra se lo jugó todo a ganarse el favor de César; era un paso desesperado, pero habían bloqueado su invasión, y aquel era su último cartucho. También fue una apuesta valiente, pues el riesgo de caer en manos de su hermano era alto; y si eso no llegaba a ocurrir, tampoco tenía asegurado que sus peticiones fueran a ser atendidas. Quizá Dión estaba en lo cierto y ella discernió la «disposición [de César], que era muy receptivo, hasta el extremo de enredarse con muchas mujeres: sin lugar a dudas, con todas las que le salían al paso», por lo que «confió a su belleza todas sus aspiraciones al trono». Tanto Plutarco como Dión la ven planeando el encuentro deliberadamente para hacer cuanto pudiera por seducir al cónsul romano; en este contexto, surgir de un saco abierto de pronto era una forma teatral y seductora de presentarse. Según Dión, se había arreglado con esmero para parecer atractiva, regia y acongojada a un tiempo: fue una representación, pero que estuviera tan calculada no implica que no fuera también excitante para ambos.^[9]

Ella tenía veintiún años, había sido expulsada de su reino y ahora albergaba esperanzas de regresar. Es probable que la aventura con Cneo Pompeyo no fuera otra cosa que habladurías, y puede que el matrimonio con su hermano no sucediera y, más aún, que no se consumara. Muchos de los Ptolomeos tenían queridas y amantes, pero sus esposas e hijas no tenían esa licencia: seguramente Cleopatra era virgen cuando conoció a César, y es muy probable que él y Marco Antonio fueran los dos únicos amantes que tuvo en su vida; no por casualidad ambos eran el hombre más poderoso del mundo en su momento. Tal vez inexperta, Cleopatra no dejaba por ello de ser lista y sabedora de su belleza y encanto. En realidad no importa cuál de esas cualidades prevaleciera: las dos juntas la hacían extremadamente atractiva. Esperaba ganarse el apoyo de César, y probablemente pensó que seducirlo era el mejor modo.

César tenía cincuenta y dos años, llevaba más de una década casado por tercera vez y tenía una larga lista de aventuras extramaritales a sus espaldas. Era un seductor en serie de esposas de otros senadores —ya hemos visto que Pompeyo, Craso y Gabinio fueron algunos de los maridos a quienes sus mujeres engañaron con él—, y se decía que había dormido con muchas hijas y esposas de jefes durante sus años en la Galia. Detrás de su carácter mujeriego había más que el simple deseo de acostarse con montones de mujeres atractivas: su aventura más larga fue con Servilla, tan ambiciosa, inteligente, ingeniosa, culta y atractiva como él. A César le gustaba la emoción, tal vez incluso un poco de peligro. Cleopatra se le parecía en muchas cosas y, como Servilla, podía ser su igual en gran medida. Además era una reina, y la idea

de la realeza encierra un atractivo añadido, sobre todo tratándose de una dinastía conectada con Alejandro Magno.^[10]

Pese a la gran diferencia de edad, César todavía era considerado guapo, aunque le estaban saliendo entradas rápidamente. Muy elegante, cuidaba mucho su aspecto físico e imponía modas en Roma; y estaba delgado y en forma tras los largos años de campaña. Era difícil resistirse a su encanto; tenía experiencia y una absoluta confianza en sí mismo; y ahora gobernaba el estado más poderoso del mundo. Su atractivo era grande para la joven Cleopatra.^[11]

Entonces y ahora, suele verse aquel encuentro como la seducción del romano por la reina oriental; a veces se pinta en términos de condena moral, con Cleopatra como poco menos que una prostituta. Las modas han cambiado últimamente, y ahora, en cambio, los historiadores resaltan a la mujer que toma las riendas de su propia vida y es consciente de su poder. Ambas visiones contienen algo de verdad, pero ninguna hace justicia a la reina ni a la situación. Cleopatra sin duda utilizó su encanto y su cuerpo para conseguir lo que deseaba: en realidad, era lo único que le quedaba.

Pero por más que la chica de veintiún años quisiera seducirlo, César era el más experimentado con diferencia y estaba acostumbrado a tener lo que quisiera. Cleopatra era joven, físicamente muy atractiva, interesante y llena de encanto: habría querido acostarse con ella aunque no hubiera estado tan desesperada por ganarse su apoyo. Desde la perspectiva política —que personas como César y Cleopatra nunca perdían del todo de vista—, ella podía servirle para mostrar al hermano y a sus consejeros que César tenía otras opciones aparte de apoyar a su régimen: tanto César como Cleopatra querían algo del otro y estaban dispuestos a seducir y a manipular para conseguirlo. Él sin duda era totalmente consciente y, dada la inteligencia de Cleopatra, es muy posible que también ella lo fuera. La atracción física estaba presente, y muy probablemente en ambas partes, pues pese a la edad de César, su éxito con las mujeres es una prueba de su encanto; parece seguro que hubo pasión, y lo más probable es que surgiera un amor verdadero: la política añadía sal e infundía una emoción que probablemente embargó a ambos.

Cleopatra, que había llegado por la tarde, pasó la noche en la cama de César. No hay constancia de que supiera latín, y presumiblemente hablaron en griego, idioma que César dominaba. A la mañana siguiente, Ptolomeo XIII y sus consejeros supieron que la hermana exiliada del rey había regresado a Alejandría; enseguida debió de calar en ellos que le estaba ofreciendo al cónsul romano algo en lo que no podían igualarla, y superarla aún menos.

El rey niño salió a toda prisa del palacio, se arrancó la diadema real y alertó a gritos de la traición a la multitud que se formó rápidamente. Cuando César mandó que lo devolvieran adentro, sólo consiguió tornar la muchedumbre en una turba indignada; pero un discurso del romano les calmó de momento. Poco tiempo después anunció que el testamento de Auletes se cumpliría íntegramente: Ptolomeo XIII y Cleopatra gobernarían Egipto juntos. Además, Chipre sería gobernada por su

hermano menor Ptolomeo XIV y su hermana Arsínoe, que debía de estar en palacio, aunque no hay datos de cuándo ni cómo llegó. Es posible que Ptolomeo XIV también estuviera en la corte, pero ninguna de nuestras fuentes se refiere a él por esas fechas, y aún no pasaba de diez u once años.^[12]

Era una gran concesión devolver al linaje un territorio anexionado por Roma diez años antes, y puede que César estuviera más dispuesto a ello porque la provincia la había instituido Catón sirviendo en la comisión especial que Clodio creara para él. Otra posibilidad es que su inquietud fuera de orden más práctico: Chipre había constituido una carga añadida para el gobernador de Cilicia; era difícil de supervisar y había habido casos graves de prácticas irregulares y extorsiones de los hombres de negocios romanos que operaban allí. Durante toda su trayectoria, César se preocupó de proteger del maltrato a la población de las provincias; también es posible que sólo le pareciera una buena forma de mantener la isla estable y segura.^[13]

LA GUERRA DE ALEJANDRÍA

Se esperaba de Ptolomeo XIII que aceptara de golpe como corregente a la hermana que había intentado excluirlo totalmente del poder, mientras que para Potino y el resto de los consejeros de su círculo íntimo, la pérdida era mayor todavía. Al objeto de reforzar sus bazas, Potino había enviado mensajes a Aquilas convocando al ejército real en Alejandría; era un desafío, y César envió a parlamentar con el ejército a dos senadores distinguidos que en el pasado habían visitado a Auletes en nombre de Roma. Aquilas, que no estaba de humor para hablar, los agredió: uno resultó muerto y otro gravemente herido, pero sus asistentes se lo llevaron.^[14]

César no tenía suficientes efectivos para arriesgarse a librar batalla fuera de la ciudad y no pudo responder a la provocación. Casi nada más llegar a Alejandría, Aquilas lanzó un ataque, pero los hombres de César lograron defenderse tras un duro combate, en gran medida gracias a que el reducido espacio impedía al enemigo sacar el máximo partido de su ventaja numérica. En el puerto había unos setenta barcos de guerra ptolemaicos, entre ellos la escuadra de cincuenta naves que se habían enviado con anterioridad para apoyar a las tropas pompeyanas. El propio Cneo Pompeyo las había dirigido con gran éxito durante gran parte del tiempo, pero al llegar la noticia de la derrota en Farsalia, le abandonaron para regresar a casa: ahora Aquilas ansiaba hacerse con ellas y utilizarlas para cortarle la retirada a César e impedir que le llegaran refuerzos por mar.

Los romanos atacaron primero. Tras un duro choque, las tropas cesarianas se hicieron con el control de los barcos de guerra y les dio tiempo a incendiarlos. En la confusión, el fuego se propagó a los edificios cercanos al puerto, y varios quedaron

destruidos; también un almacén donde se guardaban pergaminos de la Biblioteca. Aquilas acordonó rápidamente las zonas ocupadas por los romanos y reunió una milicia de alejandrinos, entre los que al parecer encontró muchos voluntarios. Las casas de esa parte de Alejandría eran grandes y resistentes construcciones de piedra; ambos bandos levantaron muros de piedra en las calles para bloquear las acometidas del enemigo, y también fortificaron sus casas y derribaron muros interiores con arietes cuando fue necesario. Aquilas dejó el trabajo duro y la guardia a la milicia, reservando a sus soldados para las ofensivas de envergadura y para responder a cualquier posible contraataque romano. Por el momento, los hombres de César habían podido defenderse, pero la presión era cada vez mayor.^[15]

Durante toda la primera fase de la lucha, Cleopatra, Ptolomeo, Arsínoe, Potino, Teodoto y otros cortesanos permanecieron todos junto a César en el palacio sitiado. César supervisaba la contienda de día y regresaba de noche para la cena; por las noches tenía a la interesante reina de veintiún años de compañía y amante. Pese a tal perspectiva, por primera vez en su vida se aficionó a quedarse levantado hasta tarde, comiendo y bebiendo a la mesa con sus amigos y compañeros, aunque se decía que era por temor a posibles asesinos. Su barbero había oído a Potino tramar su asesinato, y este informe y algún otro bastaron para que César ordenara ejecutar al eunuco; pero eso no significaba que no le quedaran enemigos dentro del palacio.^[16]

Aunque César y Cleopatra eran amantes, el cónsul se mantuvo firme en la decisión de que ella reinara conjuntamente con su hermano; tal vez fuera sólo política, pero como ya estaba sitiado y el ejército real y la mayor parte de la ciudad eran hostiles, no había razón obvia para tal precaución, que puede interpretarse como un indicio de que aunque librara una guerra contra los partidarios de Ptolomeo, no estaba tan locamente enamorado de su nueva amante como para entregarle todo. De todos modos, sin duda Cleopatra confiaba en que podría dominar a su hermano menor. No se sabe cómo ella pasaba el tiempo: quizá observara a su amante luchar fuera, ya que hubiera sido fácil ver muchos de los combates de esos días desde los edificios más altos.

A Arsínoe le habían ofrecido el gobierno conjunto de Chipre, pero creyendo ver una ocasión para cumplir aspiraciones mucho más elevadas, se escabulló del palacio con su tutor, el eunuco Ganímedes, y tal vez con otros consejeros, para unirse a Aquilas; hubo algún roce, pues al general no le gustaba recibir órdenes de una adolescente y su maestro, y el problema se resolvió a la manera tradicional de los Ptolomeos: asesinaron a Aquilas. Ganímedes ocupó su lugar y Arsínoe se proclamó reina. No parece que nunca se mencionara a un consorte, pero puede que simplemente se diera por sentado que iba a gobernar con su hermano Ptolomeo XIII.^[17]

El tutor eunuco probablemente no tenía experiencia militar, pero supo manejar bien el asedio. Hizo desviar agua de mar directamente a los aljibes que usaban los romanos, dejando su suministro de agua inservible para el consumo; aunque César

mandó excavar nuevos pozos a sus hombres, que tuvieron la suerte de encontrarlos. Había llegado el refuerzo de la Legión XXXVII, otra antigua formación de Pompeyo, que logró colarse en el puerto con suministros de comida y equipos militares, incluida artillería.

Ganímedes, decidido a aislar a César del mar, recurrió al ingenio para reunir una flota: se llevaron barcos patrulleros del Nilo hasta la ciudad, y antiguas naves de guerra que yacían casi olvidadas en diversos astilleros reales fueron localizadas y reparadas; las vigas de los tejados de los mayores edificios, como el gimnasio, se transformaron en remos. No obstante, conseguir barcos era más fácil que adiestrar tripulaciones con que operarlos con el máximo rendimiento: en las sucesivas batallas en el gran puerto y sus alrededores, los barcos de César, menos numerosos y muchos tripulados por rodianos y otros aliados griegos, se defendieron muy bien.^[18]

César decidió que controlar la isla de Faro era la clave para defender el puerto y mantener abierto el acceso a más refuerzos. Muy al inicio del asedio, sus hombres habían tomado una pequeña posición segura en la isla, y ahora lanzó un ataque en el que diez cohortes de legionarios desembarcaron y tomaron una zona mayor. La nueva carga del día siguiente para ocupar el largo puente empezó bien, pero luego cundió el pánico entre un grupo de marineros y el caos contagió el miedo a los legionarios, que retrocedieron a las naves de las que habían desembarcado. César tuvo que tirarse al agua y nadar para ponerse a salvo en otro barco cuando al costado de su embarcación se arremolinó una horda de fugitivos que ya subían a ella. Según algunas fuentes, tras él quedó su capa de general, de color rojizo púrpura, que el enemigo se llevó como trofeo. Aunque Suetonio lo niega, la mayoría de las crónicas aceptan que el maduro comandante exhibió una gran desenvoltura, pues tuvo que nadar sin sumergir la mano izquierda en el agua para proteger unos documentos importantes.^[19]

Observara o no Cleopatra esta refriega —a esa distancia, pocos detalles habría visto de todos modos—, debió de temer por el destino de su amante. Si César moría, los romanos serían derrotados, lo que haría improbable su propia supervivencia. El asedio se alargó a las primeras semanas del 47 a. C. Por esas fechas, una delegación de alejandrinos prominentes acudió a suplicar a César que les entregara a Ptolomeo, hartos de la tiranía de Arsínoe y su tutor; tal vez fuera cierto que eran impopulares, aunque también es probable que los alejandrinos en cuestión sólo hubieran perdido el favor de la nueva reina y esperaran mejor trato de su hermano. La lucha por el poder entre la familia real y la élite que quería manipularla no cedió ni por un momento durante la contienda librada contra los romanos; y nunca se plantearon unirse frente al ocupante extranjero.

César dejó ir al chico, aunque el muchacho le había rogado que no lo enviara lejos de él. Una vez libre y su hermana destituida o al menos supeditada, Ptolomeo no vaciló en instar a su ejército a proseguir la batalla contra los romanos. Ganímedes, que no vuelve a aparecer en nuestras fuentes, acaso pereciera en esa lucha de poder. Se dice que algunos oficiales de César se burlaron de su ingenuidad por dejarse

engañar por un niño; en cambio, el autor de la Guerra de Alejandría pensaba que César fue más cínico que otra cosa, pues dejó ir a Ptolomeo para dividir el mando enemigo.^[20]

Las tornas cambiaban a favor de César, que poco después supo que tropas de refresco habían tomado Pelusio por asalto y se acercaban avanzando por tierra. Estas unidades, tal vez sin un solo romano, las dirigía Mitrídates de Pérgamo: hijo de uno de los generales de Mitrídates del Ponto y, según los rumores, bastardo del propio rey. De nuevo, Antípatro estaba al frente de un contingente judío en nombre de Hircano II el sumo sacerdote. Cuando Ptolomeo «dirigió» el grueso de su ejército sacándolo de Alejandría para hacerle frente, César le siguió. En la lucha callejera en la capital, los gabinianos y el resto de fuerzas reales se habían empleado bien; en situaciones así, la carga del mando recae principalmente en oficiales sin experiencia. En el campo más abierto del Delta, enseguida fueron superados estratégicamente y derrotados; es poco probable que los sucesivos cambios de alto mando ayudaran.

César logró una rápida victoria. El ejército real fue destruido y el joven Ptolomeo XIII se ahogó en su huida por el Nilo. Arsínoe cayó prisionera, y Potino y Aquilas estaban ya muertos. Teodoto, a quien se atribuía la máxima responsabilidad en el asesinato de Pompeyo, consiguió escapar a Siria.^[21]

Cleopatra se lo había jugado todo y ganó: había acudido a César, convirtiéndose en su aliada y su amante, y ahora él la confirmaba como reina; pero se estaba organizando su matrimonio con Ptolomeo XIV, puesto que el gobierno en solitario de una mujer iba en contra de la tradición. Su hermano era muy joven, y ella tendría que asegurarse de que ninguna facción de cortesanos manipuladores se uniera en torno a él. El rey y la reina recibieron Chipre además de Egipto, y parte de la pasada gloria del reino quedó restaurada.

César se quedó en Egipto más de lo necesario una vez ganada la guerra. Por algún tiempo, tal vez incluso meses, él y Cleopatra viajaron por el Nilo en una larga travesía. Los Ptolomeos eran famosos por sus enormes embarcaciones de placer, pero los acompañaron otros barcos atestados de soldados, suficientes para tornar el crucero en un grandioso desfile: fue una afirmación del poder y la legitimidad de la reina; y, en menor medida, de los de su hermano.^[22]

Pero la presencia de César no era necesaria para hacer esa afirmación: había dejado atrás tres legiones para que el candidato propuesto por él permaneciera en el poder y no se volviera demasiado independiente. La travesía tenía una dimensión política, pero sería errado verla como el único objetivo, ni siquiera el principal. César llevaba más de una década de campañas casi constantes: cansado, enfrentado a un mundo en el que tenía que resolver sin ayuda los problemas de una República donde ya no quedaban rivales que le hicieran sombra, el atractivo de un crucero de placer es obvio. En Alejandría había visto la tumba y el cadáver de Alejandro; ahora estaba viendo las reliquias del antiguo Egipto, que fascinaban a griegos y romanos por igual, y disfrutaba en todo momento de la compañía de una joven amante, lista, excitante y

bella, que podía ayudarle a olvidar su edad y sus preocupaciones. Vistos retrospectivamente, los meses que César pasó en Egipto fueron un grave error, pues dieron tiempo a los supervivientes leales a Pompeyo para recuperarse y reanudar la guerra civil; pero, dadas las circunstancias, es difícil culparlo.

Cleopatra estaba embarazada cuando su amante se marchó: lo reclamaba una nueva guerra a la que había de hacer frente en Asia Menor.

XIV

JEFE DE CABALLERÍA

Antonio le había ido bien en Farsalia, pero después César volvió a inclinarse por darle un papel fundamentalmente político, no militar, y fue enviado de regreso a Italia. La noticia de la derrota definitiva de Pompeyo tardó un tiempo en llegar a Roma. Al parecer, César se resistía a vanagloriarse de haber vencido a un romano tan ilustre, o tal vez quisiera retrasar la noticia hasta que Pompeyo cayera o lo apresaran. Los informes llegaban con lentitud y mezclados con muchos rumores, por lo que la respuesta inicial del Senado fue prudente. En el otoño del año 48 a. C., Antonio llegó con buena parte del ejército de Macedonia y desembarcó en Bríndisi; para entonces la magnitud de la victoria de César ya era evidente, y los senadores se desvivían por mostrar su lealtad votando para concederle honores.

César recibió diversos poderes, entre ellos la potestad de declarar la guerra y la paz y de hacer su voluntad con los pompeyanos capturados. También fue nombrado dictador por segunda vez; esta vez no se trataba de una medida a corto plazo para que convocara elecciones, sino que fue un modo de legitimar la supremacía que ya ejercía de hecho: el límite temporal tradicional de la dictadura, seis meses, se amplió a un año. La dictadura de Sila no había tenido límite temporal, por lo que ésta era algo más moderada.^[1]

Es de suponer que la decisión de su nombramiento como dictador la tomara el propio César y luego se la sugiriera con tacto a un Senado receptivo. También que eligiera a Antonio como segundo en el mando o jefe de caballería (*magister equitum*); curiosamente, esto causó más polémica que la propia dictadura. Algunos de los compañeros augures de Antonio cuestionaron la legitimidad de que fuera jefe de caballería durante más de seis meses. Además, a sus treinta y cinco años, era joven para un cargo tan elevado, y más teniendo en cuenta que hasta entonces sólo había sido cuestor y tribuno; estas objeciones fueron pasadas por alto.^[2]

En ausencia del dictador, su jefe de caballería era en la práctica el hombre más poderoso de la República. A Antonio no le faltaron ocupaciones: había que mantener a las legiones contentas y atareadas a su regreso a Italia si no quería que se repitiera el motín del año anterior; también estaban todas las tareas de estado habituales, que no debían interrumpirse. Al nombrarse un dictador, prescribía el *imperium* de los demás magistrados, aunque de todos modos, las elecciones para la mayoría de los altos magistrados del año 47 a. C. se habían aplazado hasta el regreso de César, y sólo

aquellos que elegía el concilium plebis, como los tribunos, hacían campaña y eran designados.

En aquel momento Antonio tenía más poder y mayores responsabilidades que el año anterior y, de nuevo, mostró poca contención en su ejercicio. Cicerón afirmó más tarde que Cíteris corrió a recibir a Antonio cuando desembarcó en Bríndisi, lo que indica que era mucho más que una aventura pasajera y que a él seguía complaciéndole dejarse ver en público con su amante. Persistiendo también en su amistad con otros actores e intérpretes, en cuya compañía pasaba mucho tiempo, al llegar a Roma asistió a los festejos de boda del actor Hipias, y al día siguiente acudió al trabajo con claros signos de cansancio y una resaca a todas luces tremenda: presidía una reunión de la Asamblea del Pueblo desempeñando su cargo oficial, cuando de pronto le dio una arcada y fue a vomitar en la capa que le tendió para ello uno de sus colegas; según la versión de Cicerón, probablemente exagerada, se vomitó encima. No parece que le importara: años después, cuando fue atacado por su afición a la bebida, su respuesta fue un panfleto titulado *De sua ebrietate* en el que se jactaba de su aguante; prefería escandalizar a plegarse a las convenciones.^[3]

Un talante similar gobernaba su elección de compañía. La lealtad a los amigos de cualquier condición social es casi siempre admirable, y parece que a Antonio le divertía de veras la animada camaradería de actores, bailarines y músicos: es probable que en el ambiente de la farándula, como sucede hoy, la adulación se ofreciera con tanto calor como se recibía; pero es imposible que nadie olvidara nunca del todo quién era él, o que sus amigos no fueran conscientes de que sólo condescendía a pasar el rato con ellos. Antonio estaba plenamente convencido de que su alta alcurnia y sus propios méritos le daban derecho a ser uno de los hombres más importantes de la República: no necesitaba la aprobación de otros senadores para confirmarlo, y su consternación y su repugnancia sin duda le divertían; pensarán lo que pensarán, él seguía siendo un Antonio. Además, de momento tenía el poder supremo en la práctica; y hasta quienes más lo censuraban tenían que acudir a él para conseguir favores.

Entre otros asuntos públicos, Antonio convocaba y presidía las reuniones del Senado, y solía hacerlo con una espada colgada a la cadera. En teoría, todo magistrado romano era declaradamente civil dentro de la ciudad: él, saltándose la convención, muchas veces también se hacía escoltar por soldados; otros ya lo habían hecho durante las guerras civiles —como Pompeyo siendo cónsul único en el año 52 a. C.—, pero no era como se suponía que la República debía funcionar a la vista de todos. Antonio era un triunfador sin tapujos y se deleitaba con los frutos de la victoria.^[4]

Cicerón se había quejado de que ya antes de Farsalia muchos pompeyanos se repartían el botín que pensaban arrebatarse a los hombres de César y a todo el que se hubiera mantenido neutral. Ahora Antonio lideraba a los cesarianos en una carrera semejante por aprovecharse de la victoria, pese a que seguían sujetos a la voluntad de

César de no tratar como a enemigos a los neutrales y perdonar a quienes se hubieran rendido. No acarrea grandes consecuencias, porque había numerosos pompeyanos ricos, eminentes y muertos de cuyos recursos apoderarse: Antonio confiscó una grandiosa casa para vivir en ella, y se benefició de otras rapiñas, además de tomar decisiones en su propio interés y en el de sus amigos, entre ellos algunos actores y más gente de dudosa reputación.

La victoria en Macedonia también había creado otros problemas. Algunos hombres de Pompeyo se entregaron directamente a César. Según se decía, le había complacido especialmente dar la bienvenida a Bruto, hijo de Servilla; pero a Casio, cuñado de este último, lo perdonó con igual premura. Cicerón y algunos otros habían regresado a Italia dando por sentado que César retornaría enseguida y podrían pedirle clemencia en persona; en cambio, el recién nombrado dictador había salido en pos de Pompeyo y luego la guerra de Alejandría le había retenido en Egipto.

La condición de Cicerón no estaba clara, sobre todo al no haber entregado aún oficialmente su imperium como procónsul de Cilicia, por lo que sus lictores seguían acompañándolo. César había ordenado a Antonio que no permitiera regresar a Italia a antiguos enemigos sin su aprobación explícita, y por eso el jefe de caballería comunicó a Cicerón que debía irse y esperar en algún sitio de las provincias para no arriesgarse al castigo. Cicerón le contestó que su yerno Dolabela, cesariano incondicional, le había animado a regresar tranquilizándole sobre la buena voluntad de César. Antonio entonces aprobó un decreto eximiendo de la prohibición de regresar a Italia a Cicerón y a otros a los que también aludió por su nombre. Al orador no le alegró mucho verse señalado tan públicamente; y su nerviosismo fue en aumento a medida que pasaban los meses sin que César regresara de Egipto, al tiempo que llegaba la noticia de que poderosas fuerzas pompeyanas se estaban reuniendo en el norte de África.^[5]

Antonio no era sutil ni tenía tacto ejerciendo el poder, lo que no contribuyó en absoluto a la popularidad del nuevo régimen de César. Además había muchos problemas que afrontar, y aunque no hubiera derrochado tanta energía en festines y placeres, es muy posible que no hubiera dado abasto. Lo cierto es que no hizo nada para frenar el descontento, y había legado un momento en el que sólo una chispa o el surgimiento de un líder ambicioso bastaría para prender el desorden y la violencia. Se celebraban festivales, casi todos en nombre de César y generalmente con cargo a su cuenta, pero eso no apaciguó lo más mínimo el malestar más profundo.^[6]

DEUDA, PROPIEDADES Y TIERRA

Antonio era uno más de los muchos que, en ambos bandos, iniciaron la guerra civil

endeudados hasta las cejas. No era un problema circunscrito a la aristocracia: el coste de la vida era caro, sobre todo en la ciudad de Roma, donde la mayor parte de la gente vivía en régimen de alquiler. Líderes del pasado como Catilina habían unido a muchos en torno a su causa prometiendo revocar todas las deudas existentes al grito de «nuevas tablas» (*novae tabulae*). Ahora muchos deudores esperaban lo mismo, pero César se mostró moderado en el año 49 a. C.: las deudas habrían de pagarse, aunque con la medida de tasar la propiedad a precios de antes de la guerra sería más llevadero.

Celio Rufo se había unido a la «peor causa» con el «mejor ejército», pero a su regreso de la campaña española de César cada vez lamentaba más su decisión. Pretor electo del año 48 a. C., se sentía ultrajado por habersele negado el prestigioso cargo de pretor urbano, pese a promesas previas y a la estima en que él mismo se tenía. En la última carta que se conserva de las que escribió a Cicerón, se declaraba asqueado de los demás cesarianos y hablaba de su impopularidad entre la población de a pie; a fin de explotar ese descontento, propugnó la revocación general de la deuda. Servilio, el colega consular de César de ese año, intervino rápidamente y el Senado aprobó un nuevo decreto definitivo, como lo había hecho el año anterior contra César, también en tiempos de crisis. Celio fue relevado de su cargo y huyó de la ciudad. Intentó unirse a Milón, a quien César había denegado el regreso del exilio, pero que en realidad había vuelto y animaba a la rebelión en nombre de Pompeyo. Milón cayó muerto en uno de los enfrentamientos iniciales, y cuando Celio intentó sobornar a algunos soldados auxiliares de César para que se pasaran al otro bando, lo arrestaron y fue ejecutado.^[7]

Esta breve rebelión acaeció antes de que Antonio se fuera a Macedonia, pero ya estaba ocupado con los preparativos de su marcha en Brindisi. Por lo que se sabe, no participó directamente en su represión; pero en el año 47 a. C. se vio metido de lleno en otra crisis desencadenada por las mismas cuestiones. Dio la coincidencia de que el cabecilla era de nuevo un socio de Cicerón, esta vez su inmoderado yerno Dolabela, que había vuelto antes de tiempo de la campaña en Macedonia a causa de una enfermedad. Ya en Roma, emuló a Clodio y se hizo adoptar por un plebeyo para presentarse a las elecciones de ese año para tribuno; lo consiguió, pero enseguida empezó a enemistarse con uno de sus colegas, Lucio Trebelio, y la violencia entre los seguidores de ambos cada vez era más enconada.

Dolabela anunció la condonación de la deuda existente: como él tenía deudas de un calibre que superaba con creces su capacidad para devolver el dinero nunca, los más escépticos sugirieron que daba este paso ante todo en su propio beneficio; aun así, muchos lo agradecían. Dolabela estaba dispuesto a intimidar al resto, y al poco tiempo se produjeron víctimas mortales en los choques entre sus hombres y los seguidores de Trebelio. Antonio estaba lejos de Roma haciendo frente al desorden en las legiones, y nadie atendió a su prohibición de llevar armas en público dentro de la ciudad. Había nombrado pretor urbano a su tío Lucio julio César en una jugada sin

precedentes, pero el antiguo cónsul, camino ya de la vejez, fue inoperante. Así, cuando el Senado volvió a aprobar el *senatus consultum ultimum*, no pudo reunir suficiente apoyo para abordar el problema, y, aparte de los otros tribunos, no hubo ningún magistrado que le ayudara a preservar la República para que saliera ilesa: Dolabela y su banda ocuparon el Foro para obligar a la Asamblea del Pueblo a aprobar el proyecto de ley con el que querían condonar la deuda.

Es posible que en un principio Antonio estuviera próximo a Dolabela; sin duda se conocían bien. Como Dolabela era popular, al principio apoyarlo parecía lo sensato, pero otros cesarianos importantes instaron a Antonio a oponerse al tribuno, y luego nació un odio personal al convencerse de que su esposa Antonia estaba teniendo una aventura con él. El jefe de caballería llevó hasta la ciudad un poderoso destacamento y asaltó el Foro. Puede que hubiera poco derramamiento de sangre, aunque tuvieron lugar unas cuantas ejecuciones. Dolabela sobrevivió, pero se vio forzado a abandonar su programa.^[8]

El episodio recordaba mucho a la disputa de Clodio y Milón y a todos los demás altercados violentos que llevaban tantos años perturbando la vida pública. Antonio restauró el orden por la fuerza, como lo había hecho Pompeyo en el año 52 a. C. durante su consulado en solitario. No obstante, la forma en que el jefe de caballería lo hizo le valió impopularidad y también suscitó dudas sobre la estabilidad del régimen de César: en dos años, el Senado había tenido que aprobar dos veces el mismo decreto definitivo que había usado también contra que, para empezar, había sido el detonante de la guerra civil. Las clases terratenientes y con propiedades seguían temiendo que se llevaran a efecto las medidas radicales de condonación de las deudas existentes. Si al final César no llegaba a volver de Egipto y el Oriente, era imprevisible cómo iban a actuar sus hombres; eso asumiendo que los pompeyanos, recuperándose por entonces, no logran volver las tornas en la guerra civil y regresar a Italia clamando venganza.

Los problemas en el seno del ejército cesariano vinieron a añadirse al nerviosismo provocado por la incertidumbre. Normalmente, los ejércitos activos no se desmandan; los motines se producen en periodos de descanso y holganza, cuando el tiempo da ocasión para que crezca el resentimiento por quejas reales o percibidas: el desorden del año 49 a. C. en la Legión IX había sobrevenido durante un alto en la batalla. Después de Farsalia, casi todos los veteranos de César habían sido devueltos a Italia; una vez allí, los dejaron en la Campana con poco que hacer salvo esperar nuevas órdenes, y pasó más de un año hasta el regreso de César. Ahora el mismo descontento que había provocado el motín anterior volvía a pasar a primer plano. Los soldados recordaron las promesas de César de licenciarlos y darles dinero y tierras para mantenerse ellos y sus familias; hasta el momento no habían recibido nada, pese a que la guerra parecía terminada.

Esta vez los problemas vinieron de la Legión X, unidad a la que César había favorecido especialmente desde el momento en que llegó a la Galia: esta legión solía

desplegarse en la posición de mayor honor de la batalla, el flanco derecho de la línea de ataque, y César muchas veces decidía quedarse con ella. No obstante, muchos de sus hombres, que deberían haberse desmovilizado largo tiempo atrás, creían que la guerra ya estaba ganada y querían asentar su vida y disfrutar de las recompensas que merecían por el largo y leal servicio. Muchos tribunos y centuriones simpatizaban con ellos, pues las recompensas prometidas también a ellos eran ciertamente generosas. La Legión X y otras se unieron en la negativa a acatar órdenes de los altos mandos de César que Antonio había enviado para aplacarlos. La necesidad de sofocar la violencia causada por Dolabela y de restaurar el orden en Roma había impedido al jefe de caballería hacer frente a los amotinados en persona.

Cuando César al fin desembarcó en Italia en septiembre del año 47 a. C., se apresuró a llegar a Roma. De camino se encontró a Cicerón y tranquilizó al nervioso orador reiterándole su buena fe. Ya en Roma nombró magistrados para lo que restaba de año, y asignó el consulado a dos de sus leales partidarios. Su rápida actuación sustituyó la confusión del año anterior por la acción bien definida y dio continuidad a su planteamiento, por lo general moderado, de los principales problemas, incluido el de la carga que representaba la deuda. Con el dictador personalmente en su puesto, el régimen parecía mucho más estable y menos represivo que cuando dejaba el gobierno a sus lugartenientes.

Desarrollar el motín llevó algo más de tiempo. César envió a Salustio —el futuro historiador— a las legiones, pero fue atacado y logró salir con vida por muy poco; a continuación las legiones desfilaron por Roma exigiendo que sus quejas fueran atendidas. César fue en persona al campamento y desconcertó a los amotinados con su calma y los llenó de desaliento al no llamarlos «compañeros» (commilitones) como hacía habitualmente, sino «ciudadanos» (quirites): de ningún modo soldados, sino meros civiles. En la Galia había avergonzado en una ocasión a sus hombres para que avanzaran diciéndoles que seguiría en solitario, únicamente con la Legión X, si las demás formaciones se negaban a seguirle. Ahora distinguía a la Décima de otro modo declarando que aceptaría que todas las legiones, salvo ésta, volvieran a ponerse a su servicio; los veteranos de la Décima acabaron rogándole que los diezmara —que ejecutara a un soldado de cada diez— con tal de ser aceptados de nuevo a su servicio. César les concedió la petición graciosamente, no ejecutó a nadie y enseguida llevó a la Legión X a África, donde volvió a distinguirse en batalla.^[9]

Antonio no acompañó a César cuando marchó a África a combatir a Pompeyo, ni tampoco recibió un cargo formal en su ausencia. En cambio, a Dolabela sí lo unió al ejército, aunque puede que sólo lo hiciera para asegurarse de que no montara más líos. César había decidido no prorrogar su dictadura y, en cambio, hacerse cónsul por tercera vez en el año 46 a. C. El Senado le había concedido el derecho de pasar por alto la restricción habitual de no ostentar consulados consecutivos, y como colega tomó a Lépido, quien había estado a cargo de Roma en el año 49 a. C. siendo pretor.

[10]

En diciembre César estaba en Sicilia esperando embarcar con su ejército para cruzar el mar hasta África. Antes de salir de Roma, inició la subasta pública de los bienes de los pompeyanos muertos. Antonio, uno de los licitadores más entusiastas, siguió siendo partícipe del botín de la victoria aunque de momento no ejerciera ningún cargo; algunas de sus adquisiciones fueron la grandiosa casa de Pompeyo en Carinae (literalmente, «quillas»), una zona que estaba poniéndose de moda saliendo de la Vía Sacra, y varias de sus fincas rurales. También Dolabela compró muchas propiedades en estas subastas.^[11]

Ambos se llevaron una gran sorpresa cuando César insistió en que pagaran las grandes sumas que habían pujado: era evidente que pensaban pagar menos o nada en absoluto. Antonio pagó a regañadientes; y aunque no hay suficientes datos sobre su fortuna personal para saber si fue capaz de hacerlo con fondos propios o, una vez más, tuvo que endeudarse, esto último parece probable. Siguió viviendo muy por encima de sus posibilidades y confiando en el éxito futuro para librarse de sus acreedores: la casa y las fincas rurales de Pompeyo fueron escenario de desenfundados banquetes y festejos, y el nuevo propietario agotó las bodegas del prohombre o las regaló a los amigos. Ciertamente, Cicerón exagera cuando ataca a Antonio por sus excesos, pero es dudoso que tuviera que inventar gran cosa.^[12]

Otra persona que se benefició de las subastas fue la amante de César, Servilla, que compró varias fincas a precio de saldo. Según las habladurías, más o menos por entonces había mediado para que César durmiera con su hija —que, siguiendo la moda de Roma, se llamaba simplemente Tercia («la Tercera»)»; Cicerón comentó jocoso que el precio llevaba un «tercio» de descuento. Su marido era Casio, quien en ese momento sintió alivio cuando César lo perdonó sin más; aunque es posible que todo esto alimentara su posterior rencor contra el dictador.^[13]

Antonio se divorció de su esposa Antonia más o menos por entonces, alegando públicamente que ella lo había traicionado con Dolabela; seguía teniendo a Cíteris de amante, y seguía agradándole dejarse ver en público con ella. Para un senador, el matrimonio era normalmente un acto político, y cualquier lazo emocional venía después o era pura coincidencia. En el caso del tercer matrimonio de Antonio pudo haber algo más, pues al parecer tomó nueva esposa rápidamente y, al menos por su parte, la pasión parecía auténtica: era Fulvia, la viuda de Clodio y Curión, y el enlace resultaba políticamente conveniente. Ella, que claramente tenía también mucho carácter, pasaba por ser una de las grandes bellezas de su época: tal vez Antonio llevara años encaprichado y los rumores de que eso había provocado su ruptura con Clodio fueran ciertos?^[14]

Puede que César quisiera dar a entender que había retirado su apoyo a Antonio con el fin de desmarcarse de los excesos acaecidos mientras su jefe de caballería había quedado al cargo, y quizá también quisiera comunicar a Antonio que su aprobación no era incondicional; pero también hay que señalar que tenía otros seguidores leales a los que recompensar, e incluso es posible que en calidad de

ciudadano particular, Antonio siguiera trabajando extraoficialmente para César: como en el año 46 a. C. no ostentó ningún cargo, sabemos poco de sus actividades durante ese año. En abril César derrotó a los pompeyanos en Tapso, en junio estaba de vuelta en Italia y en julio en Roma; pero Cneo Pompeyo, junto con Labieno y otros acérrimos pompeyanos, ya tenía un nuevo ejército en España, y en noviembre César había vuelto a irse a otra guerra.^[15]

Dolabela marchó con él a España y cayó herido en la lucha que acabó con la victoria de Munda. Antonio se quedó atrás, aunque al año siguiente cruzó la Galia para saludar al victorioso César a su regreso: si se había producido una ruptura entre los dos, ya estaba subsanada, puesto que César dispensó grandes honores a Antonio y lo dejó montar en su mismo carro. Y aún quedaba más: César volvió a ser cónsul en el año 44 a. C., y entonces escogió a Antonio como su colega, aunque a éste, de treinta y nueve años, le quedaran todavía varios años para cumplir la edad que exigía el cargo.

Antonio, emocionado por volver a gozar del favor de César, corrió de vuelta a Roma, donde lo celebró en una taberna. Entrada la noche se fue a su casa —antaño la de Pompeyo— eufórico; y, disfrazándose de uno de sus propios esclavos, fingió ser el portador de un mensaje para Fulvia de su marido. Lo llevaron enseguida a presencia de su preocupada esposa, que temía que la misiva le anunciara que algo malo le había pasado: un temor lógico, y mayor si cabe por haber enviudado ya dos veces. Cicerón afirma que el mensaje en realidad era una carta apasionada en la que él por fin le prometía dedicarse sólo a ella y dejar a Cíteris; pero no hay forma de comprobarlo. Cuando Fulvia se puso a leer, el «esclavo» la tomó en sus brazos súbitamente para besarla.^[16]

NO REY, SINO CÉSAR

El hijo primogénito de Cleopatra fue un varón. No se sabe cuándo nació, pero lo más probable es que fuera a finales del 47 a. C. Inevitablemente, el niño recibió el nombre de Ptolomeo; años después se completaría, llegando a ser «Ptolomeo llamado César». Los alejandrinos enseguida lo apodaron Cesarión («Pequeño César»).

Aunque no parece que hiciera nada por impedir el uso informal de su nombre, César tampoco lo reconoció oficialmente como hijo suyo. No habría tenido demasiado sentido: Cleopatra no era ciudadana romana y el niño era ilegítimo, por lo que, según la ley de Roma, no tenía derecho a la ciudadanía ni a heredar propiedades de César, cuya paternidad iba a ser objeto de debate después de su asesinato. Según Antonio, César había admitido ante testigos que era hijo suyo, y algunos decían que el chico y él se parecían mucho físicamente; pero otros negaban con igual vehemencia que fuera el padre. Los intereses de quienes las defendían teñían ambas opiniones. Una carta de Cicerón escrita pocos meses después de la muerte de César deja claro que la opinión más extendida era que el niño era suyo.^[1]

En el curso de tres largos matrimonios, César sólo había sido padre una vez: de su hija Julia, nacida allá por los primeros años de la década de los años 70 a. C. Parece ser que deseaba mucho tener más hijos, en especial un varón que perpetuara el linaje; pero su deseo se vio frustrado. Tampoco hay certeza de ningún vástago ilegítimo fruto de alguna de sus incontables aventuras, aunque sí se sabe de al menos un noble galo que un siglo después presumía de provenir de la relación ilícita entre su bisabuela y el procónsul César.^[2]

Esto ha llevado a algunos estudiosos a dudar de que César pudiera concebir en la época en que conoció a Cleopatra, pero estas cosas nunca pueden predecirse al cien por cien, ni siquiera en nuestros días, y son de por sí difíciles de demostrar. Por el contrario, es fácil imaginar otras explicaciones al hecho de que sólo tuviera un hijo, sin contar con posibles embarazos malogrados o alumbramientos de niños muertos que nuestras fuentes no hubieran registrado. Su segundo matrimonio, probablemente desgraciado, acabó en divorcio. César y Calpurnia estuvieron casados catorce años, pero a los pocos meses de la boda él se fue a la Galia, con lo que estuvieron una década alejados, volviendo a verse después sólo durante sus breves visitas a Roma: sencillamente, la pareja tuvo pocas ocasiones de concebir.

Por lo que sabemos, César sí creía ser el padre del chico y lo más probable es que

estuviera en lo cierto. La total certeza exigiría un conocimiento íntimo bastante infrecuente ya para figuras del pasado reciente, más aún para el mundo antiguo. Salvo los que negaban la paternidad del niño, ninguna de las demás fuentes insinúa que en esta época Cleopatra tuviera otro amante; otra vez, hay que subrayar la falta de pruebas concluyentes de que hubiera otros hombres en su vida aparte de César y, posteriormente, Antonio.^[3]

César vio al chico por primera vez cuando su madre lo llevó a Roma a finales del verano del año 46 a. C. Suetonio cuenta que el propio César había llamado a la reina a la ciudad, pero es poco probable que lo hiciera movido por el deseo de ver a su hijo; y la razón primordial tampoco era de índole sentimental. Cleopatra acudió acompañada también de su hermano y marido, Ptolomeo XIV. La comitiva real fue acomodada en una villa de Trastevere propiedad de César que quedaba fuera de los límites de la ciudad, algo perfectamente acorde con las tradiciones de la hospitalidad romana; Ptolomeo Auletes se había alojado en una de las villas de Pompeyo durante su visita a Roma.^[4]

Arsínoe también estaba en Roma entonces, pero ella como cautiva. Sólo entre el 21 de septiembre y el 2 de octubre, César celebró cuatro triunfos consecutivos: uno más que Pompeyo en toda su trayectoria. El segundo fue con motivo de Egipto y el Nilo, y entre las carrozas que llevaban pinturas de la campaña y trofeos de la victoria había una estatua del dios-río Nilo y una maqueta del faro de la isla de Faros que echaba llamas; entre los prisioneros iba la hermana menor de Cleopatra. Al concluir el triunfo galo, el jefe Vercingétorix, preso desde su rendición en Alesia ocho años antes, fue estrangulado ritualmente: la muerte del líder enemigo reafirmaba la victoria absoluta de Roma en un conflicto.

Dión describe la inmensa compasión que despertó en la multitud romana la adolescente Arsínoe: es muy improbable que César llegara siquiera a considerar su ejecución; ya en triunfos anteriores había habido otras mujeres entre los prisioneros famosos, pero nunca se había ajusticiado a ninguna en la ceremonia. Arsínoe la tenían presa, como al hijo del rey juba, que a sus cuatro años desfiló en el triunfo por la victoria en África; después fue enviada al templo de Artemisa en Éfeso, donde vivió en el destierro. No se nos habla de la actitud de Cleopatra hacia su hermana en esta época, pero por acontecimientos posteriores, no debió de ser muy cálida. Durante el triunfo, y como era tradición, los soldados de César se divirtieron cantando canciones obscenas a propósito de su comandante: algunas estrofas aludían en tono jocoso a sus devaneos con Cleopatra; no se sabe si ella las oyó.^[5]

César no vivió en la villa con el séquito real, lo que no implica que la aventura hubiera acabado: iba a ver a la reina siempre que podía, disfrutando tanto como antes con su ingenio, inteligencia y complicidad, y con su amor; pero el volumen de trabajo del que tenía que ocuparse era excepcional, y también, como de costumbre, estaba muy volcado en delinear nuevos planes y legislación y responder a peticiones, intentando paliar la enorme acumulación de asuntos públicos pendientes. Quedaba

poco tiempo para el placer. Además, César no era más fiel a sus amantes que a sus esposas: durante los meses en África se había acostado con otra reina, esta vez Eunoë, la esposa del rey Bocco de Mauritania.^[6]

El gobierno de Cleopatra descansaba en la aprobación de Roma. Muchos de los miembros del antiguo ejército real habían perecido en la guerra de Alejandría o se habían dispersado, y prácticamente todos habían defendido a su hermano, y los que sobrevivieron no eran muy de fiar; así pues, las legiones que César había dejado atrás constituían la principal salvaguarda del reinado de Cleopatra. El comandante de esas unidades, Rufio, era un hombre de su confianza, y un dato de interés es que fuera hijo de un liberto: el nombramiento pudo basarse puramente en sus méritos, pero también es probable que César no deseara tener un oficial de más renombre en Egipto, vista la reacción de los alejandrinos a los símbolos del poder romano. Las tropas estaban allí, pero en cierto modo se mantenía la ilusión de que las controlaba la reina, y no a la inversa; otra razón para nombrar a Rufio comandante de la guarnición tal vez fuera que al no ser alguien prominente, no resultaba peligroso.^[7]

En el año 46 a. C. el Senado romano reconoció oficialmente a Cleopatra y Ptolomeo XIV como gobernantes y amigos del pueblo romano. En el 59 a. C. César había dispuesto que se concediera a Auletes la misma condición, precisamente por las mismas razones. Según Suetonio, también fue pródigo ofreciendo regalos a la reina, pero lo más importante para ella era la confirmación de su gobierno. No hacía tanto que romanos prominentes, entre ellos César, hablaron de anexionarse Egipto como provincia. Chipre había sido ocupada a todos los efectos, y aunque César se la había devuelto a Cleopatra, no existía absoluta seguridad de que no fuera a cambiar de idea.^[8]

Él y la reina habían sido amantes en Egipto en un momento en que las fuerzas leales a su hermano amenazaban a los dos. Cabe pensar que la continuidad del apoyo romano fuera motivo de preocupación para Cleopatra, ya que, más de un año después, no tenía por qué mantenerse; y si le había llegado noticia de otras aventuras de César, lo natural es que su inquietud fuera mayor. Quizá pensó que Cesarión podía contribuir a reafirmar el vínculo que los unía, aunque si conocía un poco el derecho y la sociedad romanos, no las tendría todas consigo. Al final, su visita a Roma debió de resultarle más que satisfactoria. En el terreno personal, estaba claro que persistía un gran afecto, hasta puede que verdadero amor; algo que probablemente importara mucho a la reina a sus veintitrés años. Pero en definitiva, lo esencial era la sanción política y la garantía de la continuidad de su gobierno gracias al pleno respaldo de Roma.

A cambio, César ganaba un Egipto estable, poco proclive a rebelarse o a ceder sus recursos a cualquier rival de Roma. Y, sin duda, también a él le complacía estar con la reina: los meses que pasó con ella al acabar la guerra de Alejandría habían constituido su único descanso verdadero en más de una década. Además, Cleopatra había llevado consigo expertos de su equipo de asistentes para algunos de sus

proyectos. El calendario lunar romano, de trescientos cincuenta y cinco días, había de añadir un mes extra en años alternos, pero tras un largo periodo de mal uso y descuido, el sistema se había desfasado mucho de las estaciones naturales. César fue quien lo sustituyó por el calendario juliano: el mes de su nacimiento recibió el nuevo nombre de julio en su honor. Salvando un pequeño reajuste, es el calendario de trescientos sesenta y cinco días y seis horas que sigue empleándose hoy. El astrónomo Sosígenes, del Museo de Alejandría, realizó gran parte del trabajo para este proyecto. Alejandría también llevó a César la inspiración, y tal vez ayuda concreta, para otro proyecto: la creación en Roma de dos grandiosas bibliotecas públicas de literatura, una latina y otra griega.^[9]

César marchó a la campaña española en noviembre. Puede que Cleopatra y su séquito hubieran emprendido ya el viaje de regreso a casa. De no ser así, partieron al poco tiempo, pues nada les retenía en Roma en ausencia del dictador. No hay pruebas de que Cleopatra se quedara otros dieciocho meses en la ciudad como suele suponerse, y parece muy improbable que quisiera ausentarse tanto tiempo de su reino; tal vez la comitiva visitara Chipre en el viaje de vuelta, pero es pura conjetura.

LOS IDUS DE MARZO

César regresó de España a finales del verano del año 45 a. C., pero no entró en la ciudad de Roma hasta octubre, mes en que celebró su quinto triunfo. Hasta entonces, el motivo de estas ceremonias —el motivo declarado, al menos— había sido celebrar las victorias sobre enemigos extranjeros: así, el triunfo africano había aplaudido la victoria sobre el rey Juba, más que sobre los pompeyanos aliados del rey. Esta vez se celebraba sin tapujos la derrota de otros romanos; pese a todo, se oyeron vítores de multitudes. El Senado decretó nada menos que cincuenta días de agradecimiento público: nunca antes se habían concedido tantos abiertamente por la victoria en una guerra civil.^[10]

César recibía cada vez más honores del Senado. En el 46 a. C. le nombraron dictador para diez años; al año siguiente, dictador vitalicio, a la vez que le otorgaron el consulado para diez años consecutivos. Aparte de estos poderes oficiales, se erigieron en su honor monumentos y estatuas que parecían adscribirle una condición sobrehumana, casi divina. Se dice que declinó algunos de los premios más exagerados, pero aun así, aceptó muchos otros. Casi todos encajaban plenamente en las formas tradicionales de rendir honores a generales y hombres de estado como consecuencia de los éxitos cosechados, pero todos en conjunto alcanzaban una cota mucho más alta. También sus seguidores obtuvieron grandes distinciones: dos de sus legados celebraron triunfos por la campaña española, sin que hubiera precedente de

nadie premiado nunca con tal honor no siendo el comandante del ejército. Por otro lado, César dimitió de su consulado en solitario en el 45 a. C., e hizo elegir cónsules sustitutos para lo que restaba de año a dos de sus seguidores. Uno de ellos murió el 31 de diciembre, y César convocó otros comicios en los que se decidió el sustituto para las horas que restaban de aquel día. Cicerón dijo con guasa que estaba tan en guardia que ni siquiera durmió nunca durante su mandato; en privado, el hecho de que tratara la magistratura superior como una trivialidad le indignaba tanto como a otros.^[11]

César no tenía paciencia para formalidades y tradiciones, en parte debido a su temperamento y al hábito de mandar un ejército y emitir órdenes, pero también porque había mucho que hacer que urgía en el tiempo: quería implantar un enorme programa de cesión de tierras para sustentar a sus veteranos licenciados y a los ciudadanos sin empleo y empobrecidos de la propia Roma, y estaba empeñado en llevarlo a efecto evitando las expropiaciones y los disturbios del programa de colonización de Sila. Pocos ponían objeciones a los actos de César; la mayoría de sus reformas se consideraron sensatas y para bien de la República. Sin embargo, no gustaba su premura ni la forma en que, pasando por encima de todo, tomaba decisiones: Cicerón se topó con ciudades y provincias que le agradecían peticiones concedidas en sesiones del Senado en las que pensaban que había estado presente, pero que, por lo que él sabía, jamás tuvieron lugar.^[12]

César dijo una vez que la «República no es nada, sólo un nombre sin cuerpo ni figura», y mostró despreocupación por las apariencias y las convenciones en su proceder durante esos meses. Ostentaba el poder supremo, personal y perpetuo; hasta ese momento había evitado escrupulosamente utilizar el nombre y los símbolos de los antiguos reyes de Roma, pero entonces aceptó el derecho a adoptar el atuendo que supuestamente lucían los reyes de la cercana Alba Longa, desaparecida hacía tiempo, de los que se decía descendiente. El 26 de enero del 44 a. C. organizó el festival de los juegos Romanos, ceremonia celebrada en gran parte en los montes Albanos, en las afueras de la ciudad. La muchedumbre lo jaleó a su paso llamándolo «rex». Rex, además de un título, era un apellido; y él respondió simplemente diciendo que era «no rey, sino César».^[13]

Sin embargo, a continuación se produjo un incidente que suscitó inquietud en muchos, sobre todo en los senadores descontentos con el poder que acumulaba. El 15 de febrero era el día de las fiestas Lupercales, y en ellas desempeñó un papel clave su colega cónsul Marco Antonio. Aquel día encabezó a los sacerdotes de Lupercal, que, siguiendo un antiguo rito, corrían por el centro de la ciudad cubiertos sólo con un taparrabos de cuero y flagelando con una fusta de piel de cabra a todo el que se cruzaba en su camino; se creía que recibir sus latigazos daba suerte, en especial a las mujeres, aumentando sus probabilidades de quedarse embarazadas y de que el parto fuera fácil y sin percances. César observaba sentado en la elevada tarima decorada para la ocasión que le había obsequiado el Senado y, al acabarla ceremonia, Antonio

se le acercó corriendo. El cónsul, semidesnudo, ofreció al dictador una diadema de rey que llevaba en la mano. César la rechazó, lo que arrancó los vítores de la multitud de espectadores. Antonio volvió a ofrecerle la corona, y los vítores arreciaron cuando el dictador, una vez más, se negó a aceptarla. Más tarde hizo colocar la diadema en el templo de la Colina Capitolina dedicado al dios Júpiter, que era el único rey de Roma.

Fue un episodio extraño; y aunque la opinión de que estuvo orquestado con toda intención es casi unánime, hay menos acuerdo sobre el fin al que servía y sobre de quién partió la iniciativa. La mayoría se resiste a creer que Antonio actuara por su cuenta y sospecha que César sabía lo que iba a ocurrir, al menos a grandes rasgos. No parece que se pudiera estar seguro, ni siquiera entonces, de si todo iba dirigido a tranquilizar al pueblo demostrando que no deseaba ser rey o, como interpretaron los más cínicos, se trataba de sondear la actitud de la opinión pública: si pretendía convencer a la gente de que César no tenía ambiciones de rey, desde luego fracasó.^[14]

El año había empezado bien para Antonio y su familia: su hermano Cayo era pretor, y Lucio, el menor, que había sobrevivido a la cautividad durante la guerra civil, era tribuno. El clan de los Antonios medraba, y el porvenir parecía aún más prometedor. Antonio y Cayo esperaban gobernar provincias cuando expiraran sus magistraturas. Posiblemente, el dictador ya tenía asignada a su colega cónsul la importante provincia de Macedonia. También había planeado dejar Roma, y pensaba pasar fuera tres años; primero iría a luchar contra los dacios en el Danubio, y luego a dirigir la grandiosa invasión de Partía en el Oriente para vengar por fin la derrota de Craso.^[15]

César quería entregar su consulado antes de irse, dejando en su puesto a un cónsul sustituto. Ya había propuesto a los cónsules y a la mitad de los pretores para los dos años siguientes. El sustituto elegido fue Dolabela, lo que demuestra que había vuelto a gozar de su confianza. La elección implicaba, y esto probablemente tampoco fue casual, que dos de los cesarianos más distinguidos iban a ocupar cargos cuando él se ausentara; pero a esto se contraponen que los cónsules para el año siguiente, aun siendo leales cesarianos, no tenían apellidos ni personalidades relevantes en modo alguno. El dictador proponía a los candidatos consulares, pero seguía ateniéndose a la formalidad de dejar el voto al pueblo. Cuando la Asamblea del Pueblo se reunió en la saepta para sancionar la elección de Dolabela, Antonio se valió de los poderes que ejercía en calidad de augur y detuvo el proceso con la excusa de un mal augurio que apareció en los cielos. César no podía controlar totalmente a Antonio, que era importante por derecho propio y estaba empeñado en seguir porfiando contra quien era su adversario desde el año 47 a. C.^[16]

Aunque siguieron dándose rivalidades entre los senadores romanos, el ritmo habitual de la vida pública quedó suspendido. A Cicerón le desesperaba una República con tribunales que casi nunca se reunían y un Senado que adulaba a un dictador dueño de todas las decisiones cruciales, tomadas por él en privado con sus

consejeros. Había muchos que se hacían cargo de la paralización de la normalidad, siempre que fuera temporal. El hijo de Servilla, Bruto, que había conocido a César en su viaje de regreso de España en el 45 a. C., creyó entonces «estar pasándose a los buenos»; Cicerón no lo veía así, y el propio Bruto cambió de opinión enseguida.^[17]

No importaba que César gobernara bien ni que perdonara a sus oponentes y los promoviera: tanto Bruto como Casio fueron pretores en el 44 a. C., y sus expectativas de llegar a cónsules a no mucho tardar resultaban realistas. El principio esencial de la República era que nadie debía ejercer el poder supremo de forma permanente. Ahora César lo detentaba abiertamente y no daba señales de querer renunciar a él; de hecho, llamó a Sila «analfabeto político» por desistir de la dictadura. El título en realidad era lo de menos: muchos romanos, sobre todo de las clases terratenientes, aborrecían el tratamiento de rey, pero César tenía poderes monárquicos fuera cual fuera su título, y esto era algo que detestaban todavía más.^[18]

Marco junio Bruto —en rigor, su nombre después de que su tío lo adoptara fue Quinto Cepio Bruto, pero se le conoce más por su primer nombre—, hijo de la formidable Servilla, era considerado desde hacía mucho una de las promesas de la nueva generación de senadores. Pompeyo había ejecutado a su padre en el año 78 a. C. por ser partidario de Lépido, el padre del colega consular de César en el 46 a. C. Bruto se negó a dirigir la palabra a Pompeyo hasta que al inicio de la guerra civil se unió a él; había sido mucho más adepto a César, cuya hija Julia estuvo a punto de desposar, pero el compromiso se rompió y entonces la joven se casó con Pompeyo. La sobriedad del carácter de Bruto, un par de años mayor que Antonio, le valió el respeto público, aunque se dice que también había tenido una aventura con Cíteris antes de que fuera la amante de aquel. César dijo de él: «Todo lo que Bruto quiere, lo quiere intensamente»; su conducta durante el mandato de Cicerón como gobernador de Cilicia lo corrobora: después de prestar dinero a la ciudad de Salamina, en la isla de Chipre, a un interés del cuarenta y ocho por ciento —cuatro veces superior a la tasa legal vigente, del doce por ciento— acosó a los sucesivos gobernadores para que entregaran tropas a su enviado y le permitieran cobrarse el pago por la fuerza.^[19]

Bruto idolatraba al estricto Catón, el hermanastro de su madre, dedicado como él a la adusta práctica de la filosofía. Catón no sólo se había negado a rendirse y a aceptar la piedad de César tras la derrota de los hombres de Pompeyo en África, sino que también puso fin a su vida de una forma aparatosa y horripilante: en un primer momento intentó en vano matarse con la espada, y su hijo buscó a un cirujano que lo curó y vendó las heridas; cuando lo dejaron solo para que durmiera, Catón se abrió los puntos y se sacó las entrañas con sus propias manos.^[20]

Por el contrario, Bruto se rindió después de Farsalia, fue bien recibido por César y posteriormente obtuvo un cargo. La culpabilidad le llevó a idealizar a su tío, y luego de escribir un libro elogiándole, convenció a Cicerón para que hiciera lo mismo. César no intentó impedirselo, pero sí replicó con su Anti-Catón, una cruel invectiva contra su persona plenamente encuadrada en la tradición romana más denigratoria.

Bruto también se divorció de su esposa, y se casó con su prima Porcia, que era hija de Catón y viuda de Bíbulo. Harto de los años de chismorreos sobre César y su madre, y llevado por el estricto ejemplo de su tío y la historia de la que se jactaba su familia sobre un antepasado que había forzado a deponer a los últimos reyes de Roma casi cinco siglos antes, empezó a «querer intensamente» derrocar al dictador.^[21]

Tenía tres hermanas, casadas respectivamente con Casio, Lépido y Servilio Isaúrico, colega de César en el consulado del 48 a. C., lo que acrecentaba la cercanía de su madre a César y a él le auguraba un futuro brillante. A Casio también le iban bien las cosas, aunque se dice que guardaba rencor a Bruto por haberle desbancado para el cargo de pretor urbano en el año 44 a. C. Siendo cuestor de Craso en la invasión de Partia, Casio había conducido a los supervivientes del desastre de vuelta a Siria, y después repelieron el ataque enemigo que llegó hasta Antioquía; había aprovechado bien su liderato en esta época de crisis.^[22]

Bruto y Casio fueron los líderes de una conspiración en la que participaron unos sesenta senadores, entre ellos antiguos seguidores de Pompeyo, pero también algún cesariano desencantado: Cayo Trebonio había sido cónsul sustituto en el 45 a. C., y Décimo Bruto —primo de Marco Bruto— tenía prometido el consulado del año 42 a. C. Ambos habían servido a César con valor y lealtad en la Galia y la guerra civil, y habían sido debidamente recompensados. Sus motivos eran diversos, pero todos los conspiradores consideraban pernicioso que un solo hombre dominara la República, y estaban muy convencidos de actuar por el bien de Roma. No podían ser senadores romanos si no sabían además que quienes mataran al tirano seguramente estarían entre los dirigentes de la República en el futuro inmediato.

Trebonio había tanteado prudentemente a Antonio en el verano del 45 a. C. cuando éste iba a reunirse con César, con la esperanza de que tal vez se uniera a la conspiración. Antonio se negó; pero no dijo nada al dictador. Quizá lo entendió mal o lo vio sólo como la queja y el pataleo de un viejo amigo que profería amenazas que no iban totalmente en su río. Bruto era inflexible en cuanto a que no hubiera más muertes que la de César, y obligó a plegarse a esta condición a los que deseaban matar también a Antonio. Si sólo moría el dictador, quizá todo el mundo podría comprender que su muerte había sido necesaria para la República, y así no originaría nuevos conflictos.^[23]

Los conspiradores sabían que no disponían de mucho tiempo para iniciar su campaña antes de que César dejara la ciudad. Era fácil acceder a él, pues a comienzos de ese mismo año había despedido a los soldados españoles que llevaban escoltándolo desde su regreso de la campaña de Munda: o no se tomaba en serio los informes que hablaban de conspiraciones, o ya no le importaban mucho; probablemente creía que mostrar en todo momento una suprema confianza en sí mismo era la mejor manera de preservar su régimen.^[24]

A su muerte, mientras la disensión entre seguidores y asesinos degeneraba en una nueva guerra civil, circularon rumores de los múltiples planes que supuestamente

tenía: uno de los más estafalarios hablaba de su presunta intención de casarse con todas las mujeres que le gustaran al objeto de tener hijos. Cleopatra, Cesarión, y es de suponer que también Ptolomeo XIV, habían ido a Roma en una segunda visita a finales del 45 o principios del 44 a. C. Al regresar de España, César había redactado un nuevo testamento en el que no hacía mención de Cesarión, lo que en todo caso sugiere que no planeaba tal ruptura con la ley y la tradición romanas; tal vez quisiera pasar un tiempo cerca de su amante, pero de nuevo la principal razón era sin duda política, pues el grano de Egipto —que en tiempos de Auletes había sustentado las campañas orientales de Pompeyo— representaría una fuente de provisiones primordial para el ejército romano en la expedición pártica que tenía programada.^[25]

La presencia de la reina, de nuevo instalada en la villa de César al otro lado del río, quizá identificó al dictador todavía más como rey helenístico, lo que sería una provocación adicional pero menor; y aunque ella no hubiera estado en Roma, los conspiradores seguramente habrían actuado igual. Lo que se ha dicho del influjo que Cleopatra ejercía sobre el pensamiento y las medidas políticas de César no tiene mucho sentido, y ni siquiera en la guerra propagandística después de su muerte dejó de ser un argumento menor. Apiano cuenta que César hizo emplazar una estatua de ella junto a otra de la diosa Venus en el templo de Venus Genetrix, y que seguía allí un siglo y medio después. Este edificio era el plato fuerte del nuevo Foro julio, cuya construcción César se había encomendado antes de la batalla de Farsalia, si su antepasada la diosa le daba la victoria. En realidad, el Foro estaba acabado en el 44 a. C., y según Dión, Augusto devolvió a Roma al menos una estatua de la reina trece años después, por lo que puede que Apiano se equivoque. Por otro lado, es posible que la estatua fuera de la diosa, o de Isis, a quien se la equiparaba con frecuencia, y que simplemente se basara en Cleopatra, más que ser una imagen oficial de ella.^[26]

Durante su estancia en Roma, parece que Cleopatra, siguiendo el ejemplo de su padre, aduló a los romanos eminentes con regalos. Cicerón fue a visitarla, pero no llegó a recibir unos libros que le había prometido; y le molestaba sobremanera tener que agasajar a una reina extranjera. No es descartable que los senadores pretendieran ganarse el favor de César a través de ella, aunque es imposible saber si ocurrió así y hasta qué punto.^[27]

El 15 de marzo —los idus en el calendario romano— César tenía que asistir a una sesión del Senado que iba a reunirse en un templo del enorme complejo de teatros pompeyano. Antonio había ido a buscarlo a casa, igual que Décimo Bruto. Tras ciertos reparos a cuenta de malos augurios y del nerviosismo de su esposa Calpurnia, Décimo convenció a César para que acudiera a la reunión. Los conspiradores, congregados ya desde hacía algún tiempo con el pretexto de que el hijo de Casio cumplía la mayoría de edad ese mismo día, lo estaban esperando; un grupo de gladiadores propiedad de Décimo Bruto apostados en las proximidades los apoyarían si era necesario, pero su intención era actuar solos. Saludaron a César cuando se apeó de su litera. Trebonio se llevó a Antonio a un aparte para decirle algo en privado, y

los dos quedaron rezagados a la entrada del templo mientras los demás pasaban al interior: no querían al fornido cónsul sentado en su sitio junto a César, pues calculaban con acierto que su reacción instintiva sería luchar.

Antonio debió de oír el jaleo; tal vez Trebonio le explicara en ese momento lo ocurrido. Los demás conspiradores, apiñados en torno al dictador como para presentar peticiones, lo atacaron todos a la vez con sus cuchillos. César recibió veintitrés puñaladas, aunque posteriormente se concluyera que sólo una fue mortal. En el barullo, algunos de los conspiradores se golpearon entre sí accidentalmente, y Bruto resultó herido en un muslo. El dictador, primero con gesto de extrañeza y luego enojado, respondió a las puñaladas con el afilado punzón que utilizaba para escribir y cayó desplomado al pie de una estatua de Pompeyo.

Los senadores que habían observado la escena quedaron atónitos. Aterrados, salieron del templo en tropel y huyeron a refugiarse en sus casas, pues nadie sabía qué sucedería a continuación. Antonio huyó con ellos.^[28]

CÓNSUL

Antonio pasó buena parte de los Idus de marzo atrincherado en su casa. Al salir huyendo se despojó de sus ropas consulares y se disfrazó de esclavo: una irónica repetición de su huida de Roma a comienzos del año 49 a. C. Los políticos romanos que habían recurrido a la violencia en el pasado jamás se detuvieron con una sola muerte, y aquel día no había razón para esperar otra cosa. Salvo los conspiradores, nadie sabía aún de la insistencia de Bruto en matar sólo a César —una actitud tan poco habitual como la clemencia del propio César para con los enemigos vencidos—. Antonio, colega consular de César y uno de sus aliados políticos, se sabía un blanco evidente. Lépido, *magister equitum* de César, también se refugió en su casa presagiando un baño de sangre, como la inmensa mayoría de los miembros del Senado. Algunos temían morir a manos de los conspiradores y sus adeptos; otros, a manos de vengadores de César. A todos les inquietaba que hordas de saqueadores se aprovecharan del caos.^[1]

La noticia del asesinato seguramente tardó algo más en cruzar el Tíber y llegar a Cleopatra. Sin duda debió de quedar anonadada, es probable que muy afectada y con toda seguridad inquieta; aunque en realidad, salvo que Roma cayera en la anarquía, no se hallaba en peligro. Políticamente era irrelevante, y ya conocía lo suficiente la vida pública romana como para saber que los conspiradores no iban a molestarse en matarla. Fuera cual fuera el nuevo régimen que surgiera tras la muerte del dictador, serían romanos quienes lo formarían: la reina no iba a desempeñar ningún papel en ese proceso, y lo único que podía esperar, a lo sumo, era llegar a un compromiso con los nuevos dirigentes. Había perdido a quien era su protector político y su amante, y era imposible saber cómo reaccionarían Rufio y sus legiones ante la noticia de la muerte de César, ni si podría aferrarse al poder sin su valedor romano: temiendo por su vida y la de su hijo, Cleopatra no huyó de Roma al enterarse del asesinato, sino que se quedó varias semanas para observar lo que acontecía.^[2]

El Senado, cercenado ya tiempo atrás, durante la guerra civil había sufrido una nueva criba de sus miembros más eminentes. César inscribió a cientos de senadores nuevos, pero pocos tenían gran prestigio ni influencia política. Su Senado ampliado de unos novecientos miembros tenía muy poco peso en la cúspide. Al caer muerto César, Bruto había gritado el nombre de Cicerón, uno de los escasísimos antiguos cónsules que a la sazón, a sus sesenta y dos años, podría dirigir una República

restaurada. El distinguido orador, completamente ajeno a la conspiración, huyó en medio del pánico general.

El asesinato del dictador se había consumado en una ráfaga de frenéticas puñaladas, y nada indica que los conspiradores hubieran previsto qué podía suceder a continuación: la desbandada los dejó solos en el templo y también sorprendidos. Colocaron el gorro de un liberto en lo alto de un poste como enseña de la libertad recobrada por los ciudadanos, pues los esclavos se tocaban con esa prenda el día en que su señor les concedía la libertad (posteriormente, los revolucionarios franceses adoptaron el mismo símbolo). Luego, acompañados por la tropa de gladiadores de Décimo Bruto, subieron a la colina Capitolina, la antigua ciudadela de Roma, a la espera de ver qué pasaba a continuación. Tres portadores de César regresaron con su litera para recoger el cadáver y llevarlo a su casa.^[3]

No parece que los adeptos a César buscaran venganza, ni que los ciudadanos, cualquiera que fuera su condición, se apresuraran a jalearse a quienes habían matado al dictador heroicamente para restaurar la libertad. Roma, sumida en un perplejo estupor, tardó un tiempo en despertarse. Unos pocos senadores subieron a la colina Capitolina para congratular a los conspiradores; Cicerón fue uno de ellos, y les dedicó un sentido elogio, pero ni él ni ninguno de los demás se quedaron mucho tiempo. Dolabela fue otro de los visitantes, y ya entonces o en los días siguientes asumió el atuendo y la condición de cónsul; caluroso en su elogio de los asesinos, no vio razón para asumir el cargo que el dictador le había asignado. Bruto y Casio se dirigieron al escaso gentío que para entonces se había congregado en el Foro; su justificación del crimen no suscitó gran entusiasmo, y ni siquiera el dinero que repartieron produjo una explosión de apoyo. Apiano hace notar la ironía de que esperaran ver cómo sus conciudadanos abrazaban la libertad al tiempo que los intentaban sobornar.^[4]

Ese mismo día Antonio debió de percibir que no se preparaba ningún ataque inminente. Como cualquier senador romano, buscó consejo en su familia, amigos y políticos allegados; se reunió con Lépido y otros prominentes cesarianos, como Aulo Hircio, propuesto como candidato a cónsul para el año 43 a. C. De fuerte carácter y sin duda reacia a llorar la muerte de un tercer marido, Fulvia probablemente fue muy activa alentando a Antonio. Lépido mandaba la única legión que había en Italia; al menos parte de sus tropas estaban en las proximidades de Roma, y el día 16 las hizo entrar en la ciudad. Técnicamente, ahora que el dictador había muerto, el mando de su *magister equitum* habría prescrito, pero los soldados atendían a sus órdenes y, de momento, eso era lo único que importaba. Antonio e Hircio lo disuadieron de utilizar las tropas para lanzar un ataque inmediato contra los conspiradores; y el primero acudió al suegro de César, Calpurnio Pisón, y con su ayuda sacó el testamento del dictador del templo de Vesta.

Mientras tanto, Bruto pronunciaba un discurso ante la gente que se había aglomerado en la falda de la colina Capitolina, pero tampoco entonces logró

enardecerles: para la mayoría, César nunca había sido un tirano, y no veían qué ventaja les traería su muerte. En Roma había muchos veteranos licenciados esperando que les asignaran granjas, y temían que el Senado, dirigido ahora por los conspiradores, acabara con el programa de reasentamiento del dictador. Bruto intentó tranquilizarlos asegurándoles que recibirían sus tierras, pero fue en vano: la hostilidad hacia los conspiradores crecía, y la casa de un senador que los había apoyado públicamente fue amenazada por la turba.

El 17 de marzo, el cónsul Marco Antonio convocó una sesión del Senado en el templo de Tello, no lejos de su casa pero retirado de la colina Capitolina. Los soldados de Lépido, apoyados por veteranos, montaron guardia fuera. La mayoría de los senadores asistieron, incluido Cicerón, y fuera cual fuera su actitud hacia César, el deseo general era que la estabilidad y la paz prevalecieran. Los conspiradores seguían donde estaban, protegidos todavía por sus gladiadores y desmoralizados por no haber encontrado apoyo entre sus conciudadanos.

La pregunta fundamental era si el crimen estaba justificado. Si César había sido un tirano, eso querría decir que todos sus actos eran ilegales; el inconveniente era que había hecho muchas cosas. Numerosos senadores debían al dictador el cargo y sus prebendas: a Bruto y Casio los había hecho pretores, y a Décimo Bruto lo había nombrado procónsul de la Galia Cisalpina para el año siguiente y cónsul para el 42. Si los actos de César se declaraban nulos, ninguno de ellos tendría derecho a esos cargos; tampoco Antonio ni Dolabela serían cónsules, y ningún otro gobernador provincial ni magistrado podría ejercer el poder. Las decisiones de César se extendían mucho más allá del Senado, y afectaban a los colonos y a los muchos pueblos de las provincias que habían recibido la ciudadanía u otros derechos por decisión suya. Las individualidades tenían mucho que perder, pero igual de preocupante era el riesgo de precipitar en el caos al gobierno entero: llevaría tiempo celebrar nuevas elecciones, y nadie podía saber cuál sería su resultado. Muchos candidatos propuestos por César no alcanzaban la edad exigida por la ley para ejercer sus cargos: a Dolabela le faltaban más de diez años. Incluso prescindiendo de esto, iniciar una campaña electoral habría sido caro y el resultado incierto. Pero si César no había sido un tirano, los conspiradores eran unos asesinos y había que castigarlos. Gran cantidad de senadores simpatizaban con Bruto, Casio y los demás, y muchos otros sólo temían que condenarlos provocara un nuevo baño de sangre y quizá otra guerra civil: un temor ya presente en los Idus.

Antonio preconizaba un compromiso. Cicerón, dispuesto a apoyarle, presentó una propuesta que llegó a votarse: los conspiradores no serían procesados, y no se les exigiría ningún tipo de responsabilidades; por otra parte, todos los actos de César fueron confirmados, y al día siguiente se le concedió el derecho a un funeral público y a la ratificación oficial de su testamento. Era incongruente, pero de momento bastaba para mantener la paz. Cicerón dijo más tarde que se había hecho todo lo que cabía esperar una vez quedó claro que oficialmente no se iba a disculpar a los

conspiradores ni a condenar a César; pero puede que en aquel momento su ánimo fuera más optimista. Aquella noche Antonio y Lépido enviaron a sus hijos a la colina Capitolina como rehenes en prenda de su inequívoca buena voluntad e invitaron a cenar a Bruto y a Casio; las esposas de Casio y Lépido eran hermanas, ambas hijas de Servilla, madre de Bruto.^[5]

VERDAD Y RECONCILIACIÓN

Al describir los meses que siguieron, es primordial no caer en la idea de que todo era inevitable, ni verlo tampoco como un simple conflicto entre los conspiradores y los cesarianos; estos últimos no eran un grupo homogéneo, ni siquiera una facción que defendiera una política común, sino un grupo descabalado en el que cada cual había decidido apoyarle por sus razones. El cargo de César en el estado había sido personal —sus poderes le habían sido concedidos a título individual—, fue dictador vitalicio y manejó un enorme contingente de soldados que le juraron lealtad: la misma que juró el Senado no mucho antes de los Idus. No había un heredero aguardando para asumir sus poderes ni dirigir su ejército, ni siquiera indicios de que él ni nadie hubieran pensado que tuviera que haberlo.

Antonio había sido el cónsul colega de César y uno de sus insignes adeptos, pero carecía de la riqueza, reputación y auctoritas del dictador, así como de la red de clientes ligados a él por favores pasados. El estatus y la importancia de César habían sido producto de años de esfuerzo, y también de la guerra civil, y ningún otro tenía fácil poder hacerse con ellos. Era difícil prever qué harían las legiones: muchas las habían reclutado originalmente los hombres de Pompeyo y, en conjunto, eran soldados que habían respondido bien a las recompensas y promesas de César y le habían mostrado lealtad; pero que hubieran servido a César no implicaba automáticamente que también fueran a obedecer a otro. En el año 44 a. C. Antonio no mandaba tropas, aunque tenía asignada una provincia con legiones para el año siguiente. Bruto y Casio también esperaban mandos provinciales tras su año como pretores, pero de momento ninguno de los conspiradores comandaba ninguna fuerza. Décimo Bruto iba a gobernar la Galia Cisalpina, que contaba con unos efectivos bien situados para intervenir en Italia, pero aún no había salido de Roma para ocupar su cargo. Lépido sólo disponía de aquella única legión que en realidad no bastaba para dominar Roma por mucho tiempo. Si las rivalidades políticas se tornaban violentas y estallaba la guerra civil, ninguno de los principales actores podía confiar en la victoria.^[6]

César estaba muerto, y aunque no había nadie que pudiera ocupar el lugar abrumadoramente dominante que él había ocupado en la República, también es cierto

que con su muerte no dejaban de abrirse nuevas oportunidades. Antonio era cónsul, pero además pertenecía al linaje de los Antonios, algo en lo que insistió reiteradamente en los meses siguientes: esperaba ser uno de los dirigentes del estado y, como tal, hacerse con un cargo y sus correspondientes honores. Además, todavía necesitaba dinero, porque aunque había prosperado en la guerra civil, aún no había adquirido riqueza suficiente para sufragar su tren de vida ni su carrera política. Con apenas cuarenta años, era de esperar que le quedaran décadas en activo en la vida pública: quería más honores, y tal vez, con el tiempo, la supremacía que César había mostrado posible. Tenía mucho que agradecer al dictador, y personalmente había tenido buen trato con él, pero un noble romano con su pasado nunca se daba del todo a ningún otro, pues su propio éxito y el éxito de su familia eran lo primero. Vengar el asesinato de César no iba a ser suficiente para reforzar su posición ni afianzarla, al menos por el momento.^[7]

También los conspiradores buscaban aceptación y no querían conflicto: sólo alcanzarían el éxito y la seguridad si los senadores y todas las demás clases aprobaban mayoritariamente su actuación. También ellos eran casi todos jóvenes, según la convención de la política romana: Bruto y Casio tenían cerca de cuarenta años, y pocos de los demás eran mucho mayores. Uno de los motivos por el que querían ver «libre» su República era para poder escalar peldaños en la vida pública, sin un dictador que los constriñera. Dolabela aún era joven, probablemente no superaba los treinta años, y aunque había sido un cesariano, a los conspiradores no les pudo parecer mala cosa que el nuevo colega consular de Antonio fuera alguien a quien éste detestaba. Las amargas rivalidades personales eran un modo muy tradicional en Roma de restringir el poder personal. Por lo demás, la restauración de la libertad no habría empezado con buen pie atacando a los cónsules. En concreto, Bruto tenía esperanzas de que la predisposición de Antonio a reunirse con ellos fuera señal de que tampoco él creía que la República pudiera operar bien con un dictador permanente; lo que no significaba que él y los otros no miraran a Antonio con tanta cautela como a la inversa. Todos querían mejorar su propia posición en la nueva República.

Se dice que Casio objetó a que se autorizara el funeral público de César y a que Antonio lo celebrara, pero dejó que Bruto impusiera su opinión. Resultó ser un error, aunque puede que negar ese honor al dictador hubiera aumentado aún más el resentimiento. La verdad pura y dura era que César había sido popular entre muchos ciudadanos. El 20 de marzo se celebró el funeral en el mismo Foro, con una muchedumbre imprevisible como testigo. Difundidas ya las cláusulas del testamento del dictador, se sabía que había donado sus extensos jardines en la ciudad para que se convirtieran en un parque público, lo que bastó para reavivar la gratitud de muchos por la generosidad de César y para disminuir aún más la simpatía, ya de por sí escasa, que los conspiradores habían despertado. La versión de Shakespeare del discurso que dio Marco Antonio en esta ocasión es digna de su fama y fiel reflejo del poder de un

orador para conmover a la multitud romana; pero nuestras fuentes están enfrentadas respecto a lo que en realidad dijo. El cadáver de César, ataviado con toda solemnidad, se expuso en un féretro de marfil: las manchas de sangre eran claramente visibles en su manto.

Antonio, al parecer, comenzó por mencionar algunos de los muchos honores que César había obtenido por votación del Senado, y por último, el juramento de apoyo y protección que habían pronunciado todos los senadores: también los conspiradores. La ironía fue tan fuerte como la insistente alusión shakesperiana a Bruto como un «hombre honorable». De ahí pasó a hablar de algunas de las grandes gestas de César y fue poniéndose cada vez más emotivo: cogiendo el manto del cadáver, lo alzó para mostrar los desgarrones de las puñaladas de los asesinos. Alguien gritó un verso famoso de una tragedia antigua: «¡Pensar que salvé a esos hombres para que me destruyeran!». El testamento se leyó en voz alta, y produjo consternación oír mencionado el nombre de Décimo Bruto entre los herederos menores, lo que mostraba una vez más el aprecio que César había sentido hacia los hombres que lo mataron. Aparte de la donación de los jardines, cada ciudadano residente en Roma recibiría trescientos sestercios. Se había moldeado una figura de cera del cadáver, y en ese momento una grúa de las que se utilizaban en el teatro y en los juegos la elevó y la hizo girar lentamente en el aire, dejando ver las veintitrés heridas de César pintadas en su efigie.

La emoción se desbordó ante aquella estampa: al respetado poeta Helvio Cinna, leal seguidor de César, lo confundieron con otro Cinna que había apoyado a los conspiradores y lo mataron de una paliza. Una turba enardecida se dirigió a las casas de los conspiradores, muchos de los cuales vivían en las faldas de la colina Palatina en torno al Foro, como todos los senadores prominentes; pero al no encontrar a ninguno, volvieron para agruparse en torno al cadáver. La cremación iba a tener lugar fuera de la ciudad, en el Campo de Marte, pero la multitud montó una pira allí mismo con toda la madera que pudieron encontrar por el Foro y sus tiendas. Como Clodio, César fue incinerado en el corazón de Roma. Los veteranos echaron a las llamas de la pira sus condecoraciones, y todas las mujeres lanzaron sus joyas. Entre la muchedumbre había muchas personas de todos los rincones del imperio que no gozaban de la condición de ciudadanos. Durante las noches siguientes, parte del colectivo judío de Roma fue al lugar, llorando públicamente al hombre que había sido generoso con su pueblo.^[8]

Antonio había contribuido a que el resentimiento del grueso de la población, que hervía a fuego lento, entrara en ebullición y rebosara con un estallido de rabia. Los conspiradores temieron por sus vidas: nunca aparecían en público, ni una sola vez se sintieron lo bastante seguros como para asistir a una reunión del Senado. A lo largo del mes siguiente, todos abandonaron la ciudad. Antonio hizo que el Senado otorgara a Bruto y a Casio una dispensa especial para irse, ya que, siendo pretores en activo, lo propio era que permanecieran en Roma. Décimo Bruto y Trebonio no tardaron en

partir hacia las provincias que César les había asignado. A partir de aquel momento, los conspiradores sólo podrían influir en la política a través de los amigos y familiares que se hubieran quedado en Roma. Los autoproclamados «Liberadores» se habían visto obligados a dejar Roma, lo que les ponía mucho más difícil desafiar el dominio de Antonio en aquel momento.^[9]

El odio a los conspiradores no trajo consigo una oleada de entusiasmo popular por el liderazgo de Antonio. Poco después del funeral, un altar fue erigido en el emplazamiento de la cremación de César. El principal cabecilla de este acto sin sanción oficial era un tal Amatio, que decía ser nieto de Mario y, por ello, pariente de César. Dolabela dispersó al gentío y retiró el altar. Amatio y los suyos volvieron a erigirlo, y entonces fue Antonio quien entró en acción y ordenó que lo ejecutaran. El hondo afecto hacia César y la ira contra sus asesinos eran útiles a veces, pero ambos cónsules querían mantenerlos bajo control.^[10]

El día 17 el Senado había acordado ratificar todos los actos de César, incluidos los anunciados en su día y que aún no se habían llevado a efecto. A todas luces, la distribución de tierras entre los veteranos había de continuar si querían mantener el orden en sus ingentes filas. Bruto y Casio habían intentado ganárselos concediéndoles el derecho de vender sus nuevas granjas si así lo deseaban, algo que César había prohibido, pues quería que se asentaran permanentemente. Antonio había conseguido que Calpurnia, la viuda de César, le entregara la documentación del dictador, y presentó ante el Senado un flujo constante de decisiones que había que aplicar.^[11]

Pronto estaba anunciando cosas jamás mencionadas en vida de César, y que Cicerón y otros consideraban invenciones suyas. El dictador había otorgado el estatus de «latinos» a gran parte de los pobladores de Sicilia, y Antonio los hizo plenos ciudadanos romanos. Al rey Deiotaro de Galacia, que había apoyado a Pompeyo en la guerra civil y vio sustancialmente reducido por César el tamaño de su reino, ahora le devolvió el poder y el territorio perdidos. Entre rumores de soborno, Cicerón afirmó que Fulvia había intercedido mucho en ese trato: la excesiva influencia de la esposa sobre un senador romano estaba mal vista, y es posible que esta historia fuera sólo parte del vilipendio a que Antonio era sometido rutinariamente; pero muchas mujeres de la nobleza influyeron en la vida pública detrás de las bambalinas, así que de por sí no es nada inverosímil.^[12]

Para Cicerón, la tiranía continuaba después de muerto el tirano, pues un solo hombre expedía un aluvión de decisiones arbitrarias; esta opinión era un poco injusta. En abril, Antonio le escribió una carta ostensiblemente cortés pidiéndole permiso para levantar el destierro a uno de los antiguos enemigos del orador, que además era un allegado de Clodio. Cicerón, que creía que Antonio habría seguido adelante de todos modos, aceptó lo más educadamente que pudo. La carta del cónsul contenía una amenaza apenas velada: «Aunque sé que su fortuna, Cicerón, está por encima de todo peligro, creo no obstante que verá preferible disfrutar de la vejez en paz y honorablemente a vivirla angustiada».^[13]

Antonio estaba empeñado en salirse con la suya, pero también muy ocupado, lo que sin duda espoleaba su impaciencia. Había mucho trabajo que hacer: a César nunca le había sobrado el tiempo y la administración de la República llevaba muchos años sin operar eficientemente. Sobre todo en provincias, había grupos e individuos que presionaban para obtener la ciudadanía, solicitaban favores o buscaban arbitrio en sus desavenencias; aunque Cicerón quizá habría preferido una forma más tradicional de funcionamiento de la República, para tales delegaciones eso habría supuesto esperar pacientemente hasta que el Senado tuviera tiempo de estudiar cada caso. Los retrasos se habrían prolongado sin tener ninguna certeza de que los asuntos fueran ni siquiera a decidirse; y menos a decidirse satisfactoriamente para los interesados. La mayoría de la gente de las provincias se había acostumbrado a la fluidez del trato con un solo individuo supremo, prefiriéndolo al tortuoso proceso de obtener respuesta a sus peticiones a través del Senado.

Así pues, el cónsul Antonio tenía una larga y diversa lista de cuestiones que abordar. Simplemente, era más rápido afirmar que era César quien en realidad había tomado cada decisión, puesto que eso le garantizaba la aprobación. Sin duda, también explotó la situación para reforzar su posición; las dádivas otorgadas, tanto a romanos como a las gentes de las provincias, rendían dinero a cambio, y de cara al futuro también dejaban a las personas y a los grupos endeudados con él. Un nuevo proyecto de ley de la tierra amplió el programa de reasentamiento: antiguos centuriones —y Cicerón afirma maliciosamente que también soldados rasos veteranos de la Legión V Alaudae [alondras] formada en la Galia— iban a formar parte del jurado en juicios de importancia, lo que suponía un sustancial aumento de su peso. Los centuriones eran claramente el grupo más influyente dentro de cada legión, y sin duda merecía la pena granjearse su simpatía. Por esta misma razón, César los había pintado como héroes en sus Comentarios de la guerra.^[14]

Antonio ejerció en la práctica una influencia inmensa y la usó, como habría hecho cualquier romano, para ganar clientes. Se enriqueció y aumentó su poder. Su consulado sólo duraba hasta el final del año; de momento era más poderoso que nadie, y necesitaba aprovechar bien su cargo y mejorar su posición para cuando hubiera prescrito. Los rivales y enemigos potenciales eran débiles entonces, pero no había garantía de que fueran a seguir siéndolo. Antonio necesitaba riqueza, contactos y prestigio tanto para competir en el futuro como para blindarse frente a cualquier ataque. No era seguro que la resistencia de Bruto a matar a nadie salvo a César fuera a durar para siempre.

Antonio superó a Lépido al amarrar el cargo de pontifex maximus que había ostentado César; también prometió su hija al hijo de Lépido para reforzarla alianza, aunque los chicos eran demasiado jóvenes para oficiarse la boda. Antonio había aceptado que Dolabela asumiera el consulado porque era preferible a cualquier otra opción y porque se sabía que era una decisión de César, y le ayudó además a hacerse con el proconsulado de la provincia de Siria para cinco años. Siria era rica y tenía un

ejército considerable que formó parte de los preparativos de César para la guerra pártica. Dolabela quería dirigir esa expedición: las guerras orientales, si se ganaban, eran siempre lucrativas, y por ello muy atractivas para quien seguía tan endeudado. Al divorciarse de la hija de Cicerón, se había mostrado poco dispuesto a devolver la dote, y también incapaz de hacerlo.^[15]

La primavera del año 44 a. C. fue un momento para nuevas alianzas y arreglos en el que cada cual se afanó por acumular poder y contactos. A todos les movían la ambición y el miedo, una mezcla muy conocida para los políticos romanos de la última generación. El rebrote de la guerra civil y la violencia era una posibilidad real, quizá casi inevitable. Antonio y todos los demás esperaban poder ponerse a salvo y fortalecerse lo suficiente como para aprovechar futuras oportunidades. El asesinato de César había trastocado radicalmente el equilibrio de poder dentro del estado romano, y el reajuste a la nueva realidad llevaba tiempo.

EL HIJO DE CÉSAR

Es muy posible que Cleopatra esperara en Roma a recibir el reconocimiento oficial de su poder, y quizá la confirmación de su condición de amiga del pueblo romano. En una carta fechada el 16 abril del año 44 a. C., Cicerón menciona que había dejado la ciudad. Luego hubo falsos rumores de que había perecido en el viaje de vuelta a casa; y una carta posterior de Cicerón ha llevado a algunos a pensar que estaba embarazada, se supone que de otro hijo de César. Esto parece improbable, pues ninguna otra fuente lo menciona y resulta más natural que se tratara de una alusión a Cesarión. Inquieta por su posición en el poder en Alejandría, lo sensato para la reina era regresar una vez hecho el intento de obtener la aprobación de Roma.^[16]

Poco después de que Cleopatra decidiera volver a su reino, llegó a Roma un joven de dieciocho años. Llamado Cayo Octavio, era hijo de Atia, sobrina de César; años atrás, la muerte había truncado la prometedor carrera de su padre, que era pretor. Atia había vuelto a casarse, con Lucio Marcio Filippo, que fue cónsul en el año 56 a. C. Octavio era el pariente varón más cercano de César, y con tan sólo doce años había pronunciado la oración en el funeral de su hija Julia en el 54 a. C. El dictador se había interesado por él, y en el 47 a. C. le inscribió en el colegio de pontífices. El chico se había unido a la campaña contra Pompeyo en España, aunque la enfermedad le impidió desempeñar un papel muy activo. A comienzos del año 44 a. C. se encontraba en Apolonia, en el Adriático, a la espera de entrar en combate en la guerra pártica de César.^[17]

El primer informe sobre la muerte de César reveló que había nombrado a Octavio principal heredero y también lo había adoptado como hijo, lo que significaba que iba

a heredar su nombre. Los romanos se tomaban muy en serio la adopción, y era un medio al que recurrían muchos de los que no tenían descendencia para perpetuar el apellido de la familia y sus ambiciones. Nada indica que Octavio conociera de antes las disposiciones del testamento, que casi nadie había visto en vida del dictador.

Es importante recordar lo joven e inexperto que era Octavio en el año 44 a. C., pues sólo así puede comprenderse la inmensa sorpresa que causaron su inmediata aceptación del legado y su determinación de adoptar no sólo el nombre de César, sino también su preeminencia política. Su padrastró Filipo le aconsejó rehusar el legado, y durante un tiempo se negó a dirigirse a él como César. Antonio se mostró todavía menos acogedor cuando el joven llegó a Roma en abril y fue a verlo: no quiso entregarle los documentos ni los fondos privados de César, de los que estaba haciendo uso con tan buenos resultados. Más tarde ese mismo año se refirió a Octavio como el muchacho «que le debe todo a un nombre», y al principio se resistía incluso a reconocer el nombre en cualquier forma que pareciera oficial.^[18]

Algunos antiguos cesarianos, admirados por la inmensa confianza en sí mismo del «muchacho», se mostraron más entusiastas. Un grupo de ricos, entre ellos Rabirio Póstumo, le facilitaron fondos para que fuera a algunas de las colonias montadas para los veteranos de César y empezara a reclutar tropas. Con el dinero prestado y el que sacó de vender parte de sus propiedades, también empezó a pagar a los ciudadanos el donativo prometido por César en su testamento. Las generosas dádivas del heredero de César, sumadas a su carisma y a la ira que la impunidad de los conspiradores había levantado, pronto le valieron cientos de voluntarios entre los veteranos: Cayo Julio César Octaviano —los historiadores han convenido en llamarlo Octavio para evitar confusiones— estaba convirtiéndose en una fuerza política; de momento aún era un poder menor, pero su rápido ascenso era notable e inquietante.^[19]

Bruto seguía en Italia, pero no se arriesgó a regresar a Roma. Como pretor, estaba a cargo de los juegos para la fiesta de Apolo, los ludi Apollinares. Temeroso de acudir personalmente, sus auxiliares organizaron los espectáculos; pero él invirtió mucho esfuerzo y dinero en buscar más apoyo. Octavio, financiándose con dinero prestado, presidió en persona los ludi Victorias Cacsaris que se aprobaron por votación para conmemorar la batalla de Farsalia. Durante los festejos se vio un cometa, algo que solía tomarse como un mal augurio; pero Octavio persuadió al pueblo de que era la señal de que César había ascendido al cielo para convertirse en dios: el joven, que cumplía diecinueve años ese agosto, ya no era simplemente hijo de César, sino además del divino julio. Una estatua de César con una estrella en la cabeza fue emplazada en el templo que el dictador había construido a Venus Genetrix, y en el Foro volvió a erigirse un altar donde, con el tiempo, acabó levantándose un templo al nuevo culto.^[20]

Bruto y Casio por fin dejaron Italia. Por orden de Antonio, el Senado les había asignado provincias de poco relieve y sin tropas, pero ellos hicieron caso omiso de sus nuevas funciones. Bruto marchó a Atenas; según declaró, para dedicarse a sus

estudios. Décimo Bruto, en la Galia Cisalpina, controlaba el ejército establecido más cerca de la península. Antonio tenía asignada la provincia de Macedonia, con seis legiones completas y bien adiestradas, casi todas originariamente destinadas a las campañas que César había planeado. A primeros de junio presentó a la Asamblea del Pueblo un proyecto de ley que le aseguraba para cinco años tanto la Galia Cisalpina como la extensa provincia de los «galos de largo cabello» conquistada por César: a Décimo Bruto se le relevaba de su mando, y Cayo Antonio era enviado a Macedonia como gobernador; Antonio asumiría el mando de las legiones de Décimo Bruto y también se llevaría a su nueva provincia casi todas las tropas de Macedonia, pues una de esas seis legiones le fue entregada a Dolabela. Había sido un paso poco ortodoxo, pero el pueblo romano podía votar cualquier cuestión, por lo que, técnicamente, no era ilegal; esto no significa que Décimo Bruto estuviera dispuesto a aceptar su sustitución.^[21]

Antonio ya había reclutado sus propias tropas compuestas por veteranos de César, a los que empleaba como escolta en la misma Roma. Era cónsul y tenía imperium, mientras que el pequeño ejército privado reunido por Octavio era ilegal en todos los aspectos, comparable a las legiones antaño reclutadas por Pompeyo en las fincas de su familia. En España Sexto Pompeyo, el hijo de Pompeyo que aún vivía, seguía dirigiendo las fuerzas del padre que habían sobrevivido a la derrota del año 45 a. C.; los intentos de Cicerón y otros de rehabilitarlo después de los Idus de marzo habían fracasado. Bruto y Casio asumieron enseguida el mando de ejércitos sin tener ninguna autoridad para hacerlo. En suma, todos los actores clave habían entendido que sólo tener el control de las legiones les daba cierta seguridad real: se preparaba una guerra civil que amenazaba con sumir una vez más a todo el mundo mediterráneo, incluido Egipto, en el conflicto y el caos. Para monarcas como Cleopatra, había graves riesgos de equivocarse en la elección de bando, o simplemente de que la riqueza de sus reinos atrajera a líderes romanos desesperadamente necesitados de fondos para sus ejércitos. César había dado a la República una breve estabilidad. La agitada paz que sucedió a su muerte duró unos meses, y ahora incluso esa frágil paz se estaba resquebrajando.^[22]

«UNO DE TRES»

Para contener la subida de Octavio, Antonio había ofrecido públicamente a Bruto y Casio ciertos compromisos, pero eso le distanció de muchos de sus simpatizantes, cesarianos incondicionales que odiaban a los asesinos: era una pirueta difícil, probablemente imposible. En agosto Calpurnio Pisón criticó a Antonio en el Senado, y Cicerón, que ya salía hacia el extranjero, se animó tanto que regresó a Roma, aunque no asistió a la sesión del 1 de septiembre alegando fatiga por el viaje. Antonio le atacó en su ausencia y a continuación propuso nuevos honores para César. No acudió al Senado al día siguiente, pero Cicerón sí, y pronunció un discurso en el que más tarde basó su Primera Filípica. El discurso original de las Filípicas lo había pronunciado el célebre orador ateniense Demóstenes para advertir a sus conciudadanos del peligro que planteaba el rey Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno. Este primer discurso de Cicerón, aunque bastante moderado, era un ataque cargado de intención a la posición y los actos de Antonio.

El cónsul reaccionó con enojo, pero hasta el 19 de septiembre no fustigó al orador en otro discurso: Antonio acusó a Cicerón de ser el verdadero instigador de los Idus de marzo, censurando su «ingratitude» para con el hombre que en el año 48 a. C. le había tratado con magnanimidad, y condenando su persona y su postura política al más genuino estilo romano, con todo lujo de detalles. Cicerón se retiró al campo a escribir su Segunda Filípica, que no llegó a pronunciarse como discurso, sino que tomó forma de panfleto; envió copias a diversos simpatizantes, aunque no hay acuerdo sobre hasta qué punto llegó a difundirse. El texto pagaba a Antonio con la misma moneda, sin ahorrar improperios a toda su vida y trayectoria.^[1]

Por esas fechas Antonio hizo erigir una estatua de César en los rostra del Foro y lo llamó «padre y benefactor»; tal declaración le ponía más difícil llegar a ningún compromiso con los conspiradores. Luego acusó a Octavio de enviar a un asesino para matarlo, noticia que alegró a Cicerón: aunque desconfiaba mucho del «joven César», poco a poco el orador empezó a plantearse si el muchacho no podría ser de utilidad. Probablemente no fuera más que un rumor, ya que Octavio tenía poco que ganar si mataba a Antonio, y no había llegado el momento de arriesgarse a un enfrentamiento abierto; semanas después tendría más bazas.^[2]

Tres legiones del ejército macedonio llegaron a Brindisi, y enseguida las siguió una cuarta: por votación del pueblo, se había designado a Antonio para el mando de

esos soldados, y sus oficiales llegaban respondiendo a la llamada que los reclamaba en Italia. Bien adiestrados, cabe pensar que eran numerosos, y quizá hasta tuvieran sus filas casi al completo. Nunca había habido relación entre Antonio y esas unidades, que se habían adiestrado en Macedonia desde que fueron creadas en el 48 a. C.; César había nombrado a todos los oficiales, y tanto ellos como sus hombres eran leales a su memoria. Antonio no los conocía, y él también era un desconocido para ellos. Cuando se reunieron en octubre del año 44 a. C., le reprocharon airadamente no haber hecho nada para vengar el asesinato del dictador.

Antonio prometió a las tropas una recompensa especial de cien denarios por cabeza; la cantidad no llegaba a la mitad de la paga anual del legionario, de doscientos veinticinco denarios, y no impresionó a unas legiones que habían oído antes otra promesa: quinientos denarios y una suma diez veces mayor al licenciarse, oferta con la que los agentes de Octavio ya habían visitado sus campamentos. Tampoco olvidemos que los oficiales cobraban mucho más: centuriones y tribunos podían esperar hacerse realmente ricos. El cónsul Antonio fue abucheado por los soldados. César, dueño de una enorme confianza en sí mismo, había doblegado el motín de la Legión X mediante el castigo mesurado y una sola palabra, llamando «compañeros» a los soldados a quienes había llevado a una victoria tras otra durante doce años: eran los hombres con quienes había compartido penalidades y a quienes había prodigado recompensas, condecoraciones y elogios; los lazos entre soldado y comandante eran profundos, y un solo desacuerdo no iba a romperlos.

Antonio y esas legiones no se conocían, y para colmo, a él no le avalaban grandes victorias propias y nunca se había oído nada de recompensas a sus soldados; no tenía ni la experiencia ni las dotes de César, tampoco su carisma, y cuando los soldados le abuchearon, perdió los estribos y quiso someterlos intimidándolos: exigió a los oficiales los nombres de los descontentos y ordenó ejecuciones, aunque se detuvo tal vez al borde de dejar las filas totalmente diezmadas. Según Cicerón, entre las víctimas de esa purga hubo centuriones, no sólo soldados rasos; y no parece probable que inventara este detalle, aunque mucho más improbable es que las ejecuciones tuvieran lugar delante de Antonio y su esposa y que la sangre pudiera salpicar a Fulvia, que instaba a su marido a seguir adelante. Es muy posible que ella estuviera con Antonio, y puede ser que lo urgiera a tomar medidas radicales, pero es fácil que el resto fuera producto de la imaginación de Cicerón; de tales invectivas no solía esperarse que se ciñeran a la realidad.

El castigo encrespó a las tropas y dejó en ellas un vivo rencor: fue un error, pues los agentes de Octavio seguían prometiendo unas condiciones de servicio mucho más atractivas bajo el mando del hijo de César. El disgusto y la ira de Antonio habían recaído principalmente en la Legión IV y en la Martia, cuyo ordinal hoy se desconoce, pues al parecer prefería que la conocieran por el nombre de Marte, el dios de la guerra. Ambas unidades salieron hacia el norte desde Bríndisi y abandonaron a Antonio desfilando disciplinadamente para pasarse al bando de Octavio; llevaban

consigo pertrechos diversos, entre ellos varios elefantes de guerra.^[3]

El joven César había reunido a unos tres mil voluntarios de entre los veteranos y ese mes de noviembre ya los había llevado a Roma; pocos tenían armas y equipos adecuados, y se mostraban reticentes a apoyarle para enfrentarse a Antonio: también a ellos les había decepcionado que no hubiera aplicado a los conspiradores medidas de castigo inmediatas. El heredero de César, y su poderío y contactos, aún eran modestos, por lo que dejó Roma y reanudó las levadas. Cuando se unieron a él las legiones IV y Martia, plenamente equipadas y adiestradas, al fin contaba con la base para un buen contingente; junto a ellas formó nuevas versiones de las antiguas legiones VII y VIII de César y una cohorte pretoriana de tropas selectas con funciones de escolta y reserva de élite. El joven César ahora tenía más que «sólo un nombre»: tenía un ejército.^[4]

Una legión permaneció leal a Antonio y otra no tardó en llegar a Brindisi para unírsele: eran la Segunda y la Trigésimo quinta, cuya lealtad reforzó a finales de noviembre con una recompensa de quinientos denarios que igualaba la promesa de Octavio. Además, también tenía considerables efectivos de tropas auxiliares, con infantes ligeros y jinetes moros; llegado el momento, reformó la antigua Legión V Alaudac de César, los «Alondras», soldados reclutados originalmente en la Galia y a los que luego se había otorgado la ciudadanía. Como por ahora no iba a ganar mucho luchando contra Octavio y tampoco tenía ningún pretexto, decidió llevar a sus hombres a la Galia Cisalpina y ocupar la provincia que la Asamblea Popular le había asignado. Antes de irse, reunió a los senadores para que lo despidieran y juraran lealtad; sus soldados hicieron el mismo juramento, y probablemente estuvieran más dispuestos a cumplirlo. Con el tiempo, Antonio aprendió a ganarse a las tropas, sobre todo a los oficiales. Ahora tenía una fuerza de unos diez mil o quince mil hombres: iba a ser su primera campaña como general.^[5]

¿CÓNSUL O ENEMIGO PÚBLICO?

Décimo Bruto se negó a entregar la Galia Cisalpina. Ese mismo año había mandado la guarnición provincial en una expedición contra tribus alpinas y había logrado algunas victorias de poca importancia, compartiendo con sus hombres los rigores de la campaña y premiándolos con parte del botín para «reafirmarlos en la defensa de nuestros intereses»; según dijo a Cicerón, creía haberlo conseguido «porque ahora conocen por experiencia mi liberalidad y mi carácter». En la Galia Cisalpina ya había dos legiones a su llegada, y al poco tiempo había alistado otras dos. Antonio también había seguido reclutando, y a principios del año 43 a. C. tenía tres legiones recién formadas; estas unidades nuevas no tenían experiencia y, para resultar efectivas, iban

a necesitar un adiestramiento intensivo. Al parecer, todas tenían un tamaño bastante reducido, muy por debajo de su capacidad. La costumbre era organizar la estructura de toda la legión y crear el cuadro de mandos, nombrando los oficiales a los que luego se iban asignando reclutas según llegaban. Además de ser una práctica eficaz, encerraba un elemento propagandístico: oír hablar de un ejército de cuatro o seis legiones impresionaba, aunque la realidad fuera que la mayoría de esas unidades eran sólo sombras de su tamaño normal.^[6]



Italia.

Décimo estaba empeñado en conservar la provincia y el ejército, pese a que su mando probablemente expirara al acabar el año 44 a. C. No quería un enfrentamiento

abierto con Antonio, y tal vez aún tenía esperanzas de evitar la lucha. Sacrificó a sus bueyes de carga y ahumó la carne para aprovechar al máximo sus víveres, y condujo a su ejército hasta la ciudad de Mutina, disponiéndose a defenderla. Antonio emprendió un bloqueo, pero no parece que intentara un ataque directo: tampoco él tenía muchas ganas de iniciar una guerra declarada; además era invierno, y aprovisionarse era difícil con el mal tiempo. Sin duda los hombres de Bruto se congratulaban de estar acuartelados en la ciudad y no acampados fuera, en las líneas del cerco.^[7]

A finales del año 44 a. C. Cicerón inició una fuerte campaña de presión para que el Senado señalara a Antonio como enemigo público y declarara oficialmente abiertas las hostilidades contra él. La mayoría de los senadores se resistían a dar ese paso, y Fulvia y Julia, la madre de Antonio, expresaron en voz bien alta su disgusto por la posible condena de un cónsul romano sin juicio y en su ausencia. Había algunos senadores emparentados con Antonio, aunque el apoyo de sus dos tíos, Cayo Antonio y Lucio julio César, nunca pasó de tibio; a veces incluso le fueron hostiles. Muchos no sentían especial simpatía por Décimo Bruto ni los demás conspiradores, y casi todos temían que la guerra civil se reanudara y veían preferible cualquier compromiso: para disgusto de Cicerón, el Senado envió a negociar con Antonio una delegación de tres antiguos cónsules: Calpurnio Pisón, que era el suegro de César, Filippo el padrastró de Octavio y Servio Sulpicio Rufo.

El miedo a la guerra civil era el sentimiento prevaleciente, acrecentado por la incertidumbre en torno a qué acabarían haciendo los bandos y quién llevaba las de ganar. Lépido era ahora procónsul de la Galia Transalpina y de la España Citerior, y Asinio Polión gobernaba la España Ulterior; ambos eran cesarianos, pero no por ello iban a aliarse automáticamente con Antonio, quien, por su lado, ya tenía bastante con intentar poner freno a un Sexto Pompeyo que resurgía. El 1 de enero del año 43 a. C. los nuevos cónsules Hircio y Pansa asumieron su cargo; también eran cesarianos, aunque en los meses precedentes no habían mostrado especial afinidad con Antonio.^[8]

Cayo, el hermano de Antonio, se había ido a Macedonia, pero Bruto había logrado poner de su parte a la legión que permanecía allí. Lucio fue arrestado, y Bruto, que lo sustituyó en el cargo de gobernador, pronto estaba reclutando más soldados. En las provincias orientales ya se habían producido choques más violentos: camino de Siria, Dolabela había parado en la provincia de Asia, asignada por César a Trebonio; fingiendo una actitud amistosa, Dolabela cogió al procónsul por sorpresa y ordenó su muerte. Según Cicerón, antes de matar a Trebonio lo torturaron; historias espeluznantes circularon sobre su decapitación y su rostro irreconocible después de que jugaran con su cabeza haciéndola saltar por los aires como una pelota. Mientras Dolabela se entregaba en cuerpo y alma a saquear Asia, Casio marchó a Siria y asumió el control del ejército allí emplazado: ahora él y Bruto dirigían ejércitos y gobernaban provincias sin tener ninguna autoridad para hacerlo. En Roma, Cicerón

luchó para que recibieran el reconocimiento, y al final lo consiguió.^[9]

Sulpicio murió por el camino cuando volvía de reunirse con Antonio. Los otros dos delegados regresaron en febrero e informaron de que Antonio estaba dispuesto a entregar la Galia Cisalpina, siempre y cuando conservara la otra Galia y el mando de sus seis legiones durante cinco años. Antonio insistió en que Bruto y Casio entregaran sus mandos antes de expirar ese plazo, lo que implicaba la tácita aceptación de que los ostentaran; también exigió el reconocimiento oficial de todos sus actos como cónsul y, en su momento, recompensas iguales a las prometidas por Octavio para sus soldados licenciados.^[10]

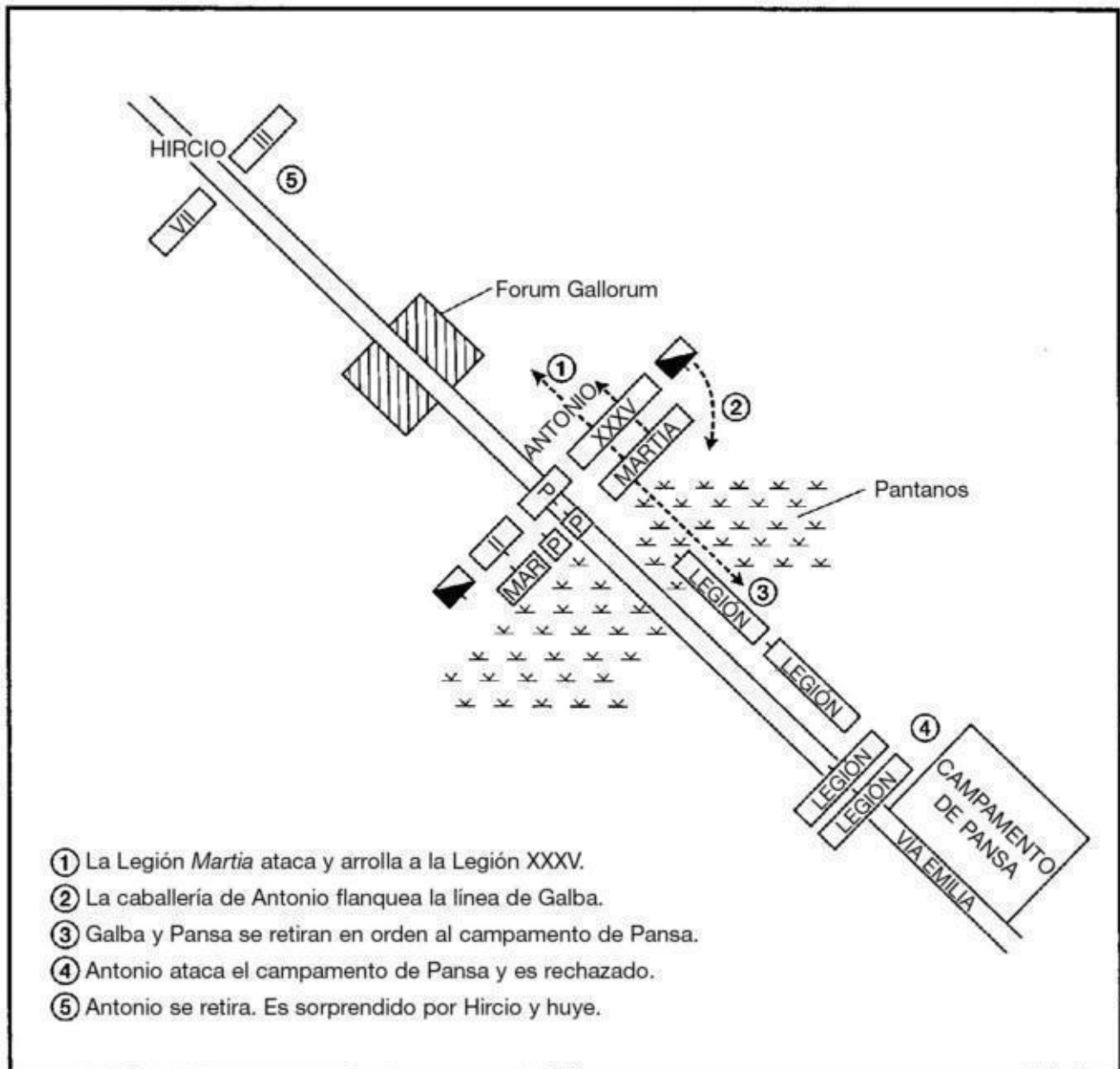
Desde que comenzara el año, los cónsules habían dirigido al Senado en los preparativos de guerra y ambos llevaron ejércitos. A Octavio, aunque seguía siendo un ciudadano particular, se le concedió el imperium propretoriano: no se podía relegar sin más a alguien con un ejército que le profesaba tal lealtad. El mando de Décimo Bruto también fue confirmado. El Senado rechazó las condiciones de Antonio, aunque sólo tras un acalorado debate; Lucio César impugnó la medida de declararlo enemigo público. Se aprobó el senatus consultum ultimum, pero en vez de presentar la crisis como una declaración oficial de guerra, se le dio el nombre de tumultus: algo más parecido al estado de emergencia. La situación se asemejaba mucho a la escalada de guerra del año 49 a. C. Reacios a comprometerse irrevocablemente, ambos bandos aún abrigaban esperanzas de que el otro hiciera concesiones: hubo un nuevo intento de formar una delegación para negociar con Antonio, pero se quedó en nada; y Lépido envió cartas instando a un compromiso. Mientras todo esto seguía su curso, las reservas de víveres del ejército de Décimo Bruto no dejaban de disminuir, y si no recibía auxilio en el plazo de pocos meses, moriría de hambre o tendría que rendirse.^[11]

Al llegar la primavera, Hircio, Pansa y Octavio estaban preparados para entrar en acción: las tropas de dos antiguos cesarianos y el hijo de César se enfrentaban a las de Antonio para salvar a uno de los asesinos del dictador. Cicerón había concluido que la utilidad de reconocer a Octavio compensaba los riesgos: aportaba tres de las siete legiones que salieron en auxilio de Mutina, los únicos soldados curtidos de un ejército que, por lo demás, se componía de levás. De momento, la Cuarta y la Martia quedaron bajo el mando de Hircio, aunque seguían profesando lealtad al hijo de César. Bruto y Casio creían que Cicerón y el Senado se equivocaban confiando en el joven Octavio, pero como de costumbre, no propusieron ninguna alternativa concreta: no era cuestión de desdeñar tres legiones veteranas cuya fuerza de combate superaba con creces la de ellos. Cicerón, pensando que podrían utilizar al chico de diecinueve años, sentenció: «Hay que ensalzar al joven, condecorarlo y prescindir de él» (laudanum aduluscentem, ornandum, tollendum).^[12]

Hircio fue el primero en llegar a Mutina, pero sus fuerzas por sí solas no eran suficientes para atacar a Antonio, y eso no cambió ni siquiera cuando se le unió Octavio. Encendieron hogueras para que Décimo Bruto supiera que el socorro iba en

camino, aunque la noticia acabó llevándola un hombre que traspasó las líneas sin ser advertido y luego salvó un río a nado; el mismo método se empleó para la respuesta, y durante los días siguientes Décimo también usó palomas mensajeras con más o menos buenos resultados. En abril se les unió Pansa con las legiones recién creadas. [13]

Antonio supo de su llegada y vio la oportunidad de acabar con esas tropas no experimentadas antes de que las fuerzas enemigas se combinaran; se asemejaba a los ataques que había dirigido con audacia en Judea y Egipto, aunque ahora la escala era mucho mayor. Decidió emplear las legiones II y XXXV junto con una parte de los veteranos que había alistado más dos cohortes pretorianas de élite (una, la suya propia y la otra reclutada por uno de sus seguidores) y el apoyo de la caballería y la infantería ligera; pero, a diferencia de Judea y Egipto, esta vez sus adversarios eran mucho más competentes. Hircio y Octavio se movieron primero, sumando la Martia y sus propias cohortes pretorianas a la columna de Pansa. El 14 de abril esa fuerza conjunta avanzó hacia la localidad de Foro Gallorum atravesando la Vía Emilia, que en ese trecho era un camino elevado sobre las marismas. Las patrullas divisaron a algunos jinetes de Antonio y luego vieron el brillo de los yelmos y las armaduras entre los altos juncos.



La batalla de Foro Gallorum.

Recordando las ejecuciones del verano anterior, los hombres de la *Martia*, sin poder contener la rabia, atacaron en el acto, apoyados por las dos cohortes pretorianas; de momento, sólo habían divisado los jinetes e infantes ligeros de Antonio, pues la Legión II y la XXXV permanecían ocultas en Foro Gallorum. Fue una lucha caótica, desorganizada, y lo abrupto del terreno propició que el combate se fraccionara. Pansa envió dos de sus legiones novatas como refuerzo, pero la batalla ya estaba muy avanzada antes de que llegaran.

El comandante de la *Martia* era otro antiguo oficial de César, Servio Sulpicio Galba, quien posteriormente dijo que había formado en una sola línea —formación inusitadamente somera para un ejército romano— las diez cohortes de la *Martia* y las dos pretorianas. Por la derecha, avanzó al frente de ocho cohortes de la *Martia* y retrasó la Vigésimo quinta al menos un kilómetro; esto dejó el flanco vulnerable, y la

caballería de Antonio, encabezada por los moros, empezó a envolver la línea. En el farrago del combate, el propio general se encontró a lomos de su caballo entre los soldados de Antonio, a poca distancia detrás de él, pues los comandantes romanos dirigían y animaban a sus hombres desde muy cerca de la línea de combate. Al ver que Galba retrocedía para unirse a sus tropas, los soldados de Antonio lo persiguieron, y el oficial hubo de colgarse el escudo a la espalda para que los reclutas de sus propias líneas que corrían en su apoyo no lo mataran confundiéndolo con un audaz líder enemigo.

Los veteranos de las legiones macedonias lucharon entre sí con una brutalidad terrible y, según Apiano, silenciosa. Los pretorianos de Octavio fueron aplastados en su obcecada defensa de la Vía Emilia, y en el lado izquierdo sólo había dos cohortes de la Martia y los pretorianos de Hircio, que hubieron de replegarse enseguida, pues la caballería de Antonio pronto amenazó su flanco. Toda la línea cedía terreno y un proyectil hirió a Pansa; pero gracias a la experiencia de las curtidas tropas, el ejército entero pudo retroceder hacia su campamento sin pérdidas catastróficas. Buscando una victoria decisiva, Antonio reanudó la presión con un ataque al campamento; pero sus hombres estaban cansados, y el enemigo, todavía fuerte en número, no se vino nunca abajo y consiguió repelerlo.

Antonio llevó a sus hombres de vuelta a su campamento, a unos kilómetros; tenían la moral alta por el triunfo, pero estaban físicamente cansados, anímicamente desgastados, y hambrientos después de horas de espera, marcha y combate. César probablemente habría acampado allí mismo y les habría llevado provisiones; pero Antonio no reparó en el peligro y, cuando su columna avanzaba despreocupadamente, Hircio lanzó un ataque por sorpresa con sus legiones IV y VII. Los soldados de Antonio huyeron, se rindieron o perecieron: los estandartes del águila de la Segunda y la Trigésimo quinta fueron capturados junto con la mitad de los demás estandartes, y ambas legiones dejaron de existir en la práctica como unidades. Los supervivientes pasaron la noche en las casas de Foro Gallorum.^[14]

El bloqueo de Mutina se mantenía intacto, pero Octavio e Hircio aproximaron su ejército conjunto. Una semana después intentaron atravesar el cerco y Antonio fue derrotado en la batalla: tuvo que abandonar la plaza y retroceder. Cuando la noticia llegó a Roma, Cicerón al fin convenció al Senado de declararlo enemigo público; pero a él y a otros igual de ansiosos de proseguir la guerra contra Antonio se les escapaba el control de los acontecimientos: Hircio había muerto dirigiendo a sus hombres contra el campamento de Antonio y Pansa sucumbió a sus heridas poco después, lo que dejó a Octavio al mando de todo el ejército. Esto evidentemente le venía muy bien; pero no hubo nada sospechoso en la muerte de los cónsules, y tampoco es seguro que no se hubieran alineado con él de haber sobrevivido: ninguno había mostrado gran simpatía hacia los conspiradores.

Octavio solicitó un triunfo al Senado, y Cicerón intentó que le concedieran el honor de una ovación, de menor rango, sin conseguirlo. Allá por el año 45 a. C., el

triunfo que César celebró tras la campaña de Munda había conmocionado al pueblo al celebrar abiertamente una victoria en una guerra civil: menos de dos años después, hablar de algo así parecía mucho más fácil. En el Senado, el alivio por la derrota de Antonio fue general, pero no lo hizo inclinarse por la generosidad: las recompensas a los soldados de la Cuarta y la Martia se redujeron, y Octavio no fue incluido en la comisión encargada de conceder tierras a los soldados que se licenciaban; era señal de que todo estaba ya en marcha para «prescindir» del joven César.^[15]

ALIANZA Y LISTAS DE PROSCRIPCIÓN

Antonio, superado estratégicamente, salió derrotado de la campaña. De nuevo hay que subrayar que fue la primera vez que no compartía el mando, y que su experiencia militar en operaciones a gran escala se limitaba a Italia en el año 49 a. C. y Macedonia en el 48 a. C. Los ejércitos que se midieron en los embates de las guerras civiles fueron tropas improvisadas, formadas por novatos; pero Antonio estuvo magistral en la retirada, compartiendo con sus hombres las escasas raciones, e incluso bebiendo agua estancada y comiendo con ellos frutos silvestres y las raíces que desenterraban en su marcha por los Alpes. Fue alentador que Publio Ventidio Baso se le uniera con tres legiones procedentes de las colonias creadas para los veteranos de César; también Ventidio había luchado junto a César en la Galia y la guerra civil, y es probable que eso le pusiera más fácil volver a enrolar a esos viejos soldados.

Los veteranos de Octavio se negaron en redondo a ponerse a las órdenes de Décimo Bruto, a quien el Senado acababa de asignar el mando global de las fuerzas en la Galia Cisalpina; por supuesto, tampoco el joven César estaba mucho más conforme con aquello. La división existente entre los vencedores les impidió perseguir ningún objetivo de forma concertada y ayudó a Antonio a huir a la Galia Transalpina, donde Lépido mandaba un poderoso y nutrido ejército de soldados y oficiales curtidos en muchas batallas: el que fuera *magister equitum* había proclamado muchas veces su lealtad a la República, pero a Cicerón y muchos otros les resultaba difícil confiar en él. No facilitó las cosas el hecho de que, más o menos por esas fechas, se reconociera oficialmente el mando de Casio, y tampoco que hasta a Sexto Pompeyo le fuera asignado finalmente un mando naval en lugar de declararlo rebelde: los enemigos de César parecían estar fortaleciéndose, y los antiguos cesarianos no veían muchas razones para apoyar al Senado; la impunidad de los asesinos decepcionaba a los veteranos. Para Lépido, como para los demás líderes de su época, el poder y la seguridad dependían en último término del control de su ejército: a sus tropas les costaba ver en Antonio un enemigo; y sus mejores hombres eran veteranos reenganchados, pues Lépido había reformado varias de las legiones de

César, entre ellas la Décima.

Los dos ejércitos acamparon a poca distancia uno del otro. Antonio se cuidó de no hacer ningún movimiento hostil, y sin duda animó a sus hombres a confraternizar con los de Lépido. Según Plutarco, llevaba capa negra y no se había afeitado desde la derrota en Mutina: la misma señal de duelo que César había empleado hasta vengar la masacre de quince de sus cohortes a manos de los rebeldes en los años 54 y 53 a. C. A los pocos días, las tropas desertaron en masa para unirse a Antonio. Lépido afirmó que se vio obligado a seguir a sus hombres, aunque parece más probable que prefiriera unirse a Antonio, pues tenía poco que ganar luchando contra él; uno de los legados de Lépido se suicidó, pero todo indica que a los demás les gustó el cambio. En España, Polión siguió declarándose leal durante un tiempo, pero también acabó uniéndose a Antonio. Incorporados todos los gobernadores de las provincias occidentales, Antonio y sus aliados controlaban unas dieciocho o diecinueve legiones; muchas eran incompletas, y no todas podrían desplegarse sin correr grandes riesgos en la guerra civil, pero la cualificación de las tropas era buena: a los pocos meses de su derrota, Antonio se había fortalecido mucho militarmente.^[16]

Décimo Bruto no estaba en condiciones de enfrentarse a ellos y huyó cuando parte de sus tropas desertaron, pero un jefe galo le dio alcance y lo hizo prisionero. Octavio, al mando de sus propias legiones y las de Hircio y Pansa —que, con otros soldados que reclutó, sumaban unas ocho legiones—, envió a Roma a varios de sus centuriones con la exigencia de que lo eligieran para el consulado ahora vacante. Corría el rumor de que Cicerón sería su colega; el orador había intentado en vano convencer a Bruto de que llevara su ejército a Italia desde Macedonia y proporcionara fuerzas para enfrentarse a Antonio y sus aliados. El Senado se negó a nombrar cónsul a Octavio, al que aún faltaban semanas para cumplir veinte años. La respuesta del joven César fue hacer una marcha y llevar hacia el sur a su ejército desde la Galia Cisalpina; este cruce del Rubicón no pasó de incidental.

Pansa había dejado atrás una legión para proteger Roma, y las tres que fueron llamadas y acudieron desde la provincia de África desertaron para unirse a Octavio cuando acampó a las afueras de la ciudad. Los senadores salieron a recibirle de mala gana —Cicerón más reticente que ninguno— y aceptaron sus condiciones: Octavio fue elegido cónsul sustituto el 19 de agosto del 43 a. C., con Quinto Pedio de colega; éste, también pariente de César, figuraba como heredero subsidiario en el testamento. Además, la adopción de Octavio fue confirmada oficialmente. Antonio y Dolabela habían sido declarados enemigos públicos meses antes, pero ahora se derogó esta medida y, en cambio, se declaraba proscritos a los conspiradores que aún vivían y a Sexto Pompeyo. Cada soldado recibió inmediatamente de los fondos del estado una recompensa de dos mil quinientos denarios: era la mitad de lo que se les había prometido para cuando se licenciaran.^[17]

Octavio volvió a conducir su ejército al norte. Aunque no tenía intención de entrar en batalla, en los tres días que duró su reunión con Lépido y Antonio en una

isla cerca de Bolonia quedó patente que la base del poder era militar. Todos los cesarianos acabaron uniéndose en una alianza contra los conspiradores y cualquiera que se les opusiera; acordaron formar una «junta de tres para restaurar el estado», la *tresviri republicae constituendae*. A diferencia de la alianza informal entre Pompeyo, Craso y César, esta junta oficial se instauró legalmente a su llegada a Roma, donde los votos le concedieron poderes para cinco años. Antonio y Lépido retuvieron las provincias que ya estaban bajo su control, y Octavio recibió África, Sicilia y Cerdeña: entre los tres, el triunvirato pronto estuvo al frente de más de cuarenta legiones, aunque muchas de esas formaciones tenían su tamaño reducido y algunas estaban compuestas sobre todo por reclutas sin experiencia.^[18]

La ley que creó el triunvirato, llamada *Lex Titia* por el tribuno que la propuso, fue aprobada por el *concilium plebis* el 27 de noviembre del año 43 a. C.; otorgaba a los triunviros poder para legislar sin consultar al Senado ni al pueblo, y los convertía en las máximas autoridades judiciales. Las elecciones quedaron reguladas igual que bajo la dictadura de César. Antonio y sus dos colegas recusaron públicamente la política de clemencia de César, pues con su piedad había perdonado la vida de quienes luego lo asesinaron. Más urgente era otro asunto: ahora el ejército de los triunviros era enorme, y a los soldados se les había prometido generosas recompensas. Necesitaban dinero para pagarlos, y la forma más rápida de conseguirlo era tomarlo de los ricos; en vez de emular a César, se decidieron por Sila y abrieron una nueva ronda de proscripciones: los enemigos morirían a sus manos, pero también hallaron la muerte muchos hombres cuyo principal delito era ser ricos y no tener lazos suficientemente estrechos con el triunvirato.

La relación con uno solo de ellos no siempre bastaba. Se dice que Octavio quiso salvar a Cicerón, pero Antonio se empeñó en que muriera y se salió con la suya, sacrificando a cambio a su tío, Lucio julio César. Lépido permitió y según algunos, alentó que en las listas fuera incluido su hermano Lucio Emilio Lépido Paulo, cuya lealtad había comprado César durante su consulado en el año 50 a. C. El número de muertos en estas purgas no está claro. Apiano asegura que al menos trescientos senadores y dos mil équites fueron asesinados, pero esta cifra también podría ser el total de los incluidos en las listas de proscripción. Lucio César acudió a su hermana Julia, y la madre de Antonio lo protegió; según Plutarco, se encaró con los hombres que fueron a matarlo a su casa impidiéndoles el paso y repitiendo una y otra vez: «¡No mataréis a Lucio César sin matarme antes a mí, la madre de vuestro comandante!». Se fueron, y Antonio acabó indultando a su tío después de que su madre lo recriminara en el Foro. El hermano de Lépido huyó a Mileto y vivió en el exilio.^[19]

No fueron los únicos supervivientes: muchos proscritos lograron esconderse o huir al extranjero y refugiarse junto a Sexto Pompeyo o alguno de los conspiradores; pero muchos otros perdieron la vida, y las historias de barbarie y traición fueron aún más numerosas. Cicerón se enfrentó con serenidad a sus verdugos el 7 de diciembre;

a su hermano y a su sobrino ya los habían matado, pero su hijo estaba en Grecia y se unió al ejército de Bruto.

En las listas de proscripción sólo había hombres; a sus hijos no les atacaron, salvo que fueran adultos. Las mujeres no fueron perseguidas, ninguna sufrió daños directamente y sus propiedades no se tocaron; corrieron riesgos las que protegieron a sus maridos o hijos proscritos, pero no hay constancia de ninguna que llegara a morir. Se atribuía a las mujeres tanto salvar vidas como condenarlas. Julia logró salvar a su hermano; y de Fulvia se dijo que enredaba a Antonio para añadir nombres a la lista: las fuentes le son hostiles, pero es muy posible que una mujer que había perdido dos maridos tuviera cuentas que ajustar. Pese a las atrocidades de la guerra civil y las proscripciones, se mantuvo cierta medida. No hay duda de que Julia estuvo en Roma un tiempo después de que ya hubieran declarado a su hijo enemigo público, y quizá también Fulvia. Servilla, sus hijas y la esposa de Bruto también pudieron permanecer en la ciudad y presionar en favor de los conspiradores, tanto cuando Antonio mandaba como después, cuando llegaron los triunviros y Bruto y Casio pasaron a ser enemigos del estado: la lucha con un político rival no exigía la muerte ni el exilio de su familia, y sólo los parientes varones adultos podían temer ataques. A pesar de las atrocidades de la guerra civil, ciertas convenciones se siguieron respetando. Todos los bandos decían estar luchando para defender a la República de sus enemigos: la ideología no tuvo un papel destacado, y como sólo los varones podían ostentar el poder, sólo los hombres eran aceptados para la lucha y sólo a ellos se daba muerte.

La inmensa mayoría de la gente de toda condición social deseaba evitar otra guerra civil tras los Idus de marzo. Los conspiradores eran demasiado jóvenes y aún no tenían suficiente estatus ni influencia como para dirigir la República. Bruto insistió en que no habían tenido otra alternativa que actuar como lo hicieron para librarse de un tirano y restaurar la República y el legítimo y verdadero imperio de la ley; pero aunque él y sus colegas hubieran querido hacerse cargo del estado, es improbable que hubieran podido. El rechazo a la dictadura, y en algunos casos a la persona de César, nunca transfirió automáticamente a Bruto, Casio y los demás un claro respaldo. La mayoría de los senadores no querían entrar en guerra para proteger a los conspiradores y destruir a Antonio: Cicerón intentó recabar apoyo para esta causa y en realidad no lo consiguió nunca; por muchas razones, los conspiradores no dejaban de ser una carga y un lastre permanente de cara a los veteranos de César y a muchos de sus principales colaboradores. Puede que el orador agravara las cosas forzando una crisis y demonizando a Antonio, y provocara una guerra que luego no ganó; pero puede que la guerra civil hubiera estallado de todos modos. El miedo a los adversarios políticos y la desconfianza hacia ellos propiciaron este conflicto tanto como anteriormente habían propiciado la pugna entre César y Pompeyo; una vez más, la política desempeñó un papel menor o nulo, y las rivalidades personales eran el meollo de la lucha.

El 15 de marzo del año 44 a. C. Antonio era cónsul pero no tenía tropas a su

mando, y a finales del 43 a. C. compartía un poder supremo que superaba con mucho el del consulado y era jefe conjunto del ejército más poderoso de la tierra. Nada de esto habría ocurrido de haberse limitado a terminar su mandato de cónsul, aceptando luego el proconsulado de una provincia gala para entonces más extensa. Antonio aprovechó las oportunidades que se le presentaron cuando, ya quebrado el orden, la República daba bandazos precipitándose a la guerra civil; y también sobrevivió a los peligros que tales oportunidades entrañaron. Nada indica que se hubiera trazado un camino de antemano. Como cualquier noble romano, su afán era subir a lo más alto de la vida pública y acaparar todo el poder, influencia, riqueza y gloria posibles; también hay que insistir en que fue elegido cónsul legalmente, y legalmente le asignaron una provincia y el mando de un ejército. La legitimidad de los conspiradores era mucho más débil.

Esto se aplica aún más a Octavio, que también fue oportunista. Su ascenso, todavía más fulgurante que el de Antonio, no habría sido tan rápido si no le hubieran «ensalzado» y «condecorado». Ni él ni Antonio tenían muchos motivos para respetar las tradiciones de una República que jamás vieron funcionar debidamente. Aparte del deseo general de sobresalir, es improbable que ninguno de los dos se hubiera marcado planes concretos de futuro, ni siquiera en su fuero interno. Aún quedaba una guerra por librar y una venganza que cumplir por la muerte de César.

XVIII

DIOSA

En mayo del año 44 a. C. Cicerón corrió la voz de un rumor que había oído: Cleopatra y «ese César suyo» habían muerto camino de vuelta a Egipto. Albergaba esperanzas de que fuera verdad: un mes después escribió explícitamente «Odio a la reina» (en su escueto latín, *Reginam odio*), y también se quejó del comportamiento de uno de sus cortesanos, Amonio; esto no le había impedido visitarla en vida de César, ni aceptar su ofrecimiento de unos regalos «relacionados con el saber, que no rebajan mi dignidad» —regalos que nunca llegaron a materializarse, lo que aumentó mucho su aversión y le hizo despotricar también sobre la «arrogancia de la reina»—. Al irse, Cleopatra había dejado agentes en Roma para salvaguardar sus intereses, y el berrinche de Cicerón al parecer les planteó dudas sobre si les iba a ayudar o no: Roma siempre estaba llena de hombres que presionaban a los senadores intentando convencerles de que respaldaran a sus soberanos y a sus pueblos.^[1]

En el breve párrafo de una larga misiva que versa de muchos otros asuntos y constituye la alusión más completa a Cleopatra en toda la correspondencia de Cicerón y cualquier otro de sus escritos, el orador se va por las ramas explayándose sobre sus difíciles relaciones con las mujeres, como si hubiera de hallar explicación al hecho de que no le gustara Cleopatra. Mucho más significativo es que aluda a ella muy pocas veces y sólo de pasada, y que después de aquel año nunca más volviera a mencionarla: si la reina hubiera desempeñado un papel en la lucha por el poder que se desarrollaba en Roma, habría figurado mucho más, por hostiles que hubieran sido los comentarios; de momento, ni ella ni Cesarión importaban tanto como para merecer mucha atención, ni siquiera odio, de los romanos eminentes.^[2]

Tal vez la travesía de vuelta a Alejandría fuera agitada: en la Antigüedad, los viajes por mar eran muchas veces peligrosos y la amenaza de la enfermedad estaba siempre presente. Si hubo peligros en ruta, Cleopatra y su hijo sobrevivieron a ellos y también su hermano y consorte Ptolomeo XIV; si es que los había acompañado a Roma, como parece lo más probable. Sin embargo, a finales de agosto el adolescente ya había muerto. Un siglo después, el historiador judío Josefo escribió que Cleopatra lo había envenenado, y aunque la actitud de Josefo hacia la reina es por lo general hostil, hay pocas razones para poner en duda la historia: la mayoría de las muertes violentas de los Ptolomeos fueron a manos de su propia familia. Aun así, también es posible que el joven muriera por causas naturales.^[3]

En todo caso, la muerte fue de lo más conveniente para Cleopatra: ningún rival con serias pretensiones al trono podía venir más que del seno de la familia, y sobre todo de entre los hermanos. César había confirmado a hermano y hermana como corregentes, tal vez porque sabía improbable que se aceptara el gobierno de una reina en solitario y quizá también por respetar el espíritu del testamento de Auletes. En vida del romano que era su amante y protector, Cleopatra había podido confiar en que controlaría a su consorte; pero ahora que César había muerto y Ptolomeo XIV se hacía adulto —ya tendría quince o dieciséis años—, eso estaba mucho menos asegurado. La amenaza de que los cortesanos y nobles alejandrinos influyentes se confabularan en torno al rey era muy real, pues podían ver en el aumento de su poder el camino a la riqueza e influencia para sí mismos. Cleopatra había sobrevivido a la contienda contra Ptolomeo XIII, pero imponiéndose por muy poco; es impensable que deseara repetir la experiencia.

No hubiera sido especialmente insólito entre los Ptolomeos —y en realidad, en ninguna de las demás dinastías helenísticas y los emperadores de Roma de siglos posteriores— echar mano del asesinato para dirimir cuestiones de política dinástica. Tras su desaparición, Cleopatra y Arsínoe eran las únicas hijas de Auletes que seguían vivas. La hermana menor, que aún vivía en cómoda cautividad en el templo de Artemisa en Éfeso, representaba una amenaza para Cleopatra, pues ya se había proclamado reina una vez, allá por el año 48 a. C.; pero de momento estaba lejos y fuera de su alcance. Arsínoe necesitaría un poderoso respaldo si intentaba regresar al reino, y tal respaldo sólo podía provenir de un romano: esto hacía aún más importante para Cleopatra que sus agentes permanecieran en Roma rondando a los políticos influyentes, como su padre había hecho durante toda la vida. Sin duda, también habría otros hombres dispuestos a hablar y a sobornar en nombre de Arsínoe. En el 44 a. C., al parecer Antonio anunció que la joven hermana sería liberada y nombrada reina de Chipre, aunque no está claro si se dio algún paso para hacerlo antes de que sus leyes fueran revocadas.^[4]

Cleopatra sabía también que sólo el apoyo romano podía afianzar su gobierno y que nada le garantizaba ese apoyo, sobre todo ahora que la República parecía derivar hacia una guerra civil. Antonio primero dominaba y luego pareció caer, para emerger una vez más y controlar la República con los otros triunviros, cuyo poder descansaba en la fuerza de su ejército; lo único que podría reemplazarlos era una fuerza superior. Esto convirtió las legiones que César había dejado en Egipto en un valioso recurso para cualquier líder romano ambicioso. En algún momento que no puede precisarse, una cuarta unidad se había unido a las tres emplazadas allí en el año 47 a. C., y Aulo Alieno había asumido el mando antes ostentado por Rufio, que no vuelve a mencionarse en nuestras fuentes; probablemente todo esto formaba parte de los preparativos para la campaña pártica que estaba prevista. Hasta entonces, esas tropas habían apuntalado el gobierno de Cleopatra; ahora, su sola presencia era una amenaza, pues encerraba el peligro de que Egipto se viera involucrado directamente

en la guerra civil de Roma.^[5]

Cuando Dolabela despachó un mensajero a Alejandría para pedir a la reina el envío de las legiones, puede que fuera casi un alivio, y ella obedeció enseguida; esto ocurrió probablemente al iniciarse el año 43 a. C. Dolabela tardó mucho en marcharse a su provincia de Siria, y su demora había permitido a Casio llegar allí antes y reunir tropas. La lucha ya había estallado con el motín de parte de las legiones establecidas en la provincia, motín que dos de los gobernadores de César habían intentado sofocar; las dos facciones ahora enterraban sus diferencias y se unían a Casio, pero Alieno no lo sabía cuando llevó su ejército al interior de la provincia: desprevenido y enfrentado a ocho legiones contra las suyas, que eran cuatro, se entregó, y sus tropas desertaron y se pasaron al bando de Casio. No parece que hubiera mucho entusiasmo por servir bajo el mando de Dolabela, a lo que se sumaba el deseo de unirse al bando más fuerte, aun que lo dirigiera uno de los conspiradores. Cuando al fin llegó, Dolabela fue sitiado en Laodicea, pero no pudiendo resistir se suicidó antes de que la guarnición se rindiera en el verano del año 43 a. C.^[6]

Cleopatra había obedecido las instrucciones de un cónsul de la República, y es muy probable que le complaciera ayudarle, pues luchaba contra uno de los asesinos de César; pero este último había ganado, y era poco probable que en adelante estuviera predispuesto en su favor. Ya sin las legiones, sólo quedaba bajo el control de la reina una fuerza de mercenarios que quizá fuera suficiente para sofocar revueltas internas de poca importancia, pero claramente no lo sería para responder a la posible invasión de un ejército romano.^[7]

Por fortuna, Casio estaba ocupado preparándose con Bruto para la inevitable confrontación con los triunviros, y no tenía tiempo de ir a Egipto; en su lugar, le exigió apoyo en forma de dinero, grano y barcos de guerra. Cleopatra le dio largas alegando que la larga sucesión de malas cosechas le impedía entregarle lo que quería de inmediato. Enseguida se enteró de la subida al poder de Antonio, Octavio y Lépido en Roma, de la promesa del triunvirato de vengar a César, y de que habían declarado a Bruto y Casio enemigos públicos. Seguramente para ella eran todas buenas noticias, que la convencieron de oponerse a Casio y apoyar a los triunviros; tenía sentido si pensaba que iban a ganar, ya que necesitaría que los vencedores la reafirmaran en el poder, y es probable que a esta política pragmática de supervivencia se añadiera al comprensible odio a los hombres que habían matado a su amante. De momento no podía declarar su adhesión abiertamente y siguió prometiendo ayudar a Casio, aunque no pudiera ser de forma inmediata.

El conspirador pronto tuvo sospechas y dio órdenes a Serapión, el gobernador de Cleopatra en Chipre: acaso el mismo que fue embajador de César en la guerra de Alejandría. El funcionario acató las órdenes al punto sin contar con la reina. Casio, que controlaba Éfeso, al parecer decidió servirse de Arsínoe, puede que devolviéndole el gobierno nominal de Chipre, lo que suponía una amenaza para Cleopatra y quizá la obligara a ceder a sus exigencias; y si no cedía, llegado el

momento podría sustituirla por una hermana más flexible.

Cleopatra, tal y como Casio le había pedido, preparó una escuadra de barcos de guerra. Y en el año 42 a. C., ella misma la dirigió en persona, pero no para ayudar a los conspiradores, sino para unirse a los triunviros, que por fin habían iniciado su ofensiva. Fue una jugada audaz e insólita para una mujer que reinaba, aunque no tan sorprendente tratándose de la mujer que seis años antes había levado un ejército e invadido Egipto para recuperar el trono que su hermano le arrebatara; pero el valor y la confianza sin más no garantizan la fortuna ni el triunfo: aquella invasión de Egipto se había truncado y desembocó en un punto muerto. Esta vez actuaron las condiciones meteorológicas: muchas de sus naves naufragaron en una tempestad. La propia Cleopatra cayó enferma; tal vez sólo fuera el mareo de la travesía, pero como ya había pasado por esa experiencia, parece más probable que fuera algo más serio.

Los restos de la expedición regresaron maltrechos a Alejandría. Impávida, la reina ordenó construir nuevas naves de guerra para reponer las que había perdido; pero la guerra al final se decidió antes de que ella pudiera intervenir. Así, la participación de Egipto en la lucha entre los enormes ejércitos dirigidos por conspiradores y triunviros fue minúscula, casi insignificante; pero para Cleopatra el coste fue considerable en un momento difícil en su economía y, una vez más, redujo el contenido en plata de sus monedas. Echarse a un lado no la habría condecorado con quien acabara venciendo, y Arsínoe seguía siendo una alternativa viable que los romanos podrían imponer por la fuerza: Cleopatra tuvo que apostar por hacer lo suficiente para ganarse el favor de los vencedores, sin provocar tanto a sus adversarios como para no sobrevivir a la guerra.

[8]

Sobrevivir y, aún más, beneficiarse de las luchas intestinas de la República de Roma, supuso un delicado equilibrio, más difícil aún porque las alianzas eran prestas a cambiar: en distintos momentos, tanto Antonio como Casio pensaron en quitarle el poder a Cleopatra para entregárselo a Arsínoe. Hasta acabado el año 43 a. C., la guerra civil no se perfiló claramente como un conflicto entre cesarianos y conspiradores.

ISIS Y HORUS

Además de encarar las imprevisibles amenazas y oportunidades que trajo consigo el conflicto interno de Roma, Cleopatra tuvo siempre presente la misión de conservar el poder sobre su reino. A la muerte de Ptolomeo XIV no intentó figurar como reina en solitario, sino que nada más empezar nombró corregente a Cesarión; siendo un niño, se hallaba totalmente sometido al control de su madre, y probablemente esa situación duraría por lo menos hasta que se hiciera adulto y tomara esposa. Por el momento, el

reino tenía un rey y una reina, y no había peligro de que surgieran facciones separadas y rivales en torno a la madre y el hijo: Cesarión era el único heredero, lo que ofrecía al régimen la perspectiva de una estabilidad duradera. Cleopatra no se había casado y, por lo que se sabe, tampoco tenía amantes, así que no iba a haber más hijos ni rivales en potencia; la aristocracia alejandrina y los miembros de la corte real no tenían más alternativa que aceptar el régimen vigente, al menos de momento.^[9]

Los largos años de agitación durante el reinado de Auletes y las disputas entre Cleopatra y sus hermanos deterioraron gravemente la administración e infraestructura del reino. El mantenimiento de ciertos proyectos de la casa real, como los sistemas de irrigación, se había descuidado, lo que empeoró las consecuencias de las crecidas poco copiosas que se sucedieron entre los años 43 y 41 a. C. Cleopatra no mentía al hablarle a Casio de las malas cosechas. Como siempre, la administración regia gestionó la situación recurriendo a las reservas de alimentos de recaudaciones anteriores y a los impuestos vigentes: era previsible que el hambre provocara revueltas. Como casi todos los soberanos del mundo antiguo, Cleopatra tuvo especial cuidado en aplacar a las clases más acomodadas y a la población de las principales ciudades. Alejandría, muy inestable, no sufrió carestías de comida, aunque Josefo afirma que los judíos allí residentes sí sufrieron; también es significativo que la reina advirtiera a sus funcionarios de que no debían excederse en los impuestos recaudados a los arrendatarios de grandes terratenientes.^[10]

En la medida de lo posible, Cleopatra intentó mantener contentos a todos los pueblos que convivían en su reino con vistas a que aceptaran su gobierno. Se conserva una inscripción de este periodo por la que se confirma el derecho de los prófugos a buscar asilo en una sinagoga de Leontópolis, ciudad con un asentamiento judío de tamaño considerable; el texto está escrito en griego salvo la última línea, que dice en latín: «La reina y el rey así lo ordenan». Incluso después de que las legiones se hubieran marchado, buena parte de los soldados y policías mercenarios probablemente eran romanos retenidos allí por las cómodas condiciones de vida y la generosa paga, como antaño los hombres de Gabinio.^[11]

Hay indicios de que los funcionarios regionales gozaban de bastante libertad en esos años, probablemente en concordancia con la anterior política de Auletes: hay inscripciones que celebran los logros del strategos Calímaco en la Tebaida, sin apenas mencionar al rey y a la reina. El gobierno de Cleopatra también introdujo una nueva fórmula de decreto, por la que el dictamen de la aprobación real era un simple «Que así sea» (*ginestho*, en griego); esos decretos se enviaban a altos cargos, cuya tarea a continuación era copiarlos y difundirlos a los funcionarios que correspondiera.^[12]

Aunque no había mucho dinero, Cleopatra, igual que su padre, no se olvidó de ser generosa con los cultos de los templos del reino para ganarse una buena relación con el sector más importante de la población nativa. Completó las obras del gran templo de la diosa Hathor y su hijo Ihy en Dendera, y los bajorrelieves que cubrían su muro meridional, el posterior, la representaban a ella y a Cesarión con sus vestiduras

tradicionales presentando una ofrenda a las dos deidades del templo y a otros dioses importantes; «Ptolomeo César», erguido y alto delante de su madre, sostiene el incienso mientras ella agita un sistro, el cascabel sagrado que se empleaba en los ritos de la diosa Isis. Al menos en lo artístico, mantuvieron las tradiciones: el faraón y su madre reina cumplían con su papel de representantes de los dioses en la tierra, vínculo directo con los cielos que garantizaba que el orden prevaleciera sobre el caos y la Maat se preservara.

La construcción de templos daba trabajo a la mano de obra y honor y prestigio al culto en cuestión y a sus sacerdotes, además de producir grandiosos monumentos para mayor gloria del régimen; parece que al poco de volver Cleopatra de Roma se iniciaron las obras de un grandioso «templo-nacimiento» para Cesarión en Hermontis. La tradición de esas estructuras se remontaba al pasado remoto, y ésta en concreto era bastante mayor de lo habitual, además de poco común, pues no parece asociada a ningún otro templo existente. Por desgracia, la estructura no ha llegado hasta nosotros, pues se demolió para sustituirla por una refinería de azúcar a mediados del siglo XIX; afortunadamente, antes de derruirla se hicieron un puñado de fotografías y bastantes más dibujos.

Un bajorrelieve mostraba múltiples escenas de alumbramiento, y quizá algunas o todas representaran a Cleopatra. Los jeroglíficos se refieren a ella como «La Horus fémina, la Grande, la Señora de la perfección, de preclaro juicio, la Señora de las Dos Tierras, Cleopatra, la Diosa que ama al padre». En otro lugar también se alude a ella como «la imagen de su padre», aunque en esa sección el hueco quedó vacío y no se inscribió su nombre. La denominación de Horus fémina la señala claramente como reina —puesto que los reyes eran los representantes de Horus en la tierra—, aunque Cleopatra nunca recibe todos los títulos de un faraón.^[13]

Al menos en apariencia, la tradición se mantuvo más viva en los cultos de los templos que Cleopatra sufragó. En todo caso, parece que otras prácticas muy antiguas se reactivaron durante su reinado, igual que otros tratamientos e iconografías. Y también en la vida de la reina pueden percibirse ecos de antiguos cultos: su padre se había dado el nombre de «Nuevo Dioniso» y Cleopatra se hizo llamar la «Nueva Isis»; Dioniso había pasado de ser el dios del vino a ser el gran dios de la victoria y la prosperidad, con mucho más poder y alcance, y también la diosa egipcia Isis se había transformado en un culto internacional en el siglo IV a. C. hubo un templo dedicado a ella en Atenas, y en vida de Cleopatra tuvieron lugar firmes intentos de suprimir su culto en la propia Roma, aunque fueron en vano.

Se sabe mucho más de la diosa Isis que adoraron los griegos y otros pueblos extranjeros que de la modalidad egipcia. Plutarco, cuya biografía de Antonio aporta tanta información sobre la vida de Cleopatra como sobre la del romano, escribió en otra de sus obras el relato más prolijo que tenemos de la historia de Isis. Hermana y esposa de Osiris, ambos eran hijos de la diosa del cielo. Osiris e Isis fueron el rey y la reina de Egipto y enseñaron al pueblo a cultivar los campos y a prosperar, a respetar

las leyes y a adorar a los dioses; pero Seth, hermano de ambos, mató a Osiris movido por los celos. Tras considerables aventuras, Isis encontró el cuerpo de su esposo en un país lejano, y cuando volvía a Egipto para devolverlo a su tierra, Seth le robó el cadáver, lo descuartizó y echó los pedazos a los vientos. Ayudada por el dios con cabeza de chacal, Anubis, señor de los muertos, Isis encontró todas las partes: todas menos el pene, pues los peces del Nilo se lo habían comido. Cosió los pedazos, confeccionó un nuevo pene e insufló nueva vida en el cuerpo de su esposo; entonces hi cieron el amor y, llegado el momento, Isis dio a luz a su hijo Horus. Luego Osiris dejó la tierra de los vivos para regir el mundo de los muertos. Isis protegió al niño hasta que tuvo edad para poder derrocar a su desalmado tío, y después madre e hijo gobernaron Egipto.^[14]

Es difícil decir hasta qué punto los egipcios habrían reconocido la versión de Plutarco y, en realidad, ni siquiera es seguro que la mayoría de los griegos devotos de Isis creyeran el mismo mito: pocas religiones antiguas estaban totalmente definidas o tenían una teología; ni tan siquiera tradiciones aceptadas universalmente. Los cultos variaban según las regiones, y a menudo una misma deidad se percibía y representaba de formas muy distintas. Los pobladores griegos de Egipto, dado que los nombres coincidían, equipararon divinidades locales a dioses y diosas que ellos conocían y adoraban a su manera, pero la población nativa persistió en sus creencias tradicionales. Los griegos residentes en Egipto y en otros lugares incorporaron a Isis atributos de Atenea, Deméter y Afrodita: sabiduría, fertilidad, ley, madre y esposa, fuente de renacimiento y resurrección y promesa de un más allá. Los Ptolomeos, viendo a Osiris demasiado ajeno, inventaron un nuevo consorte para Isis: el dios Serapis; no parece que los egipcios adoptaran nunca al nuevo dios, pero su culto se extendió entre los griegos que vivían en Egipto y se propagó fuera de las fronteras del reino por su relación con la conocida Isis. Para griegos y romanos, el culto a Isis era exótico, con sus sacerdotes de cabeza rapada, sus cascabeles sistros, sus solemnes rituales y sus profundas vivencias emocionales; tenía el atractivo de la sabiduría antigua y remota, aunque quizá guardara poco parecido con el culto tradicional de Egipto.

No se sabe si Cleopatra decidió asociarse con Isis porque en la práctica le era útil convertirse en la encarnación de una deidad tan poderosa y popular o por razones más personales y sentimentales; tal vez fuera una mezcla de las dos cosas. Pertener al linaje de los Ptolomeos la distinguía del resto de la humanidad, pues eran divinos y sucesores de Alejandro Magno. Si de verdad creía ser Isis, seguramente sería en alguna variante de la percepción griega de la diosa. Las imágenes tradicionales de los santuarios de Dendera, Hermontis y otros eran representaciones convencionales que apenas cambiaron a lo largo de los siglos. No denotaban una participación directa del monarca en los cultos, algo más improbable aún en el caso del pequeño Cesarión. Los templos no eran iglesias a las que grandes congregaciones acudían regularmente, sino sagradas casas para los dioses en las que sólo los sacerdotes entraban, para officiar el

perpetuo ciclo de los ritos. Si en el reinado de Cleopatra se recuperaron fórmulas e imágenes muy antiguas, lo más probable es que fuera por iniciativa de los cultos sacerdotales, que recibían el dinero y el favor regios, y a los que se permitía supervisar los rituales como creyeran más conveniente.

La historia de Isis, con su esposo asesinado y un hijo varón que ha de ser protegido hasta hacerse mayor para enfrentarse al asesino, tenía un paralelismo con la vida de la propia Cleopatra: siendo ella Isis, César podría ser el muerto Osiris o Serapis, y Cesarión sería Horus; pero aparte del nombre de Ptolomeo César, no hay ninguna alusión al amante de Cleopatra asesinado ni en los monumentos ni en la iconografía destinados a los egipcios, donde se subraya mucho más la legitimidad de Cleopatra y su hijo como gobernantes y su papel de representantes divinos en la tierra. El buen Horus, señor de Egipto, aparece en el bajorrelieve de Dendera en forma de un ave sobre la cabeza de Cesarión. La bendición de los dioses protectores de Egipto y garantes de su prosperidad era lo importante: no había lugar para un padre muerto ni necesidad de vengar su muerte.

Quizá esto se insinúe en el Caesareum, el monumento que Cleopatra dedicó a César en Alejandría, aunque no está claro cuándo empezó a construirse y es posible que fuera en un momento posterior de su reinado: resulta muy fácil olvidar que casi todos los monumentos de aquella ciudad declaradamente helénica se perdieron, y centrar la atención únicamente en los grandiosos templos, muy egipcios, que se conservan. En griego, Cesarión recibió los títulos de «el Dios que ama al padre y a la madre» (Theos Philopator Philomator) y de «Ptolomeo llamado César». A la muerte de Ptolomeo XIV, Cleopatra prescindió del título de «la que ama a los hermanos», acaso consciente de la ironía; pero conservó el de «la Diosa que ama al padre» (Thea Philopator).

César recibió honores, pero nunca hubo ningún intento de presentarlo ante griegos ni egipcios como el esposo o consorte de Cleopatra, y menos aún como rey o faraón: fue un padre distinguido para Cesarión, pero el muchacho era ante todo un Ptolomeo, y sólo podía gobernar legítimamente a través de su madre y con ella. Por grande que pudiera ser el deseo de Cleopatra de vengar la muerte de su amante, no tenía los medios para hacerlo: podía prestar ayuda a los triunviros, y es notable que intentara hacerlo en persona, pero aparte de apoyar a un bando en la guerra civil de Roma, cualquier otra cosa quedaba fuera de su alcance. Por estas fechas no hay ni rastro de fricciones entre Octavio, hijo adoptivo de César, y Cesarión, hijo verdadero aunque ilegítimo, al que Roma no reconoció y que, para colmo, todavía niño reinaba en Egipto nominalmente sólo porque su madre necesitaba un consorte. Los romanos tomaban muy en serio la adopción y la consideraban un vínculo tan estrecho a todos los efectos como la relación consanguínea; aunque el hijo bastardo y foráneo del dictador podía ser un recuerdo palpable y un tanto embarazoso de los deslices del César mortal y humano, en Cesarión no había ninguna otra cosa que pudiera inquietar a Octavio: de ningún modo podía ser un rival significativo, y es muy descaminado

suponer que alguien pudiera haberlo visto así en un momento tan temprano.^[15]

Cleopatra había recuperado el trono por mediación de César, y su prioridad después de que él muriera era sobrevivir y seguir en el poder. Cumplió este objetivo librándose de su hermano, manteniendo a raya a su hermana y conservando el control de Egipto, aunque no de Chipre, frente a cortesanos ambiciosos y otros rivales. Al mismo tiempo, logró impedir que cualquier líder romano ansioso de explotar sus recursos saqueara su reino, e intentó ayudar a quienes deseaba que ganaran o suponía que iban a hacerlo; rehuyó colaborar directamente con ninguno de los asesinos de César, aunque si no hubiera quedado más remedio, es dudoso que el odio personal le hubiera llevado a negarse al precio de perder su reino. Pragmática en la esfera política, Cleopatra sobrevivió a unos cuantos años difíciles. Fue reina y su hijo fue rey; juntos prometían una larga estabilidad que por sí sola contribuía a disuadir de cualquier desafío a su gobierno. Cleopatra había hecho todo lo posible por lograr esto, y lo había hecho bien; pero a la larga todo dependía en realidad, como siempre, de Roma y sus dirigentes.

XIX

VENGANZA

El 1 de enero del año 42 a. C. Lépido inició su segundo consulado, con Lucio Munacio Planco de colega. Ser cónsul conllevaba mucho prestigio, pero mucho mayor era el poder que compartía como triunviro con Antonio y Octavio: juntos tomaban todas las decisiones importantes, y ni magistrados ni asambleas populares podían impugnarlas. Seguían en curso las listas de proscripción y el crimen de sanción oficial, cruda advertencia del precio de oponerse al triunvirato.

Quienes mataron a Cicerón llevaron su cabeza directamente a Antonio, que, al parecer, estaba a la mesa cuando llegaron. Según nos cuenta Dión —en un relato con resonancias de lo sucedido entre Mario y Marco Antonio, el abuelo de Antonio—, éste alzó en sus manos jubilosamente la cabeza cortada, y Fulvia, más exultante aún, aferró el macabro trofeo y, en son de burla, se quitó unas horquillas del pelo (llevaba el elaborado peinado en boga entre las mujeres de la nobleza romana) y ensartó en ellas la lengua del orador.^[1]

Puede que la historia sea inventada, pero hay que recordar que Cicerón había sido uno de los adversarios más acerbos de su primer marido, al que había acusado públicamente de revolución e incesto, elogiando luego al hombre que ordenó su asesinato. Más recientemente, había fustigado a Antonio en el implacable ataque a su persona que fueron las Filípicas; y, poco a poco y sin descanso, había presionado al Senado para que lo declararan enemigo público. Fulvia había permanecido en Roma durante esos meses, y también ella fue acosada por los enemigos de Antonio y muchos oportunistas, que intuyeron una buena ocasión para arrebatarse sus propiedades en los tribunales, pues había contraído deudas y adquirido casas con su esposo que le estaba costando mucho pagar. Ático, el mismo que mantuviera una larga correspondencia con Cicerón, ayudó a la hostigada Fulvia compareciendo con ella ante la justicia y prestándole fondos para que no cayera en la ruina.^[2]

No hay pruebas de que Cicerón actuara personalmente en los ataques a Fulvia, pero había sido el principal impulsor del clima en el que habían sucedido: Antonio y su esposa tenían muchos motivos para odiar al orador. Fuera o no verdad que jugaron con su cabeza cortada en la sobremesa, no cabe duda de que su venganza adoptó una forma muy pública: Antonio había dado orden al oficial a cargo de los soldados que envió a matar a Cicerón de que, además de la cabeza, le cortaran la mano derecha, y tanto la cabeza como la mano fueron luego clavadas en los rostra, en pleno centro del

Foro. La cabeza que pronunciara las Filípicas y la mano que las había escrito pagaron el precio: fue una espantosa advertencia de lo que podía costar oponerse a Antonio y los otros triunviros.^[3]

Ático huyó a esconderse cuando el triunvirato tomó Roma, pues aparte de ayudar a Fulvia, también había ayudado a las familias de Bruto y Casio y había tenido estrecha relación con Cicerón y otros adversarios de los triunviros; pero al enterarse del paradero de Ático, Antonio «le envió un mensaje de su puño y letra diciéndole que no tenía nada que temer, que acudiera a él de inmediato; que había borrado su nombre (...) de la lista de los proscritos». Para más muestra de buena voluntad, un amigo que se escondía con él también fue perdonado. Un destacamento de soldados enviado por Antonio escoltó a los dos fugitivos, ya que era de noche y la noticia de su indulto tardaría en difundirse y, hasta entonces, corrían peligro: sobre sus cabezas pesaba una recompensa.^[4]

Se dice que en otra ocasión Antonio perdonó a un tal Coponio, probablemente un antiguo pretor. Su mujer había acudido al triunviro para sacrificar su honor a cambio de la vida de su marido: Antonio se acostó con ella, y en pago retiró el nombre del marido de las listas de proscritos. Dión afirma que Antonio y Fulvia aceptaban dinero por quitar nombres, pero él siempre los sustituía por otros para cubrir los huecos que dejaban; por el contrario, no hay historias de Fulvia buscando el perdón de nadie, y se la acusó de conseguir que proscibieran a un hombre para comprar la finca que tenía junto a una de las suyas. Octavio se vio obligado a perdonar a otro hombre cuando la esposa lo escondió en un baúl y lo hizo llegar a su presencia en una función de teatro: el público se manifestó tan claramente a favor del perdón que el joven César tuvo que concederlo.^[5]

La masacre inaugurada por las proscripciones era una mancha en el historial de todos los triunviros. En aquel momento, puede que Octavio fuera más odiado que ninguno de los otros, pues la crueldad resultaba aún menos favorecedora en un joven; además se pensaba que a su edad no debería crearse demasiados enemigos políticos. En años posteriores, cuando ya era el emperador Augusto, culpó de la barbarie a sus dos colegas en un intento de disociarse de aquel triunviro manchado de sangre que había sido; sin duda, esto acentuó la caracterización que nuestras fuentes hacen de Fulvia como la enojada arpía que instaba a Antonio a cometer atrocidades cada vez mayores.

Hay que ser prudentes antes de aceptar todos los relatos sobre esos años, ya que sin duda muchos de ellos fueron abultándose al contarlos, y el papel de Antonio, Fulvia y Lépido se subrayó mucho para tapar la culpa de Octavio; pero que la realidad fue brutal no admite discusión, y está claro que hizo mella en la memoria colectiva de los romanos: se escribieron innumerables libros recreando los relatos de los proscritos de cómo los salvaron o traicionaron. No han sobrevivido, pero gracias a sus rastros en Apiano y otras fuentes posteriores, podemos hacernos una idea bastante exacta de su tono: giraban en torno al valor de algunos de los que perecieron, y a la

lealtad o la traición de quienes los protegieron o traicionaron. Sexto Pompeyo fue muy ensalzado porque además de dar refugio a los proscritos, envió naves a buscarlos por toda la costa de Italia.^[6]

Las proscripciones tuvieron como objetivo intimidar, y lo consiguieron: con el castigo ejemplar de Cicerón quedó claro que nadie, no importaba cuán distinguido fuera, estaba a salvo. Los triunviros eran odiados, pero también temidos, y ninguna voz se alzó contra ellos en el Senado. Otro de sus objetivos fue conseguir dinero, pero en ese aspecto no tuvieron tanto éxito: la gente tenía miedo de pujar en las subastas de las propiedades de los proscritos, porque ostentar riqueza entrañaba el peligro de ver su propio nombre incluido en las listas; también era importante que a algunos de los beneficiarios de las proscripciones de Sila se lo hubieran afeado públicamente décadas después, y que en algunos casos les hubieran obligado a entregar esas adquisiciones. Una parte de lo confiscado era para retribuir a asesinos e informantes; los ingresos resultantes con el resto acabaron siendo decepcionantes.^[7]

Desesperado por conseguir dinero, ante todo para pagar a un ejército que ahora contaba más de cuarenta legiones, el triunvirato buscó otras fuentes de ingresos. Una de las medidas menos ortodoxas fue el anuncio de que las propiedades de las mil cuatrocientas mujeres más eminentes de Roma iban a tasarse para calcular el gravamen que se les impondría; las mujeres jamás habían tenido que tributar a la República, aunque cuando se recrudeció la crisis de las guerras púnicas, habían donado sus joyas al estado voluntariamente.

El decreto fue muy mal recibido por las afectadas, y al estilo más puramente romano, acudieron en primer lugar a las mujeres de los triunviros y de sus familias a pedirles que usaran su influencia. Se dice que Fulvia las rechazó; de nuevo, puede que sólo sea propaganda, aunque hay que recordar que posiblemente se preguntara por la solidaridad que con ella habían mostrado cuando la arrastraban por los tribunales y le hacían la guerra a su marido. Lideradas por la hija de Hortensio —al que Cicerón sucediera como el mayor orador del momento—, se reunieron en el Foro para apelar a la multitud y a los triunviros; la primera se alineaba con ellas y, percibiéndolo, los segundos se abstuvieron de mandar a sus lictores y otros ayudantes a dispersar a las manifestantes por la fuerza.^[8]

Es llamativo que las únicas que se arriesgaron a enfrentarse al triunvirato en la propia Roma fueran mujeres: da fe del miedo que inspiraron las proscripciones, pero también de la confianza en que sólo los hombres iban a sufrir su violencia. Una mujer que había escondido a su marido pidió que la ejecutaran con él cuando lo arrestaron; los verdugos se negaron y ella murió negándose a comer. El triunvirato no quería atacar a las mujeres a la vista de todos, pero aun así, la protesta femenina sólo triunfó parcialmente: la cifra definitiva de las que hubieron de pagar el gravamen se redujo a cuatrocientas, y por esas fechas se anunciaron más impuestos del mismo tipo sobre las propiedades de los ciudadanos varones.^[9]

SEÑORES DE LA GUERRA

Por mucho barniz de legalidad que le dieran, el triunvirato se creó y se mantuvo por la fuerza militar. La oposición pública de las mujeres nobles de la ciudad de Roma fue notable, pero sólo representó una molestia de poco calibre; los únicos verdaderamente capaces de presionar a los triunviros eran sus propios soldados: había que conseguir ingresos por muchas razones, pero la más acuciante en todo momento fue pagar a los legionarios. Las mejores legiones del triunvirato eran las formadas por veteranos de César; leales a la memoria del dictador y deseosos de vengar su asesinato, su compromiso con los actuales dirigentes era, no obstante, mucho menor. En el año 44 a. C. Octavio había prometido más retribuciones que Antonio a cambio de la lealtad de las legiones IV y Martia. Compitiendo con sus rivales, los dirigentes ofrecieron recompensas cada vez mayores, lo que aumentó las expectativas de los soldados; conscientes de su poder, ya no era tan fácil convencerlos de que se alistaran. La paga normal quedaba ahora empequeñecida al lado de las muchas y sustanciales recompensas ofrecidas, a las que además venía a añadirse la promesa de recibir tierras cultivables al finalizar el servicio. Las legiones listas para el combate eran más numerosas ahora que nunca, y todo aquello implicaba sumas colosales de dinero. Los triunviros constituían el epicentro de la República en la ciudad de Roma, pero su control de todo el resto del imperio era más limitado.

El poder de Sexto Pompeyo crecía constantemente, sobre todo en el mar, y llegó incluso a amenazar algunas zonas de España, el norte de África, Sicilia y las demás grandes islas del Mediterráneo occidental. Bruto y Casio se negaban a entregar todas las provincias y estados aliados del este. Cleopatra apenas prestó ayuda a los conspiradores, pero se libró de las represalias sólo gracias a la suerte; otros líderes y grupos leales a Roma que alegaron no tener órdenes del Senado de obedecer a Bruto o a Casio fueron brutalmente castigados: Casio invadió Rodas tras destruir su flota, y luego saqueó la ciudad; cuando algunos asentamientos de Judea se negaron a entregarle el dinero que exigía, hizo vender a sus pobladores como esclavos. Bruto atacó la ciudad de Janto, en Licia (actual Turquía), y la saqueó, aunque su logro se truncó, al suicidarse parte de la población tras quemar sus propiedades. Poco consuelo llevó a los aliados y súbditos de Roma la libertad anunciada por los asesinos. Casio también logró vengar a Pompeyo arrestando y ejecutando al antiguo tutor de Ptolomeo XIII, Teodoto, que allá por el 48 a. C. había convencido al consejo del rey de matar al romano fugitivo.^[10]

Bruto y Casio también necesitaban fondos para proveer a sus ejércitos, que ahora ya contaban más de veinte legiones. Muchas de esas formaciones antaño habían jurado lealtad a César; aunque más atrás en el tiempo, algunos de sus soldados habían estado con Pompeyo hasta su derrota en Farsalia. Pocas de las unidades habían entrado en combate bajo el mando de César, y la mayoría habían sido reclutadas y

adiestradas para la guerra p rtica que el dictador tenía prevista; por ello, su memoria estaba presente, pero el vínculo con él no era tan fuerte como en las legiones de veteranos. Las razones que les habían llevado a unirse a los conspiradores eran diversas, desde la repulsa a hombres como Dolabela y Cayo Antonio, hasta cierta admiración por Bruto o Casio; otros quizá sólo pensaban que la marcha de los acontecimientos les era favorable. La lealtad de estas tropas sólo estaba asegurada si recibían buen trato, por lo que ambos comandantes prometieron recompensas tan generosas o más que las de los triunviros, razón por la que expresaron a las provincias y a los aliados para conseguir fondos.

Casio era cuestor de Craso cuando invadió Partia en el 54 a. C. Un año después, cuando la mayor parte del ejército perez  o fue capturada en Carras, llevó a los supervivientes de vuelta a Siria y defendió denodadamente la provincia, logrando varias victorias contra los invasores partos. Aún tenía cierta reputación en el Oriente, lo que sin duda le ayudó a alistar soldados y ganarse aliados en la zona, pero si al final él y Bruto pudieron lograr sus objetivos fue sólo porque controlaban los ejércitos más fuertes de la región. Finalizada su cuestura, parece que Casio ya no tuvo más experiencia militar hasta los años 49 y 48 a. C., y al parecer, la participación en la campaña macedónica de Bruto constituía el total de su servicio en el ejército.

Ninguno de ellos tenía mucha experiencia como comandante. Sus recientes campañas habían sido contra otros romanos o conflictos unilaterales contra pueblos aliados. Casio celebró efusivamente haber vencido a Rodas acuñando monedas con la imagen de la diosa de la victoria. En el dorso de las monedas de Bruto aparecían el gorro de la libertad y la daga del asesino, pero imit  a César haciendo poner su propia cabeza en el anverso; tal vez pensara que había de realzar su nombre y su reputación para recabar apoyo. Pero en algunos aspectos, una de las características más notables de estos años es la gran semejanza de la conducta de los conspiradores con la de los triunviros, aunque no llegaron a rebajarse hasta el nivel de la proscripción. Mataron a Cayo Antonio en represalia por la ejecución de Décimo Bruto, pero dieron muerte a pocos ciudadanos romanos, aunque no mostraron tanta contención en las provincias ni con los pueblos aliados. Bruto era tal vez más comedido, pero su toma del poder en Macedonia fue claramente premeditada y, una vez decidido a usar la violencia, no vacil . Si los conspiradores hubieran ganado la guerra, resulta algo difícil concebir cómo habrían restaurado la República tradicional que veneraban.^[11]

Ambos bandos tenían una causa. El poder de Sexto Pompeyo estaba creciendo, pero los triunviros sabían que Bruto y Casio eran la amenaza más seria a corto plazo: eran mayores que él y políticamente más importantes, pues tenían más simpatizantes en el Senado; habían asesinado a César, y además decían luchar por restaurar una República de la que ahora se habían apoderado ileg tamente no ya uno, sino tres dictadores. Recompensas inmediatas y futuras respaldaron los eslóganes políticos de ambos bandos. Del lado de los triunviros, los veteranos de César deseaban castigar a sus asesinos, pero no por ello dejaban de exigir su pago; para Octavio —«que lo

debía todo a un nombre» y a sus lazos con el gran César—, la necesidad de vengarse era personal e imperativa: constituía un aspecto de la pietas, el respeto y el deber debido a los padres. Sexto Pompeyo también situó en el centro de su imagen pública a su padre y hermano, cuyas muertes aún no había vengado. Adoptó el nombre de Magno de su padre y también se hizo llamar Pío; tales títulos tenían mucho peso para los romanos, y la piedad —entre padres e hijos o entre esclavos y amos, honrada o deshonrada— ocupó mucho espacio en los relatos de las proscripciones. A Octavio lo acusaron de hacer alarde de su piedad para con su padre adoptivo mientras la menospreciaba en otros, matando tanto a padres como a hijos en las proscripciones y exigiendo que no se defendieran los unos a los otros.^[12]

La lealtad de las legiones podía inspirarse en una causa, siempre y cuando esa causa estuviera respaldada por la confianza del soldado en recibir su recompensa: y ésta era una fe que no radicaba en el bando, sino que era un vínculo personal, casi un contrato, con el comandante. El soldado seguía a un general, y en cualquier momento podía dejarle para seguir a otro si lo veía conveniente en su propio interés. Cuando Antonio, Octavio o Lépido ofrecían recompensas a sus legionarios, era en su propio nombre; lo mismo se aplica a Bruto y Casio. Bruto, no el Senado ni la República, dio generosas recompensas a sus legionarios, y garantizaba personalmente todas las sumas futuras. Los soldados no confiaban mucho en que un comandante aliado con su general fuera a cumplir las promesas de éste, lo que dio lugar a que ninguno de los dos bandos en el conflicto que se acercaba constara de un solo ejército: las legiones de Octavio y Antonio eran grupos aparte, como las de Bruto y Casio, y esto acabó siendo trascendental en el curso de la guerra.^[13]

Una vez más, la campaña decisiva se libró en Macedonia, como la contienda entre César y Pompeyo, cuando el primero había enfrentado ocho legiones a las once de Pompeyo. En el año 42 a. C., Bruto y Casio tenían probablemente diecisiete legiones, mientras que Antonio y Octavio no llevaron a las principales batallas menos de diecinueve; ambos bandos tenían más unidades de apoyo adicionales. Si contaban con sus plenas fuerzas, los triunviros debían de tener noventa y cinco mil legionarios frente a los ochenta y cinco mil de los conspiradores. Según Apiano, las legiones de los conspiradores estaban incompletas, al contrario que las de Octavio —y quizá, por extensión, las de Antonio—. También se atribuye a ambos bandos una considerable caballería, y en esto los conspiradores llevaban la ventaja, con veinte mil jinetes frente a los trece mil de los triunviros.^[14]

Son cifras realmente asombrosas; tal vez en la campaña de Filipos participaran ejércitos excepcionalmente grandes, aunque Dión afirma en un inciso que en realidad no fue el mayor choque a gran escala de las guerras civiles de Roma. Sería llamativo que Bruto y Casio hubieran podido reunir el doble de infantería y casi triplicar el total de la caballería de Pompeyo en los años 49 y 48 a. C.: ni Alejandro Magno ni Aníbal mandaron nunca a tantos jinetes. Desde el punto de vista logístico, alimentar a una cantidad tan grande de soldados, monturas y animales de carga hubo de ser una tarea

descomunal, sobre todo porque la campaña se prolongó hasta los últimos meses del otoño. Dirigir fuerzas tan numerosas hubo de ser casi igual de difícil, y más para unos generales y altos mandos con relativamente poca experiencia. A principios del siglo siguiente Tiberio, futuro emperador, viendo demasiado difícil controlar un ejército de diez legiones, las dividió en unidades más pequeñas.^[15]

Como ya se ha dicho, aumentaba mucho el prestigio de un comandante estar al frente de un gran número de legiones; además, tener muchas unidades creaba muchos puestos de oficial, y, por tanto, ocasiones de compensar a los seguidores. Cuando el soldado raso recibía en una sola recompensa el monto de diez años o más de paga, el centurión podía esperar recibir alrededor de cinco veces más, y el tribuno el doble que el centurión; la proporción de las cesiones de tierra era similar. Muchos jóvenes de la nobleza romana que habían estudiado en Atenas, como los hijos de Cicerón y Catón, y también el poeta Horacio, se sintieron atraídos por el prestigio de Bruto, y había que compensarlos con cargos apropiados.^[16]

Parece probable que las legiones estuvieran bastante disminuidas en ambos bandos. En Farsalia, las unidades de Pompeyo habían estado aproximadamente a un ochenta por ciento de su capacidad, y las de César tenían menos de la mitad del tamaño de una legión; sin embargo, ambos generales operaron bien. Puede que las legiones de Octavio y Antonio fueran mayores que las formaciones enemigas, como afirma Apiano, pero que alcanzaran un promedio de cinco mil efectivos es muy poco probable. Aunque las cifras totales de efectivos en ambos bandos se hubieran reducido a la mitad, seguiría significando que unos noventa mil o cien mil legionarios —casi todos ciudadanos romanos, aunque se sabe que los conspiradores también reclutaron soldados en las provincias— combatieron en Filipos, apoyados por numerosos jinetes de caballería. Eso seguiría indicando un enfrentamiento mucho mayor que ninguno de la guerra civil del periodo del 49 al 45 a. C. y ejércitos mucho mayores de lo habitual en la infantería romana. Ningún comandante, tampoco Antonio, tenía experiencia de mando sobre semejante número de hombres, y muchos de los oficiales y soldados a los que mandaban eran novatos; esto también contribuyó a conformar la campaña.

FILIPOS

En el año 42 a. C. los triunviros decidieron dejar a Lépido a cargo de Italia, mientras Antonio y Octavio marcharon al este para enfrentarse a los conspiradores. Tal vez por eso le dieran el consulado: cedió varias de sus legiones a cada uno de sus colegas, y en el curso de la campaña estos las integraron en sus ejércitos, que ahora veían en los nuevos jefes su fuente de recompensas. La figura dominante del triunvirato era

Antonio, y a Octavio no podía negársele la oportunidad de vengar a su padre y ganar gloria; por eso lo lógico era que fuera Lépido quien se quedara atrás.^[17]

Como César en el año 49 a. C., el triunvirato se enfrentaba a un enemigo mucho más fuerte en el mar. Bruto y Casio se decantaron en lo esencial por la misma estrategia que adoptó Pompeyo, esperando a enfrentarse a sus oponentes en el este, lo que les daba la oportunidad de hostigar e interceptar al enemigo en el mar. A finales del verano los triunviros enviaron a Grecia una avanzada de unas ocho legiones que surcaron el mar sin contratiempos, pero la flota de los conspiradores puso difícil que les llegaran convoyes de suministros o refuerzos. Antonio soportó un asedio de varias semanas en Bríndisi. Octavio había empezado a reunir una escuadra para enfrentarse a Sexto Pompeyo en la mar, y el asedio no se rompió hasta que la flota zarpó rodeando el sur de Italia; Antonio y Octavio lograron navegar hasta Macedonia con sus principales ejércitos.^[18]

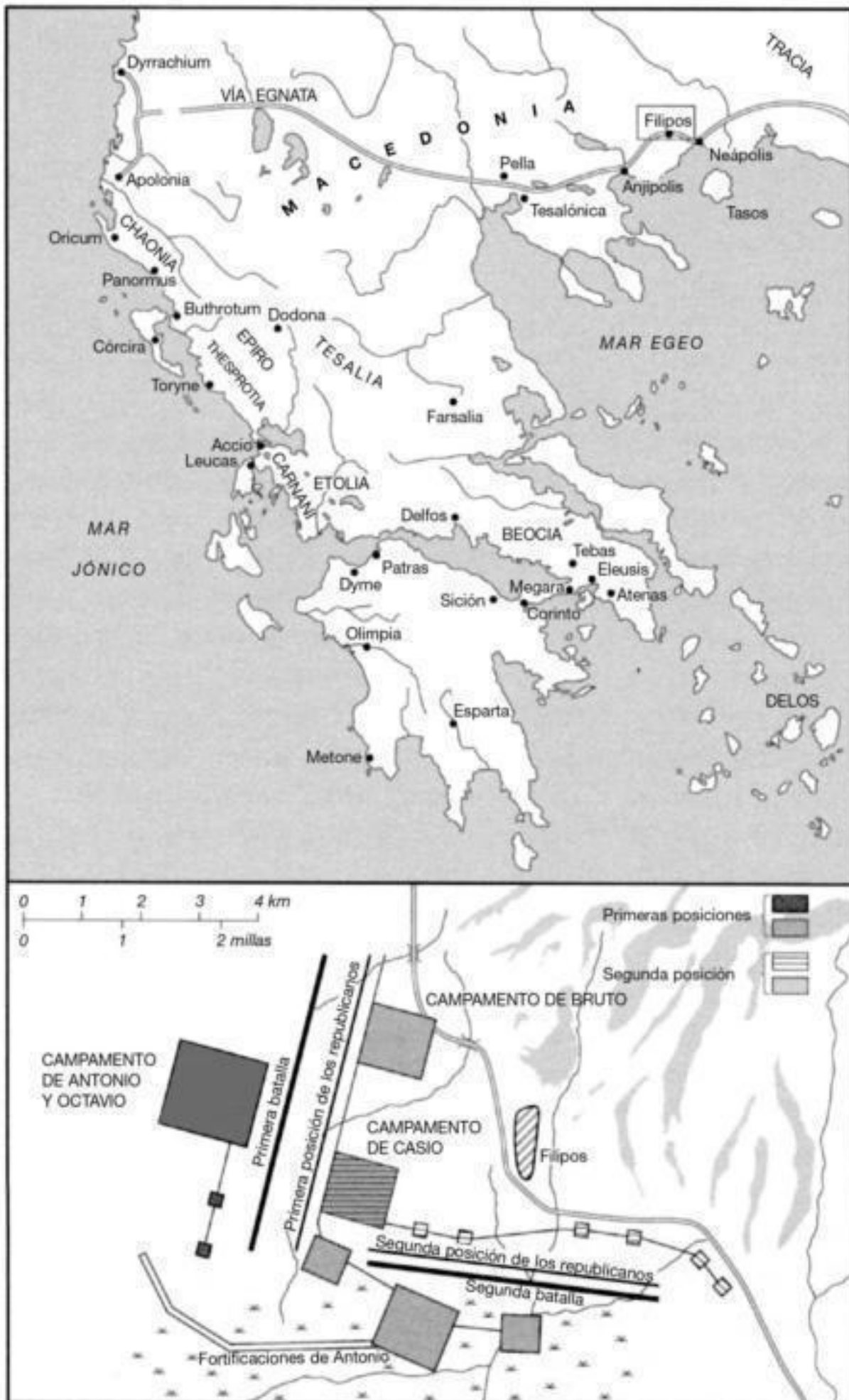
La Vía Egnatia, que los romanos habían construido en el siglo u a. C., cruzaba la parte superior de la península griega desde la costa del Adriático a la del Egeo, y era el camino natural para un ejército. La vanguardia había conseguido avanzar casi hasta el Egeo, ocupando el paso de montaña más transitado. Bruto y Casio condujeron su ejército combinado hasta los Dardanelos y, ayudados por un jefe tracio local, hallaron otro paso que les permitió tomar la posición por el flanco. La línea avanzada del triunvirato retrocedió a Anfipolis, en la costa. Bruto y Casio los siguieron hasta Filipos; allí se detuvieron, haciéndose fuertes a las afueras de la ciudad y bloqueando la línea de la Vía Egnatia.^[19]

Antonio llegó a Apolonia en septiembre del año 42 a. C. El ejército de Octavio se había quedado atrás, pues él había caído gravemente enfermo. Pese a ello, Antonio siguió adelante con sus propias legiones y la vanguardia, que acamparon frente a Filipos. Ese gesto de confianza acobardó a los conspiradores: aunque tenían la ventaja momentánea del número, al parecer no intentaron provocar la batalla; y a Octavio le dio tiempo a unirse a Antonio diez días después. La idea de los conspiradores era desgastar al enemigo. Bruto y Casio acamparon por separado, pero construyeron juntos una zanja y un muro entre ambos campamentos; contaban con buenos suministros, una fácil comunicación con la costa y abundantes fuentes de agua de los manantiales de allí. Bruto estaba en el norte y Casio en el sur. Antonio y Octavio montaron un solo campamento en la llanura y aunque tuvieron que cavar pozos, enseguida les procuraron agua suficiente para abastecerse; más difícil era conseguir suficientes alimentos y forraje del campo circundante. La campaña de Filipos recuerda más a la de Dirraquio que Farsalia o cualquiera de las demás batallas campales de la guerra civil de César.^[20]

Antonio y Octavio formaron muchas veces a sus ejércitos en la parte frontal del campamento. Bruto y Casio hicieron lo mismo; y desde luego les animó a ello que el enemigo oficiara una *lustratio* —ceremonia ritual de purificación que el ejército celebró parapetado tras sus barreras—, pues vieron en ella un signo de cautela. No

obstante, no querían alejarse de sus fortificaciones para no perder la ventaja de la elevación del terreno y poder apoyarse con proyectiles desde el muro y las torres posteriores, que ofrecían buen refugio para las tropas si las cosas iban mal y había que retroceder. Antonio y Octavio no quisieron atacar en esas condiciones: era arriesgarse al fracaso y traería consigo muchas bajas; por ello siguieron desplegándose y desafiando al enemigo, pero aparte de alguna escaramuza, no hubo verdadero combate. El ejército de Octavio formó a la izquierda de la línea de ataque, frente a Bruto, mientras que las legiones de Antonio estaban a la derecha, frente a los hombres de Casio.

Incapaz de ofrecer batalla, Antonio decidió amenazar el flanco enemigo erigiendo una nueva línea fortificada que rebasara el campamento de Casio y llegara en ángulo recto hasta la posición de los conspiradores; terminada, permitiría a los triunviros cortar las vías de comunicación enemigas, forzándolos a retroceder o a arriesgarse a la lucha. Los trabajos empezaron en secreto, destacando hombres de cada unidad mientras sus compañeros formaban en orden de batalla como siempre, de cara al enemigo. Contribuyó al engaño que el trabajo comenzara en una zona de marismas, donde los altos juncos impedían la visión. La vía elevada y fortificada avanzó, y no quedó a la vista hasta diez días después, cuando los soldados la guarnecían ya abiertamente; pero aún faltaba mucho para terminarla, y la respuesta de Casio a la amenaza fue poner también a sus hombres a construir una línea en dirección sur desde su campamento. Su intención era cortar las fortificaciones de Antonio, impidiendo que se extendieran y aislaran alguno de los reductos en su retaguardia.



Arriba: Grecia y Macedonia.
Abajo: Las batallas de Filipos.

El 3 de octubre Antonio se percató de lo que pasaba; era cerca de mediodía, y los ejércitos rivales estaban formados para la batalla, como de costumbre: era posible que Bruto y Casio ya se hubieran decidido a lanzar una demostración de fuerza, o quizá incluso un ataque de envergadura para cubrir los trabajos. Octavio, todavía gravemente enfermo, no estaba con su ejército; no parece que hubiera nombrado a nadie para ejercer la autoridad suprema, pero aunque lo hubiera hecho, a ese líder le habría costado mucho inspirar el mismo entusiasmo y obediencia en sus hombres: los lazos de lealtad y recompensas eran muy personales en esos años.

Antonio llevó en diagonal monte arriba las tropas formadas en el extremo derecho de su ataque, esquivando la principal línea de Casio y acometiendo el muro recién construido. Poco después los contingentes principales de ambos bandos se enzarzaron en combate; la lucha fue dura. Mientras tanto, Antonio asaltaba con sus hombres la nueva línea fortificada, que no estaba terminada, repeliendo también un contraataque de otra sección del grupo de trabajo enemigo, para a continuación volverse y atacar el campamento de Casio, fuertemente parapetado pero con pocos defensores, porque casi todas las legiones estaban en la línea principal o trabajando en el nuevo muro. Manteniendo con su ejemplo personal el ímpetu del ataque ya iniciado, Antonio allanó el campamento; cuando la noticia llegó a la principal línea de combate, las legiones de Casio, derrumbadas, se desbandaron. Los soldados romanos tenían mucho miedo de perder sus posesiones: sin duda una preocupación propia de tropas tan bien pagadas por sus comandantes.^[21]

Mientras eso sucedía, se libraba otro choque aparte, más al norte, donde Bruto había lanzado su ataque. Sus legiones salieron en cierto desorden, y varias de estas unidades se habían alejado sin recibir instrucciones; todo ello denota un general sin experiencia con un estado mayor igual de novato al control de un ejército inusitadamente grande y no muy disciplinado (y esto habría sido así aunque, como se ha sugerido a veces, las tropas en cuestión hubieran sido bastante menores de lo que suele sostenerse).

Al final les salió bien, porque los hombres de Octavio, sin la clara autoridad de un comandante, no estaban preparados. Durante muchos días se habían desplegado en orden de batalla sin que nada hubiera sucedido, lo que quizá empeorara las cosas. La línea de Bruto era más larga que la formada por las tropas de Octavio, que enseguida fueron superadas por el flanco, desintegrándose; y tres de sus legiones quedaron rotas por muchos tramos: una de ellas, la Cuarta. Los hombres de Bruto siguieron adelante, invadiendo el campamento de los triunviros y saqueándolo. Octavio no estaba allí: más tarde dijo que su médico, por un sueño que había tenido, le advirtió de que debía abandonar el campamento. Según sus detractores, pasó tres días escondido en una marisma, completamente desconectado de su ejército.^[22]

Cada bando había arrollado al enemigo por un costado. No parece que Bruto hiciera ningún esfuerzo real por mantener la comunicación con Casio, y no supo de su derrota hasta demasiado tarde. Se dice que advirtió que habían alcanzado la tienda

del general en el campamento de su aliado: Antonio, animando a sus hombres, había dirigido en persona la acometida a la barrera y al campamento; pero la consecuencia fue que perdió contacto con una panorámica más general. Es probable que de todos modos le hubiera sido difícil recobrar el control de las descabezadas tropas de Octavio: ambos bandos se limitaron a retirarse a sus posiciones. Puede que las bajas fueran mayores en las tropas de los triunviros, pero los conspiradores sufrieron un golpe muy duro con la caída de Casio: sin saber del triunfo de Bruto y tomando a un grupo de jinetes de caballería de su bando por el enemigo —era miope y confundió el saludo a uno de sus oficiales con un grito de triunfo—, ordenó a un esclavo que lo matara. La casualidad quiso que fuera su cumpleaños.^[23]

Durante casi tres semanas los ejércitos no se movieron, observándose mutuamente con cautela. Bruto pronto anunció a los soldados de Casio una generosa recompensa para conservar su lealtad; se habían quedado aparte en su campamento, y había signos de que a ambos ejércitos les costaba cooperar. Cerca del campamento, un cerro que Casio había tenido permanentemente empalizado fue abandonado por orden de Bruto, quizá sólo por error, y los hombres de Octavio rápidamente lo ocuparon y fortificaron: como no podían ofrecer más batalla, los triunviros, aprovechando ese terreno ganado, volvieron al plan de Antonio de rodear el flanco enemigo.^[24]

El 23 de octubre Bruto se vio obligado a plantar batalla de nuevo porque sus vías de suministro peligraban, y también porque desconfiaba de la lealtad de los soldados; la segunda batalla la libró en ángulo recto respecto a la primera, y ya sin la ventaja de la posición. Irónicamente, los triunviros acababan de enterarse de que un convoy con dos de sus legiones —una de ellas la Martia— había sido capturado y destruido por barcos enemigos. Un desertor llevó la noticia a Bruto, pero no quiso darle crédito; se nos dice que su ánimo era ya muy fatalista. Sus tropas se entregaron a la lucha, pero los hombres de los triunviros avanzaron sin parar; Apiano cuenta que hicieron retroceder a los legionarios de Bruto paso a paso, como si empujaran maquinaria pesada. No hay pruebas de ninguna sutileza táctica digna de mención: sólo fue una batalla dura, de desgaste. Los hombres de Bruto acabaron dispersándose y huyendo; en la retirada logró mantener unidos elementos de cuatro legiones, pero se desanimó pronto y, con ayuda de otros soldados, se suicidó.^[25]

Los triunviros habían logrado una victoria aplastante: Bruto y Casio habían muerto los dos, igual que el hijo de Catón y muchos otros nobles señalados; otros se habían rendido y sólo un puñado de ellos siguió en la lucha, casi todos junto a Sexto Pompeyo. Se cuenta que los prisioneros de Filipos aclamaron a Antonio, pero abuchearon groseramente a Octavio; con toda seguridad, de éste se dijo que había sido más cruel al ajusticiar a varios cautivos. Parte de los prisioneros indultados decidieron unirse a Antonio y lo siguieron lealmente; también le honró haber tratado el cadáver de Bruto con honor: lo envolvió en su propia capa de general, según un relato. El cuerpo fue decapitado e incinerado, y Antonio envió las cenizas a Servilla,

la madre; la cabeza se despachó a Roma por separado —las fuentes discrepan sobre si lo ordenó así Octavio o Antonio—, pero se perdió en el mar.^[26]

Filipos fue la mayor victoria en la carrera de Antonio. Ya entonces nadie ponía en tela de juicio —tampoco después— que su papel fue mucho más decisivo que el de su colega más joven, tanto en las dos batallas como en toda la contienda: fue él quien, amenazando con superar la línea enemiga por el ala, había precipitado el primer combate, y él quien dirigió luego a los suyos hasta el campamento enemigo. Su arrojo era indiscutible, no así el de Octavio. Pero los ejércitos que se habían medido en la campaña eran grandes y torpes, con muchos soldados bisoños mandados por generales y oficiales igual de novatos. Antonio tenía mucha más experiencia militar que Bruto y Casio, y también que Octavio, pero nunca había mandado una fuerza de ese tamaño; fue audaz, como en Judea y Egipto, y como cuando se unió a César en Macedonia en el año 48 a. C. También en Foro Gallorum había sido agresivo, sufriendo una terrible derrota tras una buena actuación inicial. Esta vez había triunfado, pero quizá no habría sido así si la suerte no le hubiera sonreído o si se hubiera enfrentado a rivales más competentes.

Antonio añadió a su establo un hermoso caballo bayo, inusitadamente alto, procedente del botín de la victoria de Filipos. El caballo había pertenecido primeramente a un tal Seius, que fue ejecutado por orden de Antonio en el 44 a. C., cuando era el segundo de César en Italia. Dolabela había comprado el caballo y más tarde lo llevó consigo a Oriente. Cuando al ser derrotado se quitó la vida, el bayo pasó al victorioso Casio. Ahora que también él había muerto, Antonio se convertía en el poseedor de un animal hermoso, aunque bastante infortunado.^[27]

DIONISO Y AFRODITA

La victoria en Filipos trajo nuevos problemas al triunvirato. Decenas de miles de sus soldados se licenciaban; a esos hombres les habían prometido tierras, y la mayoría esperaba poder montar granjas en la península itálica. Las propiedades requisadas a los proscritos y a los seguidores muertos de Bruto y Casio aportaban sólo una pequeña porción de lo que hacía falta: ya era obvio que habría que embargar terrenos a particulares y pueblos para dárselo a los soldados. La supervisión general recayó en Octavio; su salud, que seguía siendo mala —de hecho, estuvo tan enfermo en el viaje de vuelta a Italia que muchos pensaron que iba a morir—, había sido una buena razón para su regreso a Roma. La tarea de tamaño redistribución de tierra no podía por menos que ser difícil, y probablemente muy impopular: la expropiación no iba a sentar bien a nadie, y los veteranos objetarían a cualquier disposición que pareciera quedarse corta.^[1]

Antonio seguramente se alegró al ver que su colega asumía tan polémico cometido, y le gustó quedarse en el Oriente. Varios comandantes que le eran leales se hallaban en Italia y en las provincias occidentales; el más importante, Quinto Fufio Caleno, gobernaba las conquistas de César en la Galia y controlaba once legiones. A Lépido ya lo estaban relegando, pues sospechaban que se había conchabado con Sexto Pompeyo: el tercer triunviro se quedó sólo con el control de la provincia de África, una región que de todos modos no estaba totalmente asegurada. Antonio y Octavio se repartieron las restantes provincias y ejércitos.^[2]

De momento Antonio tenía mucho que hacer. Durante gran parte de la década anterior, las provincias y los estados aliados del Mediterráneo oriental se habían visto inmersos en las luchas internas de Roma. Levas y colectas de dinero, alimentos y otros recursos les habían sido impuestas por una sucesión de líderes romanos: los últimos, los conspiradores. Los jefes y sus poblaciones habían sufrido, muchos de ellos habían perdido poder, algunos habían sido depuestos y unos cuantos habían sucumbido. Unos pocos tuvieron la suerte de evitar las peores rapiñas, e incluso vieron aumentar su poder; prácticamente todos habían prestado ayuda a los conspiradores recientemente.

Era importante reorganizar toda la región, restaurar el orden y la estabilidad. Antonio y los otros triunviros necesitaban dinero también para pagar a sus ejércitos, todavía muy numerosos aún después de desmovilizados los veteranos. Muchos de los

soldados capturados en Filipos se incorporaron inmediatamente a las legiones de los triunviros; era mejor que dejarlos ir y correr el riesgo de que se unieran de buen grado a otros líderes deseosos de subir al poder por las armas. En las once legiones que se formaron tras la batalla de Filipos había muchos prisioneros, aparte de hombres que aún no se licenciaban. Estaba también la cuestión de la guerra pártica, que llevaba aplazándose largo tiempo: aunque una campaña de esa magnitud requería años de preparación, es probable que Antonio ya estuviera pensando en emprenderla. Filipos había apuntalado su reputación militar; pero sólo obtendría verdadera gloria combatiendo a ese poderoso enemigo extranjero cuya humillación a Roma no se había vengado: las águilas de las legiones de Craso seguían siendo trofeos en manos del rey parto.^[3]

Antonio era el claro candidato del triunvirato para el cometido de reorganizar el Oriente. Tenía más edad que Octavio, de sólo veintiún años, y su reputación era mucho mayor; también gozaba de muy buena salud, a diferencia de su colega más joven. Además, ninguno de los otros había vivido tanto tiempo como él en el Oriente helenístico: Antonio había pasado el invierno del 42 al 41 a. C. en Atenas, y conocía bien la ciudad por haber estudiado allí en la década de los años 50 a. C. En Atenas adoptó el atuendo griego, asistió a conferencias y a funciones teatrales y se entregó al ejercicio físico, dejándose ver por los gimnasios. Ya antes numerosos romanos, entre ellos gobernadores y comandantes del ejército en activo, habían abrazado como él la cultura helénica. Bruto, en los meses que pasó en Atenas en el año 44 a. C., se mostró sencillamente como un visitante deseoso de participar en las tradiciones de la ciudad; el resultado es que fue querido allí, como también lo era Antonio. Los atenienses y demás griegos eran muy conscientes de la hegemonía romana: ni siquiera albergaban esperanzas de desafiarla. El hecho de que romanos eminentes manifestaran amor hacia la cultura griega, lo que en cierta medida implicaba admitir su superioridad, les hacía más llevadero aceptar la dura realidad.^[4]

Desde el principio, Antonio recibió a delegaciones que buscaban su favor, su arbitraje en disputas, ser dispensados de sanciones impuestas por los conspiradores o que atendiera otras demandas. En la primavera del año 41 a. C. surcó el mar hasta Asia Menor y viajó por la provincia recabando fondos y ocupándose de quienes acudían a él con peticiones. Además asistía a banquetes y festejos, disfrutando del poder y la opulencia como siempre. Plutarco cuenta que los músicos, bailarines y actores de las provincias corrían a unirse a su séquito; en su desfile de entrada a Éfeso, bailarinas vestidas de bacantes —ardorosas devotas del culto al dios del vino Dioniso o Baco— y muchachos y hombres ataviados como sátiros precedían a Antonio. Allí y en todas partes, el gentío lo aclamaba como al dios; también eso era cultura helénica, aunque en otra de sus facetas, alejada del refinado gusto de los nobles de la Atenas clásica.^[5]

Otros romanos también habían sido aclamados como dioses en las provincias orientales: los últimos, Pompeyo y César. Los rodianos así lo hicieron con Casio

llamándole «señor y rey», a lo que él había contestado sin rodeos que no era ni lo uno ni lo otro, sino exterminador de ambas cosas: las muestras de fervor no le impidieron saquear la ciudad conquistada. A Antonio no le hizo falta recurrir a la fuerza, pero sus requerimientos a los ciudadanos de las provincias fueron cuantiosos. En total, exigió pagos equivalentes a nueve años de los tributos en vigor, pero cobrados en sólo dos; parte del dinero lo gastó en fastuosos regalos a prosélitos de dudosa reputación: a un cocinero que le había preparado un banquete le gratificó con una casa confiscada a un noble. Cuando Antonio exigió un segundo tributo de la provincia antes de acabar el año, el orador Hibeas consiguió disuadirlo preguntando si el general romano también podría organizar una segunda cosecha. Hibeas señaló seguidamente que Antonio ya había recaudado allí doscientos mil talentos y había de darse cuenta de que ya no les quedaba nada; y que si no le había llegado el dinero, a quien tenía que dirigirse era a sus funcionarios, y no a los pobres ciudadanos de las provincias.^[6]

A Antonio le gustaban los mensajes directos, y más si iban sazonados con un toque de humor; muchos creían que era fácil manipularle fingiendo franqueza. Pero había más formas de influir en él: a Antonio le gustaban las mujeres, y por entonces se decía que muchos soberanos orientales enviaban a sus esposas a persuadir al romano. El trono de Capadocia tenía dos aspirantes, y Antonio se fijó en la madre de uno de ellos, Glafira, que había sido amante del rey de Comana, Arquelao, hasta que fue llamado a Egipto para desposar a Berenice IV; aunque ilegítimo, el hijo de Glafira era hijo de Arquelao y, por tanto, de sangre real. Al menos durante un tiempo, se creyó que Glafira era amante de Antonio; un fragmento de una estrofa escrita por Octavio decía así: «Antonio se tira a Glafira, y Fulvia, para vengarse, me quiere agarrar a mí». De momento, Glafira no resultó tan persuasiva y el gobierno de Capadocia recayó en el otro aspirante.^[7]

Cuando una disyuntiva le era más o menos indiferente, Antonio por lo general favorecía a los grupos que habían padecido por oponerse a Bruto y Casio y castigaba a sus fieles seguidores: liberó a los habitantes de las ciudades judías esclavizados por Casio y les devolvió sus propiedades; Rodas ganó algo de territorio y por el momento quedó exenta de tributos, como sucedió con Licia, donde Bruto había tomado Janto por asalto y había recaudado dinero por la fuerza en otras ciudades.

Al parecer, Antonio depuso al tirano de Tiro por su entusiasmo por Casio y por usarlo de pretexto para ocupar territorios judíos. Cuando escribió a la ciudad, dirigió su carta a «los magistrados, al concejo y al pueblo» subrayando que los «adversarios» a los que acababa de derrotar nunca recibieron órdenes del «Senado, sino las habían tomado por la fuerza». Por mandato suyo, Tiro devolvió al gobierno de Hircano todos los territorios ocupados en Judea. En una carta a Hircano, Antonio calificó la tiranía de Bruto y Casio de ofensa a los dioses, y afirmó querer «que también nuestros aliados participen en el favor que Dios nos ha procurado; y así, gracias a nuestra victoria, el cuerpo de Asia ahora se recupera, como si dijéramos, de una enfermedad grave».^[8]

El triunvirato necesitaba dinero, y a algunas poblaciones la administración de Antonio les pareció tan opresiva y exigente como la de Bruto y Casio. Tal vez algunas pensaban que salían peor paradas, viendo pocos signos de recuperación; pero se sabe de jefes a los que, aunque habían ayudado a los conspiradores, los ratificó en el poder. A Antípatro, segundo al mando y comandante militar de Hircano, lo habían asesinado para entonces, y el poder había pasado a sus hijos Herodes y Fasael; el primero había mostrado especial predisposición a satisfacer las exigencias de dinero de Casio. Pese a esto, Antonio los reafirmó en el poder, sin duda pensando que mantendrían a salvo a Hircano, que era en general partidario de los romanos.^[9]

Antonio continuó su recorrido por las provincias. Fuentes que le son hostiles caracterizan todo este periodo como una época de complacencia y lasitud que propició que seguidores suyos faltos de escrúpulos abusaran de sus cargos, tomaran decisiones arbitrariamente y exprimieran a los ciudadanos de las provincias. Sin embargo, las decisiones tomadas por Antonio que se conocen bien parecen razonables y, sin duda, muy propias de la administración provincial romana de la época. Los triunviros necesitaban dinero desesperadamente, pero como esa necesidad iba a seguir presente, era fundamental restaurar la estabilidad a largo plazo en el imperio. Antonio y sus colegas debían crear una situación en la que provincias y aliados les proveyeran de ingresos sustanciales y estables año tras año.

TARSO

En el año 41 Antonio mandó llamar a Cleopatra para que se reuniera con él en Cilicia, en la ciudad de Tarso —futura cuna de San Pablo, que la describió como «una digna ciudad»—. No se sabe si ella le había mandado mensajeros mientras él hacía sus viajes, pero bien pudo ser: como todos los demás soberanos de la región, necesitaba que los triunviros la reafirmaran en el poder y ratificaran el reconocimiento que Roma había dado a su gobierno conjunto con Cesarión. Su reino era el mayor proveedor de grano y dinero de todo el Mediterráneo oriental, y por ello es evidente que asegurarse el manejo de esos recursos era una de las preocupaciones primordiales de Antonio, tanto en el presente como para la posterior guerra contra Partia.^[10]

El proceder de Cleopatra durante la lucha con los conspiradores había planteado dudas: Serapión les había ayudado activamente en Chipre, y la propia reina había prometido mucho a Casio, aunque no hubiera cumplido nada; por otro lado, su intento de unirse a los triunviros con una flota había fracasado. Vale la pena recordar que existía una alternativa a Cleopatra: Antonio había hecho una larga visita a Éfeso, y durante su estancia allí es muy posible que confirmara los derechos del gran templo

de Artemisa; es inconcebible que no tuviera algún contacto con Arsínoe, o al menos con sus valedores. Antonio había refrendado el derecho de Cleopatra al trono en el año 44 a. C., pero no había garantías de que no fuera a cambiar de opinión: tal vez ahora pensara que reemplazarla por su hermana menor le permitiría explotar con más eficiencia los recursos de Egipto y Chipre.^[11]

Antonio envió a Quinto Delio a Alejandría para convocar a la reina. Delio ya se había pasado antes del bando de Dolabela al de Casio, y luego del de Casio al de Antonio; y en años posteriores escribió una picante historia del periodo que, aunque no nos ha llegado, muy posiblemente influyó en el relato de Plutarco. En ella decía haber comprendido en el acto que Antonio se dejaría llevar por una mujer como Cleopatra; previendo que eso iba a suceder y ella se ganaría su favor, Delio decidió que ayudar a la reina le reportaría ventajas, y, hablándole de lo fácil que le sería convencer a Antonio de hacer lo que ella quisiera, la animó a deslumbrarlo.^[12]

Cleopatra no apresuró su viaje a Tarso: recibió una serie de cartas exigiéndole que se diera prisa, pero hizo caso omiso de todas, decidida a aparecer en el momento escogido por ella y con la mayor espectacularidad; a diferencia de su encuentro con César, no había necesidad de llegar a escondidas. Aprovechando la larga tradición de su familia en la construcción de lujosas naves de recreo, se traspasó al barco expresamente preparado para la etapa final de su travesía por el río Cidno hasta Tarso: las velas eran de un suntuoso color púrpura, la proa dorada y los remeros manejaban remos con la punta de plata al ritmo de una música de flautas, oboes y liras. Su padre, no cabe duda, se habría enorgullecido del número. Toda la embarcación emanaba lujo, y los delicados efluvios del incienso quemado en generosas cantidades flotaban por el aire de las márgenes del río.

A Cleopatra, «reclinada bajo un dosel bordado en oro, ornada como un cuadro de Afrodita, jóvenes esclavos la flanqueaban refrescándola con sus abanicos, todos ellos a imagen de Eros; también sus esclavas más bellas, vestidas de nereidas y gracias, iban apostadas en timones y amarras».^[13]

Afrodita era una de esas diosas que se habían subsumido en el culto helenizado de Isis, y Cleopatra era la Nueva Isis. Sin embargo, probablemente es un error verla vinculada rígidamente a esta asociación: la descripción de Plutarco no sugiere que una visión especialmente egipcia —ni siquiera una idealización griega de lo egipcio— condimentara ese espectáculo, que era por encima de todo una exhibición de elegancia y riqueza. Algunos creen que lo montó todo expresamente para amoldarse a los gustos de Antonio: un historiador lo tildó de «vulgar cebo para pescar a un hombre vulgar»?^[14]

Enseguida surtió el efecto buscado por Cleopatra: Plutarco nos cuenta que rápidamente se formó una multitud para contemplar la marcha de la barcaza real por el río. Antonio, se nos dice, se hallaba ante una gran congregación en la propia Tarso, atendiendo peticiones, y cuando corrió el rumor de que la diosa Afrodita estaba en camino, la gente se acercó a contemplar el prodigioso espectáculo; Antonio y los

suyos acabaron quedándose solos. Se alzó el clamor de que Afrodita acudía a un banquete con Dioniso para bien de toda Asia; daba lo mismo que para algunos aludiera a Afrodita o Isis y a Dioniso u Osiris, mientras que para otros lo importante fueran otros aspectos de las deidades: el despliegue desató un auténtico frenesí, muy acorde con las tradiciones de las monarquías helenísticas e incorporando elementos con raíces incluso más antiguas.

Antonio envió a Cleopatra una invitación a cenar con él; declinando, ella le propuso que fuera él su invitado. Aquel banquete se celebró a la esplendorosa luz de racimos de lámparas colocados con esmero. La ostentación del lujo, la opulencia y el espectáculo de la corte ptolemaica causó verdadera sensación. A la noche siguiente, Antonio recibió a la reina en otro banquete, pero pese a todos sus esfuerzos, su casa no pudo igualar el despliegue real; el triunviro, señor del Mediterráneo oriental, reaccionó con un sentido del humor despectivo.^[15]

Cleopatra era sagaz e ingeniosa, y se dice que rebajó el tono de su humor para adaptarlo a los gustos de Antonio. Rondaba ya los veintiocho años —«la edad en que la belleza de las mujeres es más deslumbrante y el poder de su intelecto alcanza su cima», según Plutarco—, y poseía gran sofisticación y seguridad en sí misma; su carisma era aún mayor que cuando conoció a César. No es de extrañar que a Antonio le pareciera atractiva e interesante. Ella necesitaba ganarse al hombre en cuyas manos estaba refrendarla o deponerla, por lo que no es descabellado creer que ella se propuso seducirlo con toda deliberación, y él quiso hacerla su amante desde el primer momento. Al igual que en su primer encuentro con César, tanto la reina como el triunviro eran muy conscientes de cuán entremezclados estaban el deseo y el provecho político, y cada cual esperaba seducir al otro y sacar algo del encuentro: era emocionante. Cleopatra sólo se había entregado antes a otro hombre, el más poderoso del mundo romano en su día; y para Antonio, el que la reina pudiera estar disponible para él era una demostración de su propia importancia. Tenía cuarenta y pocos años, más próximo a ella en edad que el primer amante; fuerte, rudo y guapo, tenía experiencia y gran confianza en sí mismo. Su poder lo hacía deseable como amante y a la vez conveniente.^[16]

Los atractivos físicos y emocionales de ambos eran fuertes. Además, Cleopatra había exhibido la abundancia de su reino. Incluso después de años de malas cosechas, Egipto aún podía permitirse la opulencia: era una clara promesa de la riqueza que la reina podría movilizar al servicio de Antonio; contaba además con la ventaja de Cesarión, aunque no está claro que se llevara al chico a Tarso. La tradición y la experiencia decían que era difícil, probablemente imposible, que una reina ptolemaica gobernara en solitario, y el gobierno conjunto con Cesarión confería a su régimen la promesa de la estabilidad.

No se sabe nada del aspecto de Arsínoe ni si igualaba o no a su hermana mayor en encanto y elegancia; para Cleopatra era una rival en potencia, pero para Casio, y para Antonio ahora, probablemente fue más útil como instrumento para controlar a la

reina. Cleopatra ya estaba consolidada y se había mantenido al frente de su reino con notable destreza desde la muerte de César; tenía un heredero y corregente sobre el que tendría pleno control durante al menos otra década. Arsínoe no podía igualarla en eso, y derrocar a Cleopatra para alzar al trono a la hermana más joven, que no estaba casada ni tenía hijos, habría supuesto un riesgo considerable. Anexionarse Egipto y reclamar Chipre como provincia romana no encerraba mucho atractivo: la carga de su administración directa habría sido muy pesada entonces, cuando había que reorganizar todo el Oriente tras la agitación de las guerras civiles; era mucho mejor dejar que la reina ya asentada organizara los suministros que el triunvirato necesitaba.

Poco después de llegar Cleopatra a Tarso, ella y Antonio se hicieron amantes, y al cabo de un año ella alumbró gemelos: un niño y una niña. La posición de la reina en el poder fue ratificada, con Cesarión como rey y corregente. Por orden de Antonio, a Arsínoe la sacaron del santuario de Artemisa, cuyos derechos él había refrendado no mucho antes, y la ejecutaron. No hay pruebas que la puedan vincular con una tumba en Éfeso de rara forma octogonal; en realidad, no hay ninguna razón específica para asociar esa estructura con los Ptolomeos ni con ninguna otra casa real. Otra víctima del triunfo de Cleopatra fue un joven que decía ser Ptolomeo XIII, su hermano muerto: aunque de menor entidad, era una amenaza y fue ejecutado en la ciudad fenicia de Arados.^[17]

ALEJANDRÍA

Antonio pasó el invierno del año 41 al 40 a. C. con Cleopatra en su capital. Alejandría era una ciudad importante, y aunque la elección podía justificarse por razones prácticas, está claro que el factor clave para elegirla era poder pasar meses con su amante. El trabajo sin duda continuaba, y delegaciones de reyes y de ciudades llegaban hasta Egipto buscando audiencia con el triunviro. Igual que durante el invierno anterior en Atenas, Antonio vestía diversidad de prendas griegas y también asistía a conferencias filosóficas, a espectáculos de teatro y danza, además de dedicar tiempo al gimnasio y otros deportes. Antonio y Cleopatra salían a grandes expediciones de caza; caballos y cacerías eran la obsesión de la nobleza griega, y más concretamente de la macedonia. Es muy probable que Cleopatra fuera una consumada amazona: según una de nuestras fuentes, una de sus antepasadas colaboró en el mando de un ejército a lomos de su caballo.^[18]

Otra actividad era la pesca; deseoso de asegurarse el éxito de sus esfuerzos, Antonio mandó a esclavos bajo el agua para que engancharan peces al anzuelo en el extremo de su sedal. Plutarco nos dice que Cleopatra enseguida se dio cuenta, y al día siguiente mandó sumergirse a su propia gente para trabar un pez en salazón del

mar Negro. Cuando Antonio tiró del sedal y subió a la embarcación un trofeo que llevaba muerto tanto tiempo, hubo grandes carcajadas; su amante le sugirió que lo dejara, ya que, como gran conquistador, debía dedicarse a pescar ciudades, países y continentes enteros.^[19]

Cleopatra halagaba a Antonio y lo observaba admirada cuando él se ejercitaba, o se limitaba a ser para él una animada compañía cuando bebía o jugaba a los dados, particular pasión de muchos romanos, como Octavio. Comer y beber tenían especial aliciente, siguiendo las tradiciones de la corte ptolemaica. Con su círculo más íntimo, tanto de romanos como de alejandrinos, la pareja formó el club de «Los vividores inimitables»; años después, uno de los cortesanos que participaron en esas veladas hizo instalar una inscripción en la que se llamaba a sí mismo «el Parásito», calificando a Antonio de dios y también de «inimitable en el [...]».^[20]

Todo se hacía a una escala desmesurada. El abuelo de Plutarco solía referirle la anécdota de un amigo que, estudiando medicina en Alejandría por aquellas fechas, había trabado amistad con uno de los cocineros reales. Atónito por la ingente cantidad de comida preparada para una sola noche, le sorprendió enterarse de que había muy pocos comensales; los platos se cocinaban por múltiples de forma que hubiera de todo dispuesto en cualquier momento para poder servir a Antonio el que siguiera en cuanto se le antojara. Seguramente el servicio se alegraría de poder llevarse la comida que sobraba: por aquellos años Egipto había sufrido malas cosechas y brotes de hambruna; pero la opulencia de la que tanto alardeaba la corte ptolemaica nunca flojeó.^[21]

El derroche, intencionado, se resaltaba; no sólo con la comida misma, sino también con la decoración palaciega, e incluso con la vajilla: para el primer banquete en Tarso, Cleopatra había sacado una vajilla de oro adornada con piedras preciosas y había hecho cubrir la sala de ricos tapices. Todo se regalaba luego a los invitados, y a Antonio iban a parar los mayores caprichos. La velada siguiente fue aun más suntuosa y cara, y de nuevo hubo regalos; iluminando el camino con antorchas, las esclavas etíopes de Cleopatra acompañaron a sus casas a invitados que portaban los obsequios recibidos. En otra ocasión nubes de pétalos de rosa descendieron aleteando sobre todos los presentes. Se aplaudía el lujo y el exceso, y sin duda los alardes en la corte de la reina en Alejandría eran aún más exagerados; quizá fue entonces cuando Antonio se hizo con un juego de orinales de oro.^[22]

A veces el grupo recorría las calles de Alejandría de noche, con Antonio y Cleopatra —y es de suponer, también sus acompañantes— ocultos tras sencillas ropas de esclavos. Antonio armaba mucho jaleo y se burlaba de los viandantes con los que se cruzaban, e incluso se asomaba a las casas, al parecer bajo la mirada de su amante. Sus disfraces no engañaban a nadie; pero muchos alejandrinos se unían al juego y respondían con insultos a las burlas. Algunos hasta se peleaban con Antonio, y parece que más de una vez volvió de esas aventuras lleno de cardenales; había una larga tradición de nobles que se portaban así, y muchos alejandrinos condescendían por

complacer a su reina y a sus huéspedes romanos. De Antonio se decía que sólo dejaba ver a sus compatriotas el semblante serio de un actor trágico, pero que a ellos les mostraba la máscara de un actor cómico.^[23]

Durante los meses de invierno los alejandrinos les siguieron el juego, y se nos cuenta que la pareja gozó de la simpatía del pueblo. Antonio siguió trabajando, aunque sus placeres estén más presentes y reciban más atención en nuestras fuentes. Disfrutó de su aventura con Cleopatra igual que había disfrutado de otras aventuras en momentos anteriores de su vida; ésta era especial por ser ella reina en una corte fastuosa. El sabor de esos meses fue muy helénico, lo que también atraía a Antonio; pero en la primavera del año 40 a. C. marchó a Italia para atender una crisis acuciante. Pronto hubo más problemas con la invasión de Siria por los partos, que atacaron adentrándose en las provincias romanas.

Antonio y Cleopatra no volvieron a verse en tres años y medio; es muy posible que su amor fuera auténtico por una o ambas partes, pero a esas alturas la urgencia de estar siempre juntos no les abrumaba. El gobierno de Cleopatra y Cesarión se había ratificado y Antonio se había procurado los recursos del reino: de momento, las ambiciones políticas de ambos estaban colmadas.

CRISIS

Para gran sorpresa de todo el mundo, a finales del año 42 a. C. Octavio se había recuperado de su enfermedad. De vuelta en Italia, se lanzó al grandioso programa de reasentamiento que era necesario a fin de satisfacer a los soldados veteranos que se licenciaban; como poco, había decenas de miles de ellos, aunque por esas fechas la mayoría de las legiones estaban muy mermadas. En la lista inicial de tierras que iban a confiscarse había dieciocho ciudades, pero no bastó con ellas, y al final casi cuarenta poblaciones se vieron afectadas en mayor o menor grado. Casi todos los senadores, y tal vez también los habitantes locales más acaudalados, tenían la influencia suficiente para que no se tocaran sus propiedades en esas regiones: la carga recayó sobre todo en la población de ingresos medios sin amigos poderosos. Por una curiosa coincidencia, tres de los poetas más grandes de la época, Virgilio, Horacio y Propertio, vieron pasar a manos de los soldados retirados las tierras confiscadas de sus familias. A todas luces, fue un episodio traumático para muchos habitantes de Italia. A ello contribuyó la conducta de los veteranos y de los comisionados que les asignaban la tierra, a quienes se acusó de apropiarse de más de lo que les correspondía y, en general, de intimidar a sus nuevos vecinos. Los veteranos, por su parte, agraviados por la lentitud del proceso, enseguida protestaban ante cualquier intento de darles menos de lo que se les había prometido.^[1]

Lucio, el hermano de Antonio que aún vivía, fue cónsul en el año 41 a. C. con Publio Servilio Vatia Isaúrico, que ostentaba el cargo por segunda vez, ya que en el 48 a. C. había sido colega de César. Había resentimiento entre los muchos desposeídos, y un descontento más generalizado por el aumento del poder de Sexto Pompeyo, que tras invadir Sicilia, dominaba las rutas marítimas e impedía llegar a Italia gran parte del suministro de grano. Roma se abastecía de alimentos importados—Sicilia era uno de los mayores proveedores—, y la culpa de la escasez se achacó al triunvirato. Octavio estaba a cargo del reasentamiento y además estaba allí, en Italia; el resentimiento recayó en él, pues Antonio estaba lejos, en Oriente, y todo el mundo sabía ya que Lépido era el que menos contaba de los tres.

Lucio Antonio intuyó una ocasión para sacar algo del intenso descontento. Era un senador romano, determinado a llegar a la cumbre y cubrirse de gloria, prestigio, poder y riqueza; es un error ver en él a un mero agente de Antonio. Su hermano tal vez le apoyó en general, pero no ordenó sus actos de aquel año: de hecho, la lentitud

de las comunicaciones lo habría impedido. Al principio Fulvia se mostró remisa, pero acabó animando a su cuñado y envió a sus hijos a Lucio para que se presentaran ante los veteranos de Antonio a recabar su apoyo; pero era difícil que los soldados simpatizaran con los desposeídos en el proceso de reasentamiento. Sin duda Fulvia creía estar actuando para bien de Antonio al volverse contra Octavio. Los versos de este último sugieren que estaba celosa de Glafira, y hay quien afirma que también esperaba recuperar a su marido apartándolo de Cleopatra: como sucedió tan a menudo en estos años, había mucha carga de emoción personal mezclada con la ambición política.

El resultado fue un confuso periodo de agitación y guerra civil en el que, en muchos casos, las alianzas no estaban muy claras. Lucio ocupó Roma, pero no pudo retenerla; reunió un ejército y acabó sitiado por Octavio en la ciudad de Perugia (la actual Perugia). Se conservan proyectiles de plomo de las hondas de aquel asedio; las inscripciones grabadas en algunos sólo proclamaban su adhesión a uno de los líderes, pero otros llevaban eslóganes burlándose de la calvicie de Lucio o haciendo blanco de los órganos sexuales de Fulvia. Asinio Polión, Planco y Ventidio Baso estaban todos en Italia con sus legiones, y se consideraba que eran hombres de Antonio, al mandar legiones leales a él; pero los tres generales discrepaban sobre qué debía hacerse y porfiaban. Todos adoptaron poses manifestando su apoyo, pero en realidad no llegaron a prestar ayuda; está claro que no tenían órdenes, y eso, sumado a su propia percepción de lo que más convenía a sus ambiciones personales, explica que no intervinieran. Sin ayuda, Lucio se rindió a comienzos del año 40 a. C.^[2]

El cónsul salvó la vida, y también sus soldados, pero puede ser que hubiera algunas ejecuciones, y Perugia fue saqueada e incendiada. Lucio fue despachado enseguida a gobernar España y Fulvia huyó de Italia en busca de su marido. La madre de Antonio, Julia, también decidió dejar Roma; pero, escogiendo una ruta indirecta para llegar hasta su hijo, primero acudió a Sexto Pompeyo. Éste le dio la bienvenida y a continuación la envió a Antonio acompañada de una escolta y con una oferta de alianza contra Octavio: Perugia parecía perfilarse como la primera campaña de una nueva guerra civil, azuzando a un triunviro contra otro.

Octavio también intentaba reconciliarse con Sexto. Se había divorciado de la hija de Fulvia alegando que el matrimonio nunca se había consumado: de ser verdad, eso indicaría que había tenido reservas respecto a la alianza desde el principio; aunque tal vez sólo fuera que ella era excepcionalmente joven, incluso para los baremos de las novias romanas. En su lugar, Octavio desposó a Escribonia, hermana del suegro de Sexto, uno de sus principales partidarios; pero no parece en absoluto que por ello el hijo de Pompeyo mirara con mejores ojos al joven César.^[3]

UN NUEVO ACUERDO

Ninguna de nuestras fuentes acusa a Antonio de provocar el conflicto (conocido como la guerra de Perugia): como mucho, afirman que no pudo refrenar a Fulvia ni a Lucio; en parte, sin duda, para resaltar que era incapaz de controlar a su propia esposa. Lo más realista es pensar que estaba demasiado lejos para desempeñar un papel directo en la inestable situación de Italia. Antonio, también hay que decirlo, pese a la ambición que lo llevaba a buscar el poder y regodearse en él, casi nunca inició deliberadamente un enfrentamiento en ninguna etapa de su vida. Después de los Idus de marzo, su reacción al asesinato fue volverse gradualmente contra los conspiradores, pero ni siquiera entonces provocó un conflicto abierto con ellos. De principio a fin, pareció conforme con su permanencia en la vida pública, siempre y cuando no chocara con su ambición de poder, clientela y riqueza. En los meses que siguieron, cuando Cicerón y otros aumentaron la presión sobre él, Antonio respondió también con enojo; pero no estaba del todo preparado para la guerra cuando llegó, en parte porque subestimó a sus contrincantes, tanto a los senadores como al joven César, que es algo que también refleja su carácter. Hay pocos signos de que se planteara una estrategia a largo plazo en ninguna fase de su vida, más allá del deseo general de llegar a la cima. Lucio tuvo un papel protagonista, pero sopesándolo bien, las fuentes parecen atinadas al señalar a Fulvia como la principal fuerza que impulsó la oposición a Octavio.

Antonio no había buscado la confrontación con Octavio, aunque no cabe duda de que le habría sacado partido gustosamente a la nueva situación si su esposa y su hermano hubieran vencido; pero no por ello podía fingir que el conflicto no había sucedido: dejó Alejandría y fue a Siria, y a pesar de un ataque invasor de los partos, se apresuró a salir hacia Atenas, donde se reunió con Julia y con Fulvia. Agradeció a los enviados de Sexto Pompeyo que le hubieran llevado a su madre, pero envió a su señor una prudente respuesta: si estallaba la guerra con Octavio, él consideraría a Sexto un aliado; si no estallaba, el acuerdo de la formación del triunvirato seguía en pie, y por tanto, lo más que podría hacer sería animar a sus colegas a negociar con Sexto.^[4]

Al parecer, recibió a Fulvia con frialdad, lo que le facilitaba desembarazarse de toda responsabilidad por la guerra de Perugia; puede que ella ya estuviera enferma, y según se decía, estaba afligida: murió ese mismo año, después de que Antonio hubiera dejado Atenas. Lucio Antonio también sucumbió a la enfermedad al poco de asumir su cargo de procónsul en España; no hay indicios de maquinación en ninguno de los dos casos. Por muchos motivos, a Antonio le perjudicó más la muerte de Caleno, el gobernador de la Galia, en el verano del año 40 a. C.: Octavio se personó en la provincia y ocupó el poder sin una sola batalla, asumiendo el mando de las once legiones que allí había. El equilibrio de poder estaba cambiando y el desenlace de la inminente guerra civil era muy imprevisible.^[5]

Antonio volvió a Italia. No fue solo, sino al frente de una flota de doscientos barcos de guerra; había pocos barcos de transporte, si es que había alguno, y sólo contaba con un pequeño ejército. Por el camino se le unieron más naves y soldados al mando de Cneo Domicio Ahenobarbo, el líder republicano más importante de los que habían continuado la lucha después de Filipos. Asinio Polión ya había negociado la reconciliación, por lo que Antonio no se inquietó cuando esa otra flota se aproximó y le saludó debidamente como general. La fuerza añadida era bienvenida y Ahenobarbo tenía el prestigio de su distinguida familia; pero estos nuevos aliados demostraron ser un lastre al llegar la flota aliada a Bríndisi. Ahenobarbo había atacado aquel puerto en repetidas ocasiones, y la guarnición se negó a dejar entrar a su antiguo enemigo, dando a Antonio el mismo trato.^[6]

Enojado, el triunviro respondió desembarcando en las proximidades y sitiando la ciudad: una nueva guerra civil parecía dar comienzo. Octavio reunió a sus fuerzas y se dirigió al sur, estableciendo también un bloqueo en torno a las fuerzas de Antonio; se produjeron diversas escaramuzas. Antonio llevó a quinientos soldados de caballería a un ataque y, cogiendo por sorpresa al triple de jinetes enemigos, los arrolló. Octavio organizó levadas en los reasentamientos de veteranos, pero cuando estos supieron que iban a luchar contra Antonio, la mayoría se dieron la vuelta y volvieron a sus casas: no era tanto señal de gran simpatía a Antonio —ni siquiera miedo—, como que simplemente no veían motivos para una guerra civil; ese sentir prevalecía entre los antiguos oficiales y soldados cesarianos en ambos lados, que confraternizaron y enseguida se sintieron lo bastante seguros como para comunicar su parecer a sus comandantes.

Sus ejércitos no querían una guerra, y es improbable que tampoco Antonio y Octavio la desearan demasiado, pues ninguno de los dos tenía mucho que ganar: aún quedaba bastante por hacer antes de que cualquiera de ellos pudiera sentirse capaz de controlar el imperio por el momento. Si Antonio destruía a Octavio, no tenía garantizado que Sexto Pompeyo, o el líder que impusiera su dominio en las provincias de Occidente, fuera a ser otra cosa que una amenaza en el futuro. Ninguno de los dos bandos estaba plenamente preparado para la guerra, lo que hacía el desenlace aún más incierto: luchar habría sido una apuesta peligrosa tanto para Antonio como para Octavio, y ambos sólo veían aceptable la perspectiva de la guerra, en todo caso, por el temor a que el otro se empeñara en ella. La mutua sospecha y el miedo ya habían propiciado más de una guerra civil anteriormente; esta vez, la reticencia de los ejércitos rivales obligó a sus líderes a contenerse: no llegó a haber verdadero combate, y eso propició que Antonio y Octavio negociaran.

Las conversaciones las encabezaron Asinio Polión en nombre de Antonio y Cayo Mecenás, un joven équite, de Octavio, junto al oficial Lucio Cocceyo Nerva, que gozaba de la confianza de las tropas, como mediador neutral. Lépidus no estaba representado, lo que refleja que su importancia seguía disminuyendo. Mecenás fue uno de los primeros seguidores de Octavio y un amigo muy cercano, y con los años

demostró gran habilidad política; posteriormente, fue patrón de poetas como Virgilio y Horacio. En septiembre del año 40 a. C. los tres representantes habían elaborado lo que se conoce como el Tratado de Bríndisi.

Antonio y Octavio se repartieron el imperio entre ellos, dejando a Lépido sólo África. Octavio mantuvo la Galia, con lo que ahora controlaba en la práctica todas las provincias occidentales, mientras que Antonio conservó el Oriente. La frontera entre los dos se fijó en Escodra, en Iliria. Al parecer, a Antonio se le confió oficialmente la guerra contra Partia, mientras que Octavio tendría que recuperar Sicilia y las demás islas ocupadas por Sexto Pompeyo, salvo que éste se mostrara dispuesto a negociar la paz: fue la única concesión a Sexto, que claramente se sintió engañado. A Ahenobarbo le fue mejor, pues fue indultado: lo habían condenado junto a los asesinos de César, aunque no parece que en realidad formara parte de la conspiración. Se indultó a algún otro, y Antonio y Octavio ejecutaron a dos de los seguidores más prominentes de los conspiradores: uno cada uno. Antonio hizo matar a Manio, un agente suyo un tanto enigmático, por haber alentado la rebelión de Lucio y Fulvia. Al parecer, también informó a Octavio de que uno de sus generales le había ofrecido pasarse a su lado; lo convocaron con un pretexto y después de matarlo, los triunviros hicieron aprobar al Senado un decreto extraordinario para dar un barniz de legalidad a la muerte.^[7]

Se proclamó la «Concordia», celebrada enseguida por toda Italia. Fuera cual fuera la actitud hacia el triunvirato, el temor a una nueva guerra civil era grande; el alivio fue genuino. Como tantas veces, una alianza matrimonial apuntaló un acuerdo político. Fulvia había muerto, y se dice que Antonio se sintió culpable por su frialdad para con ella en Atenas; pero fue una muerte muy conveniente a todos los efectos. La hermana mayor de Octavio acababa de enviudar; su marido Marcelo, el cónsul del año 50 a. C., murió teniendo Octavia unos treinta años. La ley romana dictaba un plazo de diez meses desde la muerte de un marido para desposar a otro, pues eso dejaba clara la paternidad de cualquier retoño. Antonio y Octavio hicieron que el Senado aprobara un decreto especial eximiendo a Octavia de ese plazo, y la boda se celebró casi de inmediato.

Tanto Antonio como Octavio acuñaron monedas con la efigie del otro. Antonio también emitió una serie con Octavia al dorso, lo que la convirtió en la primera mujer romana que aparecía en una moneda. Otra de las monedas de Octavio mostraba unas manos enlazadas: otro símbolo de la nueva concordia. El poeta Virgilio escribió sobre una nueva era dorada anunciada por el deseado nacimiento de un niño: claramente, hijo de Antonio y Octavia. En realidad, ella le dio la primera de dos hijas, pero para entonces los ánimos ya eran menos optimistas.^[8]

Antonio y Octavio celebraron sendas ovaciones cuando fueron a Roma más tarde ese mismo año. La ovación era una ceremonia de menor entidad que el triunfo, pero aún así imponente; aunque no estaba muy claro qué victorias se conmemoraban. Como había ocurrido con los honores otorgados a César, las ovaciones distinguieron

a los triunviros con una grandeza superior a la de cualquier otro magistrado. Puede que las multitudes jalearan los desfiles; pero recibieron mucho peor el anuncio de nuevos impuestos extraordinarios. Para colmo, Sexto Pompeyo se negó a quedar relegado y bloqueó las principales vías marítimas a Italia: la comida escaseaba y los precios eran elevados. El pueblo no culpaba a Sexto, sino a los triunviros, por no llegar a un arreglo con él. A Octavio lo amenazó una turba en una ocasión en que apareció por el Foro con muy poca escolta; le lanzaron objetos contundentes y resultó herido.

Antonio llevó una pequeña fuerza de soldados por la Vía Sacra en auxilio de su colega. Como lo consideraban más partidario de la paz con Sexto, no le tiraron piedras, pero un resuelto grupo le bloqueó el paso. Cuando intentó seguir, empezaron a lanzarle todo tipo de objetos. Volvió atrás para reunir más soldados y atacó el Foro desde dos direcciones; él y sus hombres se abrieron camino hasta Octavio y su gente y consiguieron sacarlos de allí. Los cadáveres se tiraron al río para ocultar el número de muertes; al final la muchedumbre se dispersó, pero era obvio que los triunviros sólo habían logrado controlar el rencor por la fuerza pura y dura.^[9]

Había quedado claro que tenían que negociar con Sexto, pues, al no disponer de la fuerza naval necesaria para vencerle, llegar a un acuerdo era la única opción. Los acercamientos se hicieron a través de familiares, entre ellos la madre de Sexto. Hubo conversaciones preliminares en la primavera del año 39 a. C. en las afueras de Baiae, ciudad de recreo estival, y allí fue donde el hijo de Pompeyo conoció al hijo de César y a su aliado Antonio. Los bandos rivales se colocaron en plataformas especiales instaladas al efecto en la playa a una distancia que les permitía oírse, pero que ofrecía seguridad ante un ataque repentino; aquello no bastó para vencer las sospechas mutuas, y las conversaciones fracasaron. Al final se celebró un segundo encuentro a finales del verano en las afueras de Miseno, donde se alcanzó un compromiso.

A Sexto Pompeyo le quedaba poco para cumplir los treinta años, sin que nunca se hubiera inscrito en el Senado, ni siquiera antes de que lo proscribieran en el 43 a. C. junto con los conspiradores y otros enemigos del triunvirato. Ahora fue nombrado gobernador de las islas que, de todos modos, ya controlaba —Sicilia, Cerdeña y Córcega—, y también del Peloponeso en Grecia, antes fuera de su control. Sexto se unió a Antonio en el colegio de augures, y fue candidato a cónsul en el año 33 a. C. (aún era demasiado joven para el cargo, pero incumplir esas antiguas leyes ya no daba mucho que hablar). A cambio, accedió a poner fin a su bloqueo naval. Dicho sea en su honor, también insistió en restaurar los derechos de los proscritos y otros exiliados, permitiéndoles regresar y recuperar al menos la cuarta parte de sus propiedades; sólo se excluyó de ese indulto a los pocos conspiradores que sobrevivían. Se puso fin a las proscripciones, y los esclavos huidos que habían servido en su flota obtuvieron la libertad.

Por un tiempo, la Paz de Miseno detuvo las guerras civiles que habían dividido a la República romana desde el año 44 a. C.: en realidad, prácticamente desde que

César cruzara el Rubicón en enero del 49 a. C. Hubo grandes muestras de júbilo cuando corrió la noticia, y sobre todo cuando el comercio empezó a fluir con más normalidad y dejó de haber escasez de comida en Roma y en todas las demás localidades. Se nos cuenta que los festejos que inmediatamente montaron los líderes de ambos bandos se iniciaron en un clima de bastante nerviosismo, y se rumoreó que la mayoría de los asistentes al gran banquete con que se señaló el acontecimiento llevaban dagas ocultas en sus ropas. Cuando Antonio y Octavio cenaron a bordo de la nave insignia de Sexto, al parecer uno de los almirantes sugirió cortar las amarras y quitarlos de en medio para tomar el poder de golpe. La respuesta de Sexto se hizo famosa: le dijo que no podía traicionar así su palabra, pero que ojalá hubiera actuado por su cuenta, sin pedirle permiso; fue una tregua agitada desde el principio.^[10]

ATENAS

Tras haber permanecido casi un año en Italia, Antonio salió de nuevo hacia el Oriente llevándose consigo a Octavia; quizá fue una señal de afecto, porque pese a que fue un matrimonio de conveniencia política, al menos en sus inicios parecía razonablemente feliz. Antonio enseguida respondía al afecto, y su nueva mujer era atractiva e inteligente; muchos le creían enamorado de ella, pero es probable que hubiera más cosas. Los gobernadores romanos no se llevaban a la esposa a las provincias; incluso durante las guerras civiles, era algo muy raro: Cornelia, la mujer de Pompeyo Magno, fue una rara excepción. Nada amenazaba a Octavia si se quedaba en Italia, como tampoco hubo nada que amenazara a Fulvia en el año 44 a. C., ni a las esposas de Bruto y Casio durante toda la guerra civil. Desde luego, ella era el símbolo más claro de la renovada alianza entre su hermano y su marido: el motivo más probable de que acompañara a Antonio era que a todos los interesados les parecía buena idea mantener presente ese símbolo para recordar el nuevo vínculo, más estrecho, con Octavio.

Antonio y Octavia pasaron el invierno juntos en Atenas. Ella era culta, pero las mujeres romanas tenían pocas ocasiones de viajar al extranjero y seguramente fue su primera visita a la famosa ciudad. La hija de la pareja, Antonia la Mayor, había nacido antes de que llegaran, y Antonio dejó ostensiblemente de lado muchas obligaciones oficiales para llevar la tranquila vida de un ciudadano particular. Redujo al mínimo su grupo de asistentes y volvió a vestirse al estilo griego, a asistir a conferencias y a ejercitarse en el gimnasio. En compañía de su esposa, seguía las costumbres locales en las comidas y participaba en el ciclo de festivales religiosos, con sacrificios y otros rituales, además de banquetes suntuosos. Un filósofo estoico dedicó un libro a Octavia. Antonio, que aceptó el cargo cívico de gimnasiarca,

llevaba el calzado y el atuendo blancos, así como el bastón del cargo; el mandato duraba un año y su tarea consistía en supervisar la vida y educación de los efebos, los jóvenes que se formaban en el gimnasio.

Los atenienses siguieron el juego a la charada, igual que los alejandrinos que fingían no reconocer al general romano y a su propia reina cuando vestían de esclavos; pero los juegos del festival Panatenaico recibieron el nombre de Antonianos en su honor. También proclamaron a Antonio el «Nuevo Dios Dioniso», y a él y a Octavia los «Dioses benefactores». Al parecer, se celebró una especie de enlace o matrimonio sagrados entre el Nuevo Dioniso y la diosa de la propia ciudad, Atenea. Antonio lo aceptó como un honor, pero también insistió en que la ciudad rindiera a su nueva esposa una sustancial suma de dinero como dote.^[11]

A pesar de ese cobro y otros, Antonio volvía a ser popular entre los griegos, sobre todo los atenienses: los romanos siempre les imponían tributos, y al menos él mostraba respeto a su cultura. No eran honores sin precedentes —César también había aceptado ser gimnasiarca—, pero sí formaban parte de una promoción general de su estatus. Según Apiano, recibió a pocas delegaciones durante los meses de invierno, pero sí leía y respondía cartas. Aunque los triunviros solían presentar sus actos como si estuvieran jurídicamente legitimados y remitían sus decisiones a la aprobación del Senado, los pueblos aliados y de las provincias tenían plena conciencia de que el poder real estaba del lado de Octavio y Antonio: las ciudades se dirigían a ellos directamente para pedirles favores. La ciudad de Afrodias, que instaló en los muros de su teatro una serie de prolijas inscripciones que contenían decisiones tomadas por los triunviros, declaró abiertamente:

Sean cuales sean las recompensas, honores y privilegios que Cayo César o Marco Antonio, triunviros para restaurar el estado, hayan concedido o vayan a conceder, hayan asignado o vayan a asignar, hayan otorgado o vayan a otorgar por su decreto al pueblo de Plarasa o Afrodias, ha de considerarse que todos ellos han llegado con justicia y regularidad.^[12]

Era evidente que el Senado no cuestionaba ninguna decisión de los triunviros. Afrodias estaba en Asia Menor, y por ello pertenecía claramente a las provincias asignadas a Antonio; y es reseñable que éstas se sintieran libres de abordar a Octavio por separado, y que, respondiendo a ellas, aquel quisiera tomar decisiones y tuviera la facultad de hacerlo. Al parecer, otras poblaciones actuaron igual. Hay muchas menos pruebas de participación ciudadana en las provincias occidentales —en parte, porque la vida cívica estaba menos desarrollada en muchas áreas—, pero parece más que probable que algunas se dirigieran a Antonio en lugar de a Octavio buscando favores y fallos que les beneficiaran; por otro lado, también puede ser sólo que en Oriente hubiera más problemas que reclamaban atención, pues la reciente invasión pártica

había extendido el desorden por una zona muy amplia.

Al acabar el invierno, Antonio retomó toda la pompa y ceremonia de su rango de triunviro: se puso el uniforme de magistrado y general romano y declaró que estaba disponible para recibir a quienes quisieran comparecer con sus peticiones.

INVASIÓN

Cleopatra dio a luz a mellizos en el año 40 a. C. El niño recibió el nombre de Alejandro y la niña el de Cleopatra; pocos años después los llamaban «el Sol» y «la Luna»: Alejandro Helios y Cleopatra Selene. Parece que fue por esas fechas cuando Antonio los reconoció abiertamente como hijos suyos, pero sin duda supo de su nacimiento al poco de ocurrir: tuvieran o no contacto oficial Cleopatra y él durante esos años, no hay duda de que los dos se preocuparon de mantenerse al corriente de las actividades del otro. Sentimientos personales aparte, se trataba sencillamente de política.

Antonio ya había sido padre al menos tres veces. Se cree que hubo descendencia en su primer matrimonio con Fadia, la hija del liberto, pero que esos hijos murieron en la infancia: el destino de muchos niños en el mundo antiguo. Suele considerarse que la madre de su hija Antonia fue su segunda esposa y prima Antonia, y no Fadia. Fulvia le dio dos hijos: Marco Antonio, también conocido como Antilo, y Julio Antonio. En el 39 a. C. Octavia le dio la primera de dos hijas, las dos de nombre Antonia, como era lo habitual, a las que los historiadores de hoy llaman la Mayor y la Menor para distinguirlas. A diferencia de César, que había perdido a su única hija reconocida, Julia, al morir ésta, para Antonio no fue tan novedoso que su amante regia le diera mellizos.^[1]

De todos modos, tanto Antonio como Cleopatra tenían inquietudes mucho más acuciantes. A principios del año 40 a. C., una invasión parta barrió Siria. La lideraba Pacoro, hijo del rey Orodes II y principal pretendiente al trono. Con él estaba Quinto Labieno, hijo del legado más hábil que había tenido César en las Galias, pero que había desertado —o quizá retornado a una alianza anterior— para unirse a Pompeyo al estallar la guerra civil. Labieno padre había muerto en Munda, y su hijo se alió con Bruto y Casio, quienes lo enviaron a pedir ayuda a Orodes II; así fue como llegó a ser otro de los jóvenes que destacaron en la vida pública y las guerras civiles después de morir César. En el 49 a. C. Pompeyo también había pedido ayuda al rey: pocos líderes romanos se abstuvieron de buscar aliados extranjeros para ganar una guerra civil. Aun así, no dejaba de ser delicado políticamente, y la intentona de Lépido y los demás conspiradores de sitiar a los alóbroges los había desacreditado por completo en el 63 a. C. Como fuera, el rey parto fue cauto y no prestó apoyo directo a Pompeyo ni a los conspiradores. Labieno seguía con él cuando Bruto y Casio se quitaron la vida

al perder Filipos.^[2]

Lo que pasó a continuación no tenía precedente. La figura de un príncipe o un noble exiliado sirviendo como mercenario a las órdenes de un monarca extranjero era bastante común en el mundo antiguo, sobre todo entre las ciudades griegas. En las dos invasiones de Grecia por los persas en el siglo V a. C. se dieron exiliados de este tipo, que suministraban información con la esperanza de recuperar el poder con la ayuda extranjera; pero los senadores romanos no actuaban así. No había nobles romanos con Pirro ni Aníbal cuando llevaron sus ejércitos a Italia; ni siquiera cuando la rivalidad entre ambiciosos senadores romanos se tornaba violenta podía imaginarse que un ejército extranjero fuera a restaurarlos en el poder: se aceptaban aliados subordinados, pero no la perspectiva de adherirse a un enemigo invasor.

Labieno estaba entre los proscritos y podía esperar la ejecución si lo apresaban; seguramente llegó a pensar que la República ya no existía y que cualquier medio era aceptable con tal de derrocar la tiranía de los triunviros. Seguía considerándose un general romano, y emitía monedas con los símbolos de su cargo; además, se hacía llamar Pártico, aunque parezca una ironía, ya que sólo quienes vencían a un enemigo extranjero adoptaban tales títulos, y él batallaba junto a los partos. Nuestras fuentes lo pintan convenciendo a Orodes II para atacar las provincias romanas; es más plausible que aportara información privilegiada sobre la vulnerabilidad de sus defensas y se ofreciera a persuadir a parte de los soldados para que desertaran, pues lo cierto es que al rey parto no le hacía falta que lo espolearan mucho.^[3]

Cuando Craso lanzó su ataque contra Partia sin previa provocación, Orodes II no llevaba ni cuatro años en el trono, y había tenido que imponerse a un rival poco antes. Sus intentos de aplacar al comandante romano fracasaron, pero luego llegó la repentina y estrepitosa derrota de los invasores en Carras. Orodes y su principal ejército no estaban allí, y la victoria la conseguía un miembro de una de las grandes casas de la aristocracia pártica: ese noble celebró su triunfo demasiado abiertamente y pronto fue ejecutado por el rey. Aun así, los partos recuperaron en poco tiempo todo el territorio perdido ante Craso, y en sus incursiones de los años siguientes llegaron a adentrarse mucho en Siria.

La República romana era un vecino belicoso al que décadas de conflicto interno habían hecho además muy imprevisible. También Partia era un imperio creado a fuerza de guerras feroces: los ejércitos romanos y partos habían vencido a la mayoría de sus enemigos en el Oriente próximo con una facilidad rayana en el desprecio; pero Carras pareció una prueba de que las legiones no podían medirse con los catafractos blindados y los arqueros a caballo del ejército parto que, con su gran velocidad de movimientos, constituían su punto fuerte. Durante buena parte de la década siguiente, Orodes tuvo que afrontar otros problemas y se limitó a intervenciones menores en las guerras civiles de Roma. Los planes de César para una grandiosa expedición a Partia no eran ningún secreto, y Dolabela y Antonio, cada uno en su momento, hablaron de cumplir esa ambición. Antes de marcharse a Alejandría a pasar el invierno a finales

del año 41 a. C., Antonio envió a su caballería a esquilmar la ciudad de Palmira, más allá de las fronteras de Siria; los partos interpretaron este ataque como una clara confirmación de sus intenciones de agresión futura.^[4]

En el 41 a. C., y ya libre de otras amenazas, Orodes II gozaba de la ventaja que le procuró la prolija información de Labieno. Por otro lado, una victoria sobre Roma reforzaría mucho la sucesión del candidato que él favorecía, Pacoro, y acaso impidiera que otros hijos o parientes de Orodes lo desafiaran al heredar el trono. El principal objetivo de la guerra era Siria, antaño centro neurálgico del Imperio seléucida, al que los mismos partos habían sucedido; por cultura y por situación geográfica, parecía una adición natural al reino de Orodes.

La resistencia romana fue débil. La mayoría de las guarniciones de esa zona las componían supervivientes de las tropas de Bruto y Casio; alguno se pasaron al bando de Labieno. El comandante emplazado allí por Antonio consiguió reclutar un pequeño cuerpo de infantería, pero enseguida fue derrotado y aniquilado. La ciudad de Tiro resistió el asedio —por eso Antonio pudo desembarcar allí camino de Grecia después de la guerra de Perugia—, aunque los partos conquistaron rápidamente casi todo el resto de Siria. Pacoro prestó poco apoyo a más ataques; y Labieno se trasladó a Asia Menor, pero al parecer sólo con las tropas romanas que pudo reclutar: ningún parto lo acompañaba. Con todo, le bastó para ocupar un área muy extensa. Algunos pueblos opusieron resistencia: el orador Hibeas, cuya franqueza había convencido a Antonio para que redujera los impuestos, ahora convenció a su ciudad natal para revolverse contra la guarnición instalada por Labieno, a la que lograron vencer; pero el general romano volvió a cargar enseguida. Aunque Hibeas había huido para entonces, arrasaron una de sus fincas. Se nos cuenta de una ciudad salvada gracias a condiciones meteorológicas atípicas que grabó una inscripción con una plegaria rogando al dios Zeus que interviniera.^[5]

Muchos reyes, tiranos y otros líderes de toda la región habían estado lejos los últimos años, a menudo por haber apoyado al bando que acabó perdiendo en una de las guerras civiles romanas. En su huida, buena parte de ellos habían acudido a Orodes o a sus aliados, que los situaron al frente de localidades donde ahora podían ser de ayuda. Pacoro envió a Judea un pequeño contingente parto en apoyo de Antígono, que quería arrebatarse el poder a su tío Hircano y prometió pagar a sus aliados en dinero y, además, con quinientas mujeres, muchas de ellas de familia noble o regia, y por ello útiles no sólo para el harén, sino también en calidad de rehenes. Antígono era hijo de Aristóbulo, a quien Antonio había ayudado a derrotar en el año 56 a. C. y que, claramente, ahora contaba con un apoyo sustancial. Hircano y el hermano de Herodes, Faselo, fueron capturados. Antígono mutiló a su tío, se dice que arrancándole las orejas a mordiscos, y como nadie podía ser sumo sacerdote sin estar físicamente entero, así puso fin a su gobierno de inmediato. Faselo murió en cautividad, tal vez suicidándose.^[6]

Herodes escapó llevándose con él a toda su familia y a muchas de las mujeres de

la corte real prometidas a los partos como recompensa; las dejó en la fortaleza de Masada, desde donde se dominaba el mar Muerto, y acudió a pedir ayuda al rey de los árabes nabateos. Al ser rechazado allí, volvió a Egipto, y la guarnición de Cleopatra en Pelusio lo detuvo junto con su séquito hasta que llegó el permiso de la reina para que fueran escoltados hasta Alejandría, donde los recibió amistosamente y ofreció a Herodes el puesto de general en su ejército. Una de nuestras fuentes menciona que era para una expedición que tenía prevista, pero sin aportar más detalles; probablemente Cleopatra sólo estuviera pensando en un comandante diestro para sus mercenarios, y sin duda también en su defensa de los partos si decidían cargar contra ella: en aquel momento no tenía legiones para proteger su reino, y tampoco motivos para unirse a los partos, que, en todo caso, siendo sucesores de los seléucidas, no eran proclives a favorecer sus intereses.^[7]

Herodes no aceptó el puesto. En su propaganda posterior quiso resaltar que era inmune a la célebre seductora; pero tenía otras razones más importantes para declinar la oferta. Antígono ya buscaba el reconocimiento de Roma para su gobierno, y no era imposible que lo obtuviera. Herodes quería presionar a los triunviros y a quien tuviera influencia, y cuando se fue de Alejandría para personarse ante ellos, Cleopatra no hizo nada por impedirselo; es de suponer que encontró otro comandante aunque no fuera tan afamado para sus fuerzas.

MILITARES DE TALENTO

La prioridad de Antonio era encarar la situación en Italia, y pasó cierto tiempo antes de que hiciera nada respecto a los partos. Está claro que ya antes de renovar la alianza en Bríndisi veía necesario quedarse en Italia; por eso envió a Publio Ventidio Baso a Asia con un contingente para que asumiera el mando allí y, si podía ser, recuperara Siria y las demás provincias de la zona. Otros comandantes, como Asinio Polión, marcharon a Macedonia para entablar batalla con los pueblos fronterizos, al tiempo que Octavio enviaba a oficiales suyos a las Galias para hacer frente a los problemas locales.^[8]

La carrera de Ventidio Baso fue notable para un general romano. Su infancia, que transcurrió en Piceno, se vio afectada por la Guerra Social, la última gran rebelión de los pueblos itálicos aliados de Roma. Su padre seguramente murió en el conflicto, pero sin duda el chico y su madre estaban entre los prisioneros que desfilaron en el triunfo celebrado por Pompeyo Estrabón, el padre de Pompeyo, para proclamar su victoria sobre los rebeldes. Ventidio rehizo su suerte criando mulas, que vendió en gran número al ejército romano; al parecer, se estableció muy bien como contratista y proveedor de transporte para las tropas. Julio César lo alistó, y a partir de entonces

fue ascendiéndolo en las campañas de las Galias y la guerra civil: lo nombró senador y lo designó para la pretura; y más tarde, cuando después de Mutina Ventidio llevó a Antonio varias legiones, le recompensó con un breve consulado a finales del año 43 a. C. En la guerra de Perugia fue uno de los comandantes que prestaron poca ayuda a Lucio Antonio.

Ventidio, que ya tenía un buen historial en logística, enseguida mostró también considerable talento táctico. Sin apenas combate, expulsó de Asia a Labieno, cuyos hombres eran muy pocos para enfrentarse a él sin apoyo de los partos, que no hicieron acto de presencia hasta tiempo después; probablemente, para entonces ya había retrocedido desde Asia al interior de Siria. En la cordillera del Tauro, seguramente al sur del paso de las Puertas Cilicias, Ventidio engañó al ejército combinado enemigo para que lo atacara en el terreno que a él le convenía; los partos, seguros de su superioridad después de Carras y de las cómodas victorias del año anterior, se confiaron demasiado y su ataque en los montes acabó en desastre: fueron repelidos con grandes bajas. Labieno se salvó y huyó a esconderse, pero lo detuvo un gobernador de Antonio y le dieron muerte no mucho después.

Pacoro y el sector más fuerte de sus tropas no habían participado en la batalla; el año tocaba a su fin, y es muy posible que se hubieran retirado a pasar el invierno más cerca del Éufrates. En la primavera del 38 a. C., el príncipe encabezó una nueva invasión de Siria. El ejército de Ventidio seguía dispersado en los cuarteles de invierno, pero una argucia bien pensada llevó al enemigo a seguir una ruta más lenta, lo que le procuró el tiempo necesario para concentrar sus tropas. El general romano empleó en el monte Gindaros casi la misma táctica que el año anterior: haciéndose fuerte en su posición, ocultó parte de sus tropas y, para engañar al enemigo incitándolo a atacar, envió una débil avanzadilla con órdenes de retroceder en cuanto el combate se endureciera. Los partos seguían menospreciando al enemigo romano, y el ambicioso Pacoro, que ansiaba demostrar su valía liderando la carga que llevara a la victoria, mordió el anzuelo y fue derrotado por el súbito y arrollador contraataque de Ventidio. Pacoro murió y los romanos exhibieron su cabeza cortada por las provincias y los pueblos aliados en señal de su poderío; y tal vez también para demostrar que Craso, al que los partos decapitaron, había sido vengado.^[9]

Mientras Ventidio acumulaba gloria, la atención de Antonio seguía centrada en Italia. La paz con Sexto Pompeyo acabó siendo efímera: en el 38 a. C. volvió a estallar la guerra. La propaganda lo tachaba de pirata y de líder de esclavos prófugos, pero después de su derrota definitiva, restó importancia a la amenaza que realmente había representado. Era verdad que su mayor fuerza siempre estuvo en el mar, desde donde podía atacar la costa italiana, aunque no consolidar una presencia permanente; puede que Octavio, confiando en un rápido triunfo, provocara el enfrentamiento, pero lo que sucedió en cambio fue que los pompeyanos arrasaron sus flotas dos veces, y luego las tempestades les infligieron más pérdidas. Hubo un momento en que el hijo del Divino julio sólo era un fugitivo con un puñado de ayudantes: nunca en toda su

carrera estuvo más cerca de la derrota y la muerte. Desesperado, pidió a Antonio que acudiera a Bríndisi a reunirse con él, pero ya se había ido cuando llegó su colega, que, impaciente, sólo esperó unos días antes de zarpar para volverse a Grecia.^[10]

Para entonces la noticia de la victoria en Gindaros ya había llegado a Atenas. Ventidio había proseguido su éxito con un ataque al reino de Comagene, que apoyaba al enemigo: cercó la capital, Samosata, entre rumores de que había aceptado un soborno del rey. Muchos de los gobernantes recién instalados en los reinos y ciudades de la zona prodigaron obsequios a Ventidio y a sus oficiales con vistas a seguir en el poder comprando el reconocimiento de Roma. Antes de acabar el verano, Antonio fue en persona a completar el asedio, que estaba resultando más difícil de lo esperado, y como ya se acercaba el fin de la estación de campaña, concedió al rey condiciones de paz muy generosas. En noviembre del 38 a. C. Ventidio estaba de vuelta en Roma, donde desfiló en triunfo por la Vía Sacra, la misma que había recorrido antaño arrastrando los pies entre los prisioneros de otro desfile: era el primer comandante en ganar un triunfo contra los partos, y aquella fue la gran culminación de su carrera. El «mu latero», como lo llamaban con sorna, rondaba como poco los sesenta años y se estaba haciendo viejo para el mando activo; puede que además estuviera enfermo, pues murió no mucho después, y entonces se le otorgó otro honor un funeral de estado.^[11]

En el año 37 a. C. Octavio volvió a citar en Bríndisi a Antonio, que acudió con una flota de trescientos barcos de guerra; en la ciudad reinaba tal nerviosismo que no los dejaron entrar al puerto, por lo que Antonio se dirigió a Tarento y el encuentro se produjo allí. Hay que mencionar la ausencia de Lépido. Tardaron buena parte del verano en negociar un nuevo trato, con la ayuda de Octavia, que en aquel momento estaba embarazada y, según se dijo, logró reconciliar a su hermano y a su esposo. Al final, Antonio apoyó a Octavio en la guerra contra Sexto, a quien privaron del puesto de augur y del consulado prometido. El mandato de cinco años del triunvirato había expirado al acabar el año 38 a. C. sin que eso hubiera merecido comentario alguno; ahora, para recuperar la apariencia de legitimidad de su gobierno, prorrogaron su poder por otros cinco años: seguían siendo triunviros, como presumiblemente también seguía siéndolo Lépido, pese a su papel marginal. Y como tantas veces, una alianza matrimonial apuntaló la unidad política: Antonio Antilo, hijo de Antonio con Fulvia, fue prometido a Julia, la hija de Octavio; el niño aún no había cumplido diez años y la niña sólo tenía dos, por lo que la boda se dejaba para un momento futuro.^[12]

Respecto a lo más inmediato, Antonio prometió a Octavio ciento veinte barcos para reforzar su flota en la lucha con Sexto. A cambio, Octavio se avino a entregarle mil veteranos de la guardia pretoriana, que se presentarían como un regalo especial a Octavia; a ellos se sumaría una potente fuerza de legionarios. Apiano da la cifra de veinte mil efectivos, y es muy probable que la redondeara hasta sumar cuatro legiones; pero según Plutarco, la promesa había sido de sólo dos legiones. Antonio entregó los barcos y tripulaciones enseguida. Las tropas prometidas por Octavio no

aparecieron, pero como la expedición oriental y la mayor batalla contra Sexto estaban previstas para el año siguiente, a esto no se le dio importancia en un principio.^{[13][14]}

A Octavio le vino muy bien que su mejor oficial estuviera disponible para dirigir la siguiente campaña: Marco Vipsanio Agripa, de la misma edad que el hijo adoptivo de César, era íntimo amigo suyo; provenir de una familia poco conocida limitaba sus ambiciones personales, y se conformaba con servir a su socio, más insigne que él. Ayudó a Octavio desde el principio, sirviendo en las primeras campañas, en Filipos y en la guerra de Perusia; con el paso del tiempo y la experiencia adquirida, exhibió grandes dotes de comandante. En el año 38 a. C. estuvo en las Galias y sofocó una rebelión de las tribus del sudoeste. El resultado de la campaña contra Sexto Pompeyo fue malo en su ausencia. A su regreso a Roma, el Senado le concedió un triunfo que él declinó celebrar para no resaltar el fracaso de su amigo. Ahora Agripa se puso manos a la obra en la preparación y el adiestramiento de una flota nueva y más fuerte de cara a la próxima contienda.^[15]

En las provincias orientales persistía la inestabilidad que siguió a la invasión parta. Herodes había triunfado espectacularmente en su viaje a Roma del año 40 a. C.: Antonio y Octavio no sólo le dieron la bienvenida, sino que además, y a instancias de ellos, el Senado lo reconoció como rey, lo que confirió un aire tradicional a la reunión; pero a la salida, flanqueando Antonio y Octavio al monarca recién coronado, dejaban patente dónde estaba el poder verdadero. Pese a su sanción —en gran parte un gesto de amistad por la relación de ambos triunviros con su padre, Antípatro—, Herodes aún tardó bastante en recuperar el control de Judea, Galilea e Idumea. Ventidio Baso envió un oficial con tropas para apoyarle, pero no consiguieron nada y hubo nuevos rumores de sobornos. Más adelante la ayuda romana resultó más efectiva, y en cierto momento Herodes incluso recibió el mando de dos legiones, favor excepcional para un líder aliado. Tomó Jerusalén tras varios meses de asedio; y seguidamente, por orden directa de Antonio, Antígono fue azotado y decapitado: Herodes era el rey, pero desde el principio estuvo lejos de ser popular.^[16]

Antonio pasó el invierno del 37 al 36 a. C. en Antioquía, y respondía con enojo a las delegaciones judías que acudían a él para quejarse de su nuevo monarca: ordenó que un grupo fuera retirado de su vista por la fuerza, y varios judíos murieron a manos de su guardia. La reorganización de las provincias y los preparativos para el ataque a Partia, que ahora parecía muy vulnerable, representaron mucho trabajo. La noticia de la muerte de Pacoro había dejado a Orodes II destrozado, y quizá también incapaz de contener el creciente poder de las facciones en el seno de su corte; en el año 37 a. C. abdicó en favor de otro hijo, Fraates IV, que inauguró su reinado masacrando a casi todos sus hermanos —eran unos treinta—, y también a su hijo y al propio Orodes.^[17]

La guerra civil se cernía sobre Partia, y todo indicaba que explotando esa debilidad interna, Antonio podría conseguir un gran triunfo. Hasta entonces su carrera

militar se había desarrollado sobre todo contra otros romanos: nunca había mandado un ejército contra un enemigo foráneo. Pompeyo Magno, que comenzó de igual modo, no había visto confirmadas su posición y su autoridad como el mayor comandante de toda Roma hasta después de sus victorias sobre los piratas y Mitrídates; si Antonio lograba derrotar a los partos —y Ventidio había demostrado sobradamente que no eran imbatibles—, podría cumplir el plan de César y tal vez incluso situarse junto a Alejandro Magno como conquistador del Oriente.

La perspectiva era tentadora, pero para poder cumplirla le esperaba un invierno de trabajo dirigido a allanar el camino; pero eso no significa que no organizara banquetes y fiestas. Octavia no estaba con él, porque regresó a Italia tras haber iniciado la travesía al Oriente después del nuevo acuerdo en Tarento; es probable que su vuelta a Italia se debiera a su avanzado embarazo, que quizá estuviera siendo difícil: en enero del 36 a. C. le dio a Antonio una segunda hija, Antonia la Menor. Su hermano Octavio se había divorciado de Escribonia, madre de su única hija, que ya no le servía como vínculo con Sexto Pompeyo; a continuación se había casado con Livia Drusila, miembro de una rama de la eminente familia patricia de los Claudios, cuyo anterior esposo, Tiberio Claudio Nerón, pertenecía a otra rama del mismo clan y había luchado contra él en los tiempos de la guerra de Perusia. La peripecia de Tiberio como fugitivo junto a su esposa, entonces embarazada, y su hijo, el futuro emperador Tiberio —que era muy pequeño—, había acabado en su captura; al poco tiempo fue perdonado, se tramitó su divorcio y el mismo Tiberio hizo el papel del padre de la novia en la boda de Octavio con su anterior esposa. Cuando ella dio a luz al hijo de Tiberio no mucho después, se lo enviaron para que él lo educara en su casa.

[18]

Octavio siguió casado con Livia hasta su muerte, medio siglo después, y aunque no tuvieron hijos, el matrimonio fue muy afortunado en todo lo demás. En su juventud, ella pasaba por ser una mujer muy hermosa, y a lo largo de su vida demostró que poseía una gran inteligencia: el emperador Calígula la llamó «Ulises vestido de mujer» (*Ulixem stolatum*), aludiendo a la astucia del héroe de Homero. Historiadores romanos de épocas posteriores la describieron como una manipuladora política, y en el siglo xx Robert Graves reafirmó esa imagen en su novela *Yo, Claudio*. Las prisas por celebrar la boda sugieren que Octavio sentía auténtica pasión por ella; además, la alianza con un clan tan distinguido conllevaba ventajas políticas a largo plazo.^[19]

Antonio no fue el único que celebró fiestas y se avino a representar el papel de un dios: en el apogeo de la lucha con Sexto Pompeyo, cuando Italia volvía a estar sometida a su bloqueo y la comida era cara, Octavio, su flamante esposa y sus amigos celebraron un banquete que se hizo tristemente famoso; había doce invitados, cada uno de los cuales asumió el papel de una de las doce deidades olímpicas —Octavio se vistió de Apolo—, y comieron y bebieron en medio de un lujo espectacular. Hay que recordar que Octavio y muchos de sus compañeros más cercanos no habían cumplido

todavía los treinta años y ya se veían como los señores de la República; esto hace de su regodeo en el poder y la riqueza algo menos sorprendente, pero no encubre la falta de tacto. Octavio siguió siendo odiado por muchos; los excesos de Antonio al menos ocurrían lejos, y no en el mismo corazón de una Roma acechada por la inanición.^[20]

Antonio no quiso pasar el invierno solo en Antioquía: llamó a Cleopatra a su lado. Había asuntos políticos que tratar, y Egipto iba a ser un importante proveedor del grano para alimentar a sus soldados y de dinero para pagarlos. También muchos otros líderes acudieron en persona o enviaron representantes. Puede que Cleopatra llevara a los mellizos para que vieran a su padre, y seguramente fue entonces cuando él los reconoció abiertamente y los llamaron Sol y Luna; el reconocimiento no era válido según el derecho romano, y aparte de esta admisión de su paternidad, no hizo nada más. No obstante, recibió a la reina calurosamente, y no fue un encuentro puramente diplomático: volvían a ser amantes. Antes de que acabara el invierno, Cleopatra estaba embarazada por tercera vez.

«LA QUE AMA A LA PATRIA»

Antonio necesitaba a Cleopatra. Plutarco afirma que esa necesidad era ante todo física y emocional, y que la antigua pasión por ella había crecido hasta ya no poder controlarla; seguramente su regia amante, una mujer interesante y vivaz, le pareció una compañía mucho más atractiva para los meses de invierno que una esposa en avanzado estado de gestación. Como fuera, Antonio no volvió a ver a Octavia nunca más, y durante el resto de sus años de vida pasó más tiempo con Cleopatra que lejos de ella. Nada indica que él esperara que fuera así —ni tampoco que lo quisiera—, al menos en ese momento: está claro que no había dado ningún paso para repudiar a su esposa. Cleopatra seguía siendo una amante, por ilustre que fuera, y Antonio nunca se preocupaba por la discreción en cuanto a sus amantes: la única diferencia entre celebrar banquetes con la reina ptolemaica y desfilar por toda Italia con Cíteris era una diferencia de grado.^[1]

El triunviro romano se sentía muy atraído por la reina ptolemaica, y es difícil creer que no la amara; pero Antonio amaba con mucha facilidad y no de forma exclusiva. Se le seguía considerando muy sensible a la belleza, y se decía que ésta influía en sus decisiones. Herodes había desposado a Mariamne, hija de Hircano, el rey mutilado y depuesto; la alianza matrimonial le procuró un vínculo con la dinastía real de Judea, pero las relaciones con su suegra, Alejandra, no eran buenas. La facción reunida en torno a la antigua reina encargó que unos retratos de Mariamne y de su hermano menor, Aristóbulo, se enviaran a Antonio: una idea alentada por Delio, el mismo que había llamado a Cleopatra a su primera cita con Antonio, en Tarso.

Aristóbulo, alto para sus dieciséis años, era hermoso, y la belleza de su hermana era famosa; como se pretendía, Antonio quedó prendado. Herodes impidió que el muchacho fuera a reunirse en persona con el triunviro, temiendo que éste le concediera cualquier petición; se habló incluso de temores a que Antonio convirtiera al chico en su amante. Herodes no venía de una familia conocida, y peor aún, era idumeo, de una zona convertida al judaísmo por la fuerza bajo los macabeos; nunca fue aceptado como plenamente judío. Las violentas luchas por el poder en el seno de la familia real llevaban más de una generación asolando Judea; no había muchas razones para pensar que el nuevo rey estuviera más seguro en el trono.^[2]

Antonio necesitaba un Mediterráneo oriental estable: era importante conservar la lealtad de los dirigentes y pueblos locales, y mantenerlos a salvo de cualquier

contraataque cuando él comenzara su expedición partica. La estabilidad de los reinos había de ser tal que no se requirieran fuertes guarniciones, y su grado de compromiso suficiente para que le suministraran todo lo necesario en tropas, recursos y dinero. Los romanos normalmente preferían emplear a reyes clientes que gobernar directamente. Antonio redujo a tres las provincias orientales —Asia, Bitinia y Siria en una versión empequeñecida— y reforzó mucho el poder de unos cuantos reyes, la mayoría de los cuales, como Herodes, no pertenecían a las dinastías tradicionales y le debían su posición; fue entonces cuando nombró al hijo de Glafira para gobernar la Capadocia, sustituyendo al rey que había colocado en el trono en el 41 a. C.^[3]

Los romanos trazaban fronteras y las volvían a trazar, expandían reinos a expensas de sus vecinos de anteriores provincias romanas y coronaban o deponían monarcas. Pompeyo había favorecido por lo general a las ciudades, pero Antonio, en su momento, se apoyó más en los reyes; de todos modos, en general no hay mucha diferencia entre los objetivos y métodos de ambos líderes romanos, y tampoco siquiera respecto a las medidas de César para asegurarse el Oriente después de Farsalia: todos los dirigentes romanos querían que sus asentamientos funcionaran bien, y al mismo tiempo eran conscientes de que los reyes y jefes que emplazaban en cada pueblo quedaban fuertemente endeudados con ellos.

Cleopatra y su reino eran una pieza importante del rompecabezas formado por los territorios bajo el control de Antonio; por eso, aparte de amor, sexo y banquetes, había sólidas razones políticas para llamar a la reina a Antioquía a finales del 37 a. C. Nada indica que Cleopatra retrasara su llegada como había hecho en Tarso, pues era plenamente consciente de la importancia de las decisiones que tomaba el que había sido su amante; eso sin duda contribuyó al ardor con que retomó la aventura con él, ardor que se avivó con la generosidad de Antonio. Era verdad que le había confiscado Chipre por el apoyo que el gobernador de Cleopatra, Serapión, había dado a Casio; pero ahora, o tal vez algo antes, lo devolvía a su control. Cleopatra también recibió Creta y una porción de la Cirenaica al oeste de Egipto, además de parte de Cilicia y Siria, territorios todos antes gobernados directamente como provincias romanas: su reino pasó a abarcar casi toda la franja costera de Siria, con Fenicia, el interior de Iturea y parte de la Decápolis (las «Diez Ciudades» de los Evangelios) en las proximidades del mar Muerto, así como algunos tramos del reino árabe de Nabatea. La ciudad de Tiro siguió siendo independiente, pero Herodes sólo conservó en el Mediterráneo el puerto de Gaza.

La generosidad de Antonio con su amante, al decir de Plutarco, escandalizó a la opinión pública de Roma; quizá fuera así, pero si lo fue, no hubo consecuencias tangibles. Las cesiones a la reina eran acordes con su reorganización general: ella era leal a Roma y, en el ámbito personal, a Antonio. Y ahora tenía muchos motivos para explotar en nombre de él y con toda diligencia los recursos de esos territorios. Cilicia era especialmente rica en madera, materia prima no muy abundante en Egipto; por eso esta cesión era especialmente útil para la reina, ya que favorecería los proyectos

de construcción. Y claramente, también iba encaminada a posibilitar la construcción de barcos: algunos de ellos, sin duda, naves de guerra destinadas a reforzar la flota de Antonio; igual de importantes eran los barcos de transporte para llevar el grano de Egipto a la costa siria, desde donde podría ser enviado a sus legiones.^[4]

Cleopatra ahora gobernaba casi todos los territorios que habían controlado los Ptolomeos en el máximo apogeo de su poder, durante el siglo ul a. C.; pero Antonio no le había concedido todos sus deseos: Judea, el reino de Herodes, rodeado por tres lados de territorio de ella, seguía siendo una región aparte. A lo largo de los siglos, Ptolomeos y seléucidas se la habían disputado; con ella, la expansión geográfica de su reino habría sido más coherente. Cleopatra quería Judea, pero nunca logró convencer a Antonio de que se la entregara. Eso no le impidió intentarlo: siguió to mándose gran interés por los asuntos de ese reino y nunca abandonó su actitud, muy amistosa, con Alejandra. A Herodes lo nombró el propio Antonio: fue una de las pocas decisiones que afectaban al área conjunta con Octavio. El rey conservó su trono recién ganado, aunque perdiera casi todo el litoral del reino. La reina egipcia también recibió una región cercana a Jericó rica en palmeras datileras y arbustos balsámicos, cultivos del famoso «bálsamo de Judea», del que se extraía el incienso para los rituales, muy cotizado, y al que también se atribuían propiedades medicinales. El reino nabateo cedió su territorio a orillas del mar Muerto, que rendía un rico suministro de betún; de nuevo, importante para la construcción de barcos entre otras cosas.

Herodes y el reino nabateo arrendaban esas regiones a Cleopatra, pagándole una sustanciosa renta anual por sus beneficios. Pasado un tiempo, Herodes asumió la responsabilidad del otro monarca de pagar a la reina; puede que su principal objetivo fuera político —mejorar las relaciones con su vecina—, pero también refleja la rentabilidad del comercio del betún, pues esperaba obtener dinero del acuerdo. El beneficio para Roma era inevitablemente indirecto: Cleopatra había conseguido nuevas y valiosas fuentes de ingresos y, a su vez, Antonio esperaba hacer uso de esa riqueza para sufragar sus propias empresas. En todos los demás lugares, los pueblos absorbidos por el reino ptolemaico por lo general siguieron gestionando sus propios asuntos igual que antes, ya formaran parte de la provincia romana, fueran autónomos o pertenecieran a otro reino. Hay signos de que algunos aspectos de la administración provincial romana siguieron operando bajo el gobierno de Cleopatra en la Cirenaica, con la salvedad de que los impuestos y otros ingresos ahora iban a parar a ella.^[5]

La reina había prosperado con el acuerdo de Tarso. No fue la única, ya que varios monarcas vieron apuntalado su poder gracias a la reorganización de Oriente llevada a cabo por Antonio; pero aunque se encuadrara en el contexto general de la reestructuración del Mediterráneo oriental, es probable que su amante regia fuera la mayor beneficiaria: al triunviro le convenía fortalecer el reino ptolemaico. A diferencia de su padre, Cleopatra no había contraído enormes deudas con romanos prominentes, pero nunca hubo ninguna duda de que los recursos de su reino estaban a

disposición de Antonio: lo que él le había dado, podía quitárselo con igual facilidad.

El triunfo de Cleopatra en Antioquía ha impedido a muchos historiadores entender la precariedad de su posición: seguía dependiendo del apoyo romano para mantenerse en el poder, y era imposible imaginar una situación futura en la que esa dependencia pudiera acabar. No tenía tan seguro que el respaldo romano fuera a continuar; aunque la buena voluntad y la generosidad de Antonio estaban garantizadas de momento, podía ser que sus necesidades e inclinaciones cambiaran en el futuro, y tampoco se sabía a ciencia cierta cuánto tiempo iba a quedarse en el Oriente, ni si su poder iba a durar o declinaría. Cleopatra tenía que seguir demostrando su lealtad y eficiencia como aliada, y, en el terreno personal, aferrarse al afecto de Antonio; es muy posible que el amor fuera auténtico también por su parte, pero aunque no lo hubiera sido, sencillamente no podía permitirse que él perdiera el interés por ella.

Ningún Ptolomeo estaba seguro en el trono por mucho tiempo. Los hermanos de Cleopatra habían muerto, pero en el 37 a. C. Cesarión ya tenía diez años. A medida que creciera, iba a ser progresivamente menos fácil controlar al adolescente, y llegado el momento, tal vez ya no se conformara con la corregencia nominal junto a su madre: dado el carácter de su padre y de su madre, habría sido raro que no fuera ambicioso; pero de no serlo y aunque Cleopatra se sintiera capaz de dominarlo, siempre habría cortesanos y nobles alejandrinos que, para ver su poder acrecentado, promoverían la posición del joven príncipe. Con el tiempo Cesarión se casaría, y otro factor vendría a sumarse a la política de la corte. Su esposa —incluso aunque escogiera a Cleopatra Selene— quizá fuera igual de independiente: un rey adulto que el pueblo viera sometido a su madre no tenía muchas posibilidades de ser aceptado. A más largo plazo, automáticamente podrían ver en Alejandro Helios otro posible gobernante.

Una mujer no podía gobernar sola mucho tiempo. El nacimiento de Cesarión había permitido a Cleopatra librarse de su hermano cuando le convino y gobernar con un consorte que cubría el imprescindible papel del rey y faraón titular, pero que podía ser plenamente controlado. No obstante, a largo plazo, él y los otros hijos eran tanto rivales potenciales como factores que podían favorecerla. La historia familiar mostraba que sería muy singular que los hijos de Cleopatra fueran capaces de vivir en armonía: podían llegar a ser una amenaza para ella o entre sí. La única garantía contra esta amenaza era retener el apoyo cercano de Roma y, a su vez, la única garantía de este apoyo era ganarse el afecto de los romanos más poderosos en la región, porque ni Cleopatra ni ninguno de sus hijos tenían posibilidades de salir ganando en un desafío a Roma. Su primer protector romano había sido asesinado, y necesitaba aprovechar al máximo al segundo. El territorio ganado le había dado prestigio e, igual de importante, riqueza con que recompensar lealtades. Si su territorio fuera lo suficientemente grande como para dividirlo en varios dominios, le brindaría incluso la posibilidad de impedir cualquier lucha por el poder entre sus hijos; era un método

que la familia había empleado en el pasado, y lo cierto es que con resultados diversos.

En el ámbito político, Antonio necesitaba a Cleopatra y a su reino, y estaba encantado con su amor y en su compañía. La necesidad que ella tenía de él —o de alguien como él, con su poder— parece aún más fuerte y acuciante, ya que perder su apoyo conllevaría perder también la garantía fundamental de su poder: si dejaba que la política habitual se reanudara en Alejandría, las posibilidades del exilio y la muerte volverían a hacerse más patentes.

EL IMPERIO NUEVO

El año del 37 al 36 a. C. fue para el régimen de Cleopatra «el Año Dieciséis, que es también el Año Uno»: habían pasado dieciséis años desde que había sucedido a su padre en el trono, en el año 51 a. C.; recordemos que en el sistema de recuento de la Antigüedad no había cero y se empezaba por el número uno. El periodo de su exilio y del gobierno en solitario de Ptolomeo XIII antes de que César la devolviera al poder se olvidó discretamente, y el nuevo sistema de fechas tampoco referenció los años de gobierno conjunto con Cesarión.

Hay otros signos de la importancia que tuvo ese año para la propaganda real: por ejemplo, que Cleopatra empezara a hacerse llamar «la Diosa más joven» (Neotera Thea) y «la que ama a la patria» (Philopatris), además de, como antes, «la que ama al padre». Los títulos de Cesarión no variaron, y siguió siendo «el Dios que ama al padre y a la madre». Cleopatra recibió honores en sus nuevos territorios, y también a veces los pueblos vecinos le rindieron tributo. Cesarión recibió poca atención fuera de Egipto, si es que recibió alguna.^[6]

La conexión con las cesiones de territorio que le había otorgado Antonio es obvia: se estaba evocando a Cleopatra «la Diosa» (Thea), la princesa ptolemaica que en el siglo II a. C. se había casado sucesivamente con tres reyes seléucidas, y fue madre de otros tres, asesinando a uno de ellos (era hija de Cleopatra II y, por tanto, hermana de la abuela de Cleopatra VII). Siria, Iturea y algunos de los otros territorios habían sido gobernados más recientemente por los seléucidas que por los Ptolomeos; claramente, Cleopatra creía que valía la pena promover la memoria de su antepasada tocaya convirtiéndose en «la Diosa más joven».

Lo que quería decir con lo de su «patria» no está tan claro; para algunos es una prueba de su profundo apego a Egipto. Sin embargo, no parece que hubiera ninguna razón concreta para que decidiera expresarlo en este momento concreto de su reinado. Mucho más plausible es la sugerencia de que Cleopatra quiso empezar a asociarse con la memoria de Alejandro Magno; así, aunque su patria fuera específicamente Macedonia, en un sentido más general lo era todo el territorio de sus conquistas y de

los reinos sucesores de Alejandro Magno, mucho más amplio: el llamamiento estaba dirigido a sus territorios recién ganados y les recordaba la unidad más antigua —de hecho, prerromana—. Es difícil saber si la opinión pública recogió esto. Además, era una palabra vaga, y es probable que los diversos pueblos la interpretaran de distintas maneras, según cada región de la extensa zona gobernada por la reina; tal vez en Egipto se viera, incluso entre los que se consideraban más egipcios que griegos, como una señal del genuino afecto de su monarca.

Cleopatra se esforzó por mantener Egipto estable y productivo. Por razones prácticas, favoreció a los sectores más importantes de la población, que eran los más peligrosos en potencia: dio preferencia a Alejandría por encima del campo y de las regiones meridionales, y favoreció aún más a la aristocracia de la gran ciudad; dio también continuidad a su política de construcción de templos y apoyo a los cultos que mantenían la religión tradicional del país, reteniendo como resultado la lealtad de las importantes clases sacerdotales egipcias. No hay pruebas de que hiciera nada tangible por mejorar la suerte de los egipcios más pobres, pero tampoco había ninguna razón especial para esperar que lo hiciera: los pobres eran importantes como mano de obra para cultivar los campos y producir la cosecha anual que suministraba el grueso de los ingresos de la corona. En la década de los años 40 a. C. se habían dado problemas en los sistemas de irrigación y en la administración en general, además de una serie de malas cosechas debidas a las crecidas poco abundantes; aunque puede que las cosas hubieran empezado a mejorar —y por lo que sabemos el ciclo de las crecidas había revertido a niveles más habituales—, es improbable que la productividad fuera tan alta como en los periodos de estabilidad del pasado. También se destinaba buena parte de los beneficios a los nobles de Alejandría y de los demás lugares, a fin de asegurar su lealtad.^[7]

Había otras fuentes de ingresos para la reina: ella promovió el comercio desde los puertos del mar Rojo hasta la India y Sri Lanka, más allá de Arabia, y resultó ser muy lucrativo. La principal ventaja que trajo consigo el nuevo territorio resultó ser que supuso nuevas fuentes de ingresos; recursos como la madera tenían una utilidad práctica, para los astilleros y para la construcción en general. Cleopatra también ordenó llevar a Egipto arbustos balsámicos de Jericó para replantarlos y disponer de un suministro más inmediato; no fue la primera de los Ptolomeos en introducir un nuevo cultivo en Egipto, pues en el periodo más temprano ya había habido un intento fallido de cultivar una variedad de la col de Rodas, en conjunto, los Ptolomeos no fueron muy innovadores en lo que respecta a métodos de producción.^[8]

Los nuevos cultivos de arbusto balsámico no iban a rendir beneficios rápidos; las mayores ganancias venían de las rentas inmediatas: Cleopatra se había enriquecido mucho, y gran parte de esa riqueza le llegaba directamente en dinero a través de la tributación. El dinero era importante para recompensar a los seguidores, tanto a los de su reino como a romanos importantes, y para mantener el esplendor de su corte, que de por sí contribuía a mantener el favor de Antonio; pero mucho más importante era

la capacidad de proveer a su protector romano de riqueza y recursos en el momento y en las cantidades que los necesitara. Por más que su fama se hubiera extendido por los nuevos territorios y pese a la propaganda de los monarcas helenísticos del pasado, nunca intentó ocultar que gobernaba gracias al consentimiento romano: varias series de moneda fueron acuñadas en bronce por ciudades sirias de sus nuevos dominios con la efigie de la reina en el anverso y la de Antonio en el reverso; Antioquía empezó a emitir monedas de plata que llevaban la cabeza de Antonio y los títulos de «emperador por tercera vez y triunviro» traducidos al griego, y una Cleopatra con un aire muy romano en el reverso.^[9]

Su constante mediación en los asuntos de Judea lo ilustra bien. Cleopatra y Alejandra mantenían correspondencia, aunque gran parte de la comunicación había de discurrir en secreto; al parecer, la suegra de Herodes utilizaba a un poeta de la corte como mensajero. Entre los idiomas que hablaba, Cleopatra dominaba el hebreo y el arameo usados en gran parte de la comunicación diaria en Judea. Llegado el momento, Alejandra y su hijo intentaron salir de Jerusalén a escondidas para refugiarse en Egipto; una idea que, se nos dice, le sugirió Cleopatra. El plan era esconderse en ataúdes, pero los informadores de Herodes pusieron al rey al corriente; vigilados, los sorprendieron en el acto.

Siendo idumeo y ajeno a las familias sacerdotales, Herodes no podía ser rey y a la vez sumo sacerdote, como Hircano y sus antecesores. El culto del templo exigía un sumo sacerdote, y el hermano de su esposa, Aristóbulo, era el candidato obvio, pero el nombramiento podría convertirlo en un rival peligroso. Herodes escogió a otro y esto llevó a Alejandra a acudir a la ayuda de Cleopatra; ésta, a su vez, apeló a Antonio, cuyo apoyo dejó sin elección a Herodes, que despidió al entonces titular del cargo y elevó a Aristóbulo al puesto. Poco después orquestó el ahogamiento del joven «por accidente». Retenida, Alejandra vivía prácticamente como una cautiva.^[10]

Si Cleopatra pudo intervenir en los asuntos de Judea fue por tener influencia sobre Antonio: sólo el triunviro tenía la potestad de ordenar cualquier acto a Herodes, pero no solía deponer a monarcas que eran buenos clientes. No quiso entregar Judea a Cleopatra ni dejarla interferir por su cuenta en los asuntos del reino; más que poder, ella tenía influencia. En el viaje de vuelta desde Antioquía paró en Judea y Herodes la recibió: tenían que tratar del arriendo de las tierras próximas a Jericó. Josefo dice, sin duda a partir de las memorias del propio rey, que Cleopatra hizo todo lo posible por seducir a Herodes, que no sólo se resistió, sino que también consideró asesinarla; son afirmaciones que no parecen muy plausibles, y de nuevo, seguramente sólo quería resaltar su capacidad de resistirse a la célebre seductora. Por otro lado, es muy posible que Cleopatra, para hacerle perder pie en las negociaciones, pasara del flirteo a la amenaza: no sería malo para ella poner nervioso a su vecino y hacerlo así más proclive a ceder a sus pretensiones.^[11]

El gran tamaño de su territorio no debería ocultar la radical debilidad de su posición: la tierra, la riqueza y la influencia dependían todas del favor romano, y

concretamente, de Antonio. Cleopatra seguía siendo una reina cliente, aunque fuera a gran escala, y no debería ser considerada de ningún modo soberana de un reino autónomo ni aliado. Los nuevos territorios eran regalos, no conquistas: Cleopatra, sin grandes recursos militares, no podría haber ocupado ninguna de esas tierras; tampoco habría sido capaz de mantenerlas sin el respaldo romano. El ejército real era diminuto, apenas suficiente para mantener el control interno de Egipto: más de una generación atrás, el sistema de cleruquías había perdido toda conexión real con el servicio militar, pasando a ser sólo una forma de propiedad de la tierra; las únicas tropas de la reina eran de mercenarios, cada vez más escasos cuanto mayor se hacía el dominio romano en el mundo. Sin que se sepa exactamente cuándo, Antonio regaló a su amante una escolta de cuatrocientos jinetes de caballería galos y germánicos, pueblos guerreros de afamada lealtad.^[12]

Cleopatra jamás tuvo la más remota posibilidad de luchar contra Roma y vencerla; lo mismo se aplica a Herodes y a todos los demás reyes y pueblos orientales, que para los romanos sólo eran un buen modo de controlar el Mediterráneo oriental, y sobrevivirían mientras Roma no encontrara mejor alternativa. Desde el principio, Egipto, y en cierta medida todas las posesiones ptolemaicas, se habían administrado como propiedades de la monarquía con el objetivo primordial de producir un flujo constante de ingresos para el monarca; seguía siendo así, sólo que ahora el sistema se usaba también para canalizar gran parte del beneficio hacia Antonio. Como César antes, tampoco él apareció nunca en los títulos y la propaganda oficiales empleados en el interior de Egipto: allí eran la reina y su hijo los faraones que garantizaban el equilibrio en el mundo. En ese contexto, que no fueran realmente independientes no tenía la menor importancia.^[13]

El poder de los Ptolomeos ya llevaba al menos un siglo dependiendo en último término del apoyo romano cuando Cleopatra llegó a reina, y en el curso de su vida, el poder romano por todo el Mediterráneo oriental se fortaleció aún más, y no daba señales de ir a extinguirse. Ella logró grandes ganancias en ese contexto, pero siempre dependió de Roma. Por el momento Roma era Antonio; y aunque seguramente sólo con ser su amante habría conservado el poder, su eficiencia y responsabilidad fueron, tanto como su encanto personal, lo que le valió sus nuevas tierras para que las gobernara en su nombre. Cleopatra había sobrevivido, lo que ya de por sí no era poco en aquellos tiempos convulsos; que siendo mujer gobernara de hecho, aunque no nominalmente, como autoridad única en su reino, hace su logro todavía más grande.

«TIEMBLAN LA INDIA Y ASIA»: LA GRAN EXPEDICIÓN

Después de pasar el invierno en Antioquía, Marco Antonio al fin inició la guerra de castigo a los partos para vengar a Craso, de la que tanto tiempo se había hablado. Tal vez en Italia algunos pensarán que las victorias de Ventidio y la muerte de Pacoro ya habían restituido el honor de los romanos, y quizá Octavio fuera uno de ellos; pero de ningún modo era una opinión universal, y los partos seguían en posesión de las águilas de las legiones y los demás estandartes que habían tomado en Carras como trofeos para escarnio de Roma. Las victorias de Ventidio, que expulsó a los invasores del territorio romano y aliado, habían sido defensivas: había llegado la hora para Antonio de humillar al rey parto en su propia tierra.^[1]

Por los parámetros de Roma, había motivos bien fundados para atacar a Partia: restaurar la fachada de imbatibilidad de las legiones no estaba entre los menores, junto con disuadir cualquier invasión futura del territorio de Siria. Antonio también tenía poderosas razones personales para librar esa guerra: a los cuarenta y siete años, había sido cónsul una vez, y desde el 43 a. C. compartía con sus colegas triunvirales poderes en la práctica dictatoriales; la suya fue una carrera muy poco ortodoxa — aunque sin la espectacularidad de la de Octavio, que tenía veintisiete años—, sólo posible por lo convulso de los tiempos, y, como hemos visto, por lejos que hubiera llegado, nunca antes había estado al mando en una guerra contra un adversario extranjero, y toda su experiencia en conflictos bélicos databa en realidad de cuando fue suboficial al servicio de Gabinio y César.

La mayor gloria que podía alcanzar un noble romano era vencer a un enemigo extranjero, máxime si era un pueblo especialmente exótico o peligroso; muy grabado en la mente de todos, esto reflejaba un sistema político que ponía el poder, tanto militar como civil, en manos de los altos mandos del ejército de la República. Ganar una guerra extranjera procuraba una gloria sin mácula y un botín igual de limpio, sin el estigma de haber matado ni saqueado a conciudadanos. Una victoria foránea podía forjar nombres y fortunas; era algo que ni Antonio ni Octavio habían conocido hasta la fecha, y ayudaría a borrar la barbarie del camino que siguieron hasta hacerse con el control del estado.^[2]

PREPARATIVOS

Los preparativos de Antonio fueron a gran escala. A finales del año 37 o principios del 36 a. C., uno de sus generales, Publio Canidio Craso, había montado una demostración de fuerza en el reino de Armenia para atacar a continuación a los pueblos de más al norte, venciendo a iberos y albanos. Armenia, a la que Pompeyo había derrotado, era aliada de Roma, pero tenía estrechos lazos culturales con Partia; puede que Antonio pensara usarla de base para su invasión desde el principio. Se decía que César también tenía previsto hacerlo así, evitando las abiertas llanuras de Mesopotamia donde Craso vio destruido su ejército, para atacar, en cambio, en el terreno más abrupto de la región de Media Atropatene (aproximadamente el actual Azerbaiyán), mucho menos favorable a la caballería, núcleo de todos los ejércitos partos. Iberos y albanos difícilmente podrían haber planteado ninguna amenaza a la expedición prevista; las operaciones contra ellos habían sido un buen modo de adquirir gloria y dar al menos a algunas legiones la confianza en sí mismas y la experiencia de una victoria reciente.^[3]

De la derrota de Craso se sacaron más lecciones. Ventidio había demostrado la eficacia de la infantería armada con arcos, hondas y jabalinas, y Antonio se hizo con gran número de esas armas para sus legionarios: en un intercambio de proyectiles, los arqueros a caballo ya no lo tendrían todo a su favor. Además, un contingente de caballería muy fuerte acompañaría a los infantes; se dice que Antonio tenía diez mil jinetes auxiliares, la mayoría de España y las Galias, aunque también los reinos orientales facilitaron tropas montadas. El rey Artavasdes de Armenia aportó seis mil jinetes —una combinación muy parecida a la de los partos de arqueros de la caballería ligera y catafractos muy blindados—, así como siete mil infantes. Plutarco afirma que había treinta mil soldados aliados, pero no dice cuántos eran de caballería; según él, con los galos y españoles y el núcleo de sesenta mil legionarios, un total de cien mil hombres componían el ejército de Antonio, y con rimbombante retórica, asegura que por toda Asia Central e incluso más allá, en la India, la gente temblaba al oír los rumores de una fuerza de semejante tamaño.^[4]

Como siempre, es un poco difícil saber cómo tomarnos estas cifras. Plutarco no dice cuántas legiones participaron en la operación, pero sí menciona más tarde que dos estaban aparte y alude a la presencia de la Legión III; ésta es la única unidad a la que nuestras fuentes citan por el nombre, pero es probable que también participaran otras legiones asociadas a Antonio, por ejemplo la Legión V Alaudae. Según Velejo Patérculo, Antonio tenía trece legiones en total, pero no da la cifra de soldados. Otras fuentes declaran que eran quince, dieciséis o diecisiete legiones. Por una u otra razón nunca muy convincente, casi todos los historiadores actuales optan por un contingente de dieciséis legiones. Apiano dice que era el número que César tenía pensado emplear en su expedición pártica, con el apoyo de diez mil jinetes de

caballería; el ejército de Craso había sido la mitad de grande, con ocho legiones.^[5]

Es muy improbable que las legiones reunieran todos los efectivos que en teoría deberían tener; para empezar, numerosos veteranos se habían licenciado después de Filipos, y no es de esperar que sus unidades se mantuvieran al completo. Aunque se reclutó a soldados de las tropas supervivientes de los conspiradores, también se habían registrado bajas en las campañas realizadas desde entonces. Parece que Antonio tuvo problemas para alistar efectivos de Italia, y las unidades prometidas por Octavio en el 37 a. C. no se habían materializado; por ello había reclutado a algunos legionarios en las provincias, según se nos dice tropas novatas que apoyaban a Herodes en Judea, y muchos de estos efectivos tal vez no fueran ciudadanos romanos.^[6]

El ejército de Antonio era sin duda grande, pero la cifra de dos mil a tres mil efectivos es —de nuevo probablemente— un buen cálculo del promedio de soldados presentes en sus legiones, y es improbable que la fuerza global fuera tan grande como indica Plutarco, al menos en cuanto a infantes. En conjunto, constituían la flor y nata de sus tropas, pues había dejado otros contingentes en Macedonia y en las provincias orientales, probablemente como guarniciones. Era un ejército en el que, aparte de reclutas más recientes, había unidades y soldados ya curtidos; estaba bien equilibrado en cuanto a variedad de tropas, y en general bien equipado. Una desventaja era que los distintos contingentes tenían poca experiencia operando juntos como un solo ejército, pero probablemente eso era inevitable, dada la magnitud de la operación.

Trasladar la comida y los equipos necesarios para hombres y monturas era una tarea formidable; la cantidad de bestias de tiro y de carga que los acompañaban era ingente, y también les ayudaban esclavos y proveedores de distintos tipos: todos ellos sumaban más bocas que alimentar, por lo que en último término, es más probable que el tamaño de la fuerza se viera más limitado por la capacidad para abastecerla que por la disponibilidad de hombres. Los equipos transportados en el convoy de pertrechos incluían grandes cantidades de balistas y otras armas de asedio, y sobre todo un ariete de casi veinticinco metros de longitud, que es de suponer se transportara en secciones; no era un simple ataque, sino la invasión de un ejército capaz de ocupar posiciones poderosamente fortificadas.^[7]

Ni Antonio ni ninguno de sus oficiales tenían experiencia de mando al control de un contingente tan grande; puede que hubiera más hombres en los ejércitos combinados de Filipos, pero allí sus fuerzas siempre habían estado claramente separadas de las de Octavio. Además, aquella campaña había acabado siendo relativamente sencilla, con las principales maniobras circunscritas a un pequeño anillo alrededor de la ciudad de Filipos. Antonio había adquirido casi toda su experiencia militar en Italia y en una provincia de las más consolidadas, donde las comunicaciones eran por lo general buenas y la información geográfica y topográfica bastante fácil de obtener, ya que incluso las Galias eran ya un terreno muy bien conocido por el ejército de César cuando Antonio se unió a él. Ahora el escenario era

otro, pues avanzarían por una región que ningún ejército romano había explorado nunca; dependerían mucho más de guías locales, y si el tamaño de su ejército era un factor nuevo, también lo eran las dimensiones del teatro de operaciones, con sus consiguientes distancias.^[8]

Los comandantes romanos eran audaces por instinto y formación, y Antonio no era una excepción: sus primeras hazañas como oficial de caballería a las órdenes de Gabinio habían mostrado su arrojo y habilidad para aprovechar situaciones de ventaja y también, a pequeña escala, la sorpresa que confería la velocidad de movimientos y el rebasar el flanco enemigo. Durante las operaciones de las guerras civiles, que fueron a mayor escala, recurrió a estos mismos métodos; y su audacia había triunfado en Filipos. Por entonces —como sin duda en casi todas las campañas de su carrera—, las operaciones habían durado un año como mucho. Más tarde lo criticaron por aplazar la invasión para pasar más tiempo con Cleopatra en Antioquía y por apresurar su final para volver a sus brazos: eran críticas injustas, y seguramente él sabía que César había calculado varios años para su guerra pártica; pero él sólo había conocido campañas rápidas, y puede que se resistiera a planear algo más largo.^[9]

Esta vez era probable encontrar un enemigo más peligroso de lo que lo habían sido Bruto y Casio, vacilantes y casi postrados en el 41 a. C. Los ejércitos partos eran extremadamente buenos, y sus mandos sabían lo que hacían. Entre los años 40 y 38 a. C. se habían confiado demasiado y se dejaron engañar por Ventidio Baso, para acabar luchando en desventaja; no podía suponerse que volvieran a cometer el mismo error, y su fuerte caballería les daba mucha movilidad. Además, era de esperar que fueran numerosos ahora que se trataba de defender su patria, y muy probablemente que rebasaran con creces la caballería de Antonio, cuando no todo su ejército. Emplear tantos caballos generaría muchos problemas logísticos, sobre todo si las operaciones se prolongaran más allá de la primavera y el verano; pero en territorio aliado, el rey parto estaba en mejor situación para conseguir suficientes suministros de alimentos y forraje, y podría guarecerlos tras las murallas de sus ciudades.^[10]

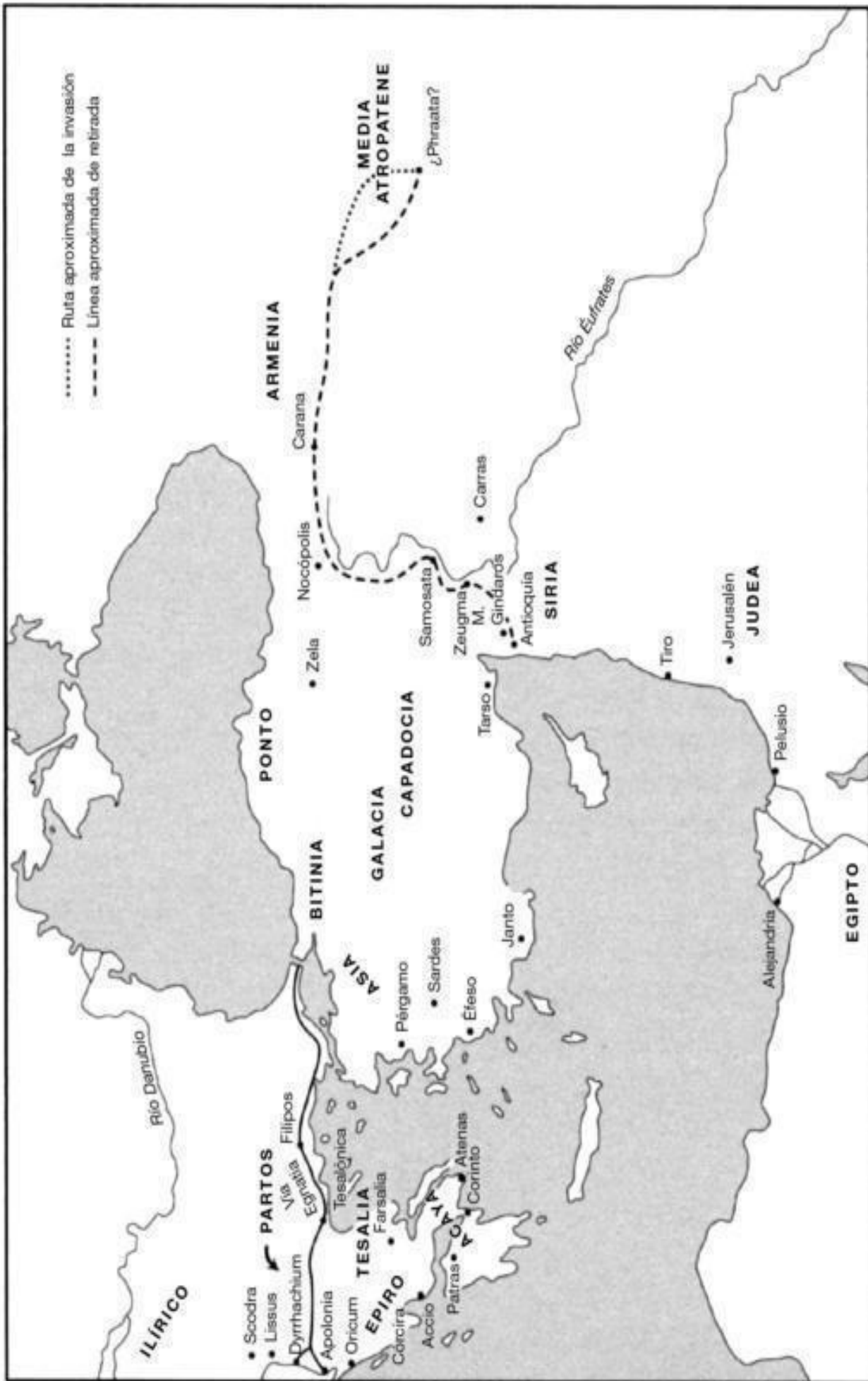
La guerra planteaba a Antonio problemas nuevos y la dificultad de un enemigo ágil y eficaz, pero disponía de una fuerza grande y razonablemente bien preparada: si le faltaba experiencia para una invasión de esa envergadura, lo mismo podía haberse dicho de César en ciertos aspectos cuando asumió el mando en las Galias. Antonio, que todavía no había cumplido los cincuenta años, estaba en la flor de la vida para un general romano y su autoridad era mayor que la ejercida incluso por Pompeyo durante su mando en el Oriente; había muchas razones para prever un grandioso éxito que aumentaría inmensamente su prestigio y su poder.

Fraates IV no llevaba ni un año siendo rey, y su sangrienta subida al trono seguía enfrentándolo a rivales de la aristocracia. Uno de ellos, Moneses, huyó para unirse a Antonio, que enseguida lo recompensó con la recaudación de tres ciudades de las provincias; el noble parto aseguró al romano que el nuevo rey era detestado y que si él atacaba, muchos más se pasarían a su bando. Aquello animó a Antonio, y aunque

Moneses decidiera regresar a su patria y reconciliarse con el rey a comienzos del año 36 a. C., le pareció una clara prueba de la inestabilidad y vulnerabilidad del reino.

De momento, Antonio fingió que quería negociar y envió una embajada para exigir la devolución de las águilas de Craso y de los prisioneros romanos aún retenidos por los partos. Fraates no podía arriesgarse a perder prestigio con esa concesión, pero Antonio quería convencerle de que las hostilidades eran improbables en el futuro inmediato. A continuación concentró buena parte de su ejército — probablemente la mayoría de las legiones y de la caballería auxiliar— para llevarlo hacia Zeugma, en la orilla siria del Éufrates, lo que indicaba que pretendía amenazar Mesopotamia, y tal vez invadirla, como había hecho Craso; así que Fraates concentró al ejército real allí para hacer frente a ese ataque.

Tal vez Antonio siempre tuviera la intención de engañar al rey de este modo, pero aunque pensara invadir desde Armenia, la ruta desde Zeugma por Edessa seguía siendo más corta, unos ochocientos kilómetros. A los partos no les había dado tiempo a concentrar sus tropas para impedir la anterior invasión de Craso, y puede que los romanos esperaran internarse antes de que llegara el enemigo; pero Fraates se dio prisa, o acaso Antonio tardó demasiado: la ruta estaba bloqueada. Así pues, el ejército romano marchó hacia el norte y serpenteó hacia el interior de Armenia para salir al encuentro del grueso de sus contingentes aliados y, seguramente, de las fuerzas mandadas por Canidio (un problema añadido a la hora de determinar el tamaño del ejército en esta campaña es la incertidumbre sobre si las cifras que dan las fuentes corresponden sólo a los hombres de Antonio, a la infantería o al conjunto de las tropas presentes en todo el teatro de operaciones; parece bastante probable que algunas se quedaran en Siria, aunque sólo fuera para mantener la ilusión de que el principal ejército seguía allí, pero ninguna de nuestras fuentes lo señala).^[11]



La expedición de Antonio contra los partos.

Aquel movimiento cogió a los partos a contrapié; con todo, era una larga marcha. No se sabe la ruta exacta —Plutarco dice que hubo de cubrir mil seiscientos kilómetros—, pero fue un rodeo enorme comparado con la ruta más rápida, controlada por los partos; por eso, cuando el ejército romano estaba dispuesto en las fronteras de Armenia ya era pleno verano. Más tarde se dijo que Antonio debería haber esperado al año siguiente para dar descanso a sus hombres. Sin embargo, Fraates habría tenido tiempo para preparar su defensa, y se habría desperdiciado la ventaja conseguida con la argucia y con la rápida marcha para superar al enemigo. Además, habría hecho que la campaña de Antonio no lograra ningún resultado tangible en toda una estación; él seguía creyendo que podría conseguir algo antes de que el frío hiciera imposible el combate: Filipos no se había decidido hasta finales de octubre. Ésta fue la primera de sus apuestas.^[12]

Antonio siguió adelante y dirigió su ejército combinado a Media, cuyo rey también se llamaba Artavasdes, como el rey de Armenia. El triunviro señaló como objetivo la ciudad de Fraaspa, sede de la corte —cuya localización exacta hoy se desconoce—, con el palacio real, su tesoro y las esposas e hijos del rey: su captura habría sido un duro golpe al prestigio del monarca, y tal vez habría obligado a Artavasdes de Media a pasarse a su bando. Fraates IV, como todos los reyes partos, gobernaba sobre un grupo variopinto de monarcas menores y poderosos aristócratas, dispuestos a cambiar de bando en cuanto dejara de interesarles darle apoyo.^[13]

La audacia, la velocidad de movimientos y la sorpresa eran las señas de identidad del estilo de Antonio de hacer la guerra, pero seguramente ahora ya sabía que era más difícil practicarlas a gran escala. Los partos se habían dado cuenta de que la amenaza a Mesopotamia era una treta: Fraates ordenó a su ejército regresar a Media y concentrarse allí. Tardarían un tiempo en desplazarse, y más aún en preparar los suministros necesarios para mantenerse. Artavasdes de Media fue el primero en llevar sus fuerzas para responder al ataque a sus tierras, pero enseguida se le unieron otros contingentes; luego llegó el propio Fraates, que, aunque no era costumbre de los reyes partos dirigir su ejército en persona, supervisó estrechamente la campaña.

Fraaspa estaba muy en el interior de la región de Media, y la columna de Antonio avanzaba con frustrante lentitud por un terreno sin buenas calzadas; esto era así pese a que no se apartaron de las llanuras que circundaban el río, que para colmo constituían un terreno propicio para la caballería pártica, si se presentaba. Lo más incómodo de todo eran los trescientos vagones que transportaban las armas de asedio y el equipaje pesado: los bueyes de tiro son lentos, avanzan como mucho a tres o cuatro kilómetros por hora durante un máximo de siete u ocho horas diarias, y en el mejor de los casos recorren unos cien kilómetros a la semana, si se los mantiene bien para que puedan seguir rindiendo. El transporte rodado se hace aún más difícil a poco accidentado que sea el terreno: en todos los escollos se formaba un atasco que tardaban horas en solventar, y a los vehículos y tropas retenidos les llevaba otro tanto recuperar el retraso.^[14]

Como las armas pesadas no podían moverse a más velocidad, Antonio decidió dejarlas atrás y seguir avanzando con el grueso de las tropas de combate, llevándose sólo los equipos más ligeros y una pequeña provisión de comida; quería darse prisa en llegar a Fraaspa para que los defensores de la ciudad, aterrorizados, tal vez se rindieran, o tomarla rápidamente por asalto: dos de sus legiones más novatas y varios contingentes aliados se quedaron atrás vigilando las armas y siguiéndolos a su ritmo. En las Galias, César solía llevarse a las mejores legiones y dejar a los soldados menos curtidos la labor de vigilar el bagaje pesado y los pertrechos; pero siempre los dejaba en un campamento bien fortificado o tras las murallas de una ciudad, y nunca marchando solos tan desprotegidos, ni siquiera en las Galias, donde el enemigo tenía mucha menos movilidad que los partos. Ésta fue la segunda apuesta de Antonio, aún más arriesgada.^[15]

Llegó a Fraaspa, pero los partos que la defendían no se intimidaron con el tamaño de su ejército; obligado a iniciar un asedio en toda regla, puso a los soldados a construir una elevación que había de ser tan alta como la muralla, para poder disparar sobre los defensores de la ciudad. Al parecer, los romanos se llevaron parte de la artillería ligera, y muchos soldados disponían de proyectiles; pero el ritmo de la construcción era lento, y había pocas perspectivas de tomar la ciudad antes de que llegaran los equipos pesados.

Los exploradores partos localizaron el convoy romano de armas pesadas e informaron de la debilidad de su escolta a Fraates, que, aprovechando la ocasión, envió una potente fuerza de caballería para interceptarlo; en ese momento estaba sólo a unos días de la principal fuerza romana. El comandante de la escolta envió un mensaje a Antonio pidiéndole que acudieran al rescate; quizá también contara con la ayuda del contingente de Artavasdes de Armenia, pero al acabar la campaña el rey fue acusado de no prestar su apoyo. Los partos atacaron y arrollaron a las dos legiones enseguida, era difícil proteger un convoy de esas proporciones con una fuerza tan reducida: la escolta romana fue destruida y su comandante muerto. El rey Polemón de Ponto, uno de los monarcas cuyo poder había aumentado mucho en los últimos años gracias a Antonio, estaba entre los prisioneros; quemaron las armas de asedio y se llevaron o destruyeron bestias de carga, vehículos y pertrechos.

Al ser consciente de la amenaza, Antonio sacó del asedio de Fraaspa una potente fuerza para hacerla avanzar a marchas forzadas al rescate del convoy con las armas: al llegar sólo encontraron cadáveres, las cenizas y los restos de la destrucción. Fraaspa seguía resistiendo, y sin las armas de asedio, ahora perdidas, había pocas posibilidades de ocuparla. La capitulación parecía muy improbable, pues ahora un sustancial ejército parto operaba en la zona. Un problema más perentorio era que Antonio había perdido además la mayor parte de sus víveres. Los forrajeadores eran muy vulnerables, salvo que salieran en destacamentos muy numerosos: sus pequeñas columnas eran capturadas y destruidas por los arqueros de la caballería pártica, y las bajas empezaron a aumentar. Artavasdes de Armenia ya había decidido llevarse su

contingente a casa.^[16]

Antonio se decidió por una nueva apuesta, y dejando una fuerza mínima para proteger sus líneas de asedio, se llevó a diez legiones, tres cohortes de la guardia pretoriana y toda su caballería en una marcha por el campo circundante: al menos harían acopio de alimentos y forraje, pero también tenía la esperanza de atraer a los partos y hacerlos entrar en batalla; era probable que una clara victoria en el campo de batalla cambiara el curso de la campaña, forzando al rey Fraates a retirarse o a pedir condiciones de paz, y tal vez hasta acabara desanimando a los defensores de la ciudad de Fraaspa.^[17]

El primer día de la marcha una nutrida fuerza enemiga empezó a seguir a la columna romana. Los partos no atacaron: contemplaban admirados la disciplina de los hombres de Antonio, dispuestos en formaciones siempre bien ordenadas para darse cobertura mutua. El comandante romano fingió retirarse haciendo marchar a sus hombres muy pegados ante la amplia media luna dibujada por las tropas enemigas, que seguían limitándose a observar. Las unidades de la columna tenían órdenes de rotar poniéndose en línea y atacar en cuanto los partos estuvieran lo bastante cerca de los legionarios para embestirlos. Cuando los clarines tocaron la señal de ataque, los legionarios avanzaron gritando y haciendo entrechocar sus armas y escudos para asustar a los caballos de los partos: la violencia del ataque desbandó a los enemigos, pero era muy difícil alcanzar a los jinetes en su huida; tal vez la orden había sido prematura. Todo indicaba que era difícil capturar a los jinetes enemigos salvo que estuvieran enzarzados en pleno ataque, como en las batallas de Ventidio; los romanos mataron a ochenta hombres y capturaron sólo a treinta.

Antonio no había conseguido la batalla decisiva que necesitaba, y cuando al día siguiente volvió a llevar sus tropas a Fraaspa, el enemigo demostró que su confianza en sí mismo seguía íntegra hostigando a la columna romana hasta el último metro. Mientras tanto —o puede que nada más llegar sus desalentados hombres—, los defensores de la ciudad habían lanzado una incursión: el pánico cundió entre los legionarios de la fuerza avanzada, y el enemigo logró alcanzar la elevación romana y dañar los trabajos del asedio. Antonio ordenó diezmar a aquellas unidades, ejecutando a uno de cada diez y dando a los supervivientes raciones de cebada en vez de trigo; pero cada vez quedaban menos víveres, y puede que la última medida se hiciera extensiva a todo el ejército.^[18]

Ya era entrado el otoño y el asedio de los romanos no progresaba. La comida empezaba a escasear en los dos bandos, y Fraates sabía que pronto le iba a ser difícil mantener unidos a los contingentes semif feudales del ejército parto; igual que Antonio había hecho antes, decidió engañar a su oponente y redujo con toda intención los ataques a los grupos de forrajeadores romanos. Las patrullas de los partos recibieron instrucciones de hablar con sus adversarios —sobre todo con los contingentes aliados, seguramente— elogiando su valor y aludiendo al deseo del rey de poner fin a las hostilidades; era precisamente lo que querían oír los romanos y su comandante,

que envió una embajada al campamento parto. Dión nos pinta un vívido retrato de Fraates recibéndolos sentado en su trono dorado, sin dejar de jugar con un arco tensado, símbolo de hostilidades: destensado era símbolo de paz. El rey rechazó bruscamente la petición de los estandartes y los prisioneros de Craso reiterada por los romanos, pero les aseguró que no los perseguirían si se retiraban entonces. Fue una tregua limitada: los defensores de Fraaspa destruyeron las construcciones de asedio romanas en otra incursión y hubo nuevos ataques a grupos de forrajeadores.

Puede que Antonio y sus altos mandos creyeran, o quisieran creer, la promesa del rey. No es que importara mucho: si Fraaspa hubiera caído, habrían tenido comida suficiente para abastecer a las tropas y pasar el invierno en Media; pero no había sido así, y el ejército enemigo, invicto y amenazador, se cernía sobre ellos desde todas direcciones. Quedarse donde estaban no ofrecía perspectiva de éxito y sí grandes probabilidades de un aciago desastre. Antonio tomó la decisión de retirarse a Armenia. Sin ganas de dar el discurso para informar al ejército de las nuevas órdenes, delegó la tarea en Domicio Ahenobarbo, antiguo y ardiente defensor de la República, cuyo hijo estaba ahora prometido a la hija mayor de Antonio y Octavia. Dado el tamaño del ejército, probablemente hubo de repetir el discurso varias veces, salvo que primero lo dirigiera sólo al grupo de centuriones y demás oficiales y ellos luego lo resumieran a sus hombres; a muchos soldados les conmovió la evidente vergüenza que sentía el comandante por haber errado en sus decisiones: Antonio siguió siendo popular.^[19]

RETIRADA

Retirarse ante la mirada del enemigo es una de las maniobras más difíciles para un ejército; si además el enemigo es mucho más ágil, el riesgo de graves pérdidas, e incluso de desastre, es aún mayor. Antonio decidió no seguir la misma ruta tomada para el avance. Un mardiano que había sobrevivido a la masacre del convoy de armas pesadas le advirtió de que eran campos demasiado abiertos: sería mejor pegarse a los montes, pasando por los pueblos y campos que no estaban todavía en terreno al descubierto. El mardiano ya había dado muestras de su lealtad, y ahora se prestó voluntariamente a montar encadenado guiando la columna.

Quizá el mardiano estuviera en lo cierto al decir que el rey Fraates no pensaba dejar pasar a los romanos sin atacarlos, o quizá el cambio de ruta hizo sospechar al rey que Antonio planeaba una argucia. El tercer día de marcha vieron signos de que el enemigo había agrietado deliberadamente una presa para inundar un trecho de la calzada. Antonio volvió a ordenar al ejército que adoptara la formación rectangular *agmen quadratum*, para mantener en el centro el bagaje que conservaban, rodeado por

todas partes por soldados listos para desplegarse en formación de batalla; en eso estaban cuando aparecieron las primeras patrullas partas.

La caballería enemiga inició el ataque de inmediato, intentando arrollar a los romanos antes de que se hubieran desplegado del todo. Los hombres de la infantería ligera de Antonio plantaron cara, pero al final se vieron obligados a retirarse al abrigo de sus legionarios. Al final, una carga de la caballería auxiliar gala repelió al cuerpo principal del ejército parto, y no hubo más ataques durante el resto del día. A lo largo de la noche, Antonio y sus oficiales comunicaron a todas las tropas sus puestos en la nueva formación y dieron órdenes estrictas de limitar los contraataques de la caballería para que ninguna unidad se alejara del ejército principal quedando aislada: ése había sido el destino de Craso, el hijo de Publio, y de sus jinetes galos en Carras. [20]

Durante cuatro días los romanos se atuvieron a ese plan. La marcha era lenta, pues la formación era aparatosa, pero aunque las bajas eran constantes, infligieron similares pérdidas al enemigo. Los arqueros a caballo dependían de la velocidad para no ser blancos demasiado fáciles, y eso reducía el alcance real de sus arcos en el ataque a una formación enemiga, y más todavía a un solo soldado. Los arqueros y balistas que iban a pie tenían un alcance efectivo mayor que los montados. Los proyectiles de las balistas tenían la ventaja añadida de la difícil visión de su trayectoria en el aire, y podían causar conmoción cerebral aunque dieran en el yelmo: frente a ellos, hasta la coraza ofrecía poca protección. [21]

Frustrado con la lentitud de la marcha y la defensa pasiva, el oficial Flavio Galo pidió permiso para formar un destacamento especial de infantería ligera y caballería, y convenció a Antonio diciéndole que así harían más daño al enemigo. Al día siguiente a Galo le fue bien en la reta guardia, pero después se alejó demasiado de los legionarios, y ya ni los más cercanos podían apoyarle. El cansancio pesaba en hombres y caballos, y los partos les rodeaban; pero Galo siguió confiado, o quizá sólo obcecado, negándose a acatar la orden de retirada. Canidio Craso le enviaba refuerzos a cuentagotas, que al no ser suficientes para conseguir nada, sólo hacían aumentar la magnitud del potencial desastre. Al final, un contraataque de la Legión III y la llegada del propio Antonio al frente de tropas de la vanguardia repelió al enemigo y permitió a la unidad regresar bajo la protección del ejército. Galo, con cuatro saetas en el cuerpo, murió días después.

Las saetas herían a más hombres de los que mataban en el acto, y la acción de Galo había elevado mucho el total de heridos. Plutarco afirma que rescataron a cinco mil heridos y que hubo tres mil muertos. Antonio iba a ver a los heridos y les cogía la mano entre lágrimas; los soldados le pedían que no se preocupara, asegurándole que todo saldría bien si él seguía a cargo. La sociedad romana aceptaba sin problemas la efusividad emocional, y Antonio ya llevaba en el ejército tiempo suficiente como para haberse ganado el afecto y la confianza de sus hombres. Al día siguiente pronunció un discurso oficial ante las tropas y la respuesta fue calurosa; algunos de

los heridos le «suplicaron» que los diezmara. Según Dión, muchos hombres dispuestos a desertar sólo se quedaron porque habían visto que los partos disparaban a todo el que se entregaba: a las tropas de Fraates no les sobraban alimentos para hacer demasiados prisioneros, y quizá ésta era la explicación, aparte del deseo de propagar el terror.^[22]

Aquel éxito animó aún más a los partos, cuyo contingente además había crecido, pues Fraates incorporó las tropas reales a los siguientes ataques. Plutarco asegura que había cuarenta mil hombres en el bando enemigo, pero es improbable que los romanos supieran el número exacto, ni entonces ni después. Con su movilidad y la necesidad por parte de los romanos de continuar en formación, los partos podían confiarse a su superioridad numérica en cada ataque; les sorprendía que la columna romana avanzara ordenada de nuevo, pero enseguida reanudaron sus punzantes ataques, mayores y más frecuentes a medida que avanzaba el día. En un momento dado, los arqueros a caballo estaban ya tan cerca de algunos legionarios que estos iniciaron su famosa formación testudo: la fila frontal arrodillada tras los escudos y la posterior superponiéndolos por el borde superior para proteger bien la cabeza. Al iniciar los romanos la formación, los jinetes partos interpretaron el movimiento en las filas como un signo de desorden e inminente huida y cargaron eufóricos contra ellos, ya que los infantes en desbandada quedaban a merced de los arqueros a caballo. Les asombró la firmeza de los legionarios, que no rehuían el combate cuerpo a cuerpo; y cuando se volvían para huir, fueron capturados y perecieron en mayor número de lo que había ido siendo habitual.^[23]

Durante un tiempo disuadieron al enemigo, pero la situación con la comida se hacía desesperada. Muchos animales de carga y de tiro habían muerto o se estaban empleando para transportar a los numerosos heridos: eso favorecía la moral, pero la salud de los demás también se resentía. Minúsculas cantidades de trigo cambiaban de manos a precios desorbitados; la ración del soldado solía distribuirse sin preparar, y quedaban muy pocos molinillos para hacer harina del grano. Los soldados escarbaban desesperados buscando hierbas y verduras comestibles, y algunos caían enfermos y morían a causa de esos experimentos; siguieron registrándose bajas, pese a que los ataques partos amainaron.^[24]

El rey Fraates volvió a mostrarse dispuesto a negociar e intentó convencer a los romanos de que tomaran una ruta más fácil, por las tierras bajas, prometiendo que los lugareños se limitarían a observarlos sin atacarlos. Antonio recibió un mensaje en el que Moneses le avisaba de que era una trampa; además de su gratitud por la generosidad de Antonio en el pasado, es posible que el antiguo exiliado no deseara una victoria tan abrumadora para el rey, con la que éste consolidaría su posición en el poder. El guía mardiano albergaba la misma sospecha, y también Veleyo, uno de los legionarios de Craso que seguía cautivo y logró escabullirse hasta la vanguardia romana para advertir del engaño. Antonio permaneció en la ruta más difícil y ordenó al ejército emprender la marcha amparándose en la oscuridad de la noche con la

esperanza de ganar cierta ventaja sobre los perseguidores. Dio instrucciones para que los soldados llevaran agua encima y así no tener que detenerse a distribuirla; la idea era sensata, pero para entonces muchos no tenían recipientes adecuados donde llevarla.^[25]

Muertos de sed, los romanos salvaron cincuenta kilómetros, pero los partos les dieron alcance antes de avanzado el día; estaban tan desesperados que, pese a todas las advertencias, algunos bebían de arroyos contaminados, enfermaban y se quejaban doloridos mientras Antonio, a caballo entre ellos, les rogaba que aguantaran hasta el siguiente río. Aquella noche la disciplina se desmoronó: saquearon lo que quedaba del convoy de carga —al parecer algunos oficiales aún poseían bastante equipamiento y efectos personales de valor—, y hubo asesinatos por dinero. Según Delio, que estaba con el ejército y probablemente es el origen de los relatos que nos han llegado, esa noche Antonio llegó a decirle a uno de sus escoltas que podría necesitar su ayuda para suicidarse.^[26]

El orden finalmente se restauró con la luz del día; volvieron a ponerse en marcha y tuvieron que repeler otra ráfaga de ataques partos. Aquel día fue el de los últimos combates, pues la persecución cesó entonces. Pocas jornadas después, los hombres de Antonio llegaron al río Aras, en la frontera con Armenia; habían pasado veintisiete días desde que dejaron Fraaspa. Plutarco afirma que cuando Antonio pasó revista a su ejército vio que había perdido a veinte mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería, lo que no parece incluir las legiones aniquiladas con el convoy de armas pesadas. Armenia era un aliado, y la deslucida actuación de su rey se dejó correr por el momento.

La dura prueba del ejército aún no había terminado. Acababa ya el otoño y no dispondrían de suficiente comida para pasar el invierno: había que salvar una larga distancia hasta el interior de Armenia, y tuvieron que seguir avanzando por terreno montañoso en medio de terribles ventiscas. Según Plutarco, otros ocho mil hombres murieron de agotamiento, enfermedad y frío. Como siempre con las cifras de nuestras fuentes antiguas, hay que ser cautos. Veleyo Patérculo afirma que en la expedición perecieron la cuarta parte de los legionarios y la tercera parte de los proveedores del campamento, y que casi todas las armas y el bagaje se perdieron. La desaparición de entre un cuarto y un tercio de todo el ejército de Antonio suena verosímil; y los caídos en acciones del enemigo no llegaban a sumar la mitad de las bajas. Los supervivientes tenían que estar extenuados, y muchos probablemente enfermos. A las bajas humanas se añadían los animales que se perdieron con el convoy de armas pesadas y en la larga caminata a casa: caballos, mulas y bueyes tienden a quebrarse antes que los hombres, y también puede suceder que simplemente sirvan de comida al acabarse los víveres. Por último, también los vagones y las armas de asedio se habían perdido. El ejército de Antonio estaba impedido de momento: no podía lanzarse a otra contienda, necesitaba tiempo para recuperarse.^[27]

Reparar el desprestigio iba a ser aún más difícil. Antonio había pensado que la

guerra pártica le dara gloria y riqueza. A diferencia de Craso, sobrevivió y trajo consigo a más de la mitad de sus hombres; pero los romanos esperaban la victoria, no sólo la supervivencia ni proezas de resistencia. Había muchas y diversas razones para criticar el mando de Antonio como general: al parecer, en el plan inicial no se trazaron claramente los objetivos ni cómo alcanzarlos; en el mejor de los casos, probablemente fuera demasiado ambicioso para el tiempo calculado, y la decisión de dejar atrás las armas de asedio y el bagaje pesado era previsiblemente desastrosa. Los errores podían perdonarse y excusarse si el resultado de la guerra era positivo: los buenos generales romanos hacían gala de su suerte, pues lo que importaba en definitiva era ganar.

Antonio no había ganado la guerra y había fracasado claramente en todos sus objetivos: no había ocupado territorio, y no sólo no había rescatado ningún guila ni prisioneros, sino que además los victoriosos partos se habían llevado nuevos trofeos. Se quedó con sus tropas hasta que se encontraron a salvo de nuevo en los barracones de Siria; su valor personal fue ejemplar durante toda la campa, y había compartido el peligro y las penalidades con su ejército: seguía siendo popular, pero también lo fue Lord Raglan en el ejército británico que con tan poca pericia mandó en Crimea. Un general ha de poseer mucho más que coraje físico para realizar bien su cometido. Antonio había fracasado precisamente en la empresa más esencial para la identidad de un noble romano.^[28]

Con sus hombres a salvo, Antonio corrió a la costa de Siria y envió a buscar a Cleopatra.

REINA DE REYES

Antonio escogió un lugar muy poco conocido para su cita con Cleopatra. Leuce Come —literalmente, «puerto blanco»— estaba situado entre Beritos (la actual Beirut) y la antigua ciudad fenicia de Sidón. Aunque estas dos ciudades eran bastante grandes, decidió esperarla en una localidad que apenas pasaba de ser un pueblo: tal vez temía que los partos aprovecharan su retirada para contraatacar en Siria y pensara que las principales ciudades eran blancos más atractivos para el enemigo; pero probablemente ya era diciembre del año 36 a. C. o enero del 35 a. C. cuando llegó a la costa, y en esa estación no era previsible un ataque importante. Dejando esto a un lado, las murallas de un lugar como Tiro ofrecían mucha más seguridad que un sitio tan pequeño como Leuce Come.

Lo más seguro es que eligiera un puerto de tan poca entidad porque aquella no iba a ser una gran ocasión para la pompa y la ceremonia, sino un encuentro privado; o al menos todo lo privado que podía ser cuando un triunviro romano se reunía con la reina de tan relevantes dominios. La cita tenía cierto cariz político, pues había dado a Cleopatra instrucciones de llevar dinero y suministros para sus tropas; pero si ésa hubiera sido la cuestión principal, no habría habido necesidad de convocar a la reina en persona: la necesidad era personal.

Antonio estaba agotado mentalmente y físicamente: en menos de un año había viajado bastante más de tres mil kilómetros y había realizado un asedio y librado una sucesión de escaramuzas y enfrentamientos bélicos; y en la retirada se había empleado a fondo para mantener en movimiento a su ejército, y al menos una vez había contemplado seriamente el suicidio. Como comandante, había tomado las decisiones clave y era el responsable de sus desastrosas consecuencias: había fracasado, y ese fracaso empañaría el resto de su vida.

Con Cleopatra podría olvidar todo eso por una temporada. Antonio sabía que ella sería una compañía animada, amena y nunca crítica: le escucharía cuando quisiera hablar, y los comentarios que hiciera sin duda le alegrarían el ánimo; podrían celebrar banquetes y fiestas y seguir viviendo una vida «inimitable», además de hacer el amor. La reina era su amante, y además necesitaba conservar el apoyo que él le daba: es difícil pensar que no hubiera también al menos cierto grado de amor verdadero por ambas partes. Y lo más importante de todo, Cleopatra no era romana: con ella Antonio podría fingir que era un soberano helenístico, o Hércules o Dioniso si así lo

prefería; no tenía que ser el noble romano que no había estado a la altura de las proezas militares que tanta importancia tenían para su clase.

Antonio esperó con impaciencia la llegada de su amante. Plutarco nos cuenta que deambulaba inquieto de acá para allá y se levantaba en mitad de las comidas para asomarse al mar deseando divisar sus naves; bebía cada vez más a medida que transcurrían los días sin que Cleopatra llegara, que ya sumaban semanas. No parece que ella tardara deliberadamente. Hacía sólo meses que había dado a luz al tercer hijo de ambos, un varón que recibió el nombre de Ptolomeo Filadelfo en honor del segundo rey de su linaje, que había dirigido el imperio en su máxima extensión; tal vez aún no se hubiera repuesto del parto y no se viera capaz de viajar de inmediato. Y tan importante como esto era que la llamada, inesperada y urgente, exigía algunos preparativos: Antonio quería dinero y ropas para su maltrecho ejército, e inevitablemente, llevaría tiempo conseguir diez mil túnicas o más y otros tantos pares de botas, así como acuñar moneda de la denominación indicada en cantidad suficiente para pagar a los soldados; además, ambas cosas eran voluminosas para el transporte.

Cuando Cleopatra al fin llegó, llevaba consigo una considerable cantidad de ropa, pero menos dinero del que Antonio había solicitado: quizá no hubiera logrado disponer de toda la cantidad en tan poco tiempo, pero, en todo caso, él seguía teniendo sustanciales reservas de su dinero. Las legiones recibieron la paga; y con toda probabilidad, también una generosa recompensa, pues era algo a lo que las tropas se habían acostumbrado en los años de la última década. Acusaron a Antonio de mentir a sus hombres diciéndoles que el dinero era un regalo de la espléndida Cleopatra. Su estado de ánimo sin duda mejoró al llegar ella, y ambos regresaron enseguida a Alejandría.^[1]

Y QUEDABAN DOS

Muchas cosas habían cambiado desde que Antonio había partido a Armenia; en el año 36 a. C. Octavio emprendió una gran ofensiva contra Sexto Pompeyo, y Lépido le había prestado ayuda llevando sus fuerzas desde África para invadir Sicilia. Sexto mostró algo de su antiguo talento, y sus hombres el valor de siempre, pero esta vez el adversario era muy superior. Agripa había pasado un año creando una marina mayor y muy bien adiestrada que incluía los ciento veinte barcos de guerra prestados por Antonio a su colega, y ganó la primera batalla del año. Sexto enseguida respondió con otro ataque y venció a Octavio, pero no pudo impedir el desembarco de los ejércitos de Octavio y Lépido en Sicilia, que pronto invadieron gran parte de la isla. La batalla decisiva, en la que se midieron unas trescientas naves por cada bando, tuvo lugar en el cabo Nauloco. Octavio observaba desde la orilla mientras Agripa

prácticamente destruyó la flota de Pompeyo haciendo uso de un artefacto recién inventado, el harpax (harpago), que facilitaba el abordaje de los barcos enemigos enganchándolos con sus garfios para luego asaltarlos y capturarlos. Los barcos de Agripa, más grandes, daban cabida a más legionarios que servían como infantes de marina, y las probabilidades de ganar tales enfrentamientos siempre estaban de su lado.^[2]

La fuerza de Sexto fue destruida y él huyó. Lépido escogió este momento para intentar recuperar el poder y la preeminencia que había disfrutado antaño; tal vez esperara deshacerse totalmente de Octavio, o al menos renegociar su alianza, pues asumió el control de los ejércitos combinados en Sicilia. Los pormenores no están muy claros y la propaganda ocultó muchas cosas, pero sin duda el desenlace fue rápido: el joven César en persona entró en el campamento de Lépido, y los legionarios que en el 43 a. C. se habían unido en tropel a los hombres de Antonio ahora desertaron para pasarse a su bando. Lépido fue despojado de sus poderes como triunviro, pero se le permitió vivir, y en un cómodo retiro, el resto de su vida: fue una muestra de clemencia que recordaba a julio César y nada tenía que ver con la brutalidad de las proscripciones. Lépido conservó el título de pontifex maximus, aunque en realidad no le dejaron desempeñar sus funciones; sólo a su muerte, acaecida más de veinte años después, Octavio —ya con el nombre de Augusto— asumió ese cargo sacerdotal. A partir de entonces, siguió siendo prerrogativa de los emperadores hasta la caída del Imperio de Occidente en el siglo v d. C., cuando pasó al papa, que hoy sigue ostentándolo.^[3]

Octavio celebró una ovación por la derrota de Sexto, la misma ceremonia menor con la que años atrás Craso había señalado su victoria sobre Espartaco. En un momento en el que necesitaba proveer la flota de mano de obra, también Octavio liberaba a numerosos esclavos, pero su propaganda seguía pintando a Sexto como el cabecilla de esclavos prófugos en rebeldía contra el orden natural. Miles de prisioneros fueron crucificados, lo que de nuevo evocaba a Espartaco; se dijo que se trataba de esclavos cuyos amos ahora no se había podido localizar. Puede que fuera verdad, pero lo más importante era el mensaje propagandístico de negar que ésta fuera otra guerra civil; en su lugar, se transmitía que la cuestión había sido restaurar el orden haciendo frente a un pirata, y no al hijo de Pompeyo Magno.^[4]

No dejaba de ser un éxito en fuerte contraste con la derrota de Antonio en la región de Media. Los despachos de éste al Senado ocultaron la escala de las pérdidas y pintaron algunas escaramuzas como grandes victorias. De momento, Octavio y sus socios no cuestionaban la verdad de la versión de Antonio, al menos en público; de todos modos, habrían surgido rumores, pues muchos de sus oficiales escribieron su versión de los acontecimientos. Y para empezar, pronto quedó claro que la expedición no había rendido muchas ganancias tangibles, si es que había rendido alguna.^[5]

Octavia, decidida a reunirse con su esposo, viajó a Atenas en la primavera del año 35 a. C. Se llevó consigo a sus dos mil pretorianos y también una considerable

cantidad de dinero, suministros y animales de carga; Apiano menciona además una unidad de caballería. Por esas mismas fechas, Octavio devolvió a Antonio los barcos que éste le había prestado en Tarento —los setenta que quedaban tras las grandes pérdidas en la lucha con Sexto—, sin incluir los legionarios prometidos: dos legiones, o veinte mil hombres. Plutarco creía que Octavio envió a su hermana con menos ayuda de la prometida para provocar deliberadamente a Antonio; los historiadores de hoy se han decantado por darle la razón. Si Antonio recibía bien a su esposa, quedaría a la vista de todos que aceptaba sin protestar cualquier ayuda que su colega triunviro quisiera otorgarle, por pequeña que fuera, aunque parecía más probable que se sintiera insultado y rechazara a la respetada Octavia; y despreciar a una esposa romana por una amante que no sólo era extranjera, sino reina, iría en detrimento de la reputación de Antonio.^[6]

Para Octavia, sin embargo, volver a Atenas para llevar ayuda a su marido era muy natural, y todo lo que llevó —incluidos los pretorianos se presentó como un regalo personal de ella, no de su hermano; impedirle el viaje hubiera parecido extraño, aunque por otro lado, nunca antes había viajado más al este de Atenas. Antonio le envió el mensaje de que se quedara en la ciudad, porque él tenía previsto volver al campo de batalla, y de una esposa romana no se esperaba que siguiera a su marido a la guerra. Aunque comprensiblemente le molestara que su cuñado faltara a sus promesas— y es seguro que así lo manifestó en público—, aceptó los regalos, porque la falta de apoyo de Octavio podría venirle bien como excusa a la que achacar sus propios errores; pero es muy improbable que un número mayor de soldados hubiera cambiado mucho el resultado de la expedición del 36 a. C.

A corto plazo, esos soldados tampoco le iban a servir de mucho en el siguiente verano: lo que quedaba de su ejército aún no se había recobrado de la dura retirada; concretamente, las monturas no podían haber recuperado la forma, y la caballería era vital en cualquier operación contra los partos. Aún más graves eran las pérdidas en animales de carga y vagones, y es improbable que los de Octavia las compensaran: sin transporte, una gran ofensiva era absolutamente imposible. Por suerte, el enemigo había entrado en disputas por los despojos de su reciente victoria: Artavasdes de Media envió mensajeros a Antonio ofreciéndole una alianza contra el rey parto.^[7]

Parecía abrirse la oportunidad de emprender operaciones pequeñas, adecuadas a sus recursos en ese momento limitados, cuando de pronto Antonio se vio obligado a encarar una amenaza totalmente inesperada. Sexto Pompeyo, en su huida rumbo al Oriente, había desembarcado en la provincia de Asia. Al principio ofreció a Antonio una alianza contra Octavio; luego supo del desastre en Media, y debió de concluir que el triunviro oriental era vulnerable, o quizá que era mejor negociar desde una posición de fuerza, y empezó a reclutar legiones. Tras una breve campaña, lo apresaron los gobernadores de la zona y fue ajusticiado, aunque no está claro si fue Antonio quien dio la orden. Octavio más tarde comparó su generosidad para con Lépido con el asesinato sumario de Sexto perpetrado por su colega; pero es difícil

imaginar que, de haber caído en sus manos el hijo de Pompeyo, él no lo hubiera matado, y sin duda es también difícil que eso pudiera encajar con su intencionado esfuerzo por presentarlo como un pirata. Para Antonio tampoco tenía ningún incentivo real perdonarle la vida. En aquel momento, Octavio se congratuló públicamente de la ejecución en Roma.^[8]

Distraído por estos asuntos, con casi todo su ejército todavía exhausto y sin haber conseguido gran cosa, a Antonio se le echó encima el otoño, estación en que el combate era impracticable; puede que él también siguiera muy cansado. Cleopatra lo acompañó gran parte del año, en Alejandría y luego seguramente en Antioquía. Según Plutarco, la reina temía a Octavia, y no quería que Antonio pasara el invierno con su esposa. Él respondía al afecto, y Octavia, aun siendo hermana de Octavio, era de la edad de la reina y una mujer inteligente a la que muchos consideraban bella; es muy posible que el amor por su marido también fuera auténtico, y había dejado claro que su sentido del deber era muy fuerte. Por todo eso, se nos dice, Cleopatra engatusaba a su amante aparentando arrobado placer y «dejando» que vislumbrara al llegar junto a ella las lágrimas derramadas por su ausencia, ocultándolas enseguida como si no deseara que él las viera; perdió peso a propósito, y sus cortesanos y acaso algunos amigos romanos de Antonio a quien ella se había cuidado de ganarse, le hablaban de la completa devoción de la reina.^[9]

Cleopatra dependía de él para mantenerse en el poder. Tal vez el amor hubiera crecido, estuviera o no presente desde el comienzo: habían tenido tres hijos, y como los hombres que Cleopatra podía considerar sus iguales eran en realidad muy pocos, para ella era una compañía muy preciada, además de su amante; es probable que una genuina pasión alimentara la dependencia en lo político. En el año 40 a. C. Antonio la había dejado para retornar a Italia y a su nueva esposa, y no volvió en varios años. Cuando llegara el momento, tendría que retornar a Roma y al corazón de la República que le había dado el poder; pero si se iba ahora con Octavia, su marcha definitiva podría suceder más pronto que tarde, y entonces la reina podría perder su apoyo: la esposa romana era una rival peligrosa.

Sin embargo, Octavia también le haría mucho más presente su reciente fracaso: irse con ella era volver a estrechar la relación con su hermano, pero sobre todo, volver a ser enteramente senador romano. Su reorganización administrativa del Oriente había sido en general buena: renovando la obra de Pompeyo, en algunos casos la había mejorado; pero él, a diferencia de Pompeyo, no podía jactarse de auténticas victorias. Tampoco había perspectivas de emprender una nueva campaña de tales dimensiones —ni con tanta probabilidad de éxito— en varios años: su carrera iba muy mal, y no era un pensamiento agradable. En compañía de Octavia habría tenido mucho más difícil dejar a un lado esa verdad, como también el hecho de que su hermano no dejaría de aprovecharse de su debilidad.

La perspectiva no era muy halagüeña; al contrario que quedarse con Cleopatra, una compañía mucho más placentera y alentadora: con ella viviría plácidamente e

intentaría evadirse del futuro, y quizá también le sería más fácil creer que podría hacer algo por reparar el daño de su derrota. Antonio hizo llegar a Octavia el mensaje de que regresara a Roma, y como buena esposa romana, ella obedeció y volvió a la casa de ambos: por cierto, la antigua propiedad de Pompeyo Magno. También siguió usando su influencia para promover a los amigos de Antonio. Se murmuraba que su hermano le sugirió que se divorciara de su marido, pero ella se negó en redondo.^[10]

Seguramente para Octavio era una preocupación menor, dado que estaba muy ocupado: de los años 35 al 33 a. C. encabezó tres campañas consecutivas contra varias tribus ilirias en los Balcanes. César tenía pensado guerrear también en esa zona, y quizá en su elección resonaran ecos del gran comandante; además, había derrotas que vengar y estandartes perdidos que rescatar, pues Gabinio, el antiguo comandante de Antonio, se había dejado allí un ejército en el 47 a. C. Por otro lado, la región estaba próxima a la frontera del territorio gobernado por Antonio, y por ello era un buen lugar donde mostrar la fuerza de sus tropas a cualquier rival en potencia, incluido su colega. Pero su principal motivo era el mismo que había llevado a Antonio a atacar a los partos: Octavio quería demostrar su valía al servicio de la República y ganar la gloria de vencer a enemigos de fuera; en su caso, los rumores de cobardía y debilidad empañaban además sus victorias sobre otros romanos.

En aquellas campañas tuvo buen cuidado de aparecer tan heroico como pudo, y hasta resultó herido en el ataque a una ciudad (probablemente no por acción directa del enemigo, pero éste sin duda estaba cerca), e igual que Antonio, dio la orden de diezmar al menos a una cohorte. Otras historias de sus castigos ejemplares tal vez daten de estas operaciones: por ejemplo, apostaba centuriones a la entrada de su tienda. También mandaba a los soldados desabrocharse el cinturón: así la larga túnica militar les caía casi hasta los tobillos dándoles un aspecto poco marcial, y acaso hasta femenino; a veces les obligaba a sostener en alto un terrón de tierra o una vara de medir. Apenas tenía treinta años al término de las campañas, pero Octavio quería labrarse la fama de ser un estricto comandante de la vieja escuela, la personificación de la virtud que se le suponía a un noble romano: cuando le concedieron un triunfo, prefirió posponerlo para volcarse en su trabajo en nombre de la República.^[11]

Los despojos de la victoria fueron bombeados a Roma para nuevos proyectos de construcción. Octavio emprendió una serie de obras importantes, y otros generales gloriosos, muchos de ellos muy cercanos a él, iniciaron otras: fue una época de construcción de templos, y la Regia y varias basílicas fueron restauradas. Roma también construyó su primer anfiteatro permanente de piedra, y Asinio Polión le dio una biblioteca pública: César la tenía prevista, pero no le había dado tiempo a emprender el proyecto. En años posteriores de su vida, Augusto se jactó de «haber encontrado una Roma de ladrillo, dejándola de mármol» (no se refería a los ladrillos rojos cocidos en hornos que todavía hoy pueden verse en muchos de los grandes monumentos de Roma por su increíble resistencia, ya que esa innovación corresponde al periodo imperial; en tiempos de la República, los sencillos —y baratos

— ladrillos de barro fueron uno de los materiales de construcción más comunes).

La verdadera transformación de la ciudad se inició en estos años, pero tan importantes como los propios monumentos eran los ingresos que las obras aportaban a los habitantes de Roma: nunca se había asignado muchos esclavos a trabajos de construcción, y esos proyectos eran importantes programas de creación de empleo. Buena parte de las mejoras tuvieron un carácter ante todo práctico. Agripa se hizo edil en el año 33 a. C., un puesto extraordinariamente juvenil para él por haber sido cónsul en el 37 a. C.; pero como aún no había cumplido la edad legal para ninguno de ambos cargos, su ruptura con la tradición fue relativa. Acometió la tarea de mejorar las conducciones de agua y el alcantarillado de la ciudad, y se hizo célebre por haber navegado en una barca por las cloacas para inspeccionarlas bien. A esa inspección siguió un prolongado programa de obras: Agripa reparó los acueductos ya existentes y añadió uno nuevo, el Aqua Julia, y construyó «setecientos depósitos de agua, quinientas canalizaciones de manantiales (...), ciento treinta torres de agua». Roma no iba a ser sólo una ciudad bella, sino también funcional y más habitable: el botín de las victorias beneficiaba así al pueblo romano.^[12]

LAS DONACIONES

En el año 34 a. C. Antonio se cobró al fin una pequeña venganza a cuenta del desastre en Media: como aún no estaba en condiciones de hacer mucho daño a Fraates IV, volvió su atención al rey aliado Artavasdes de Armenia, que había defraudado a los romanos, y en una operación de escasa envergadura, invadió Armenia y apresó a Artavasdes, probablemente secuestrándolo en el curso de las negociaciones; Delio fue el delegado elegido para negociar con el rey. Eran métodos aceptables para los romanos si con ellos lograban resolver un conflicto; este tipo de recriminación, por sí sola, no iba a ser muy dañina. Pero en definitiva, aquella fue una operación menor en la que venció a un rey que hasta hacía poco había sido un aliado y apenas opuso resistencia: un triunfo así no reportaba mucha gloria, y desde luego nada que se acercara siquiera a compensar la anterior derrota. Además, la operación no fue redonda, pues la nobleza armenia proclamó rey al hijo de Artavasdes, que consiguió huir a Partia.

Antonio reforzó la posición de Roma en los reinos fronterizos asegurándose por lo pronto Armenia. Por esas fechas la alianza con Artavasdes de Media también se apuntalaba con el compromiso matrimonial del hijo de Antonio y Cleopatra, Alejandro Helios, con la hija del rey; ambos eran niños todavía, y al menos hasta una década después no tendría sentido celebrar el enlace, pero era una promesa de futuro. Una boda más sorprendente por muchas razones ocurrió de verdad unos años después

cuando Antonio casó a su hija Antonia la Mayor con Pitodoro de Trales, un noble rico e influyente de Asia Menor; es de suponer que él ya tuviera la ciudadanía romana —o la recibió entonces—, pero aún así era un enlace muy poco ortodoxo para la hija de un senador. Suele asumirse que esta Antonia era fruto de su segundo matrimonio con su prima, también llamada Antonia, pero quizá fuera de su primera esposa Fadia, hija de un liberto. Más aún que el reconocimiento oficial de sus hijos habidos con Cleopatra, esa boda rebasaba la antigua tradición de los comandantes romanos de emular la realeza helenística; se dice que Antonio se jactaba de que fundar dinastías de su propia sangre lo situaba junto a su antepasado Hércules, y que lo mejor del dominio de Roma era lo que las dinastías aportaban a los pueblos de las provincias. [13]

La captura de Artavasdes era el mayor éxito de Antonio desde Filipos, siete años antes: este hecho indica por sí solo su falta de interés personal por las aventuras militares. Había tenido que abordar algunas crisis en el oeste que amenazaron con romper el triunvirato: los asuntos de sus visitas a Italia y el ineludible enfrentamiento con Sexto Pompeyo del año anterior habían sido trascendentes, pero distan mucho de la absoluta e implacable propensión a guerrear de Pompeyo y César, e incluso de otros comandantes romanos menos famosos. Esos problemas habían interrumpido sus preparativos para el ataque a Partia, y probablemente contribuyeron a su apresurado inicio y a su posterior falta de organización.

La victoria armenia no fue gran cosa, pero era lo único que había conseguido en mucho tiempo y Antonio decidió celebrarla por todo lo alto. Lo que pasó después enseguida trajo mucha cola, y la propaganda hostil ocultó la realidad de los hechos; por eso probablemente sea imposible sentar toda la verdad. Antonio había decidido pasar otro invierno en Alejandría y entró en la ciudad en una grandiosa cabalgata. Una vez más, se presentó como Dioniso: Baco o el Liber Pater, el «Padre Libre» de los romanos. Montado en un carruaje báquico, el triunviro llevaba una corona de hiedra y una túnica azafrán y oro, así como las pieles asociadas con el dios y su vara sagrada, el thrystus (tirso). En esto no había nada nuevo; era un modo de exhibir el poder de una forma más diplomática ante un público helenístico, personificando al gran dios de la celebración y la victoria, y no con el descaro de un soberano que hubiera ido a hacer de los alejandrinos sus vasallos. [14]

Artavasdes caminaba en el desfile junto con muchos otros prisioneros. El rey iba encadenado, pero en deferencia a su rango eran cadenas simbólicas hechas de un metal precioso: plata u oro, dependiendo de la fuente. La comitiva entró en la ciudad entre los vítores de la muchedumbre que flanqueaba la ruta. Al final del trayecto, probablemente ante el Serapión, el gran templo al dios Serapis creado por los Ptolomeos, Cleopatra recibió el desfile en un trono dorado sobre una plataforma muy decorada, conforme a la tradición del espectáculo ptolemaico. Se dice que Artavasdes y los demás nobles armenios se negaron a saludar o inclinarse ante la reina, pese a todos los intentos de persuadirles o intimidarles para que lo hicieran. [15]

Los aliados de Octavio enseguida describieron el desfile como un triunfo en todos los aspectos salvo el nombre y, por tanto, una mofa de un ritual romano de los más antiguos y venerados. Un triunfo sólo podía celebrarse en Roma y acabar con un sacrificio al Júpiter Capitolino: la victoria, otorgada por los dioses de Roma, era para Roma y el pueblo romano, y no podía transferirse a una ciudad extranjera ni señalarse con rituales foráneos, ni, lo peor de todo, girar en torno a un monarca extranjero.

Es muy improbable que Antonio pensara en esa ceremonia como un triunfo; algunos rituales romanos tenían su origen en las procesiones dionisiacas, lo que vino a sumarse a las similitudes y haría más fácil denostarlas. Sin duda iba dirigida a un público helenístico, aunque también reflejara el amor de Antonio al teatro: era un modo de disfrutar de su éxito antes de pasar otro plácido invierno en Alejandría. Como seguía ostentando el poder, habría tenido un triunfo auténtico de haber vuelto a Roma, aunque todo el mundo habría sabido que era una farsa; pero además, no quería regresar a Italia todavía, no sin antes haber logrado una victoria digna y genuina, o sin haber acumulado al menos la riqueza e influencia que tal victoria hubiera traído consigo por añadidura. Aquel desfile helenístico, muy parecido a la entrada formal de cualquier rey en una ciudad, anunciaba su poder y su afinidad con la cultura local por toda la región.

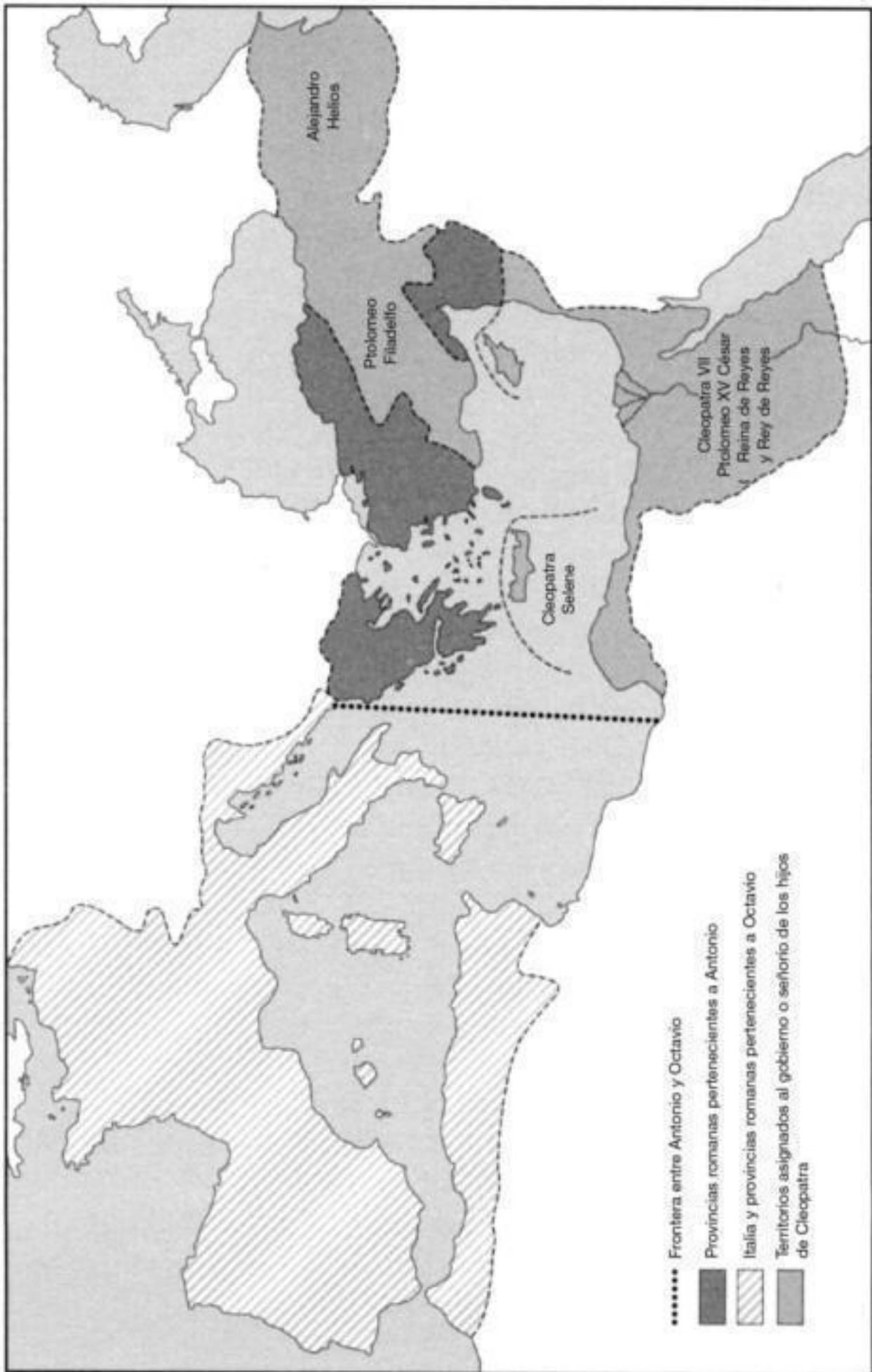
Al parecer, otra ceremonia aún más estafalaria celebrada días después tuvo un motivo parecido; fue en el gran gimnasio de Alejandría, la institución helenística por excelencia de la ciudad griega más grande del mundo. Más tarde se conoció como las Donaciones de Alejandría, pero no está claro cómo habrían descrito el acontecimiento Antonio y Cleopatra. No se sabe con certeza cómo iba vestido él, pero su amante se presentó como la Nueva Isis, por lo que es probable que llevara los negros ropajes de la diosa. El triunviro romano y la reina ptolemaica iban sentados uno junto al otro en tronos dorados; delante de ellos y un poco más abajo, Cesarión, de trece años, los mellizos Alejandro y Cleopatra Selene, de seis años, y Ptolomeo Filadelfo, de dos, ocupaban tronos más pequeños.

Antonio nombró oficialmente a Cleopatra y Cesarión soberanos de Egipto, Chipre y parte de Siria. Alejandro Helios fue nombrado rey de Armenia, Media y Partia, mientras que su hermana melliza recibió el gobierno de la Cirenaica y Libia. A Ptolomeo se le otorgó el resto de Siria, Fenicia y Cilicia; el niño iba ataviado con el uniforme de gala y las botas del ejército macedónico y llevaba un tocado tradicional y la diadema de la familia real. Alejandro Helios lucía una versión del atuendo de los monarcas medos, y su tiara real era mucho más oriental. Su madre recibió el título de «Reina de reyes, cuyos hijos son reyes», y no tardaron en aparecer variaciones de este lema en monedas y documentos oficiales.

La superioridad de Cleopatra sobre sus hijos quedaba confirmada, pues hasta Cesarión, su corregente, se sentaba por debajo de ella y no recibió ningún título nuevo. Según Dión, Antonio lo aclamó oficialmente como el hijo de César; aunque hubiera sido así, no intentó hacerlo ciudadano ni legitimarlo por el derecho romano.

La tradición ptolemaica permitía que el monarca vigente designara a cualquiera de sus hijos corregente y legítimo sucesor, sin tener en cuenta la edad ni los detalles de su filiación; por tanto, Cesarión no necesitaba tener un padre declarado para ostentar el poder. No obstante, la fama de su padre no podía venirle mal y, aunque César rara vez se mencionara en Egipto, quizá fuera más importante en los demás territorios.^[16]

Pero en la práctica, lo más notable de las Donaciones es que apenas cambiaron nada. Media siguió siendo un reino aliado al mando de su propio monarca, y los partos no tendrían que ceder su independencia para aceptar el gobierno de un niño pequeño sin derecho alguno a gobernarlos. Las provincias romanas y los pueblos aliados donados a los niños siguieron administrando sus asuntos como lo llevaban haciéndolo antes de la ceremonia. Se dice que Alejandro y Ptolomeo llevaron escoltas, el primero de armenios y el segundo de macedonios, al menos para el día de la ceremonia; pero no les asignaron tutores ni regentes, ni se creó en torno a ellos ninguna maquinaria de gobierno.



Las Donaciones de Alejandría.

Las Donaciones, que fueron un fabuloso montaje teatral, gustaron a las gentes de Alejandría, amantes del espectáculo, y sin duda fueron una gran distracción para Antonio y Cleopatra. Sin abandonar la tradición de las celebraciones ptolemaicas, dejaron sentado el poderío de la reina a través del apoyo de su amante romano. Lo que no está claro en absoluto es cómo pensaba Antonio que podían beneficiarle; tal vez le pareció que la promesa de un gobierno futuro aludiría a la estabilidad a largo plazo del asentamiento que estaba creando en el Mediterráneo oriental. Una promesa era todo lo más que podía ser, pues nada cambió realmente con la ceremonia; y, sin duda alguna, la inclusión de Partia le confirió un tono general de fantasía: era como si Antonio simulara ser un auténtico conquistador, tan cegado por su propia propaganda que de verdad se creía (o quería creerse) un Dioniso, un Hércules o un Alejandro Magno.

Aquello proporcionó a Octavio munición de primera para deshonar el nombre de su colega: Antonio aparecía como un incauto que, creyéndose un monarca, había entregado donosamente a hijos suyos con una reina foránea territorios provinciales y aliados conquistados por las armas de las legiones. Los aliados de Antonio en el Senado retiraron el informe de la campaña y de las ceremonias, pues le desacreditaba mucho. A cambio de nada, o apenas nada, salió muy perjudicado en Roma y en Italia en general; muchos no entendían, ni siquiera entonces, qué era lo que quería para el futuro. Él y Octavio seguían siendo triunviros, aunque la prórroga de cinco años del segundo triunvirato expiraría al acabar el año 33 a. C. La gran pregunta era cuándo y cómo pensaba Antonio volver a casa.

«¿ES MI ESPOSA?»

El 1 de enero del año 34 a. C. Antonio llegó a cónsul por segunda vez: hacía nueve años del final de su primer consulado, por lo que casi se cumplía la década que por ley había de trascurrir para volver a ostentar una magistratura. De todos modos, la norma ya se había roto tantas veces que apenas merecía comentario. Mucho más infrecuente era que un cónsul no compareciera en Roma para asumir el cargo, aunque Mario y César también lo habían hecho. Pero lo más inquietante fue que renunciara en el plazo de un solo día, pues era una prueba de la insignificancia de la suprema magistratura de la República para alguien con el poder de Antonio; ya casi ningún cónsul servía un año entero, pero ninguno había renunciado anteriormente tras sólo veinticuatro horas en el cargo. A pesar de su ausencia y de la extrema brevedad de su mandato, el año siguió conociéndose oficialmente como el del consulado de Marco Antonio y Lucio Escribonio Libo.^[1]

En el 39 a. C. Antonio y Octavio habían confeccionado la lista de los cónsules para los ocho años siguientes incluyendo los cónsules sustitutos en caso de renuncia: en el 34 a. C. hubo cuatro cónsules, puesto que el primer par también dimitió antes de acabar el año. Era un modo de recompensar a más seguidores leales, pues recibían la dignidad del estatus consular, la precedencia que conllevaba en el debate senatorial y la perspectiva de un mando provincial con la relevancia inherente al cargo. Más tarde también Octavio aceptó el consulado y renunció el mismo día, el 1 de enero del 33 a. C., y durante el resto de aquel año ejercieron el cargo nada menos que seis cónsules sustitutos.

A su vez, esa cifra se quedaba pequeña al lado de los sesenta y siete pretores que los triunviros habían nombrado en el año 38 a. C.; ni ellos ni sus seguidores se molestaban en ocultar el poco respeto que sentían por las magistraturas tradicionales, pero es evidente que al mismo tiempo no dejaban de codiciar el prestigio derivado de ellas. Además se daban muchas irregularidades, como saltarse las restricciones de edad y otras convenciones. Un pretor dimitió del cargo en favor de su hijo; un cuestor resultó ser un esclavo huido al que identificó su antiguo amo, y se descubrió a otro esclavo prófugo ejerciendo de pretor. Los esclavos que se ajusticiaba solían ser crucificados, pero tan terrible castigo no parecía adecuado a quien había sido pretor, aunque fuera ilegalmente, y el tribunal decretó dar la libertad al infractor para luego darle muerte tirándolo desde la roca Tarpeya. Antonio y Octavio se habían otorgado

un consulado conjunto para el 31 a. C., más de un año después de que en teoría hubiera expirado su poder triunviral; es un dato curioso, y tal vez tuvieran pensado estar ambos en Roma para entonces con objeto de renovar o renegociar su alianza.^[2]

Por más que le gustara la parafernalia monárquica del mundo griego, Antonio no había vuelto la espalda a Roma de ningún modo. Parece que Alejandría le gustaba de veras, y llegó a sergimnasiarca allí, como lo había sido en Atenas; pero aunque reconoció públicamente a los hijos que tuvo con Cleopatra, dio más prominencia al adolescente Marco Antonio Antilo, uno de sus hijos con Fulvia: una serie de moneda fue acuñada en plata con la imagen de Antonio en un lado y la del muchacho en el reverso.^[3]

Aunque Octavia cuidaba de sus demás hijos romanos, al parecer durante estos años Antilo estuvo en el Oriente con su padre; en Alejandría disfrutaba de la compañía de eruditos y también conoció algo del suntuoso estilo de vida de la corte real. Filotas, el amigo del abuelo de Plutarco, trató al chico durante esos años y contaba anécdotas sobre su rápido ingenio y su generosidad. En una ocasión Antilo le regaló unas copas de oro que acababan de usarse en un banquete; curiosamente, esto recuerda a la visita de Cleopatra a Tarso. A Filotas le preocupaba que el chico pudiera meterse en un lío por regalar algo tan caro, pero al entregarle el regalo y pedirle el recibo, los sirvientes le aseguraron que el hijo de Marco Antonio podía regalar todo el oro que quisiera; sustituyeron las copas por su valor en dinero, eso sí, porque algunas eran antiguas y su padre podría echarlas de menos.^[4]

En otro lugar, Plutarco relata otra anécdota sobre la generosidad del propio Antonio, que había prometido a un hombre doscientos cincuenta mil denarios. Uno de los esclavos a cargo de su cuidado personal, preocupado porque tal vez su amo no se diera cuenta del enorme valor del regalo, puso todas las monedas a la vista para mostrarle lo cuantiosa que era la suma. Y al decirle para qué era todo aquel dinero, Antonio se quedó atónito: había pensado que el obsequio era mayor, e inmediatamente ordenó que la cantidad se duplicara.^[5]

El gusto de Antonio por dilapidar ostentosamente databa de antes de sus años en el Oriente, pero con Cleopatra se entregó plenamente al derroche. En la corte real de esos años eran típicas las apuestas enormes. El incidente más famoso, sucedido en algún momento entre los años 34 y 32 a. C., giró en torno al celeberrimo lujo de la corte ptolemaica y a la obsesión del propio Antonio por los manjares caros, raros y exóticos. Se dice que la reina, desdeñosa de lo que él había hecho servir a la mesa, le prometió para la noche siguiente un banquete cuyo precio no bajaría de dos millones y medio de denarios; pero las viandas que Cleopatra puso delante a los invitados no le impresionaron: no eran nada extraordinario, para lo que acostumbraban a comer en esos tiempos. Cleopatra —Plinio, que es nuestra fuente, no la nombra, sólo la tilda de «insolente fulana regia»— se limitó a reír al ver que Antonio creía haber ganado la apuesta. Aquella comida eran sólo los preliminares: el banquete de los dos millones y medio de denarios lo consumiría ella sola. Encantada con la perplejidad de Antonio,

ordenó servir el postre; era un plato tan opulento como todos anteriores, pero a ella sólo le pusieron un cuenco lleno de acetum, el vino agrio, avinagrado, que bebían los pobres y era la ración del soldado. Llevándose la mano a la oreja, Cleopatra se quitó uno de sus pendientes de perlas —aquel par era famoso por su tamaño y su calidad— y lo sumergió en el cuenco; la perla se disolvió en el líquido, y la reina se bebió el brebaje. Lucio Munacio Planco, el encargado de dirimir quién ganaba la apuesta, se apresuró a declararla vencedora y le impidió repetir la operación con la otra perla.^[6]

Las perlas se habían puesto muy de moda en Roma más o menos en la última generación. En el año 59 a. C. Julio César había regalado a su amante Servilla una perla que le costó un millón y medio de denarios —de calidad similar, por tanto, a los pendientes de Cleopatra—; y llegó a rumorearse que invadió Britania con la esperanza de hallar un abundante suministro de exquisitas perlas. Tampoco es que fuera del todo nuevo lo de disolver perlas en vino avinagrado y beberse la mezcla, pues leemos de un saludable joven romano que así lo hizo en uno de los poemas de Horacio. Imposible saber si Cleopatra conocía la historia o fue una idea que se le ocurrió a ella. En sus últimos años, el emperador Calígula, descendiente de Antonio, copió esa práctica, que delataba tanto su excentricidad como su amor al lujo.^[7]

Casi todos los historiadores actuales se muestran escépticos con la posibilidad de disolver una perla en vinagre, y los experimentos repitiendo el truco de Cleopatra siempre han fracasado. El contenido ácido del líquido ablanda y disuelve perlas que estén machacadas, pero al parecer tarda mucho en hacerlo. De todos modos, la validez de los experimentos es limitada, pues no se conoce el tamaño ni la consistencia de las perlas de la reina; quizá los pendientes no fueran tan grandes como hoy imaginamos, y tampoco hay por qué empeñarse en que el cuenco de Cleopatra sólo contuviera vino agrio. Otras sustancias podrían acelerar la reacción química; y los filósofos del Museo se habían especializado durante generaciones en aplicar sus conocimientos a espectaculares trucos de apariencias prodigiosas para amenizar las veladas en la corte real. La perla quizá no desapareciera del todo: basta con que se disolviera lo suficiente para no valer ya nada y poderse tragar y digerir fácilmente. Plinio no sugiere que la reina la ingiriera para luego recuperarla. La preciada joya había de destruirse para siempre; de lo contrario, la apuesta habría perdido su gracia.^[8]

Munacio Planco aparece retratado en otros textos como uno de los mayores aduladores de la reina entre los seguidores romanos de Antonio. Sin duda pensaba que eso le valdría también el favor del triunviro: se dice que fue tan lejos como para hacer de bailarín en una de las fiestas poniéndose en el papel del dios marino Glauco, con la piel desnuda pintada de azul y una cola de pez postiza; aquello, desde luego, no era propio de un antiguo cónsul. Se sabía de algún noble romano que se vanagloriaba de sus aptitudes para la danza, pero probablemente Cicerón expresaba el parecer general cuando dijo: «Ningún hombre en sus cabales baila nunca estando sobrio».^[9]

Cuesta imaginar que la sobriedad fuera a ser una de las características más notables de los más allegados a Antonio y Cleopatra. Antonio siempre había bebido mucho, y parece que esto fue a más, sobre todo tras la decepción y las tensiones de la expedición pártica; posiblemente fuera alcohólico, y el hecho de que quisiera ser asimilado a Hércules y Dioniso acaso indique que veneraba a las deidades famosas por su afición a la bebida y las juergas. Para los Ptolomeos, se trataba de un rasgo importante: un anillo de Cleopatra llevaba grabada la inscripción «embriaguez» (Methe en griego). A las Ménades, que criaron a Dioniso, se atribuía un perpetuo éxtasis místico no inducido por el alcohol, sino por la mera presencia del dios; de ahí probablemente la inscripción del anillo. Se desconoce la veracidad de las fuentes al acusar a Cleopatra de embriagarse a menudo; quizá sólo fuera propaganda. Muy posiblemente, fuera difícil pasar mucho tiempo junto a Antonio sin compartir, al menos en cierto grado, sus excesos con la bebida.^[10]

En el círculo de Antonio y Cleopatra había artistas del Oriente griego; leemos de un bailarín que al parecer se especializaba en danzas eróticas, y hay que recordar también al «Parásito» ya mencionado. Pero, aparte de la reina, cuando Antonio quería asesorarse sólo recurría a romanos y, por supuesto, sólo en romanos delegaba mandos de primera línea y otras responsabilidades de cierta trascendencia. Planco, Delio y Canidio eran sólo algunos de los senadores más cercanos entre los agentes clave del triunviro.^[11]

En el año 2000 vio la luz un papiro que contiene una ordenanza aprobada por Cleopatra en el 33 a. C. (o «Año Diecinueve, que es también el Año Cuatro») y que levantó bastante revuelo, porque es posible que la última palabra la escribiera de puño y letra la propia reina: ginestho («que así sea» en griego). El contenido principal recibió poca atención fuera de círculos académicos, pero es muy instructivo:

Hemos concedido a Publio Canidio y a sus herederos la exportación anual de diez mil artabas de trigo [unas trescientas toneladas] y la importación anual de cinco mil ánforas de vino de la isla de Cos, sin que nadie les pueda imponer ningún tributo ni tasa alguna. También hemos otorgado exención fiscal para toda la tierra que posee en Egipto (...). Que se escriba a quien pueda interesar, para que, enterado, actúe en

Claramente, Canidio había recibido de la reina extensas fincas, y la corona no gravaba los ingresos que producían: sus agentes también estaban autorizados a importar vino a Egipto para su venta sin tener que pagar ningún tributo. Sin duda hubo más acólitos eminentes de Antonio que se hicieron beneficiarios de la generosidad de Cleopatra. Ella dependía del apoyo de Roma, y en los últimos años eso significaba conservar el favor de Antonio, para lo que hubo de explotar su reino en beneficio del triunviro y de sus adeptos. Los anteriores Ptolomeos habían sido

igual de espléndidos concediendo tierras y riquezas libres de tributación a poderosos miembros de la aristocracia. Ahora esos eminentes agraciados eran todos romanos, y nada indica que ninguno fuera a quedarse a vivir en sus dominios permanentemente; sus familias, gran parte de sus propiedades y sus máximas aspiraciones políticas, todo ello estaba en Italia. No hay indicios fundados de que Antonio pensara hacer otra cosa: estaba en el Oriente para acumular riqueza y poder con los que mejorar su posición en el seno de la República.

«¿POR QUÉ HAS CAMBIADO?»

Los excesos y la disipación del círculo interno de Antonio y Cleopatra sin duda se exageraban en los relatos que llegaban a Italia. La inquietud siempre reinaba en Roma mientras se esperaba el retorno de los hombres que ostentaban el poder tras una larga temporada en las provincias. A la espera del regreso de Pompeyo de sus campañas orientales, el clima dominante entre el pueblo había sido de gran agitación, y la misma incertidumbre sobre lo que haría César había contribuido a propiciar la guerra civil en el año 49 a. C. En el curso de sus guerras ilíricas, Octavio había podido visitar Roma varias veces, y llevaba en Italia casi toda la última década. Sobre él recayó lo peor de todas las quejas y rencores; como, por ejemplo, de los granjeros italianos expropiados y los veteranos decepcionados. Pero una tras otra, había conseguido superar todas las crisis. La derrota de Sexto Pompeyo puso fin a una guerra civil que se había prolongado en exceso, y la gente confiaba con cauto optimismo en una paz duradera. El conjunto de la población no tenía ningún deseo de que el conflicto se reanudara; poetas como Horacio y Virgilio dieron voz a esa esperanza alentados por Mecenas, que era un estrecho colaborador de Octavio.^[12]

Antonio no recibió más honores del Senado después del año 37 a. C., pero su colega triunviral se hizo notar mucho más. Un año después, Octavio recibió el estatus sacrosanto que se daba a los tribunos de la plebe: un gran honor; y en el 35 a. C. ese mismo estatus se hizo extensivo a Livia y Octavia, de las que además se colocaron estatuas públicas y a las que se otorgó el derecho de administrar sus asuntos y finanzas sin la tutela de un varón. Eran honores sin precedentes para una mujer, y pusieron aún más de relieve la brusquedad de la orden que Antonio dio a su esposa de volver a Italia y rendirle obediencia; también hizo más lacerante que siguiera cuidando la casa de él, sus hijos y sus amigos.^[13]

Octavio y Antonio competían por el prestigio y la primacía: era natural entre nobles romanos, y tal vez fuera inevitable que, desaparecidos todos los demás rivales, los dos hombres más poderosos del estado se volvieran uno contra el otro. Para el año 33 a. C., la rivalidad se había ido haciendo cada vez más abierta, aunque ninguno

había dirigido aún ningún ataque directo al otro; era más bien una cuestión de diferencias. Octavio había derrotado a Sexto Pompeyo, y sus éxitos en Iliria habían sido pequeños pero reales, frente al fracaso de Antonio en Media. Éste respondía casi siempre a través de sus simpatizantes en Roma, pero al parecer también por cartas que se hacían públicas de inmediato y enumeraban las fallas personales de Octavio: en Filipos había estado «enfermo» y ausente; en la batalla final con Sexto Pompeyo, la enfermedad había vuelto a postrar al joven César... ¿O había sido el miedo?^[14]

En las invectivas políticas entre romanos siempre hubo insultos personales y a menudo obscenidades. Era costumbre no prestar casi ninguna atención a las medidas políticas concretas: el meollo del asunto era el carácter. Ambos políticos habían dado a su adversario buenos y abundantes materiales. Pero en lo principal, los cargos contra Octavio aludían al pasado: su crueldad durante las proscripciones o haberse vestido de Apolo en aquel banquete infame. Su familia era blanco favorito de Antonio, quien, indisputablemente aristocrático, de vez en cuando esgrimió contra su rival la supuesta mediocridad e indignas ocupaciones del padre y del abuelo. Fue entonces, y no antes, cuando Cesarión cobró importancia en Roma: él sí era hijo de César, y daba igual que fuera extranjero e ilegítimo, pues no se trataba de hacer del adolescente una figura política en Roma. No era más que un modo eficaz y muy embarazoso de recordar a todo el mundo que «el hijo del divino Julio» era de origen plebeyo y sólo por adopción pudo pertenecer a los julios César. Los romanos no se tomaban la adopción a la ligera, pero la posición de Octavio era vulnerable porque César no lo adoptó en vida, y, legalmente, la adopción póstuma era muy cuestionable; probablemente fue entonces cuando Octavio encargó a un íntimo colaborador de César la escritura de un panfleto que negaba que el egipcio fuera hijo de César, mientras Antonio pregonaba que el dictador había reconocido públicamente al recién nacido.^[15]

A la postre Antonio salió perdiendo, pero muchas semblanzas poco lisonjeras de Octavio quedaron sentadas en esos años y sobrevivieron en los escritos de autores posteriores, que dieron así una pequeña victoria póstuma al primero. Las Filípicas de Cicerón ya habían inaugurado años antes la deshonra del nombre y la memoria de Antonio, y esas difamaciones ahora se reforzaban. Aunque muchos de los reproches cargaban las tintas, había suficiente verdad en ellos como para que Antonio pudiera hacer nada por impedir la gravedad de los daños. Atacado por su afición a beber, respondió con su única obra literaria, titulada *De sua ebrietate*. No ha sobrevivido hasta hoy, aunque es de suponer que negara algunos de los excesos o al menos alegara que el alcohol nunca le nubló el juicio ni influyó en sus actos; pero que viera necesario defenderse de la acusación es ya prueba suficiente de que el daño estaba hecho (de César se habían burlado por jurar públicamente que sus presuntos devaneos con el rey Nicomedes no eran ciertos, sin que los que se burlaban necesariamente se hubieran creído la historia).^[16]

Las historias de excesos sexuales vinieron a sumarse a las de los excesos de

Antonio con el alcohol. Las dos cosas se consideraban una debilidad que contravenía la estricta virtus esperada en un senador romano. Los elogios a Octavia por su virtud y su belleza ponían más de relieve el trato injusto que su marido le daba; pero la aventura con Cleopatra era demasiado pública para negarla, y por ello Antonio intentó pasar por encima de la cuestión con cierta ligereza en una carta abierta que escribió a Octavio. El estilo es abrupto, deliberadamente crudo y abiertamente viril:

¿Por qué has cambiado, porque me estoy tirando a la reina? ¿Es mi esposa? ¿Acabo de empezar con esto, o ya llevo nueve años? Y tú, ¿sólo te tiras a [Livial Drusila? Te felicito si cuando leas esta carta no vienes de estar dentro de Tertula o Terentila, Rufila o Salvia Titisenia, o de todas ellas. ¿De verdad importa dónde o en quién mojas tu mecha?^[17]

«¿Es mi esposa?»: el latín *uxor mea* est también podría ser la aseveración «es mi esposa». Sólo el contexto, una rápida ráfaga de preguntas, sugiere no sólo que es una pregunta, sino también su respuesta implícita: «No, no lo es». Pero Antonio no negó la aventura, y de hecho subrayó los nueve años que venía durando. Su posición fue débil desde el principio, pues todo lo que podía esperar era que no se juzgara la conducta de Octavio mejor que la suya. Puede que Octavio fuera un adúltero reincidente, pero no tenía una amante única, y al menos sus amantes eran romanas. Antonio propagó más historias de cómo los amigos del joven César le buscaban mujeres y hasta desnudaban a mujeres casadas y a jóvenes de buena familia para que las escrutara como si fueran esclavas; llegó a decirse que durante una cena se había llevado a la esposa de un senador a otra estancia, y al volver a la mesa junto al marido y el resto de los comensales, ella estaba ruborizada y desmadejada.^[18]

Sin lugar a dudas, no era una conducta respetable para un romano, aunque acostarse con las mujeres de otros senadores encajara con las gestas de César. Por otro lado, Octavio aún era un adolescente, mientras que Antonio superaba los cincuenta, y de un hombre de su edad se esperaba más decoro. Tener muchas amantes era malo, pero para un romano era peor tener una sola, y peor aún parecer dominado por ella; que para colmo fuera extranjera y regía era inexcusable. Fue la acusación más condenatoria, que su pasión por Cleopatra le hubiera desarmado hasta el punto de obedecerla y tomar decisiones trascendentales según los deseos de ella. Las cesiones de tierras, el presunto aplazamiento de la guerra pártica para seguir a su lado y, sobre todo, las Donaciones de Alejandría, apuntaban a un Antonio tan manipulado por su amante que ya no actuaba en aras de los intereses de la República. Incluso su propaganda se volvía contra él: también Hércules había caído muy bajo a causa de una mujer, cuando Ónfale le hizo llevar un vestido y realizar tareas domésticas como hilar; no parece casual la aparición de escenas de este mito en el arte del periodo.^[19]

Octavio estaba en Roma, una ciudad que disfrutaba de la paz y de los signos

visibles de una reconstrucción y renovación material en gran parte acometida por él o por sus íntimos colaboradores. Estaba mucho mejor situado que Antonio para influir en la opinión pública, de la que formaban parte los senadores, pero también los nobles locales de los pueblos y las ciudades de Italia. Para Antonio era difícil competir desde la distancia, sobre todo siendo tan limitados sus logros en el Oriente. Sí parece que administró la región razonablemente bien, pero la popularidad entre el pueblo romano no solía basarse en esas cosas. A la larga no pudo ocultar la magnitud del desastre en Media —y menos cuando Octavio y sus aliados ya no acallaban la noticia— ni la parquedad de sus éxitos posteriores.

En la primavera del año 33 a. C. Antonio había concentrado el grueso de sus legiones en el Éufrates, preparándose para una nueva intervención en los asuntos de Partia y los reinos circundantes; pero tras algunas operaciones menores, cambió de idea. Una vez más, con la vista puesta en Italia, relegó a un segundo plano la lucha con Partia para defender su posición en Roma. Canidio recibió órdenes de conducir el ejército hasta la costa jónica de Asia Menor, a más de mil quinientos kilómetros, y prepararse para surcar el mar hasta Grecia. No había en esa región ninguna amenaza externa que exigiera semejante concentración de tropas; salvo que pensara volver por fin a Italia y llevar consigo a sus soldados para desfilarse en un triunfo, o si no quizá al menos para retirarse y recibir tierras, es un paso que sólo puede interpretarse como una amenaza a Octavio. Antonio se quejó de que Octavio no recompensaba a sus veteranos como merecían, y puede que tuviera en mente futuras distribuciones de tierras. Su colega le envió la irónica contestación de que seguramente Antonio mismo podría darles tierras de sus «conquistas» en el Oriente.^[20]

Como mínimo, Antonio subió el tono del conflicto al trasladar sus legiones al oeste. El momento escogido para dar ese paso suele olvidarse, porque es mucho más sencillo atender a la propaganda de Octavio de cara a la guerra que estalló al final. No parece que ninguno de los dos fuera muy reticente a la lucha, pero como el sector más amplio de la población aborrecía la idea de una vuelta a la guerra civil, ambos querían que fuera el otro quien provocara el conflicto. El triunvirato expiró el 31 de diciembre del año 33 a. C. Antonio, pasándolo por alto, siguió empleando el título. Octavio hizo ver que se retiraba a la vida privada. Ambos retuvieron el control de sus ejércitos y provincias.^[21]

El 1 de enero del año 32 a. C. Domicio Ahenobarbo y Cayo Sosio fueron nombrados cónsules. Ambos eran partidarios de Antonio, coincidencia que tal vez no importara tanto cuando allá por el 39 a. C. los triunviros los habían designado. La iniciativa del cargo se repartía en meses alternos, y fue Ahenobarbo el que empezó el año presidiendo las sesiones del Senado. Antonio les había enviado un informe de su reorganización de las provincias orientales en el que incluyó las cesiones de territorio a Cleopatra y sus hijos: aunque sus poderes de triunviro conferían plena legalidad a sus actos, quería la sanción del Senado. Ahenobarbo, que consideró el documento demasiado incendiario por su declaración oficial de las Donaciones, lo omitió.

En febrero fue relevado por Sosio, que inmediatamente lanzó un ataque directo contra Octavio. Las medidas que propuso las vetó un tribuno antes de que llegaran al voto: fue un curioso caso de pervivencia del procedimiento político de antaño, pero no está del todo claro de quién partió el veto. Quizá Sosio pensó que bastaba con sus declaraciones para perjudicarlo; también puede ser que a Octavio le preocuparan de veras. Aunque las medidas no llegaran a aprobarse, como era lo más probable, sólo mencionarlas atestó un duro golpe al prestigio y la auctoritas de Octavio.^[22]

El triunviro «retirado» no estaba presente, pero convocó al Senado a otra reunión, aunque ya no tenía la facultad legal de hacerlo. Llegó escoltado por soldados y protegido por amigos cuyas dagas «ocultas» estaban a la vista de todos. Marcando su preeminencia, se sentó entre los dos cónsules y procedió a defenderse; al acabar la reunión, Ahenobarbo y Sosio huyeron de Roma para acudir directamente a Antonio, quien para entonces volvía a hallarse en Atenas y, tanto por carta como por boca de sus pocos adherentes, prosiguió la guerra de acusaciones con Octavio. Aparte de denigrar su persona, volvió a las denuncias de siempre, como culpar a Octavio de haber depuesto a Lépido para someter todas sus tropas y territorios a su propio control; otro de los reproches fue no haber entregado los soldados prometidos. Octavio dijo en respuesta que Antonio no había compartido el botín de sus victorias, pero el ataque más certero seguía siendo de índole personal: el comandante romano se había dejado corromper por Cleopatra, y se llegó a oír que ella usaba pociones mágicas para esclavizarlo.^[23]

Munacio Planco escogió este momento para abandonar a Antonio y pasarse al lado de Octavio: él había ejercido el consulado, y se llevó consigo a su sobrino, designado para cónsul; pero no hay constancia de más desertiones de senadores por entonces. Planco dio un discurso en el Senado en el que acusó a Antonio de un sinfín de delitos y abusos de poder. No causó buena impresión a todo el mundo; un antiguo rival suyo comentó con sarcasmo: «¡Antonio debe de haber hecho un montón de cosas para que tú lo abandones!». Hizo mucho más daño que el propio Planco y su sobrino dijieran haber visto el testamento de Antonio, custodiado en ese momento en el templo de Vesta, en el corazón del Foro, y calificaran de escandalosas sus disposiciones.^[24]

Las seis Vírgenes Vestales componían el único sacerdocio femenino de Roma y eran figuras muy respetadas. La sacerdotisa a la cabeza de la orden se negó a entregar el testamento como exigía Octavio, por constituir una ruptura sin precedentes con la ley y la costumbre. Pero él entró en el templo a leerlo, y al final lo sacó de allí para hacer una lectura pública; lo más probable es que ésta se limitara a partes bien escogidas. En el documento, Antonio ratificaba oficialmente a Cesarión como hijo del dictador y dejaba herencias a sus hijos con Cleopatra, lo que era ilegal, pues un ciudadano no podía nombrar heredero a nadie que a su vez no lo fuera; seguramente también mencionaba a Antilo y a sus otros hijos romanos, pero a los fines de Octavio convenía más saltarse las habituales cláusulas legales. Por último, aunque Antonio se

hallara en Roma al morir, sus restos habían de ser enviados para enterrarlos junto a Cleopatra.

Ninguna de las fuentes antiguas sugiere que el testamento fuera falso, aunque muchos estudiosos modernos lo han dado por sentado. Sin duda, testamento existía, y lo más probable es que Octavio fuera simplemente selectivo en el uso que hizo de él. Antonio ya había reconocido públicamente a sus hijos con Cleopatra y proclamado que Cesarión era hijo de César, por lo que esas declaraciones no eran nada nuevo. Las herencias que dejaba a sus hijos sembraron muchas dudas, ya que era imposible que ignorara su ilegalidad; puede que tuviera previsto concederles la ciudadanía, o que simplemente asumiera que, siendo triunviro, todos sus actos eran legales. Pero llama la atención que pudiera imaginarse muriendo en Roma, lejos de Cleopatra.^[25]

No fue ésa la impresión que se trasmitió al pueblo. Octavio alentó los rumores de que Antonio y Cleopatra querían gobernar la República como un imperio personal, trasladando la capital a Alejandría, que recuerda a una de las acusaciones que se esgrimieron contra César. Se recalcó la arrogancia de la reina. Se decía que entre sus juramentos favoritos había adoptado éste: «Tan seguro como que dispensaré justicia en el Capitolio». No importaba que esto contradijera las afirmaciones de que Antonio prefería Alejandría a Roma y pensaba gobernar desde la ciudad egipcia y ser enterrado allí; lo importante era convencer a los romanos de la prepotencia de Cleopatra y del peligro que entrañaba. Antiguos prejuicios contra los griegos y los pueblos orientales en general, contra la monarquía y contra mujeres poderosas que interfieren en los asuntos de estado, todos ellos hicieron al público muy receptivo a ese mensaje. Y para recalcar su propio patriotismo, Octavio dio inicio a la construcción de un grandioso mausoleo en el Campo de Marte.^[26]

Nadie quería otra guerra civil, y por eso Octavio relegó a Antonio, pues sólo era un incauto, un pusilánime que ya no era romano ni capaz de negarle nada a su amante. Reforzaron esa imagen historias en que aparecía lavándole los pies a Cleopatra por una apuesta, leyendo cartas de amor mientras trataba asuntos públicos y yendo tras la litera de la reina como un perrito, aunque fueran falsas. Cleopatra era el peligro; de ahí la acritud de los poetas que la atacaron ensañándose con su persona, afligidos porque un comandante romano y sus legiones romanas «sirvieran» a tal amante.^[27]

En lugar de otra guerra civil, Octavio dio a Italia una gran causa: la República de Roma se enfrentaba a la grave amenaza de un soberano extranjero que pretendía doblegar su libertad. Era mejor como pretexto para la guerra, y la gente se prestó a creerlo en la medida en que era necesario, pues era poco realista intentar que Antonio y Octavio no lucharan entre sí. Sin embargo, la lucha no sería contra Antonio, sino contra Cleopatra; no contra legiones romanas, sino contra multitudes orientales que adoraban a extraños dioses con cabeza de animal. Los pueblos de toda Italia juraron lealtad a la persona de Octavio. A unas pocas colonias de veteranos de Antonio se las eximió del juramento, pero tampoco ninguna mostró deseos de combatir en su

nombre. Algunos senadores huyeron para unirse a él, y seguidamente Octavio declaró que más de setecientos habían decidido ponerse a su servicio. El Senado tenía por entonces mil miembros como mucho, seguramente menos; y muchos de los restantes se unieron a Antonio, aunque lo más probable es que no llegaran a los trescientos de los que suele hablarse. Algunos quizá eran demasiado ancianos para desempeñar un papel activo, mientras que otros se decantaron por la neutralidad; el más famoso de estos fue Asinio Polión, que dijo que se «apartaría de vuestra disputa y pasaría a formar parte del botín del vencedor».^[28]

Los partidarios activos de Antonio en el Senado estaban en clara desventaja numérica. Algunos estaban desesperados, como los últimos supervivientes de entre los que asesinaron a César: por supuesto, para ellos no había esperanza de reconciliarse con Octavio. Uno de ellos, Casio de Parma, escribió una serie de panfletos atacando con virulencia al joven César; lo acusó de querer casar a su única hija, Julia, con el rey tracio de los getas, un pueblo de los Balcanes, para consolidar sus victorias ilirias: era claramente una respuesta a la condena del matrimonio de Antonia con Pitodoro de Trales, y más disparatada aún fue la imputación de que Octavio tenía pensado divorciarse de Livia para casarse con la hija del rey.^[29]

Lo que Antonio había llegado a hacer era mucho peor, o al menos lo parecía, que cualquier cosa que pudiera decirse que su rival tan sólo tenía pensado hacer: ya en el año 32 a. C. era evidente que había perdido la lucha política. La batalla propagandística continuó, pero a Antonio no le había ido bien hasta la fecha, y era improbable que las cosas mejoraran. La única esperanza que le quedaba era ganar la guerra real de los ejércitos y las flotas.

GUERRA

Antonio y Cleopatra pasaron gran parte del invierno del año 33 al 32 a. C. en Éfeso, en la costa de Asia Menor, donde se estaban reuniendo sus tropas; era la primera vez en muchos años que ella se ausentaba de Alejandría un invierno. En la primavera se inició el lento traslado del ejército a Grecia; no podía acelerarse, por lo que Antonio y Cleopatra se embarcaron en un viaje de placer y recalaron en la isla de Samos, donde organizaron un festival de teatro, música y danza dedicado a Dioniso. Acudieron a competir por los premios artistas de todo el mundo griego, mientras el triunviro y la reina celebraban los suntuosos banquetes que tenían por costumbre ofrecer. Antonio gratificó al gremio de intérpretes con cesiones de fincas y derechos especiales en la ciudad de Priena, en Asia Menor^[1].

Su liberalidad no fue tan obvia para el resto de la población del Mediterráneo oriental, que, una vez más, tuvo que apoyar el esfuerzo bélico de un bando en una guerra civil de Roma. Todos los pueblos aliados y provincias fueron obligados a aportar ingentes cantidades de dinero, suministros y otros recursos, exigencias que los lugartenientes de Antonio hicieron cumplir sin miramientos: en la isla de Cos talaron las arboledas sagradas dedicadas a Esculapio, el dios de la sanación, para obtener madera destinada a construir las naves que iba a mandar Décimo Turulio, uno de los asesinos de César. También hacía falta mano de obra, artesanos que construyeran los barcos y el resto del equipamiento del ejército y de la flota, así como remeros y marineros para tripular las naves y soldados para engrosar las filas del ejército. Como Antonio no tenía acceso a los campos de reclutamiento de Italia, muchos de sus legionarios eran oriundos de las provincias, y, para alistarlos en las legiones, se les concedió la ciudadanía a toda prisa; al parecer, la mayoría fueron reclutados a la fuerza.^[2]

Cleopatra aportó una gran suma para financiar la guerra: Plutarco da la cifra de veinte mil talentos, cantidad que duplicaba la prometida por su padre a Gabinio en el año 55 a. C. Como al resto de Oriente, se exprimía a su reino en apoyo del esfuerzo bélico de su amante. Además, a su flota de quinientos barcos de guerra la reina añadió otros doscientos y los cerca de trescientos mercantes que él mandó construir. Conforme a la tradición de la marina ptolemaica, parte de estos barcos de guerra eran de gran tamaño y grandioso estilo, y probablemente muchos de los grandes mercantes eran barcos de transporte de grano. Era la mayor flota que creaba su reino en varias

generaciones: los barcos empleados contra César en la guerra de Alejandría habían sido menos numerosos y más pequeños, adecuados al combate en el reducido espacio de los puertos. Aparte de las naves, al parecer Cleopatra aportó también las tripulaciones, aunque no está claro cómo llegaron de Egipto o de sus otros dominios muchos de esos hombres; la reina los pagó, pero se dice que gran parte de ellos fueron reclutados por patrullas de leva forzosa allá donde los encontraban.^[3]

Presta a facilitar barcos y dinero para ayudar a su amante, Cleopatra enseguida recibió los frutos de la gratitud de Antonio, que se apoderaba de estatuas y otras obras de arte de los templos para obsequiárselas. Un aliado de Octavio le acusó de regalarle doscientos mil pergaminos de la Biblioteca de Pérgamo; puede ser que inventara esta historia, o al menos que inflara la cantidad, pero el tradicional apetito de la dinastía egipcia de nuevos ejemplares para la Biblioteca de Alejandría había alcanzado fama.^[4]

Después de Samos, la pareja zarpó hacia Atenas, donde se hallaban como muy tarde a principios del verano. Si Cleopatra llegó a acompañar a su padre al exilio, ya había estado allí más de veinte años antes, pero con toda certeza era su primera visita de adulta. En los años previos la estancia más larga de Antonio había sido los meses que pasó allí con Octavia, cuando los atenienses no dejaron de rendir honores al triunviro y su esposa. Ahora, igual de afanosos por ganarse su favor, rindieron los honores a su amante: la estatua de una Cleopatra ataviada con los ropajes de Isis —o quizá una estatua de la diosa cincelada a semejanza de la reina— fue instalada en la ciudad; ella correspondió organizando y sufragando parte de las funciones de música y teatro que se decidió representar allí, igual que en Samos. Una delegación oficial de próceres de la ciudad, incluido Antonio —al que habían otorgado el título de ciudadano honorario— se personó en la casa que ocupaba ella, y el propio Antonio dio un discurso enumerando los privilegios especiales que el concejo concedía a la reina.

Ahenobarbo y Sosio se le habían unido probablemente antes de que dejara Asia Menor. Seguían llegándole noticias de Roma. Entonces fue cuando en la misma Atenas se decidió al fin a divorciarse de Octavia, claro indicio de que consideraba grave, y quizá irreconciliable, la ruptura con su cuñado. Una pintada apareció en una de las estatuas de Antonio: «Octavia y Atenea a Antonio: “Coge tus cosas y ...”» aludiendo al sagrado matrimonio antaño contraído con la diosa de la ciudad. La primera parte de la frase estaba en griego, pero la segunda era la fórmula tradicional latina de divorcio, *res tuas tibi habe*, lo que apunta a que el bromista era un compatriota romano.^[5]

No se sabe si, en ese momento o quizá antes, Antonio y Cleopatra contraerían matrimonio oficialmente. No habría sido válido según la ley romana, salvo que él le hubiera concedido antes la ciudadanía. Ninguna de las principales fuentes afirma que la pareja se casara, aunque Plutarco da a entender que fue así. El poeta Virgilio, que escribió no tantos años después de la muerte de ambos, se refiere en tono ofendido a

la «esposa egipcia» de Antonio; pero, por lo demás, tal afirmación sólo figura en fuentes muy posteriores y, por lo general, poco fiables. Resulta difícil creer que Octavio no hubiera esgrimido contra Antonio cualquier modalidad de boda que hubiera habido; pero no se sabe si la hubo, lo que hace tanto más frustrante la ambigüedad de aquellas palabras de Antonio: *uxor mea est* («¿Es ella mi esposa?» o «Ella es mi esposa»). Las actuales actitudes acerca del matrimonio y las alianzas vienen a complicar el debate, pero la verdad pura y dura es que no se sabe lo que pensaban de todo esto Antonio o Cleopatra, ni lo que hicieron o dejaron de hacer.^[6]

Lo que sí se sabe es que Cleopatra acompañó a Antonio y desde el principio se daba por hecho que permanecería a su lado incluso cuando estallara la guerra, si así sucedía. Otros monarcas clientes también estaban con él, y si bien no aportaron al esfuerzo bélico tanto dinero ni tantas naves, algunos facilitaron grandes contingentes de tropas. Polemón se había quedado vigilando la frontera de Partia, pues Antonio había establecido muy pocas tropas para hacer frente a posibles rebrotes de la guerra en aquel escenario. A Herodes lo envió a negociar con el rey de los árabes nabateos, cuya lealtad estaba en cuestión y que, además, había dejado de pagar a Cleopatra las rentas por el arriendo de sus tierras. Ella también envió a uno de sus oficiales griegos, presumiblemente con una fuerza de mercenarios, para cooperar con el rey de Judea; pero poco lograron estos enviados. Se dijo que ella sólo quería quitarse de en medio a Herodes y hacerle perder el favor de Antonio.^[7]

Los demás soberanos que servían a Antonio eran todos varones y la mayoría mandaban sus tropas en persona. Cleopatra, siendo su amante, pasaba mucho más tiempo con él y más cerca, tanto en el desempeño de sus funciones oficiales como cuando descansaba y daba fiestas. Ella recibió honores públicos mucho mayores que los otorgados a ninguno de los otros reyes, y sin duda podía ejercer más influencia. Domicio Ahenobarbo era el único romano del séquito de Antonio que se negaba a llamarla «Reina», y menos aún «Reina de reyes», dirigiéndose a ella por su nombre; no era el único contrariado con su ostensible presencia pública, presencia que alimentó tanto la campaña propagandística de Octavio, centrada en el control que ella ejercía sobre Antonio: en el 32 a. C., cuando a éste aún le quedaban senadores simpatizantes en Italia, fue generoso repartiendo dinero para reforzar su lealtad y ganarse adeptos, pero su estrecho vínculo con la reina fue políticamente desastroso.^[8]

Plutarco cuenta que un senador, un tal Gémino —quizá Cayo Gémino— viajó desde Italia para ver a Antonio, probablemente durante los meses que el triunviro pasó en Atenas. Al parecer, recelosa del senador al sospechar que quería reconciliar a Antonio con Octavia, Cleopatra lo sentaba lejos de él en los banquetes; a instancias de ella, además, sus amigos le hicieron blanco de los chistes y bromas propios de la corte. El romano aguantó sin perder la paciencia; y por fin, cuando en un banquete se le pidió que expusiera lo que había ido a decir, Gémino, sin dejar de señalar que sería mejor esperar a que todos estuvieran bien sobrios, adelantó su principal mensaje: Antonio debería alejar a la reina. El triunviro montó en cólera, y Cleopatra, se dice

que encantada, comentó el acierto de Gémino al admitir la verdad sin obligarles a recurrir a la tortura —una práctica a la que no podía someterse a ningún senador. Gémino se marchó y la reina siguió junto a su amante. Verdadera o no, esta historia refleja la creciente inquietud de muchos de los hombres de Antonio: los monarcas sólo resultaban aceptables si se mostraban claramente supeditados.^[9]

Otros seguidores romanos de Antonio defendieron la continuada presencia de la reina. Canidio argumentó que Cleopatra era uno de los soberanos más aptos y con más experiencia de todo el Mediterráneo oriental. Habiendo contribuido tanto a la campaña, sería arriesgado para la moral del contingente naval aportado por ella que su reina se marchara. Según Plutarco, Canidio había aceptado un soborno, y el papiro que recoge las exenciones fiscales que le fueron concedidas da fe de la generosidad de Cleopatra. También puede que decidiera adoptar una postura distinta de Ahenobarbo y otros por puro afán de diferenciarse; pero es muy posible que de verdad creyera conveniente la presencia de la reina, por sí misma o por el influjo que ejercía sobre Antonio.

La mayoría de los estudiosos modernos tienden a dar la razón a Canidio y creen que Cleopatra tuvo que quedarse para mantener alta la moral de los marineros de sus naves de guerra, lo que resulta muy improbable, ya que al parecer muchos fueron reclutados a la fuerza; aún menos probable es que ella pudiera incitar a la lucha a los numerosos reclutas de las legiones y la flota procedentes de las provincias helenísticas, ni que estos en el fondo creyeran estar combatiendo a los romanos: la única prueba que se cita para corroborar esta afirmación es un oráculo que vaticinó la conquista de Roma por el Oriente, pero ni siquiera se puede atribuir fundadamente tal documento a este periodo. No es de extrañar que muchos ciudadanos de las provincias odiaran a los romanos: el imperialismo romano era brutal, muchas decisiones de las autoridades romanas eran arbitrarias y muchos de sus gobernadores eran voraces explotando a los pueblos conquistados y aliados. Antonio, más delicado en el respeto a las susceptibilidades de los griegos, no era menos explotador por ello, y aún menos cuando se estaba preparando para la confrontación con Octavio; y nunca representó una alternativa al dominio romano, sólo una versión levemente suavizada. El conflicto era una guerra civil romana; Octavio fue el único que intentó presentarla como una lucha entre Oriente y Occidente.^[10]

Antonio quería a Cleopatra a su lado. Su dinero y sus naves fueron de gran ayuda, pero la necesidad que tenía de su compañía era aún mayor. Él gozaba del lujo y su amante sabía cómo dárselo de mil maneras; y necesitaba afecto y halagos, algo en lo que ella sobresalía. Le hacía sentirse mejor, y eso le impidió ver hasta qué punto su presencia le perjudicaba políticamente, o le llevó a creer que valía la pena pagar el precio. Es difícil no pensar que Antonio había perdido en su retirada de Media gran parte de la confianza y seguridad en sí mismo; quizá ya no se viera capaz de actuar sin tener a Cleopatra cerca.

Es muy posible que ella lo intuyera y le pareciera muy arriesgado dejarlo ir solo a

la guerra. Se había hecho soberana de un reino ampliado por la generosidad de Antonio, y si él perdía la guerra, también ella perdería todo lo que había ganado; para evitarlo, comprometió en su apoyo los recursos de su reino. Es comprensible que también quisiera estar cerca y ayudar a Antonio a obtener la victoria como pudiera, aunque sólo fuera aconsejándole. Cleopatra tenía muy poca experiencia militar, aunque no está claro que fuera consciente de ello, y tal vez pensó que al menos podía ayudar a su amante a ser resolutivo en la empresa; puede que sí le ayudara en la planificación, dado que el desplazamiento y abastecimiento de un ejército y una flota de aquel tamaño era un proyecto de gran envergadura.

Había otra razón para su presencia. En varias ocasiones pasadas, la tensión entre Octavio y Antonio se había agudizado, pero al final se habían echado atrás al borde de la guerra y llegaron a un acuerdo. Cleopatra necesitaba asegurarse de que si eso volvía a suceder podría salvaguardar sus intereses: no deseaba convertirse en una renuncia aceptable para Antonio, una pérdida que le permitiera volver pacíficamente a Roma y al seno de la República. Fuera o no realista ese temor, es muy comprensible.^[11]

Política y pasión se mezclaban. Antonio y Cleopatra eran ambiciosos los dos, y no habrían sobrevivido a los peligros de la corte ptolemaica y la dividida República de Roma sin una acentuada veta de férrea ambición. Por diversas razones, él la quiso a su lado y ella también creyó importante que fuera así. Esa decisión brindó una buena baza a Octavio, que se encargó de despertar una enconada aversión hacia la reina extranjera y su títere romano, presentándolos como una amenaza real para Italia. A finales del verano ya estaba preparado: rescatando un arcaico ritual —o probablemente inventándolo—, ofició a la manera de un sacerdote del colegio de fetiales un sacrificio en el templo de Belona, el rey de la guerra. Tomando una jabalina manchada de la sangre del animal sacrificado, la lanzó a una porción de tierra que representaba simbólicamente Egipto: la República de Roma declaraba la guerra a Cleopatra. Nada se dijo de Antonio, aunque en realidad todos sabían que la verdadera lucha era contra él: estaba en disputa la supremacía de uno de los dos antiguos aliados.^[12]

XXVIII

ACCIO

Ningún bando estaba preparado para luchar, y además la estación de campaña ya estaba muy avanzada. Posteriormente se criticó a Antonio por no invadir Italia de inmediato, ya que Octavio no había reunido todas sus fuerzas y se enfrentaba a las protestas por los tributos extraordinarios que había decretado para financiar la guerra. Octavio tenía muchos soldados y una flota curtida y segura de sí después de la derrota de Sexto Pompeyo, pero sus fondos eran muy escasos; todavía no estaba preparado para la guerra, y tampoco podía permitirse que el conflicto se prolongara demasiado. Como ya era costumbre, ambos bandos prometían generosas recompensas a sus legionarios. Antonio acuñó una serie de moneda con una galera de guerra en la cara y el águila y dos estandartes signa con el nombre de una de las unidades de su ejército en la cruz.^[1]

La combinación de barco de guerra y estandartes del ejército resaltaba que la guerra se libraría tanto en tierra como en la mar. Antonio había añadido otras tres legiones a las dieciséis que llevó Canidio, pero, como indican incluso nuestras fuentes, no eran formaciones que contaran con todos sus efectivos; disponía además de soldados de infantería aliados, algunos armados con arcos, hondas y otros tipos de proyectiles, así como una nutrida fuerza de caballería: según Plutarco, cien mil infantes y doce mil jinetes en total. Octavio tenía una fuerza de caballería similar y unos ochenta mil infantes. Algunas de sus legiones seguían acantonadas en las provincias; también Antonio había dejado atrás una porción menor de sus tropas, incluido el contingente de cuatro legiones que quedó allí para defender la Cirenaica. Plutarco atribuye a Octavio sólo doscientos cincuenta barcos de guerra, pero otras fuentes sugieren que la cifra era mayor y que podía acercarse a los cuatrocientos.

Es muy posible que las cifras dadas para los barcos de guerra sean exactas, pero como es habitual, en el caso de los efectivos inducen a sospechar que eran totales redondeados basados en el número de legiones, y asumiendo que éstas contaban con su fuerza plena. Sin embargo, aunque probablemente sean números demasiado abultados, está claro que eran ejércitos muy grandes para los baremos romanos, pese a que la mayoría de las legiones se encontraran bastante por debajo de su capacidad. Es muy posible que en esta campaña participaran tantos soldados como en los ejércitos rivales que se habían medido en Filipos: tanto entonces como en el 31 a. C., los comandantes de uno y otro bando apostaron más por el tamaño que por la

estrategia, y desde el principio tuvieron que arrostrar graves problemas logísticos, pues operaban con contingentes que rozaban el límite superior viable, dados los sistemas militares y logísticos romanos.^[2]

No mejoraba las cosas el desequilibrio entre ejércitos de tierra y flotas. Las naves a remo de ambos bandos llevaban dotaciones excepcionalmente grandes en relación a su tamaño, pues su fuerza motriz dependía principalmente de los equipos de remeros. Una quinquerreme (una «cinco») llevaba doscientos ochenta remeros y una tripulación de veinte hombres en cubierta (la mayoría de las naves de guerra tenían tres órdenes de remos, y recibían su nombre del número de remeros necesario para manejar las tres órdenes. Así, una «cinco» llevaba cinco hombres: dos sentados en el banco de arriba manejando el remo superior, dos más en el banco central para el remo del medio y, por último, uno en el banco más bajo para el remo inferior; la «cinco» era la nave de guerra habitual, pero también se empleaban naves más grandes, como «seises», «ochos» y «dieces»). Había muy poco espacio para llevar comida y agua, aun cargando lo justo para abastecer a la tripulación. Si se preveía una batalla, las naves de guerra mayores podían llevar a bordo unos cien soldados durante un periodo corto: teóricamente, sólo el día de la batalla. No podían navegar cargando con tantos hombres, y desde luego no con la comida, las tiendas y el resto del equipamiento necesario para las operaciones bélicas; y estaba absolutamente descartado llevar una cantidad reseñable de monturas para la caballería ni animales de carga y tiro.^[3]

Antonio tenía trescientos barcos de transporte para organizar periódicamente convoyes de grano y demás alimentos; gran parte de ellos viajaban de Egipto a Grecia, ya que a largo plazo era imposible aprovisionar a tantos soldados y marineros con víveres locales. Algunos barcos siempre estaban ocupados en esta labor, sobre todo los más grandes, lo que restaba aún más naves al transporte de soldados, animales, reservas de comida y forraje para el consumo a corto plazo y equipamientos. Antonio sabía que era prácticamente imposible llevar a todo su ejército en un solo convoy, y que seguramente requeriría varios; cruzar el Egeo con las legiones en la primavera y el verano del año 32 a. C. tuvo que llevar sin duda su tiempo. Más adelante, la posible invasión de Italia tendría que desarrollarse en varias etapas, lo que pondría más difícil a sus naves la tarea de proteger los convoyes. Los caprichos del clima planteaban otra incertidumbre: cualquier nave perdida a manos del enemigo o en un temporal suponía una merma para futuros convoyes, aparte de las pérdidas ocasionadas en hombres muertos o capturados y en los suministros que llevaran.^[4]

El verano del 32 a. C. tocaba a su fin sin que sus contingentes se hubieran concentrado aún en la costa occidental de Grecia, cuando Antonio y Cleopatra se instalaron en Patras, en el golfo de Corinto. El buen tiempo era menos probable en los meses de otoño e invierno: razón en contra para lanzar un ataque inmediato. Además, en la costa oriental de Italia hay pocos puertos naturales, y la experiencia pasada había demostrado lo difícil que era tomar Bríndisi o Tarento. Antonio decidió no

realizar la invasión todavía: no tenía prisa, a diferencia de Octavio, que por entonces estiraba sus finanzas casi al límite.

Dejando de lado el clima más apacible de la primavera, las dificultades de transportar un ejército hasta Italia y desembarcarlo allí iban a ser igual de graves al llegar esa estación. A finales de año estaba claro que Antonio pensaba dejar que fuera Octavio quien atacara: él esperaría en Grecia, desde donde podría hostigar a los convoyes enemigos cuando cruzaran el Adriático. No se sabe el número de barcos mercantes de que disponía Octavio, pero es probable que tampoco pudiera atravesar el mar con su ejército de inmediato por problemas parecidos a los de Antonio. Éste seguramente llevaba la ventaja, al menos al principio, pues sus fuerzas eran más numerosas que las de su enemigo con bastante diferencia; por otro lado, existía un factor político: invadir Italia con Cleopatra a su lado le privaría de todo partidario que pudiera tener allí.

Los historiadores modernos generalmente han aplaudido el plan de Antonio, considerándolo sensato y la única opción práctica; pero vale la pena recordar que era la misma estrategia con la que igual Pompeyo en el año 48 a. C. que Bruto y Casio en el 42 habían fracasado. En esas ocasiones, los dos ejércitos que actuaron a la defensiva tenían mayor superioridad naval que la que ahora poseía Antonio, pero eso no impidió a los atacantes desembarcar suficientes tropas para imponerse, aunque en el 48 a. C. fuera por muy poco. Sila había ganado la guerra civil desde Grecia, pero sólo porque usó ese territorio como base desde donde lanzar la invasión de Italia: las estrategias defensivas no funcionaron bien en las guerras civiles de Roma, pues ya de entrada dejaron toda la iniciativa al enemigo, y la pasividad y la debilidad así transmitidas disminuyeron la cantidad de indecisos a los que pudo haberse convencido de unirse a ese bando. Una vez más, Antonio estaba perdiendo la batalla política^[5].

Esa estrategia también planteó problemas prácticos. El litoral de Grecia ofrece abundantes puertos naturales y multitud de islas diseminadas, muchas de ellas adecuadas para servir de base terrestre: la geografía animó a Antonio a desperdigar sus fuerzas a fin de cubrir un área lo más extensa posible; distribuir a marineros, soldados y animales también era deseable por el problema constante de alimentarlos durante el invierno. Así, dispersó sus barcos y sus fuerzas terrestres desde Metone, en el sur del Peloponeso, hasta la isla de Corfú, en el norte; más al norte, en la costa del Epiro no estableció fuerzas significativas. Probablemente la mayor concentración de barcos estuviera en Accio, donde el golfo de Ambracia brindaba un amplio puerto natural; allí almacenó grandes cantidades de provisiones para abastecer a todas esas escuadras y fortificó la posición: altas torres defensivas, probablemente con artillería, protegían la entrada a la bahía.^[6]

Las campañas del 48 a. C. y el 42 a. C. se habían desarrollado en Macedonia y en Tesalia, al norte. Antonio abandonó esa zona y la ruta principal, la Vía Egnatia. Puede que quisiera invitar a Octavio a desembarcar allí, confiando en que en ese caso

le daría tiempo a concentrar sus fuerzas y plantar cara al enemigo y destruirlo; pero ahora las fuerzas de defensa de Antonio estaban muy desperdigadas por todo el litoral, algo que resultaba peligroso en una costa por la que los ejércitos no podían moverse con rapidez. El invierno no suponía gran riesgo, y él y Cleopatra se instalaron en Patras a pasar plácidamente esos meses, en espera de ver qué hacía el joven Octavio al llegar la primavera. Hubo algunos contactos diplomáticos: Octavio pidió a Antonio que se retirara de la costa y le dejara desembarcar, prometiéndole a cambio entablar la batalla decisiva en un plazo de cinco días, y Antonio respondió retando a su adversario a un único combate. Ninguna de las propuestas era seria: sólo querían aparentar aplomo.^[7]

CONTACTO CON EL ENEMIGO

El 1 de enero del 31 a. C. Octavio se hizo cónsul por tercera vez, con Marco Valerio Mesala Corvino de colega. A Antonio le habían despojado del consulado obtenido al reafirmarse el triunvirato. Octavio volvía a ostentar poder oficial como magistrado de la República. Antonio siguió haciéndose llamar triunviro, aunque prometió entregar su poder cuando hubiera vencido; había dicho primero que sería a los dos meses de ganar la guerra, pero según Dión, sus amigos le convencieron más tarde de que iba a haber tanto que hacer que habría que alargarlo a seis meses. Octavio tenía imperium legal, y eso le daba cierta ventaja; otra ventaja —y ésta mucho mayor— era la ayuda absolutamente fiel de su antiguo amigo Agripa, que para entonces ya era un general de talento y uno de los mejores almirantes que jamás dio Roma.^[8]

Apenas pasado el invierno, Agripa inició el ataque; fue en Metone, el puesto avanzado más meridional de Antonio, un tanto aislado del resto de sus fuerzas. Para llegar hasta allí, Agripa tuvo que cubrir más distancia por mar que por la ruta del norte, lo que siempre era un riesgo para las galeras de guerra, de limitada autonomía, dada la dificultad de llevar comida y agua en cantidades suficientes para la tripulación. Si su ataque hubiera sido repelido o las condiciones meteorológicas le hubieran retrasado mucho, se habría visto en graves aprietos. El resultado compensó los riesgos de la apuesta: cogió a los hombres de Antonio desprevenidos, invadiendo rápidamente la ciudad portuaria. Los barcos enemigos fueron destruidos o capturados; uno de sus comandantes, el desterrado rey Bogud de Mauritania, se contó entre los muertos. Octavio y Agripa ya tenían una base en la costa griega.^[9]

Antonio esperaba que la principal ofensiva llegara por el norte, y en cambio, el enemigo le atacaba por el sur. Agripa le había cogido a contrapié, pero le desequilibró todavía más con la sucesión de acometidas que lanzó a lo largo de toda la costa griega, llegando nada menos que hasta Corfú. Aprovechando la confusión, Octavio

cruzó el Adriático septentrional y empezó a desembarcar su ejército en Panormo, muy cerca de Corfú por el norte; por lo que se sabe, las escuadras de Antonio dejaron pasar todos sus convoyes sin plantearles problemas, y pronto casi todas sus tropas estaban a salvo en Grecia. Ocupó Corfú, abandonada por la guarnición antoniana en el desconcierto que sembraron los ataques de Agripa y, a continuación, adelantando sus naves en el embate, marchó con su contingente ciñéndose a la costa en dirección sur.

Antonio tardó en reaccionar, intentando junto con Cleopatra aparentar calma; tal vez fuera auténtica y ambos aún creyeran su victoria inevitable por el tamaño de sus fuerzas y la confianza en el talento de Antonio. Según Dión, éste alardeó de buen general en un discurso que dirigió a sus hombres: «Sois soldados de los que podrían vencer hasta sin un buen líder, y (...) yo soy un líder de los que podrían vencer hasta con un mal ejército». Al llegar la noticia de que Octavio había ocupado la ciudad del Epiro llamada Torone (que significa «cazo»), Cleopatra bromeó diciendo que no había de qué preocuparse «si Octavio se ha sentado en el cazo»: el nombre de la ciudad también significaba «pene» en el lenguaje de la calle. Antonio empezó a reaccionar frente a la invasión, pero llevaría tiempo concentrar unos efectivos tan dispersos.^[10]

El blanco de Octavio era Accio, y aunque no pudo sorprender a las escuadras allí emplazadas, consiguió ocupar el monte —hoy llamado Mikalitzzi— que domina la península de la entrada septentrional al golfo de Ambracia. Antonio llegó desde Patras poco después, acampando en el lado meridional de la bahía; de momento sólo llevaba consigo la vanguardia, por lo que rehusó la oferta de batalla del enemigo. La llegada de más soldados acrecentó su confianza, y montó un segundo campamento, más pequeño, en la vertiente septentrional de la bahía, cercano a la posición de Octavio; allí desplegó a sus hombres en formación de batalla, pero el enemigo, ya sin la ventaja numérica, declinó el combate.

La posición de Octavio en lo alto del monte, reforzada por los terraplenes que construyó para comunicarla con el mar y dar protección a sus barcos, era demasiado fuerte para aventurarse a un ataque directo; también estaba mucho mejor situada que el campamento principal de Antonio, emplazado en un terreno bajo, anegado y plagado de mosquitos. Con tantos soldados y marineros concentrados en una zona tan pequeña, las infecciones pasaron a ser un problema grave; es probable que los mayores males fueran la malaria, la disentería y otras dolencias digestivas: muchos enfermos morían. Se tomaron medidas desesperadas para reclutar más remeros que sumar a la flota, y tal vez estos fueron los que se llevaron la peor parte: peor pagados que los legionarios y probablemente peor alimentados, los reclutas recién llegados no se plegaban de buen grado a la disciplina del campamento, donde mantener la higiene, y sobre todo cavar letrinas, no debería haberse descuidado: la enfermedad y la desertión minaron las fuerzas de Antonio.

El punto muerto se prolongó de la primavera al verano. Octavio envió patrullas de

ataque al norte de Grecia, pero sin conseguir que ninguna fuerza enemiga de cierta entidad se prestara a entablar combate. Lo que sí hizo Antonio fue emprender la construcción de una línea de fortificaciones detrás del monte Mikalitzí para cortar a los hombres de Octavio el acceso al río Louros, su única fuente de agua potable; por el control de esa posición se disputaron varias refriegas, la mayoría libradas por la caballería mientras los infantes trabajaban. Los hombres de Octavio ganaron todos los asaltos mayores, impidiendo a los de Antonio mantener el bloqueo.^[11]

Agripa seguía recorriendo la costa. En la entrada al golfo de Ambracia por el sur se encuentra la isla de Léucade, el «promontorio blanco», llamada así por sus elevados acantilados de caliza en ambas vertientes. Destruyó la escuadra de Antonio con base allí y ocupó la isla, lo que dificultó mucho la llegada a Accio por mar de los refuerzos y suministros de Antonio; también fue muy útil como fondeadero para Octavio, cuyos barcos podrían haber sufrido mucho en los meses previos si la suerte se hubiera vuelto en su contra enviándole un temporal.

Un golpe aún más alarmante llegó poco después cuando Agripa tomó Patras, y luego también Corinto; el enemigo prendió más barcos y provisiones de Antonio, pero tan importante como eso era que le había arrebatado el dominio de las aguas del litoral occidental de Grecia: la ruta de suministro del grano egipcio quedó cortada, y con ello se venía abajo uno de los principales pilares de la estrategia de Antonio. La escasez de comida en su campamento en Accio empeoró a su vez los males ocasionados por la enfermedad. Se emitieron órdenes para requisar alimentos de las ciudades de Grecia: el bisabuelo de Plutarco recordaba que a su localidad natal, Queronea, se le exigió aportar grano; y como no había en las proximidades animales suficientes para transportar los pesados sacos, los ciudadanos se vieron forzados a llevarlos a cuestas bajo los golpes de los hombres de Antonio.^[12]

A finales del verano, la situación de Antonio en Accio sólo podía ir a peor, y estuvo considerando dejar la costa y trasladar la guerra al interior. Envió a Delio a Macedonia y Tracia acompañado de un noble tracio para reclutar nuevos contingentes de tropas auxiliares, así como para tantear esa posibilidad: que habría implicado, si las naves no pudieran escapar, tener que abandonarlas en el puerto. También él dirigió una fuerza al interior durante una temporada. Nuevos ánimos llegaron cuando Sosio atacó a una escuadra aislada de naves enemigas y la derrotó; pero en el camino de vuelta fue alcanzado y vapuleado por Agripa: el bloqueo seguía en pie. Antonio volvía a Accio cuando también él fue arrollado por una acción de la caballería; según Plutarco, estuvo a punto de ser capturado en una emboscada tendida por los hombres de Octavio.^[13]

La moral caía en picado en el bando de Antonio; un signo visible fue el abandono del campamento menor: todo el ejército se retiró al primer emplazamiento, muy insalubre. La situación se había vuelto desesperada, y las tropas ya no creían en la capacidad de su jefe para hacer nada que cambiara las cosas. Domicio Ahenobarbo se marchó en una pequeña barca de remos para unirse a Octavio, pero ya enfermo murió

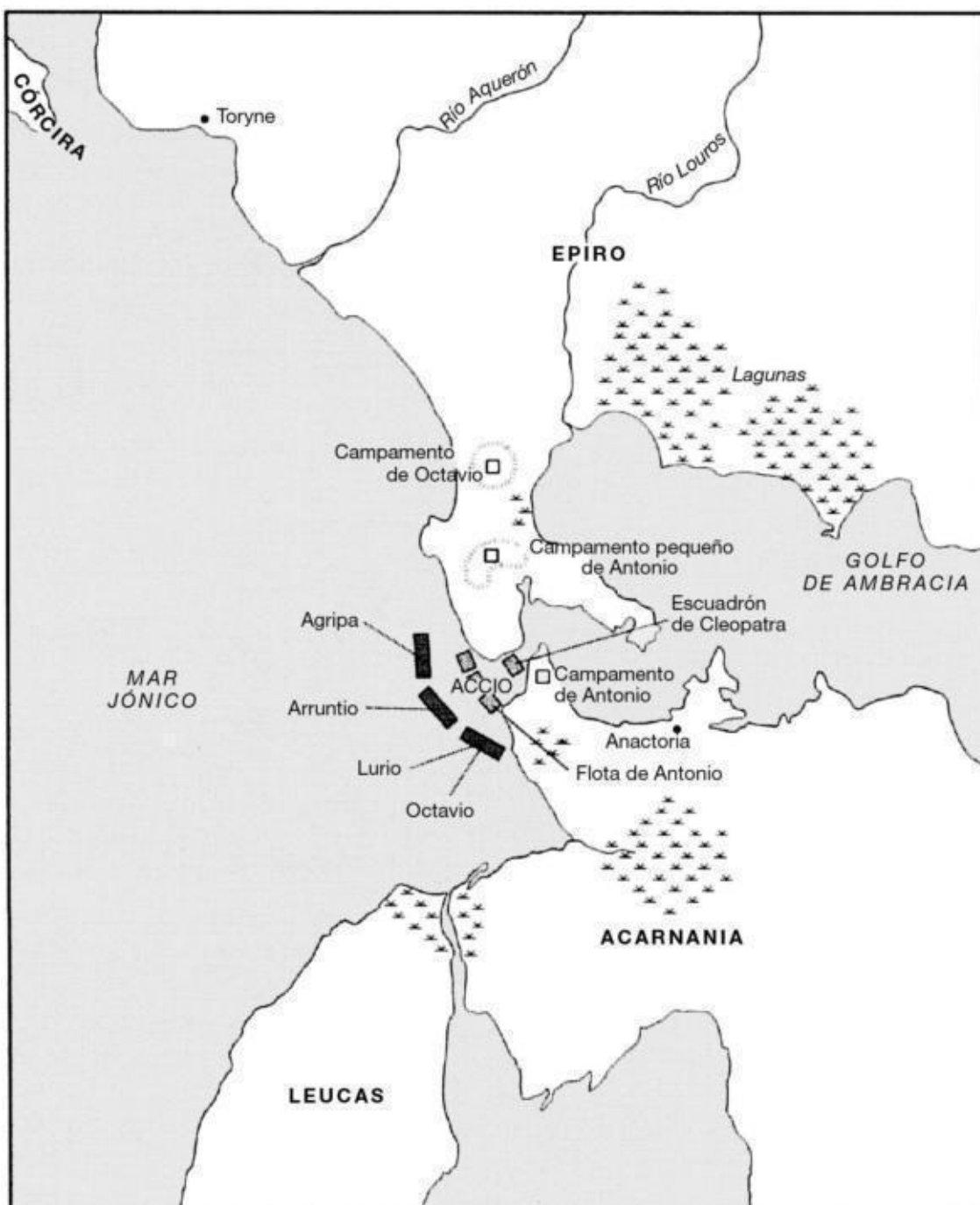
poco después. Antonio le dedicó el mismo gesto de César a Labieno: envió el equipaje de Ahenobarbo tras él. También se fue Delio —quien anteriormente ya se las había arreglado dos veces para abandonar una causa que llevaba las de perder antes de que fuera demasiado tarde para él— alegando que Cleopatra conspiraba contra él por haber bromeado en un banquete sobre lo malo que era el vino en comparación con las «mejores cosechas de Falernia» servidas a la mesa de Sarmiento; éste, famoso por su atractivo físico y su habilidad para explotarlo, era un esclavo liberado que se había aupado a la orden ecuestre, intimando con Mecenas y, a través de él, con Octavio.^[14]

Los senadores empezaron a cambiar de bando, y también los monarcas clientes, uniéndose a Octavio los soberanos de Paflagonia y Galacia; el último con dos mil jinetes de caballería. Antonio, cada vez más desconfiado y receloso de sus subordinados, ordenó ejecutar a un senador y a un rey árabe, además de a otros cuyos nombres nuestras fuentes no mencionan; a finales de agosto estaba claro que no ganaría nada quedándose donde estaba. Su ejército y su flota menguaban: apenas quedaba dotación para doscientos treinta o doscientos cuarenta barcos de guerra, y además muchos remeros eran reclutas forzosos recién alistados.^[15]

Las legiones también habían sufrido, pero seguían constituyendo una fuerza formidable; por ello Canidio argumentaba que sería mejor abandonar la flota y dirigirse al interior. Antonio, que discrepaba, decidió escapar por mar y dejó a Canidio la misión de salvar el ejército por tierra. Las fuentes antiguas vieron en esta decisión una muestra de su obsesión por Cleopatra: una parte de las naves eran de ella y, lo que es más importante, su tesoro probablemente era demasiado voluminoso para transportarlo por tierra. Los historiadores actuales tienden a hacer malabarismos con tal de justificar la decisión de Antonio, y los más optimistas añaden que aún tenía la esperanza de ganar una batalla decisiva en el mar, mientras que la mayoría sólo ven en la evasión la mejor opción para proseguir la guerra; unos pocos más realistas señalan que ya había perdido la campaña. A sus compatriotas romanos no les cabía duda de que Antonio había fracasado como comandante en Accio: un buen general romano nunca se rendía, sino que reunía tantos soldados como le era posible para, después de alejarse, reemprender la contienda en un momento posterior. Era la virtud que se esperaba en un noble romano; abandonar al ejército y dejar a un oficial encabezando una huida era contrario a todos los valores de su clase.

El mal tiempo retrasó la retirada varios días. Todas las naves sin tripulación fueron quemadas; impedir que cayeran en manos del enemigo era sensato, pero también un claro signo de desesperanza. Cleopatra quedó a la espera con unos sesenta barcos, su dinero y su séquito. El resto formaron en tres escuadras: el ala izquierda mandada por Sosio; la central por Antonio, apoyado por Marco Insteyo y Marco Octavio —un pariente lejano de Octavio que también había luchado en el bando de Pompeyo contra julio César—, y la derecha a las órdenes de Gelio Públícola. Los barcos de Cleopatra, y probablemente también algunos o todos los demás, llevaban

velas a bordo; eso no era lo habitual, pues los remos eran el único modo efectivo de manejar una galera en batalla, y los mástiles, que abultaban mucho, solían dejarse en tierra por ser un estorbo. Más incierto es que las tripulaciones supieran que ahora el objetivo era huir y no luchar, lo que sin duda no revelaron a los soldados de las legiones que quedaban en la orilla; algunos de ellos subieron a bordo de las naves como infantes de marina, pero el resto de camaradas iban a quedar abandonados.



La batalla de Aaio.

Para entonces Octavio tenía unas cuatrocientas naves, entre ellas algunas que había capturado en los meses anteriores. Antonio contaba con varias galeras muy grandes —«dieces» y «ochos», aunque casi toda su flota eran «cincos» y «seises»—,

lo que le daba una leve ventaja, que apenas contrarrestaba la superioridad numérica del enemigo. Todavía más importante era que muchas de las tripulaciones de Agripa tenían años de experiencia: tan vital era que los remeros hicieran bien su labor como que los capitanes supieran mandar sus naves. Se desplegaron en un arco abierto frente al enemigo, con Agripa a la izquierda, Lucio Arruntio al mando del centro y Marco Lurio a la derecha. Octavio también iba a la derecha, dispuesto a compartir el peligro con sus hombres; pero sabiamente dejó a Agripa la dirección de la batalla.^[16]

El 2 de septiembre del año 31 a. C. las naves de Antonio salieron del golfo de Ambracia desplegándose en formación de combate; ambos bandos se quedaron frente a frente varias horas: ninguno quería luchar muy cerca de la orilla. Agripa necesitaba tener más alejado al enemigo para que sus barcos, más numerosos, pudieran envolver su línea. Al parecer, había disuadido a Octavio del plan poco realista de dejar pasar al enemigo y atacarlo por detrás. El problema de Antonio era sobrepasar la isla de Léucade, y para ello había de esperar a la tarde, cuando solía soplar un viento nortenoeste; para adelantar al enemigo, sus naves necesitaban tener el viento de popa y espacio suficiente para maniobrar y poder rebasar Léucade: por eso tenían que haber salvado cierta distancia mar adentro para cuando el viento cambiara en esa dirección.^[17]

Mediado ya el día el viento empezó a virar y Antonio dio al fin la señal de avance general de la flota. Agripa necesitaba todavía más espacio y mandó retroceder a sus naves, que se alejaron del enemigo remando; sólo cuando estuvo conforme con que el espacio le permitía amenazar ambos flancos de la escuadra de Antonio, dio la señal de ataque. Las dos flotas enfrentadas se acercaron y el combate se desgajó en refriegas sueltas entre uno o dos barcos de cada bando. Embestir contra las grandes galeras que ambos empleaban no solía ser efectivo: daba mejor resultado abrir fuego de artillería desde cubierta y desde las torres elevadas que casi todas las naves de guerra llevaban en batalla, así como abordarlas; de ese modo, varias naves pequeñas podían acabar con otras más grandes.

Para que Agripa no envolviera el flanco derecho de Antonio como pretendía, el comandante Públicola dejó el centro que ocupaba su escuadra y sus naves acabaron dibujando una línea más o menos oblicua al resto de la flota para intentar ahuyentar a las de Agripa; con estas maniobras se abrió un gran espacio libre en el centro, y en ese momento, la escuadra de Cleopatra izó velas enfilando hacia el hueco. Ya lo bastante alejadas como para aprovechar el viento, las naves de la reina cogieron una velocidad que impedía la embestida y el abordaje, pues a esa marcha los barcos enemigos no podían maniobrar con rapidez; pero lo más importante de la velocidad era que el enemigo apenas tenía posibilidades de alcanzarlas.

Antonio, al ver que se iban, abandonó su nave insignia —una de las grandes «dieces»— para transbordar en una barca de remos a una «cinco» más pequeña, que presumiblemente estaba en mejor estado, quizá por no haber entrado en combate o por otra razón que se desconoce; y también él izó velas en pos de la reina. Algunas

naves más lograron salir tras él. Los barcos de Agripa, sin mástiles ni velas, apenas podían salir tras ellas, sin contar con que además tenían que seguir luchando con el resto de la flota enemiga: sólo dos naves fueron interceptadas y capturadas, y unas setenta u ochenta galeras lograron huir con Antonio y Cleopatra; pero al menos dos terceras partes de la flota quedaron atrás. El combate aún prosiguió, aunque su escala e intensidad ha sido objeto de caluroso debate.^[18]

La propaganda de Octavio exageró la ferocidad de la lucha librada hasta derrotar a las naves más grandes de Antonio. Sin duda hubo combate, y las historias de los proyectiles en llamas con que las tripulaciones de Agripa incendiaron las naves enemigas aparecen en varias fuentes y probablemente sean ciertas. Plutarco dice que hubo cinco mil bajas, pero no especifica si era el total de pérdidas de ambos bandos o sólo las sufridas por la flota de Antonio. La mayoría de los historiadores, gremio de gustos sangrientos, consideran baja esta cifra, y eso les basta para convencerse de que el combate fue limitado: es posible, pero también lo es que en una batalla tan próxima a la orilla gran parte de los hombres de los barcos hundidos se salvaran de morir ahogados; leemos, por ejemplo, que Sexto Pompeyo tuvo organizado un servicio de rescate para el que empleaba embarcaciones pequeñas.^[19]

Algunas galeras de Antonio fueron hundidas o incendiadas, otras acabaron rindiéndose; y buen número de ellas retrocedieron, volviendo a entrar en el golfo de Ambracia. Puede que los hombres de Agripa las dejaran marchar pensando que no valía la pena asumir bajas para destruir unas naves todavía sometidas a un bloqueo que no podrían romper. Canidio llevó al ejército tierra adentro, pero los víveres empezaron a escasear enseguida, y no tenían donde ir; incluso si hubieran alcanzado la costa en algún punto situado lejos del enemigo, no había barcos para evacuarlos. Aquellas eran las legiones de Antonio: hombres que no lucharon por una causa, sino por un general que les había recompensado generosamente en el pasado y les había prometido más en el futuro. Abandonados por ese comandante, ya no tenían motivos para sufrir ni morir en su nombre. A pesar de la oposición de Canidio, los oficiales del ejército negociaron con Octavio, que fue generoso: varias legiones se preservaron, y a los soldados de las restantes se les asignó a alguna de ellas, o, si les tocaba licenciarse, se les prometió que recibirían tierras conforme al trato acordado con los veteranos. Canidio huyó.^[20]

Antonio había abandonado el grueso de su flota en Accio; en una semana, el ejército que dejó atrás había cambiado de bando. Todo lo que quedaba era un tercio de su flota y los legionarios que servían a bordo como infantes de marina: eran sólo una pequeña minoría de sus legionarios, y el número habría sido menor si las naves de Cleopatra no se hubieran reforzado con más soldados. El tesoro de la reina se salvó, pero ni eso ni todo el caudal que pudiera sacar de su reino en el futuro podrían reparar nunca la pérdida de las legiones y la flota que Antonio había abandonado.

Es posible que la idea de sacar a la reina con su dinero del bloqueo en Accio fuera acertada; pero si ése hubiera sido el único objetivo de la batalla, no había necesidad

de que Antonio la siguiera. Es improbable que sus barcos de guerra, ni siquiera contando con su presencia, hubieran podido derrotar a un enemigo que los superaba en número, pero el resto de su flota podría haberse replegado a puerto en mejores condiciones, y se habrían salvado más hombres de las tripulaciones y legiones embarcadas. Si Antonio en persona hubiera alejado al ejército de la costa, es mucho más probable que hubiera conservado la lealtad de los soldados, e incluso que hubiera seguido en pie la posibilidad, por remota que fuera, de librar y ganar una batalla decisiva para dar la vuelta a la campaña, como César había hecho en Farsalia; y si no hubiera ocurrido así, sencillamente habría podido retirarse: al menos habría opuesto resistencia negándose a aceptar la derrota, como correspondía a un romano.

Antonio, en cambio, huyó sacrificando la vida de una parte de sus hombres y abandonando el resto a su destino para él poder escapar; peor aún, corrió a reunirse con su amante. Más tarde, algunas fuentes acusaron a Cleopatra de traición diciendo que había estado dispuesta a abandonar cobardemente incluso a su amante con tal de escapar ella: era sólo propaganda, pues está claro —sobre todo porque las naves llevaban mástiles y velas— que la maniobra estaba planificada. Lo que no está tan claro es si la intención era que escapara toda la flota, o si ésta sólo iba a abrir camino a Cleopatra y su escuadra; lo primero parece más probable: si lo último hubiera sido el plan, eso significaría que Marco Antonio ya había admitido su derrota en la lucha con Octavio.

En realidad Cleopatra, o quien mandara la escuadra, hizo gala de considerable sangre fría al no dejarse llevar por el pánico a la espera del momento propicio para abrirse hueco en las líneas de batalla: requería cierto coraje, pero sigue siendo verdad que, a todos los respectos, el plan de Antonio y Cleopatra giraba en torno a ellos. Por lo que parece, salvaron su propio pellejo —y el tesoro de ella—, sin pensar en ningún momento en quienes dejaban atrás: los soldados y marineros que se habían alistado para luchar, y quizá morir, en su nombre.^[21]

En Accio, Antonio no mostró el arrojo y las dotes militares —la *virtus*— que se le suponían a un senador romano; provisto de la absoluta seguridad en sí mismo de un noble, nunca había sentido ninguna necesidad especial de atenerse a convenciones: era un Antonio, y nada cambiaría eso ni podía significar que no tuviera derecho a ser uno de los grandes líderes de la República. En el pasado había mostrado valor muchas veces, aun siendo un comandante mucho menos ducho y competente de lo que el mito creado por él mismo y la posteridad han querido creer. En Accio había abandonado la flota y el ejército para huir; sólo eso ya lo condenaba y desacreditaba para siempre a ojos de sus iguales, y parecía corroborar todo lo que la propaganda de Octavio decía sobre él: que es tacaño tan esclavizado y tan castrado en espíritu como los eunucos de Cleopatra lo estaban físicamente.

La causa de Antonio quebrada, ningún romano tenía motivos para unirse a él, salvo posibles compromisos personales. A efectos prácticos, perdidos el ejército y la flota de enormes dimensiones que había logrado reunir, no era realista pensar en

poder reemplazarlos. La guerra había terminado y Antonio la había perdido: su fin era sólo cuestión de tiempo.

«UNA BUENA ACCIÓN»

Los hombres de Cleopatra divisaron la quinquerreme de Antonio siguiéndolos y ella les ordenó izar una señal de reconocimiento; seguramente aminoraron la marcha para que él pudiera subir a bordo. Apesadumbrado, se negaba a hablar con su amante. Al parecer, la pausa en la huida permitió que unos barcos enemigos les dieran alcance; eran del tipo de los que se conocía como liburnios, pequeños pero rápidos. El lance devolvió momentáneamente las energías a Antonio, que se volvió con audacia para plantarles cara; aunque sólo se hundió un barco, bastó para acabar con la persecución. Luego, se nos dice, se sentó a solas en la proa de la nave de la reina. Plutarco, que es quien nos cuenta la historia, afirma no saber si era la rabia o la vergüenza lo que consumía a Antonio. Al tercer día fondearon en una de las puntas más meridionales del Peloponeso, y las dos criadas de más confianza de la reina, probablemente sus doncellas Charmión e Iras, consiguieron convencerle de que fuera junto a ella: los amantes estuvieron hablando, y comieron y durmieron juntos el resto de la travesía. Se les unieron algunos barcos de transporte y otras galeras que habían logrado escapar de Accio, y tal vez esto animara a Antonio, porque cogió el dinero que iba a bordo de uno de los transportes y repartió generosos regalos entre los seguidores que le quedaban.

Al arribar a la costa norteafricana, desembarcaron en Paraitonion (la actual Mersa Matruh), a unos trescientos kilómetros al oeste de Alejandría, y allí se separaron; Cleopatra volvió a su capital, mientras Antonio se iba con la esperanza de concentrar el único ejército de cierta entidad que le quedaba: cuatro legiones que habían permanecido en la Cirenaica al mando de Lucio Pinario Escarpo, sobrino nieto de julio César nombrado en el testamento del dictador entre los herederos menores. La fuerza era muy modesta frente a las tropas de Octavio, pues éste dirigía un ejército mucho mayor ya antes de sumar las legiones que Antonio había dejado en Grecia. En aquel momento Pinario cambió de bando pragmáticamente, proclamando su adhesión a Octavio y ajusticiando a los pocos oficiales que opusieron resistencia: la inmensa mayoría no ardía en deseos de morir por una causa perdida. Cuando Antonio recibió la noticia, sus compañeros tuvieron que contenerlo para que no se quitara la vida.^[1]

Cleopatra se mantuvo mucho más entera: al entrar en el gran puerto de Alejandría, las proas de sus naves iban adornadas con guirnaldas y sonaba la música; seguramente nunca faltara fanfarria cuando uno de los Ptolomeos entraba o salía de la

ciudad, pero en este caso eran símbolos de victoria. Confiando en que las noticias de Accio no la habían precedido, la reina se acomodó en su palacio; pero sabiendo débil su posición, pronto mandó ejecutar a muchos destacados nobles alejandrinos, antes de que alguno intentara arrebatárle el trono: y una vez muertos, sus propiedades fueron confiscadas. Gran parte de los fondos para financiar la campaña ya se habrían gastado, y era obvio que nada podría hacerse sin grandes cantidades de dinero. Recaudó oro y otros tesoros de los nobles que habían salvado la vida y de los muchos templos de su país; también ajustició a Artavasdes de Armenia, prisionero desde el año 34 a. C., quizá para complacer al rey de Media y ganarse su apoyo y tal vez para además apropiarse del tesoro que le quedara. Una fuente posterior bastante dudosa afirma que por esas fechas se ofrecieron a luchar por ella sacerdotes del Egipto meridional, lo que algunos han interpretado como un signo de la gran popularidad de la reina entre los egipcios; si realmente fue así, el miedo generado por su reciente purga debió de ser un acicate igual de poderoso.^[2]

Antonio regresó a Alejandría, pero, una vez más, se sumió en la depresión. Una escollera cruzaba el gran puerto desde un punto cercano al templo de Poseidón, y en su extremo había un palacio que él remodeló, o tal vez mandara construir una nueva estructura encima. Renunciando de momento a ser Dioniso o Hércules, emuló al famoso y legendario ateniense Timón que, lamiéndose las heridas y renegando de sus conciudadanos, decidió llevar una vida de eremita (siglos después, Shakespeare basó su obra Timón de Atenas en las narraciones sobre este personaje). Antonio se entregó a la autocompasión y la amargura, viviendo en una soledad relativa, y con toda seguridad bastante confortable, por una temporada.^[3]

Hubo tiempo y ocasión para tan afectada pose, ya que Octavio no inició una persecución en toda regla después de Accio: la prioridad inmediata era ocuparse de la flota y las legiones que Antonio había dejado atrás, ya que al desertar éstas, su comandante dejaba de representar una seria amenaza militar, y pasaba a ser más importante asegurarse Grecia. Los diversos pueblos se apresuraron a enviar emisarios para hacer las paces con el vencedor, mientras los habitantes de Queronea, que cuando llegó la noticia de Accio estaban a punto de emprender otra caminata hacia el campamento de Antonio con los sacos auestas, se quedaron en casa y repartieron entre ellos el grano de que habían hecho acopio.^[4]

Octavio fue generoso con casi todos los pueblos de Grecia y las provincias orientales. Algunos volvieron a verse en la obligación de dar dinero o valiosas obras de arte para ganarse el apoyo de otro líder romano: todos los soberanos que Antonio había designado en los reinos orientales cambiaron de bando en los meses siguientes a Accio; Herodes fue de los últimos, enviando a Octavio sus atributos de rey antes de personarse ante él. Mantener la estabilidad en las provincias y los reinos aliados era importante, y, además, los designados por Antonio habían hecho, en general, todo lo que les exigían los romanos; si le habían obedecido a él era porque representaba la autoridad de Roma en toda la región. Ninguno vio motivos para perder el trono, y

quizá también la vida, porque él hubiera caído y ya no tuviera poder; y como en los anteriores conflictos de Roma, tampoco vieron esta guerra civil como una ocasión de zafarse del yugo romano.^[5]

En pleno invierno, estación en la que no se solía viajar por mar, Octavio corrió a Italia a hacer frente a una crisis: el descontento por los impuestos recaudados para la guerra no había amainado, y su respuesta fue reducir mucho las exigencias. Mecenas afirmó haber descubierto y sofocado una conspiración para tomar el poder encabezada por el hijo de Lépido, que enseguida fue ejecutado. Más graves fueron las protestas de los soldados a punto de licenciarse: ahora que había asumido la responsabilidad de las diecinueve legiones de Antonio aparte de todas sus fuerzas, la tarea era ingente, y cada nuevo retraso impacientaba más a los veteranos. Octavio tuvo que ir a pacificar a los amotinados en persona, pero ahora necesitaba dinero para financiar los generosos repartos de tierras que acababa de prometerles: apoderarse de la riqueza de Egipto era cada vez más apremiante.^[6]

LOS ÚLTIMOS COLETAZOS

Cleopatra estaba mucho más activa que su amante: mandó construir naves en uno de los puertos de la costa del mar Rojo, y algunas de las existentes fueron llevadas por tierra desde el Nilo para unírselas. Era una labor formidable añadida a la ya ardua tarea de trasladar su tesoro al puerto; desde allí podrían irse por mar —ella y, es de suponer, Antonio— con riqueza suficiente para garantizar su bienestar material y un séquito y mercenarios suficientes para protegerlos. Podrían vivir en un lujoso exilio o incluso forjarse un pequeño reino en la India; tal vez hasta soñó con volver del exilio, como había hecho casi dos décadas antes. A esos planes dedicó su dinero; y sus súbditos, el sudor de sus frentes. No pudo ser, sin embargo: el rey nabateo Malchus —cuyas tierras Antonio había cedido a Cleopatra— profesaba poco amor a la reina, y su lógico deseo era congraciarse con Octavio. Malchus atacó y quemó las naves antes de que el proyecto llegara a término.

Cleopatra, que no había dejado Alejandría, poco a poco consiguió convencer a Antonio de volver con ella a palacio. Canidio se presentó para contarles la pérdida del ejército; no dejaban de llegar noticias de desertiones. Pero todavía hubo momentos de optimismo y planes grandiosos; puede que consideraran navegar hasta España y quizá reanudar allí la guerra: por increíble que suene, un oficial de Octavio estuvo construyendo fortificaciones en la costa española por entonces. Es probable que fuera demasiada distancia para viajar sin bases seguras por el camino; finalmente, por el motivo que fuera, el plan se descartó.^[7]

Antonio estaba encantado de volver a disfrutar del lujo una vez más: Cleopatra

organizó una fiesta fastuosa para celebrar el día en que cumplía cincuenta y tres años, el 14 de enero del 30 a. C. Ansiosa de centrar en él la atención para recomponer su seguridad en sí mismo, dejó pasar su propio cumpleaños mucho más discretamente; ella tenía treinta y nueve años. Como su sociedad de «Vividores inimitables» se había disuelto, formaron un nuevo club: los «Partícipes en la muerte»; el nombre lo inspiró una obra sobre unos amantes enfrentados a una muerte segura, aunque la historia acababa con un indulto de última hora en las tablas del escenario.^[8]

El estado anímico de Antonio y de Cleopatra en el invierno y la primavera del 30 a. C., más difícil de evaluar, sin duda era oscilante: ambos habían sobrevivido a situaciones aparentemente desesperadas en el pasado, y eso ahora quizá les animara a no perder la esperanza. Se dice que la reina empezó a mostrar interés por los venenos, y al parecer mandó hacer pruebas con presos condenados para ver si realmente morían y cuán rápido, y el grado de dolor y molestias que producía cada veneno. La muerte era otra forma de evasión, pero ninguno de los dos parecía impaciente por llegar a ese destino ni dejó de explorar otras posibilidades. Cleopatra lo dispuso todo para que Cesarión fuera enviado con un tesoro y una escolta a la India: allí su hijo haría en una escala más modesta lo que anteriormente había planeado para toda la familia.^[9]

Cesarión tenía ahora unos dieciséis años, y Antonio y Cleopatra celebraron su mayoría de edad con unos festejos públicos; el muchacho se inscribió en el *ephebeion* del gimnasio, ceremonia quintaesencia de lo griego. Al mismo tiempo Antilo, que tenía unos catorce o quince años, también llegaba a adulto oficialmente, luciendo ahora la toga virilis. Aquello fue como la promesa de que aunque Antonio y Cleopatra llegaran a morir, sus herederos, ya adultos, podrían relevarles en el poder. La promoción de Cesarión pretendía específicamente tranquilizar a los súbditos sobre la estabilidad del régimen; quizá influyera también la idea de que tendría más probabilidades de seguir siendo rey si ya estaba firmemente asentado.^[10]

Antonio y Cleopatra escribieron a Octavio y le enviaron emisarios muchas veces, cada uno por su lado, intentando negociar. Ella le aseguró su lealtad a Roma y en cierto momento tomó el gesto de Herodes de enviar sus atributos reales, incluido el trono, el cetro y la diadema; sin duda mediaron espléndidos regalos y la promesa de mucha más riqueza si a ella o a sus hijos les era permitido conservar algo o todo su reino. Antonio empleó su personal estilo directo en versión más amistosa, cálido ahora al referirse a su antigua amistad y a las correrías amorosas que habían vivido juntos en el pasado; le ofreció retirarse, pidiendo permiso para vivir en Atenas, si no podía ser que se quedara en Alejandría con Cleopatra.

Octavio no hizo ninguna oferta concreta a ninguno de los dos; al menos no públicamente, aunque Dión afirma que en secreto prometió a Cleopatra su reino si ella mataba a Antonio. Gran parte de la negociación la hicieron libertos de sus respectivas casas, aunque Antonio también envió a Antilo en una ocasión: el joven llevó oro a Octavio, y éste se lo guardó, pero envió al chico de vuelta sin propuesta

alguna para su padre. Es curioso que Antonio y Cleopatra decidieran ponerse en contacto con su enemigo por separado, y que él también prefiriera responderles de ese modo; en el caso de Octavio, está claro que quería sembrar entre los amantes la sospecha de que el otro podría llegar a un trato particular.

Uno de los agentes de Octavio ante la reina fue un liberto, Thristo, poseedor de gran encanto y manifiestas dotes diplomáticas; las largas audiencias privadas que le concedió Cleopatra llevaron al desconfiado Antonio a mandar que lo azotaran antes de devolverlo a Octavio con el mensaje de que si quería corresponder, podía propinarle unos latigazos a Hiparco: uno de sus propios libertos, que mucho tiempo atrás se había pasado al otro bando. En otra ocasión le obsequió de otro modo: sus enviados le llevaron al cautivo Turulio, uno de los dos asesinos de César que aún seguían con vida; el prisionero fue enviado a Cos, donde lo ajusticiaron por el asesinato y también por la profanación de la arboleda sagrada.^[11]

Antonio tenía poco que ofrecer, aparte de la renuncia voluntaria y el rápido fin de una guerra que de todas formas ya no podría durar mucho más. Sus ejércitos habían mermado, y el único grupo en declararle abiertamente su adhesión fue una fuerza de gladiadores de Cízico, en Asia Menor; condenados a morir en la arena, se nos cuenta que esperaban ganar la libertad sirviendo a Antonio como soldados. Acabaron siendo reprimidos, y aunque sus captores les prometieron no quitarles la vida, al final los ejecutaron a traición. A Lépido le habían dejado vivir; pero la reciente conspiración en la que estuvo implicado su hijo tal vez había hecho que Octavio se preguntara si había sido sensato. Antonio siempre fue una figura más fuerte que el otro triunviro, y tenía dos hijos romanos, uno de los cuales acababa de llegar a adulto; perdonar la vida a su derrotado adversario habría sido muy conveniente para exhibir clemencia, pero también suponía una apuesta arriesgada.^[12]

Cleopatra estaba mejor situada. Octavio necesitaba apoderarse de la riqueza de su reino, y ella podía facilitárselo; pero también podía, si le oponía resistencia, privarle por el momento del dinero que él tanto necesitaba para pagar a sus veteranos cuanto antes. Desde que volvió a Alejandría, la reina había ido atesorando todo cuanto podía aprehenderse rápidamente en su reino: buena parte la guardó en el mausoleo que se estaba construyendo; se desconoce la localización exacta, pero estaba cerca de un gran templo a Isis. Mandó que se almacenara dentro de la tumba material combustible para que la edificación y el tesoro pudieran destruirse fácilmente si ella daba la orden: aunque los metales preciosos que hubieran quedado inservibles podrían restaurarse, eso tardaría un tiempo. Cleopatra no había llevado en secreto los preparativos; así, se preparaba para la muerte al tiempo que negociaba para conservar la vida.^[13]

En el verano del año 30 a. C. Octavio atacó Egipto desde dos direcciones. Un contingente llegó desde la Cirenaica por la costa occidental, apoyado por la flota; incluía las cuatro antiguas legiones de Antonio, y probablemente también parte de las tropas de Octavio. Toda la fuerza estaba al mando de Cayo Cornelio Galo,

descendiente de nobles galos al que César había introducido en la vida pública. Desde Siria, en el este, Octavio avanzó por tierra hasta Pelusio siguiendo la ruta tradicional para la invasión. Antonio tenía los legionarios que habían podido embarcar en las naves en Accio, más las fuerzas establecidas en Egipto o levadas tras su retorno: como mucho, quizá llegó a reunir un ejército equivalente a un par de legiones, tropas auxiliares y una pequeña marina, pero es improbable.^[14]

Antonio primero se enfrentó a la fuerza que se aproximaba desde el oeste, con la idea de persuadir a esos hombres para que regresaran a su antigua alianza. Se supone que Galo hizo sonar las trompetas bien alto para ahogar sus palabras. Antonio atacó y fue repelido, y después Galo engañó a las naves enemigas para que atacaran el puerto, donde quedaron atrapadas. Antonio y lo que quedaba de sus fuerzas se retiraron; mientras, Pelusio había caído sin combate aparente. Dión afirma que Cleopatra había traicionado la fortaleza entregándola al enemigo. Según Plutarco, la reina mandó ejecutar a la esposa e hijos del comandante de su guarnición allí, Seleuco, por su fracaso; pudo ser auténtica rabia o un intento de acallar rumores, o incluso de ocultar que era culpable.^[15]

Volviendo de su derrota, Antonio se topó con la vanguardia de Octavio y logró desbandar parte de su caballería; mandó a los arqueros disparar saetas al enemigo, todas con un mensaje prendido al mango en el que ofrecía a cada soldado mil quinientos denarios por pasarse a su bando: ninguno lo hizo. Aun así, Antonio regresó a Alejandría —la lucha había tenido lugar en las afueras de la ciudad—; y, sin molestarse en quitarse la armadura, abrazó a Cleopatra y la besó al estilo de la épica de Homero. Uno de sus jinetes se había distinguido en la escaramuza y se lo presentó a la reina, que lo recompensó con un yelmo y una coraza decorada en oro; es posible que el soldado fuera de la escolta de galos que Antonio le había regalado unos años antes, pero fuera cual fuera su procedencia, desertó para pasarse al enemigo aquella misma noche.^[16]

«Los Partícipes en la muerte» celebraron aquella noche un último banquete de impresionantes proporciones, pero triste porque Antonio habló sin tapujos de su deseo de morir heroicamente: un tema de conversación no muy alentador para la noche antes de la batalla. Durante toda la noche, se nos cuenta, se oyeron música y cantos como los de las cabalgatas dionisiacas tan del gusto de los dos amantes; era como si todo sonido quisiera partir de la ciudad, como si el dios la estuviera abandonando: griegos y romanos creían que las deidades asociadas a un lugar lo dejaban antes de acaecer allí un desastre, y el ejército romano solía celebrar una ceremonia para recibir de nuevo a los dioses en las casas que los soldados acababan de preparar a ese efecto en la ciudad recién ocupada.^[17]

Antonio tenía pensado un ambicioso ataque combinado para el día siguiente, el 1 de agosto del 30 a. C.; empezaría con una ofensiva de los barcos de guerra contra la flota enemiga y seguiría con una acometida en tierra. No había posibilidades realistas de victoria, o al menos de un avance que pudiera cambiar realmente las tornas de la

guerra; y tal vez eso explique lo que ocurrió a continuación. Observando cómo sus naves se colocaban frente al enemigo, se quedó atónito al verlas detenerse y levantar los remos del agua: el gesto de la rendición. Más próxima a él, la caballería hizo lo propio, eligiendo ese momento para desertar. Los infantes, con menos movilidad y no tan seguros de las intenciones de los demás y del grado de lealtad de cada cual, se quedaron; atacaron y fueron derrotados rápidamente. Según Plutarco, Antonio volvió a palacio para allí gritar que la reina lo había traicionado. Dión sólo dice que Cleopatra había ordenado a los capitanes de los barcos que desertaran.

La mayoría de las naves que huyeron en Accio pertenecían a la reina; quizá algunas se perdieran intentando alcanzar la costa árabe, pero todas las que fueron construidas para reemplazarlas se equiparon y tripularon a expensas de ella: las escuadras navales eran más suyas que de Antonio en casi todos los aspectos, por lo que sin duda es posible que hubiera pactado su desertión en negociaciones secretas. La mayor parte de los historiadores modernos lo descartan, pensando que era propaganda destinada a mancillar el nombre de Cleopatra; quizá tengan razón, pues en situaciones así es improbable que muchos estén al tanto de la verdad, incluso en el mismo momento. Con todo, no había absolutamente nada que ganar con el combate: la posesión de una flota era una baza para negociar, y entregarla podría ser un gesto de su confianza en Roma: desde hacía meses, la rendición incondicional implicaba simplemente fiarse a la clemencia del vencedor. Cleopatra esperaba convencer a Octavio de hacer un trato con ella y eso significaba ir cediendo poco a poco, y mostrar su capacidad y su disposición a serle útil: dar Pelusio por perdido para ordenar luego la rendición de su flota serían gestos hechos con esas miras, pues facilitarían la victoria de Octavio y le ahorrarían vidas; tal vez sean decisiones frías y pragmáticas, pero, desde luego, no son impensables.^[18]

Cleopatra era una superviviente que había conservado el poder durante casi veinte años en medio de las intrigas de la corte ptolemaica y el caos de las guerras civiles romanas: no habría sido propio de ella desesperarse, y está claro que todavía no lo había hecho. Tal vez también pudiera salvar parte de su poder, o si no, asegurar la posición de algunos de sus hijos si no de todos; Cesarión era vulnerable por el énfasis dado a su paternidad durante la lucha con Octavio, pero ya había zarpado a una larga travesía rumbo a la India. Y era muy posible que al joven César sus hijos con Antonio le parecieran más aceptables, ya que a los romanos les gustaba emplear a soberanos clientes; para el padre de esos hijos seguramente ya no había salvación.

«VENCIDO CON VALENTÍA POR UN ROMANO»

Mientras el ejército de Antonio se desmoronaba por todas partes, Cleopatra se dirigió

a su mausoleo; era una estructura de dos alturas con una sola puerta y una gran ventana, quizá más, en la planta superior. Las obras aún no estaban terminadas, y por allí había cuerdas y otros útiles de construcción para izar y colocar los bloques de piedra que todavía lo circundaban. Entró acompañada sólo por sus dos doncellas y un eunuco; pulsaron un resorte, y sobre el vano de la puerta cayó una barrera de piedra: la entrada así permanentemente bloqueada y la reina encerrada en el interior con su tesoro, parece evidente que no esperaba que su amante fuera a reunirse con ella; tanto Plutarco como Dión afirman que había pedido a sus cortesanos transmitir a Antonio el mensaje de que estaba muerta.^[19]

Antonio creyó la noticia, y su ira contra ella se tornó en pesar y en deseos de morir para unírsele: según Plutarco, lamentando que la reina hubiera sido la primera en reunir el valor para dar ese paso, declaró que él —el gran comandante— había de seguir su ejemplo; retirándose a su cámara y quitándose la armadura, pidió ayuda a un esclavo, como habían hecho Bruto y Casio, para realizar la tarea. Aquella generación de nobles romanos fue muy dada al suicidio, pero casi ninguno de ellos pasó por alto lo difícil que era consumarlo sin dilación y limpiamente; ni siquiera Catón, tan resuelto, lo había conseguido a la primera. Plutarco nos cuenta que en la retirada de Media Antonio había pedido a un soldado de su escolta que le prestara esa asistencia; esta vez su elección fue otra y recayó en un criado, Eros, ya advertido de que habría de prestar a su amo ese último servicio: blandiendo el arma de Antonio como para dirigirla con precisión e imprimir fuerza al golpe, al final lo que el esclavo hizo fue atravesar su propio cuerpo con la espada.

Inspirado por el gesto, Marco Antonio se hundió un puñal en el estómago y fue a caer sobre un diván; o había más gente en la estancia o acudieron por el ruido. Antonio recobró el conocimiento y les suplicó que le ayudaran a morir; nadie quiso y salieron corriendo. Plutarco cuenta que en ese momento Cleopatra enviaba a uno de sus escribas a buscar a Antonio, aunque no explica cómo sabía ella lo sucedido. Según Dión, los gritos de los criados de Antonio habían alertado a la reina, que se asomó a una ventana del mausoleo y fue vista por alguien que se lo dijo a Antonio, quien supo así que su amante no había muerto; intentó levantarse, pero el esfuerzo volvió a llevarlo al suelo y ordenó que lo trasladaran a presencia de la reina.

Como la puerta del mausoleo estaba sellada, utilizaron las cuerdas de las obras para izarlo en un catre hasta la ventana, y Cleopatra y su servicio tiraron con fuerza para subir todo el peso a pulso; les costó gran trabajo meterlo en la tumba, y una vez dentro, lo tendieron. Agotada por el esfuerzo y presa del dolor, se nos cuenta, se desgañó llorando, rasgándose las ropas y arañándose y golpeándose el pecho. Antonio, rogándole que se calmara, pidió vino y lo bebió; puede que eso acelerara el fin: murió poco después, con Cleopatra a su lado. Según Plutarco, Antonio dijo que el suyo era un buen final para «un romano, vencido con valentía por un romano»; pero cuesta creer que después pudiera saberse lo que había dicho. La frase era buena para presentarla como las últimas palabras de Antonio, tanto para la propaganda de

Octavio como para los romanos que deseaban ver su nombre respetado.

En el mejor de los casos, su suicidio fue una cadena de malentendidos, pero como nuestras dos fuentes principales aseguran que Cleopatra sembró el equívoco deliberadamente, cuesta no llegar a la conclusión de que planeaba desligar su destino del de Antonio: la noticia de que ella había muerto iba a hacerle reaccionar, eso era seguro; podría haber huido de Alejandría, aunque con otro invasor en el oeste tendría difícil ir a ningún sitio salvo al sur, y sus probabilidades de reunir apoyo allí eran pocas. Tal vez se entregara o se dejara capturar, acabando en prisión o ejecutado, como Octavio creyera conveniente; lo más probable era que se matara. Cleopatra lo conocía tan bien como todos, y sin duda previó su reacción. Ella no mató a su amante, y es evidente que en los meses anteriores no había caído en la ruindad de asesinarlo; aunque también es cierto que, si lo hubiera hecho, probablemente la reacción de los amigos romanos de Antonio habría sido violenta. Pero su falaz mensaje aumentó las probabilidades de que se quitara la vida, se marchara o acabara muerto de cualquier otro modo.^[20]

Fuera lo que fuera lo que Antonio hubiera decidido hacer, se lo habría quitado de en medio, quedándose sola para entonces negociar su trato con Octavio: porque lo que sí está claro es que Cleopatra no pensaba ser «Partícipe en la muerte», al menos todavía; y le sobrevivió más de una semana. Refugiada en su mausoleo, rodeada de su tesoro y de los medios para destruirlo, le quedaban algunas cartas que jugar. Eso no quiere decir que su dolor por Antonio fuera menos auténtico, pese a estar teñido de culpa por haberlo sacrificado para no descartar la posibilidad de salir con vida, con dignidad y acaso con poder, ella y sus hijos; quizá su dolor fuera mayor precisamente por eso. Cleopatra lloró a su amante y, con ayuda de sus criadas, se ocupó del cuerpo lo mejor que pudo. Nada podría haber hecho para salvarlo.

Octavio entró en Alejandría con más demostración de fuerza que uso real de las armas y convocó a sus habitantes a una reunión pública en el gimnasio; allí se dirigió a la concurrencia en griego. A diferencia de Antonio y de la mayoría de los romanos de su clase, no se sentía muy cómodo hablando en ese idioma, en parte porque el asesinato de César había interrumpido sus estudios. A los alejandrinos les aseguró que los trataría bien, y llevó a su presencia a un filósofo, Areio, que iba a ser su representante allí. La población no respondió con el calor que había reservado a Antonio, pero sin duda todos sintieron alivio.^[21]

El suicidio de Antonio libró a Octavio, a su vez, de tener que castigarlo y del probable estigma que seguiría a su ejecución: pudo permitirse ser magnánimo y dar muestras de dolor mientras leía las cartas de Antonio a sus oficiales y rememoraba su amistad en el pasado. Cleopatra y su tesoro no podían poner en peligro su victoria, pero planteaban un problema: si había habido contactos y negociaciones secretas, o no habían llegado a un acuerdo o la reina aún no estaba dispuesta a confiarse a la buena fe de Roma. Octavio envió al mausoleo para hablar con ella al équite Cayo Proculeyo junto con un liberto. Plutarco cuenta que Antonio, en su lecho de muerte,

le dijo a su amante que podía fiarse de Proculeyo; pero, una vez más, es dudoso cómo pudo el escritor saber esto. Ningún testigo dejó un relato de los sucesos, aunque puede ser que hablaran a otros de los días previos a la muerte de los amantes. Proculeyo y la reina hablaron, pero ella se negó a salir; y él volvió para informar a Octavio.

Seguidamente Proculeyo regresó con Cornelio Galo y fue éste quien dirigió las negociaciones. Igual que antes, Cleopatra no se asomó a la ventana, sino que habló a voces tras la puerta sellada. Mientras Galo la atendía, Proculeyo y dos esclavos subieron por una escala que llevaron a un lateral del edificio y entraron por la ventana. Ya en la planta baja, sujetaron a Cleopatra para impedirle que se apuñalara con un cuchillo. El eunuco murió en el forcejeo, o tal vez por picadura de serpiente u otro veneno; y la reina y sus doncellas fueron llevadas prisioneras de vuelta al palacio.^[22]

A Cleopatra le permitieron asistir a los preparativos del funeral de su amante; labor que solicitaron, se nos dice, varios romanos prominentes y soberanos de otros reinos clientes. Los romanos del siglo 1 a. C., sobre todo los nobles, solían incinerar a los muertos y enterrar las cenizas en una tumba. Al parecer, no incineraron el cuerpo de Antonio, sino que lo embalsamaron, y probablemente fue introducido en un féretro; Alejandro Magno había sido embalsamado, como muchos de los Ptolomeos, al menos a partir del siglo 11 a. C. Sin embargo, el proceso entero llevaba setenta días, por lo que no es posible que acabara antes de morir también Cleopatra.^[23]

El sufrimiento y una infección de los cortes que ella misma se había hecho con las uñas la enfermaron; tenía fiebre y se negaba a comer. La trató su médico, Olimpo, que después narró sus últimos días en un escrito al que se remite Plutarco. Según Olimpo, la reina había perdido las ganas de vivir, pero las recobró en parte al saber que Octavio quería verla; tal vez acudió a la cita obligada, porque se nos cuenta que la amenazó con hacer daño a sus hijos.

Las versiones del encuentro que nos dan Dión y Plutarco son muy distintas. Según el primero, Cleopatra se arregló para estar bella y a la vez inspirar lástima, igual que cuando conoció a César; reclinada en un diván de decoración recargada en un grandioso apartamento, rodeada de cuadros y bustos de César, con las cartas de éste apretadas contra el pecho cuando entró Octavio, se levantó para saludarlo: no era ya la reina orgullosa, sino claramente respetuosa e implorante. Habló sobre todo de César, leyendo fragmentos de sus cartas y parándose a veces para besar el papiro llorando. Dión nos dice que Octavio evitó mirar a la bella peticionaria al darle su respuesta, y se limitó a tranquilizarla asegurándole que su vida no corría peligro. La reina se arrodilló suplicante, pero no pudo sacarle nada más, ni siquiera cuando le suplicó que la permitiera unirse a Antonio en la muerte. La propaganda recalcó que el virtuoso Octavio no se dejara seducir como César y Antonio, pero la situación real era tan distinta que esa posibilidad nunca existió.

La visión de Plutarco de los últimos días de Cleopatra es mucho más benévola, y

desde luego más cálida que el relato del resto de su vida: la describe ataviada sólo con una túnica o un vestido sencillo, el pelo alborotado y tendida en un modesto jergón de paja; pero tal vez su versión no sea tan distinta, ya que también nos habla de su hermosura. Y tal como escribe Plutarco, Cleopatra alegó no haber tenido más remedio que obedecer a Antonio, en quien recaía toda la culpa; al parecer, Octavio rebatió pacientemente todos sus argumentos.

Nuestras dos fuentes dejan claro que la riqueza de Cleopatra salió a colación, pues ella enumeró sus propiedades con detalle. Un criado de la casa real, Seleuco — es de suponer que no el general del mismo nombre, pero igual de ansioso por ganarse el beneplácito romano—, intervino para delatar que se estaba callando muchos objetos valiosos. Plutarco cuenta que Cleopatra, cogiéndolo del pelo, lo abofeteó varias veces, y a continuación explicó que había reservado algunas de sus joyas más preciadas para regalárselas a Livia y a Octavia; Dión añade que esperaba ganarse el favor de la esposa y la hermana de Octavio, y que se ofreció para zarpar hacia Roma. Sin duda, los autores de sendos relatos del dramático encuentro dieron rienda suelta a su imaginación; pero lo que sí es verosímil es que Cleopatra recurriera al encanto, al patetismo, a la adulación, a la musicalidad de su voz y al influjo de su belleza y personalidad para convencer al vencedor: emplear todos los medios que aún tenía a su alcance no era sino sensato, dadas las circunstancias.^[24]

La reunión terminó sin resolver apenas nada. Octavio, decidido a llevársela a Roma para su triunfo, creyó que la conversación la había tranquilizado y devuelto las ganas de vivir. Es poco probable que en ningún momento ni él ni nadie insinuaran que fuera a ser ejecutada al final del triunfo: nunca se había hecho con una mujer, y el ritual ni siquiera se seguía con todos los líderes varones; pero también quedó claro que, aun conservando la vida, sería despojada de todo poder. Un cómodo exilio, quizá en Italia o posiblemente en algún lugar del mundo griego, sería la máxima clemencia de Octavio; con toda intención, tampoco le había prometido que ninguno de sus hijos fuera a gobernar como monarca. Roma se anexionaría Egipto, pero no iba a administrarse como cualquier otra provincia, sino casi como una propiedad privada de Octavio y sus herederos: esto era vital para explotar sus recursos directamente y para que ningún rival pudiera controlarlos nunca.

Cleopatra quedó decepcionada: la única satisfacción que había sacado de la reunión era haber podido convencer al dirigente romano de que no intentaría quitarse la vida. El retiro no tenía atractivo para ella, y menos cuando se le negaba el orgullo de traspasar el poder a sus hijos; la perspectiva de desfilar cautiva por la Vía Sacra para diversión del populacho romano la repelía. Plutarco afirma que, conmovido, un joven noble del estado mayor de Octavio le dijo furtivamente que habría de pasar por ese amargo trance. Ella decidió matarse.^[25]

Algunos historiadores han conjeturado que, pese a sus intentos de que la reina siguiera con vida, en realidad a Octavio le convenía más dejar que muriera o incluso matarla; de hecho, la guardia que apostó a su puerta no era tan férrea como para que

no pudiera suicidarse si deseaba hacerlo. Pero entonces se cita el ejemplo de Arsínoe, que suscitó la compasión del gentío romano cuando desfiló en el triunfo de César. Es posible que Octavio temiera una reacción parecida, pero como Cleopatra era mucho mayor y la habían pintado como una enemiga tan acérrima de Roma, no tenía por qué ser así en absoluto; al contrario: cautiva famosa, realzaría el triunfo de Octavio y sería para el resto de su vida un signo visible de la clemencia del romano. En suma, parece más probable que deseara mantenerla con vida. Si Octavio hubiera querido, la reina seguramente podría haber muerto «accidentalmente» en la barahúnda de la derrota de Antonio: al menos cuando Octavio se hubiera apoderado ya de su tesoro.^[26]

Del método exacto del suicidio se ha hablado mucho, incluso demasiado, hasta el punto de que a veces desbanca episodios de su vida mucho más importantes; es obvio que nuestras fuentes antiguas no saben qué pasó exactamente, y por eso es muy improbable que puedan resolverse todos los pormenores del misterio. Si la picadura de serpiente hubiera sido el método empleado, no ha dejado de especularse sobre si la especie concreta fue un áspid o una víbora, y también sobre el número de ejemplares que hicieron falta para dar muerte a Cleopatra y a sus dos doncellas. La principal candidata es la cobra egipcia, que puede alcanzar casi dos metros; aunque resultaría más difícil esconderla, máxime si se necesitaban dos o tres. Plutarco cuenta que la serpiente entró en la cámara real oculta en una cesta de higos, mientras que en la versión de Dión la cesta era de flores. Los dos hablan de otras versiones y de otras fuentes de veneno: por ejemplo, una horquilla hueca que Cleopatra llevaba en el pelo rellena de una fatídica ponzoña. La sustancia podría ser veneno de serpiente recogido anteriormente; Estrabón habla de un ungüento tóxico.^[27]

Los datos generales son más seguros: el 10 de agosto del 30 a. C. es probable que Cleopatra fuera a visitar el cadáver de Antonio por última vez; presumiblemente, el cuerpo seguía en el mausoleo y ya debían de haber forzado la entrada, aunque sólo fuera para sacar el tesoro: ninguna de nuestras fuentes indica que la reina y sus doncellas tuvieran que ascender por una escala para entrar y salir de nuevo. Al volver a palacio Cleopatra se bañó, se vistió y se puso una vez más sus atributos de reina. En la sola compañía de Charmión e Iras, dio cuenta de una última y suntuosa cena. Antes había escrito una carta a Octavio, segura de que cuando la leyera, ya no tendría tiempo para detenerla.

Acto seguido, Cleopatra se mató. Una de nuestras fuentes habla de unas tenues marcas o pinchazos en el brazo, únicas señales visibles en su cuerpo; si se las hizo con los colmillos de una serpiente o la punta de una horquilla, no se sabe. Si recurrió a una cobra, en algunos casos el veneno puede provocar convulsiones en las últimas fases. Con sumo cuidado, las doncellas tendieron a su señora en un diván, colocando lo mejor posible su cuerpo, sus ropas y sus joyas; y luego también ellas se envenenaron, por picadura de serpiente o bebiendo o ingiriendo una sustancia letal. Al recibir la carta, Octavio envió a sus hombres a la cámara real; pero cuando llegaron, Iras ya estaba muerta a los pies de la reina, y Charmión, moribunda, trataba

de dar los últimos retoques a la diadema real de Cleopatra.

Según Plutarco, uno de los hombres le preguntó enojado si creía que aquella había sido una buena acción. «Una buena acción, claro que sí, propia de una reina que descendía de tantos reyes», replicó Charmión antes de desplomarse y morir; fiel o no a la verdad, era una escena final digna del último acto de la historia de Cleopatra.^[28]

CONCLUSIÓN

EL GRAN ROMANCE DE LA HISTORIA

Todos los intentos de reanimar a la reina fracasaron: Octavio mandó llamar a unos encantadores de serpientes del pueblo psilli, al que se atribuía la especial habilidad de extraer el veneno de las picaduras; se nos dice que estaba enojado, pero que trató el cuerpo de Cleopatra con todo el respeto debido, y la reina fue enterrada junto a Antonio en el mausoleo que se había hecho construir. Octavio mostró más indiferencia hacia sus ancestros. Cuando visitó la tumba de Alejandro, no se limitó a mirarlo en el sarcófago de cristal: introdujo la mano para tocar el cadáver y, al hacerlo, parte de la nariz se desprendió. Cuando le ofrecieron mostrarle las tumbas de los Ptolomeos, respondió que había ido a ver a un rey y a no un montón de cadáveres^[1].

Conforme a la arraigada tradición de acompañar y entretener a los dignatarios romanos que visitaban el país, también le preguntaron si quería ver el toro de Apis; con total desinterés, Octavio respondió que él adoraba «a dioses, y no a ganado»: le preocupaba mucho más reunir todo el oro y los tesoros que pudiera, tarea que le facilitó el brío con que Cleopatra había recaudado fondos desde su regreso de Accio. Dión comenta que no le hizo falta cometer el sacrilegio de confiscar bienes de ningún templo.

Tal vez recibiera otros «obsequios» de los templos. Plutarco dice que Octavio mandó destruir las estatuas de Antonio, pero que un hombre llamado Arquibio le pagó mil talentos por salvar las representaciones de la reina: muchas estaban talladas en los muros de los templos, y era previsible que destruirlas dañara también la configuración física de los santuarios y su fama. Hay quien cuestiona la veracidad de esta historia, mientras otros sugieren que Arquibio podría haber sido un representante de alguno de los cultos sacerdotales; pero aunque fuera cierta, el gesto no tendría por qué denotar especial afecto a Cleopatra. Octavio quería dinero, y era mejor para los templos dárselo «voluntariamente» y más cómodo para él no tener que tomarlo por la fuerza; además, naturalmente, los cultos de los templos deseaban ser de tanta utilidad a los nuevos ocupantes romanos como habían sido antes a los Ptolomeos.

Aparte del tesoro hubo otros trofeos. Dos antiguos obeliscos se trasladaron a Roma: uno para hacer las veces de estilete del gigantesco reloj solar que construyó Octavio (en la actualidad, en la plaza de Montecitorio, en Roma; el otro, en la plaza de San Giovanni de Laterano). En un orden menor, el pendiente de perlas que

sobrevivió al truco de Cleopatra con el vinagre se había dividido en dos para adornar las orejas de la estatua de la reina que emplazaron en el templo de Venus Genetrix. Según algunos, esa estatua no se instaló en tiempos de César, sino que llegó a Roma junto con el resto del botín de Octavio.^[2]

Antonio y Cleopatra no fueron las únicas víctimas de la derrota: Canidio fue ejecutado, y también Casio de Parma, el último superviviente de los asesinos de César. Muchos otros de los seguidores más próximos a Antonio cambiaron de bando antes de que fuera demasiado tarde y, cuando menos, salvaron la vida. Sosio, el cónsul del año 32 a. C. que había liderado el ataque a Octavio en el Senado y después mandó el ala izquierda de la flota en Accio, se entregó y recibió buen trato. Marco Licinio Craso, nieto del aliado de César, que había cambiado de bando algo antes, recibió en recompensa el consulado del año 30 a. C. Munacio Planco prosperó con el cambio de régimen y, tras una larga vida, fue enterrado en un monumental mausoleo que todavía hoy puede verse en Gaeta, en la costa italiana. De muchos de los más allegados a Octavio en los años siguientes se decía que antaño habían apoyado a Antonio.^[3]

Antilo no sobrevivió a su padre mucho tiempo: al adolescente, que en unos meses habría llegado a adulto, fueron a buscarlo al santuario que Cleopatra había dedicado a César en Alejandría y lo decapitaron por orden de Octavio. Su tutor le había traicionado, y además le robó un colgante con una valiosa gema: al descubrirse la joya oculta en el cinturón, fue condenado a morir crucificado.^[4]

A Cesarión también lo traicionó su maestro en su travesía por el mar Rojo: Rodón, que era el nombre del tutor, envió un mensaje informando de su paradero a los perseguidores, o tal vez llevó a su pupilo con engaños de vuelta a Alejandría, donde el chico era asesinado de inmediato. Supuestamente fue el filósofo Areio quien instó a Octavio a dictar esa orden, utilizando un pasaje de la Ilíada modificado para que dijera «No todos podemos ser Césares» (en el original, Odiseo moderaba una reunión de los griegos, partidarios de abandonar la guerra con Troya, diciéndoles: «Aquí no todos los aqueos podemos ser reyes. No es un bien la soberanía de muchos. Que uno solo sea príncipe, uno solo rey [...] para velar por su pueblo»^[5]).

El 1 de enero del año 29 a. C. Octavio obtuvo su cuarto consulado. Entre el 13 y el 15 de agosto celebró tres triunfos. El primero, que había aplazado en el 34 a. C., por sus victorias en el Ilírico; el segundo fue por Accio y el tercero por la toma de Alejandría. Una efigie de Cleopatra —probablemente también imágenes pintadas— desfiló en la cabalgata: aparecía representada con dos serpientes, lo que deja claro que la versión de que murió por la picadura de un áspid ya era vigente y contaba con el refrendo oficial; pero también es verdad que habría sido más difícil representar otras formas de envenenamiento. Horacio había escrito «Ahora hay que beber y, con los pies libres, golpear la tierra» en versos que invitaban al baile para celebrar la derrota del enemigo de Roma; pero en el mismo poema hablaba también del valor de la reina al quitarse la vida. Las actitudes hacia Cleopatra ya estaban cambiando: los

romanos admiraban el valor incluso en un enemigo; al menos, en un enemigo derrotado.^[6]

También desfilaron en el triunfo Alejandro Helios y Cleopatra Selene, que por entonces rondaban los once años, y quizá Ptolomeo Filadelfo, que contaría siete. Este último no aparece mencionado por su nombre; pero aparte de Antilo y Cesarión, ningún otro hijo de Cleopatra y Antonio fue maltratado: todos se educaron en la casa de Octavia. Julio Antonio, el hermano menor de Antilo, disfrutó de considerable favor hasta que se vio envuelto en el escándalo que también afectó a Julia, la hija de Octavio, en el año 2 a. C.; de hecho, puede que fuera nada menos que un intento de golpe de estado. Sin duda alguna, las penas fueron severas: Julia fue desterrada y julio, junto con otros jóvenes de prominentes familias senatoriales, ajusticiado. Con el tiempo, Cleopatra Selene desposó al rey juba II de Mauritania (que era el hijo de juba 1 de Numidia y de niño también había desfilado entre los presos en el triunfo de César a la vuelta de África en el 45 a. C.), y es posible que los dos hermanos que le quedaban con vida fueran con ella a la corte real. Los sucesores al trono eran juba y el hijo de Cleopatra Selene, Ptolomeo; y éste fue depuesto y ejecutado por el emperador Calígula, que, como él, era tataranieta de Antonio.^[7]

Calígula fue el primero de tres emperadores descendientes de Marco Antonio; él a través de Antonia la Menor, la segunda hija de Antonio con Octavia. Cuando fue asesinado, le sucedió su tío Claudio, nieto de Antonio. Y el que siguió a Claudio fue otro de los tataranietos de Antonio, en este caso a través de Antonia la Mayor, nuera de Lucio Domicio Ahenobarbo (que había desertado antes de acaecer la batalla de Accio): de nombre Nerón, fue el gobernante más inepto de todos los que jamás ostentaron el poder en Roma; y acaso su amor por la música y la fanfarria debía algo a su antepasado.

El suicidio de Nerón puso fin a la dinastía imperial Julio-Claudia inaugurada por Octavio Augusto. El sistema imperial al que se ha dado el nombre de Principado, obra suya, duró otros dos siglos; hasta el siglo v, Italia fue la sede del gobierno de los emperadores, y Constantinopla lo fue hasta el siglo xv. Octavio, después de derrotar a Antonio y Cleopatra, fue el primer emperador de Roma. Sus reformas modificaron radicalmente el Estado, pero su triunfo no fue inevitable. Con sólo treinta y dos años cuando Antonio y Cleopatra se quitaron la vida, nadie hubiera dicho entonces que seguiría vivo y gobernando otros cuarenta y cuatro: su sempiterna mala salud y los constantes brotes malignos que parecían poner su vida en peligro hicieron cada vez más asombrosa su longevidad. Octavio pasó a ser Augusto, y durante mucho tiempo y tras varios cambios de rumbo, configuró el sistema que rigió el imperio en su época de máximo apogeo.

No se sabe cuánto habrían cambiado las cosas si Antonio hubiera ganado o sobrevivido a su rival; en ningún momento de su trayectoria demostró un firme compromiso con ninguna reforma en concreto: toda la legislación que aprobó siendo cónsul y triunviro tuvo como meta primordial su propio beneficio y el de sus aliados

más cercanos. No parece que quisiera transformar el Estado, sino sólo acumular tanto poder y riqueza como pudiera; en estas ambiciones, Antonio se atenía a la tradición aunque sus métodos fueran extremados, pues también podían atribuirse a muchos otros senadores de las últimas décadas de la República.

En cuanto a Cleopatra, su preocupación primordial a lo largo de toda su vida adulta fue conservar el poder; las mayores amenazas provenían de su propia familia y de los cortesanos que les eran adeptos. Se libró de Arsínoe y de sus dos hermanos; pero no vivió lo suficiente para que sus hijos pudieran intentar arrebatarle el trono. Las cesiones de tierras que Antonio hizo en su favor y culminaron en las Donaciones preservaron su primacía y la convirtieron en «Reina de reyes», situándola por encima de sus vástagos; aunque sólo logró sobrevivir y ascender gracias al apoyo romano.

Los detractores de julio César afirmaron —y acaso lo creyeran cierto— que quería hacerse rey, cuando el único modelo de monarquía conocido era el del mundo helenístico: hubo quien pensó que Cleopatra alentaba ese deseo, pero las pruebas apuntan a que es improbable. Fue dictador: ostentó el poder supremo y dio claras muestras de querer conservarlo; con eso bastó para que lo asesinaran. Tampoco hay muchas más pruebas que fundamenten las acusaciones de la propaganda de Octavio sobre que Antonio y Cleopatra planeaban instaurar una forma de gobierno conjunto: las presuntas bravatas de ella sobre que iba a dictar sentencias en el Capitolio y el presunto plan de él de trasladar la sede del gobierno de Roma a Alejandría son sólo algunos de los cargos contradictorios que se esgrimieron en su contra. Antonio mantuvo a Cleopatra a su lado en la guerra civil, lo que atestigua su importancia para él, pero fue un grave error político: no hizo nada por promover más oficialmente la posición de la reina en el contexto romano.

Si Antonio o Cleopatra hubieran querido gobernar como rey y reina de un virtual Imperio romano —lo que parece improbable—, semejante plan habría sido muy poco realista. César había sido asesinado por mucho menos, y aunque desde entonces el pueblo se vio forzado a aceptar que el poder radicara en los comandantes de los mayores ejércitos, nadie hubiera estado dispuesto a permitir una monarquía que ostentara tal nombre. En la década siguiente, Octavio rebajó el tono de algunos de los proyectos y símbolos más excelsos de su poder, con todo mucho menos ofensivos que la presencia de una reina foránea a la vera del hombre que mandaba en Roma. Si Antonio y Cleopatra hubieran ganado la guerra civil e intentado gobernar como monarcas, habrían fracasado; a él sin duda lo habrían asesinado, y quizá también ella hubiera perecido. De hecho, es difícil creer que a largo plazo Antonio hubiera sobrevivido, aunque intentara ejercer el poder de un modo más acorde con la tradición romana; la sutileza nunca fue su fuerte y era muy dado a hacer gala de su poder. La opinión pública romana no estaba entonces dispuesta a tolerar algo así: Octavio tuvo buen cuidado de enmascarar la realidad de su poder en solitario tras una fachada de tradicionalismo.

La trayectoria de Antonio refleja los privilegios de que gozaba la nobleza más

consolidada de Roma: se educó con la expectativa de ocupar un lugar central en la República, y su nacimiento le dio tanta ventaja que, como poco, tenía asegurada una cierta preeminencia, siempre que viviera lo suficiente; y esto era así a pesar de las grandes deudas heredadas de su padre y las que él acumuló. El historial de su tío Cayo Antonio Híbrida es ilustrativo: lo expulsaron del Senado en el 70 a. C., y no obstante llegó a cónsul en el 63 a. C. Y pese a que más tarde fue desterrado en la guerra civil, pudo regresar a Roma y a la vida pública. Una sólida red de clientes y contactos afianzada por favores pasados y promesas futuras asistía a las familias establecidas como los Antonios; ellos contaban además con la ventaja añadida de un apellido ilustre.

César promocionó tanto su carrera por tratarse de un Antonio; pocos nobiles se unieron a César en la Galia, y los que se aliaron con él en el 49 a. C. eran todavía menos: hombres como Antonio eran valiosos, tanto o más que por cualquier aptitud personal, por su nombre y sus contactos. Los lugartenientes que César apostó para controlar Italia en su ausencia procedían de familias con solera. Asimismo, en el farrago de la guerra civil, Antonio asumió responsabilidades mucho mayores de lo habitual para alguien de su edad, por insigne que fuera su familia. La suerte también medió: en el año 44 a. C. Antonio era cónsul, es decir, el magistrado más importante cuando el dictador cayó asesinado. Ya tenía en sus manos el poder y, en el futuro cercano, la promesa de una provincia y un ejército; aparte del nombre y los contactos de su familia, ésa fue la base de su primacía durante los siguientes trece años.

Nada de esto tuvo mucho que ver con un talento excepcional. Antonio inició su carrera con una ventaja considerable y aprovechó sus oportunidades. En el 44 a. C. explotó al máximo su condición de cónsul para acumular poder e influencia. Poseedor de un gran coraje personal, se desenvolvió muy bien en batallas de pequeña magnitud, aunque éste también era el caso de muchos otros senadores. En puestos de mayor responsabilidad, supo ser un buen oficial a las órdenes de César, pero en sus mandos independientes suman más los fracasos que los éxitos. Sufrió una estrepitosa derrota en el 43 a. C. y sólo pudo sobreponerse gracias a las maniobras políticas de las que surgió el triunvirato. En Filipos demostró ser el más competente de los cuatro comandantes principales; pero como ninguno de los otros exhibió verdadero talento, es un logro que no debería exagerarse: si Bruto hubiera sido mejor general, muy posiblemente habría transformado su éxito en la primera batalla de Filipos en una victoria decisiva, mientras Antonio se trababa en los detalles de su ataque al campamento de Casio. La invasión de Media fue un desastre ocasionado en gran medida por sus errores. Y en el 31 a. C. dejó que el enemigo tomara la iniciativa y la conservara; su único logro entonces había sido eludir el bloqueo, pero abandonó a dos tercios de su flota y prácticamente a todo su ejército.

Antonio no destacó como general, a pesar de su imagen pública y del retrato que nos presentan las fuentes antiguas y el mito moderno: su ascenso político le permitió contar con inmensos recursos en hombres y material para la guerra contra Partia, pero

no supo utilizarlos. El tamaño de un ejército, por grande que sea, no garantiza la victoria. El fracaso en Media fue el punto de inflexión en su carrera: consiguió muy poco en los años que siguieron. Es tentador pensar que durante esos años sufrió una crisis mental y emocional —hoy quizá se hablaría de trastorno por estrés postraumático— que probablemente le hizo caer en el alcoholismo cuando luchaba por asimilar su derrota.

Nada había en su carrera pasada que pudiera presagiar una actuación más competente en el año 31 a. C., pero su proceder parece tan excepcionalmente letárgico que de nuevo refuerza la idea de un hombre con el ánimo quebrado y tan pronto indeciso como impulsivo. Tal vez Cleopatra lo intuyó y ésa fue una de las razones por las que siguió a su lado, para ayudarle a adquirir más firmeza; pero ella no era comandante, y aunque lograron concentrar una armada y un ejército inmensos en Grecia, todo indica que no supieron emplearlos para hacerse con la victoria. En cierto modo, esto parece dar la razón a la propaganda de Octavio, que pintó a un Antonio dominado por la reina; pero seguramente Cleopatra no sólo no fue la causa de la debilidad de Antonio, sino en realidad más bien la fuente de las pocas fuerzas que le quedaban. Las pruebas pueden apoyar esta interpretación, pero también otras: sencillamente, no se dispone de la información suficiente para comprender el estado anímico y los motivos de Antonio, de Cleopatra ni de ninguna de las figuras importantes en su historia; sólo podemos atender a lo que sucedió.

Pese a lo incierto de sus comienzos, Octavio era para entonces más apto que Antonio en las funciones de general; y lo que fue más determinante, tenía a Agripa para tomar las decisiones clave y mandar a los soldados y marineros en el campo de batalla. Se ha señalado a menudo la habilidad de Octavio en la guerra propagandística que ganó, pero no suele decirse que él y Agripa sobrepasaron con creces el talento militar de Antonio: en el 31 a. C. Antonio se vio rebasado, quedándose atrás en todos los aspectos importantes; sus recursos igualaban los de su adversario, pero estuvo muy lejos de emplearlos con igual acierto.

Marco Antonio se había alzado hasta llegar a ser uno de los hombres más poderosos del mundo romano gracias a sus antecedentes familiares y a su relación con César, cuyo triunfo compartió; y luego, cuando el dictador fue asesinado, el azar lo situó en el centro de los acontecimientos. Mostró ciertas dotes políticas y de administrador, pero poca destreza militar: como la inmensa mayoría de los políticos a lo largo de la historia, la subida de Antonio debió poco a un talento evidente y mucho más a sus contactos, a la suerte y a sus vehementes deseos de poder, posición y riqueza. En esto su trayectoria fue tradicional, igual que sus ambiciones; al contrario otra vez que Octavio, que de joven estuvo al borde de la muerte y se salvó por muy poco de que Sexto Pompeyo lo derrotara y desacreditara por completo. Antonio lo tenía todo dispuesto para la guerra contra su colega triunviro —o al menos, sin duda, para una demostración de fuerza— en el año 33 a. C., pero el tiempo que pasó en Oriente no lo empleó bien en prepararse para el conflicto.

Cleopatra era más inteligente que Antonio, y seguro que mucho más culta; más difícil es saber si también era más competente en otros aspectos. Sus dotes políticas le bastaron para mantenerse en el poder durante dos décadas, atada al apoyo de Roma. Por otra parte, no se sabe lo popular que fue dentro de su reino entre la variopinta población de Alejandría, entre el colectivo griego o en los diversos sectores de la sociedad egipcia en su conjunto. Tras su exilio, el ejército de Roma la devolvió al trono y allí la mantuvo, como había hecho con su padre. Los romanos dominaban el mundo mediterráneo, lo que vuelve a llevarnos a uno de los hechos básicos en la vida de Cleopatra con el que arrancamos: en cuanto a poder y relevancia política, nunca fue una igual de César o de Antonio, ni siquiera de un senador romano cualquiera: sus valedores romanos —y sobre todo sus dos amantes— la mantuvieron en el trono y expandieron su territorio; sola no lo habría conseguido.

Cleopatra fue la última de los Ptolomeos en gobernar desde Alejandría, ya que no puede decirse realmente que Cesarión gobernara por derecho propio. Su reino fue la última de las grandes potencias creadas al desmantelarse el imperio de Alejandro Magno, y por eso su muerte marca el fin de una era; pero el ascenso de Roma venía de muy atrás y ya era a todas luces irrefrenable al nacer ella. Nunca intentó oponerse a Roma, sino que aceptó su poder mientras hacía lo que estaba en su mano para servirse de él.

Antonio fue el último hombre que puso en cuestión la primacía de Octavio y, así, su muerte marcó el principio de una nueva era: la del gobierno imperial de Roma, tres de cuyos emperadores fueron descendientes suyos. Los historiadores posteriores, alentados por una clase senatorial nostálgica de su antigua preeminencia política, a veces lo retratan muy cercano en espíritu a Bruto y Casio por haberse enfrentado a Octavio como ellos a César, al que asesinaron; pero tales afirmaciones no se sostienen: siendo triunviro, Antonio compartió un poder supremo equivalente al del dictador, sin rendir cuentas ni al Senado ni a la Asamblea del Pueblo, y sin duda también habría asumido poderes dictatoriales exclusivos, de haber podido hacerse con ellos. Antonio no luchó y perdió contra Octavio por ninguna concepción de la República, sino por su supremacía personal.^[8]

Tanto como ninguna otra cosa, es el dramático final de Antonio y Cleopatra, con el suicidio de ambos, lo que abona la fascinación que ha persistido hasta nuestros días: su historia fue creciendo, y con el paso de los siglos fue adornándose tanto que la verdad ha quedado sepultada. La figura de Cleopatra es la más agrandada con diferencia, más famosa e importante de lo que nunca fue en vida. Hoy la imagen de Cleopatra probablemente deba más a Elizabeth Taylor que a la reina ptolemaica; pero se reconoce al instante, ya sea en la gran pantalla o en un disfraz de faraona egipcia. Antonio se queda atrás, y casi nunca se le menciona salvo en referencia a ella.

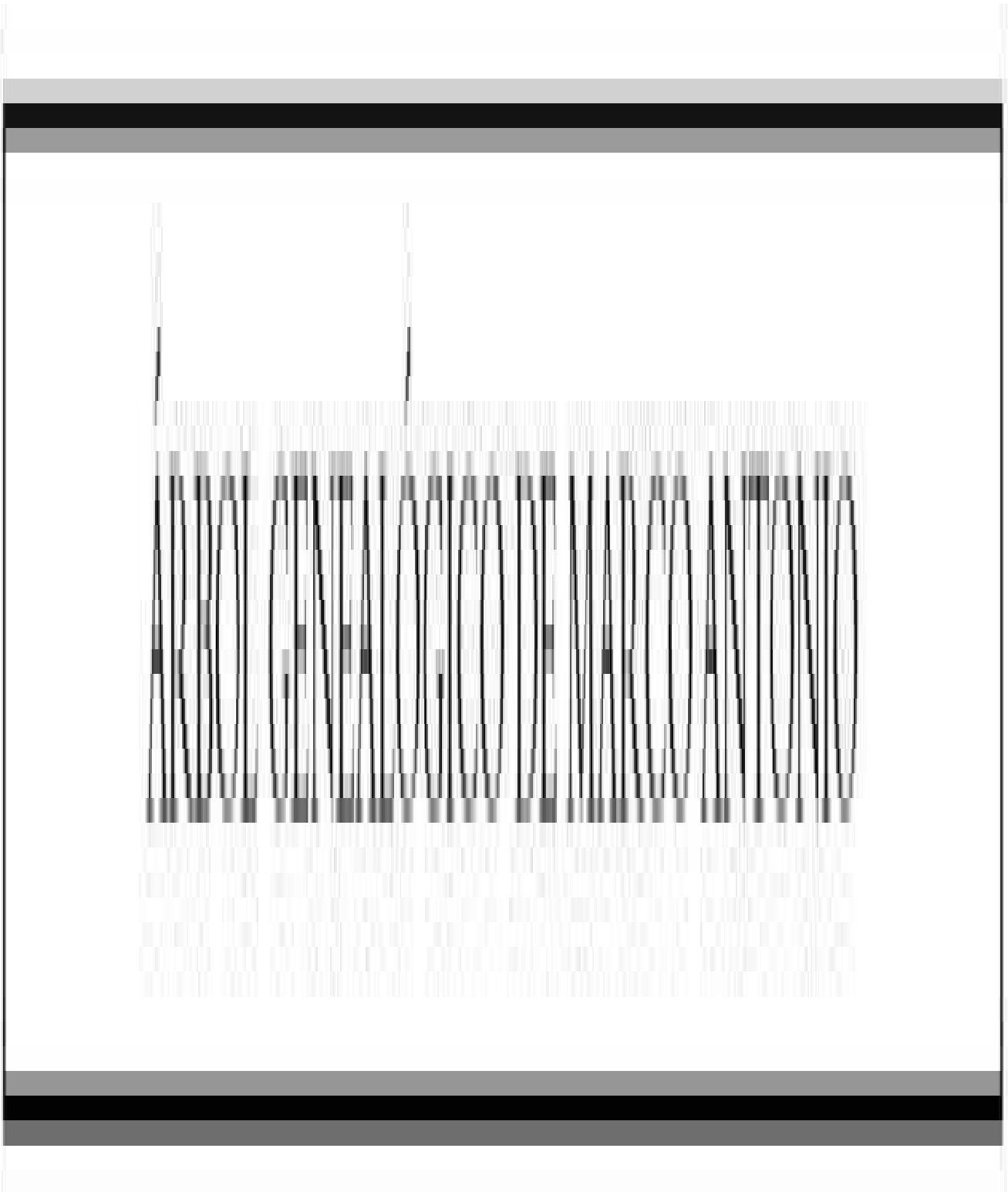
Este libro no es lugar para rastrear la larga historia de Antonio y Cleopatra desde el punto de vista de la cultura, tema por sí solo de gran envergadura que además ya han tratado otros. Aquí el centro de atención recae exclusivamente en el aspecto

histórico de la relación de Antonio y Cleopatra, en lo que se sabe y lo que no se sabe de ella; y a veces en lo que puede adivinarse. La ficción y el drama inventan y alteran libremente; pero en la historia real hubo ambición, orgullo, crueldad, dureza, celos, engaño, violencia y pasión de sobra: ni Antonio ni Cleopatra tuvieron vidas tranquilas. No dejarán de subyugarnos, su historia seguirá contándose una y otra vez, cada generación volverá a recrearla. Lo mismo puede decirse, casi en igual medida, de su retrato más famoso en la ficción, a la vista de los diferentes estilos y escenificaciones adoptados en cada nuevo montaje de la obra de Shakespeare: nada que un historiador pueda decir detendrá nunca este proceso, ni falta que hace.^[9]

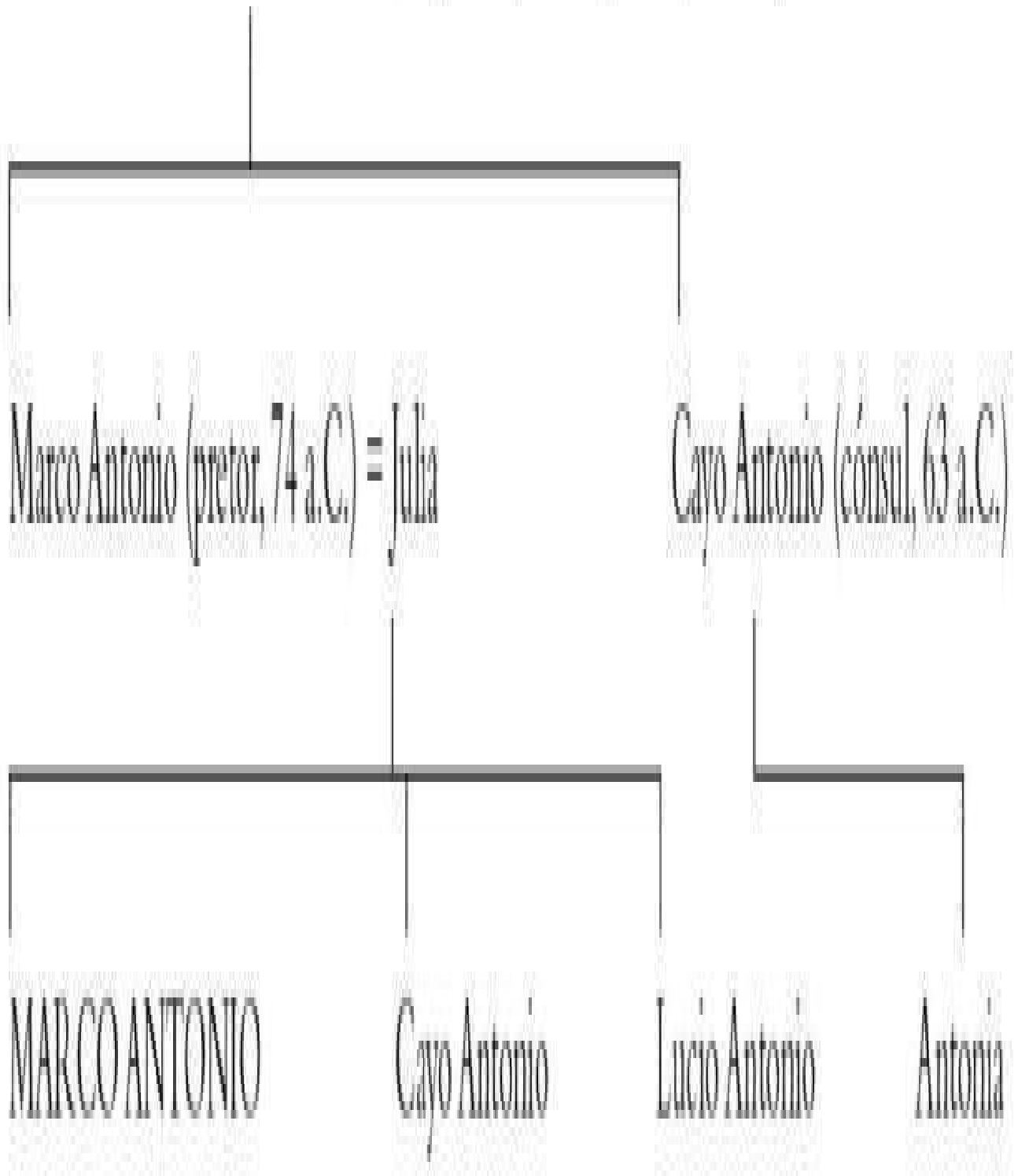
La historia está ahí para quienes quieran conocerla, y ya hemos visto que en las fuentes hay abundantes lagunas y problemas de interpretación; no creo que los huecos lleguen a llenarse nunca, siempre van a quedar misterios: se descubrirán nuevos restos arqueológicos, pero es improbable que añadan otra cosa que pequeños detalles a nuestra idea del mundo. Las excavaciones submarinas en el emplazamiento donde estuvo Alejandría han sacado gran cantidad de artefactos, pero la ciudad existió tantos siglos que los que datan del siglo I a. C. son sólo una pequeña parte; por no hablar de los que guardan una relación directa con Cleopatra. No obstante, el nombre de la reina y su historia producen tanta fascinación que seguirán buscándose lugares vinculados más íntimamente a ella y a su amante romano.

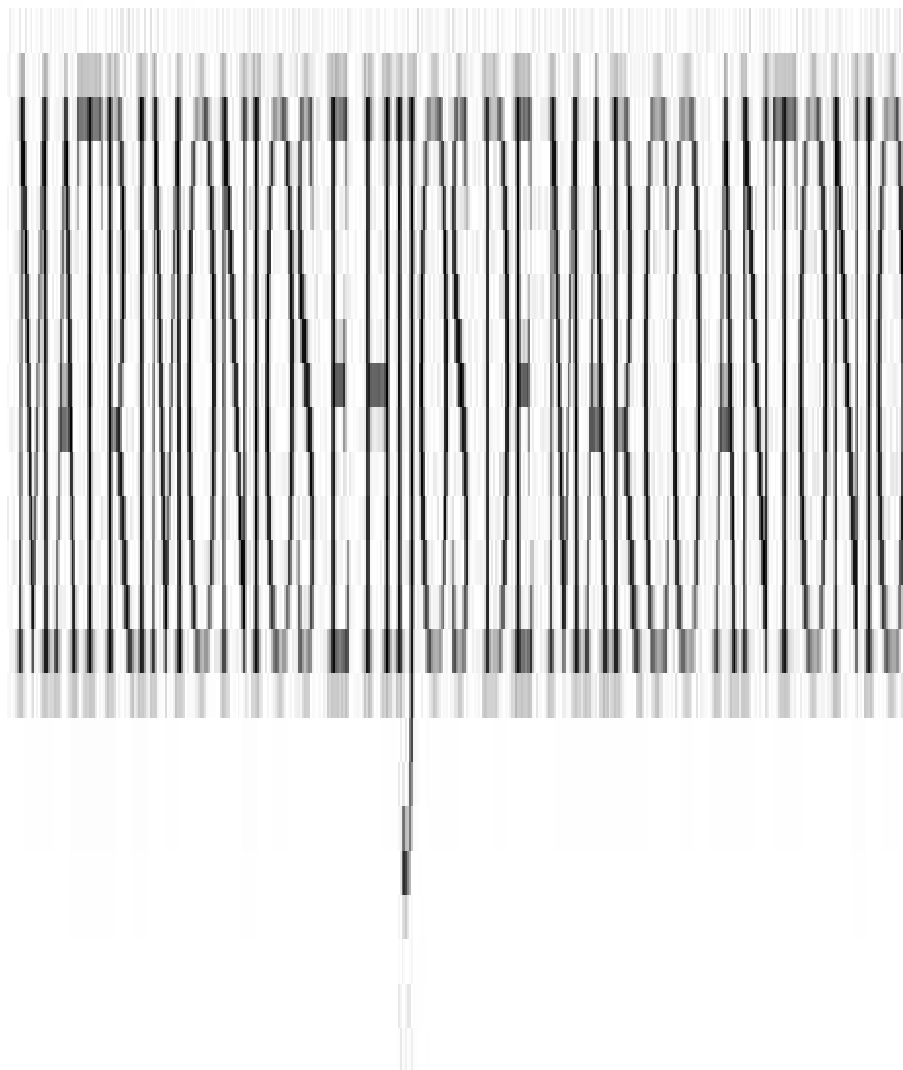
En la actualidad un equipo declaraba estar a punto de encontrar el mausoleo donde Antonio y Cleopatra fueron enterrados: la noticia no tardó en abrirse paso hasta los periódicos y telediarios. Nada ha vuelto a saberse hasta la fecha, y se trata de un descubrimiento que resulta improbable. Aunque sea cierto que podría aportar mucha información, casi toda sería personal y no alteraría de ningún modo los conocimientos que tenemos de la política de la época. Con todo, como historiador que soy, cualquier hallazgo me parece interesante; aunque tengo la esperanza, no puedo evitarlo, de que las excavadoras no consigan nada. Ni Antonio ni Cleopatra disfrutaron de mucha paz en vida (aunque es discutible, desde luego, si merecieron más o menos), y me apenaría que sus restos acabaran exhibidos ante tropes de turistas; e incluso estudiados, almacenados y catalogados en el sótano de algún museo. Tanto Cleopatra como Antonio expresaron por separado el deseo de yacer a su muerte uno junto al otro: mejor dejarlos así, en la tumba que ella empezó y otros terminaron tras el suicidio de ambos.

ÁRBOLES GENEALOGICOS



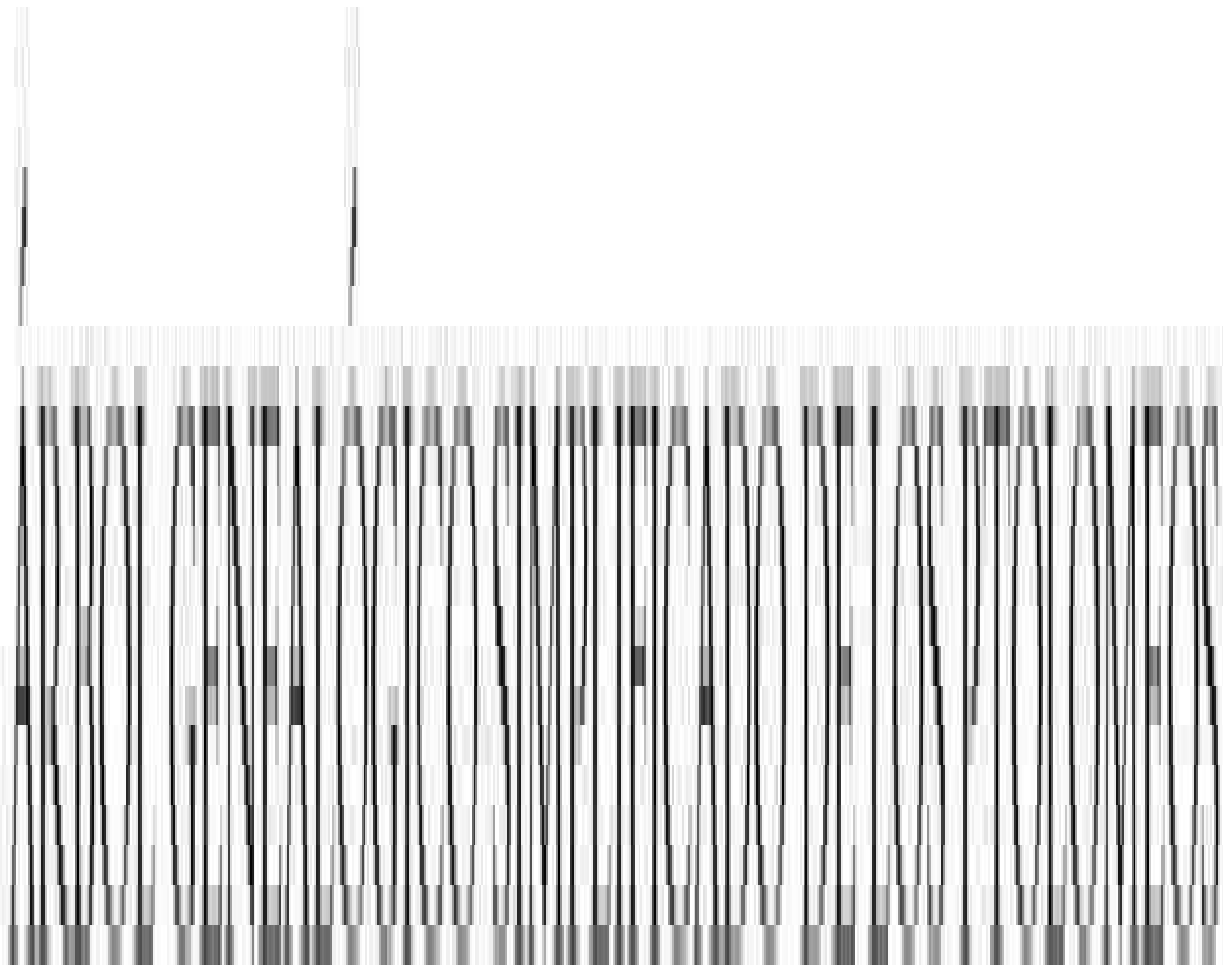
Marco Antonio (cónsul, 99 a.C.; censor, 97 a.C.)

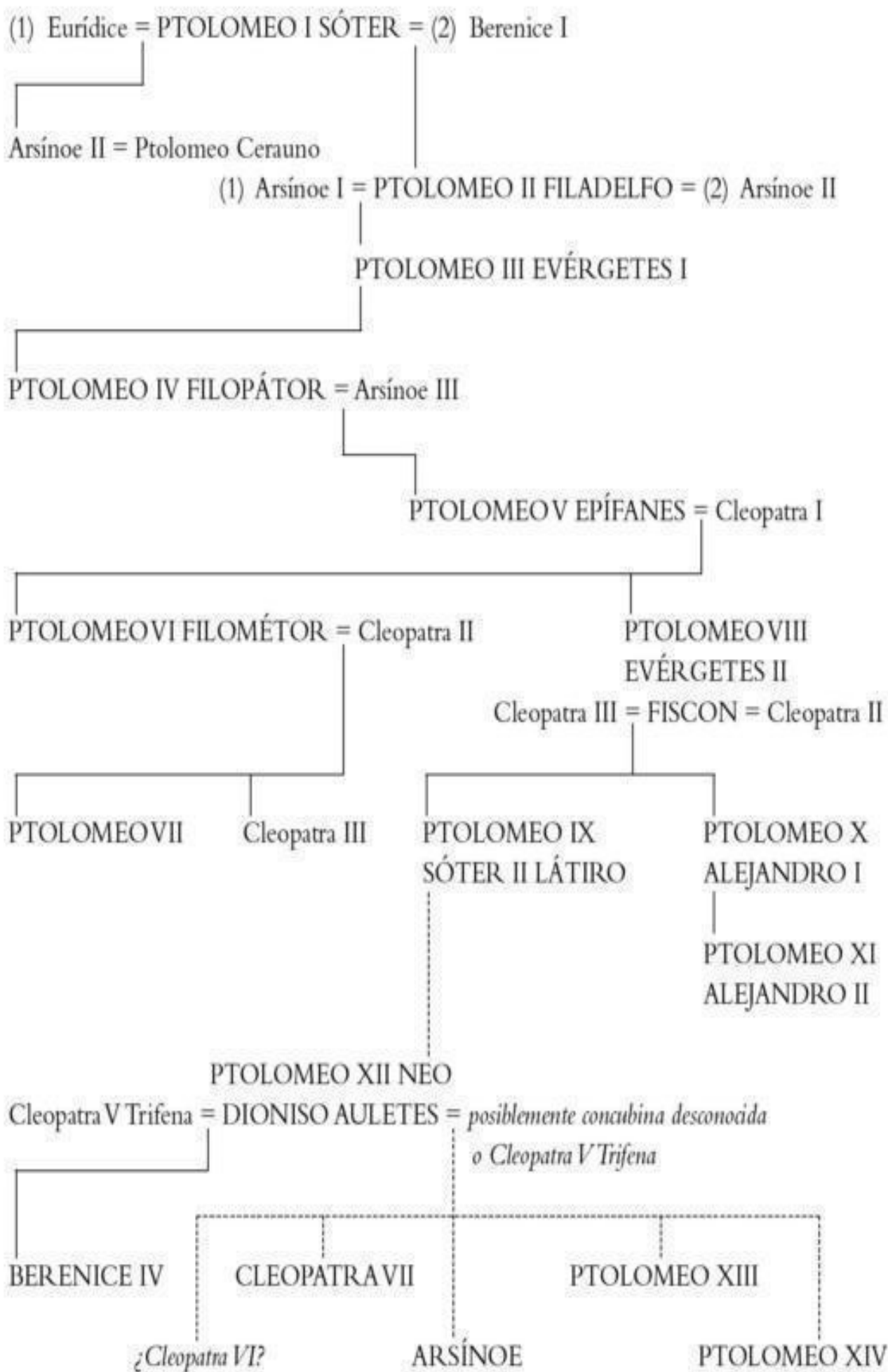




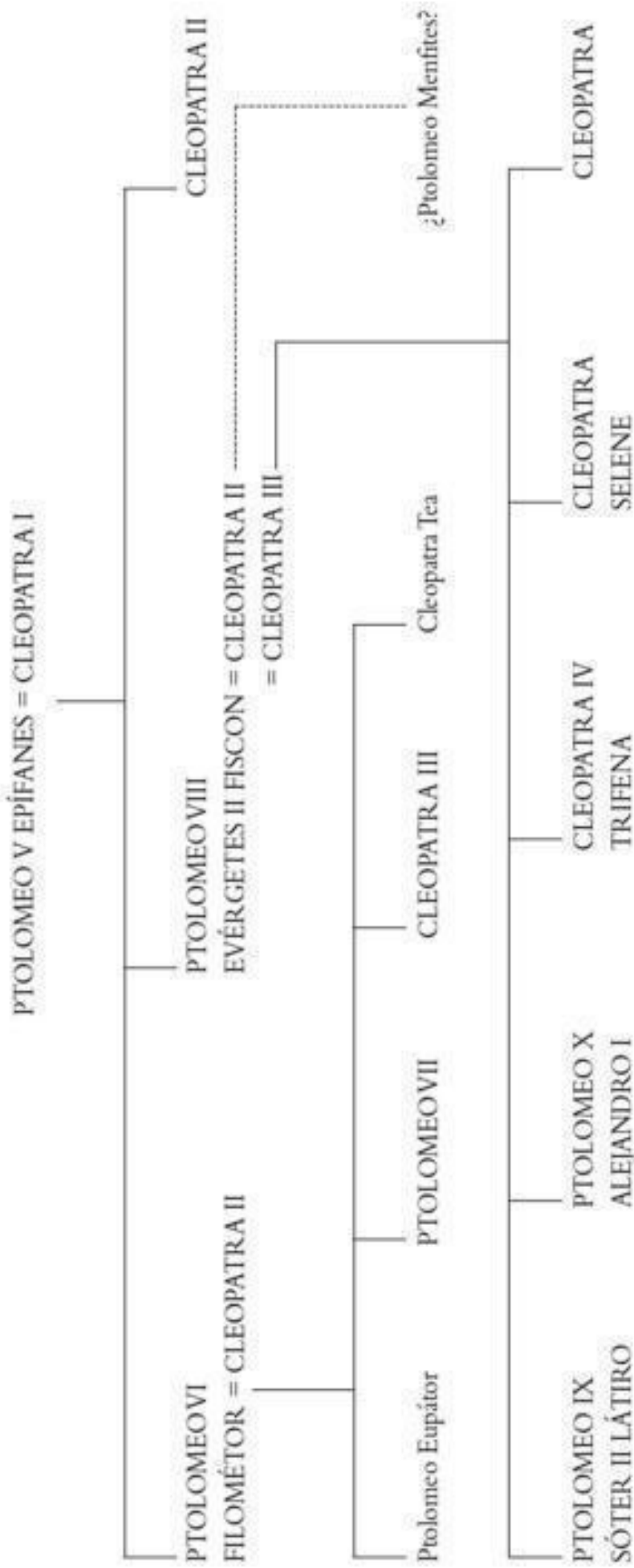
HIJOS DE MARCO ANTONIO CON CLEOPATRA

1. Alejandro Helios, nacido en el 40 a. C.
2. Cleopatra Selene, nacida en el 40 a. C.
3. Ptolomeo Filadelfo, nacido en el 36 a. C.





PTOLOMEO VI, PTOLOMEO VIII Y LAS DOS CLEOPATRAS



GLOSARIO

ANTIGÓNIDAS: La dinastía fundada por Antígono Gónatas controló Macedonia a partir del segundo cuarto del siglo III a. C. Sólo los Ptolomeos y los seléucidas rivalizaron en poder con los Antigónidas entre los reinos sucesores de Alejandro Magno. El último rey fue depuesto por los romanos después de su derrota en la tercera guerra macedónica en el año 168 a. C.

AQUILÍFERO: Suboficial que portaba el estandarte (aquila) de la legión, una estatuilla de un águila de oro o plata montada en un asta.

ASMONEA: En el siglo II a. C., Judea se rebeló contra los seléucidas, logrando crear un reino independiente gobernado por la dinastía asmonea. Antonio y Octavio acabaron instalando en el trono a Herodes el Grande en lugar de la antigua familia real.

AUCTORITAS: Prestigio e influencia de un senador romano. Los logros militares promovían mucho la auctoritas.

AUGUR: El Colegio de Augures era uno de los colegios sacerdotales más importantes de Roma, y sus quince miembros eran nombrados de por vida. Su responsabilidad más importante era supervisar la correcta observación e interpretación de los auspicios, que eran recogidos cotidianamente y formaban parte de la vida pública romana. Marco Antonio fue elegido augur en el año 50 a. C. Julio César añadió un decimosexto miembro al colegio durante su dictadura.

AUXILIA (AUXILIARES): A los soldados reclutados en los últimos tiempos de la República que no eran ciudadanos romanos se los conocía generalmente como tropas auxiliares o de apoyo.

BALISTA: Catapulta de dos brazos de torsión que podía lanzar con una precisión considerable proyectiles en llamas o piedras. Se construían en diversos tamaños y se utilizaban sobre todo en los asedios.

CAMARADA: A los cortesanos más antiguos de la corte ptolemaica se les concedía la condición de «camaradas».

CATAFICTO: Jinete con armadura pesada que solía cabalgar sobre un caballo también con armadura. Constituían un importante componente del ejército parto.

CENTURIA: Subunidad básica del ejército romano, la centuria estaba mandada por un centurión y solía componerse de ochenta hombres.

CENTURIÓN: Importante rango de oficiales del ejército romano durante la mayor parte de su historia; los centuriones originalmente mandaban una centuria de ochenta hombres. El centurión con más antigüedad de una legión era el primus pilus, puesto de enorme estatus que se ostentaba durante sólo un año.

CLERUQUÍA: Originalmente, los clerucos eran soldados veteranos que habían recibido tierras (literalmente, un kleros o campo) de los Ptolomeos y otros reyes sucesores de Alejandro Magno a cambio de su servicio militar. En la época de Cleopatra, el sistema había decaído tiempo atrás y la obligación de servir en el ejército había quedado en el olvido. Las cleruquías pasaron a ser puramente hereditarias, legándose también a las hijas, no sólo a los hijos.

COHORTE: Unidad táctica básica de la legión, compuesta de seis centurias de ochenta soldados con una fuerza total de cuatrocientos ochenta hombres.

COHORTE PRETORIANA: Los pretorianos de este periodo, elegidos cuidadosamente, eran soldados espléndidamente equipados sacados de las legiones. Cada general tenía derecho a llevar una sola cohorte de pretorianos, pero en el curso de las guerras civiles, Antonio llegó a controlar varias de estas formaciones al tomar las de sus subordinados.

COMITIA CENTURIATA (COMICIOS CENTURIADOS): Asamblea del pueblo romano que elegía a la mayoría de los magistrados de mayor rango, como cónsules y pretores. Se dividía en ciento noventa y tres grupos votantes de centurias, y la pertenencia a ellos se basaba en las propiedades registradas en el censo. Los miembros más ricos de la sociedad tenían una influencia desproporcionada en el resultado. Su estructura se creía basada en la organización del ejército romano de los primeros tiempos.

COMITIA TRIBUTA (COMICIOS TRIBUNADOS): La asamblea de todo el pueblo romano, que incluía tanto a patricios como a plebeyos. Se dividía en treinta y cinco tribus votantes, cuya pertenencia dependía de la ascendencia. Tenía poder para legislar y estaba presidida por un cónsul, un pretor o un edil curul. También elegía diversos cargos, como la cuestura y la edilidad curul.

CONCILIUM PLEBIS: La asamblea de la plebe romana, que se reunía para legislar o para elegir a ciertos magistrados, como los tribunos de la plebe. Los patricios no podían formar parte ni asistir. El pueblo votaba por tribus, que sumaban treinta y cinco, y la pertenencia a ellas se basaba en la ascendencia. Esta asamblea estaba presidida por los tribunos de la plebe.

CÓNSUL: Los dos cónsules del año eran los magistrados electos de mayor rango en la República romana y ostentaban el mando en las campañas importantes. A veces el Senado prorrogaba su poder una vez transcurrido el año en el cargo, y en ese caso pasaban a llamarse procónsules.

CUESTOR: Magistrado con competencias fundamentalmente financieras, el cuestor actuaba como delegado de los gobernadores consulares y a menudo ostentaba mandos militares inferiores.

CURIA: El edificio de la Curia (Cámara del Senado) se hallaba en la parte septentrional del Foro romano y, según la tradición, lo había construido uno de los reyes. Sila lo restauró, pero fue incendiado en el funeral de Clodio. Siendo dictador, César emprendió las obras para construir una nueva curia. Aun cuando el edificio estaba en buen estado, el Senado se convocaba en ocasiones en otros edificios para debates concretos.

CURSUS HONORUM: Término aplicado al modelo de trayectoria política que regulaba la vida pública. La legislación existente sobre la edad y otros requisitos exigibles a los magistrados electos fue modificada y reforzada por Sila durante su dictadura.

DEMÓTICO: Para el periodo ptolemaico, el demótico era la forma del idioma egipcio empleada en el habla común y en la escritura alfabética, por tanto no jeroglífica.

DICTADOR: En épocas de crisis extremas se nombraba un dictador que ejercía el poder civil y militar supremo durante un periodo de seis meses. Los vencedores de las guerras civiles, como Sila y julio César, utilizaron el título como base para un poder más permanente.

DIOECETES: Alto cargo que se ocupaba de las finanzas del monarca ptolemaico, con cometidos como supervisar la recaudación y la distribución de todos los impuestos y cánones y el producto de las tierras de la monarquía.

EDIL: Los ediles eran los magistrados que se ocupaban de los diversos aspectos de la vida cotidiana de la ciudad de Roma, entre ellos la organización de los diversos festivales anuales. Este cargo solía ostentarse entre la cuestura y la pretura, pero había menos ediles que pretores y el puesto no formaba parte obligatoria del cursus honorum.

EFEBOS: Los adolescentes varones en las ciudades griegas se sometían a un plan de formación supervisada por el Estado en el gymnasium. Esa instrucción se centraba sobre todo en la forma física, pero a menudo incluía elementos formativos más específicamente militares.

EPISTRATECO: militar; en la época de Cleopatra el egipto era el gobernador civil de la Tebaida. La debilidad del gobierno central otorgaba a este cargo considerable libertad de acción.

ÉQUITES (SING. EQUES): Los «caballeros» eran el grupo registrado en el censo con mayor cualificación por sus propiedades. A partir de la época de los Gracos

se les dio un papel público más formal como jurados en los tribunales, cuestión que llegó a ser muy polémica.

ESCORPIÓN: Balista de proyectiles ligeros que el ejército romano empleaba tanto en el campo de batalla como en los asedios. Tenía largo alcance y también gran precisión, y la capacidad de traspasar todo tipo de armaduras.

FASCES (SING. FASCIS): Haz de varas de aproximadamente metro y medio de longitud que llevaba un hacha sujeta en el medio. Portadas por los lictores, eran el símbolo más visible del poder y el estatus de un magistrado.

FORO ROMANO: Núcleo político y económico de la ciudad de Roma, enclavado entre las colinas Capitolina, Palatina, del Quirinal y Velia. Las reuniones públicas se celebraban a menudo en los rostra o en el extremo oriental del Foro. El Concilium Plebis y los Comitia Tributa también solían reunirse en el Foro para legislar.

GLADIUS: Palabra latina que significa «espada», el gladio alude tradicionalmente a la gladius hispaniensis, la espada española que era el arma que los romanos solían llevar al costado hasta bien entrado el siglo ui d. C. De acero de alta calidad, esta arma se podía utilizar para producir cortes, pero su uso primordial era estoquear.

IMPERIUM: Poder de mando militar ostentado por los magistrados y gobernadores durante su mandato.

LÁGIDA: Nombre alternativo de la dinastía fundada por Ptolomeo 1, que era hijo de Lagos.

LEGATUS (PL. LEGATI): Funcionario subordinado que ostentaba imperium por delegación más que ejercer el poder por derecho propio. Los legati eran nombrados directamente por un magistrado, no elegidos.

LEGIÓN (LEGIO): Nombre que en su origen significaba «levar», llegó a ser la unidad principal del ejército romano durante gran parte de su historia. En tiempos de César, la fuerza teórica de una legión era de unos cuatro mil ochocientos a cinco mil hombres. En la práctica, sin embargo, su fuerza real solía ser mucho menor.

LICTOR: Ayudante del magistrado que portaba las fascas, símbolo de su derecho a impartir justicia e infligir la pena capital y castigos físicos. El cónsul era atendido por doce lictores, mientras que el dictador solía recibir veinticuatro.

MAGISTER EQUITUM: Segundo del dictador de la República, el jefe de caballería tradicionalmente mandaba este componente, ya que el dictador tenía prohibido cabalgar.

NOMENCLATOR: Esclavo con formación específica cuya tarea era susurrar a su amo los nombres de los ciudadanos que se le aproximaban por la vía pública, para

que pudiera saludarlos con familiaridad. Tales esclavos solían acompañar a los candidatos políticos en campaña.

NOMO: Los nomos eran las regiones administrativas básicas del Egipto ptolemaico. En cada región un funcionario llamado nomarca controlaba la producción agrícola.

OVATIO (OVACIÓN): Modalidad inferior del triunfo, en una ovación el general atravesaba la ciudad a lomos de un caballo en vez de montado en un carro.

PILUM (PL. PILA): Pesada jabalina que todos los legionarios romanos llevaron durante gran parte de la historia de Roma. Su estrecha cabeza estaba diseñada para perforar el escudo del enemigo, y su mango, largo y fino, tenía alcance suficiente para a continuación golpear el cuerpo del adversario por detrás.

PONTIFEX MAXIMUS: Cabeza del Colegio de Pontífices, compuesto por quince miembros y uno de los tres principales sacerdocios que monopolizaba la aristocracia romana. Los pontífices regulaban los calendarios de muchos festivales y eventos públicos. El pontifex maximus era más presidente que líder, pero el puesto conllevaba mucho prestigio.

PREFECTO (PRAEFECTUS): Oficial ecuestre con obligaciones diversas, entre ellas el mando de unidades de las tropas aliadas o auxiliares.

PRETOR: Los pretores eran magistrados elegidos anualmente que durante la República gobernaron las provincias menos importantes y libraban así mismo las guerras menores de Roma.

ROSTRA: Plataforma de los oradores en el Foro desde la que los políticos se dirigían a la concurrencia.

SAEPTA: La zona de votaciones en el Campus Martius donde las diversas asambleas se reunían para celebrar elecciones.

SÁTRAPA: Los reyes persas habían administrado su imperio mediante sátrapas que ellos designaban para controlar cada región. Alejandro Magno mantuvo el sistema, y a su muerte fueron nombrados sátrapas hombres como Ptolomeo 1. La mayoría utilizaron posteriormente esta condición como base para proclamarse reyes.

SELÉUCIDA: La dinastía fundada por Seleuco en los conflictos que siguieron a la muerte de Alejandro Magno tuvo su sede en Siria. El conflicto entre los Seléucidas y los Antigónidas en Macedonia y los Ptolomeos en Egipto por controlar las tierras entre sus reinos era frecuente. Derrotados por Roma en el 189 a. C., los seléucidas siguieron siendo fuertes, sin embargo, hasta los últimos años del siglo II a. C. Partía se rebeló y se hizo independiente a finales del siglo II, y en el siglo I a. C. controlaba ya gran parte del antiguo Imperio seléucida. El último

rey seléucida, Antíoco XIII, fue depuesto por Pompeyo en el 64 a. C.

SIGNÍFERO: Portador del estandarte (signum) de la centuria.

STRATECOS (PL. STRATECOI): Aunque la palabra significa «general», en la época de Cleopatra los strategoi ya eran fundamentalmente funcionarios civiles que habían sustituido a los nomarcas en el control de los nomos, relegándolos a la administración agrícola.

SUBURA: El valle entre los montes Viminal y Esquilmo tenía mala fama por sus estrechas callejuelas y sus lóbregas y miserables viviendas.

TALENTO: El tamaño real de esta medida griega de peso —y por extensión, de dinero— variaba considerablemente, entre 26 y 38 kilos. Rara vez queda claro cuando nuestras fuentes emplean el término qué unidad era la vigente.

TEBAIDA: La región en torno a la capital de Tebas, la antigua capital del Alto Egipto. Estaba compuesta por siete nomos.

TESTUDO: La famosa formación en tortuga en la que los legionarios romanos superponían sus largos escudos para protegerse el frente, los costados y la parte superior, por encima de la cabeza. Se utilizaba sobre todo en los ataques a fortificaciones.

TRIBUNI AERARII: Grupo registrado por debajo de la orden equestre en el censo. Se sabe relativamente poco sobre él.

TRIBUNO DE LA PLEBE: Aunque ostentaban un cargo político sin responsabilidades militares directas, los diez tribunos de la plebe elegidos cada año podían legislar sobre cualquier cuestión. Durante los últimos años de la República muchos generales ambiciosos, como Mario, Pompeyo y César, se aseguraron la ayuda de los tribunos para conseguir importantes mandos para sí.

TRIBUNUS MILITUM (TRIBUNO MILITAR): Seis tribunos militares eran elegidos o nombrados para cada legión de la República, y ostentaban el mando sucesivamente por parejas.

TRIUNFO: La gran celebración que otorgaba el Senado a un general victorioso adoptaba la forma de desfile por la Vía Sacra, la principal calzada ceremonial de Roma, en la que se mostraba el botín de la victoria y a los cautivos, y que culminaba con la ejecución ritual del jefe del enemigo capturado. El comandante iba en un carro de guerra vestido como las estatuas de Júpiter, y un esclavo sostenía una corona de laurel, símbolo de la victoria, sobre su cabeza. Se cree que el esclavo tenía que recordarle al general su condición de mortal susurrándole al oído.

TRIUNVIRO: En el año 43 a. C., Antonio, Lépido y Octavio fueron nombrados triumviri republicae constituendae (junta de tres para reconstituir el estado) por la

Lex Titia propuesta por un tribuno y aprobada por el Concilium Plebis. El triunvirato ostentó poderes dictatoriales; el mandato inicialmente era para cinco años.

URAEUS: La diadema con forma de serpiente que en ocasiones llevaban los Ptolomeos como símbolo de la monarquía. Los ureos dobles son típicos y probablemente simbolizaran los dos reinos de Egipto. Los ureos triples aparecen en algunas imágenes en las que se ha identificado a Cleopatra, pero no está claro su significado preciso.

VEXILLUM: Bandera cuadrada montada sobre un travesaño horizontal, el vexilo se utilizaba para señalar la posición de los generales y también era el estandarte que portaban los destacamentos de tropas. Al parecer, el vexilo de los generales solía ser rojo.

ABREVIATURAS

Apiano, BC = Apiano, Guerras civiles.

Broughton, MRR 2 = Broughton, T., & Patterson, M., *The Magistrates of the Roman Republic*, Vol. 2 (1951).

CAH IX = Crook, J., Lintott, A., & Rawson, E. (eds.), *The Cambridge Ancient History* 2a ed., Vol. IX: *The Last Age of the Roman Republic, 146-43 bc* (1994).

CAH X = Bowman, A., Champlin, E., & Lintott, A. (eds.), *The Cambridge Ancient History* 2a ed., Vol. X: *The Augustan Empire, 43 bc - ad 69* (1996).

César, BC = César, Guerra civil.

César, BG = César, Guerra de las Galias.

Cicerón, ad Att. = Cicerón, Cartas a Ático.

Cicerón, ad Fani. = Cicerón, Cartas a sus amigos.

Cicerón, ad Quintum Fratrem = Cicerón, Cartas a su hermano Quinto.

Cicerón, Agr. = Cicerón, Discursos sobre la ley agraria.

Cicerón, De re. Alex. E = Cicerón, fragmento del Discurso sobre el Rey de Alejandría.

Cicerón, Verrinas = Cicerón, Verrinas, Discursos de acusación.

CIG = Corpus Inscriptionum Graecarum.

CIL = Corpus Inscriptionum Latinarum.

De vir. III. = Anónimo, *De viris illustribus*.

Dión = Casio Dión, *Historia romana*.

Galeno, Comm. In Hipp. Epid., CMG = Kühn, C., *Galenus Median* (1821-1833), completado por Diels, H. et al. (1918—).

Gelio, NA = Aulo Gelio, *Noches áticas*.

ILS = Dessau, H. (ed.), *Inscriptiones Latinae Selectae* (1892-1916).

Josefo, AJ = Josefo, *Antigüedades de los judíos*.

Josefo, BJ = Josefo, *La guerra de los judíos*.

JRA = *Journal of Roman Archaeology*.

JRS = *Journal of Roman Studies*.

Livio, Pers. = Livio, Historia romana: Periochae.

OGIS = Dittenberger, W., *Orientalis Graeci Inscriptiones Selectae* (1903-1905).

PIR1 = Kelbs, E., et al., *Prosopographia Imperii Romanii* (1933—).

Plinio, Epistulae = Plinio el joven, Cartas.

Plinio, NH = Plinio el Viejo, Historia natural.

Quintiliano = Quintiliano, Instituciones oratorias.

RIB = Collingwood, R., & Wright, R., *Roman Inscriptions in Britain* (1965—).

Salustio, Bell. Cat. = Salustio, Conjuración de Catilina.

Salustio, Bell. Jug. = Salustio, La Guerra de Jugurta.

SEG = Roussel, P., Tod, M., Ziebarth, E., & Hondius, J. (eds.), *Supplementum Epigraphicum Graecum* (1923—).

Serv. = Servio.

Estrabón, Geog. = Estrabón, Geografía.

Valerio Máximo = Valerio Máximo, Hechos y dichos memorables.

Veleyo Patérculo = Veleyo Patérculo, Historia romana.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

- ADCOCK, E., *The Roman Art of War under the Republic*, 1940.
- ASHTON, S., *The Last Queens of Egypt*, 2003.
—, *Cleopatra and Egypt*, 2008.
- AUSTIN, M., *The Hellenistic World from Alexander to the Roman Conquest: A Selection of Ancient Sources in Translation*, 1981.
- AUSTIN, N., RANKOV, B., *Exploratio: Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic War to the Battle of Adrianople*, 1995.
- BADIAN, E., *Publican and Sinners*, 1972.
- BAGNALL, R., FRIER, B., *The Demography of Roman Egypt*, 1994.
- BARRETT, A., *Livia: First Lady Imperial Rome*, 2002.
- BEARD, M., *The Roman Triumph*, 2007.
- BERNARD, A., *Alexandrie des Ptolémées*, 1995.
—, *Alexandrie la Grande*, 1998.
- BIANCHI, R., *Cleopatra's Egypt: Age of the Ptolemies*, 1988.
- BINGEN, J., *Hellenistic Egypt: Monarchy, Society, Economy, Culture*, 2007.
- BOWMAN, A., *Egypt after the Pharaohs: 332 bcad 642 —from Alexander to the Arab conquest*, 1986.
- BROUGHTON, T., PATTERSON, M., *The Magistrates of the Roman Republic*, vol. 2, 1951.
- BRUNT, P., *Italian Manpower 225 bc - ad 14*, 1971.
- BURNSTEIN, S., *The Reign of Cleopatra*, 2004.
- CARTER, J., *The Battle of Actium: The Rise and Triumph of Augustus Caesar*, 1970.
- CARTLEDGE, P., *Alexander the Great: The Hunt for a New Past*, 2004.
- CHAUVEAU, M., *Egypt in the Age of Cleopatra* (trad. Lorton, D.), 2000.
- CRAWFORD, M., *Roman Republican Coinage*, 1974.
- CUNLIFFE, B., *Greeks, Romans and Barbarians: Spheres of Interaction*, 1988.

- DIXON, N., *On the Psychology of Military Incompetence*, 1994.
- DIXON, S., *The Roman Mother*, 1988.
- DUNAND, E., ZIVIE-COCHE, C., *Gods and Men in Egypt 3000 bce to 395 bce* (trad. Lorton, D.), 2002.
- ELLIS, W., *Ptolemy of Egypt*, 1994.
- EMPEREUR, J. Y., *Alexandria Rediscovered*, 1998.
- EVANS, R., *Gaius Marius*, 1994.
- FINNERAN, N., *Alexandria: A City and Myth*, 2005.
- FLETCHER, J., *Cleopatra the Great: The Woman Behind the Legend*, 2008.
- FRASEA, P., *Ptolemaic Alexandria*, 3 vols., 1972.
- GARBA, E., *The Roman Republic, the Army and the Allies* (trad. Cuff, P), 1976.
- GELZER, M., *Caesar* (trad. Needham, P.), 1968.
- GODDIO, E, con BERNARD, A., BERNARD, E., DARWISH, L, Kiss, Z., YOYOTTE, J., *Alexandria: The Submerged Royal Quarters*, 1998.
—, *L'Égypte Engloutie: Alexandrie*, 2002.
- GOLDSWORTHY, A., *The Roman Army at War 100 bcad 200*, 1996.
—, *In the Name of Rome*, 2003.
—, *Caesar: The Life of a Colossus*, 2006.
- GRANT, M., *Cleopatra*, 1972.
- GREEN, P., *Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age*, 1990.
- GRENFELL, B., HUNT, A., et al. (Eds.), *The Oxyrhynchus Papyri*, 1898—?
- GRIMAL, P, *Life in Ancient Rome*, 1986.
- GRIMM, G., *Alexandria: Die erste Königsstadt der hellenistischen Welt*, 1998.
- GRUEN, E., *Roman Politics and the Criminal Courts, 149-78 bc*, 1968.
—, *The Last Generation of the Roman Republic*, 1974.
- THE HELLENISTIC WORLD AND THE COMING ROME, vol. 2, 1984.
- GWYNN, A., *Roman Education*, 1926.
- HAMER, M., *Signs of Cleopatra: History, Politics, Representation*, 1993.
- HARDY, E., *The Catilinarian Conspiracy in its Context: A Restudy of the Evidence*, 1924.

- HOLBL, G., *A History of the Ptolemaic Empire* (trad. Saavedra, T.), 2001.
- HOPKINS, K., *Conquerors and Slaves*, 1978.
- HUCHES-HALLETT, L., *Cleopatra: Queen, Lover, Legend*, 1990, reedición con nuevo epílogo, 2006.
- JEFFREY TATUM, W., *The Patrician Tribune: Publius Clodius Pulcher*, 1999.
- KEAVENEY, A., *Sulla: The Last Republican*, 1982.
- KEPPIE, L., *The Making of the Roman Army*, 1984.
- KLEINER, D., *Cleopatra and Rome*, 2005.
- LAMPELA, A., *Rome and the Ptolemies of Egypt: The Development of their Political Relations 273-80 bc*, 1998.
- LAME FOX, R., *The Classical World: An Epic History from Homer to Hadrian*, 2006.
- LEWIS, N., *Greeks in Ptolemaic Egypt: Case Studies in the Social History of the Hellenistic World*, 1986.
- LINTOTT, A., *The Constitution of the Roman Republic*, 1999.
- MARROU, H., *A History of Education in Antiquity*, 1956.
- MATYSZAK, P., *Mithridates the Great: Rome's Indomitable Enemy*, 2008.
- MAYOR, A., *The Poison King: The Life and Legend of Mithridates*, 2009.
- METER, C., *Caesar* (trad. Mc Lintock, D.), 1996.
- MILLAR, E., *The Crowd in the Late Roman Republic*, 1998.
- MITCHELL, T., *Cicero: The Ascending Years*, 1979.
—, *Cicero: The Senior Statesman*, 1991.
- MORRISON, J., Co ATES, J., *Greek and Roman Oared Warships*, 1996.
- MOURITSEN, H., *Plebs and Politics in the Late Roman Republic*, 2001.
- MURRAY, W., PETSAS, P., *Octavian's Campsite Memorial for the Actian War*. *Transactions of the American Philosophical Society* 79. 4, 1989, pp. 133-134.
- OSGOOD, J., *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire*, 2006.
- PARKIN, T., *E. ciii Clapham and Roman Society*, 1992.
- PELLING, C. (ed.), *Plutarch: Life of Antony*, 1988.
- PITASSI, M., *The Vices of Rome*, 2009.

- POMEROY, S., *Written in Hellenistic Egypt*, 1984.
- POWELL, A., *Virgil the Partisan: A Study in the Reintegration of Classics*, 2008.
- PRESTON, D., Preston, M., *Cleopatra and Antony*, 2008.
- RAWSON, B., *Children and Childhood in Roman Italy*, 2003.
- RAWSON, E., *Cicero*, 1975.
- RICE, E., *Cleopatra*, 1999.
- RICE HOLMES, T., *The Roman Republic and the Founder of the Empire*, 3 vols., 1923-1928.
- RICH, J., *Declaring War in the Roman Republic in the Period of Transmarine Expansion*, 1976.
- ROBERTS, A., *Mark Antony: His Life and Times*, 1988.
- ROTH, J., *The Logistics of the Roman Army at War (264 bc - ad 235)*, 1999.
- ROYMANS, N., *Tribal Societies in Northern Gaul: An Anthropological Perspective*, *Cingula* 12, 1990.
- SALLER, R., *Personal Patronage in the Early Empire*, 1982.
- SAMUEL, A., *From Athens to Alexandria: Hellenism and Social Goals in Ptolemaic Egypt*, 1983.
- SCHEIDEL, W., *Measuring Sex, Age, and Death in the Roman Empire: Explorations in Ancient Demography*, *JRA Supplementary Series* 21, 1996.
—, *Death on the Nile: Disease and the Demography of Roman Egypt*, 2001.
- SCHÜRER, E., VERMES, G., MILLAR, E., *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, vol. 1, 1973.
- SEAGER, R., *Pompey the Great*, 2a ed., 2002.
- SHAW, I. (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*, 2000.
- SHEPPARD, S., *Actium: Downfall of Antony and Cleopatra*, *Osprey Campaign Series* 211, 2009.
- SHERK, R., *Roman Documents from the Greek East*, 1969.
- SHERWIN-WHITE, A., *Roman Foreign Policy in the East 168 bc to ad 1*, 1984.
- SHIPLEY, G., *The Greek World after Alexander 323-30 BC*, 2000.
- SOUTHERN, P., *Mark Antony*, 1998.
—, *Antony and Cleopatra*, 2007.
- STOCKTON, D., *Cicero: A Political Biography*, 1971.

- SYME, R., *The Roman Revolution*, 1939.
- TAYLOR, L., *Party Politics in the Age of Caesar*, 1949.
 —, *Roman Voting Assemblies: From the Hannibalic War to the Dictatorship of Caesar*, 1966.
- THOMPSON, D., *Memphis under the Ptolemies*, 1988.
- TREGGIARI, S., *Roman Marriage*, 1991.
- TYLDESLEY, J., *Cleopatra: Last Queen of Egypt*, 2008.
- WALBANK, E., *The Hellenistic World*, 3a ed., 1992.
- WALKER, S., HIGGS, P. (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth*, 2001.
 —, ASHTON, S. (eds.), *Cleopatra Reassessed*, 2003.
- WARD, A., *Marcus Crassus and the Late Roman Republic*, 1977.
- WATSON, G., *The Roman Soldier*, 1969.
- WEIGEL, R., *Lepidus: The Tarnished Triumvir*, 1992.
- WELCH, K., POWELL, A. (eds.), *Sextus Pompeius*, 2002.
- WIENSTOCK, S., *Divus Julius*, 1971.
- YAZETZ, Z., *Julius Caesar and his Public Image*, 1983.
- ZANKER, P., *The Power of Images in the Age of Augustus* (trad. Shapiro, A.), 1988.

ARTÍCULOS

- BADIAN, E., «The Early Career of A. Gabinius (cos. 58 BC)», *Philologus* 103, 1958, pp. 87-99.
- BAGNALL, R., «Greeks and Egyptians: Ethnicity, Status and Culture», en Bianchi, R. (ed.), *Cleopatra's Egypt: Age of the Ptolemies*, 1988, pp. 21-25.
- BENNETT, C., «Cleopatra Tryphaena and the Genealogy of the Later Ptolemies», *Ancient Society* 28, 1997, pp. 39-66.
- BRADLEY, K., «Wetnursing at Rome: A Study in Social Relations», en Rawson, B. (ed.), *The Family in Ancient Rome*, 1986, pp. 201-229.
- CARSON, R., «Caesar and the Monarchy», *Greece and Rome* 4, 1957, pp. 46-53.
- CLARYSEE, W., «Greeks and Egyptians in the Ptolemaic Army and Administration», *Aegyptus* 65, 1985, pp. 57-66.

- «ETHNIC DIVERSITY AND DIALECT AMONG THE GREEKS OF EGYPT», en Verhoogt, A., Vleeming, S. (eds.), *The Two Faces of Graeco-Roman Egypt: Greek and Demotic and Greek-Demotic Texts and Studies Presented to P. W Pestman*, 1998, pp. 1-13.
- ERSKINE, A., «Culture and Power in Ptolemaic Egypt: The Museum and Library of Alexandria», *Greece & Rome* 42, 1995, pp. 38-48.
- FRASER, P., «Mark Antony in Alexandria —A Note», *JRS* 47, 1957, pp. 71-74.
- GABBA, E., «The Perusine War and Triunviral Italy», *Harvard Studies in Classical Philology* 75, 1971, pp. 139-160.
- GOUDCHAUX, G., «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», en Walker, S., Higgs, P. (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth*, 2001, pp. 128-141.
- «WAS CLEOPATRA BEAUTIFUL? THE CONFLICTING ANSWERS OF NUMISMATICS», en Walker, S., Higgs, P. (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth*, 2001, pp. 210-214.
- «CLEOPATRA THE SEAFARER QUEEN: STRABO AND INDIA», en Walker, S., Ashton, S. (eds.), *Cleopatra Reassessed*, 2003, pp. 109-111.
- GRIMM, G., «Alexandria in the Time of Cleopatra», en Walker, S., Ashton, S. (eds.), *Cleopatra Reassessed*, 2003, pp. 45-49.
- GRUEN, E., «P. Clodius: Instrument or Independent Agent?», *Phoenix* 20, 1966, pp. 120-130.
- «CLEOPATRA IN ROME: FACTS AND FANTASIES», en Braund, D., Gill, C. (eds.), *Myths, History and Culture in Republican Rome: Studies in Honour of T. P. Wiseman*, 2003, pp. 257-274.
- HAMMOND, N., «The Macedonian Imprint on the Hellenistic World», en Green, P. (ed.), *Hellenistic History and Culture*, 1993, pp. 12-37.
- HARRINGTON, D., «The Battle of Actium: A Study in Historiography», *Ancient World* 9. 1-2, 1984, pp. 59-64.
- HUZAR, E., «Mark Antony: Marriages vs. Careers», *The Classical Journal* 81. 2, 1986, pp. 97-111.
- JOHANSEN, E., «Portraits of Cleopatra - Do They Exist?» en Walker, S., Ashton, S. (eds.), *Cleopatra Reassessed*, 2003, pp. 75-77.
- JOHNSON, J., «The Authenticity and Validity of Antony's Will», *L'Antiquité Classique* 47, 1978, pp. 494-503.
- KENNEDY, D., «Parthia and Rome: Eastern Perspectives», en Kennedy, D. (ed.), *The Roman Army in the East*, *JRA Supplement* 18, 1996, pp. 67-90.

- KEPPIE, L., «A Centurion of Legio Martia at Padova?», *Journal of Roman Military Equipment Studies* 2, 1991, pp. 115-121 también publicado como Keppie, L., *Legions and Veterans: Roman Army Papers 1971-2000*, 2000, pp. 68-74.
- «MARK ANTONY'S LEGIONS», en Keppie, L., *Legions and Veterans: Roman Army Papers 1971-2000*, 2000, pp. 75-96.
- LINTOTT, A., «P. Clodius Pulcher - Felix Catilina», *Greece and Rome* 14, 1967, pp. 157-169.
- , «Electoral Bribery in the Roman Republic», *JRS* 80, 1990, pp. 1-16.
- MAEHLER, H., «Alexandria, the Mouseion, and Cultural Identity», en Hirst, A., Silk, M. (eds.), *Alexandria, Real and Imagined*, 2004, pp. 1-14.
- MENDELS, D., «The Ptolemaic Character of Manetho's *Aegyptica*», en Verdin, H. Schepens, G., De Keyser, E. (eds.), *Purposes of History: Proceeding of the International Colloquium - Leuven, 24-26 May 1988*, 1990, pp. 91-110.
- MILLAR, E., «Triumvirate and Principate», *JRS* 63, 1973, pp. 50-67.
- MINNEN, P. van, «An Official Act of Cleopatra (with a Subscription in her Own Hand)», *Ancient Society* 30, 2000, pp. 29-34.
- «A ROYAL ORDINANCE OF CLEOPATRA AND RELATED DOCUMENTS», en Walker, S., Ashton, S. (eds.), *Cleopatra Reassessed*, 2003, pp. 35-44.
- MURRAY, W., «The Development and Design of Greek and Roman Warships (399-30 BC)», *JRA* 12, 1999, pp. 520-525.
- PURCELL, N., «Literate Games: Roman Urban Society and the Game of Alea», *Past & Present* 147, 1995, pp. 3-37.
- RANKOV, B., «The Second Punic War at Sea», en Cornell, T., Rankov, B., Sabin, P. (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal*, 1996, pp. 49-56.
- RATHBONE, D., «Villages, Land and Population in Graeco-Roman Egypt», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 36, 1990, pp. 103-142.
- «PTOLEMAIC TO ROMAN EGYPT: THE DEATH OF THE DIRIGISTE STATE?», en Lo Cascio, E. & Rathbone, D. (eds.), *Production and Public Powers in Classical Antiquity*, 2000, pp. 44-54.
- RAWSON, E., «Caesar's Heritage: Hellenistic Kings and their Roman Equals», *JRS* 65, 1975, pp. 148-159.
- RAY, J., «Alexandria», en Walker, S., Higgs, P. (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth*, 2001, pp. 32-37.
- «CLEOPATRA IN THE TEMPLES OF UPPER EGYPT: THE EVIDENCE OF DENDERA AND ARMANT», en Walker, S., Ashton, S. (eds.), *Cleopatra*

- Reassessed, 2003, pp. 9-11.
- RUNDELE, W., «Cícero and Clodius: The Question of Credibility», *Historia* 28, 1979, pp. 301-328.
- SALMON, E., «Catiline, Crassus, and Caesar», *American Journal of Philology* 56, 1935, pp. 302-316.
- SAEWAY, B., «What's in a Name? A Survey of Roman Onomastic Practice from 700 BC - AD 700», *JRS* 84, 1994, pp. 124-145.
- SCOTT, K., «The Political Propaganda of 44-30 BC», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11, 1933, pp. 7-49.
- SEAVER, J., «Publius Ventidius: Neglected Roman Military Hero», *The Classical Journal* 47, 1952, pp. 275-280 y 300.
- SIANI-DAVIES, M., «Ptolemy XII Auletes and the Romans», *Historia* 46, 1997, pp. 306-340.
- SYME, R., «The Allegiance of Labienus», *JRS* 28, 1938, pp. 113-125.
- TAIT, J., «Cleopatra by Name», en Walker, S., Ashton, S. (eds.), *Cleopatra Reassessed*, 2003, pp. 3-7.
- TARN, W. «The Bucheum Stelae: A Note», *JRS* 26, 1936, pp. 187-189.
- TCHERNIA, A., «Italian Wine in Gaul at the End of the Republic», en Garnsey, P., Hopkins, K., & Whittaker, C. (eds.), *Trade in the Ancient Economy*, 1983, pp. 87-104.
- THOMPSON, D., «Cleopatra VII: The Queen in Egypt», en Walker, S., Ashton, S. (eds.), *Cleopatra Reassessed*, 2003, pp. 31-34.
- TYRELL, W., «Labienus' Departure from Caesar in January 49 BC», *Historia* 21, 1972, pp. 424-440.
- ULLMAN, B., «Cleopatra's Pearls», *The Classical Journal* 52. 5, feb. 1957, pp. 193 — 201.
- WALKER, S., «Cleopatra's Images: Reflections of Reality», en Walker, S., Higgs, P. (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth*, 2001, pp. 142-147.
- «CLEOPATRA VLL AT THE LOUVRE», en Walker, S., Ashton, S. (eds.), *Cleopatra Reassessed*, 2003, pp. 71-74.
- WELCH, K., «Caesar and his Officers in the Gallic War Commentaries», en Welch, K., & Powell, A. (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, 1998, pp. 85-110.
- WINNICKI, J., «Cariying off and Bringing Home the Statues of the Gods», *Journal f*

Juristic Papyrology 24, 1994, pp. 149-190.

YAKOBSON, A., «Petitio et Largitio: Popular Participation in the Centuriate Assembly of the Late Republic», JRS 8, 1992, pp. 32-52.



ADRIAN GOLDSWORTHY, doctor en Historia, estudió en el St Johns College de Oxford y ha enseñado en varias universidades. Entre sus libros, publicados a más de una docena de idiomas, cabe destacar *The roman Army at War*, *Roman Warfare*, *Las guerras Púnicas*, *Cannae*, *Grandes generales del ejército romano*, *César*, *La caída del Imperio romano*, *Antonio y Cleopatra* y la novela histórica *Soldados de honor* estos cuatro últimos publicados con gran éxito en La Esfera. Dedicado exclusivamente a la escritura, en la actualidad colabora en documentales televisivos sobre temas romanos y es profesor visitante en la Universidad de Newcastle.

NOTAS

[1] Plutarco, César 15 para las cifras de un millón de muertos y otros tantos cautivos hechos esclavos durante las campañas galas. <<

[2] Cita de P. Green, *Alexander to Actium: The Historical Evolution the Hellenistic Age* (1990), p.664 <<

[3] En los últimos años, se han publicado varias biografías de Cleopatra, entre ellas J. Tyldesley, *Cleopatra: Last Queen of Egypt* (tapa dura 2008, bolsillo 2009), J. Fletcher, *Cleopatra the Great: The Woman Behind the Legend* (tapa dura 2008, bolsillo 2009) y, más breve, S. Ashton, *Cleopatra and Egypt* (2008), que siguió a la del mismo autor *The Last Queens of Egypt* (2003). Entre otras semblanzas recientes están S. Burnstein, *The Reign of Cleopatra* (2004), y E. Rice, *Cleopatra* (1999). También se han publicado dos biografías de la pareja: D. Preston y M. Preston, *Cleopatra and Antony* (2008), que llama la atención por la inversión del orden habitual de los nombres, que resalta a Cleopatra, y P. Southern, *Antony and Cleopatra* (tapa dura 2007, bolsillo 2009), que se basa en las biografías individuales de la pareja escritas anteriormente por el mismo autor. No se ha escrito ninguna biografía de Antonio desde P. Southern, *Mark Antony* (1998), y A. Roberts, *Mark Antony: His Life and Times* (1988), y siempre ha habido muchos más libros dedicados a Cleopatra. Lo mismo se aplica a los documentales televisivos. <<

[4] R. Syme, *The Roman Revolution* (1939, bolsillo 1960) sigue siendo uno de los estudios más importantes sobre esta época. Al autor, que escribió cuando los dictadores fascistas de Alemania e Italia amenazaban con una nueva guerra mundial, Octavio le resultaba antipático, lo que alentó su generosidad en el tratamiento de Antonio: «el soldado franco y caballeroso», Syme (1960), p. 104 <<

[5] Para estudios generales sobre el periodo helenístico, véase EWalbank, *The Hellenistic World* (3a ed., 1992), G. Shipley, *The Greek World after Alexander 323-30 bc* (2000), y Green (1990) <<

[6] Tanto Tyldesley como Fletcher son egiptólogos y, como es lógico, desarrollan estos aspectos con más fuerza y detenimiento que los elementos griegos o romanos; por ejemplo, nótese las alusiones a Hatshepsut, que gobernó como faraona en el siglo xv a. C., en Tyldesley (2009), pp. 45, 121; Fletcher (2008), pp. 43, 82-83, 86, y la especial atención a la iconografía tradicional. Esto por sí solo no es negativo, y es especialmente valioso para los historiadores de la antigüedad clásica que carecen de conocimientos de la historia egipcia más temprana; el peligro es que llegue a dominar la explicación de la época y la cultura de Cleopatra. Ashton tiene más formación en historia clásica, pero decidió subrayar abiertamente los aspectos egipcios de la reina, pensando que se habían relegado, y quiso «considerarla como soberana de Egipto, no como monarca griega»: Ashton (2008), p. 3, cf. p. 1. Su estudio se centra sobre todo en las representaciones de la reina en el arte. <<

[7] P. van Minnen, «An Official Act of Cleopatra (with a Subscription in her Own Hand)», *Ancient Society* 30 (2000), pp. 29-34 <<

[8] Plutarco, véase el excelente comentario aportado por C. Pelling (ed.), *Plutarch: Life of Antony* (1988) <<

[9] El comentario lo hizo W. Tarn, en S. Cook, E Adcock & M. Charlesworth (eds.), *The Cambridge Ancient History*, Vol. X: *The Augustan Empire 44 BC - AD 70* (1934, reimpreso con correcciones en 1952), p. 111. «Pues Roma, que nunca se había rebajado a temer a ninguna nación ni pueblo, en su época [la de Cleopatra] temió a dos seres humanos; uno fue Aníbal, y el otro fue una mujer». <<

[1] Manetho, un sacerdote egipcio, redactó la lista de los faraones en una historia que escribió en griego a petición de Ptolomeo II. Se conserva sólo en fragmentos citados en fuentes muy posteriores, véase D. Mendels, «The Ptolemaic Character of Manetho's Aegyptica», en H. Verdin, G. Schepens & E. De Keyser, *Purposes of History: Proceeding of the International Colloquium, Leuven, 24-26 May 1988* (1990), pp. 91-110. Para la historia egipcia más temprana en general, una buena introducción es I. Shaw (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt* (2000) <<

[2] Sobre el tamaño de la población de Egipto, léase Josefo, BJ 2.385, Diodoro Sículo 1. 31. 6-9, con R. Bagnall & B. Frier, *Die Demography of Roman Egypt* (1994), T. Parkin, *Demography and Roman Society* (1992), W. Scheidel, *Measuring Sex, Age, and Death in the Roman Empire: Explorations in Ancient Demography*, *JRA Supplementary Series* 21 (1996) y D. Rathbone, «Villages, Land and Population in Graeco-Roman Egypt», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 36 (1990), pp. 103-142 <<

[3] Véase E Dunand & C. Zivie-Coche, *Gods and Men in Egypt 3000 bce to 395 ce* (trad. D. Lorton) (2002), esp. pp. 197-199 <<

[4] 4Plutarco, César 11, Suetonio, César7. 1-2,y Dión 37.52.2 <<

[5] P Green, *Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age* (1990), pp. 3-7, y E Walbank, *The Hellenistic World* (3a ed. con revisiones, 1992), pp. 29-45 <<

[6] Sobre debate y fuentes, véase Green, (1990), pp. 3-20 <<

[7] J. Bingen, Hellenistic Egypt: Monarchy, Society, Economy, Culture (2007), p. 24

<<

[8] Sobre la trayectoria de Ptolomeo 1, véase W. Ellis, *Ptolemy o FEgypt* (1994); sobre el idioma, véase W. Clarysee, «Ethnic Diversity and Dialect among the Greeks of Egypt», en A. Verhoogt & S. Vleeming (eds.), *The 7vo Faces of Graeco Roman Egypt: Greek and Demotic and Greek-Demotic Texts and Studies Presented to P. W. Pestman* (1998), pp. 1-13 <<

[9] Para una introducción de lo sucedido en Siwa, véase P. Cartledge, *Alexander the Great: The Hunt for a New Past* (2004), pp. 265-270 <<

[10] Walbank, (1992), pp. 108-110 <<

[11] X. Scheidel, *Death on the Nile: Disease and the Demography of Roman Egypt* (2001), pp. 184-248 <<

[12] R. Bagnall, «Greeks and Egyptians: Ethnicity, Status and Culture», en R. Bianchi (ed.), *Cleopatra's Egypt: Age of the Ptolemies* (1988), pp. 21-25, N. Lewis, *Greeks in Ptolemaic Egypt: Case Studies in the Social History of the Hellenistic World* (1986), pp. 26-35, 69-87 y 124-154; el testamento del soldado véase en W. Clarysse, «Greeks and Egyptians in the Ptolemaic Army and Administration», *Aegyptus* 65 (1985), pp. 57-66, esp. 65 <<

[13] Lewis (1986), pp. 104-123 y Clarysee (1985), pp. 57-66 <<

[1] A. Lampela, Rome and the Ptolemies of Egypt: The Development their Political Relations 273-80 bc (1998), pp. 50-51; E. Gruen, The Hellenistic World and the Coming of Rome, Vol. 2 (1984), pp. 672-719, esp. 673-678, y P. Green, Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age (1990), pp. 146 y 231 <<

[2] Gruen (1984), pp. 674-677 <<

[3] F. Walbank, *The Hellenistic World* (Y edición, 1992), pp. 228-240. Durante un breve tiempo, el pueblo romano se resistió a votar en favor de la guerra tan pronto después de la segunda guerra púnica; esta renuencia se superó rápidamente, véase Tito Livio 31. 5-9 <<

[4] Polibio 1.1.5 (traducción en Loeb de W. Paton (1921)) <<

[5] Sobre el desarrollo del ejército, véase L. Keppie, *The Making of the Roman Army* (1984), pp. 14-63, y en general E Adcock, *The Roman Art of War under the Republic* (1940), P. Brunt, *Italian Manpower 225 bc - ad 14* (1971) y E. Gabba, *The Roman Republic, the Army and the Allies* (trad. P. Cuf) (1976) <<

[6] E. Badian, Publican and Sinners (1972) <<

[7] Sobre el impacto económico del imperialismo, véase K. Hopkins, *Conquerors and Slaves* (1978); sobre el comercio del vino, véase B. Cunliffe, *Greeks, Roman and Barbarians: Spheres of Interaction* (1988), pp. 59-105, esp. p. 74, N. Roymans, *Tribal Societies in Northern Gaul: An Anthropological Perspective*, *Cingula* 12 (1990), pp. 147-167, y A. Tcherna, «Italian Wine in Gaul at the End of the Republic», en P. Garnsey, K. Hopkins & C. Whittaker (eds.), *Trade in the Ancient Economy* (1983), pp. 87-104 <<

[8] Plutarco, Tiberio Graco 9 (Traducción en Penguin de I. Scott-Kilvert (1965)) <<

[9] Catulo 10; Cicerón, Perrinas 1. 40 <<

[10] Véase M. Beard, *The Roman Triumph* (2007) para más información sobre los triunfos, con especial énfasis en concreto en las distintas variedades de ritual. <<

[1] Sobre la tierra ganada por la lanza y la naturaleza de la monarquía helenística, véase P. Green, *Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age* (1990), pp. 5,187,194,198 y 367, y N. Hammond, «The Macedonian Imprint on the Hellenistic World», en P. Green (ed.), *Hellenistic History and Culture* (1993), pp. 12-37 <<

[2] Véase J. Bingen, *Hellenistic Egypt: Monarchy, Society, Economy, Culture* (2007), pp. 15-30, esp. 18-19; sobre las historias de que Filipo era su padre, véase Curcio 9.8.22, Pausanias 1. 6. 2 <<

[3] R. Bianchi, *Cleopatra's Egypt: Age of the Ptolemies* (1988), pp. 29-39, E. Dunand & C. Zivie-Coche, *Gods and Men in Egypt 3000 bce - 395 bce* (trad. D. Lorton) (2002), pp. 197-341, esp. pp. 199-210, N. Lewis, *Greeks in Ptolemaic Egypt: Case Studies in the Social History of the Hellenistic World* (1986), pp. 4-5, y M. Chauveau, *Egypt in the Age of Cleopatra* (trad. D. Lorton) (2000), pp. 37-39, 100-109; sobre la devolución de los objetos tomados a los persas, véase J. Winnicki, «Carrying off and Bringing Home the Statues of the Gods», *Journal of Juristic Papyrology* 24 (1994), pp. 149-190 <<

[4] Diodoro Sículo 20. 100. 3-4, con Green (1990), pp. 32-33 <<

[5] En general, véase A. Erskine, «Culture and Power in Ptolemaic Egypt: The Museum and Library of Alexandria», *Greece & Rome* 42 (1995), pp. 38-48, y G. Shipley, *Die Greek World after Alexander 323-30 bc* (2000), p. 243; sobre la agresiva política de adquisición de libros, véase Galen, *Comm. In Hipp. Epid.* iii, *CMG* 5. 10.2. 1, pp. 78-79 <<

[6] Véase Shipley (2000), p. 139 <<

[7] Sobre Arsínoe en general, véase S. Pomeroy, *Women in Hellenistic Egypt* (1984), pp. 14-20, y Bingen (2007), pp. 30-31 <<

[8] Polibio 5.34. 1-11, 15. 25. 1-33.13 <<

[9] Polibio 5. 107. 1-3, y en general Shipley (2000), pp. 203-205 <<

[10] M. Austin, *The Hellenistic World from Alexander to the Roman Conquest: A Selection of Ancient Sources in Translation* (1981), p. 227 <<

[11] Polibio 15.20. 1-2 <<

[12] Polibio 29. 27. 1-11, Tito Livio 45. 12. 3-8 <<

[13] Green (1990), pp. 442-446 <<

[14] Green (1990), pp. 537-543, Pomeroy (1984), pp. 23-24, y Chauveau (2000), pp. 14-16 <<

[15] Polibio 34. 14. 1-7, Estrabón, Geog. 17. 1. 12 <<

[16] Lewis (1986), pp. 15-20 y 29-30, A. Samuel, *From Athens to Alexandria: Hellenism and Social Goals in Ptolemaic Egypt* (1983), pp. 110-117, y Shipley (2000), pp. 232-234; sobre el Oráculo del Alfarero, véase S. Burnstein, *The Reign of Cleopatra* (2004), pp. 142-143 <<

[17] Véase Green (1990), pp. 158-160 <<

[18] Diodoro 33. 28b. 1-3, Ateneo 6. 273a. <<

[1] Sobre el alumbramiento en este periodo, véase B. Rawson, *Children and Childhood in Roman Italy* (2003), esp. pp. 99-113; sobre una lápida especialmente conmovedora, véase la de «Ertola, de nombre verdadero Vellibia, que vivió muy felizmente cuatro años y sesenta días» de Corbridge, que está decorada con una talla de rasgos infantiles en la que aparece la pequeña jugando con una pelota, RIB 1181. También se dio la tradición de especificar mucho la edad, incluso para adultos, en las lápidas de algunas partes de Italia. <<

[2] Para una visión general del significado de los nombres romanos, véase B. Salway, «What's in a Name? A Survey of Roman Onomastic Practice from 700 BC - AD 700», JRS 84 (1994), pp. 124-145, esp. pp. 124-131 <<

[3] Cicerón, Bruto 138-141 (traducción de Loeb). <<

[4] Valerio Máximo 3. 7. 9, 6. 8. 1, y véase E. Gruen, *Roman Politics and the Criminal Courts, 149-78 bc* (1968), pp. 127-132 <<

[5] Sobre Mitrídates y sus guerras con Roma, véase P. Matyszak, *Mithridates the Great: Rome's Indomitable Enemy* (2008), y A. Mayor, *Die Poison King: The Life and Legend of Mithridates* (2009). <<

[6] Sobre la trayectoria de Mario, véase A. Goldsworthy, *In the Name of Rome* (2003), pp. 113-136, y para más pormenores, R. Evans, *Gaius Marius* (1994); sobre Sila, véase A. Keaveney, *Sulla: The Last Republican* (1982). <<

[7] Apiano, BC 1. 72, Plutarco, Mario 44, Valerio Máximo 8.9.2 <<

[8] Valerio Máximo 9. 2. 2 (traducción en Loeb de D. Shackleton Bailey); cabezas expuestas en los rostra por Mario, véase Tito Livio, Pers. 80 <<

[9] A veces se ha indicado que Antonio nació en el año 87 a. C., pero las pruebas no son convincentes; el año que ahora se acepta universalmente es el 83 a. C. <<

[10] Plutarco, Sila 31; sobre las proscripciones, véase Keaveney (1982), pp. 148-168, Apiano, BC 1.95, y Veleyo Patérculo 2.31.3-4 <<

[11] Plutarco, Sila 38 <<

[12] Plutarco, Antonio 1, con C. Pelling (ed.), Plutarco: Vida de Antonio (1988), pp. 117-120, Salustio, Historias 3.3 <<

[13] P Asconio 259, cf. Plutarco, Lúculo 5-6 <<

[14] Veleyo Patérculo 2. 31. 4 <<

[15] Sobre la carestía de pertrechos para Pompeyo en la guerra con Sertorio, véase Plutarco, Sertorio 21; sobre las guerras contra los piratas, véase Cicerón, 2 Verrinas 2. 2. 8, 3. 213-216, Tito Livio, Pers. 97, Salustio, Historias 3. 4-7, más fá cilmente accesible en Salustio: Las Historias: Volumen 2 (traducción de P. Mc Gushin) (1994), pp. 64-70 y 122-125 <<

[16] Cicerón, Filípicas 2. 44 <<

[1] P. Green, *Alexander to Actium: Die Historical Evolution of the Hellenistic Age* (1990), pp. 480-496, G. Shipley, *The Greek World after Alexander 323-30 bc* (2000), pp. 346-350, E Walbank, *The Hellenistic World* (1992), pp. 189-190 y M. Chauvean, *Egypt in the Age of Cleopatra* (trad. D. Lorton) (2000), pp. 176-177 <<

[2] En general, véase G. Hölbl, *A History of the Ptolemaic Empire* (trad. T. Saavedra) (2001), pp. 204-214, y D. Thompson en *CAI42 IX* (1994), pp. 310-317; sobre la inscripción, véase Hölbl (2001), p. 204, fin. 121 <<

[3] Hölbl (2001), pp. 210-211, CAI2 IX (1994), pp. 316-317 <<

[4] Para un debate exhaustivo, véase C. Bennett, «Cleopatra Tryphaena and the Genealogy of the Later Ptolemies», *Ancient Society* 28 (1997), pp. 39-66, esp. 43-45

<<

[5] Un Ptolomeo al que Cicerón aludió como un niño (peer), De reg. Alex. F9, véase debate en Bennett (1997), pp. 47 y 48-51, que aduce que esto no se refería a Ptolomeo XII. <<

[6] Sila envió a su cuestor, Lucio Licinio Lúculo, véase Plutarco, Lúculo 2.2-3.3 <<

[7] Una visita de un senador en el año 112 a. C. se describe con bastante detalle en Tebtunis Papyrus 1. 33, véase Hölbl (2001), p. 207 <<

[8] Cicerón, Ag: 1. 1, 2.41-42, CAI42 IX (1994), p. 316; Ptolomeo Evérgetes II ya había legado Cirene a Roma en el año 155 a. C., aunque esto no lo menciona ninguna fuente literaria y se sabe por una inscripción, SEG 9. 7 <<

[9] Cicerón, Verrinas 2. 4. 61-68 <<

[10] Hölbl, (2001), pp. 223-225, CAIT IX (1994), pp. 318-319 <<

[11] El «joven carnicero», Valerio Máximo 6.2.8; sobre la trayectoria temprana de Pompeyo en general, véase R. Seager, *Pompey the Great* (2002), pp. 20-39 <<

[12] Véase Plutarco, Craso 2-3, y A. Ward, Marcus Crassus and the Late Roman Republic (1977), pp. 46-57 <<

[13] Sobre la campaña contra los piratas, véase Apiano, Guerras contra Mitrídates 91-93, Plutarco, Pompeyo 26-28, y A. Goldsworthy, In The Name of Rome (2003), pp. 164-169 <<

[14] Goldsworthy (2003), pp. 169-179 <<

[15] Sobre los obsequiosa Pompeyo, véase Josefo, AJ 14. 35, Apiano, Mitrídates 114 y Plinio, NH 33. 136; sobre el intento de anexionarse Egipto, véase Plutarco, Craso 13, Suetonio, César 11 y Dión 37. 9. 3-4; Ward (1977), pp. 128-135, M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 39-41 <<

[16] Cicerón, Agr. 2. 43, Hölbl (2001), pp. 224-225, y para más pormenores sobre el proyecto de ley para el reparto de tierras propuesto por Rulo, véase Gelzer (1968), pp. 42-45, D. Stockton, Cicero: A Political Biography (1971), pp. 84-91, T. Rice Holmes, The Roman Republic and the founder of the Empire, Vol. 1 (1928), pp. 242-249, y Ward (1977), pp. 152-162 <<

[17] Seager (2002), pp. 75-85 <<

[18] Sobre el triunvirato y el consulado, véase A. Goldsworthy, *Caesar: The Life of a Colossus* (2006), pp. 158-181 <<

[19] Suetonio, César 54. 3, con M. Siani-Davies, «Ptolemy XII Auletes and the Romans», *Historia* 46 (1997), pp. 306-340, esp. 315-316 <<

[20] A. Sherwin-White, *Roman Foreign Policy in the East 168 bc to ad 1* (1984), pp. 268-270, que es escéptico sobre que Chipre rindiera a Roma mucho dinero a corto plazo. <<

[21] Sobre las actitudes hacia los romanos y el incidente del gato, véase Diodoro Sículo 1.83. 1-9, 1.44. 1; en general, véase Siani-Davies (1997), pp. 317— 322, y Hölbl (2001), pp. 225-227 <<

[22] CAI42 IX (1994), pp. 319-320 <<

[23] Bennett (1997), pp. 63-64 <<

[24] Bennett (1997), pp. 57-65; sobre visiones alternativas, véase CAI IX (1994), p. 319, que acepta a Cleopatra VI como hermana, y Hölbl (2001), p. 227, y Green (1990), pp. 650, 901, n. 21 en los que la coregente es su madre; cf. Hölbl (2001), p. 223, que asegura que la madre de Cleopatra era una concubina egipcia; M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 3-4, que acepta que su madre fue Cleopatra V Trifena, y J. Bingen, Hellenistic Egypt: Monarchy, Society, Economy, Culture (2007), pp. 52-53, que argumenta que la madre de Cleopatra era una concubina, pero no egipcia. <<

[25] Estrabón, Geog. 17. 1. 11 (traducción de Loeb). <<

[26] Sobre la posible visita de Cleopatra a Italia, véase G. Goudchaux, «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», en S. Walker & P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth* (2001), pp. 128-141, esp. 131-132, respaldado por Grant (1972), pp. 15-16 <<

[1] Plutarco, Antonio 2, 20 <<

[2] Véase S. Dixon, *The Roman Mother* (1988), *passim*, pero esp. pp. 13-70; sobre Cornelia, véase Plutarco, *Tiberio Graco* 1. Algunos han sugerido que era Ptolomeo VI, y no Fiscon, quien le hizo la proposición. <<

[3] Tácito, Diálogos 28. 6 (traducción de Loeb por sir W. Peterson, revisada por M. Winterbottom (19701, p. 307)). <<

[4] Cicerón, Orator 120; sobre el amamantamiento, véase K. Bradley, «Wetnursing at Rome: A Study in Social Relations», en B. Rawson, *The Family in Ancient Rome* (1986), pp. 201-229; sobre la infancia en general, véase B. Rawson, *Children and Childhood in Roman Italy* (2003), esp. pp. 99-113, y sobre el papel de la madre y el de las nodrizas, véase Dixon (1988), pp. 104-167; sobre la educación, véase H. Marrou, *A History of Education in Antiquity* (1956), pp. 229-291, A. Gwynn, *Roman Education* (1926), esp. pp. 1-32; Cicerón, *De Re Publica* 4. 3 <<

[5] Para una introducción al sistema de la clientela, véase R. Saller, *Personal Patronage in the Early Empire* (1982); para los chicos que acompañaban a sus padres en el trabajo, véase Gelio, *NA* 1.23. 4, Plinio, *Epístolas* 8. 14. 4-5, y sobre la importancia de la influencia del padre a partir de la edad de siete años, véase Quintiliano 2. 2.4, y los comentarios de Marrou (1956), pp. 231-233 <<

[6] Rawson (2003), pp. 153-157 <<

[7] Cicerón, Bruto 138-145, 296, Orator 18, 132; negativa de Antonio a escribir sus discursos, Cicerón, pro Cluentio 140 <<

[8] Plutarco, Antonio 2, 4 <<

[9] Sobre las expulsiones del Senado en el año 70 a. C., véase T. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic*, Vol. 2 (1952), pp. 126-127 <<

[10] Sobre la importancia de la fiesta de las Liberalia, véase Ovidio, Fasti 3. 771-788; sobre el sacrificio a Juventas, véase Dionisio de Halicarnaso 4. 15.5; sobre las ceremonias asociadas con el uso de la toga virilis en general, véase Rawson (2003), pp. 142-144 <<

[11] Cicerón, pro Cacho 28-30. Incluso si Cicerón exagera, claramente esperaba que su público simpatizara algo con su opinión. <<

[12] Salustio, Bell. Cat. 12. 1-2 (traducción de Loeb). <<

[13] Cicerón, *Catilinarias* 2.22 (traducción de Loeb por C. Mac Donald (1977)), p. 91); Hércules, véase Plutarco, *Antonio* 4. Sobre los julios como descendientes de Venus, véase Veleyo Patérculo 2. 41. 1, y Suetonio, *César* 6. 1; sobre el estilo de César, véase Suetonio, *César* 45. 3 <<

[14] Plutarco, Antonio 2 <<

[15] Plutarco, Pompeyo 2 <<

[16] P Grimal, *Lave in Ancient Rome* (1986), pp. 112-115 y 226-237, y S. Treggiari, *Roman Marriages* (1991), esp. pp. 105-106, 232-238, 253-261, 264, 270-275 y 299-319 <<

[17] Salustio, Bell. Cat. 25 <<

[18] Suetonio, César 47, 50. 1-52 <<

[19] Cicerón, Filípicas 2. 44 <<

[20] Cicerón, Filípicas 2. 45-46, Plutarco, Antonio 2 <<

[21] Véase Salustio, Bell. Cat. 23. 5-24. 1. Para la trayectoria política de Cicerón y su elección al consulado, véase E. Rawson, Cícero (1975), T. Mitchell, Cicero: The Ascending Year (1979), esp. pp. 93ff., y D. Stockton, Cicero: A Political Biography (1971), esp. pp. 71-81; sobre sus actitudes hacia Antonio, véase Plutarco, Cicerón 11 <<

[22] Sobre Catilina, véase Salustio, Bell. Cat. 15. 1-5, con E. Salmon, «Catiline, Crassus, and Caesar», *American Journal of Philology* 56 (1935), pp. 302-316, esp. 302-306; E. Hardy, *The Catilinarian Conspiracy in its Context: A Restudy of the Evidente* (1924), pp. 12-20; T. Rice Holmes, *The Roman Republic*, Vol. 1 (1928), pp. 234-235 <<

[23] Salustio, Bell. Cat. 14.1-7,16.1-4 <<

[24] Salustio, Bell. Cat. 59. 3 <<

[25] Salustio, Bell. Cat. 31. 4-48. 2, Rice Holmes (1928), pp. 259-272, Stockton (1971), pp. 84-109 <<

[26] Plutarco, Antonio 2; sobre las provincias, véase Cicerón, In Pisoneen 5, cf. Pro Sestio. 8 <<

[27] Salustio, Bell. Cat. 59. 4; véase también E. Gruen, *The Las (Generation of the Roman Republic (1974))*, pp. 287-289 <<

[28] Cicerón, Filípicas 2. 3-4 <<

[29] Cicerón, ad Att. 2.19 <<

[30] Sobre Clodio, véase Plutarco, Antonio 2, Cicerón, Filípicas 2. 48, con W. Jeffrey Tatuen, *The Patrician Tribune: Publius Clodius Pulcher* (1999), esp. pp. 70 y 235-236, A. Lintott, «P. Clodius Pulcher - Felix Catilina», *Greece and Rome* 14 (1967), pp. 157-169, W. Rundell, «Cicero and Clodius: The Question of Credibility», *Historia* 28 (1979), pp. 301-328, y E. Gruen, «P. Clodius: Instrument or Independent Agent?», *Phoenix* 20 (1966), pp. 120-130 <<

[1] Dión 39. 12. 1-3, Estrabón, Geog. 17. 1. 11, con P. Green, *Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age* (1990), pp. 649-650, y M. Grant, *Cleopatra* (1972), pp. 16-19 <<

[2] Plutarco, Catón el Joven 6, 35-36; Salustio, Bell. Jug. 35. 10 para la cita; para el comentario de Cicerón sobre Catón, véase Cicerón, ad Att. 2. 1 <<

[3] Dión 39. 13. 1-14. 4, Cicerón, pro Caelio 23-24, con E. Gruen, The Last Generation of the Roman Republic (1974), pp. 305-309 <<

[4] R. Seager, Ponipey the Great (2002), pp. 111-112, Plutarco, Pompeyo 49, Cicerón, ad Fam. 1. 1-8 <<

[5] Dión 39.57. 1-2, Estrabón, Geog. 17. 1. 11; véase también M. Siani-Davies, «Ptolemy XII Auletes and the Romans», *Historia* 46 (1997), pp. 306-340, esp. 323-327, Green (1990), pp. 650-652, y G. H&ijlbl, *A History of the Ptolemaic Empire* (trad. T. Saavedra) (2001), pp. 225-229 <<

[6] Véase E. Badian, «The Early Career of A. Gabinius (cos. 58 BC)», *Philologus* 103 (1958), pp. 87-99 <<

[7] Plutarco, Antonio 3, con C. Pelling (ed.), Plutarch: Life of Antony (1988), pp. 120-122 <<

[8] Josefo, BJ 1.160-178, AJ 14.27-104, con E. Schürer, G. Vermes & F. Millar, The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ, Vol. 1 (1973), pp. 233-242 y 267-269 <<

[9] Plutarco, Antonio 3, Dión 39.57.2-58.3, Cicerón, Filípicas 2. 48, pro Rabirio Postinno 19-20, con A. Sherwin-White, Roman Foreign Policy in the East 168 bc to ad 1 (1984), pp. 271-279 para más pormenores. <<

[10] Apiano, BC 5. 8 <<

[11] Plutarco, Antonio 4, con Pelling (1988), pp. 123-126; sobre Gabinio, véase Gruen (1974), pp. 322-331 <<

[1] Dión 39. 59. 160. 4, 62. 1-63. 5, R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 123-125, 128-130, E. Gruen, The Last Generation of the Roman Republic (1974), pp. 323-327 <<

[2] Plutarco, Craso 16, Dión 39. 39. 3-8, con T. Rice Holmes, The Roman Republic, Vol. 2 (1923), pp. 147-148 <<

[3] Para un resumen de la campaña, véase T. Wiseman en CALF IX, pp. 402— 403

<<

[4] Cicerón, Filípicas 2.48; Cicerón, ad Quintum Fratrem 3. 1. 15 para la llegada de Gabinio a Roma. <<

[5] César, BG 7. 65; sobre los legados de César, véase Gruen (1974), pp. 114— 118

<<

[6] Plinio, NH 7. 92, Suetonio, César 54, 71, Plutarco, César 17 <<

[7] César alude por vez primera a Antonio como legado en César, BG 7. 31, pero en BG 8. 2 y posteriormente, es cuestor. <<

[8] Sobre los oficiales en la Galia, véase K. Welch, «Caesar and his Officers in the Gallic War Commentaries», en K. Welch & A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments* (1998), pp. 85-110; sobre el agradecimiento público, véase César, BG 4. 38, Dión 39.53. 1-2, y sobre la expedición en general, véase A. Goldsworthy, *Caesar: The Life of a Colossus* (2006), pp. 278-292 <<

[9] Para un relato de estas operaciones, véase Goldsworthy (2006), pp. 293— 314 <<

[10] Cicerón, Filípicas 2. 49 sobre el apoyo de César a su candidatura. <<

[11] Cicerón, Filípicas 2. 21, 49 <<

[12] Sobre la muerte de Clodio, véase Wiseman en CAH IX, pp. 405-408, Rice Holmes (1923), pp. 164-167 <<

[13] Seager (2002), pp. 133-139 <<

[14] Sobre las elecciones, véase L. Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar* (1949), esp. pp. 50-75, y *Roman Voting Assemblies: From the Hannibalic War to the Dictatorship of Caesar* (1966), esp. pp. 78-106, A. Lintott, «Electoral Bribery in the Roman Republic», *JRS* 80 (1990), pp. 1-16, E Millar, *The Crowd in the Late Roman Republic* (1998), H. Mouritsen, *Plebs and Politics in the Late Roman Republic* (2001), esp. pp. 63-89, y A. Yakobson, «Petitio et Largitio: Popular Participation in the Centuriate Assembly of the Late Republic», *JRS* 8 (1992), pp. 32-52 <<

[15] Cicerón, Filípicas 2. 50, ad Att. 6. 6.4, 7. 8. 5, ad Fam. 2. 15. 4; para un relato de la rebelión de los años 53-52 a. C., véase Goldsworthy (2006), pp. 315-342; sobre los favores mostrados a Vercingétorix por César, véase Dión 40.41. 1, 3 <<

[16] Antonio no dejó Roma hasta después del juicio de Milón, véase Asconio 41 C; sobre Lucio César como legado en la Galia Transalpina, véase César, BG 7.65 <<

[17] César, BG 7. 81 <<

[18] César, BG 8. 2; para un relato de estas operaciones, véase Goldsworthy (2006), pp. 343-353 <<

[19] César, BG 8. 24, 38 <<

[20] César, BG 8. 46-48; cf. 8. 23 para el intento de asesinato contra él. <<

[1] César, BC 1.4 <<

[2] César, BC 3. 110, Valerio Máximo 4. 1. 15, Cicerón, pro Rabirio Póstumo 34 <<

[3] Cicerón, pro Rabino Póstumo 20, 34; Plutarco, Pompeyo 78. Sobre los italianos y romanos que servían en los ejércitos de reyes clientes, los ejemplos incluyen a Rufo y a Grato mandando partes del ejército de Herodes el Grande en el año 4 a. C., véase Josefo, BJ 2. 52, 58, 63, con E. Schürer, G. Vermes & E Millar, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, Vol. 1 (1973), pp. 362-364 <<

[4] César, BC 3. 110; sobre la paga de los legionarios, véase Suetonio, César 26, con diferentes opiniones en G. Watson, *The Roman Soldier* (1969), pp. 89-91; véase también M. Siani-Davies, «Ptolemy XII Auletes and the Romans», *Historia* 46 (1997), pp. 306-340, esp. 338-339 <<

[5] Cicerón, pro Rabirio Póstumo 4-7, 19-29 <<

[6] Cicerón, pro Rabirio Póstumo 38-42; sobre la burocracia real en general, véase I. Rathbone, «Ptolemaic to Roman Egypt: The Death of the Dirigiste State?», en E. Lo Cascio & D. Rathbone (eds.), *Production and Public Powers in Classical Antiquity* (2000), pp. 44-54, M. Chauveau, *Egypt in the Age of Cleopatra* (trad. D. Lorton) (2000), pp. 72-95, y J. Bingen, *Hellenistic Egypt: Monarchy, Society, Economy, Culture* (2007), pp. 157-205 <<

[7] P. Green, *Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age* (1990), pp. 156-158, J. Tyldesley, *Cleopatra: Last Queen of Egypt* (2009), p. 81; sobre el faro de la isla de Faros, véase P. Fraser, *Ptolemaic Alexandria. Vol. 1* (1972), pp. 17-20 <<

[8] Estrabón, Geog. 17. 1. 9-10, Chauveau (2000), pp. 61-62 <<

[9] Estrabón, Geog. 17. 1. 8, J. Ray, «Alexandria», en S. Walker & P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth* (2001), pp. 32-37, y G. Grimm, «Alexandria in the Time of Cleopatra», en S. Walker & S. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed* (2003), pp. 45-49; sobre el Museo y la cultura griega, véase también H. Maehler, «Alexandria, the Mouseion, and Cultural Identity», en A. Hirst & M. Silk (eds.), *Alexandria, Real and Imagined* (2004), pp. 1-14 <<

[10] Green (1990), pp. 317-318 <<

[11] Sobre Alejandría en general, véase Fraser (1972), passim, A. Bernard, *Alexandrie la Grande* (1998), y *Alexandrie des Ptolémées* (1995), G. Grimm, *Alexandria: Die erste KINGSstadt der hellenistischen Welt* (1998), N. Finneran, *Alexandria: A City and Myth* (2005), pp. 9-88, J-Y Empereur, *Alexandria Rediscovered* (1998), E. Goddio, *L'Égypte Engloutie: Alexandrie* (2002), E. Goddio, con A. Bernard, E. Bernard, I. Darwish, Z. Kiss & J. Yoyotte, *Alexandria: The Submerged Royal Quarters* (1998), y Chauveau (2000), pp. 100-134 <<

[12] En general, véase D. Thompson, *Memphis under the Ptolemies* (1988), esp. pp. 3-31, G. Hölbl, *A History of the Ptolemaic Empire* (trad. T. Saavedra) (2001), pp. 271-293 <<

[13] M. Grant, *Cleopatra* (1972), p. 20, citando CIG 4926, Hölbl (2001), pp. 222-223, Green (1990), pp. 649-650 <<

[14] César, BC 3. 108 <<

[15] Hçjlbl (2001), p. 230, y Bingen (2007), p. 66; la expresión aparece en la inscripción OGIS 2.741 con fecha de 31 de mayo del año 52 a. C. <<

[16] Bingen (2007), pp. 67-68 <<

[17] Bingen (2007), pp. 66-67 <<

[18] Sobre su aspecto físico, véase Grant (1972), pp. 65-67, E. Rice, Cleopatra (1999), pp. 95-102, Walker y Higgs (2001), esp. S. Walker, «Cleopatra's Images: Reflections of Reality», pp. 142-147, y G. Goudchaux, «Was Cleopatra Beautiful? The Conflicting Answers of Numismatics», pp. 210-214, y también en Walker y Ashton (2003), esp. S. Walker, «Cleopatra VII at the Louvre», pp. 71-74, y E. Johansen, «Portraits of Cleopatra - Do They Exist?», pp. 75-77 <<

[19] Dión 42. 34. 3-5 (traducción en Loeb de E. Cary (19161, p. 169); Plutarco, Antonio 27 (traducción de Oxford por R. Waterfield). <<

[20] Lucano, Farsalia 10. 127-143; «Candida Sidonio perlucent pectora filo, quod Nilotis acus impressum pectine serum, solvit et extenso laxavit stamina velo», 10. 140-142 <<

[21] Se trata de Cleopatra: Portrait of a Killer (Lion TV) emitido por la BBC en el Reino Unido, y un episodio sobre Cleopatra de la serie Egypt Unwrapped (Atlantic TV) emitida por el Channel 5 del Reino Unido. <<

[22] Véase J. Fletcher, Cleopatra the Great: The Woman Behind the Legend (2008), p. 87, y Walker & Higgs (2001), pp. 314-315, n. 325 <<

[1] César, BG 8. 50 <<

[2] Cicerón, De Divinatione [Sobre la adivinación] 1. 30-33,2. 70-83 <<

[3] E. Gruen, *The Last Generation of the Roman Republic* (1974), pp. 484-485 sobre estas elecciones; en general, véase A. Lintott, *The Constitution of the Roman Republic* (1999), pp. 182-190 <<

[4] Véase Lintott (1999), pp. 121-128 <<

[5] Broughton, MRR 2, pp. 258-259; César, BG 8.50 <<

[6] Sobre los temores que rodearon el regreso de Pompeyo en el año 62 a. C., véase R. Seager, *Pompey the Great* (2002), pp. 74-79; sobre la historia más amplia de los años que llevaron a la guerra civil en el 49 a. C., véase M. Gelzer, *Caesar* (trad. P. Needham) (1968), pp. 169-194, C. Meier, *Caesar* (trad. D. Mc Lintock) (1996), pp. 330-348, y A. Goldsworthy, *Caesar: The Life of a Colossus* (2006), pp. 358-379 para narraciones más completas con referencias. <<

[7] Sobre las virtudes de Cornelia, véase Plutarco, Pompeyo 55 <<

[8] Suetonio, César 30. 3 <<

[9] Sobre Craso y la reticencia general a encausarlo, véanse opiniones en A. Ward, *Marcus Crassus and the Late Roman Republic* (1977), p. 78, cf. Plutarco, Craso 7 <<

[10] Celio cita a Cicerón, ad Fam. 8. 8. 9 <<

[11] Suetonio, César 29. 1, Plutarco, César 29, Pompeyo 58, Dión 40. 60. 2-3, Apiano, BC 2. 26, Valerio Máximo 9. 1. 6, Veleyo Patérculo 2.48.4; sobre teatros giratorios, véase Plinio, NH 36. 177; sobre la creencia de Celio en la oposición a César orquestada por Curión, véase Cicerón, ad Fam. 8. 8. 10, matizado en 8.10.4 <<

[12] Cita de Cicerón, ad Fam. 8. 11. 3; sobre el debate anterior, véase Veleyo 2.48.2-3, Plutarco, Pompeyo 57, César 30, Catón el Joven 51, y Dión 40. 62. 3; para diversas opiniones, véase Seager (2002), p. 144, y Gelzer (1968), pp. 178-181 <<

[13] Cicerón, ad Fam. 8. 11. 1 <<

[14] Apiano, BC 2.28, con una versión ligeramente distinta en Plutarco, Pompeyo 58, cf. Dión 60. 64. 1-4 <<

[15] César, BC 1. 1-4 <<

[16] Cicerón, ad Fam. 16. 11.2, ad Att. 8. 11 d. <<

[17] Sobre el aspecto de Antonio y su estilo de oratoria, véase Plutarco, Antonio 2, 4; sobre los comentarios de Pompeyo y la reacción de Cicerón, véase Cicerón, ad Att. 7. 8, donde se refiere específicamente a Antonio como cuestor y no como tribuno, y también ad Fam. 16. 11. 3; sobre Antonio vomitando sus palabras, véase Cicerón, ad Fam. 12. 2 <<

[18] César, BC 1. 5, Dión 41.1. 1-3.4, Apiano, BC 2.32-33 <<

[19] Para opiniones más detalladas sobre el cruce del Rubicón, véase Goldsworthy (2006), pp. 377-379, y para las fuentes antiguas, véase Suetonio, César 31-32, Plutarco, César 32, y Apiano, BC 2.35; Suetonio, César 30.4 para la cita. <<

[20] César, BC 1. 8, Apiano, BC 2.33 <<

[21] Cicerón, Filípicas 2. 22, cf. Plutarco, Antonio 6, con C. Pelling (ed.), Plutarch: Life of Antony (1988), pp. 130-131 <<

[22] César, BC 1. 11; para un relato más detallado de la campaña italiana, véase Goldsworthy (2006), pp. <<

[23] Cicerón, ad Att. 9. 7C. <<

[24] César, BC 1. 8 <<

[25] Cita de Cicerón, ad Att. 9. 10. 2 <<

[26] César, BC 1. 32-33, Dión 41. 15. 1-16. 4 sobre la reunión del Senado; César, BC 1.32-33, Dión 41.17. 1-3, Apiano, BC 2. 41, Plutarco, César 35, Plinio, NH 33. 56 y Orosio 6. 15. 5 para la confrontación con el tribuno; para un relato más detallado, véase Goldsworthy (2006), pp. 391-397 <<

[27] Cicerón, ad Att. 10. 4 <<

[28] Cicerón, ad Att. 10. 8A, Filípicas 2. 56-58, y Broughton MRR 2, p. 260 para las referencias completas. <<

[1] M. Grant, Cleopatra, (1972), p. 54, y G. Hölbl, A History of the Ptolemaic Empire (trad. T. Saavedra) (2001), pp. 231-232 <<

[2] J. Bingen, *Hellenistic Egypt: Monarchy, Society, Economy, Culture* (2007), pp. 66-68, y J. Tyldesley, *Cleopatra: Last Queen of Egypt* (2009), pp. 39-46 <<

[3] Véase WTarn, «The Bucheum Stelae: A Note», JRS 26 (1936), pp. 187-189 para la cita y la creencia de que Cleopatra estuvo presente; Tyldesley (2009), pp. 41-42, expresa ciertas dudas sobre la participación real de Cleopatra, mientras que Grant (1972), pp. 46-47, y J. Fletcher, Cleopatra the Great: The woman Behind the Legend (2008), pp. 88-91, aceptan su participación real en las ceremonias. <<

[4] Véase G. Goudchaux, «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», en S. Walker & P. Higgs, *Cleopatra of Egypt: From History to Myth* (2001), pp. 132-133 <<

[5] «Era sin duda la reina de Egipto», cita de D. Thompson en CAI IX, p. 321, que también acepta la presencia de Cleopatra en la entronización del toro de Buchis. <<

[6] Cicerón, Pro Rabino Póstumo 8. 20 <<

[7] Suetonio, Julio César 20. 2; véanse más opiniones sobre esto en A. Goldsworthy, Caesar. Die Life of a Colossus (2006), pp. 164-175 <<

[8] Valerio Máximo 4. 1. 15 (traducción en Loeb de D. Shackleton Bailey), y cf. César, BC 3. 110. El control central del ejército romano en este periodo fue a menudo débil; cuando Cicerón tomó posesión de su cargo en Cilicia, descubrió que faltaban tres cohortes de sus dos legiones, y pasó cierto tiempo hasta que fueron localizadas y volvieron a estar bajo control, véase Cicerón, ad Fam. 3. 6. 5 <<

[9] Traducción de Select Papyri: volume II Oficial documents (traducción en Loeb de A. Hunt & C. Edgar, 1974), pp. 57-58 <<

[10] Bingen (2007), pp. 69-70, Grant (1972), pp. 49-51, Hölbl (2001), p. 231, y D. Thompson, «Cleopatra VII: The Queen in Egypt», en S. Walker & S. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed* (2003), pp. 31-34, esp. 32 <<

[11] César, BC 3. 4-5; al parecer, las naves egipcias permanecieron bajo el mando de Cneo Pompeyo, César, BC 3.40 <<

[12] Plutarco, Antonio 25, y Lucano, Farsalia 5. 58-64, con Grant (1972), pp. 51-52 y H&Sbl (2001), p. 232 <<

[13] Malalas 9.279, Estrabón, Geog. 17. 1. 11, Apiano, BC 2.84 <<

[14] Véase Walker & Higgs (2001), p. 234 <<

[15] César, BC 3. 110 <<

[16] César, BC 3. 103-104, Plutarco, Pompeyo 77, Apiano, BC 84 <<

[1] Plutarco, Pompeyo 63-4 <<

[2] Sobre la campaña en Sicilia y África, Plutarco, Catón el Joven 53. 1-3, César, BC 2. 23-44 <<

[3] Sobre el «populacho» de seguidores de César, véase Cicerón, ad Att. 9. 18; para leer la acusación de Cicerón de que Antonio no hizo nada por ayudar a que Cayo Antonio volviera del exilio, véase Cicerón, Filípicas 2. 56 <<

[4] Sobre las lealtades de los cónsules, véase R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 61-62; Suetonio, César 72, sobre las recompensas incluso a bandidos si le eran leales. <<

[5] Cicerón, Filípicas 2. 58 <<

[6] Cicerón, ad Att. 10. 10; véase también Plutarco, Antonio 6 <<

[7] Plutarco, Antonio 6, 9 <<

[8] Plutarco, Antonio 9; en general, véase Cicerón, ad Fam. 9.26, ad Att. 10. 10, Serv. en E10 De vir. III. 82. 2. La aversión de Cicerón sólo se hizo pública en las Filípicas 2. 58, 69, 77; en general, véase P. Grimal, *Love in Ancient Rome* (1986), pp. 222-237

<<

[9] Cicerón, ad Att. 10. 13, Plutarco, Antonio 9, y Plinio, VH 8. 55 <<

[10] Sobre la actitud de Cicerón en estos meses, véase D. Stockton, *Cícero: A Political Biography* (1971), pp. 251-265, y T. Mitchell, *Cicero: The Senior Statesman* (1991), pp. 232-261 <<

[11] Cicerón, ad Att. 10. 10 sobre escribir con frecuencia a Antonio; la cita es de ad Att. 10. 8a. <<

[12] Cicerón, ad Att. 10. 10 <<

[13] Sobre el motín, véase Apiano, BC 2. 47, Dión 41.26. 1-35.5, y Suetonio, César 69

<<

[14] Véase Cicerón, ad Att. 9.9.3; sobre Servilio, véase CAH IX—, p. 431, Dión 41. 36. 1-38. 3, César, BC 3. 1-2, Plutarco, César 37, Apiano, BC 2. 48, con M. Gelzer, Caesar (trad. P. Needhani) (1968), pp. 220-223 <<

[15] César, BC 3. 2-8, Dión 41. 39. 1-40. 2, 44. 1-4, Apiano, BC 2. 49-54, Plutarco, César 37 <<

[16] César, BC 3. 8, 14-18 <<

[17] Apiano, BC 2.50-59, Plutarco, César 65, Antonio 7, Dión 41.46. 1-4; César, BC 3. 25 admite la creencia de que sus oficiales fueron lentos y no aprovecharon todas las oportunidades. <<

[18] César, BC 3.24 <<

[19] César, BC 3. 39-44, Dión 41. 47. 1-50. 4, Apiano, BC 2. 58-60; sobre «veteranos de valor excepcional», véase César, BG 8. 8 <<

[20] César, BC 3. 45-46 <<

[21] César, BC 3. 45-53, Plutarco, César 39, Apiano, BC 2. 60-61, Suetonio, César 68.
3-4 <<

[22] César, BC 3. 61-70, Plutarco, César 39, Apiano, BC 2. 62 <<

[23] César, BC 3. 71-75, Apiano, BC 2. 63-64, Dión 41.51. 1 <<

[24] César, BC 3. 77-81, Plutarco, César 41, Apiano, BC 2. 63, Dión 41. 51. 4-5 <<

[25] César, BC 3. 72, 82-83, Cicerón, ad Fam. 7. 3. 2; Plutarco, Catón el Joven 55, Pompeyo 40-41, Apiano, BC 2. 65-67, Dión 41. 52. 1; en general, sobre la estrategia de Pompeyo y su actitud, véase R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 157-163 y 166-167 <<

[26] César, BC 3. 86-99, Apiano, BC 2. 78-82, Plutarco, César 42-47, y también Dión 41. 58. 1-63. 6; sobre el papel de Antonio, véase Plutarco, Antonio 8, Cicerón, Filípicas 2. 71 <<

[27] César, BC 3. 94, 102-103, Plutarco, Pompeyo 76 <<

[1] César, BC 3. 103-104, Plutarco, Pompeyo 77-80, Apiano, BC 2. 84-86, Dión 42. 3. 1-4. 5, y R. Seager, Pompey the Great (2002), p. 168 <<

[2] Plutarco, Pompeyo 80, César 48, Dión 42. 8. 1-3; para una visión mucho más cínica, véase Lucano, Farsalia 9. 1010-1108 <<

[3] César, BC 3. 106, Guerra de Alejandría 69, Dión 42. 7. 1-8. 3; escolta de caballería de César, BC 1.41 <<

[4] César, BC 3. 110, con M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 61-63, P Green, Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age (1990), pp. 664— 665, y G. Hólbl, A History of the Ptolemaic Empire (trad. T. Saavedra) (2001), p. 233 <<

[5] Cita de César, BC 3. 107; sobre el dinero, véase Plutarco, César 48 <<

[6] Plutarco, César 48, Dión 42.34. 1-2 <<

[7] Plutarco, César 48, Dión 42.34.3 <<

[8] Plutarco, César 49, Dión 42. 34. 4-35. 1, y sobre la afirmación de que Cleopatra sobornó a los guardias de Ptolomeo, véase Lucano, Farsalia 10. 5-8; para leer algunas de las opiniones modernas, véase Grant (1972), pp. 63-64, J. Tyldesley, Cleopatra: Last Queen of Egypt (2009), pp. 53-58, E. Rice, Cleopatra (1999), pp. 33-35, J. Fletcher, Cleopatra the Great: The Man Behind the Legend (2008), pp. 100-112, y E. Gruen, «Cleopatra in Rome: Facts and Fantasies», en D. Braund & C. Gill (eds.), Myths, History and Culture in Republican Rome: Studies in Honour of T. P. Wiseman (2003), pp. 257-274, esp. 264-266 <<

[9] Citas de Dión 52. 34. 3 & 5 (traducción en Loeb de E. Cary). <<

[10] Sobre las conquistas amorosas de César, véase A. Goldsworthy, *Caesar: The life of a Colossus* (2006), pp. 84-89 <<

[11] Sobre las entradas de César, véase Suetonio, César 45. 2 <<

[12] César, BC 3. 108, Plutarco, César 49, Dión 42. 35. 1-6 <<

[13] Sobre el maltrato a la ciudad de Salamina en Chipre por los hombres de negocios romanos que representaban a Bruto, véase T. Mitchell, *Cicero: Pie Senior Statesman* (1991), pp. 223-224, con referencias a las cartas relevantes de Cicerón. <<

[14] César, BC 3. 109, Dión 42.37. 1-3 <<

[15] César, BC 3. 111-112, Guerra de Alejandría 1-3, Dión 42. 12. 1-4, 38. 1-4 <<

[16] Plutarco, César 49, Dión 42. 39.2, Apiano, BC 2. 90 <<

[17] César, Guerra de Alejandría 4, Dión 42.39. 1 <<

[18] César, Guerra de Alejandría 13 <<

[19] César, Guerra de Alejandría 5-22, Plutarco, César 49, Dión 42. 40. 1-6, Suetonio, César 64, Apiano, BC 2. 90 <<

[20] César, Guerra de Alejandría 24 <<

[21] César, Guerra de Alejandría 26-32, Dión 42. 41. 1-43. 4, Josefo, AJ 14. 8. 12, BJ 1. 187-192 <<

[22] César, Guerra de Alejandría 33, Dión 42. 35. 4-6, 44. 1-45. 1, Suetonio, César 52. 1, Apiano, BC 90; sobre la perplejidad de los estudiosos con este cruce, véase Grant (1972), pp. 79-82, Tyldesley (2009), pp. 98-100, Fletcher (2008), pp. 125-153, M. Gelzer, Caesar (trad. P. Needhani) (1968), pp. 255-259, y también C. Meier, Caesar (1995), pp. 408-410 y 412 <<

[1] Di3n 42.17.1-20.5 <<

[2] Dión 42. 21. 1-2 con Broughton, MRR 2, p. 272; Cicerón, Filípicas 2. 25 afirma que César no sabía del nombramiento de Antonio, pero esto parece improbable. <<

[3] Cicerón, Filípicas 2. 61-63, Plutarco, Antonio 9; para De sita ebrietate, véase Plinio, NH 14. 148 <<

[4] Dión 42. 27. 3-28. 4 <<

[5] Véase D. Stockton, *Cicero: A Political Biography* (1971), pp. 263-268, y T. Mitchell, *Cicero: The Senior Statesman* (1991), pp. 262-266 con referencias. <<

[6] Di3n 42. 27. 3 <<

[7] César, BC 3.20-22, Dión 42. 22. 1-25. 3; la última carta de Celio a Cicerón está en Cicerón, ad Fam. 8. 17 <<

[8] Di6n 42. 29. 1-4, Plutarco, Antonio 9, con C. Pelling (ed.), Plutardi: Life of Antony (1988), pp. 136-140, Apiano, BC 2.92 <<

[9] Dión 42. 50.1-55. 3, Apiano BC 2. 92-94, Plutarco, César 51, Suetonio, César 70, Frontino, Strategemata 1. 9. 4 <<

[10] R. Weigel, *Lepidus: The Tarnished Triumvir* (1992), pp. 30-34 <<

[11] Dión 48.38.2-3 <<

[12] Cicerón, Filípicas 2. 64-69, 72-74, 78, Plutarco, Antonio 10, Dión 45. 28. 1-4 <<

[13] Suetonio, César 50. 2 <<

[14] Plutarco, Antonio 10, Cicerón, Filípicas 2. 69, 99 <<

[15] Plutarco, Antonio 10, afirma que hubo una ruptura entre César y Antonio. M. Gelzer, Caesar (trad. P. Needham) (1968), pp. 261-262, se inclina por considerar que fue grave. R. Syme, The Roman Revolution (1960), p. 104, lo pone en duda. <<

[16] Plutarco, Antonio 10-11, Cicerón, Filípicas 2. 75-78 <<

[1] Cicerón, ad Att. 14. 20. 2 <<

[2] Tácito, Historias 4. 55, Di3n 66. 3. 1, 16. 1 <<

[3] Suetonio, César 52. 2, Plutarco, César 49; sin embargo, véase también Plutarco, Antonio 52, que sugiere que el chico no nació hasta después de la muerte de César; para distintas opiniones, véase M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 83-85 <<

[4] Suetonio, César 52. 1, y para distintas opiniones, véase E. Gruen, «Cleopatra in Rome: Fact and Fantasies», en D. Braund & C. Gill (eds.), *Myths, History and Culture in Republican Rome: Studies in Honour of T. P. Wisenian* (2003), pp. 257—274, esp. 258-260 y 267-270 <<

[5] Dión 53. 19. 1-20. 4, Apiano, BC 2.101, y Grant (1972), pp. 85-86, 260, n. 13, incluida la fuente mucho más tardía según la cual Ganíniedes era uno de los cautivos.

<<

[6] Suetonio, César 52. 1 <<

[7] Suetonio, César 76. 3 <<

[8] Suetonio, César 52. 1 <<

[9] Suetonio, César 44. 1-2, Plinio, NI-I 18. 211, Plutarco, César 59, Macrobio, Saturnalia 1. 14.2-3, T. Rice Holmes, The Roman Republic, Vol. 3 (1923), pp. 285—287, M. Gelzer, Caesar (1968), p. 289, y Z. Yazetz, Julius Caesar and his Public Imago (1983), pp. 111-114 <<

[10] Dión 43.42.3,44.1-3 <<

[11] Dión 43. 14. 7, 44. 1-46. 4, Cicerón, ad Att. 12.47.3, 45. 3, ad Fam. 6.8. 1, 6.18. 1, Suetonio, César 41.2, 76. 1; véase también R. Carson, «Caesar and the Monarchy», *Greece and Rome* 4 (1957), pp. 46-53, E. Rawson, «Caesar's Heritage: Hellenistic Kings and their Roman Equals», *JRS* 65 (1975), pp. 148-159, y S. Weinstock, *Divus Iulius* (1971), esp. pp. 200-206 <<

[12] Dión 43. 50. 3-4, Suetonio, César 42. 1, 81, Tiberio 4. 1, Plutarco, César 57-58, Estrabón, Geog. 8.6.23,17.3. 15, Apiano, Historia Púnica 136, Cicerón, ad Fam. 9. 17.2, 13.4, 13.5, 5,13. también Yazetz (1983), pp. 137-149, E. Rawson, CAI— IX, pp. 445-480, y Rice Holmes (1923), pp. 320-324. Sobre Cicerón recibiendo de los pueblos de las provincias un agradecimiento que no merecía, véase Cicerón, ad Fam. 9. 15. 4 <<

[13] Suetonio, César 77, 79.2, Dión 44. 10. 1, Apiano, BC 2. 108 <<

[14] Dión 44. 11. 1-3, Apiano, BC 2. 109, Plutarco, César 61, Antonio 12, Cicerón, Filípicas 2. 84-87, De Divinatione 1. 52, 119, Suetonio, César 79. 2; véase también Weinstock (1971), pp. 318-341 <<

[15] Dión 43. 51. 1-2, 44. 1. 1, Apiano, BC 2. 110, 3. 77, Plutarco, César 58, Veleyo Patérculo 2. 59. 4, Suetonio, César 44. 3 <<

[16] Cicerón, Filípicas 2. 79-82, Plutarco, Antonio 11 <<

[17] Cicerón, ad Att. 13.40. 1 <<

[18] Suetonio, César 77 <<

[19] Véase R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 56-59; el comentario de César está en Cicerón, ad Att. 14. 1. 2; sobre el episodio de Salamina, véase por ejemplo, ad Att. 6.2 <<

[20] Dión 43. 10.1-13. 4, Apiano, BC 2. 98-99, Plutarco, Catón el Joven 56. 4, 59.1-73.1 <<

[21] Cicerón, ad Att. 12. 21. 1, 13. 40. 1, 46, 51. 1, Orator 10, 35, Plutarco, Catón el Joven 11. 1-4, 25. 1-5, 73. 4, Cicerón 39.2, César 3.2, Suetonio, César 56.5, con Gelzer (1968), pp. 301-304, Rice Holmes (1923), p. 311, y D. Stockton, Cicero: A Political Biography (1971), p. 138 <<

[22] Syme (1960), p. 69; sobre Casio, véase Cicerón, ad Att. 5.21 <<

[23] Dión 44. 14. 3-4, Plutarco, Bruto 18; Apiano, BC 3. 98; sobre Trebonio y Antonio, véase Plutarco, Antonio 13 <<

[24] Para leer sobre distintas opiniones, véase A. Goldsworthy, *Caesar: The Life of a Colossus* (2006), pp. 500-510 <<

[25] Suetonio, César 52. 3, 83. 2 <<

[26] Apiano, BC 2. 102, Dión 51. 22.3, con Gruen (2003), pp. 259 y 270-272 <<

[27] Cicerón, ad Att. 15.15.2 <<

[28] Plutarco, César 66, Bruto 17, Antonio 13, Dión 44. 19. 1-5, Apiano, BC 2. 117, Suetonio, César 82. 1-3 <<

[1] Apiano, BC 2. 118, Plutarco, Antonio 14-15, Di3n 44.20. 1-22.3 <<

[2] J. Osgood, Caesar's Legacy: Civil War and die Emergente ofthe Roman Empire (2006), p. 29 <<

[3] Cicerón, Filípicas 2. 28; R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 97-103 <<

[4] Apiano, BC 2.120-123 <<

[5] Apiano, BC 2. 123-136, Dión 44. 22. 3-34. 7; Osgood (2006), pp. 12-14, Syme (1960), pp. 102-103 y 107, D. Stockton, Cicero: A Political Biography (1971), pp. 280-282, T. Mitchell, Cicero: The Senior Statesman (1991), pp. 289-291, y E. Rawson en CAFI2 IX, pp. 468-470 <<

[6] Sobre la legión de Lépido, véase Apiano, BC 2. 118, 126, con P Brunt, *Italian Manpower 225 bc - ad 14* (1971), p. 477 <<

[7] Cónsul y de la familia de los Antonios, véase Cicerón, Filípicas 2. 70; sobre Antonio, véase Syme (1960), pp. 105-106 <<

[8] Plutarco, Antonio 14, Bruto 20, Dión 44. 35. 1-52. 3, Apiano, BC 2. 137-148, Suetonio, César 84.2, con Osgood (2006), pp. 12-13,y Syme (1960), pp. 98-99 <<

[9] Rawson en CAI-F IX, p. 470, Osgood (2006), pp. 14-16 y 30 <<

[10] Apiano, BC 3. 2-3, 36, Cicerón, ad Att. 14. 15. Syme (1960), pp. 99 <<

[11] Apiano, BC 3. 2-8, Dión 44.53. 1-7, 45, con Syme (1960), pp. 109-111 y 115-116, Rawson en CAIT IX, pp. 470-471, y Osgood (2006), p. 30 <<

[12] Cicerón, Filípicas 2. 92-100, ad Att. 14. 12 <<

[13] Cicerón, ad Att. 14. 13,13a y 13b. <<

[14] Cicerón, Filípicas 1. 20 <<

[15] Dión 44.53.6-7, con Syme (1960), p. 109, Mitchell (1991), pp. 292-293, y Osgood (2006), pp. 35 y 40 <<

[16] Cicerón, ad Att. 14. 8, 20, con M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 95-96, J. Tyldesley, Cleopatra: Last Queen of Egypt (2009), p. 108, y J. Fletcher, Cleopatra the Great: The Woman Behind the Legend (2008), pp. 213-214 <<

[17] Suetonio, César 83. 1-2, Augusto 8. 1-2, Apiano, BC 2. 143, Plinio, H 35. 21, Dión 45.1.1-6.3, con Syme (1960), pp. 112-115 <<

[18] Suetonio, César 83, Cicerón, ad Att. 14. 11 y 12, con Osgood (2006), pp. 31-32; para la cita, Cicerón, Filípicas 13. 24 <<

[19] Syme (1960), pp. 115-122 <<

[20] Plutarco, Bruto 21, Suetonio, César 88, y Augusto 10, Plinio, NH 2. 93-94, Dión 45. 6. 4-8.4, con Osgood (2006), pp. 21-22 y 40-41 <<

[21] Syme (1960), pp. 115-116, y Brunt (1971), pp. 477-483 <<

[22] Stockton (1971), pp. 286-287 y 319-320, y Osgood (2006), pp. 32-33 <<

[1] R. Syme, *Die Roman Revolution* (1960), pp. 123-124, D. Stockton, *Cicero: A Political Biography* (1971), pp. 292-294, T. Mitchell, *Cicero: The Senior Statesman* (1991), pp. 295-306, y J. Osgood, *Caesars Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 41-42 <<

[2] Cicerón, ad Fam. 12. 3 (SB 345). <<

[3] Apiano, BC 3.31, 40-45, Dión 45.12.1-13.5, Cicerón, Filípicas 3.4,6,38— 39, 4. 5-6, con Osgood (2006), pp. 47-50; sobre la Legión Martia y la posible lápida de uno de sus centuriones, véase L. Keppie, «A Centurion of Legio Martia at Padova?», *Journal of Roman Military Equipment Studies* 2 (1991), pp. 115-121. L. Keppie, *Legions and Veterans: Roman Army Papers 1971-2000* (2000), pp. 68-74 <<

[4] Sobre el levantamiento de las legiones, véase P. Brunt, *Italian Manpower 225 bc - ad 14* (1971), p. 481 <<

[5] Apiano, BC 3.46, Dión 45. 13.5, con Syme (1960), pp. 126-127; sobre la popularidad de Antonio, véase Plutarco, Antonio 4 <<

[6] Cita de Cicerón, ad Fam. 11. 4 (traducción en Loeb de Shackleton Bailey, SB 342); Salustio, Bell. Cat. 56. 1-3, describe la creación del cuerpo de oficiales y la organización para dos legiones, que luego se cubrían con reclutas a medida que hombres y equipos se hacían disponibles. <<

[7] Osgood (2006), p. 50 <<

[8] Syme (1960), pp. 127-150 y 162-171, Stockton (1971), pp. 295-316, Mitchell (1991), pp. 301-315 <<

[9] Cicerón, Filípicas 11.5-10, Apiano, BC 3.26, Dión 47. 29. 1-6 <<

[10] Cicerón, Filípicas 5. 3, 4, 25, 31, 8. 27, Apiano, BC 3. 63, con E. Rawson en CAIT IX, pp. 478-479 <<

[11] Apiano, BC 3.50-51, Cicerón, Filípicas 8. 1, 25-28, 33, con Syme (1960), pp. 167-173, Stockton (1971), p. 308, y Mitchell (1961), pp. 312-316 <<

[12] Cicerón, ad Fam. 11.21. 1; sobre las legiones, véase Brunt (1971), p. 481 <<

[13] Dión 46. 36. 3-5, Plinio, NH 10. 110 <<

[14] Para relatos de Foro Gallorum, véase Cicerón, ad Fam. 10. 30; para el relato de Servio Sulpicio Galba, véase Apiano, BC 66-70, Dión 46. 37. 1-7, con Osgood (2006), pp. 51-55, y L. Keppie, *The Making of the Roman Army* (1984), pp. 115-118

<<

[15] Apiano, BC 3. 71-76, Dión 46. 38. 1-41. 5, con Syme (1960), pp. 173— 177, Stockton (1971), pp. 318-323,y Mitchell (1991), pp. 316-319; véase Suetonio, Augusto 10. 4 para una historia heroica de Octavio portando un águila de la legión para unir a los hombres en batalla en las afueras de Mutina. <<

[16] Plutarco, Antonio 18, Apiano, BC 3. 80-84, Dión 46. 38. 6-7, con Syme (1960), pp. 178-179, y Brunt (1971), pp. 481-484; sobre que César no se afeitó hasta que vengó a sus hombres, véase Suetonio, César 67. 2 <<

[17] Apiano, BC 3. 85-95, Di6n 46. 39. 1-49. 5, con Syme (1960), pp. 181-188, Stockton (1971), pp. 329-331, y Mitchell (1991), pp. 319-322 <<

[18] Plutarco, Antonio 19-21, Apiano, BC 3. 96-4. 46. 50. 1-56. 4, con Syme (1960), pp. 188-191, Osgood (2006), pp. 57-61, y Rawson en CAI2 IX, pp. 485-486 <<

[19] Plutarco, Antonio 19-20, Apiano, BC 4.5-30, 37, Dión 57.1.1-14.5, con Syme (1960), pp. 190-196, y Osgood (2006), pp. 62-82; Plutarco, Antonio 20 (traducción de Oxford, modificada) para la cita. <<

[1] Cicerón, ad Att. 14. 8, y citas de ad Att. 15. 15 <<

[2] Por ejemplo, M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 95-97, sobre las problemáticas relaciones de Cicerón con las mujeres y con la mayoría de los griegos. <<

[3] Josefo, AJ 15. 39, Contra Apión 2. 58, Porfuio, Fragmentos de historiadores griegos 260, y sobre un papiro que menciona a Ptolomeo XIV a finales de julio, véase B. Grenfell, A. Hunt et al. (eds.), *The Oxyrhynchus Papyri* (1898—), 14. 1629, con Grant (1972), pp. 97-98, J. Tyldesley, *Cleopatra: Last Queen of Egypt* (2009), pp. 109-110, y J. Fletcher, *Cleopatra the Great: The Woman Behind the Legend* (2008), pp. 214-215 <<

[4] Estrabón, Geog. 14. 6. 6, con P. Green, *Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age* (1990), p. 669. Estrabón dice que Antonio dio el gobierno de Chipre a Cleopatra y Arsínoe, pero que esta disposición se abandonó cuando perdió poder; como Arsínoe llevaba muerta mucho tiempo antes de que Antonio perdiera la guerra civil con Octavio, su pérdida de poder sólo puede referirse al periodo a partir de finales del año 44 o principios del 43 a. C. <<

[5] 5Apiano, BC 3. 78, 4.59, 5.8, Dión 47.28.3, con P. Brunt, *Italian Manpower* 225
bcad 14 (1971), p. 480 <<

[6] Apiano, BC 4.60-62, Di6n 47.26.3-30.7 <<

[7] Apiano, BC 4.63 <<

[8] Apiano, BC 4. 8-9, 61, 63, 74, 82, Di6n 47. 31. 5, con Grant (1972), pp. 100-105, y Tyldesley (2009), pp. 143-144 <<

[9] J. Bingen, *Hellenistic Egypt: Monarchy, Society, Economy, Culture* (2007), pp. 72-74 <<

[10] Apiano, BC 4. 61, Plinio, NH 5. 58, Séneca, Cuestiones naturales 4. 2, con D. Thompson, «Cleopatra VII: The Queen in Egypt», en S. Walker & S. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed* (2003), pp. 31-34, esp. 33; para los judíos de Alejandría, véase Josefo, *Contra Apión* 2. 60 <<

[11] CIL Suppl. No. 6583 = OGIS 129, con Thompson (2003), p. 33 <<

[12] P. van Minnen, «A Royal Ordinance of Cleopatra and Related Documents», en Walker & Ashton (2003), pp. 35-44, y Grant (1972), p. 100, citando OGIS 194, y Tyldesley (2009), p. 141 para Calímaco. <<

[13] Véase J. Tait, «Cleopatra by Name», en Walker & Ashton (2003), pp. 3-7, esp. p. 4, y J. Ray, «Cleopatra in the Temples of Upper Egypt: The Evidence of Dendera and Armant», en Walker & Ashton (2003), pp. 9-11, G. Goudchaux, «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», en S. Walker & P. Higgs (eds.), Cleopatra of Egypt: From History to Myth (2001), pp. 128-141, G. Hölbl, A History of the Ptolemaic Empire (trad. T. Saavedra) (2001), pp. 271-285 y 289-293, Grant (1972), pp. 99-100, y Tyldesley (2009), pp. 121-122 y 125-126 <<

[14] Plutarco, *Of Isis and Osiris*, con argumentación en Tyldesley (2009), pp. 113-118, Grant (1972), pp. 117-120, Goudchaux (2001), pp. 130-131 y 133— 137, y Hölbl (2001), pp. 289-293 <<

[15] Grant (1972), pp. 103-105, y Tyldesley (2009), pp. 144-145; S. Burnstein, *The Reign of Cleopatra* (2004), p. 21, exagera bastante las sospechas de Octavio hacia Cesarión en esta etapa. <<

[1] Dión 47. 8. 3-4 <<

[2] Cornelio Nepote, Ático 9. 3-7 <<

[3] Plutarco, Cicerón 48-49, Antonio 20, Apiano, BC 4. 19 <<

[4] a Cornelio Nepote, *Ático* 10. 4. 4 para la cita (traducción de Loeb por J. Rolfe). <<

[5] Véase Apiano, BC 4. 40, Dión 47. 7. 4-5, 8. 5 <<

[6] Para una interesante argumentación sobre los efectos de las proscripciones, su presentación y el papel de Octavio, véase A. Powell, *Virgil the Partisan: A Study in the Reintegration of Classics* (2008), pp. 55-62, 68-69. Para una versión extrema de la exoneración de Octavio a costa de Antonio y Lépido, véase Veleyo Patérculo 2. 66. 67. 4; sobre el rescate de Sexto Pompeyo de los refugiados, véase Apiano, BC 4. 36; sobre el gran número de libros dedicados al tema de las proscripciones, véase Apiano, BC 4. 16 <<

[7] Apiano, BC 4. 31, Dión 47. 17. 2-4, con J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 82-83 <<

[8] Apiano, BC 4.31-34, con Osgood (2006), pp. 84-88 <<

[9] Dión 47.16.1-5 <<

[10] Apiano, BC 4. 63-82, Dión 47. 32. 1-35. 6, Josefo, AJ 14. 271-276, BJ 1. 218-222, con Osgood (2006), pp. 88-94 <<

[11] Dión 47. 25. 3, y para ejemplos, M. Crawford, *Roman Republican Coinage* (1974), pp. 498-508 <<

[12] R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 149-161, Powell (2008), pp. 51-75; para críticas a la negativa de Octavio a honrar la pietas de otros, véase Suetonio, *Augusto* 13. 1-2 <<

[13] Por ejemplo, Apiano, BC 4. 100-101; BC 5. 17 aporta una detallada argumentación sobre las actitudes de los soldados, cf. Cornelio Nepote, Eumenes 8. 2 <<

[14] Apiano, BC 4. 88, 108; para otro punto de vista, pero aceptando en conjunto un cálculo elevado, véase P. Brunt, *Italian Manpower 225 bcd* 14 (1971), pp. 485-488

<<

[15] Di6n 47. 39. 1, contrastando con Apiano, BC 4. 137; sobre Tiberio, véase Veleyo Pat6rculo 2. 113 <<

[16] Sobre recompensas de esta magnitud, véase Apiano, BC 4. 100 <<

[17] Apiano, BC 4.3 <<

[18] Apiano, BC 4. 82, 86-87 <<

[19] Apiano, BC 4. 101-106, Plutarco, Bruto 37-38 <<

[20] Apiano, BC 4. 107-108, Plutarco, Bruto 39-40 <<

[21] Como ejemplo de legionarios consternados por la pérdida de su equipaje, véase César, BG 5.33, comparado con la mejor disciplina en BG 5.43 de otra legión. <<

[22] Sobre las diversas versiones de la conducta de Octavio, véase Plutarco, Bruto 41, Antonio 22, Dión 47. 41.3-4, 46. 2, Veleyo Patérculo 2.70. 1, Suetonio, Augusto 13. 1, Plinio, NM 7. 147, con breve argumentación en Syme (1960), pp. 204-205, Osgood (2006), pp. 95-96, y Powell (2008), p. 106 <<

[23] Sobre la primera batalla, véase Apiano, BC 4. 109-114, Plutarco, Bruto 40— 45, Dión 47.42. 1-47.1 <<

[24] Apiano, BC 4. 115-124, Plutarco, Bruto 45-48, Di3n 47.47.2-48.3 <<

[25] Apiano, BC 4. 125-131, Plutarco, Bruto 49-52, Di3n 47. 48. 1-49. 4 <<

[26] Sobre la cabeza de Bruto, véase Suetonio, Augusto 13. 1, Dión 47. 49. 2; en general Suetonio, Augusto 13. 1, Plutarco, Antonio 22, Apiano, BC 4. 135, Veleyo Patérculo 2. 86. 2. Un valioso estudio de las diferentes versiones sobre la conducta de Antonio y Octavio puede encontrarse en K. Scott, «The Political Propaganda of 44-30 BC», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11 (1933), pp. 7-49, esp. 21-23 <<

[27] Gelio, NA 3.9. 1-6 <<

[1] Plutarco, Antonio 23, Suetonio, Augusto 13.3, Apiano, BC 5.3, Di3n 48.3. 1 <<

[2] Véase R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 206-207 <<

[3] Apiano, BC 5. 3, con P. Brunt, *Italian Manpower 225 bcad 14* (1971), pp. 488-495

<<

[4] Plutarco, Antonio 23, Bruto 24 <<

[5] Plutarco, Antonio 24, Apiano, BC 5.4-6 <<

[6] Plutarco, Bruto 30, Antonio 24 <<

[7] Apiano, BC 5. 7, Dión 49. 32. 3; para el verso de Octavio, véase Marcial, Epigramas 11.20 <<

[8] Josefo, AJ 14. 314-316, y 14. 301-312 (citas de la traducción de Loeb); véase también J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emelgence of the Roman Empire* (2006), pp. 105-106 <<

[9] E. Shürer, G. Vermes & E Millar, The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ, Vol. 1 (1973), pp. 277-279 <<

[10] «Una digna ciudad», en Hechos 21. 39 <<

[11] M. Grant, Cleopatra (1972),p. 111,refiriéndose a Estrabón, Geog. 14.1.23; sobre la confirmación de los derechos del templo de Éfeso, véase R. Sherk, Roman Documents from the Greek East (1969), no. 57 <<

[12] Plutarco, Antonio 25; sobre Delio, véase Syme (1960), p. 214; p. 265 cita a Estrabón, Geog. 11. 13. 3, donde se destaca que Delio escribió un relato de la expedición de Antonio a Media. <<

[13] Plutarco, Antonio 26 (traducción de Oxford por R. Waterfield). <<

[14] P. Green, *Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age* (1990), p. 663 para la cita. <<

[15] Plutarco, Antonio 26-27, Apiano, BC 5. 1, 8-9, Di3n 48. 24. 2, con Grant (1972), pp. 111-118, G. H2Sibl, A History of the Ptolemaic Empire (trad. T. Saavedra) (2001), pp. 240-241, J. Tyldesley, Cleopatra: Last Queen of Egypt (2009), pp. 149-152, y J. Fletcher, Cleopatra the Great: Die Woman Behind the Legend (2008), pp. 235-241 <<

[16] Plutarco, Antonio 25 <<

[17] Josefo, AJ 15. 89, Apiano, BC 5. 9, Dión 48. 24. 2. Le agradezco a la doctora Dorothy King que me haya señalado las dificultades para asociar la tumba de Éfeso con Arsínoe, y ni siquiera con los Ptolomeos, sobre la base de una presunta semejanza con el faro de la isla de Faros, y también por entregarme una copia de su tesis doctoral inédita, D. King, «The Sculptural Decoration of the Doric Order, ca. 375-31 BC» (University College London, 2000). <<

[18] Plutarco, Antonio 28-29, Apiano, BC 5. 11; sobre Arsínoe III ayudando a dirigir el ejército ptolemaico en Rafia, véase Polibio 5. 83. 3; la importancia de los caballos y la caza para las aristocracias griega y romana está bien reflejada en R. Lane Fox, *Die Classical World: An Epic History from Homer to Hadrian* (2006), *passim*. <<

[19] Plutarco, Antonio 29 <<

[20] Sobre la importancia de los dados (alea), y sus asociaciones con la decadencia y la debilidad de carácter para los romanos de la época, véase N. Purcell, «Literate Games: Roman Urban Society and the Game of Alea», *Past & Present* 147 (1995), pp. 3-37; para el que se hacía llamar «Parásito», véase OGIS 195, comentado en P. Fraser, «Mark Antony in Alexandria - A Note», *JRS* 47 (1957), pp. 71-74 <<

[21] Plutarco, Antonio 28 <<

[22] Ateneo, Epítome 4. 147 ff., cita a Sócrates de Rodas para los banquetes en Tarso; sobre los orinales de oro, véase Plinio, NH 33. 49 <<

[23] Plutarco, Antonio 29 <<

[1] J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 108-151 <<

[2] Sobre la guerra de Perugia, véase Apiano, BC 5. 12-51, Dión 48. 5. 1-14. 6, Plutarco, Antonio 30, Veleyo Patérculo 2. 74-76, con comentarios en E. Gabba, «The Perusine War and Triunviral Italy», *Harvard Studies in Classical Philology* 75 (1971), pp. 139-160, R. Syme, *Die Roman Revolution* (1960), pp. 207-212, Osgood (2006), pp. 152-172, y C. Pelling en *CAI42 X*, pp. 14-17 <<

[3] Apiano, BC 5.52-53, Di3n 48.5.2-3,16.3 <<

[4] Apiano, BC 5.52 <<

[5] Plutarco, Antonio 30, Apiano, BC 5. 51, 54-55, 59 <<

[6] Apiano, BC 5. 55, Veleyo Patérculo 2. 76 <<

[7] Apiano, BC 5.56-66, Dión 48.28.1-30.2, con Syme (1960), pp. 129, 216— 217, 242 y 253-255, y Pelling en CAH2 X, pp. 17-20 <<

[8] Véase Osgood (2006), pp. 188-201, Syme (1960), pp. 217-220; sobre la culpabilidad de Antonio por cómo trató a Fulvia, véase Apiano, BC 5. 59 <<

[9] Apiano, BC 5.67-68, Di3n 48.31.1-6 <<

[10] Apiano, BC 5. 69-74, Dión 48. 36. 1-38. 3, Veleyo Patérculo 2. 77, Plutarco, Antonio 32, con Syme (1960), pp. 221-222, Osgood (2006), pp. 205-207, y A. Powell, *Virgil the Partisan: A Study in the Reintegration of Classics* (2008), pp. 190-191 <<

[11] Plutarco, Antonio 33, Apiano, BC 5. 76, Dión 48. 39. 2, Séneca, Suasorias 1. 6, con M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 129-130 <<

[12] Osgood (2006), pp. 225-231, cita de p. 229, y E Millar, «Triumvirate and Principate», JRS 63 (1973), pp. 50-67 <<

[1] Di3n 49. 32. 4, Plutarco, Antonio 36 <<

[2] Véase en general E. Huzar, «Mark Antony: Marriages vs. Careers», *The Classical Journal* 81.2 (1986), pp. 97-111, esp. p. 98 sobre Fadia y los hijos, refiriéndose a Cicerón, ad Att. 16. 11. 1 sobre que este último había muerto. <<

[3] Sobre el padre de Labieno, véase R. Syme, «The Allegiance of Labienus», JRS 28 (1938), pp. 113-125, y W. Tyrell, «Labienus Departure from Caesar in January 49 BC», Historia 21 (1972), pp. 424-440; sobre el hijo, véase Dión 48. 24. 4-25. 1 <<

[4] Dión 48. 26. 5, con R. Syme, *Die Rornan Revolution* (1960), p. 223, y comentarios sobre la campaña y su contexto en D. Kennedy, «Parthia and Rome: Eastern Perspectives», en D. Kennedy (ed.), *The Roman Army in the East*, *JRA Supplement* 18 (1996), pp. 67-90, esp. 77-81 <<

[5] Para una descripción de los ejércitos romano y parto, véase A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 bc - ad 200* (1996), pp. 60-68, Kennedy (1996), pp. 83-84; sobre la ejecución del comandante victorioso en Garras, véase Plutarco, *Craso* 32 <<

[6] Kennedy (1996), pp. 79-81, J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 185, 225-228; para Hiberias, véase Estrabón, *Geog.* 14. 2. 23-24 <<

[7] Josefo, AJ 14. 330-369, BJ 1. 248-273, con Osgood (2006), pp. 185-186, E. Schürer, G. Vermes & E Millar, Die History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ, Vol. 1 (1973), pp. 278-286 <<

[8] Josefo, AJ 14.370-376, BJ 1.274-279 <<

[9] Apiano, BC 5. 92, Dión 48. 41. 7, 49. 2-3, con Syme (1960), pp. 222-223 y 230-231, y Osgood (2006), pp. 245 y 251 <<

[10] Dión 48. 39.2-41.6, 49. 19.1-20.5, Plutarco, Antonio 34, Gelio, NA 15.4, Frontino, Estratagemas 1. 1. 6, 2. 2. 5, 2. 5. 36-37, y sobre Craso, Plutarco, Craso 31-33, con Kennedy (1996), pp. 80-81, y Osgood (2006), pp. 255 y 280-281; sobre la trayectoria de Ventidio, véase J. Seaver, «Publius Ventidius: Neglected Roman Military Hero», *Die Classical Journal* 47 (1952), pp. 275-280 y 300 <<

[11] Sobre el encuentro fallido de Octavio con Antonio en Tarento, véase Apiano, BC 4. 78-80; sobre Sexto Pompeyo, véase Osgood (2006), pp. 202-205 y 242-243, C. Pelling en CAH2 X, pp. 24-25, K. Welch & A. Powell (eds.), Sextus Pompeius (2002), passim, y A. Powell, Virgil the Partisan: A Study in the Reintegration of Classics (2008), pp. 16-19, 97-100 <<

[12] Plutarco, Antonio 34 <<

[13] Véase E Millar, «Triumvirate and Principate», JRS 63 (1973), pp. 50-67, esp. 51 y 53, y Pelling en CAH X, pp. 67-68 <<

[14] Apiano, BC 5. 93-95, Plutarco, Antonio 35, con Pelling en CAH' X, pp. 24-27, y P Brunt, Italian Manpower 225 bc - ad 14 (1971), p. 502 <<

[15] Synme (1960), pp. 129 y 231, Osgood (2006), pp. 298-300 <<

[16] Josefo, BJ 1.282-357, AJ 14.377-491, Di6n 49.22.6 <<

[17] Di6n 49.23.2-5, Plutarco, Antonio 37, con Kennedy (1996), p. 81 <<

[18] Suetonio, Augusto 62. 2, Veleyo Patérculo 2. 75, con Syme (1960), pp. 228-229, Osgood (2006), pp. 231-232, y para más detalles sobre su familia y el matrimonio, véase A. Barrett, Livia: First Lady of Imperial Rome (2002), pp. 3-27 <<

[19] Suetonio, Cayo 23 <<

[20] Suetonio, Augusto 70, con comentarios en K. Scott, «The Political Propaganda of 44-30 Bc», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11 (1933), pp. 7-49, esp. 30-32. y Powell (2008), p. 74 <<

[1] Plutarco, Antonio 36 <<

[2] Josefo, AJ 15.23-31 <<

[3] Dión 49. 3-5, con C. Pelling en CAH' X, pp. 28-30, y R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 259-261 <<

[4] Plutarco, Antonio 36, Dión 49. 32. 5, Estrabón, Geo Q. 14. 669, 671, con M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 135-141, G. H3lbl, A History of the Ptolernaic Empire (trad. T. Saavedra) (2001), p. 242, y J. Tyldesley, Cleopatra: Last Queen of EQypt (2009), pp. 162-164 <<

[5] Josefo, AJ 15.88—, 91-96, con H01b1 (2001), p. 242 y p. 254, n. 103 <<

[6] Sobre los títulos y lo que implicaban, véase J. Bingen, *Hellenistic Egypt: Monarchy, Society, Economy, Culture* (2007), pp. 57-62 y 74-79, en contraste con D. Thompson en *CAH2 IX*, p. 321, y «Cleopatra VII: The Queen in Egypt», en S. Walker & S. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed* (2003), pp. 31-34 <<

[7] Thompson (2003), pp. 31-34, argumenta que la «patria» era primordialmente Egipto, pero no de forma exclusiva; pero Bingen (2007), pp. 57-62 y 74-79 es más convincente. Los ejemplos de Thompson de cómo la reina se tomó un interés personal por el bienestar de diversos grupos dentro de Egipto no parecen ir más allá de las medidas prácticas de un monarca que desea mantenerse en el poder. <<

[8] G. Goudchaux, «Cleopatra the Seafarer Queen: Strabo and India», en Walker y Ashton (2003), pp. 109-111; introducción de un tipo de col procedente de Rodas, Ateneo 9. 369; para la falta de innovación, véase D. Rathbone, «Ptolemaic to Roman Egypt: The Death of the Dirigiste State?», en E. Lo Cascio & D. Rathbone (eds.), *Production and Public Powers in Classical Antiquity* (2000), pp. 44-54, esp. 46-51 <<

[9] S. Walker & P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth* (2001), p. 234, ns. 218-222 <<

[¹⁰] Josefo, AJ 15. 31-67, con E. Schürer, G. Vermes & E Millar, The History of the Jewish people in the Age of Jesus Christ, Vol. 1 (1973), pp. 296-297 <<

[11] Josefo, AJ 15. 96-103. Josefo data este encuentro en el año 34 a. C., pero también pudo ocurrir antes de la primera expedición pértica de Antonio a comienzos del 36 a. C. <<

[12] Josefo, BJ 1. 397 <<

[13] Rathbone (2000), pp. 44-54 <<

[1] Por ejemplo, Plutarco, Antonio 34, Dión 49. 21. 2, y Tácito, Germanía 38, con C. Pelling en CAI X, p. 31, fn. 142 <<

[2] J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 303-305 <<

[3] Sobre la expedición que César planeaba, véase Dión 43. 51. 1-2, 44. 1. 1, Apiano, BC 2. 110, 3. 77, Plutarco, César 58, Veleyo Patérculo 2.59. 4, Suetonio, César 44. 3, y T. Rice Holmes, *The Roman Republic*, Vol. 3 (1923), pp. 326-327; sobre las operaciones contra albanos e iberos, véase A. Sherwin-White, *Roman Foreign Policy in the East 168 bc - ad 1* (1984), pp. 307-308. Publio Canidio Craso no era pariente de Marco Licinio Craso, el aliado de César. <<

[4] Plutarco, Antonio 37 <<

[5] Apiano, BC 2. 110, Veleyo Patérculo 2. 82. 1-2; para un comentario, véase P. Brunt, *Italian Manpower 225 bcad 14* (1971), pp. 503-504, Sherwin-White (1984), p. 311, fn. 37, y L. Keppie, «Mark Antony's Legions», en L. Keppie, *Legions and Veterans: Roman Ariny Papers 1971-2000* (2000), pp. 75-96 <<

[6] Josefo, AJ 14. 449, BJ 1. 324 sobre las legiones «levadas recientemente en Siria».

<<

[7] Plutarco, Antonio 38; sobre el suministro en general, véase J. Roth, *The Logistics of the Roman Army at War (264 bcad 235)* (1999), *passim*. <<

[8] Sobre la inteligencia militar romana en general, veáse N. Austin & B. Rankov, *Exploratio: Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic War to the Battle of Adrianople* (1995), *passim*, pero esp. p. 73 <<

[9] Plutarco, Antonio 37-38, Livio, Pers. 130 para críticas a Antonio. <<

[10] Para comentarios acerca de los ejércitos partos, véase las fuentes citadas en el capítulo XXII, n. 6 <<

[11] Di6n 49. 25. 1, Plutarco, Antonio 38, con Pelling en CAH' X, p. 32 <<

[12] Plutarco, Antonio 38, Estrabón, Geog. 11. 13. 3-4, y Frontino, Stratagemata 1. 1.6 sobre la ruta por Zeugma, con Sherwin-White (1984), pp. 308-311 <<

[13] Plutarco, Antonio 38, Dión 49. 25. 3 <<

[14] Plutarco, Antonio 38, con Sherwin-White (1984), pp. 311-315, y para el ritmo de marcha de los animales de tiro y carga, véase A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 bcad 200* (1996), pp. 287-296 <<

[15] Di6n 49. 25. 2, Veleyo Pat6rculo 2. 82. 2 <<

[16] Plutarco, Antonio 38, Dión 49. 25. 3-26. 1 <<

[17] Plutarco, Antonio 39. Este incidente es la base para suponer que debió de tener más de las trece legiones que afirma Veleyo; el razonamiento lógico es que si dos se perdieron en el convoy y diez se desviaron en esta operación, la legión restante habría sido insuficiente para proteger las líneas del asedio en Fraaspa. Esto es una conjetura, y en todo caso pasa por alto la posibilidad de que elementos de las diez legiones también se quedaran atrás: en definitiva, sencillamente no se sabe. <<

[18] Plutarco, Antonio 39, Dión 49. 26. 1-27. 1, con Sherwin-White (1984), p. 318 <<

[19] Plutarco, Antonio 40, Di3n 49. 27. 2-28. 1 <<

[20] Plutarco, Antonio 41-42, Craso 25 <<

[21] Sobre los proyectiles y su eficacia, véase Goldsworthy (1996), pp. 183—190, 228-229 y 232-235 <<

[22] Plutarco, Antonio 42-43, Dión 49. 29. 1 <<

[23] Plutarco, Antonio 44-45, Dión 49. 29. 2-4 <<

[24] Plutarco, Antonio 45 <<

[25] Veleyo Patérculo 2. 82. 2 <<

[26] Plutarco, Antonio 46-48 <<

[27] Plutarco, Antonio 49-51, Veleyo Patérculo 2. 82. 3. Dión 49. 31. 1-3, con Sherwin-White (1984), pp. 320-321. Livio, Pers. 130, también afirma que ocho mil hombres murieron «en las tormentas» durante la marcha por Armenia, pero no da una cifra total de bajas. También acusa a Antonio de ordenar la marcha para poder pasar el invierno con Cleopatra. <<

[28] Véase N. Dixon, *On the Psychology of Military Incompetence* (1994), para un interesante comentario sobre Raglan y otros militares que fracasaron. <<

[1] Plutarco, Antonio 51, Dión 49. 31. 4. M. Grant, Cleopatra (1972), p. 149, sugiere que se eligió Leuce Come por si los partos invadían Siria. <<

[2] Apiano, BC 5. 96-122; para resúmenes y referencias más detalladas, véase C. Pelling en CAH2 X, pp. 34-35, J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 298-303, y R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 230-231 <<

[3] Apiano, BC 5. 122-126, 131, Dión 49. 11.2-12.5, 15. 3, Veleyo Patérculo 2. 80. 1-4, con Syme (1960), pp. 232-233 <<

[4] Apiano, BC 5. 131; sobre el empleo de esclavos en la flota de Octavio, véase Suetonio, Augusto 16. 1, Dión 47. 17. 4, 48.49. 1, 49. 1. 5, el último pasaje implica que se les daba la libertad al licenciarse. <<

[5] Dión 49. 32. 1-2, Veleyo Patérculo 2. 82. 3 <<

[6] Plutarco, Antonio 53-54, Apiano, BC 5. 95, 138, Di3n 49. 33. 3-4, con Grant (1972), pp. 150-153, Osgood (2006), p. 336, y Syme (1960), p. 265 <<

[7] Plutarco, Antonio 52, 54, Di3n 49. 33. 1-2 <<

[8] Dión 49. 17.1-18.7, 50.1.4, Apiano, BC 5. 127,133-144, Veleyo Patérculo 2.79.5 <<

[9] Plutarco, Antonio 53. Este pasaje suelen descartarlo de plano los biógrafos modernos de Cleopatra, por ejemplo, Grant (1972), p. 152, J. Tyldesley, Cleopatra: Last Queen of Egypt (2009), pp. 165-166, y J. Fletcher, Cleopatra the Great: The Woman Behind the Legend (2008), pp. 272-273. Sin embargo, que Antonio tuviera fuertes razones políticas para rechazar a Octavia no significa necesariamente que no hubiera además una emoción también verdadera; y quizá incluso extrema. <<

[10] Plutarco, Antonio 54 <<

[11] Apiano, Guerras Ilíricas 16-28, Dión 49. 34. 1-38. 4, y el valioso resumen de E. Gruen en CALI' X, pp. 171-174; para los castigos, véase Dión 49. 38. 4, Suetonio, Aiu Erusto 24. 2 <<

[12] Suetonio, Augusto 28. 3, Plinio, NH 36. 121, y para más argumentación, véase N. Purcell en CALI' X, pp. 782-789 <<

[13] Plutarco, Antonio 36, 52-53, Dión 49. 33. 1-3, 39. 1-40.2, Syme (1960), p. 262, citando PIR1, P 835 <<

[14] Plutarco, Antonio 54, Dión 49. 40. 3-4, Veleyo Patérculo 2. 82. 3-4, con comentarios en Grant (1972), pp. 161-162, y Pelling en CAH— X, p. 40 <<

[15] Di3n 49. 40. 4 <<

[16] Plutarco, Antonio 54, Di6n 49. 41. 1-6, con Pelling en CAH' X, pp. 40— 41, Osgood (2006), pp. 338-339, Grant (1972), pp. 162-175, J. Bingen, Hellenistic Egypt: Monarchy, Society, Economy, Culture (2007), pp. 78-79, G. Hiilbl, A History of the Ptolernaic Empire (trad. T. Saavedra) (2001), pp. 244-245, Tyldesley (2009), pp. 168-169, Fletcher (2008), pp. 274-276, y M. Chauveau, Egypt in the Age of Cleopatra (trad. D. Lorton) (2000), p. 27 <<

[1] Di3n 49.39.1 <<

[2] Dión 47. 15. 2-3, 48. 43. 2, 49. 43. 6-7; magistrados que eran esclavos huidos, 48. 34. 5 <<

[3] Di6n 50. 5. 1; sobre las monedas de Antilo, véase M. Crawford, *Roman Republican Coinage* (1974), p. 543 <<

[4] Plutarco, Antonio 28, y cf.; para la historia que se cuenta del padre de Antonio, véase Plutarco, Antonio 1 <<

[5] Plutarco, Antonio 4 <<

[6] Plinio, NH 9. 119-121; para otra presunta apuesta, véase Plutarco, Antonio 58, aunque en 59 se muestra escéptico con algunas de las historias que enumera, y véase también Plinio, NH 21. 122 <<

[7] Horacio, Sátiras 2. 3. 239-42, Valerio Máximo 9. 1. 2, Plinio, NH 9. 122; Suetonio, Caligula 37. 1, y cf. su esposa, que se ponía esmeraldas y perlas por valor de diez millones de denarios y llevaba consigo los recibos para demostrarlo, Plinio, NH 9. 117; para Servilia, véase Suetonio, César 50. 2, y para Britania, Suetonio, César 47 <<

[8] La argumentación más completa se encuentra en B. Ullman, «Cleopatra's Pearls», *The Classical Journal* 52.5 (feb. 1957), pp. 193-201 <<

[9] Veleyo Patérculo 2. 83. 1-2, con J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 276-280; sobre la danza, véase Cicerón, *Pro Murena* 13 <<

[10] Horacio, Odas 1.37. 14, Propertio 3. 11, Plutarco, Cuestiones romanas 112, Moralia 291A, con M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 178-179 <<

[11] Séneca, Moralia 87. 16, con Grant (1972), p. 179; para el «Parásito», véase ch. 20,fn. 19 <<

[12] P. van Minnen, «An Official Act of Cleopatra with a Subscription in her Own Hand», *Ancient Society* 30 (2000), pp. 29-34, con P. van Minnen, «A Royal Ordinance of Cleopatra and Related Documents», en S. Walker & S. Ashton (eds.), *Cleopatra Reassessed* (2003), pp. 35-44, esp. 40-41 <<

[13] Para un comentario sobre el clima anímico de la época, véase Osgood (2006), pp. 298-349 <<

[14] Dión 49. 15. 5-6, 38. 1 <<

[15] Para distintos puntos de vista sobre la propaganda de guerra, véase K. Scott, «The Political Propaganda of 44-30 BC», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11 (1933), pp. 7-49, esp. 33-49, Osgood (2006), pp. 335-349, C. Pelling en *CAI*42 X, pp. 40-48, y R. Syme, *Die Roman Revolution* (1960), pp. 276— 278; Suetonio, César 52. 2 sobre el panfleto escrito por Cayo Opio negando que Cesarión fuera hijo de César. <<

[16] Plinio, NH 14. 148; César y el juramento público, Dión 43. 20. 4 <<

[17] Suetonio, Augusto 69. 2; la loa a la belleza de Octavia llevó a J. Fletcher, *Cleopatra the Great: The Woman Behind the Legend* (2008), p. 256, a sugerir que contrastaba directamente con el estilo y los elaborados peinados de Cleopatra. <<

[18] Suetonio, Augusto 69. 1 <<

[19] Plutarco, Comparación de Antonio y Demetrio 4, con Grant (1972), p. 188, y Pelling en CAH2 X, p. 43; sobre Hércules y Onfale, véase P. Zanker, *The Power of Images in the Age of Augustus* (trad. A. Shapiro) (1988), pp. 57-65, y esp. 58-60 <<

[20] Plutarco, Antonio 55-56, Dión 49.44.3, 50.1.1-2.2 <<

[21] Di3n 50. 2. 4, con Pelling en CAI-E X, pp. 67-68 <<

[22] Dión 49. 41.4, 50. 2. 2-4 <<

[23] Dión 50.2. 5-7; sobre pociones mágicas, véase Dión 49.34. 1, y Josefo, AJ 15.93

<<

[24] Veleyo Patérculo 2. 83. 3 <<

[25] Plutarco, Antonio 58, Suetonio, Augusto 17. 1, Dión 50. 3. 1-4. 1, con J. Johnson, «The Authenticity and Validity of Antony's Will», *L'Antiquité Classique* 47 (1978), pp. 494-503. El último indica que tal vez Antonio empleara una forma del testamento militar, que en periodos posteriores permitió a los soldados nombrar herederos a no ciudadanos. César lo introdujo en una modalidad temprana, pero se desconocen los detalles, por lo que esto no es más que una posibilidad. <<

[26] Suetonio, César 79. 3, Dión 50. 5.4 <<

[27] Plutarco, Antonio 58-59, Horacio, Epodos 9. 11-16, sobre la vergüenza de que unos romanos sirvieran a una reina extranjera y sus eunucos, y Propercio 3. 11 sobre la amenaza que planteaba Cleopatra. <<

[28] Veleyo Patérculo 2. 86. 3 para Asinio Polión; sobre el juramento, véase Gestas del Divino Augusto 25.2-3, Suetonio, Augusto 17.2, comentado en Osgood (2006), pp. 357-368; Syme (1960), p. 278, fn. 3, afirma que no más de trescientos senadores acudieron a Antonio, y su autoridad es una de las principales razones por las que su figura se repite tantas veces como un hecho, más que como una deducción. <<

[29] Suetonio, Augusto 63. 2 <<

[1] Plutarco, Antonio 56-57, M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 193-197 <<

[2] En general, Plutarco, Antonio 56, con J. Osgood, Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire (2006), pp. 370-371; Valerio Máximo 1. 1. 19, Dión 51. 8. 3 para Turulio. <<

[3] Plutarco, César, 48, Antonio 56, 61-62, con C. Pelling (ed.), Plutarco: Life of Antony (1988), pp. 266-267 y 270-271 <<

[4] Plutarco, Antonio 58, que dice que no se daba crédito a la mayoría de las historias.

<<

[5] Séneca, Suasorias 1. 6, cf. Plutarco, Antonio 57, con Pelling (1988), pp. 258259

<<

[6] Plutarco, Comparación de Demetrio y Antonio 1 y 4, parece implicar un matrimonio, no señalado en Antonio 31, 53; para un comentario sobre este asunto, véase Pelling (1988), pp. 219-220, R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 261, 274, 277 y 280, y G. Hölbl, *A History of the Ptolemaic Empire* (trad. T. Saavedra) (2001), p. 244. Livio, *Pers.* 131 afirma que tras las Donaciones de Alejandría en el año 34 a. C. Antonio empezó a tratar a Cleopatra como esposa, pero en realidad no dice que se hubiera celebrado un matrimonio oficial. Entre las fuentes tardías que afirman que hubo tal matrimonio están Eutropio 7. 6. 2, Orosio 6. 19. 4, y Ateneo, *Deipnosofistas* 4. 147; Virgilio, *Eneida* 8. 688 - *sequiturque nefas Aegyptia coniunx*; para diversas opiniones, véase J. Tyldesley, *Cleopatra: Last Queen of Egypt* (2009), pp. 169-170, J. Fletcher, *Cleopatra the Great: Die Woman Behind the Legend* (2008), pp. 264-265, que defiende que hubo matrimonio ya en el año 37 a. C., y Grant (1972), p. 186 <<

[7] Josefo, AJ 15. 108-120, Plutarco, Antonio 61, con Pelling (1988), pp. 267— 268, y Grant (1972), pp. 196 y 272, n. 51 <<

[8] Veleyo Patérculo 2. 84. 2 <<

[9] Plutarco, Antonio 56, 59, con Pelling (1988), p. 263 <<

[10] Plutarco, Antonio 56, con Pelling (1988), pp. 255-256, y CAI X, pp. 50— 51, Grant (1972), pp. 195-196, Tyldesley (2009), pp. 173-174, y sobre el rencor hacia Roma en Oriente, véase Osgood (2006), pp. 340-344 <<

[11] Plutarco, Antonio 56-57,59 <<

[12] Dión 50. 4. 1-6. 1, Livio 1. 32 para un relato detallado del ritual escrito después de que Octavio lo rescatara; véase también J. Rich, *Declaring War in the Roman Republic in the Period of Transmarine Expansion* (1976), pp. 56-58 y 104— 107 <<

[1] Plutarco, Antonio 58, Dión 50. 9. 1-22 afirma que Antonio tenía prevista una rápida ofensiva, pero se desanimó cuando confundió algunos patrulleros enemigos con toda la flota; Livio, Pers. 132 declara que Antonio planeó y preparó una invasión de Italia, pero no dice por qué no ocurrió, afirmando sólo que Octavio cruzó el mar hasta el Epiro; sobre el impacto de la tributación y el clima anímico en Italia, véase J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 368-370 <<

[2] Sobre las fuerzas, véase Plutarco, Antonio 61, con C. Pelling (ed.), *Plutarch: Life of Antony* (1988), pp. 266-269, Dión 50. 6. 2-6 no da números; para un comentario, véase P. Brunt, *Italian Manpower 225 bc - ad 14* (1971), pp. 500-507, y J. Carter, *The Battle of Actium: The Rise and Triumph of Augustus Caesar* (1970), pp. 188-189 y 202-203 <<

[3] Sobre la tripulación de las quinquerremes, véase Polibio 1. 26. 7, y véase también J. Morrison & J. Coates, *Greek and Roman Oared Warships* (1996), pp. 259-260, 270-272 y 312-317, con la revisión de W. Murray, «The Development and Design of Greek and Roman Warships (399-30 BC)», *JRA* 12 (1999), pp. 520-525, esp. 523-524, donde se argumenta que embestir era una táctica importante, tal vez la principal, de las galeras más grandes; véase también M. Pitassi, *The Navies of Rome* (2009), esp. pp. 191-197 <<

[4] Di6n 50. 9. 3, Plutarco, Antonio 56 <<

[5] Pelling (1988), pp. 259-260, y CAI X, pp. 52 y 55, M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 197-198, y R. Syme, The Roman Revolution (1960), pp. 294-295 <<

[6] Dión 50. 9. 3 advirtió que tanto la estrategia como la logística animaron a Antonio a dispersar sus fuerzas; sobre los preparativos en Accio, véase Dión 50. 12.7-8 <<

[7] Dión 50. 9. 5-6; Plutarco, Antonio 62 contiene una variación de esta historia, al declarar que Octavio ofreció retirarse de la costa de Italia y no molestar el terreno de Antonio. <<

[8] Di3n 50. 10.1 <<

[9] Dión 50. 11. 3; para más detalles sobre problemas de operaciones de largo alcance en el periodo romano, véase B. Rankov, «The Second Punic War at Sea», en T. Cornell, B. Rankov & P. Sabin (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal* (1996), pp. 49-56, esp. 49-52 <<

[10] Plutarco, Antonio 62, con Pelling (1988), pp. 271-272, para el doble significado de Corone [«cazo» y «pene»]; Dión 50. 11.4-12. 3, y 50. 17.2 para la cita, sacada de la traducción de Loeb por E. Cary. <<

[11] Plutarco, Antonio 63, Dión 50. 12. 4-13. 4, con Pelling en CAI X, pp. 55-56, Osgood (2006), pp. 372-373, y Carter (1970), pp. 203-213. Se aporta un relato bien ilustrado de la campaña en S. Sheppard, *Actium: Downfall of Antony and Cleopatra*, Osprey Campaign Series 211 (2009). <<

[12] Dión 50. 13. 5, Veleyo Patérculo 2. 84. 2, Plutarco, Antonio 68 <<

[13] Plutarco, Antonio 63, Dión 50. 13. 5-14. 4 <<

[14] Plutarco, Antonio 59, 63, Veleyo Patérculo 2. 84. 2, Dión 50. 13. 6, 14. 3, con Osgood (2006), pp. 372-373, y Syme (1960), p. 296, sobre las deserciones; véase Osgood (2006), pp. 263-264 para la trayectoria de Sarmiento, que también aparece en Horacio, Sátiras 1 <<

[15] Dión 50. 13. 7-8 <<

[16] Sobre las cifras de cada flota, véase Pelling (1988), pp. 276-277, W. Murray & P. Persas, Octavian's Campsite Memorial for the Actian War, Transactions of the American Philosophical Society 79.4 (1989), pp. 34-57, 95-114 y 133-134 <<

[17] Véase Carter (1970), pp. 213-227 <<

[18] Plinio, NH 32. 2 cuenta la extraña historia de que un pececillo detuvo en el agua la nave insignia de Antonio agarrándose al casco. <<

[19] Para la batalla, véase Plutarco, Antonio 64-66, 68, Dión 50. 14. 4-35. 6, con Osgood (2006), pp. 374-375 y 380-382, Grant (1972), pp. 206-215, y Pelling (1988), pp. 278-289, y D. Harrington, «The Battle of Actium - a Study in Historiography», *Ancient World* 9. 1-2 (1984), pp. 59-64 <<

[20] Plutarco, Antonio 68, Dión 51. 1. 4-3. 1, Veleyo Patérculo 2. 85. 5-6, con L. Keppie, Die Making of the Roman Army (1984), pp. 134-136 <<

[21] Plutarco, Antonio 66; Josefo, Contra Apión 2. 59 es el autor que primero acusa a Cleopatra de traición, seguido de Dión 50. 33. 1-5 <<

[1] Dión 51. 1, 5, y Plutarco, Antonio 67, 69 con C. Pelling (ed.), *Plutarch: Life of Antony* (1988), pp. 285-287, 289, incluidos diferentes puntos de vista sobre las semejanzas con su relato de la huida de Pompeyo de Farsalo; sobre las fuerzas, véase P. Brunt, *Italian Manpower 225 bcad 14* (1971), pp. 500-507, donde se afirma que aunque Octavio no tuviera muchas más legiones que Antonio, sí eran bastante mayores en tamaño; sobre Pinario, véase R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 128 y 266 <<

[2] Dión 51. 5. 2-5, Josefo, *Contra Apión* 2.58; sobre la música y las guirnaldas cuando sus naves entraron en el puerto, véase el comentario en G. Goudchaux, «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», en S. Walker & P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth* (2001), pp. 128-141, esp. 140; J. Tyldesley, *Cleopatra: Last Queen of Egypt* (2009), p. 181, cuestiona las ejecuciones basándose no muy convincentemente en que Cleopatra necesitaba el apoyo de los alejandrinos; J. Fletcher, *Cleopatra the Great: The Woman Behind the Legend* (2008), p. 297, sugiere que los templos dieron sus tesoros a la reina voluntariamente; M. Grant, *Cleopatra* (1972), pp. 217-218 y p. 275, n. 7, sobre los sacerdotes del Alto Egipto. La fuente es el comentario de Pseudo-Acro sobre Horacio, *Odas* 1. 37, 23 <<

[3] Estrabón, Geog. 17. 1. 9, Plutarco, Antonio 69-70, con Pelling (1988), pp. 291-293, y G. Grimm, «Alexandria in the Time of Cleopatra», en S. Walker & S. Ashton (eds.), Cleopatra Reassessed (2003), pp. 45-49, esp. 49 <<

[4] Plutarco, Antonio 68 <<

[5] Plutarco, Antonio 71, Dión 51. 2. 1-6, 4. 1, 5. 1, Josefo, AJ 15. 183-198; en general, véase J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 375-378 y 385-390 <<

[6] Di3n 51.3. 1-4.8 <<

[7] Véase Pelling (1988), pp. 289-291, y Osgood (2006), pp. 387-388, citando ILS 2672 sobre las fortificaciones en la costa española. <<

[8] Dión 51. 6. 3-7. 1, Plutarco, Antonio 69, que dice que Antonio tenía cincuenta y tres años y Cleopatra treinta y nueve cuando murieron. Como en la Antigüedad no existía el cero, ambos tendrían en realidad un año menos; sin embargo, las fechas probables de su nacimiento hacen que esto sea dudoso. Plutarco, Antonio 71, con Pelling (1988), pp. 295-296 <<

[9] Plutarco, Antonio 71 <<

[10] Plutarco, Antonio 71, Dión 51.6. 1-2 <<

[11] Dión 51. 6. 4-8. 7, Plutarco, Antonio 72-73, con Pelling (1988), pp. 297— 300 <<

[12] Di3n 51.7.2-7, Josefo, AJ 15. 195 <<

[13] Plutarco, Antonio 74 <<

[14] Sobre Galo, véase Syme (1960), pp. 75 y 252-253 <<

[15] Di6n 51. 9. 1-6, Plutarco, Antonio 74, con Pelling (1988), p. 300 <<

[16] Di3n 51. 10. 1-4, Plutarco, Antonio 74 <<

[17] Plutarco, Antonio 75, con Pelling (1988), pp. 302-304 <<

[18] Dión 51. 10. 4-5, Plutarco, Antonio 76; véase Grant (1972), pp. 222-223, que duda de la traición y piensa que las deserciones se debieron a lo desesperado de la situación. <<

[19] Plutarco, Antonio 76, Dión 51. 10. 5-7, con Grimm (2003), pp. 48-49, sobre la localización y el diseño del mausoleo. <<

[20] Dión 51. 10. 6-9, Plutarco, Antonio 76-77, con Pelling (1988), pp. 305— 308; véase también Grant (1972), pp. 222-223, y Tyldesley (2009), p. 186; Fletcher (2008), pp. 309-310 indica que Cleopatra creía que Antonio estaba muerto antes de ir a la tumba. <<

[21] Plutarco, Antonio 80, Dión 51. 16. 4, con Suetonio, Augusto 89. 1, que se refiere a su asociación con Areio y otros estudiosos, pero también a que no dominaba el griego. <<

[22] Di3n 51. 11. 1-4, y 14.3 sobre el eunuco, Plutarco, Antonio 78-79 <<

[23] Sobre el funeral de Antonio, véase Tyldesley (2009), pp. 195-196, y Fletcher (2008), p. 312 <<

[24] Dión 51. 11. 3, 5-13., Plutarco, Antonio 82-83, con Pelling (1988), pp. 313-316, Floro 2.21.9-10 <<

[25] Plutarco, Antonio 84 <<

[26] Grant (1972), pp. 225-226, argumenta que era mejor para Octavio dejar que la reina muriera. <<

[27] Estrabón, Geog. 17. 1. 10 <<

[28] Dión 51. 13. 4-14. 6, Plutarco, Antonio 84-86, con Pelling (1988), pp. 316-322, Veleyo Patérculo 2.87. 1; véase también Grant (1972), pp. 224-228, Tyldesley (2009), pp. 189-195, Fletcher (2008), pp. 314-319, E. Rice, Cleopatra (1999), pp. 86-91, P. Green, Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age (1990), pp. 679-682, y G. Hölbl, A history of the Ptolemaic Empire (trad. T. Saavedra) (2001), pp. 248-249 <<

[1] Di3n 51. 14. 3-4,15. 1, 16. 3-5, Suetonio, Augusto 17. 3-5 <<

[2] Dión 51. 16. 5-17. 1, 6-8, Plutarco, Antonio 86, con C. Pelling (ed.), *Plutarch: Life of Antony* (1988), p. 323, y G. Goudchaux, «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», en S. Walker & P. Higgs (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth* (2001), pp. 128-141, esp. p. 140; Plinio, NH 9. 121 sobre la perla, con E. Gruen, «Cleopatra in Rome: Fact and Fantasies», en D. Braund & C. Gill (eds.), *Myths, History and Culture in Republican Rome: Studies in Honour of T. P. Wiseman* (2003), pp. 257-274, esp. 259 <<

[3] Veleyo Patérculo 2.86.1-3, 87.2-3, R. Syme, *The Roman Revolution* (1960), pp. 296-297 y 299-300, y J. Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 276-280 <<

[4] Di3n 51. 15. 5, Plutarco, Antonio 81 <<

[5] Plutarco, Antonio 81, Dión 51. 15. 5-6; cita de Homero, *Ilíada* 2. 203-207 (traducción de Latimore, Universidad de Chicago, 1951). <<

[6] Dión 51. 21. 5-9, Horacio, Odas 1. 37, el famoso nunc est bibendum; véase también Osgood (2006), p. 385 <<

[7] Dión 51.15.6-7, Plutarco, Antonio 87 <<

[8] Por ejemplo, Apiano, BC 4. 130, Plutarco, Antonio 22 <<

[9] Para estudios sobre Cleopatra en la cultura posterior, véase L. Hughes Hallett, *Cleopatra: Queen, Lover, Legend* (1990; reimpresión con nuevo epílogo, 2006), y M. Hamer, *Signs of Cleopatra: History, Politics, Representation* (1993). Para un estudio más específico sobre Cleopatra en la cultura romana, véase D. Kleiner, *Cleopatra and Rome* (2005). <<